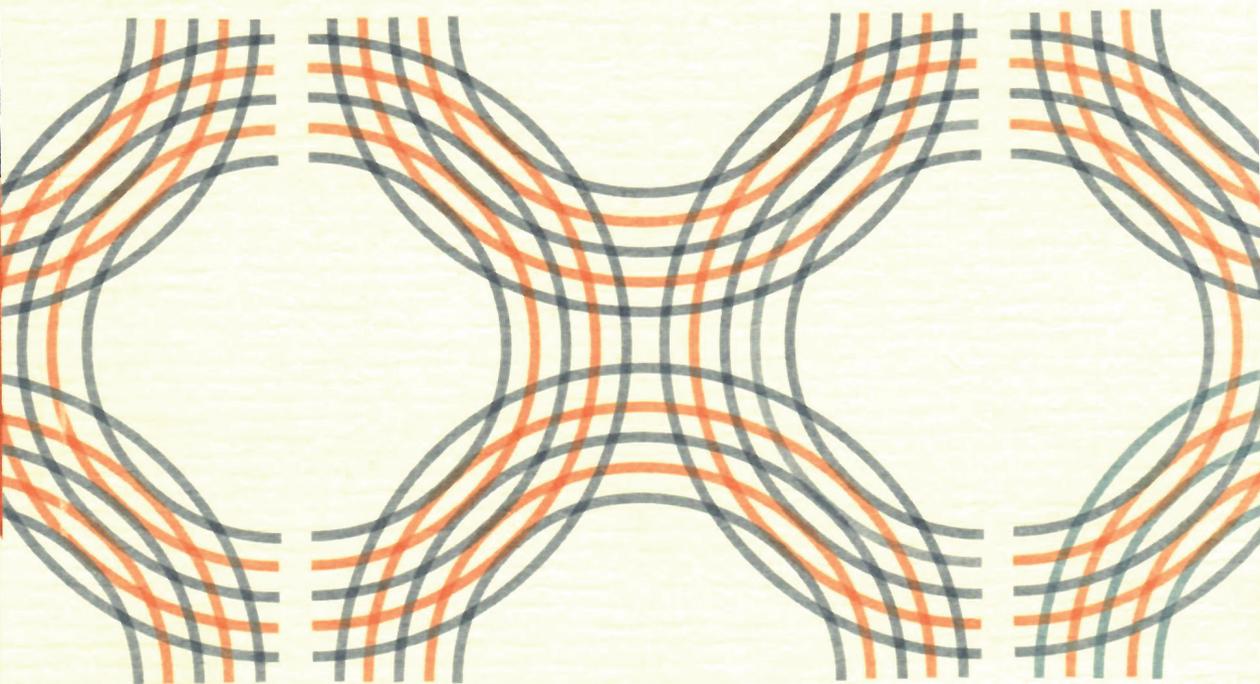


# Historia de Morelos

Tierra, gente, tiempos del Sur

Horacio Crespo

Director



2<sup>da</sup> Edición

El zapatismo

Felipe Ávila Espinosa

Coordinador



HISTORIA de MORELOS  
*Tierra, gente, tiempos del Sur*

---

1810-1910

2 0 1 0





GENERAL EMILIANO ZAPATA SALAZAR  
1879-1919

---



---

# HISTORIA DE MORELOS

*Tierra, gente, tiempos del Sur*

Horacio Crespo

(director)

---

TOMO VII

EL ZAPATISMO

Felipe Ávila Espinosa

coordinador

---



Felipe ÁVILA ESPINOSA / Carlos BARRETO ZAMUDIO

Samuel F. BRUNK / Javier GARCADIÉGO DANTÁN

Adolfo GILLY / Catherine HÉAU LAMBERT

Francisco PINEDA / Dulce María REBOLLEDO

MMXVIII

---

972.49 Crespo, Horacio, 2018 (dir.)  
HIS.de *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*  
Universidad Autónoma del Estado de Morelos  
México, 2018.  
466 pp., mapas, fotografías, 21.7 cms. Incluye notas.  
7. “El zapatismo”, Felipe Ávila Espinosa, 2018 (coord.)

*Historia de Morelos. Tierra, gente y tiempos del sur*

Horacio Crespo (director)

Primera edición, 2011

Segunda edición, 2018

D. R. © 2018, Horacio Crespo

D. R. © 2018 Universidad Autónoma del Estado de Morelos

Av. Universidad 1001 Col. Chamilpa, CP. 62209

publicaciones@uaem.mx

libros.uaem.mx

Cuidado de la edición y formación tipográfica: Irving Reynoso Jaime

Traducción: Graciela Oliva

Cartografía: Alejandro Dionicio Carrera

Portada: STORM. Diseño+comunicación

Cuidado de la segunda edición: Marina Ruiz Rodríguez

ISBN Historia de Morelos: 978-607-8639-09-0

ISBN: 978-607-8639-13-7

Jefatura de Producción Editorial CICSER

Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Estudios Regionales

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

HECHO EN MÉXICO



HISTORIA de MORELOS  
*Tierra, gente, tiempos del Sur*  
Horacio Crespo

Director

Volúmenes y coordinadores

- I. Historiografía, territorio y región *Luis Gerardo Morales Moreno*
- II. La arqueología en Morelos *Sandra L. López Varela*
- III. De los señoríos indios al orden novohispano *Jaime García Mendoza / Guillermo Nájera Nájera*
- IV. La sociedad colonial, 1610-1780 *Brígida von Mentz*
- V. De la crisis del orden colonial al liberalismo, 1760-1860 *Ernest Sánchez Santiró*
- VI. Creación del Estado, leyvismo y porfiriato *Horacio Crespo*
- VII. El zapatismo *Felipe Ávila Espinosa*
- VIII. Política y sociedad en el Morelos posrevolucionario y contemporáneo *María Victoria Crespo / Luis Anaya Merchant*
- IX. Patrimonio cultural de Morelos *Marcela Tostado*



# Índice

---

tomo VII

Prólogo. El zapatismo y la Revolución Mexicana <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	13
1 La historiografía del zapatismo <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	21
2 La defensa de indios de un procurador académico Raíz y razón del zapatismo <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	49
3 Causas y orígenes del zapatismo <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	71
4 Morelos: corridos y zapatismo <i>Catherine Héan Lambert</i>	117
5 La guerra zapatista, 1911-1915 <i>Francisco Pineda</i>	157
6 El delito de ser zapatista. Cuautla, 1911 <i>Carlos Barreto Zamudio</i>	201
7 Guerra y política contra el Cuartelazo La revolución zapatista durante el régimen de Huerta <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	209
8 La comuna de Morelos <i>Adolfo Gilly</i>	233

9	El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto de legislación estatal zapatista <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	249
10	Rebeldías sin fronteras: el zapatismo y Cuba, 1916-1920 <i>Dulce María Rebolledo / Francisco Pineda</i>	273
11	El zapatismo, ¿movimiento autónomo o subordinado? <i>Javier Garciadiego Dantán</i>	295
12	Los conflictos internos en el zapatismo <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	319
13	La vida cotidiana campesina durante la revolución: el caso zapatista <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	345
14	Mito y memoria de Zapata en Morelos <i>Samuel F. Brunk</i>	381
15	La batalla por los símbolos. El uso oficial de Zapata <i>Felipe Ávila Espinosa</i>	405
	Archivos y fuentes hemerográficas	441
	Bibliografía	443
	Índice de mapas	463

# Prólogo. El zapatismo y la Revolución Mexicana

---

*Felipe Ávila Espinosa*

**E**L ZAPATISMO ha sido uno de los movimientos sociales, políticos y culturales de mayor trascendencia en la historia de México durante los casi 100 años transcurridos desde su surgimiento. Al frente de un pequeño grupo de seguidores, Emiliano Zapata se sumó a la rebelión nacional organizada por Francisco I. Madero para derrocar al régimen de Porfirio Díaz. La rebelión zapatista arraigó profundamente en el campo morelense y de ahí se extendió a Puebla, Guerrero y partes del Estado de México, Distrito Federal y Oaxaca. Esa rebelión se convirtió en el movimiento social y político más radical dentro de la Revolución Mexicana. El zapatismo fue el único movimiento que logró una profunda reforma agraria, al destruir el régimen de las haciendas y repartir la tierra entre los pueblos y comunidades campesinas, los cuales pudieron trabajarla con libertad en lo que ha sido quizás la experiencia más importante de autogobierno y autoorganización popular en la historia del país, entre 1914 y 1916. Su líder, Emiliano Zapata, fue uno de los líderes revolucionarios más importantes y, luego de su asesinato, el 10 de abril de 1919, en la hacienda de Chinameca, su figura se convirtió en un símbolo y en una leyenda que ha permanecido hasta la fecha y que ha trascendido las fronteras nacionales para ser reconocido, en el mundo, como el héroe popular que mejor representa la lucha por la tierra y por la justicia campesina. Zapata se convirtió, a lo largo del siglo XX, en un personaje universal, y probablemente es el héroe mexicano con mayor reconocimiento y prestigio a nivel internacional.

El zapatismo ha sido uno de los movimientos populares más estudiados dentro de la Revolución Mexicana. Ha sido reconocido como un movimiento campesino de carácter agrario y radical, que se diferenció de los otros grandes movimientos sociales que participaron en la revolución como el villismo y el constitucionalismo, porque fue el único que efectuó una transformación profunda en las estructuras agrarias predominantes en la región bajo su dominio. En esa transformación, cuyo periodo más álgido fue entre 1914 y 1916, desapareció el régimen de las haciendas y

los pueblos y comunidades campesinas lograron recuperar la propiedad de las tierras, bosques y aguas.

En el cenit de su fuerza, el zapatismo logró establecer, hacia fines de 1914 y hasta la mitad de 1916, un poder regional autónomo –un Estado regional, en sentido estricto– en el territorio morelense y en algunas zonas aledañas de Puebla, Guerrero, Estado de México y el sur del Distrito Federal, dentro del cual los distintos poderes locales –gobernadores, presidentes municipales y jueces– estuvieron subordinados a los jefes militares zapatistas o fueron puestos directamente por ellos. Al mismo tiempo, el *Cuartel General del Sur*, la instancia encabezada por Zapata que concentraba el poder político y militar del movimiento suriano, estableció un nuevo orden jurídico, a través de una legislación que los jefes zapatistas aplicaron en sus dominios. Los jefes campesinos zapatistas tuvieron en sus manos el factor decisivo para hacer valer su poder en la región que dominaron: el monopolio de la violencia, ejercido por las diferentes partidas del *Ejército Libertador del Sur*, quienes fueron el brazo armado del movimiento. En las condiciones impuestas por la guerra que los zapatistas libraron durante 9 años sin descanso contra Díaz, Madero, Huerta y Carranza, sucesivamente, el Cuartel General suriano ejerció el poder real en la zona. Fue el Cuartel General en el que Zapata ejercía el mando indiscutible, el que definió y llevó a cabo la estrategia militar del movimiento, el que estableció las alianzas políticas, el que supervisó a las distintas autoridades civiles y militares y el que administró la justicia en su zona. De igual modo, el Cuartel General y los jefes militares zapatistas controlaron la economía de la región, intervinieron y manejaron las haciendas azucareras, utilizándolas para financiar la guerra y regular la producción, el abasto y el comercio de productos.

Así pues, el dominio indiscutido –aunque temporal– sobre un territorio y una población, con un gobierno, una legislación y un orden jurídico propios y un ejército garante del orden público, son los elementos que permiten afirmar que el zapatismo fue capaz de crear un Estado regional. Ese Estado zapatista fue la plataforma a partir de la cual lucharon por imponer su hegemonía a nivel nacional contra los otros poderes y estados regionales que se constituyeron entre 1914 y 1916, cuando el proceso revolucionario quebró el aparato estatal del régimen porfirista fragmentando el poder soberano nacional en, al menos tres poderes regionales soberanos emergentes, el villismo, el constitucionalismo y el zapatismo. Esos tres poderes regionales soberanos, como toda situación revolucionaria en condiciones semejantes, a pesar de su autonomía, tuvieron las limitaciones propias de un poder inestable y en lucha contra otros poderes para reconstituir al único poder soberano real, el del Estado nacional, y lucharon entre ellos hasta que

finalmente uno se impuso, construyendo un nuevo Estado y definiendo un nuevo pacto social fundamental en el que los proyectos derrotados, el villista y el zapatista, fueron hechos a un lado aunque algunas de sus principales demandas y planteamientos se utilizaron por el nuevo Estado para construir su legitimidad y afianzar su control político sobre los grupos sociales subordinados.

Otra característica del zapatismo fue la persistencia y el arraigo popular de su lucha, que hizo que se mantuviera en pie de guerra durante los 9 años de la guerra civil revolucionaria. En ese lapso enfrentó, sucesivamente, a los gobiernos de Porfirio Díaz, Francisco León de la Barra, Francisco I. Madero, Victoriano Huerta y Venustiano Carranza. Esa tenacidad y resistencia provocaron que en la región suriana se haya producido una de las mayores destrucciones del periodo revolucionario. La mayoría de las ciudades, pueblos y rancherías, al igual que las haciendas y los campos agrícolas fueron escenario de combates y ocupaciones sucesivas; muchas localidades fueron destruidas, total o parcialmente. Esa violencia afectó la vida de las personas y modificó sus condiciones de vida. La gente común de las zonas zapatistas tuvo que adaptarse a la situación impuesta por la guerra, a la destrucción y a la muerte, a la escasez de alimentos, a la pérdida de su patrimonio, a la separación de sus familias, a la desaparición de seres queridos.

La violencia de la guerra desestructuró la cotidianeidad de la gente común del área zapatista. La guerra significó pérdida de vidas y de patrimonio, separación de familias, penurias, escasez extrema, temor e incertidumbre. La población civil de la región suriana vivió y reaccionó de diferente manera a esas nuevas condiciones y creó mecanismos y estrategias de adaptación y supervivencia para proteger a sus familias y comunidades. Entre ellas, destacó la compleja relación que estableció con el *Ejército Libertador del Sur*. Una parte de la población civil, sobre todo los hombres jóvenes, se incorporó a las filas del Ejército Zapatista para proteger a los suyos; otra parte participó activamente con los alzados, porque les ofrecían protección ante la represión del ejército federal y de las fuerzas rurales y porque muchos pueblos y comunidades tenían familiares o amigos en las filas insurgentes y colaboraron con ellos. A pesar de la modernización económica que había tenido lugar en la entidad morelense en la segunda mitad del siglo XIX, la sociedad rural en la que surgió el zapatismo conservaba marcados rasgos tradicionales, como la fuerte solidaridad y los vínculos de consanguinidad y amistad, lo que le daba una gran cohesión, sobre todo ante el exterior. Algunos sectores más ofrecieron un apoyo condicionado a los rebeldes, en una especie de contrato moral de reconocimiento, lealtad y apoyo material por parte de la población civil a cambio de seguridad, protección y favores de los jefes surianos. Otros, se vieron obligados a brindar respaldo al movimiento, por presiones y coacción de las autoridades civiles zapatistas y de los jefes militares.

Otros sectores, empero, no se comprometieron ni con la lucha rebelde ni con sus rivales y trataron de permanecer neutrales. Y hubo también, como en todo movimiento social y revolucionario, sectores e individuos que no se sintieron identificados ni con los ideales que defendían los zapatistas ni, sobre todo, con el comportamiento de muchos de los jefes y soldados surianos, que tuvieron una conducta que los agredió y ofendió y, en el extremo, se opusieron a las incursiones de las tropas zapatistas.

El zapatismo, así, fue un movimiento complejo y vasto que, gracias a su tenacidad, persistencia y radicalidad, y a la profundidad de la revolución social, económica y política que llevó a cabo en sus dominios, tuvo un enorme impacto que trascendió a su derrota ante el constitucionalismo. La influencia del zapatismo permeó no solamente a muchas de las luchas populares que se desarrollaron en México a lo largo del siglo pasado y en lo que va de éste, sino que también tuvo una notable influencia en la ideología y en el discurso de los regímenes que los vencieron, los cuales trataron de apropiarse y de utilizar la figura de su líder, Emiliano Zapata y de la legitimidad que de él emanaba.

Este volumen hace un recuento pormenorizado de esa experiencia histórica de los campesinos zapatistas, decisiva para entender cabalmente la evolución política, social, económica y cultural del México posrevolucionario. Salvador Rueda sostiene que el Siglo XX mexicano nació con el *Plan de Ayala*. En varios sentidos, las páginas que ilustran este volumen ofrecen elementos para reforzar esa audaz afirmación porque, en el umbral del centenario de la Revolución Mexicana y del zapatismo, éste sigue siendo una presencia viva en el imaginario colectivo, en la cultura política y en las aspiraciones de los campesinos mexicanos y en la relación entre éstos y el Estado nacional. La influencia del zapatismo sigue alimentando y orientando la lucha de los sectores populares mexicanos, particularmente de aquéllos que se identifican con la propuesta política y con la práctica más radical que haya tenido lugar en la historia nacional.

En estas páginas se ofrece un *collage* de temas y enfoques relacionados con el movimiento zapatista que representan una visión plural, original y actualizada sobre él. La diversidad historiográfica que aquí se encuentra es una muestra de que, a pesar de la vasta investigación sobre el zapatismo, éste sigue siendo un tema abierto, polémico, que enriquece el debate y sobre el que no se puede, ni se podrá escribir la última palabra. Los movimientos fundamentales en la historia de los pueblos, como es el caso del zapatismo, nutren la investigación histórica de cada época, de cada generación y de cada autor. Este libro es una buena prueba de ello.

El capítulo *Morelos, corridos y zapatismo*, de Catherine Héau Lambert, en la línea de trabajo en la que la autora se ha destacado, analiza las raíces del movimiento

zapatista a través de la ideología popular expresada en los corridos, no solamente aquellos corridos producto del movimiento insurreccional suriano, sino en la tradición desarrollada en la región a lo largo del siglo XIX: en las importantes batallas que formaron parte de las luchas liberales de la población suriana contra los conservadores, en lo que se ha denominado como liberalismo popular. El texto de Catherine ofrece un análisis sugerente sobre elementos característicos de esa ideología liberal, como la identidad racial, la defensa de las libertades municipales, el anticlericalismo guadalupano y el ideal de justicia social presente en ese discurso de combate de los grupos subalternos que expresan los corridos y del que Catherine ofrece significativos ejemplos de antes de la Revolución zapatista y de ésta.

Francisco Pineda, uno de los más importantes historiadores mexicanos del zapatismo, nos ofrece en este volumen dos capítulos significativos. En el primero de ellos, *La guerra zapatista, 1911-1915*, Pineda narra y analiza el origen y desarrollo del desafío zapatista y subraya el carácter de rebeldía, de independencia y de lucha, rasgos que contribuyeron a que fuera decisivo para definir el curso de la Revolución Mexicana. En su texto, Pineda analiza la estrategia de la guerra zapatista, su movilidad, su amplitud, sus movimientos de avance y repliegue y la presenta no como una serie anárquica de enfrentamientos y acciones militares sino como parte de una guerra campesina que tenía como objetivo central la toma de la ciudad de México y extenderse al centro del país, teniendo éxito al controlar Morelos y conquistar, en el ocaso del huertismo, el estado de Guerrero. Pineda, a contracorriente de lo que ha sostenido la historiografía de la revolución, demuestra cómo el Ejército Libertador zapatista sí emprendió una campaña militar en forma contra las tropas constitucionalistas refugiadas en Veracruz en diciembre de 1914, logrando ocupar la ciudad de Puebla y marchar hacia el puerto. Sin embargo, la falta de apoyo del gobierno de la Convención que ocupaba la ciudad de México y la decisión de Villa de no marchar sobre Veracruz, echaron por tierra la estrategia zapatista, que no pudo conservar esa posición. A pesar de ese fracaso, Pineda subraya y demuestra también, a contracorriente de la interpretación tradicional, el gran despliegue y el éxito que tuvieron las tropas surianas de reconquistar la ciudad de México y obligar a Obregón a evacuarla, en marzo de 1915.

Carlos Barreto Zamudio, por su parte, en el breve capítulo *El delito de ser zapatista. Cuautla, 1911*, nos presenta un pasaje poco conocido del proceso judicial que se siguió al joven Santiago Orozco, hijo adoptivo de la conocida militante magonista y luego zapatista Juana Belem Gutiérrez de Mendoza a fines de 1911 por su labor proselitista en favor de la candidatura de Zapata al gobierno de Morelos. Orozco fue encarcelado en Cuautla a finales de octubre de 1911 por hacer una “apología del delito” al llamar a la gente a votar por Zapata, a quien las autoridades

consideraban un criminal. El amparo promovido por su madre logró que la Suprema Corte de Justicia de la Nación emitiera un fallo que lo eximía de responsabilidad penal, con lo que pudo salir de prisión y se convirtió en los 4 años siguientes, en uno de los importantes intelectuales zapatistas.

De Adolfo Gilly, autor de la *Revolución interrumpida*, un texto que significó un parteaguas en la investigación e interpretación de la Revolución Mexicana, presentamos aquí un texto que se ha vuelto clásico: *La comuna de Morelos*. Este texto, uno de los más sugerentes y comprensivos que se hayan escrito sobre el movimiento zapatista ha sido también, sin duda, uno de los más leídos y que más a contribuido a formar la imagen que tenemos del zapatismo durante las últimas tres décadas. En él, Gilly analiza y reconstruye la experiencia cimera del zapatismo y que representa, quizás, la experiencia más avanzada y radical hecha por los campesinos mexicanos en toda su historia. Aquí se presenta una versión revisada y con algunos ligeros cambios hechos por su autor, porque tanto el coordinador de este volumen como el coordinador general de la obra, creemos que sigue siendo un texto vigente que merece seguirse leyendo y discutiendo.

En el capítulo *Rebeldías sin fronteras: el Zapatismo y Cuba, 1916-1920*, Dulce María Rebolledo y Francisco Pineda exponen las vicisitudes de la misión de Jenaro Amezcua como promotor de las ideas de la revolución suriana en La Habana, Cuba, en marzo de 1916. Desde esa fecha y hasta 1920, Amezcua realizó diversas actividades entre círculos revolucionarios cubanos y en sus publicaciones, donde dio a conocer los principales textos zapatistas, así como entrevistas y artículos de él mismo y de Antonio Díaz Soto y Gama, así como el libro *México revolucionario: a los pueblos de Europa y América 1910-1918*, de su autoría.

Javier Garciadiego Dantán, uno de los principales estudiosos de la Revolución Mexicana, presenta en este volumen un texto sugerente, fundamentado y provocador, como es su costumbre. En *El zapatismo, ¿movimiento autónomo, o subordinado?*, desarrolla la tesis de que el zapatismo, desde sus comienzos, buscó establecer alianzas con distintos sectores sociales, líderes y fuerzas políticas: con Madero, con Orozco, con Villa; con los líderes más progresistas del constitucionalismo como Luis Cabrera, Juan Sarabia, Antonio I. Villarreal, el Dr. Atl, etc. Subraya, asimismo, el peso de los intelectuales urbanos incorporados al zapatismo, como Soto y Gama y Gildardo Magaña, los cuales no sólo asumieron la representación del movimiento en la Convención, sino que ejercieron un influencia creciente en la dirección política del zapatismo luego de la derrota de Villa y cuando el zapatismo, en repliegue, resistió los embates del constitucionalismo triunfante. En el ocaso zapatista, su líder buscó aliarse nuevamente con Villa, sin éxito, al igual que autorizó contactos con Obregón y con Pablo González e incluso con Félix

Díaz, Manuel Peláez, Higinio Aguilar Carrera Torres y Saturnino Cedillo, con la intención de constituir una amplia coalición anticarrancista. Esos afanes, por lo demás frustrados, evidenciaban un cambio en la postura principista que había caracterizado al zapatismo hasta 1916 y un pragmatismo que era indicativo de su debilidad extrema. Esto se manifestaría con más crudeza en la etapa final del zapatismo, cuando tendió puentes con el obregonismo que se aprestaba a desafiar a Carranza y cuando Zapata, ilusamente, pretendió impulsar a Francisco Gómez como el líder que unificaría a los distintos grupos revolucionarios. Garciadiego explica este viraje como el predominio de los intelectuales fuereños sobre los jefes campesinos y sobre Zapata mismo, lo que se fortalecería después de la muerte de Zapata con el nombramiento de Gildardo Magaña como su sucesor. Finalmente, Garciadiego concluye que la alianza entre los jefes sobrevivientes zapatistas con Obregón, al imponerse éste sobre Carranza, sería la única y postrer alianza que les redituaría beneficios a los zapatistas, a diferencia de todas las anteriores.

Samuel Brunk, otro de los principales investigadores del zapatismo, ofrece en su texto *Mito y memoria de Zapata en Morelos* un sugerente análisis sobre la forma en que se fue construyendo el culto popular regional de Zapata después de su muerte. En él, Brunk describe algunas de las primeras manifestaciones de la creencia entre un sector de la población rural morelense acerca de que Zapata no había muerto en Chinameca, sino uno de sus seguidores parecido a él, y cómo este mito formó parte de la tradición oral que se desarrolló desde 1919 y persistió en las siguientes décadas, tradición que fue constatada en los años setenta del siglo pasado por los investigadores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), quienes formaron el importante Archivo de la Palabra con las entrevistas a numerosos sobrevivientes zapatistas. En la base de esta tradición, estaría la necesidad de sus seguidores de rechazar la pérdida del héroe, mantener la creencia en su regreso y la confianza en que Zapata habría sido más listo que sus enemigos. La partida de Zapata habría sido un autosacrificio para detener el sufrimiento de su gente. La creencia en su regreso para ayudar y encabezar otra vez a los suyos revela también un profundo mesianismo. En los numerosos ejemplos y variantes de este culto popular, Brunk destaca la continuidad esencial en sus elementos básicos como una arraigada e importante tradición local y cómo esa visión regional y la naturaleza de su muerte fueron factores importantes en la construcción del héroe nacional.

Por sugerencia de Horacio Crespo, coordinador general de esta Historia de Morelos, acepté incluir en este volumen varios textos míos que habían aparecido previamente en diversos lugares, los cuales fueron corregidos, actualizados y en algunos casos, ampliados. En el caso de la historiografía zapatista, actualicé un artículo que había publicado hace 9 años con la producción más reciente que ha

salido a luz desde entonces sobre este tema y he incluido también, con algunos cambios, un artículo sobre Jesús Sotelo Inclán, el fundador de la historiografía zapatista que había publicado hace algunos años. Escribí también para este volumen un resumen amplio sobre las principales tesis que sostengo en mi libro *Los orígenes del zapatismo*, las cuales sigo considerando válidas para entender la génesis, el desarrollo y las peculiaridades del que estimo es el movimiento campesino más importante y radical en la historia de nuestro país. Ofrezco también una serie de ensayos sobre distintos temas que han ocupado mi atención desde hace varios años y que me parecen fundamentales para comprender mejor al zapatismo: la vida cotidiana de la población de las zonas zapatistas y del ejército suriano, los conflictos internos en el movimiento, las propuestas de organización del Estado nacional de sus intelectuales y, finalmente, un reciente ensayo sobre la construcción oficial de Zapata como héroe revolucionario y su utilización tanto por los distintos gobiernos posrevolucionarios como por las organizaciones populares que lo han seguido reivindicando.

En conjunto, todos estos textos constituyen un amplio mosaico de visiones e interpretaciones que contribuyen a tener una explicación más cabal del zapatismo y muestran cómo, a casi 100 años de su surgimiento, sigue siendo un tema fundamental no sólo de la historia de Morelos, sino de la historia nacional.



## La historiografía del zapatismo

---

*Felipe Ávila Espinosa*

**D**ESDE LUEGO, la principal contribución historiográfica de los últimos cuarenta años en este campo de estudios ha sido el libro de John Womack Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, considerado con justicia el parteaguas de los estudios en torno al zapatismo, obra que mercedamente ha entrado a formar parte de los estudios clásicos acerca de las rebeliones campesinas. Varios autores han señalado ampliamente las virtudes de este libro que, como se ha dicho, tiene que ser comprendido como uno de los mejores ejemplos de la visión, las aspiraciones, los proyectos, los intereses y los valores de una época y de una generación que también significaron un parteaguas en Occidente y en nuestro país.<sup>1</sup> Sin duda, la obra de John Womack Jr. no puede comprenderse sin las preguntas, las respuestas, las filias, las fobias y el romanticismo de una época y una generación excepcionales, las de 1968, generación que conocemos, en términos muy esquemáticos —y con el riesgo evidente de simplificar en exceso— como inclinada más hacia la izquierda en la búsqueda de la democracia, la justicia y el cambio social e influida por la simpatía hacia las revoluciones cubana, china y vietnamita y por las luchas de liberación nacional de África y Asia, generación antiimperialista, confiada en el porvenir. Decimos todo esto no en demérito alguno, sino más bien con un dejo de añoranza y nostalgia por ese ímpetu, optimismo en el porvenir y ansias de cambiar al mundo que parecen haberse perdido poco a poco en estos tiempos mucho más descreídos, escépticos y relativistas, donde muchos de los que siguen creyendo que es posible cambiar al mundo lo ven, si acaso, como un proceso lento, paulatino y pacífico.

El libro de Womack sigue siendo, hasta la fecha, el análisis más completo de las causas que originaron el zapatismo, de su composición social, de su tipo de liderazgo y de la problemática entre las comunidades campesinas con el ejército y los líderes zapatistas. Este libro tiene, además, por lo bien escrito que está y por su

---

Felipe ÁVILA ESPINOSA. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

<sup>1</sup> Sin querer con ello establecer una relación determinista, mecánica y única entre la época, la formación, la situación particular del autor y la obra. Desde luego, esta última no se deduce ni se explica por aquéllas, siendo necesario establecer las mediaciones correspondientes que las concatenan.

capacidad evocativa, la virtud de ser una obra muy leída, en la que han abrevado muchos de los profesores y estudiantes de nivel medio superior y superior de nuestro país, no sólo de las disciplinas históricas, sino también de las ciencias sociales y las humanidades. Las generaciones posteriores a 1968, de modo invariable, han construido buena parte de sus juicios e imágenes del zapatismo derivadas directa o indirectamente de esa obra y, en este sentido magisterial, su valía ha sido enorme. Por ello el libro de Womack es en muchos sentidos, una obra historiográfica no superada.

Por lo que respecta a la promoción de nuevas investigaciones el libro de Womack, a su pesar y sin que el autor sea en absoluto responsable de ello, ha tenido el problema que ocurre con las grandes indagaciones: que se convierten en referencia obligada, en paradigmas explicativos de los fenómenos de los que se ocupan en lo que todo al parecer está dicho y resuelto. Así, estas obras, aunque alientan y orientan el desarrollo de nuevas investigaciones, se convierten también en el marco de referencia, en las hipótesis explicativas y en las respuestas de los fenómenos que tratan. Las nuevas generaciones de investigadores se contentan, la mayoría de las veces, con repetir y demostrar el paradigma de investigación, que se vuelve de esta forma, objetiva y paradójicamente, en inhibidor de nuevas vías, nuevas preguntas y de la búsqueda de otras explicaciones.

Lo que Womack investigó estaba tan bien tratado, documentado y escrito, que parecía inútil y pretencioso querer estudiar algo más del zapatismo. Creo que todos los que se han acercado a la cuestión en las cuatro décadas siguientes a la aparición del libro *Zapata y la Revolución mexicana* han experimentado, en mayor o menor grado, esa sensación de estar haciendo algo ocioso y limitado. La búsqueda de originalidad y nueva luz bajo la sombra de ese frondoso árbol ha sido algo particularmente difícil, porque el sentir muy extendido en una parte de la academia sobre el tema, hasta hace algunos años, era que todo estaba ya dicho y que era mejor buscar otras materias.

Desde luego, a la distancia, al *Zapata...* de Womack, con todo lo bueno que tiene como aportación para la comprensión del zapatismo, se le pueden indicar y se le han señalado limitaciones e insuficiencias, que han sido superadas a partir del uso de nuevas fuentes que han visto la luz desde entonces. Entre las principales limitaciones de esta obra están algunas de carácter geográfico-espacial. Womack sobre todo estudió a los campesinos zapatistas de los valles centrales morelenses, el corazón cañero, que fue sin duda el núcleo original y, en muchos sentidos, rector de ese movimiento. Sin embargo, el zapatismo se extendió muy temprano a las zonas aledañas, a las tierras altas y frías del norte de Morelos, del sur del Estado de México y el Distrito Federal, a la serranía de los estados de México y Guerrero, a zonas más secas del oriente y sur de Morelos, a una extensa zona poblana, a las montañas de las tierras limítrofes entre Morelos, Puebla y Oaxaca. En todas estas

regiones el zapatismo adquirió matices propios. En muchas de esas zonas el patrón de las relaciones de producción y la tenencia de la tierra no estaba marcado por el predominio de las haciendas e ingenios azucareros y el antagonismo entre pueblos campesinos y haciendas azucareras no existía o tenía una configuración distinta a la de los valles de Cuernavaca y Cuautla. Había otros actores: no sólo campesinos sin tierra o peones, sino también arrendatarios, aparceros, trabajadores textiles, artesanos, tenderos, pequeños comerciantes e intelectuales. El tipo de liderazgo que surgió en esas zonas así como las demandas y aspiraciones de los pobladores de esos lugares que apoyaron al zapatismo fueron diferentes. El mosaico zapatista tenía pues más colores: no sólo la restitución de tierras producto del despojo terrateniente, sino también demandas políticas, reclamos de autonomía municipal, de un ejercicio más democrático del poder, de mayores libertades ciudadanas y una correcta aplicación de la justicia, demandas a las que dio forma programática la actividad de los intelectuales fuereños zapatistas, particularmente durante la etapa convencionista.

La principal limitación que se ha señalado al libro de Womack es que el conflicto en el interior del movimiento zapatista aparece en un lugar muy secundario y más bien después de 1915, cuando falla la alianza zapatista con las otras facciones revolucionarias y cuando pierde, junto con el villismo, la batalla decisiva por el poder nacional ante el constitucionalismo. Antes de esta etapa el zapatismo aparece como un movimiento bastante cohesionado y asombrosamente armónico, no sólo entre los diferentes eslabones de la cadena de mando de los jefes zapatistas, sino también en las relaciones del ejército zapatista con las comunidades de las zonas bajo su influencia. Las nuevas fuentes ilustran esta imagen de una manera distinta: el conflicto y las disputas, rivalidades y competencia entre muchos de los jefes zapatistas fueron una constante desde el principio, con altas y bajas según el curso de la lucha y, también, las relaciones del zapatismo con las localidades y poblaciones de una amplia zona del centro-sur del país resultaron mucho más complejas, yendo desde un gran apoyo y legitimidad hasta la oposición y rechazo organizado.

Por fortuna, en los quince años que siguieron a la aparición del *Zapata...* surgió una nueva generación de investigadores que, con originales y valiosos materiales de primera mano, continuaron desarrollando la veta abierta por Womack. En esta generación posterior a Womack se encuentra gente que se formó, estudió, aprendió y leyó en los años inmediatos posteriores a 1968 y creció dentro del impacto que se vivió en el mundo y en México durante ese tiempo. Los años setenta y el comienzo de los ochenta también fueron álgidos y de gran discusión y propuestas, particularmente dentro de la intelectualidad mexicana cercana a la izquierda, que es el referente ideológico más próximo de quienes se han interesado en los últimos años por los

movimientos campesinos y las rebeliones en general, y por el zapatismo en particular.<sup>2</sup>

La obra historiográfica de los integrantes de esa nueva generación de estudiosos del zapatismo se realizó, en su mayor parte, dentro del ambiente político y cultural de la segunda mitad de los años setenta y la primera de los ochenta y compartió las inquietudes, preguntas y ensayos de respuesta de esa época. La imagen del zapatismo proyectada por el trabajo de Womack pudo ser enriquecida por esta generación, sobre todo a través de investigaciones regionales y estudios particulares que aprovecharon nuevas fuentes documentales y nuevos enfoques.

Entre las más importantes fuentes documentales que se rescataron y pusieron a disposición del público durante esos años destacan los fondos Emiliano Zapata, Cuartel General del Sur, Genovevo de la O, Soberana Convención Revolucionaria, Jenaro Amezcua y Francisco Mendoza. Estos archivos aportan información muy valiosa que complementa la que se obtiene del voluminoso archivo acumulado por Gildardo Magaña, el cual era el único disponible cuando Womack elaboró su trabajo. En estos otros archivos se encuentran testimonios no sólo de Zapata y de los principales líderes zapatistas, o de élites políticas, económicas y militares —regionales y nacionales— que incidieron en la problemática zapatista, sino que contienen un enorme mosaico de testimonios de líderes menores zapatistas, de mandos intermedios del ejército libertador, de las autoridades locales —presidentes municipales, jueces y auxiliares— encargadas de servir como correas de transmisión entre los jefes militares zapatistas y las localidades de la zona y, también de otros sectores de las clases medias y bajas rurales que reflejan los puntos de vista de la gente común que vivió y sintió la revolución en sus localidades como una experiencia novedosa y única.

---

<sup>2</sup> Para la intelectualidad mexicana de izquierda, formada principalmente en las universidades públicas, fue notable en particular el escenario de esos años en que tomó fuerza el eurocomunismo como una impugnación y una opción diferente a la Unión Soviética y a China y la gran discusión que se dio al interior de las corrientes marxistas en las que desempeñaron un papel importante, junto con las obras de Althusser y sus discípulos, la divulgación de los trabajos del Marx joven y de pensadores marxistas como Lukács, Korsch, Rosa Luxemburgo, Gramsci, la escuela de Frankfurt, así como con el estudio y la discusión que despertaron las obras de Lévi-Strauss, Foucault, Freud, Reich, Piaget, Sartre, Simone de Beauvoir, Cortázar, Eric Hobsbawm, E. P. Thompson y otros. Todo esto permitió que surgieran nuevas valoraciones y preguntas, enriquecidas por el impacto de las transformaciones efectivas del mundo durante esos años, que presenciaron el estallido de la guerra entre China y Vietnam y el desarrollo de un movimiento religioso que llevó a Jomeini al poder en Irán, así como la desilusión por el fracaso del experimento socialista chileno y la derrota de la revolución de los claveles en Portugal, compensadas en parte por el aliento del triunfo de los sandinistas en Nicaragua. En México fueron los años de la trágica experiencia de la guerrilla urbana y rural, pero también de las prácticas de organizaciones y movimientos sociales independientes en los sectores obreros, campesinos y populares. Fueron los años de la insurgencia sindical, de la formación de los sindicatos universitarios, de las grandes movilizaciones de las organizaciones de masas en las ciudades cuyo efecto alcanzó a llegar hasta principios de los años ochenta.

Además de estas fuentes, la otra gran veta que se abrió a la investigación es el conjunto de decenas de entrevistas con los veteranos zapatistas que componen el cuerpo de historia oral conocido como el Archivo de la Palabra, que ofrecen –con las consabidas limitaciones de este tipo de fuentes– un valioso testimonio de los recuerdos, valoraciones e imágenes de esos participantes sobre sus experiencias juveniles en la “bola”, experiencias determinantes para el resto de sus vidas.

Haber rescatado estos invaluable testimonios y ponerlos a disposición para su consulta pública es una deuda impagable que debemos al esfuerzo de esa generación de entusiastas investigadores del zapatismo, varios de los cuales confluyeron en talleres de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (DEH/INAH) y en los proyectos de rescate y organización de archivos y testimonios orales y gráficos emprendidos por esta institución, el Archivo General de la Nación (AGN), la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), gobiernos estatales y organizaciones privadas como CONDUMEX. Ellos fueron quienes buscaron, recuperaron, clasificaron y dejaron listos para su consulta una buena parte de los archivos antes mencionados y quienes, también, tuvieron la energía, el valor y la paciencia para ir a platicar semanas enteras durante varios años con los viejitos zapatistas para escudriñar en sus recuerdos, ordenarlos y ofrecerlos grabados y transcritos.

No es casual que esta generación de estudiosos del zapatismo, que hizo la obra negra de su trabajo y publicó sus primeras conclusiones en esos años, generación de la que forman parte Salvador Rueda, Laura Espejel, Ricardo Pérez Montfort, Jane Dale Lloyd, Arturo Warman, Alicia Olivera y Horacio Crespo haya utilizado esas nuevas fuentes para completar, pulir y matizar la obra zapatista comenzada por Womack.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Entre las principales obras de estos estudiosos del zapatismo se encuentran: WARMAN, Arturo, ... *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, Ediciones de la Casa Chata-CIESAS, México, 1978 y “La plataforma política del zapatismo”, en KATZ, Friedrich (comp.), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en el México del siglo XVI al XX*, Ediciones Era, México, 1990, pp. 289-305. RUEDA, Salvador, “La zona armada de Genovevo de la O”, en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, núm. 3, ENAH, México, 1981, pp. 38-43; “Oposición y subversión: testimonios zapatistas”, en *Historias*, núm. 3, enero-marzo, INAH, México, 1983, pp. 3-32; “La dinámica interna del zapatismo. Consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista”, en Horacio CRESPO (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, CEHAM /UAEM, México, 1984, pp. 225-249; “Administración política y utopía hacendaria: la lucha por el poder en el estado de Morelos (1869-1913)”, en *Historias*, núm. 13, abril-junio, INAH, 1986, pp. 95-103; “Las causas del movimiento zapatista en Morelos. Desniveles históricos en el origen de un conflicto agrario”, en *Memoria. La Revolución en las regiones*, Universidad de Guadalajara, México, abril-junio de 1986, pp. 361-388 y *El paraíso de la caña, historia de una construcción imaginaria*, INAH, México, 1998; RUEDA, Salvador y Jane DALE LLOYD, “El discurso legal campesino y el orden político revolucionario: el caso zapatista”, en *Historias*, núms. 8 y 9, enero-junio, INAH, 1985, pp. 51-59. ESPEJEL, Laura, “El movimiento campesino en el oriente del Estado de México: el caso de Juchite-

De este modo, se avanzó en precisar la composición social del zapatismo, composición diferenciada (no sólo campesinos libres y peones sin tierra dependientes de las haciendas, sino también campesinos arrendatarios, aparceros, rancheros, pequeños propietarios de ganado, artesanos, obreros textiles, arrieros, pequeños comerciantes y sectores de clase media ilustrada) que produjo aspiraciones y comportamientos políticos e ideológicos diversos. Gracias a esos estudios se pudieron precisar las diferencias geográficas regionales entre el zapatismo de la zona de los valles centrales cañeros de Morelos y el zapatismo periférico de las zonas aledañas, frías y boscosas del norte o más secas y calientes en el este y en el sur de la región, donde participaron actores con problemáticas agrarias, relaciones productivas, conflictos y trayectorias distintas a las de los pueblos de la zona central cañera.

Gracias a las contribuciones de esta generación se pudo superar la vieja discu-

---

pec”, en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, núm. 3, ENAH, México, 1981, pp. 33-37; “El cuartel general, órgano rector de la revolución zapatista”, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1985; ESPEJEL, Laura y Salvador RUEDA, “La génesis del zapatismo”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 2, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 291-303; “El Plan de Ayala y la autonomía zapatista (1911-1912)”, *ibidem*, vol. 3, pp. 347-357; “El zapatismo continúa en lucha”, *ibidem*, vol. 4, pp. 531-537; “El zapatismo se extiende”, *ibidem*, vol. 4, pp. 581-587; “El zapatismo estrecha el cerco”, *ibidem*, vol. 4, pp. 711-715; “Los ejércitos populares y la construcción de un ejército nacional”, *ibidem*, vol. 5, pp. 857-865, y “El desencanto porfiriano, las elecciones de 1909 en Morelos”, en *Desde el Diez*, Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A. C., Jiquilpan, Michoacán, noviembre de 1994, pp. 5-27; ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, “El programa político zapatista”, en *IV Jornadas de Historia de Occidente*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A. C., Jiquilpan, Michoacán, 1984, pp. 57-78. CRESPO, Horacio, “La diferenciación social del campesinado. Una perspectiva teórica”, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1982; “El azúcar en el mercado de la Ciudad de México, 1885-1910”, en Horacio CRESPO (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México / UAEMOR, México, 1984, pp. 165-222; *Tierra y propiedad en el fin del Porfiriato*, 2 vols., Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México / UAEMOR, México, 1986; CRESPO, Horacio (dir.) *et al.*, *Historia del azúcar en México*, 2 vols., FCE / Azúcar S. A., México, 1988-1990, y “La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto”, Tesis Doctoral en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1996; CRESPO, Horacio y Herbert FREY, “La diferenciación social del campesinado como problema de la teoría y de la historia, hipótesis generales para el caso de Morelos”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, vol. XLIV, núm. 1, enero-marzo 1982, pp. 285-313. Además de estos libros y artículos que presentan sus conclusiones de un intenso trabajo de archivos, merecen señalarse las diversas guías y catálogos de los archivos de Genovevo de la O, Jenaro Amezcua y Emiliano Zapata hechos por Salvador Rueda, Ricardo Pérez Montfort y Laura Espejel, respectivamente, véase ESPEJEL, Laura, *El cuartel general zapatista, 1914-1915: documentos del Fondo Emiliano Zapata del Archivo General de la Nación*, 2 vols., INAH, México, 1995; PÉREZ MONTFORT, Ricardo, *Guía del Archivo Jenaro Amézcuca*, CONDUMEX, México, 1982, y RUEDA, Salvador, *Guía del Fondo Genovevo de la O*, Archivo General de la Nación, México, 1982.

sión —que tiene sus orígenes en una añeja polémica doctrinaria al interior del marxismo— acerca de la capacidad del zapatismo, como movimiento campesino, de proponer un proyecto viable de organización del Estado nacional. Por medio de varios de sus trabajos quedó claro que el zapatismo no solamente elaboró un proyecto de nación, mediante las propuestas ideológicas y programáticas de los intelectuales fuereños que se incorporaron a él, sino que instauró un gobierno y una administración propios en la región morelense y en una amplia franja del centro-sur del país, donde tuvo el control militar, político, económico y administrativo, y en la que los jefes e intelectuales zapatistas aplicaron una peculiar forma de gobierno y administración caracterizados por la recuperación de la autoridad tradicional de los pueblos y el establecimiento de una considerable autonomía municipal, como parte de un proceso controlado y supervisado centralmente —no sin considerables conflictos— por el Cuartel General Zapatista. El zapatismo se propuso derrocar al gobierno nacional, tomar el poder central, ocupar la capital del país e instaurar un gobierno que diera cumplimiento a un programa de reformas económicas y sociales cuya máxima expresión fueron las propuestas de los ideólogos zapatistas dentro de la Soberana Convención Revolucionaria, en cuya etapa de mayor poderío —entre finales de 1914 y mediados de 1915— controlaron la capital y la mayor parte del territorio nacional, si bien efímeramente al no poder consolidar su alianza con el villismo. Si el proyecto zapatista no pudo imponerse a los otros en la guerra de facciones, no fue por una determinación fatal, dado su carácter de clase, sino por circunstancias históricas especiales, que explican su derrota a manos de los constitucionalistas.

Salvador Rueda junto con Laura Espejel, Jane Dale Lloyd y Alicia Olivera dieron una muestra de la fertilidad de la colaboración y el trabajo en equipo de los seminarios del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y estudiaron aspectos que no habían sido abordados antes, relacionados con las características del ejército libertador del sur, con el tipo de liderazgo, con el discurso elaborado por los jefes campesinos zapatistas y por sus intelectuales fuereños —estableciendo la relación, diferencias y tensión entre ambos—, así como la cotidianidad vivida por las localidades bajo el dominio zapatista y las relaciones de los pueblos y localidades con el ejército libertador suriano, destacando los problemas de los eslabones intermedios de autoridad y los problemas de justicia a los que se enfrentaron y la forma en que los intentaron resolver. De igual modo, rastrearon los antecedentes políticos que podían haber influido en la rebelión zapatista, estudiando no sólo la inmediata e importante coyuntura política de la elección del gobernador de la entidad en 1909 —en la que surgió un frente opositor a la candidatura oficial que se aglutinó alrededor de Patricio Leyva—, sino que abordaron una experiencia un poco más lejana, pero igualmente importante —en la medida en que estuvieron en la escena morelense

varios de los principales actores anteriores en circunstancias diferentes— que tuvo lugar cuando el primer gobernador de la entidad, Francisco Leyva, se había enfrentado a los hacendados morelenses en los albores del porfiriato.

Todos estos trabajos parciales fueron muy importantes y dieron nueva luz o corrigieron muchos de los juicios que se habían hecho sobre el movimiento suriano, aunque también como todas las nuevas aportaciones al conocimiento histórico, abrieron nuevas interrogantes. Entre algunos de los puntos a discusión que quedaron abiertos están los relacionados con la política y la ideología, como el estudio pormenorizado de los intelectuales zapatistas, de sus antecedentes, formación, vinculación e influencia dentro del movimiento armado, así como las especificidades del proyecto estatal zapatista y de las causas concretas de su fracaso, al igual que los pormenores y dificultades de las fallidas alianzas entre el zapatismo con otras fuerzas nacionales, como el maderismo, el orozquismo y, particularmente importante, con el villismo, al igual que el análisis de lo que fueron el gobierno y administración efectivos del zapatismo en su zona de influencia, aspectos que apenas fueron esbozados por estos investigadores y sobre los cuales habría que hacer una investigación más detallada.

Otra gran área problemática que no había sido cubierta era la de la economía y la demografía de la región, pues aunque se habían hecho y continuaron haciendo notables estudios monográficos sobre la configuración del agro morelense durante la época colonial y el siglo XIX y acerca del desarrollo de la economía de las haciendas y las relaciones agrarias en ese territorio durante ambas épocas, la falta y la deficiencia de fuentes primarias durante la revolución, habían sido una seria limitante para su estudio.<sup>4</sup> Esto era particularmente importante para explicar algunas de las razones estructurales que facilitaron el estallido de la rebelión zapatista, así como para determinar qué tipo de vínculo se había dado entre la economía, la demografía y la política en los años finales del porfiriato y el inicio de la revolución.

Sin que se haya agotado esta última región problemática, una buena parte de las lagunas han venido siendo despejadas por las notables investigaciones de Horacio Crespo, quien comenzó a publicar sus conclusiones a finales de los años setenta. El trabajo de Crespo ha tenido continuidad desde entonces y ha dado a luz varios estudios muy importantes, los cuales han puesto énfasis en analizar las condiciones estructurales de la región central morelense, en particular de la gran institución regional que fue la hacienda, y ha hecho la mejor y más completa historia de la

---

<sup>4</sup> Entre los mejores trabajos acerca de Morelos durante la época colonial y en los albores del siglo XIX se encuentran: BARRETT, Ward, *La hacienda azucarera de los marqueses del Valle (1533-1910)*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1977; GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen colonial en Nueva España*, El Colegio de México, México, 1969; MARTIN, Cheryl E., *Rural Society in Colonial Morelos*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985.

configuración de las relaciones productivas en esa zona dominada por el cultivo de la caña de azúcar. Sin duda, Crespo ha hecho hasta hoy la mayor contribución al estudio de la historia regional de larga duración, económica y demográfica, para explicar la configuración de las relaciones productivas y sociales entre los distintos sectores, la condición que había en la región morelense en los comienzos de este siglo y las contradicciones estructurales en las cuales se dio el estallido de la rebelión zapatista.

Entre las mayores aportaciones de Crespo está el haber estudiado la evolución económica de la hacienda azucarera desde el siglo XVI, la configuración del paisaje hecha por esta institución y la demostración rigurosa y pormenorizada de la modernización tecnológica y productiva que tuvo lugar en las dos últimas décadas del siglo XIX y la primera del siglo XX. Crespo ha sido, quizás, el investigador zapatista que menos se ha dejado intimidar, en el buen sentido, por la influencia de Womack y ha propuesto, con creatividad y fundamentación empírica —apoyado por un amplio trabajo en fuentes primarias hasta entonces no trabajadas, como series económicas de precios, censos de propiedad, catastros y diversas estadísticas demográficas, sustentados en una rigurosa metodología de análisis—, tesis nuevas y polémicas que complementan y corrigen algunas de las aseveraciones que se habían dado por establecidas en la historiografía zapatista.

Así, ha demostrado que la modernización y consolidación de las haciendas azucareras durante el porfiriato no se basó en el despojo de las tierras y aguas de los pueblos colindantes con ellas, sino que el proceso de concentración y centralización de los recursos productivos en manos de las haciendas e ingenios azucareros fue un proceso secular que estaba prácticamente concluido en la primera mitad del siglo XIX, aún antes de las Leyes de Desamortización de la Reforma y de las Leyes de Baldíos del porfiriato. Ha demostrado también que este proceso de modernización productiva se basó en una reasignación de los recursos que ya estaban en manos de la hacienda, en la utilización para propósitos comerciales de tierras que eran propiedad de éstas pero que estaban arrendadas hasta entonces a pueblos, familias y personas que las trabajaban en forma individual, en el crecimiento de la infraestructura hidráulica y de la superficie irrigada, así como en un proceso de mejoras técnicas sobre el proceso de transformación industrial del azúcar, al igual que en la modernización del transporte por el ingreso del ferrocarril a las zonas productoras.

El proceso no se basó, por tanto, en el despojo a los pueblos de sus tierras y aguas, porque éstos ya estaban desde tiempo atrás en manos de las haciendas. Después de analizar una gran cantidad de fuentes demográficas, Crespo ha demostrado cómo los pueblos, al igual que los ranchos y aldeas, no marchaban hacia su desaparición, absorbidos por la hacienda, como había planteado la historiografía agrarista del zapatismo, sino que habían mantenido una posición de crecimiento moderado

durante el porfiriato y, en cambio, las haciendas habían visto disminuir su población, tanto en términos absolutos como relativos. No había, por tanto, una relación de causalidad directa entre el estallido de la rebelión zapatista y un incremento en las presiones demográficas sobre los recursos territoriales de los pueblos. El efecto de la modernización descrita afectó principal y directamente a los diversos sectores de arrendatarios de las tierras de las haciendas que perdieron de modo súbito su acceso a dichas tierras. Lo que este proceso provocó, manifiesta Crespo, fue un incremento en la diferenciación de los sectores campesinos del agro morelense y una respuesta diversa de ellos. De igual modo, la modernización económica provocó también la diferenciación entre las haciendas, en un proceso en que aquellas que pudieron sortear con mayor éxito los desafíos de alcanzar una mayor eficiencia productiva y menores costos, fueron las que pudieron emplear de mejor manera los recursos productivos (tierra, agua y trabajo) en unidades más eficientes, que resultaron ser no las grandes propiedades territoriales, sino las haciendas pequeñas y medianas.

Esta visión, en conjunto, arroja nueva luz sobre las condiciones estructurales y las tensiones presentes en el agro morelense en los años finales del porfiriato y son, sin duda, un punto de referencia obligado para situar en ellos el estallido de la rebelión zapatista. Sin embargo, aunque me convence buena parte de la argumentación y demostración de Crespo, creo que todavía quedan abiertos a la discusión algunos puntos importantes. En primer lugar, aunque no haya habido una expropiación o despojo tradicional de tierras y aguas de los pueblos, ranchos o aldeas, de los cuales no eran propietarios, en los hechos el sector arrendatario de tierras de las haciendas tenía acceso a esos recursos de manera individual y, por tanto, era usufructuaria de ellos. Aunque no hay datos cuantitativos para medir la magnitud del sector de arrendatarios desplazados —elemento que sería muy importante de cuantificar— y, por tanto, de la magnitud de las nuevas presiones para la supervivencia de este sector, es evidente que la modernización señalada tuvo los efectos de una desposesión y, como Crespo mismo establece, esa fuerza de trabajo no la absorbió totalmente la creciente economía hacendaria. Por tanto, al disminuir una parte de la tierra arrendada que se dedicaba a obtener cultivos tradicionales que fueron convertidos en cañaverales —proceso que también debería cuantificarse— y perder ese sector usufructuario seguridad en su manutención y depender de fuentes alternativas de sobrevivencia, es posible que los desplazados se hayan convertido en una carga adicional para las familias y sectores de la economía tradicional con los que tenían vínculos de parentesco, en fuerza de trabajo estacional con una mayor dependencia de las haciendas o en sectores que tuvieron que encontrar alternativas de manutención en nuevas actividades de la economía urbana, o en la artesanía, el comercio, los ferrocarriles, etcétera.

En cualquier caso, la desposesión del usufructo implicaba un cambio súbito y pérdida de seguridad, así como, para algunos, deterioro en los niveles de vida, todo lo cual implicó que hubiera descontento, agravios y actitudes de resistencia potencial, y que muchos de esos sectores desplazados vieran en esa transformación la privación de un derecho tradicional, o en otras palabras, la ruptura del *pacto de economía moral* que tenía con las haciendas e ingenios. La ruptura de ese pacto y los agravios generados por ello explicarían en buena medida el alto grado de violencia contra muchas de las haciendas y de las élites económicas de la zona morelense y regiones colindantes desde épocas muy tempranas de la rebelión. La modernización productiva, entonces, sí alteró el equilibrio tradicional que se había establecido no sólo con los pueblos propietarios de tierras, sino con los demás grupos agrarios dependientes y subordinados a la hacienda.

Otro elemento que no ha sido aclarado es el de si ocurrió un deterioro de las condiciones de vida de los grupos económicamente subordinados de Morelos. Dada la ausencia de fuentes que permitan hacerse una idea más clara de ello, no hay elementos cuantitativos suficientes para medir la evolución del salario real de los distintos grupos de trabajadores rurales y urbanos, ni de la inflación y el precio de los principales bienes de consumo de los grupos mayoritarios, ni tampoco de los movimientos migratorios y de la urbanización que tuvieron lugar en Cuernavaca y Cuautla, lo que ayudaría a entender mejor el problema de la estratificación y de los comportamientos políticos diferenciados de los actores sociales y el impacto real que tuvo la modernización azucarera sobre los diversos grupos sociales. Desde luego, esto no significa que tenga que deducirse de esos elementos económicos el comportamiento político de los agentes sociales, pero sí ayudaría a entender mejor las demandas y propuestas de esos sectores una vez estallada la revuelta. Por tanto, aún hace falta establecer mejor los vínculos entre la economía, la demografía y la política de la región y, con relación a esta última, estudiar con más detalle la evolución política de los distintos grupos morelenses, la formación de la oposición política al porfiriato, los diferentes actores que confluyeron en la coyuntura de 1909 y los motivos y mecanismos por los cuales pudo darse la incorporación a la rebelión nacional en 1910.

Los estudios acerca del zapatismo sufrieron un abandono y desinterés, en términos generales, al igual que los de la Revolución Mexicana, durante la segunda mitad de los años ochenta y en la primera de los noventa.<sup>5</sup> No obstante, aparecieron estu-

---

<sup>5</sup> Proceso influido, sin duda, por el abandono, desinterés y escepticismo ante las revoluciones, rebeliones y protestas provocado por el estrepitoso derrumbe de la Unión Soviética y del socialismo en los países del Este europeo, y el desencanto y abandono del marxismo y de los proyectos de cambio social que habían permeado los años anteriores, proceso que tuvo por contraparte el avance y

dios que pusieron énfasis en la historia regional y en explicar la forma peculiar en que se desarrolló la revolución en los estados concernidos. Se mostraron regiones aledañas al corazón del zapatismo con problemáticas distintas, sectores con situaciones y demandas propias y movimientos regionales con liderazgos autóctonos, procesos y personajes con los cuales el zapatismo morelense tuvo una relación variable y extremadamente complicada. En esos trabajos se describe la forma como se extendió la influencia del movimiento zapatista, así como las relaciones, alianzas, rupturas, tensiones y conflictos que tuvo con los movimientos endógenos que se generaron en esas regiones. En algunas de ellas, como en la región aledaña poblana, la semejanza en la problemática agraria, étnica, cultural y una tradición regional compartida de varias zonas limítrofes, permitieron el arraigo y crecimiento de movimientos endógenos rebeldes estrechamente vinculados al zapatismo y la alianza e incorporación, no sin conflicto, de esas regiones a su zona de influencia y liderazgo. En otras regiones, como en el estado de Guerrero, se generaron liderazgos autóctonos con fuerza y arraigo regional que tuvieron una relación conflictiva con el zapatismo. Una parte de los grupos rebeldes guerrerenses encabezados por Jesús Salgado se aliaron con el zapatismo, en buena medida debido a los conflictos de liderazgo con el grupo rebelde hegemónico de los hermanos Figueroa. Por otra parte, los líderes zapatistas tuvieron una decisiva pugna por el poder con este último clan, pugna que tuvo un papel clave en su agrupamiento y en la definición de su identidad durante el proceso de licenciamiento de sus fuerzas que lo llevó a romper con el maderismo en el verano de 1911. En algunas regiones del Estado de México, el zapatismo si bien encontró apoyo de una parte de los habitantes y generó liderazgos propios, hubo otras en que se presentó como una fuerza de ocupación extraña, que no consiguió adhesiones y encontró un fuerte rechazo. En otras zonas vecinas, como parte de las zonas altas de Tlaxcala, líderes de estos movimientos serranos como los hermanos Arenas definieron, con gran autonomía, sus propuestas y acciones y establecieron alianzas temporales extremadamente conflictivas con el zapatismo. En conjunto, estos estudios ofrecen una panorámica más amplia de las problemáticas de las regiones del centro-sur del país y contribuyen a armar el rompecabezas de la revolución en esta zona y destacan, particularmente, las formas y liderazgos que produjo el movimiento insurreccional en cada región, aspectos que sirven para entender las alianzas y los conflictos que tuvo el creci-

---

fortalecimiento del libre mercado, la consolidación de la hegemonía mundial estadounidense sin contrapeso y el triunfo del modelo político y económico conservador aglutinado en el término *neoliberalismo*. En México, el naufragio de la izquierda sólo pudo ser parcial y temporalmente superado por las movilizaciones cardenistas de fines de los años ochenta y por la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1994.

miento del zapatismo al convertirse en el movimiento político dominante en toda esa amplia zona.<sup>6</sup>

El interés por el estudio del zapatismo, aunque en menor grado que en los años setenta y ochenta, ha continuado con algunas notables investigaciones aún antes de que el estallido de la insurrección chiapaneca volviera a inyectar nuevos ánimos en la discusión acerca de las rebeliones y la revolución en general y del zapatismo en particular. Samuel F. Brunk es el autor de *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico* y le corresponde, entre otros, el mérito de ser el único autor estadounidense que ha abordado, después de Womack, al zapatismo desde una perspectiva global. Aunque el objetivo explícito de Brunk era hacer una biografía política de Zapata y demostrar el impacto histórico que tuvieron las opciones y las acciones de aquél sobre el movimiento zapatista y acerca de los acontecimientos nacionales, la obra de Brunk es mucho más que eso y nos ofrece, en realidad, otra historia general del zapatismo, a través de un relato en donde se muestra el contexto político y social en que se desarrolló el movimiento y las diferentes etapas que siguió, siendo de particular interés el cuadro que nos ofrece de la conflictiva relación entre Zapata mismo, los jefes del Ejército Libertador y la gente de las zonas rurales zapatistas, por una parte, con los asesores urbanos que se adhirieron al zapatismo cuando éste alcanzó una dimensión extrarregional. De igual modo, analiza las conflictivas relaciones entre el zapatismo y las otras corrientes que actuaron en la Revolución Mexicana, asentando que si bien Emiliano Zapata –cuyas cualidades naturales y carisma lo llevaron no por azar a ocupar el liderazgo de ese movimiento– demostró una gran capacidad para encauzar y controlar un movimiento regional, en la medida en que éste creció y adquirió una dimensión nacional no fue capaz de llenar el desafío de liderazgo que esto implicaba y eso desempeñó un papel importante –además de las divisiones internas y la derrota nacional ante el constitucionalismo– para el eclipse del zapatismo.

Brunk, quien realiza un muy exhaustivo y riguroso trabajo de archivo utilizando una buena parte de las fuentes primarias disponibles, tanto escritas como orales,

---

<sup>6</sup> Entre estos trabajos se encuentran: LAFRANCE, David G., *The Mexican Revolution in Puebla. The Maderista Movement and the Failure of Liberal Reform*, Scholarly Resources Imprint, Wilmington, Delaware, 1989; RAVELO LECUONA, Renato, *La revolución zapatista en Guerrero*, t. I: “De la insurrección a la toma de Chilpancingo, 1910-1914”, Universidad Autónoma de Guerrero, Chilpancingo, 1990; JACOBS, Ian, *Ranchero Revolt: the Mexican Revolution in Guerrero*, University of Texas Press, Austin, 1982 y “Rancheros de Guerrero: los hermanos Figueroa y la Revolución”, en BRADING, David (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, FCE, México, 1985; ÁVILA PALAFOX, Ricardo, *¿Revolución en el Estado de México?*, INAH / Gobierno del Estado de México, México, 1988; RAMÍREZ RANCAÑO, Mario, *La Revolución en los volcanes*, UNAM, México, 1984.

toma distancia generacional y de perspectiva teórica con respecto a John Womack Jr. (con un enfoque weberiano, según sus propias palabras), y pone el acento no en el movimiento zapatista sino en la figura del caudillo, tratando de explicar las acciones de éste en su contexto histórico y, a la inversa, analizando el impacto de las acciones del individuo en el contexto. La consulta de una extensa serie de documentos primarios y testimonios orales a los cuales Womack no pudo tener acceso, le permiten a Brunk destacar las diferencias y conflictos existentes al interior del zapatismo, entre sus jefes, los intelectuales y los líderes campesinos, las propias localidades rurales, así como entre la gente de los lugares dominados por el zapatismo y el ejército zapatista. Brunk asigna a estas diferencias un peso decisivo y determinante para entender las limitaciones que tuvo el movimiento para convertirse en una opción nacional viable y para explicar, en parte, su derrota. El libro de Brunk constituye una excelente investigación, lo cual complementa y matiza el cuadro general del zapatismo, que aparece como un movimiento bastante más heterogéneo de lo que se había manejado y con una alta dosis de conflicto y violencia en su interior.

Brunk también desarrolló en un interesante artículo las características de los intelectuales zapatistas y el papel desempeñado por éstos en el zapatismo. Al crecer el zapatismo y tener que elaborar una estrategia política, alianzas y un discurso nacional, los intelectuales urbanos que se habían incorporado fueron alcanzando un peso cada vez mayor. Otilio Montaña, el profesor rural redactor del Plan de Ayala, quien había sido la influencia intelectual más notable en la etapa formativa zapatista, fue desplazado en 1913 por Manuel Palafox, que se volvió la figura dominante en el cuerpo de asesores zapatistas y a quien Brunk –como antes Womack– le atribuye un papel decisivo en la intransigencia y sectarismo que impidieron un mayor acercamiento o alianza con el constitucionalismo y luego con el villismo. Brunk señala la creciente diferencia entre los intereses y las propuestas de los intelectuales urbanos con las necesidades locales del movimiento y una tensión entre ambos que finalmente no pudo ser resuelta e influyó en la derrota zapatista.<sup>7</sup>

Otro notable trabajo de Brunk, “‘The Sad Situation of Civilians and Soldiers’: The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution” analiza con rigor el fenómeno del bandidaje dentro del movimiento suriano y en él Brunk argumenta que, a diferencia de lo que ha sostenido la historiografía zapatista tradicional, el bandidaje fue un fenómeno mucho más complejo de lo que se ha señalado, que no

---

<sup>7</sup> BRUNK, Samuel F., *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995, libro que, con algunos pequeños cambios, fue su Tesis de Maestría en Filosofía en la Universidad de Nuevo México en 1992; “Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, núm. 1, February 1993, pp. 33-65.

fue un fenómeno insignificante ni marginal y que tuvo importantes repercusiones en el curso de la revolución suriana. Zapata a través del Cuartel General había hecho esfuerzos considerables por eliminar, castigar y controlar esas prácticas que les restaban apoyo entre las comunidades y que eran aprovechados por sus enemigos y por la prensa nacional y local para debilitar su movimiento pero tuvo un éxito relativo en esos intentos, a pesar de lo cual, durante sus primeros años, el bandidaje no había sido un factor desintegrador ni había significado una amenaza política al movimiento ni al liderazgo de Zapata, con la excepción del desafío de Felipe Neri.

Samuel Brunk, con razón, ha señalado que al referirse al bandidaje dentro del zapatismo se deben diferenciar los robos, saqueos y violencia contra los sectores pudientes, que caracterizaron al zapatismo desde abril de 1911 –actividades que tenían una connotación de clase y de justicia popular y que pueden asimilarse, con reservas, a la clásica tipificación de bandolerismo social–, de las acciones cometidas por bandas y jefes zapatistas contra la población rural pobre. Y en efecto, en los archivos zapatistas se encuentran múltiples testimonios de pueblos que protestaban reiteradamente de los abusos, préstamos forzosos, robos y violencia cometidos por las partidas zapatistas –“depredaciones” era el término común en la época para referirse a ellos– en contra de la población civil. Es decir, fue un tipo de bandolerismo contra las comunidades que, si bien es cierto que se acentuó en los años finales marcados por la descomposición del movimiento, estuvo presente también desde la primera etapa.<sup>8</sup>

En conjunto, la obra de Brunk complementa y matiza la visión general del zapatismo, pone énfasis en aspectos hechos a un lado o minimizados por investigaciones anteriores como el de las diferencias internas y los conflictos existentes no sólo después de la derrota nacional con el constitucionalismo, sino desde los primeros tiempos, y asigna a estas dificultades un peso que explica las limitaciones que tuvo para conseguir sus objetivos.

Considero que la principal objeción al trabajo de Brunk reside precisamente en lo que intenta ser su principal originalidad, es decir, en el enfoque que privilegia el estudio del individuo en su relación con el contexto y en la interacción que puede establecerse entre ambos para entender a uno y otro. La vía para llegar a la comprensión de los individuos y de los acontecimientos hechos por ellos –desde el punto de vista teórico y metodológico la explicación que más convence es la que ofrece Jean-Paul Sartre en su *Crítica de la razón dialéctica*– es un camino de ida y vuelta que no alcanza a ser bien resuelto por Brunk. En su trabajo, algunos perso-

---

<sup>8</sup> BRUNK, Samuel F., “‘The Sad Situation of Civilians and Soldiers’: The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution”, en *The American Historical Review*, vol. 101, no. 2, April 1996, p. 338.

najes intelectuales, sin duda importantes para entender el movimiento como es el caso de Palafox, aparecen sobrevaluados y son presentados como factores decisivos para explicar el derrotero que siguió el zapatismo en momentos especialmente delicados, en particular en aquéllos en que estaba abierta la posibilidad de establecer alianzas con sectores en cierto sentido afines a las propuestas agrarias zapatistas, intentos de acercamiento que no fructificaron. Así, el que el zapatismo no haya podido establecer vínculos con un sector del constitucionalismo encabezado por el doctor Atl, Villarreal, Cabrera y Sarabia, aparece como el resultado inmediato del sectarismo de Palafox y de sus ambiciones por hacerse del poder y su maquiavelismo para desplazar a posibles competidores de los que tenía que deshacerse. Creo que más bien, lo que habría que desarrollar es en qué medida las posturas de Palafox correspondían con lo que era la visión y las definiciones tanto de los otros jefes zapatistas, como del sentir de las localidades zapatistas, de sus demandas y de la radicalidad de su proyecto que había sido efectivizado con mucha claridad en la práctica zapatista de ocupar las tierras, las haciendas y reorganizar el poder local sobre bases populares. Al mismo tiempo, puestos en el terreno de Brunk, habría que ver el resultado de la ruptura mencionada no sólo como producto de la voluntad de Palafox, sino también de los intereses, proyectos y ambiciones personales de sus interlocutores constitucionalistas, así como de los prejuicios y limitaciones con los que veían y trataban al zapatismo. A fin de cuentas, habría que dar más peso a lo que había detrás de estas posturas de los intelectuales de las facciones, los sentimientos, posiciones y ambiciones colectivas que representaban y expresaban, lo que constituía su situación o, en otras palabras, la representatividad de esos individuos como parte de los movimientos sociales a los que pertenecían y que en alguna medida los explicaban. Si no, se tiene el riesgo de no superar, a pesar de la conciencia que sin duda Brunk tiene sobre ello, la explicación tradicional individualista de la historia.

La otra objeción al libro de Brunk es que al señalar que Zapata no estaba preparado ni podía resolver de manera exitosa el desafío de dar dimensión política nacional a su movimiento y que sus intelectuales tampoco estuvieron a la altura de ese reto, el autor no hace explícito si esto obedeció a su carácter de clase y entonces caería en la postura tradicional que niega a los movimientos campesinos la posibilidad de organizar un Estado nacional y, al menos implícitamente, a partir de los resultados reconoce en la fracción sonorense ganadora de la revolución una superioridad que le permitió resolver con éxito ese desafío. Ambos planteamientos me parecen cuestionables.

Salvador Rueda, con posterioridad, publicó un muy importante trabajo en el que sintetizó y agrupó muchos de los temas y aspectos del movimiento suriano que había estudiado con anterioridad. En *El paraíso de la caña. Historia de una construcción*

*imaginaria*, Rueda tiene como hilo conductor el proceso largo a través del cual los campesinos morelenses fueron tomando consciencia de lo que eran y de lo que querían ser, de su empeño por continuar siendo dueños de sus tierras y sus aguas, de su terquedad centenaria por alcanzar “un pedacito de felicidad” –según expresión de Felipe Ángeles al referirse a ellos–, proceso que Rueda analiza por medio del lenguaje con el cual expresaron su experiencia.

En el libro de Rueda aparece también el contexto nacional y los principales actores, regionales y nacionales, así como la dinámica, la retroalimentación y la tensión que se da entre ambos niveles. En la primera parte, es notable la exposición con la que recrea el pasmo que vivieron las clases acomodadas porfirianas ante el derrumbe estrepitoso del viejo orden y su sustitución por otro en el que los de abajo se abrieron espacio y dejaron de ser, en unos cuantos días, “pelados” y delincuentes para convertirse en los nuevos señores del poder. Ese proceso, traumático para las oligarquías, fue particularmente notable en el rico territorio morelense, dominado secularmente por la poderosa oligarquía terrateniente azucarera. Lo significativo –nos dice Rueda y en esto reside su contribución principal– fue que en ese territorio rico y vecino al centro político nacional, se dio el mayor proceso de toma de conciencia y de resistencia para que la revolución encabezada por Madero fuera efectivamente una solución de los viejos problemas agrarios y una restitución de la justicia largamente perdida y no un simple cambio de gobierno.

Ese proceso de concientización y verbalización de la vida, de la experiencia y de los anhelos campesinos –subraya Rueda– recurrió al viejo lenguaje que habían construido esas mismas comunidades desde décadas atrás y que había tenido momentos estelares en la región durante las gestas de la Independencia, con los caudillos Morelos, Guerrero y Álvarez, lenguaje que había retomado el clan de los Leyva en sus luchas locales contra el régimen centralista de Porfirio Díaz y que Zapata y los suyos retomaron también para explicar su lucha. Ese lenguaje establecía una identidad entre los pueblos indígenas con sus recursos naturales y una relación paternalista de protección a los pueblos por el poder impartidor de la justicia y establecía también la identificación de los pueblos a partir de su defensa contra la intromisión externa de los hacendados “españoles” que les quitaba su recursos y rompían con la justicia natural.

Un mérito del libro es su buena escritura, su capacidad evocativa, su reconstrucción de lugares, de opiniones, de gentes. Una sección en la que se aprecian estas virtudes son los capítulos donde habla del paraíso morelense, tal y como fue visto y contado por algunos viajeros del XIX –Brantz Mayer, principalmente– y su fascinación por el paisaje, por la naturaleza y por la riqueza de los valles morelenses. Sin embargo, esa

visión romántica en la que los indios eran vistos como una parte del paisaje humanizado, pronto fue sustituida, a lo largo del siglo XIX, por la percepción liberal dominante en las élites mexicanas para quienes –sin importar si eran políticamente liberales o conservadores– los indígenas eran un obstáculo al progreso, una causa de atraso, atados a una condición miserable que tenía su causa en su propia naturaleza. El darwinismo social los condenaba a la postración. Empero, eran un mal necesario y tenían que jugar su papel, subordinado, en la construcción del progreso nacional. Había que civilizarlos, educarlos, occidentalizarlos. En la visión liberal esto era sinónimo de desindianizarlos, acabar con su biología a través del mestizaje, con su cultura, con su lengua, con su historia. Sólo unas cuantas voces discordantes, como la de Ignacio Ramírez, intentaban débilmente y sin éxito, defenderlos. No obstante, las comunidades de indios empezaron a demostrar que ellos mismos podían hacer su propia historia. Las rebeliones indígenas del XIX eran la mejor prueba de que ahí estaban, con sus propias reivindicaciones y planteamientos y que no se sometían fatalmente a los avances de la modernización liberal.

Rueda tiene el mérito no sólo de habernos dado antes uno de los mejores análisis de las elecciones de 1909, sino de haberse remontado cuatro décadas atrás, cuando el primer Leyva se enfrentó a los hacendados morelenses con un discurso furiosamente antihacendado y antiespañol, del que vale citar solamente un ejemplo, aparecido en el periódico leyvista *El eco de Morelos*. “Esa fue la bandada de búhos de claustro que se esparció por el continente con el crucifijo en una mano, el puñal en la otra, la perversidad en el corazón y las palabras traidoras en sus labios acostumbrados a mentir”.<sup>9</sup> Francisco Leyva consiguió reelegirse. Sin embargo, las condiciones políticas del país cambiaron con la llegada al poder central de Porfirio Díaz, quien cumplió a cabalidad el programa y las aspiraciones de los hacendados morelenses.

La batalla, empero continuó treinta y cinco años después. Muchos de los leyvistas originales se volvieron a movilizar en torno a ese clan en 1909 y disputaron a Díaz el gobierno de su entidad. Emiliano Zapata y los suyos, que se incorporaron a la campaña del hijo del general Leyva en 1909, tuvieron ahí su primera experiencia política formativa. Recogieron, indudablemente, los elementos del lenguaje, de la organización y de la experiencia de ambos movimientos, multclasistas, aglutinados alrededor del notable caudillo regional al que, empero, rebasaron, construyendo un liderazgo nuevo, surgido de abajo, que a partir de entonces comenzó a desconfiar de las alianzas con las figuras y con las fuerzas políticas del exterior, aunque las siguió necesitando.

Rueda nos ofrece, además una aportación original, que a mi juicio constituye la

---

<sup>9</sup> *El Eco de Morelos*, 23 de junio de 1873, en RUEDA, *Paraíso*, 1998, p. 111.

mayor novedad historiográfica del libro. Éste es el capítulo titulado *La estética del progreso*. En él, Rueda aprovecha por primera vez las muy significativas contestaciones que hicieron los hacendados morelenses al cuestionario que les aplicó el régimen maderista, a través de la Secretaría de Fomento, en mayo de 1912. Para esos momentos, el zapatismo era el problema político principal del país y el asunto de la tierra había acaparado el centro de las miradas en la opinión pública de la época y comenzaba a ser visto como el origen no sólo de la rebelión zapatista, sino como la causa fundamental del estallido de la revolución.

Ante esa difícil situación de estar de algún modo en el banquillo de los acusados, los hacendados morelenses, en lugar de mentir o darle la vuelta a los señalamientos, contestaron con bastante objetividad a las preguntas que les hizo el régimen maderista. En sus respuestas, se encuentra una de las mejores visiones de cómo funcionaba el agro morelense, de lo que había significado la modernización productiva y capitalización que tuvo lugar en el porfiriato, de los rasgos de economía moral y paternalismo que seguía habiendo en algunas de ellas y, también, un reconocimiento a veces muy explícito de que en efecto había habido despojos agrarios hacia las comunidades, sobre todo en las tierras menos ricas, boscosas, que eran casi las únicas que habían quedado en manos de los pueblos desde la Colonia.

La parte final del libro, breve, es tal vez la más provocadora. El Plan de Ayala es el acontecimiento histórico que marca el fin del siglo XIX y el comienzo del siglo XX mexicano, escribe Salvador Rueda sin pudor. Ese documento, fundamental para el derrotero de la Revolución Mexicana, junto con la lucha zapatista por llevar a cabo lo que ahí se planteaba, cambiaron los códigos y el lenguaje de los indios y campesinos mexicanos, de sus derechos, de su lugar en la política nacional y de su interlocución con el Estado. “Con el Plan de Ayala nació el vocabulario político moderno; su efecto en el mediano plazo fue el final de las haciendas [...] y el surgimiento del campesino como interlocutor del Estado mexicano hasta cuando menos la decena de 1980 [...] Zapata, a partir de ese momento, sería el símbolo de algo novedoso: la voz de los indios y, con el paso de los años revolucionarios, de los campesinos pobres”.

Posteriormente, producto de un fructífero taller que reunió a veintisiete estudiosos sobre el zapatismo de los últimos años, apareció el libro *Estudios sobre el zapatismo*, coordinado por Laura Espejel.<sup>10</sup> Este libro es una muestra de que la investigación sobre los temas zapatistas seguía teniendo vitalidad y que, desde diferentes perspectivas, disciplinas y metodologías, continuaba siendo una rica veta para el estudio historiográfico. En él, John Womack Jr. participa con una colabora-

---

<sup>10</sup> ESPEJEL, Laura (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000.

ción —la primera sobre el zapatismo morelense desde que concluyó su magistral libro— en la que hace un balance de la producción en la historiografía del movimiento suriano y, con su agudeza habitual, formula algunas asignaturas básicas y fundamentales para completar la comprensión del amplio mosaico que representó la revolución suriana que siguen estando pendientes, entre ellas las biografías de los otros líderes campesinos zapatistas, las de los intelectuales más destacados que se incorporaron al movimiento, la antropología y sociología de las haciendas, la investigación sobre la administración de éstas por los jefes zapatistas, el estudio de la religiosidad y de la iglesia en las zonas dominadas por los surianos, las rutas comerciales, el destino de los pueblos y la historia étnica de la región.<sup>11</sup>

Otras contribuciones importantes de ese libro colectivo son las de Horacio Crespo sobre los pueblos de Morelos y la diferenciación social campesina, el de Catherine Héau sobre la tradición autonomista y legalista de los pueblos morelenses, el sugerente análisis de Ricardo Pérez Monfort sobre las imágenes del zapatismo en la prensa nacional durante el maderismo, el estudio de Francisco Pineda sobre la ofensiva cultural e ideológica del maderismo contra el movimiento suriano y el de Samuel Brunk sobre la institucionalización de la figura de Zapata por los gobiernos posrevolucionarios mexicanos, por mencionar sólo algunos de los ensayos que contiene esa obra.<sup>12</sup>

Entre los libros más recientes acerca del zapatismo que merecen comentarse, destacan dos de Francisco Pineda: *La Insurrección zapatista* y *La revolución del sur, 1912-1914*. En el primero de ellos, Pineda desarrolla un problema importante que no se había tocado suficientemente en los estudios previos: el de las características de la rebelión armada zapatista contra el régimen de Porfirio Díaz. Mediante la utilización del archivo de Porfirio Díaz y recurriendo a las fuentes de historia oral, Pineda reconstruye la forma en que se armaron los grupos que iniciaron la revuelta contra Díaz en el estado de Morelos, las características militares de la rebelión, las batallas principales que aparecen en las fuentes y nos ofrece el panorama que llevó a los líderes rebeldes a dominar militarmente el estado y contribuir con ello a la caída del

---

<sup>11</sup> WOMACK, John, Jr., “Los estudios del zapatismo. Lo que se ha hecho y lo que hay que hacer”, en ESPEJEL, *Estudios*, 2000, pp. 23-30.

<sup>12</sup> CRESPO, Horacio, “Los pueblos de Morelos. La comunidad agraria, la desamortización liberal en Morelos y una fuente para el estudio de la diferenciación social campesina”, en ESPEJEL, *Estudios*, 2000, pp. 57-120; HÉAU, Catherine, “La tradición autonomista y legalista de los pueblos en territorio zapatista”, *ibidem*, pp. 121-140; PÉREZ MONFORT, Ricardo, “Imágenes del zapatismo entre 1911 y 1913”, *ibidem*, pp. 163-208; PINEDA, Francisco, “Guerra y cultura: el antizapatismo en el gobierno de Madero”, *ibidem*, pp. 209-233; BRUNK, Samuel F., “La muerte de Emiliano Zapata y la institucionalización de la Revolución Mexicana (1919-19140)”, *ibidem*, pp. 361-386.

régimen de Porfirio Díaz, en un proceso acelerado que tuvo lugar entre febrero y mayo de 1911. Pineda ofrece una interesante visión de la rebelión suriana, enriquecida con un enfoque antropológico de las comunidades zapatistas.<sup>13</sup>

*La revolución del sur*, por su parte, es un amplio y ambicioso trabajo en el que de manera exhaustiva Pineda narra y analiza la lucha zapatista, desde la formulación del Plan de Ayala hasta finales de 1914, el momento que marca el cenit del movimiento suriano con la ocupación conjunta de la ciudad de México por las tropas villistas y zapatistas. La interpretación de Pineda sobre el movimiento zapatista, aunque se inscribe dentro de la ortodoxia de los estudios sobre el zapatismo que lo han concebido como un movimiento revolucionario radical, de raíces profundamente agrarias y plebeyo, es, sin embargo, original porque se apoya en una interesante combinación de análisis histórico con aspectos de interpretación antropológica y lingüística. De manera particular, destaca el énfasis que hace Pineda sobre el discurso excluyente y racista, según lo cita profusamente, que emplearon los enemigos del zapatismo para justificar sus intentos por derrotarlo y aniquilarlo.

A contrapelo del famoso aforismo de John Womack Jr. sobre los zapatistas —“esta es una historia de unos campesinos que no querían cambiar y que para hacerlo hicieron una revolución”—, al que identifica como parte del discurso dominante occidental sobre el progreso/retraso y de la negación del mundo campesino como factor de cambio, Pineda sostiene que el movimiento suriano no fue una utopía de ideales aldeanos arcaicos, sino una lucha por construir un mejor futuro y por tomar el poder político nacional a través de una compleja estrategia. Para ello, una herramienta fundamental es la voz de los propios zapatistas y Pineda hace un uso exhaustivo de los testimonios de los sobrevivientes zapatistas rescatados por los investigadores del INAH en los archivos de historia oral de esta institución.

La fortaleza del libro de Pineda estriba en la narración pormenorizada de la guerra y de la estrategia zapatista, la cual divide en este volumen en tres momentos ofensivos: 1912, 1913 y 1914. En el primer momento, el de la lucha contra Madero, además de describir la crudeza de los enfrentamientos entre los guerrilleros surianos y el ejército federal y la barbarie de la táctica de tierra arrasada utilizada por éste para tratar de cortar de raíz el apoyo popular de las comunidades que alimentaban la rebelión, destaca la aportación que hace Pineda al ampliar el ámbito de la lucha al terreno ideológico y discursivo. El maderismo, para justificar y legitimar la represión contra las comunidades zapatistas habría recurrido, a través de algunos de sus funcionarios, políticos y periodistas afines, además de los identificados con el régimen porfiriano, a un discurso racista y excluyente, identificando a los rebeldes como

---

<sup>13</sup> PINEDA, Francisco, *La irrupción zapatista. 1911*, Ediciones Era, México, 1997.

una amenaza para la civilización y el progreso. La imagen del Atila del Sur y de las hordas zapatistas que proliferó en la época, habría formado parte de esa estrategia de discriminación discursiva. En este contexto, la lucha zapatista no estaría circunscrita como se ha sostenido tradicionalmente a la lucha por la tierra y la justicia, sino también habría sido una resistencia contra la exclusión, la discriminación y la dominación racial y una defensa de su identidad y de sus valores campesinos.

Pineda describe con detalle la gestación y el avance de la lucha zapatista durante el maderismo y la dialéctica de la guerra que se establece entre el zapatismo y sus enemigos, sus tácticas, sus repliegues, la extensión del movimiento, los avances del ejército federal, la guerra de posiciones que pronto se desarrolla. Resaltan la multitud de acciones ofensivas que despliegan las fuerzas zapatistas en las localidades y también, hacia fines de 1912, los ataques contra las haciendas. Sobre este punto, a la interpretación tradicional que los explica como una consecuencia natural del conflicto de clase entre la revolución campesina y los terratenientes, Pineda agrega el elemento de la necesidad material de abastecer a las comunidades ante la destrucción y táctica de guerra arrasada del ejército federal contra ellas. La necesidad de sobrevivir y conseguir recursos explicaría la crudeza de la violencia contra la gran propiedad hacendaria de Morelos y zonas aledañas.

El zapatismo, al desafiar al maderismo y sostenerse en sus reivindicaciones agrarias, se convirtió en uno de los problemas políticos más importantes del gobierno de Madero y tuvo un papel fundamental en erosionar la legitimidad y el apoyo popular del líder revolucionario. Cuando éste cayó ante el golpe de Estado huertista, el zapatismo pudo sostener la impugnación al régimen usurpador y amplió su radio de influencia. No sólo fue creciendo y madurando militarmente. Quizás el rasgo más sobresaliente fue su maduración política e ideológica, pues a la importancia del Plan de Ayala como el más influyente y perdurable planteamiento de revolución social y agraria de la revolución, se añadió pronto, en los primeros meses de 1913, la demanda zapatista de que el único gobierno legítimo tenía que ser nombrado por los jefes revolucionarios en una convención. Durante el gobierno huertista la campaña militar contra ellos encabezada por Juvencio Robles adquirió tonos sanguinarios contra las comunidades pero no logró derrotar a la lucha zapatista y antes bien, ésta se extendió y fortaleció. Una parte fundamental de la estrategia de combate contra el zapatismo, como bien lo subraya Pineda, fue la ofensiva ideológica y discursiva contra el movimiento suriano y contra su caudillo, batalla librada a través de la prensa oficial y que tenía por objetivo deslegitimar y satanizar al zapatismo. En esa etapa, Zapata dio instrucciones para que los jefes surianos cuya zona delimitaba con el Distrito Federal buscaran atacar y tomar la ciudad de México, lo cual intentaron de manera infructuosa en repetidas ocasiones, como relata con detalle Pineda. La

descoordinación y la rivalidad entre los jefes zapatistas Genovevo de la O y Francisco Pacheco estaba en la base de esa incapacidad, pero sobre todo la debilidad militar y económica del zapatismo, al igual que la resistencia de muchos jefes a establecer un verdadero mando militar centralizado. Ante la militarización del territorio morelense y la crudeza de la guerra, el zapatismo se fortaleció en los territorios vecinos y, en octubre de 1913, Zapata decidió que Guerrero fuera el centro de sus operaciones, estado del que logró apoderarse e instaurar el primer gobierno zapatista luego de la toma de Chilpancingo en abril de 1914. Con el derrumbe del huertismo, luego de la derrota que les infligió Villa en Zacatecas, los zapatistas pudieron tomar, finalmente, la capital de su estado de origen en agosto de 1914.

El fin del huertismo permitió el avance de los ejércitos revolucionarios sobre la capital del país. Los constitucionalistas le ganaron la carrera a los villistas. Los zapatistas, entretanto, no pudieron por tercera ocasión apoderarse del centro neurálgico del país. Pineda argumenta que no fue posible no porque fueran campesinos y no se lo hubieran propuesto y enumera a lo largo del trabajo la multiplicidad de acciones y de propósitos de Zapata y el Cuartel General en esa dirección. Finalmente lo pudieron hacer, de la mano del ejército villista, en diciembre de 1914, al frente de las fuerzas convencionistas. Esa nueva etapa será motivo de otra investigación en la que Pineda continúa todavía trabajando.

Sin duda, los dos trabajos que ha entregado Francisco Pineda alumbran desde una óptica interesante la gestación y el desarrollo del movimiento zapatista y lo hace desde una perspectiva claramente definida de combatir las interpretaciones revisionistas del zapatismo y en particular las visiones tradicionales que han explicado sus limitaciones debido a su carácter campesino y a su anclaje a la tradición y al pasado. En contrapartida, Pineda presenta a un sujeto colectivo en movimiento, con su propia conciencia e instrumentos y con objetivos de transformación revolucionaria nacional y narra sus intentos por conseguirlos. En conjunto, representa un buen esfuerzo que enriquece y refuerza con una visión desde dentro, la percepción que se ha tenido sobre el movimiento zapatista en la historiografía de los años recientes. Sin embargo, sin negar el mérito que tienen sus investigaciones, el trabajo de Pineda tiene limitaciones importantes y no resuelve varios problemas fundamentales, necesarios para una comprensión cabal del zapatismo. El más importante de ellos es la casi nula atención que presta a los conflictos internos del zapatismo. El conflicto no aparece prácticamente en sus textos, a pesar de la profusión de elementos que lo muestran y a los cuales él mismo tiene que recurrir para explicar, por ejemplo, los fallidos intentos por tomar la capital del país, fracasos en gran medida ocasionados por la rivalidad y competencia entre los jefes de la zona sur limítrofe con la ciudad de México, Genovevo de la O y Francisco Pacheco. La supuesta coordinación que

facilitaría los intentos de tomar la capital se viene al traste por los conflictos entre ambos jefes, a los que se añadió un problema igualmente grave: la intromisión del enviado externo de Zapata, Ángel Barrios, un intruso que nunca fue aceptado por aquellos dos jefes y quien no pudo imponer su autoridad para coordinar sus acciones. Otra aseveración que no demuestra Pineda es la de la fuerza militar del zapatismo. A pesar de que intenta demostrar cómo no era una guerrilla defensiva, que fue un ejército popular con una táctica y una estrategia militares definidos y una cadena de mando centralizada y coordinada en sus acciones, en su propia narración no aparecen demostrados estos elementos y más bien llama la atención la falta de subordinación efectiva de muchos de los jefes, sus rivalidades y su falta de eficacia militar en acciones de mayor envergadura que los múltiples combates locales que detalla la narración. Otra limitación es que aparece muy poco el contexto global en que se inserta la lucha zapatista, pues si bien dedica apartados importantes y valiosos a exponer la estrategia ideológica y discursiva de los enemigos del zapatismo, aparece muy poco la estrategia política y militar de éstos, por lo cual el movimiento zapatista se percibe como un factor aislado del cual no se entiende cabalmente cómo está actuando y reaccionando ante sus enemigos y aliados. Una debilidad adicional se manifiesta en las fuentes que sirven de base a la investigación, pues el trabajo descansa excesivamente en el archivo de Genovevo de la O, por lo cual las acciones que describe se circunscriben centralmente a la zona de influencia de ese jefe zapatista, perdiéndose la dimensión regional más amplia que tuvo el movimiento suriano. No aparecen casi las otras regiones y liderazgos zapatistas de Morelos, Puebla y el Estado de México y llama también mucho la atención que no preste atención a los trabajos fundamentales de Samuel Brunk en los cuales tienen un papel central varias de las limitaciones que presentan los trabajos de Pineda y cuyo análisis ya estaba planteado desde hace varios años.

Dentro de este panorama a mí me ha interesado estudiar básicamente varios problemas en el zapatismo. En primer lugar, analizar la relación, las alianzas y las rupturas del zapatismo con las otras corrientes nacionales en la etapa más álgida de la revolución, cuando las tres corrientes vencedoras del huertismo, confluyeron en la Soberana Convención Revolucionaria. El objetivo de ese estudio,<sup>14</sup> fue observar qué había pasado en esa confluencia de movimientos regionales en una reunión nacional que fue, en los hechos, una asamblea preconstituyente y por qué no había sido posible forjar un solo proyecto entre ellas. De manera particular, me interesó analizar el comportamiento de los intelectuales zapatistas delegados a la Conven-

---

<sup>14</sup> ÁVILA ESPINOSA, Felipe, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, INEHRM / Instituto de Cultura de Aguascalientes, México, 1991.

ción, sus propuestas de organización del poder nacional, de reformas sociales, y tratar de explicar por qué no había cristalizado la alianza entre el villismo y el zapatismo, lo que me parecía ser uno de los motivos esenciales de la derrota de estas corrientes y del triunfo definitivo del constitucionalismo.

Investigadores como Adolfo Gilly y Arnaldo Córdova al tratar estos asuntos asumieron la imposibilidad de los movimientos campesinos en general, y del zapatismo en particular, para constituir una propuesta viable de organización del Estado nacional y argumentaron que el zapatismo no había sido capaz de estructurar una propuesta en ese sentido y, además, que no habían sabido concretar una alianza con las organizaciones de trabajadores urbanos, un *handicap* decisivo en el resultado de la guerra civil entre las facciones, pero no por problemas atribuibles a una táctica errónea, sino por una determinación de clase que los imposibilitaba desde el principio —no importa lo que hicieran— para tener éxito en sus propósitos. Del lado de los investigadores de la corriente constitucionalista triunfadora, la mayoría había proclamado la superioridad de esa corriente desde el principio de la lucha armada, enfatizando la visión nacional de Carranza y Obregón, la dimensión estatal de sus propuestas y la superioridad de sus intelectuales sobre los intelectuales villistas y zapatistas.

Ante ello, era necesario investigar cómo, después de la derrota del huertismo, se había desarrollado la lucha por la hegemonía nacional entre las corrientes revolucionarias y cómo había ocurrido esto en el terreno de las ideas dentro de la Soberana Convención. Al abordar este problema, encontré que hubo planteamientos sólidos por parte de los intelectuales representantes de cada una de las tres corrientes sobre los principales problemas de dimensión nacional que ahí se discutieron y que las propuestas más radicales y fundamentadas ideológicamente, no sólo ante la cuestión agraria sino ante los asuntos del trabajo, de las relaciones obrero-patronales, la impartición de justicia, la adopción del parlamentarismo, la responsabilidad de los funcionarios públicos, las libertades ciudadanas, la asistencia social, la función de la fuerza pública y su relación con la sociedad civil, fueron hechas por los intelectuales zapatistas.

La derrota de la Convención ante el constitucionalismo no se explicaba entonces por esa imposibilidad histórica, ni por la calidad de sus intelectuales, sino por la incapacidad del villismo y el zapatismo para constituir una sólida alianza militar a finales de 1914 y principios de 1915, incapacidad no de clase sino debida a diferencias regionales y de proyecto de ambas corrientes y por las discrepancias de concepción y de intereses entre Francisco Villa y Emiliano Zapata, quienes nunca pudieron materializar los acuerdos establecidos en el Pacto de Xochimilco, por desconfianzas mutuas, recelo y personalismo, que los llevó a enfrentar al enemigo constitucionalista por separado y en diferente tiempo. El repliegue del zapatismo y su negativa a enfrentar a Obregón cuando éste marchaba desde Veracruz hacia la

capital del país y la equivocada táctica militar escogida por Villa en las batallas del Bajío tuvieron un peso decisivo en la derrota militar, que se convirtió inmediatamente en una derrota política que selló el rumbo definitivo de la revolución.

Después de la derrota villista y la separación de sus delegados convencionistas, los intelectuales zapatistas se hicieron cargo de la Soberana Convención y fue en la etapa final de ésta, de mediados de 1915 a mediados de 1916, cuando pudieron desarrollar una labor más fructífera en términos de definición ideológica y programática de lo que constituía su proyecto de nación, paradójicamente, cuando se habían cancelado las posibilidades reales de llevarlo a la práctica. Sus planteamientos mostraron la concepción de un Estado popular, paternalista, redistributivo, ejecutor y garante de una amplia reforma agraria, que diera atención especial a mejorar la situación de las clases menesterosas. Los intelectuales zapatistas se preocuparon por crear controles de la sociedad civil tanto sobre el aparato de Estado, como en el ejército y la burocracia, promoviendo la organización de la población en las diferentes localidades. En cierto sentido, estas propuestas eran una generalización de varios de los aspectos que habían puesto en práctica, con mayor o menor éxito, en los territorios zapatistas, durante las difíciles y excepcionales condiciones que tuvieron lugar en esos años.<sup>15</sup>

Posteriormente me ha interesado estudiar con más detalle cómo y por qué surgió la rebelión campesina que dio forma al zapatismo, en qué consistió su proyecto político regional y nacional y cómo lo aplicaron en las zonas que estuvieron bajo su dominio efectivo, así como la relación entre la gente de las localidades de esa área de influencia con el zapatismo.

Con relación a los motivos y las razones de la revuelta, sin lugar a dudas la problemática agraria está en su raíz, sin que sea el único factor aunque sí el más importante. Empero, otros elementos determinantes en la conjunción de oportunidades excepcionales que se presentaron en 1910 fueron de carácter político. Por una parte, la formación de un movimiento regional de oposición al régimen porfiriano compuesto por clases medias y bajas rurales aglutinadas en torno al clan de los Leyva durante la coyuntura del cambio de gobernador de la entidad en 1909, coyuntura excepcional en la medida en que coincidió con un momento a nivel nacional de auge de la participación política de nuevos sectores de clases medias urbanas y de sectores de trabajadores, así como una profunda división en las élites porfirianas que dieron lugar a la estructuración de dos fuertes movimientos nacio-

---

<sup>15</sup> Cf. *ibídem* y “El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto de legislación estatal zapatista”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XVI, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1993, pp. 53-77.

nales de oposición: el reyismo y el maderismo electoral. Esta división en las élites del porfiriato se agudizó en 1910 y llevó a la ruptura y al desafío maderista al régimen porfirista, materializada en el llamado a la insurrección de Madero.

Fue la conjunción de esas circunstancias, la ruptura en las élites nacionales, el llamado a la insurrección por el líder nacional de la oposición al régimen y la existencia de grupos, sectores e individuos en la región morelense que habían participado en el leyvismo y que vieron en el llamado maderista una oportunidad para conseguir sus objetivos de resolver problemas agrarios de sus localidades lo que posibilitó la planeación y organización de la revuelta por un grupo de conspiradores provenientes de sectores rurales medios y bajos de la entidad, con vínculos de parentesco y amistad entre sí, quienes estaban en condiciones de persecución y proscripción por su participación en el leyvismo. Esos líderes locales organizaron la rebelión morelense con sus propios recursos, concibiéndola como una parte subordinada de la rebelión maderista nacional y la emprendieron tardíamente, cuando estuvieron seguros de que la rebelión había prendido en otras regiones y que estaba en curso con particular fuerza en el norte del país. Esa decisión de rebelarse encontró terreno fértil en la región y pronto se propagó, incorporando a sectores rurales medios y bajos, campesinos sin tierra, arrendatarios, pequeños propietarios, pequeños comerciantes, trabajadores de haciendas, de ingenios y de fábricas textiles, maestros rurales, etcétera, los cuales engrosaron las filas rebeldes que, en poco tiempo, constituyeron numerosas bandas armadas en un proceso en el que frecuentemente no se tuvo control ni organización. Entre los principales motivos que facilitaron esta extensión de la revuelta estaban un sinnúmero de agravios personales y familiares contra las estructuras de poder político y administrativo del régimen y contra una parte de las élites locales. La extensión del movimiento, que creció en la medida en la que el régimen de Porfirio Díaz se debilitaba y era incapaz de contener la rebelión, fue adquiriendo rasgos de una gran violencia, destacándose en ella un afán de hacerse justicia por su propia mano, una vez que se fueron disolviendo los mecanismos tradicionales de control político y que desapareció en buena medida el monopolio de la violencia estatal en la región.

En esa primera etapa, la revuelta, que en tres meses se apoderó de todas las ciudades de la entidad y controló la mayor parte de las zonas rurales que no estaban en manos de las haciendas, contribuyó a la derrota del régimen de Porfirio Díaz. Fue una explosión local de agravios y resentimientos contra las autoridades y las élites, sin programa político propio pero con la aceptación y adhesión formal al Plan de San Luis maderista. Sin embargo, en los meses siguientes, durante el régimen interino de León de la Barra, ese movimiento local adquirió su propia identidad, se radicalizó y rompió con el maderismo, dando forma a un movimiento con una

identidad propia como lo fue el zapatismo. Este proceso de definición de su propia identidad, se hizo por parte de los organizadores de la revuelta local que consolidaron un liderazgo encabezado por Zapata mediante su oposición al centro maderista y al gobierno interino, que los quisieron marginar y les negaron el reconocimiento como la principal fuerza rebelde en el estado y les impidieron participar en el nombramiento del gobernador de la entidad y ser ellos mismos los jefes de los nuevos cuerpos de rurales encargados de la seguridad pública, demandas a las que creían tener derecho. Asimismo, desempeñó un papel decisivo en la identificación de los líderes zapatistas la intromisión de los rebeldes del estado de Guerrero encabezados por los hermanos Figueroa, quienes intentaron desplazarlos, en alianza con los sectores más conservadores del maderismo, del lugar que creían que les correspondía dentro del nuevo equilibrio de fuerzas estatales. Finalmente, los líderes zapatistas fueron los únicos de los grupos rebeldes de la insurrección maderista que se negaron a entregar incondicionalmente las armas y entraron en un tortuoso proceso de negociación con el centro, que fue decisivo al enfrentar en él no sólo la oposición del gobierno interino y de las élites nacionales y locales, sino la irrupción del ejército federal en la entidad para obligarlos a desarmarse, proceso en el cual vieron que Madero objetivamente estaba del lado de sus enemigos y que los llevó a radicalizarse y agruparse de manera defensiva, desengañándose de Madero y rompiendo con él.

La racionalización de esta ruptura cristalizó en el Plan de Ayala, el cual constituyó el documento fundacional en el cual plasmaron, de manera más elaborada y profunda, las demandas a las que habían ido dando forma en los meses anteriores, pero con una dimensión nacional, aspirando desde entonces a tomar el poder y constituir un estado que reflejara sus intereses y aspiraciones.

Paralelamente, me ha interesado estudiar a la revolución suriana en su relación con las comunidades campesinas que la alimentaron y con las cuales tuvo una compleja relación, que fue desde el apoyo abierto hasta una oposición activa como rechazo ante prácticas abusivas y agravios cometidos por el Ejército Libertador contra ellas. Al mismo tiempo, he buscado entender mejor fenómenos que fueron determinantes en el desarrollo que tuvo la revolución zapatista y que se constituyeron en limitantes de él, como los conflictos internos y la proliferación de conductas depredatorias y delictivas en una parte del ejército suriano, temas que aparecen en este volumen.<sup>16</sup>

---

<sup>16</sup> ÁVILA ESPINOSA, Felipe, *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001.

## La defensa de indios de un procurador académico

Raíz y razón del zapatismo

*Felipe Ávila Espinosa*

Los hombres, como los árboles, tienen sus raíces; son lazos que les unen a su pasado, a su raza, a su ambiente, a sus herencias, a los muertos que les dieron vida, a la sangre que heredaron, a las mil sustancias físicas y espirituales que les nutrieron [...] hay que bajar al pasado histórico de cada individuo para encontrar sus oscuros orígenes, sus elementos esenciales, todo aquello que puede estar representado y confundido con la tierra misma de que está hecho el hombre. Cuanto más hundido y unido está a esa tierra, cuanto más enraizado y profundo en ella, cuanto mejor ha sorbido sus jugos nutricios, más fuerte y más firme se levanta con un destino de raza y de historia.<sup>1</sup>

CON ESTAS palabras comenzó Jesús Sotelo Inclán el primer capítulo de su libro sobre Emiliano Zapata, obra que —publicada en 1943— significó un parteaguas en la investigación historiográfica acerca del zapatismo y en cuyo título breve, conciso, estaba expresado el contenido de la investigación: encontrar los orígenes del movimiento zapatista y explicar las causas profundas, históricas, sociales, culturales, que permitieran comprenderlo.

Muchos libros, artículos y folletos se habían escrito ya acerca de Zapata y de los campesinos surianos que lo siguieron. En plena época revolucionaria, Zapata fue objeto de análisis y discusión en varias obras de dispareja calidad historiográfica elaboradas por testigos nacionales y extranjeros. En términos generales, la visión que expresaba la historiografía sobre Zapata en esos primeros años, que no pasó del nivel de la crónica, fue negativa: Zapata había encabezado un movimiento violento, desordenado, anárquico, que, al margen de la legitimidad de sus reivindicaciones —en lo que la mayoría de los escritores coincidía—, había cometido innumerables excesos y desatado energías destructivas que habían atentado contra las bases mismas de la vida social mexicana (o de la civilización incluso, dirían los más aventurados de sus críticos). Las crónicas testimoniales de los contemporáneos al movimiento zapatista

---

Felipe ÁVILA ESPINOSA. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

<sup>1</sup> SOTELO INCLÁN, Jesús, *Raíz y razón de Zapata*, Editorial Etnos, México, 1943, p. 19.

reflejaban, en su mayoría, la oposición de las clases medias y altas, nacionales y extranjeras, que se asustaron desde los primeros días de 1911 ante el movimiento social más radical que engendró la Revolución Mexicana. La leyenda negra del zapatismo y de su famoso líder, el *Atila del Sur*, como lo denominó la prensa de la ciudad de México en esos años, alimentó a la opinión pública urbana de la época y propagó imágenes de horror, sangre y excesos. Esta visión negativa no pudo ser contrarrestada por las obras favorables, escritas en esos mismos años y en los siguientes por participantes o simpatizantes zapatistas. En unas y otras predominaba el maniqueísmo, la toma de partido y la descalificación de los puntos de vista contrarios a los de los autores, como es característico de las crónicas testimoniales, que se hicieron cuando los acontecimientos estaban todavía en curso y no existía la distancia temporal ni afectiva para analizarlos con mayor objetividad.

Empero, la trágica muerte de Zapata en 1919, a traición, y el tipo de Estado y de legitimidad que construyó y capitalizó la corriente triunfadora de la Revolución Mexicana, encabezada por los sonorenses Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, hicieron que la figura de Zapata se elevara y formara parte del selecto panteón de héroes favoritos de la gesta revolucionaria de 1910-1920 que adquirió, desde entonces, el carácter de acto fundacional y fuente de la legitimidad del poder del nuevo Estado mexicano, hasta fechas muy recientes.<sup>2</sup> La historiografía zapatista cambió de tono. La imagen del *Atila del Sur* dio paso a un Zapata mítico, heroico, legendario, un mártir que se volvió símbolo de la lucha por la justicia y encarnó las aspiraciones de tierra y libertad de los campesinos mexicanos. Era, además, otro eslabón que continuaba esa historia que se convirtió en la nueva versión de la historia oficial, de la gesta heroica del pueblo mexicano que tenía una línea que arrancaba desde la época prehispánica, pasaba por las guerras de Independencia y la Reforma y culminaba con el régimen emanado de la revolución. Zapata ocupaba un lugar privilegiado en ese proceso y se le colocó, desde luego, en el panteón de héroes de la Revolución Mexicana, junto a Madero y Carranza, oscureciendo las diferencias

---

<sup>2</sup> Tres acontecimientos políticos significativos subrayan la importancia que tuvo para el Estado mexicano emanado de la revolución la apropiación de la figura de Zapata: el primero, la entrada triunfal de Obregón a la capital del país en 1920, luego de la muerte de Carranza, acompañado por el famoso general zapatista Genovevo de la O; el segundo, la visita de Calles a la tumba de Zapata, en Cuautla, en la conmemoración del 5º aniversario de su muerte, donde el entonces candidato presidencial declaró que el programa agrario de Zapata era el suyo; el tercer acontecimiento, la fundación del Frente Zapatista, con los numerosos veteranos de la gesta suriana en 1938, donde eligieron a Lázaro Cárdenas presidente de la organización, acto más que simbólico que, aunado a la muy notable reforma agraria cardenista y al discurso abiertamente a favor de los campesinos y trabajadores del general Cárdenas, terminaron por consolidar las bases sociales del régimen político mexicano y a dotarlo de gran legitimidad.

reales de proyectos, intereses y trayectorias que los habían colocado en la vida real en posiciones antagónicas y enfrentadas, como enemigos.

Sin embargo, en las dos décadas que siguieron a la muerte del caudillo, en las que el nuevo régimen se consolidó y adquirió las sólidas bases que le dieron una notable y duradera legitimidad, estabilidad y apoyo, con la excepción de la obra muy documentada de Gildardo Magaña y de las investigaciones académicas sobre la problemática agraria de México de los estadounidenses Frank Tannembaum y Eyer N. Simpson, en términos generales, la historiografía zapatista no logró superar las limitaciones de la crónica testimonial, del maniqueísmo, de la descalificación simplista o la hagiografía igualmente fácil que caracterizó buena parte de la historiografía de la Revolución Mexicana de ese periodo, conocida como del pragmatismo político.<sup>3</sup>

Jesús Sotelo Inclán logró dar forma, en 1943, a una investigación que tuvo, entre sus principales aportaciones, el haber encontrado y fundamentado los orígenes del movimiento zapatista en una resistencia y lucha ancestral, centenaria, por parte de los pueblos morelenses en contra del avance de las haciendas, a partir del estudio a fondo de uno de esos pueblos, escogido no por azar, sino por haber sido precisamente la cuna de Zapata y del zapatismo: Anenecuilco. Zapata, el personaje, el individuo notable, quedaba así situado en su circunstancia y en su historia, como parte de un proceso que lo trascendía, que había arrancado mucho tiempo atrás y que seguía su curso. La grandeza del héroe estribaba en haber sabido representar, entender y conducir ese largo proceso histórico de lucha y resistencia de un actor colectivo que defendía sus derechos ancestrales a la tierra. Ese actor colectivo, antiguo y presente, que lo había precedido y que seguiría después de él, estaba constituido por los pueblos morelenses. *Raíz y Razón de Zapata* fue una lograda combinación –precursora en la historiografía de la Revolución Mexicana–, de historia agraria regional, de lo que podría catalogarse como historia de larga duración, de microhistoria, de historia política y de historia oral. Se convirtió así, en una obra de referencia que orientó muchas de las historias del zapatismo que se han continuado escribiendo desde entonces.

#### GÉNESIS DE UN LIBRO Y DE UNA CONVERSIÓN

La forma en que Sotelo Inclán se acercó al estudio del zapatismo es curiosa. Habiendo nacido en la ciudad de México en 1913, en la región del sur capitalino, le tocó sufrir los difíciles años de hambre, violencia, escasez, miedo, inseguridad e

---

<sup>3</sup> ARIAS, María Eugenia, “El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)”, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1979.

incertidumbre que padeció por entonces la población citadina. Era la presencia y el impacto de la revolución. La zona de Xochimilco, donde vivía su familia, se vio asolada en muchas ocasiones por las incursiones zapatistas. La familia de Sotelo Inclán y él mismo tuvieron motivos suficientes para odiar al zapatismo: en una de esas incursiones persiguieron a su abuelo materno y mataron a un hermano de éste, en el pueblo de San Lucas, de la municipalidad de Xochimilco. Esa animadversión infantil, familiar, creció con las opiniones y experiencias de sus vecinos y del entorno en el que se formó.<sup>4</sup> No había menguado cuando, al cursar el bachillerato en la Escuela Nacional Preparatoria, tuvo como profesor de la cátedra de historia a Antonio Díaz Soto y Gama, el reconocido ideólogo zapatista, uno de los intelectuales más influyentes del movimiento suriano, quien había seguido teniendo un papel importante en la política y en la cultura mexicanas en los años veinte y treinta.

La famosa retórica y habilidad polemista de Soto y Gama no hicieron sino acicatear la arrogancia juvenil de Sotelo Inclán, quien en mancuerna con su gran amigo y compañero de generación Álvaro Gálvez y Fuentes se esforzaba en encontrar argumentos contrarios a las opiniones prozapatistas de su maestro.<sup>5</sup> En ese trance – cuenta el autor–, para tener más elementos para fundamentar su posición antizapatista, Sotelo Inclán decidió ir a Morelos con el fin de hacer una obra de teatro sobre Zapata, en quien reconocía “un formidable carácter dramático, independientemente de cualquier consideración política”. Leyó todo lo que encontró sobre Zapata y, para situar la ambientación y los personajes, emprendió camino a las tierras morelenses. Esas visitas lo transformaron. El contacto con la realidad campesina morelense hizo que cambiara radicalmente su apreciación y su actitud ante el zapatismo. Su búsqueda se topó con el problema de “la Justicia y de la Verdad” en torno al zapatismo, según sus propias palabras. Con una actitud inquisidora se puso a interrogar a personas que habían vivido esa experiencia, que habían conocido al caudillo y, poco a poco, su antizapatismo fue cambiando ante las evidencias

---

<sup>4</sup> “Yo no tenía razones para ser zapatista, porque nací cuando Emiliano andaba en la lucha [...] y realmente de Emiliano Zapata, a mi casa únicamente llegaron sustos; cada entrada de carrancistas o de zapatistas daba lo mismo para un niño atomizado, porque los abuelos, mi abuelo Gabriel Inclán, salía corriendo del pueblo para refugiarse con los hijos, porque entraba una fuerza revolucionaria y había que refugiarse en la ciudad de México; de manera que yo tenía una formación antizapatista, como niño, por el miedo que nos daban esas incursiones”, le contó Sotelo Inclán a Alicia Olivera y a Eugenia Meyer en una entrevista en 1970. Ver OLIVERA DE BONFIL, Alicia y Eugenia MEYER, “Jesús Sotelo Inclán y sus conceptos sobre el movimiento zapatista”, entrevista, Archivo Sonoro núm. 3, INAH, México, 1970, p. 9. Esa misma impresión la había contado en la página 11 de su *Raíz y razón de Zapata*, donde había agregado que su tío abuelo Magdaleno Inclán fue asesinado por los zapatistas y que la casa de su abuelo fue destruida e incendiada en un enfrentamiento entre zapatistas y carrancistas.

<sup>5</sup> SOTELO INCLÁN, *Raíz*, 1943, pp. 11-12. OLIVERA DE BONFIL y MEYER, “Jesús”, 1970, pp. 9-10.

de una realidad que le indicaba que su juicio juvenil estaba errado: “¡Qué tesoro de datos humanos pude recoger entre los campesinos que un día fueron sus soldados! ¡Qué riqueza de sentimientos y fidelidad entre esos hombres que no quieren, que no pueden creer todavía que su Jefe haya muerto! ¡Zapata vive, y vivo lo encontré entre sus labriegos que lo esperan y piensan que ha de volver!”<sup>6</sup>

Los “candorosos y duros campesinos” que encontró, no parecían ser los bandidos que denunciaban los autores que había leído. Sin embargo, pudo observar los restos de las haciendas e ingenios destruidos, testimonio mudo de la violencia reivindicadora zapatista y de los efectos de la revolución. Queriendo encontrar la verdad se dirigió a Anenecuilco, la cuna de Zapata, donde continuó preguntando e indagando. Al cabo de un tiempo, se ganó la confianza de Francisco Franco, primo de Zapata, quien finalmente accedió a mostrarle los títulos y documentos del pueblo, los mismos que Zapata le había encargado cuidar, los que a Zapata a su vez le habían entregado los ancianos del pueblo cuando lo eligieron presidente de la junta de defensa de Anenecuilco en 1909. Esos documentos hicieron la conversión. A su motivación central, de carácter estético, la obra de teatro que quería escribir, según sus propias palabras, “la investigación histórica la mató”:

Desde la primera ojeada tuve la impresión de que estaba frente a una veta de información espléndida e ignorada, y mi asombro creció a medida que fui adentrándome en su contenido y significación. Aquellos papeles cambiaban por completo la visión que yo tenía de Zapata y lo revelaban como un auténtico representante de las aspiraciones de su pueblo.<sup>7</sup>

[...] cuando buscaba yo en Emiliano Zapata a un combatiente por la tierra, me encontré que no era él un solo combatiente: había un pueblo detrás de él y la tragedia del pueblo y la lucha del pueblo era mucho más grande, infinitamente más grande que la de un hombre [...] y así expliqué yo a Zapata.<sup>8</sup>

El proceso de investigación y la escritura de *Raíz y Razón de Zapata* transformaron a Sotelo Inclán. El autor, converso, se volvió un defensor y divulgador del zapatismo. La identificación con el tema y con la problemática zapatista hizo de él un abogado de las causas de los campesinos morelenses. La confianza que se ganó en ese proceso ante los veteranos zapatistas, acentuada con la divulgación de su lucha, luego de la aparición de su libro, hicieron que Francisco Franco, el custodio de los papeles del pueblo, decidiera que, después de su muerte, Sotelo Inclán fuera

<sup>6</sup> SOTELO INCLÁN, *Raíz*, 1943, p. 13.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>8</sup> OLIVERA DE BONFIL y MEYER, “Jesús”, 1970, p. 11.

el depositario de los papeles de Anenecuilco, esos famosos documentos que a partir de su conocimiento se convirtieron en la fuente primera para explicar el origen y la legitimidad –la raíz y la razón– de Zapata y de la lucha zapatista.

#### TRATAMIENTO Y CRÍTICA DE LAS FUENTES

La columna vertebral y la base de la investigación son los cuatro cuadernos de documentos que tenía en su poder Francisco Franco: 159 fojas, copias fieles expedidas y entregadas por el Archivo General de la Nación en 1853-1854 y en 1906 a los representantes de Anenecuilco. Tales documentos incluyen cédulas reales, mandamientos de autoridades virreinales, solicitudes de los naturales de Anenecuilco, el mapa topográfico del pueblo y los autos del litigio por límites de tierra entre el pueblo de Anenecuilco contra las haciendas del Hospital y de Mapaztlán a fines de la época colonial. Estos testimonios comprenden dos periodos: los primeros años del siglo XVII y los últimos del XVIII y principios del XIX, hasta antes de la guerra de Independencia. Como ha señalado Alicia Hernández,<sup>9</sup> los representantes del pueblo, en sus solicitudes de documentos que probaran sus derechos sobre la tierra en disputa con las haciendas, analizaron, escogieron y conservaron aquéllos que daban fe de su propósito, los que demostraban que era un pueblo antiguo, reconocido y dotado de sus tierras y agua por el régimen colonial y que, al mismo tiempo, evidenciaban el avance ilegal y la usurpación de sus tierras y la violación a sus derechos por parte de los dueños de las haciendas. Estos documentos eran la prueba legal, contundente, que demostraba que las tierras del pueblo de Anenecuilco le pertenecían desde antes de la Colonia y eran, al mismo tiempo, el testimonio histórico de su lucha y resistencia centenarias por defenderlas. Para Zapata y los representantes de Anenecuilco, así como para los pobladores de otras localidades que se sumaron y engrosaron las filas del zapatismo, esos papeles tenían un valor casi sagrado.

Esta base documental fue cotejada y complementada por Sotelo Inclán con la revisión de otros documentos del Ramo de Tierras del Archivo General de la Nación, que llenaran los huecos cronológicos que había en la historia agraria de Anenecuilco, con lo que pudo construir un cuadro más completo para su narración. Al mismo tiempo, para entender el contexto y los antecedentes de esos testimonios, Sotelo Inclán revisó las principales obras secundarias disponibles en ese tiempo sobre la época prehispánica en el Altiplano Central y los primeros años de la Colo-

---

<sup>9</sup> HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia, *Anenecuilco, memoria y vida de un pueblo*, El Colegio de México / FCE, México, 1993, pp. 223-225.

nia y, particularmente, las referencias de su región y sus habitantes. Así, en la reconstrucción del poblamiento del lugar por los tlahuicas, las características de la época prehispánica y la situación que provocó la conquista española en la región, se apoya en las crónicas de Sahagún, Durán, Acosta, de manera profusa en Zorita –de quien retoma su caracterización del *calpulli*, eje de su interpretación– para la organización social de los pueblos mesoamericanos, así como en el *Códice Mendocino* y la *Matrícula de Tributos* –que testimonian el estado y el tamaño de los asentamientos indígenas de la zona–, y en la *Descripción de Oaxtepec*, de Juan Gutiérrez de Liévana. También, utiliza a Bernal Díaz del Castillo, Hernán Cortés y las obras de Manuel Orozco y Berra y Luis Chávez Orozco, entre sus principales fuentes.<sup>10</sup> El tratamiento que hace de ellas es muy general, pero le sirve para subrayar la existencia de pueblos antiguos con fuertes vínculos de identidad, que sufrieron condiciones de explotación y despojo de sus tierras por parte tanto de los pueblos dominantes de la Triple Alianza, antes de la conquista española, como de los colonos hispanos que comenzaron a apoderarse de esos recursos naturales, constituyendo un régimen de grandes propiedades privadas. Ese latifundismo se había construido a costa de los recursos y el trabajo de los pueblos que, sin embargo, habían podido conservar fuertes vínculos de identidad, sus viejas instituciones y representantes, y una tradición de defensa de sus derechos. Subraya también el carácter comunalista de la propiedad indígena y la permanencia de formas tradicionales de organización y liderazgo.

Dichos elementos existen efectivamente en esas fuentes. Sin embargo, podría objetarse a Sotelo Inclán que acepte enteramente esos testimonios y no guarde una postura crítica ante ellos, por lo que reconstruye una imagen idealizada de la sociedad prehispánica, en la que no aparece la estratificación marcada que existía, las relaciones asimétricas entre los grupos dominantes y los subordinados, no sólo

---

<sup>10</sup> ACOSTA, José, *Historia natural y moral de Indias*, Editorial Aznar, Madrid, 1792; DURÁN, Fray Diego, *Historia de Indias de Nueva España y Tierra Firme*, Editorial Porrúa, México, 1967; SAHAGÚN, Fray Bernardino de, *Historia General de la Nueva España*, Col. “Sepan cuántos...”, núm. 300, Editorial Porrúa, México, 1975; ZORITA, Alonso de, “Breve relación de los señores de la Nueva España”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Salvador Chávez Hayhoe, México, 1941, pp. 65-205; DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Col. “Sepan cuántos...”, núm. 5, Editorial Porrúa, México, 1974; CORTÉS, Hernán, *Cartas de relación*, Col. “Sepan cuántos...”, núm. 7, Editorial Porrúa, México, 1973; GUTIÉRREZ DE LIÉVANA, Juan, “Descripción de Guastepeque (1580)”, en *Huaxtepec y sus reliquias arqueológicas*, Apéndice de la Guía de Ruinas Arqueológicas del Estado de Morelos, Secretaría de Educación Pública, México, 1930; OROZCO Y BERRA, J. Manuel, “Códice Mendocino, ensayo de desciframiento jeroglífico”, en *Anales del Museo Nacional de México*, t. II, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1882, pp. 47-82; SALINAS, Miguel, *Historias y paisajes morelenses*, Imprenta de Patricio Sáenz, México, 1924; CHÁVEZ OROZCO, Luis, “Instituciones democráticas de los indígenas mexicanos en la época colonial”, en *América Indígena*, vol. III, México, 1943.

entre los pueblos hegemónicos de la Triple Alianza y sus pueblos tributarios, sino al interior de estos mismos. En el propio Zorita está desarrollada la caracterización de la estratificación prehispánica, los privilegios de los gobernantes, caciques y principales y la continuación de esa situación en la época colonial. Por lo demás, se advierte también una marcada simpatía de Sotelo Inclán por los pueblos tlahuicas y una idealización de su condición no guerrera, trabajadora, armónica y solidaria en la que no se ven los conflictos internos ni la diferencia de intereses entre sus estratos.

La fuente principal y casi única que utiliza para la etapa colonial, que constituye la mayor parte de la obra, es el expediente de Anenecuilco del Ramo de Tierras, del Archivo General de la Nación, junto con recopilaciones de la legislación colonial. Con base en esas fuentes reconstruye la historia agraria del pueblo. Es la parte de la obra con más fuerza y, en ella, Sotelo Inclán transcribe extensamente los principales documentos, los sigue puntualmente y deja que hablen por sí mismos, comentándolos brevemente y haciendo observaciones que contextúan e hilan el relato, que está absolutamente dominado por los documentos. Éstos demuestran la tenacidad, la persistencia y el empeño del pueblo en defender sus tierras, el agua y los derechos a hacer uso de bosques y pastos de la región, así como las estrategias de defensa que pusieron en práctica sus habitantes durante la época colonial, logrando evitar la desaparición del pueblo a comienzos del siglo XVII, al negarse a aceptar la congregación que los habría integrado al pueblo de Cuautla, así como la apelación para conseguir la restitución de su fundo legal, logrando ganar el litigio. Pero también demuestran las maniobras puestas en juego por las haciendas de Mapaztlán y del Hospital para impedir la aplicación de esas disposiciones, por lo que los de Anenecuilco nunca pudieron lograr el cumplimiento de los fallos judiciales, proceso que se vio interrumpido por las guerras de Independencia.

No extraña que el contenido de los documentos de Anenecuilco hubiera subyugado y convertido a Sotelo Inclán, que andaba buscando la justicia de la lucha zapatista y encontró en ellos su explicación. Esos testimonios son los que justifican las razones —y las raíces— de Zapata y del movimiento zapatista. Darlos a conocer, publicarlos, tenía ya un mérito. Sin embargo, algo que puede señalarse de Sotelo Inclán es su parcial apreciación de la legislación colonial, pues si bien señala que tenía un carácter protector y paternal hacia los pueblos de indios, no advierte que esa misma legislación proveía de recursos y apelaciones a las partes, que permitía obstaculizar las resoluciones y alargar enormemente los procesos y, tampoco, que a fin de cuentas el avance de las haciendas contra la propiedad de los pueblos, con toda la arbitrariedad manifiesta de que hicieron gala, había sido en muchos casos legitimado y avalado por la propia Corona que, por necesidades económicas, pragmatismo y presiones políticas, había emitido disposiciones contradictorias y

ambiguas, que habían contribuido a generar conflictos agrarios de propiedad y posesión entre los beneficiarios de los mismos predios. Habría hecho falta un estudio comparativo y crítico de la historia agraria regional y de su legislación. Asimismo, también puede objetarse a Sotelo Inclán que haya dado muy poco valor a testimonios que él mismo cita de actitudes y comportamientos de caciques y principales de Anenecuilco que, en algunos momentos, tomaron decisiones en beneficio propio y se apoderaron de tierras de usufructo colectivo y vendieron o rentaron otras, también en provecho personal; incluso, las propias autoridades del pueblo habían alquilado sus títulos por concepto de préstamo. Estos elementos muestran una historia más cercana a la realidad, a un pueblo de carne y hueso, con malos gobernantes, líderes y abogados y que cometía también errores, decisiones equivocadas que no demeritan de ningún modo el que en otras ocasiones sus habitantes fueran ejemplo de valentía y tenacidad. Pero si solo se menciona esto último y se soslaya lo negativo se cae invariablemente en la hagiografía.

El tratamiento del siglo XIX es el más débil de la obra. Las fuentes que utiliza para describir la Independencia y la Reforma son muy pocas y, a menudo, describe acontecimientos y deduce inferencias y conclusiones que no están apoyados en ninguna fuente, como en el caso de Francisco Ayala, héroe regional de la Independencia o como la matanza de hispanos en la hacienda de San Vicente Chiconcuac, en 1856.<sup>11</sup> Es notable la ausencia de las grandes obras historiográficas del siglo XIX, de Bustamante, Zavala, Alamán y Mora, así como de los libros sobre las guerras contra Estados Unidos y Francia y sobre la pugna que atraviesa todos esos años entre liberales y conservadores. Por ello el XIX mexicano aparece muy confuso, sin una guía y una orientación que alumbre el relato, particularmente en lo que tiene que ver con la Independencia y la Reforma, así como el Imperio y los comienzos del Porfiriato. Las mejores fuentes que utiliza son la entonces recién publicada obra de Gildardo Magaña sobre el zapatismo, así como la visión profundamente crítica de la historia agraria del país de Andrés Molina Enríquez.<sup>12</sup>

La narración vuelve a tomar fuerza cuando regresa al litigio de Anenecuilco contra la hacienda de Mapaztlán, que va de 1895 al inicio de la revolución maderista, en donde sigue otra vez, puntualmente, el expediente agrario y los documentos de Anenecuilco. Esta, que es la sección final del libro, que trata sobre la última etapa del conflicto agrario de Anenecuilco y sobre los antecedentes y el papel de Emiliano Zapata en el surgimiento del movimiento revolucionario al que daría

---

<sup>11</sup> SOTELO INCLÁN, *Raíz*, 1943, pp. 140-144 y 148.

<sup>12</sup> MAGAÑA, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5 vols., Editorial Ruta, México, 1951-1952; MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés, *Los grandes problemas nacionales*, Imprenta de A. Carranza e Hijos, México, 1909.

su nombre, constituye la otra parte fuerte del texto. Aquí, las fuentes para el conflicto agrario vuelven a ser los documentos del pueblo y, para los antecedentes y la biografía de Emiliano, testimonios orales de familiares de Zapata, de Francisco Franco y de otros combatientes zapatistas. Con ellos logró reconstruir dos momentos que se volvieron desde entonces puntos nodales para la explicación del zapatismo: por un lado, la apremiante situación de Anenecuilco hacia el final del Porfiriato, la imposibilidad de sembrar ante la negativa de la hacienda del Hospital a seguirle arrendando tierras y la desesperación de los habitantes ante las malas cosechas de 1909 y 1910. Por el otro, la elección de Emiliano Zapata como presidente del concejo de Anenecuilco en 1909, mediante una reconstrucción lograda a través de las entrevistas con Franco y otros de los participantes, acontecimiento decisivo en la génesis del zapatismo y que fue reproducido una y otra vez desde entonces por los nuevos historiadores. El manejo de estos testimonios es más adecuado para sus propósitos explicativos y, aunque vuelven a tener un papel predominante los documentos y testimonios, estos son lo suficientemente claros como para armar un buen y convincente relato.

Aunque casi no utiliza fuentes secundarias y califica de hagiográficas las biografías de Zapata hechas por Germán List Arzubide, Porfirio Palacios y Alfonso Taracena, reproduce fragmentos que vienen en aquéllos, como el muy repetido pasaje en el que el niño Emiliano Zapata da muestras de precocidad revolucionaria a los ocho años que, a fuerza de repetirse desde Arzubide, sin pruebas, entró a formar parte de la leyenda del personaje. Además, no guarda la suficiente distancia crítica ante sus fuentes, lo que lo lleva a cometer algunos errores evidentes, como el señalar que Zapata repartió tierras desde 1910 entre sus seguidores, que ofreció al régimen de Díaz combatir a los maderistas en esa primera etapa, cuando era en esos momentos un seguidor prácticamente incondicional del caudillo, y que era, desde el primer momento, el jefe de la rebelión suriana, papel que recayó en realidad en esos comienzos en Pablo Torres Burgos. Con todo, la fuerza de las fuentes es lo que da solidez a esta sección del libro.

#### LA FORMA Y EL ARMADO DE LA OBRA

No existe duda y el propio autor así lo expresa: *Raíz y Razón de Zapata* está estructurado en la forma de un alegato, casi un litigio a favor de una causa que busca que se haga justicia mediante la presentación de pruebas, testimonios, materiales, juicios e inferencias que apoyen ese propósito manifiesto. Es una defensa apasionada de la lucha y la resistencia de Anenecuilco y, por tanto, es patente la simpatía y parciali-

dad del autor hacia sus defendidos, así como hacia los aliados, autoridades, instituciones, legislación y gobernantes que sirvieron, comprendieron y ayudaron a la causa de Anenecuilco. Del mismo modo, es notoria también su descalificación y rechazo de los argumentos de la parte contraria, las haciendas de Mapaztlán y el Hospital, así como los gobiernos y autoridades que no hicieron justicia al pueblo. En palabras de Sotelo Inclán:

Fui a buscar por los campos de Morelos huellas del hombre terrible, asesino y destructor que suponía que era Emiliano Zapata y me encontré en cambio con el vivo recuerdo de un luchador, implacable sí, pero con una causa justa y un limpio ideal. [Tenía que] cumplir con un urgente deber, el de ayudar al pueblo de Anenecuilco a recuperar sus tierras de manera definitiva. Yo ofrezco este libro como un humilde alegato, a la manera de aquellos “memoriales” que los procuradores de indios tuvieron que presentar muchas veces para que se hiciera justicia al pueblo.<sup>13</sup>

Así pues, el “memorial” que este “procurador” de Anenecuilco construyó está estructurado en torno a las pruebas que constituyen su defensa: son esas pruebas, los documentos impresos, las mercedes, el mapa del pueblo, los autos seguidos en diferentes momentos, los que llevan la voz cantante. Tiene la forma de un alegato jurídico que busca convencer al juez que, en este caso, es la historia, así como los lectores del libro. El autor ordena los testimonios, da los antecedentes y el contexto de ellos, busca otras evidencias que completen y refuercen el argumento y comenta el conjunto de esas pruebas para deducir las conclusiones, que no pueden ser otras que la legitimidad y la justicia de los reclamos que están ahí expresados. El resultado es la reconstrucción de la historia del pueblo, desde la época prehispánica hasta los comienzos de la revolución, relato ordenado cronológicamente, sin digresiones ni temáticas de otra naturaleza que no sea la de seguir los pormenores de la lucha de Anenecuilco por defender sus derechos sobre las tierras, aguas y recursos naturales que les pertenecían. A este entramado principal se añade, en la parte final, la biografía del personaje central, Zapata, quien aparece situado en las circunstancias que determinan su misión y su destino: es la encarnación y la continuación de esa fuerza histórica de su pueblo en busca de la justicia no obtenida. Sin embargo, Sotelo Inclán interrumpe el relato de los avatares del binomio Anenecuilco-Zapata cuando comienza la revolución, justamente porque, como él mismo señala, su propósito era explicar los orígenes, las causas, la explicación de la gestación del acontecimiento

---

<sup>13</sup> SOTELO INCLÁN, *Raíz*, 1943, pp. 213-214.

estudiado.<sup>14</sup> La forma en que este evento se va a desarrollar una vez que ha llegado a la superficie, es otra historia que Sotelo Inclán dejará a otros que la cuenten.

El interés original del autor, de hacer una obra dramática del zapatismo, aunque considera que lo tuvo que abandonar ante las evidencias de la legitimidad de la causa suriana, no está del todo ausente del texto, aunque desde luego la forma de “memorial” subordina a ése y a otros estilos narrativos. Aparece, sin embargo, un cierto tono de tragedia en el libro detrás de un esfuerzo colectivo tenaz, persistente, centenario, de los habitantes de Anenecuilco en búsqueda de una justicia que, ni los instrumentos legales a los que recurrieron en la Colonia y en el siglo XIX, ni la violencia insurreccional a la que se incorporaron en la Independencia y en la revolución, pudieron conseguir. Esa búsqueda de la justicia es algo que trasciende a los individuos y a las épocas, es una misión, un destino, un imperativo, en donde los individuos son solamente encarnaciones de ese espíritu, portadores más o menos conscientes de una fuerza trascendental, teleológica que busca realizarse. Zapata mismo, el personaje central de la trama, tiene la explicación de su grandeza en la medida en que fue quien mejor encarnó esa causa centenaria y avanzó más que nadie en lograrla. Pero el héroe fue también derrotado por las mismas fuerzas oscuras que se han opuesto siempre a ese destino, por la maldad detrás de los intereses contrarios a la causa del pueblo: hacendados, gobiernos, ejércitos, caciques. Cuando Sotelo Inclán escribió el libro, a finales de los años treinta y principios de los cuarenta, Anenecuilco, la cuna de la revolución agraria, seguía sin haber recuperado sus tierras. Francisco Franco y los demás sobrevivientes zapatistas continuaban en la pobreza. De poco había servido la revolución. Y sin embargo la justicia de su causa seguía siendo tan legítima o más todavía que antes. La constatación de Sotelo Inclán de que la memoria de Zapata seguía viva entre los habitantes de Morelos era la mejor evidencia de la legitimidad y la vigencia de esa causa, de ese destino al que el autor se propuso ayudar a realizar. La trama del zapatismo, la vitalidad de esa búsqueda trascendente por la justicia de su causa, continuaría en otras épocas, buscando otros actores, otros personajes, otros héroes, otros Zapatas, otros procuradores.

#### INTERPRETACIÓN Y EXPLICACIÓN DEL ZAPATISMO

Para Sotelo Inclán el zapatismo era sinónimo de lucha por la tierra. Había sido un movimiento que había plasmado las aspiraciones agrarias de la población campesina de Morelos, y de las regiones en las que había tenido influencia, de recuperar las tierras y aguas que les pertenecían desde tiempos inmemoriales, así como el derecho

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 201.

de usar los pastos y bosques de los lugares en donde se habían asentado esos pueblos desde tiempo atrás. La interpretación de Sotelo Inclán refuerza esta visión agrarista del zapatismo y de la Revolución Mexicana. No era una interpretación nueva. Sin embargo, al dar a conocer los documentos y el relato de la lucha de Anenecuilco, contribuyó a mostrar que las características que habían distinguido al zapatismo y a Zapata, en su tozudez e intransigencia por resolver de raíz el problema agrario, no eran elementos aleatorios o circunstanciales, sino que se explicaban en su esencia por una lucha ancestral, de un actor colectivo: el pueblo de Zapata, que había logrado sobrevivir gracias al empeño y persistencia en defender su derecho a poseer sus tierras originales. Anenecuilco no era, además, un caso único: en él se habían visto reflejados y con él se habían identificado los demás pueblos de Morelos y de la amplia zona del centro-sur del país en donde el zapatismo arraigó fuertemente. Era un ejemplo representativo y paradigmático de los orígenes sociales agrarios que habían desencadenado la Revolución Mexicana.

Sotelo Inclán, usando el símil de una explicación de vulcanología, escogió estudiar a Anenecuilco precisamente porque había sido el epicentro de la erupción zapatista y buscó escudriñar el subsuelo, las causas y los orígenes que habían originado el estallido.<sup>15</sup> Al encontrar los elementos históricos contenidos en los documentos del pueblo y analizarlos, encontró también que esas eran las causas que explicaban el evento y su necesidad de manifestarse. De manera determinista explicó el papel de Zapata:

En la formación de Emiliano Zapata se cumplió la ley natural del medio ambiente influyendo sobre el individuo [...] difícilmente se puede encontrar en la Historia un caso más completo de un individuo en que intervengan los factores económicos, geográficos, históricos y políticos determinando la vida de un individuo [...] para entenderlo es muy útil la teoría de Hipólito Taine que nos lo explica como un producto de su medio, de su raza y de su momento histórico; teoría que, por lo demás, alcanza en Zapata una claridad excepcional y un ejemplo extraordinario [...] Visto a la luz de la doctrina del materialismo histórico, resulta un efecto de las condiciones económicas que le hicieron surgir.<sup>16</sup>

La historia de la lucha agraria de Anenecuilco, centenaria, persistente, había engendrado a Zapata como dirigente de esa causa. Era una manifestación necesaria: el

---

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 17. O, utilizando otro símil suyo: “Del mismo modo que en un cuerpo enfermo se da gran atención al órgano o tejido en que se manifiesta el mal, creemos que debe atenderse a Anenecuilco, ya que en él hizo crisis el malestar agrario del país. Por eso queremos destacarlo como hace el biólogo con su microscopio al estudiar una celdilla”, p. 222.

<sup>16</sup> *Ibidem*, pp. 171, 197-198.

héroe era producto del medio, de la evolución, de la historia; era también una necesidad esencial. El mérito de Sotelo Inclán estriba en haber armado un relato que, apoyado por la fuerza de sus testimonios –los papeles de Anenecuilco– demostró que, en efecto, el estallido de la rebelión zapatista tenía su explicación en una historia de larga duración, en la que un actor colectivo persistía en la defensa de sus tierras, aguas y bosques y, en esa lucha, construía y afirmaba su propia identidad. *Raíz y Razón de Zapata* es –como su autor quiso–, un alegato que demuestra la justicia de la lucha de Anenecuilco desde la Colonia, donde Sotelo describe con tino sus diferentes estrategias, la utilización de los recursos legales que le proporcionaba el régimen colonial, las alianzas con párrocos y notables locales, instrumentos y estrategias que, en conjunto, presentan a un actor colectivo que, a través de la memoria y la tradición oral, construye y mantiene una identidad que le permite resistir y continuar la batalla contra enemigos más poderosos que ellos.<sup>17</sup>

El alegato de Sotelo Inclán logra presentar la fuerza y la legitimidad que asisten a Anenecuilco y sus pruebas repiten la visión y la voz de sus habitantes: las tierras les pertenecían desde tiempos prehispánicos. A pesar de la despoblación y del impacto de la conquista y colonización española el pueblo había seguido existiendo, había resistido con éxito la política colonial de congregación de los pueblos en las cabeceras y también ante el avance y la hegemonía de las haciendas y las propiedades religiosas que fueron ocupando cada vez más los espacios que eran suyos.<sup>18</sup> Ese convencimiento y su decisión de defender sus derechos y propiedades a lo largo de la Colonia, del siglo XIX y hasta el final del porfiriato, al que contribuyeron a derrotar, es la historia agraria de larga duración que hace singular a Anenecuilco y que explica el papel que jugó ese pueblo y el del dirigente al que engendró, cuya actitud y legado coronaron ese esfuerzo y lucha centenarios.

El otro elemento que ofrece Sotelo Inclán como contribución importante para la explicación del zapatismo es la coyuntura de 1909-1910 en Anenecuilco, originada por la continuación del litigio agrario contra la hacienda de El Hospital y por la negativa del dueño para que los de Anenecuilco sembraran en tierras que rentaban. La desatención del gobierno de Díaz y del gobierno local, no hizo más que agravar la precaria situación del pueblo, que se volvió desesperada para sus habitantes, quienes, encabezados por Zapata, al que habían elegido apenas como presidente de su concejo, invadieron por la fuerza las tierras en disputa y se pusieron a sembrarlas.<sup>19</sup> Esto fortaleció el prestigio de Zapata y sirvió como antecedente

---

<sup>17</sup> *Ibidem*, pp. 60-61, 65-66, 73-74, 81-82, 83-93.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 49-56.

<sup>19</sup> *Ibidem*, pp. 175-190.

directo del liderazgo que meses después habría de ocupar al estallar y triunfar la rebelión de Madero.

Sotelo Inclán pudo así establecer el vínculo entre la problemática agraria de larga duración y una coyuntura específica que fue vivida por los habitantes de Anencuilco como una afrenta más, esta vez intolerable, por parte de la hacienda de El Hospital, que los orilló a recuperar las tierras en disputa por la fuerza, luego de haber agotado los recursos legales. Así, fueron esos agravios recientes, con responsables concretos, identificados en los dueños de la hacienda, así como la actitud negligente o cómplice de las autoridades, los que provocaron el estallido de la rebelión que poco después fue conocida como zapatista, que si logró trascender, a su vez, además de su legitimidad y de actitud de resistencia ejemplar —que la convirtió en paradigmática—, se debió a que coincidió y se incorporó a una rebelión nacional encabezada por Francisco I. Madero. Estas circunstancias únicas, coincidentes, lograban iluminar, con una luz explicativa, el origen y las características del zapatismo.

Finalmente, la elección de Emiliano Zapata como presidente del concejo del pueblo correspondía y tenía continuidad con la institución del *calpuleque* que había permanecido como autoridad tradicional en varias regiones rurales de México de fuerte ascendencia indígena.<sup>20</sup> Zapata había sido continuador de esa tradición, que lo investía de una autoridad y prestigio a los que supo responder, con lo que se fortaleció a su vez su liderazgo. Ese papel de Zapata, como autoridad tradicional ayudaba a explicar tanto el arraigo que logró su liderazgo, como también el fuerte compromiso moral de Zapata con ese cargo, que reforzó su actitud intransigente y terca en los años siguientes de la revolución armada. El conjunto de todos estos elementos, que no habían sido presentados con ese vigor, convirtieron al libro de Sotelo Inclán en la mejor explicación del porqué del zapatismo y de Zapata.

#### VEINTISIETE AÑOS DESPUÉS

Sotelo Inclán, quien en los años siguientes a la publicación de *Raíz y Razón de Zapata* consolidó su vocación magisterial y se dedicó con ahínco a la enseñanza secundaria y normalista, y a la difusión de la cultura y de la historia nacionales, no abandonó la otra vocación y misión de su conversión juvenil: la de procurador de la causa agraria

---

<sup>20</sup> Sotelo Inclán cita a Zorita: “Los comunes de estos barrios [...] siempre tienen una cabeza, e nunca quieren estar sin ella, e ha de ser de ellos mismos e no de otro calpulli, ni forastero, porque no lo sufren, e ha de ser principal y hábil para los amparar y defender; y lo elegían y eligen entre sí, y a este tenían y tiene como por señor, y es como en Vizcaya o en las montañas el pariente mayor; y no por sucesión, sino muerto uno eligen otro, el más honrado, sabio y hábil a su modo, y viejo, el que mejor les parece para ello [...]”. *Ibidem*, p. 193.

de Anenecuilco y de la memoria y los anhelos de Zapata y de los zapatistas. Si ya en los años cardenistas —a pesar de la voluntad del general Cárdenas para ayudar a los campesinos a través de la única reforma agraria de largo alcance de los gobiernos emanados de la revolución—, Sotelo Inclán había denunciado que Anenecuilco y los veteranos zapatistas reclamaban justicia y que se les restituyeran sus tierras, esa denuncia se volvió todavía más fuerte con los años y gobiernos que vinieron después.

Sotelo Inclán, quien mientras tanto había ganado reputación y prestigio como intelectual y había sabido promover y aprovechar espacios para utilizar los nuevos medios de comunicación masiva como el radio y la televisión, donde destacó en difundir la educación y la cultura, continuó investigando, analizando y completando su visión sobre lo que se había convertido en la tarea intelectual más importante de su vida: el libro *Raíz y Razón de Zapata*. Así, en 1970 apareció una nueva edición, corregida y aumentada de esa obra, mucho más voluminosa, con más del doble de páginas que la primera.<sup>21</sup>

Para escribir esta nueva versión, Sotelo Inclán tuvo que sobreponerse a su desencanto, decepción y escepticismo. Los propósitos de su primer libro no habían tenido los efectos deseados: “La primera edición de este libro [...] no obtuvo los frutos que hubiera deseado a favor de Anenecuilco. Tampoco se me hizo el menor caso para la reconstrucción de la casita natal de Zapata. Posteriormente ocurrió la infausta muerte de Francisco Franco [...]”.<sup>22</sup>

Esa frustración lo llevó a negarse a publicar una nueva edición de su libro. Sin embargo, al cumplirse el 50º aniversario de la muerte de Zapata pudo más la vocación de defensor de Anenecuilco y así consideró su obligación “rendir homenaje a su memoria” y decidió publicar una segunda edición en la que incluyó “notas y noticias que agregaban mucho a la anterior. En verdad nunca dejé de estudiar el tema [...]”.<sup>23</sup>

En esta nueva versión, Sotelo Inclán plasmó una obra mucho más completa y equilibrada, más académica, con un extenso trabajo de fuentes, en donde los documentos de Anenecuilco ya no dominan la obra, sino que forman parte de una investigación y de una narración que los inserta como una parte sustantiva pero ya no única. Asimismo, en esta segunda versión se advierte que, además de un mayor y mejor manejo de fuentes, el autor logró reforzar las partes más endebles de la primera versión, por lo que, en conjunto, la edición de 1970 representa una visión más

---

<sup>21</sup> SOTELO INCLÁN, Jesús, *Raíz y razón de Zapata*, 2ª Edición, Comisión Federal de Electricidad, México, 1970, 588 pp. ilust.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, p. 559. Francisco Franco fue asesinado en su casa el 20 de diciembre de 1947 cuando dormía con su familia. Franco, en su calidad de representante de Anenecuilco, había continuado luchando porque se restituyeran las tierras del pueblo, *ibíd.*, p. 79.

<sup>23</sup> *Ibíd.*, p. 560.

amplia, completa y lograda de una historia que, sin dejar de ser regional, se inserta continuamente en la historia nacional y que conserva como eje rector la lucha agraria de los pueblos, en los que Anenecuilco es solamente un ejemplo típico pero no único.

En la nueva edición, Sotelo Inclán insertó nuevos capítulos a lo largo de toda la obra. En la primera parte profundiza la situación de la zona en la época prehispánica, las características que asumió la dominación colonial española y la formación de la gran propiedad territorial agraria. Para el nuevo abordaje de la etapa prehispánica, Sotelo Inclán utilizó fuentes arqueológicas, antropológicas e históricas que matizaban y enriquecían la muy somera y simple descripción anterior, apoyándose en los trabajos de Florencia Müller, Román Piña Chan y David C. Grove. Aunque continuaba siendo una descripción general, quedaban mejor situados los antecedentes y las características de los asentamientos prehispánicos en la zona, dominada por los mexicas y la Triple Alianza cuando llegaron los españoles y, de manera particular, resaltaba el origen prehispánico de Anenecuilco, consignado así en el *Códice Mendocino*.<sup>24</sup>

Para el siglo XVI, además de apoyarse más en los cronistas conocidos —sobre todo en Alonso de Zorita y en Motolinía—, en las importantes fuentes documentales editadas por Silvio Zavala y en los expedientes agrarios del Archivo General de la Nación, incorporó la visión de dos importantes obras que aparecieron en el ínter y que proporcionaban un sólido análisis y tratamiento de la problemática agraria colonial: la muy influyente obra de François Chevalier sobre la formación de la gran propiedad agraria, y la notable investigación de Bernardo García Martínez sobre la historia de los dominios de Hernán Cortés. Con ellas, elaboró una sólida presentación de las características que asumió la dominación española, la conmoción que significaron la nueva legislación y las formas de propiedad impuestas por los conquistadores y colonizadores en las comunidades indígenas, la tensión que se generó en ellas y, a diferencia de la primera edición, aparecen los conflictos entre pueblos y la división social y diferencia de intereses entre los caciques y principales y la gente común de los pueblos.<sup>25</sup> Particular atención merece la constitución del enorme

<sup>24</sup> MÜLLER, Florencia, *Historia antigua del valle de Morelos*, Serie Acta Anthropologica, México, 1949 y “Chimalacatlán, Morelos”, en *Acta Antropológica*, vol. III, núm. 1, México, 1948; PIÑA CHAN, Román, *Una visión del México prehispánico*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1967; GROVE, David C., “Localización de sitios arqueológicos en el centro y este del estado de Morelos”, en *Boletín del INAH*, núm. 29, México, 1987, pp. 31-34.

<sup>25</sup> ZAVALA, Silvio, *De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América Española*, Antigua Librería Robredo, México, 1940; ZAVALA, Silvio y María CASTELO (comps.), *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España, 1575 1805*, 8 vols., FCE, México, 1939-1946; Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Tierras*, vol. 3433; CHEVALIER, François, “La formación de los grandes latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII”, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. VIII,

dominio de Cortés y sus descendientes, el Marquesado del Valle, y el impacto y conflictos que desde los primeros tiempos tuvo esta vasta propiedad que contaba con un estatuto especial –que comprendía siete jurisdicciones territoriales y 23 mil vasallos–, tanto con las autoridades virreinales y la corona española, como con los pueblos de esa amplia zona. En el caso de los valles de Cuernavaca y Cuautla, en los que se introdujo con éxito el cultivo de la caña de azúcar por Cortés desde los primeros tiempos, Sotelo Inclán destaca la hipótesis que el segundo valle, alrededor de Cuautla, pudo escapar del dominio de Cortés por estar cerca de él la zona minera de Huautla, razón por la cual la corona tomó posesión de ella y los pueblos que abarcaba, lo que permitió que estos poblados escaparan relativamente del avance del marquesado sobre sus tierras y aguas.<sup>26</sup>

Los últimos veinte años del siglo XVI y los primeros veinte del XVII fueron los años del *boom* de las haciendas azucareras, que se instalaron en el territorio del marquesado aprovechando las necesidades económicas de los herederos de Cortés, quienes permitieron el establecimiento de esas explotaciones mediante mercedes y licencias, a través de arrendamientos por tiempo indefinido. Como esos años coincidieron con los de mayor declive de la población indígena mesoamericana, las propiedades particulares y de religiosos aprovecharon para dominar desde entonces el escenario de los valles de Cuernavaca y Cuautla y fueron el origen de la gran propiedad agraria en expansión y de los endémicos conflictos agrarios, cuando se dio la recuperación demográfica indígena. Esta parte tiene también un mucho mejor tratamiento historiográfico por parte de Sotelo Inclán que en la primera edición.<sup>27</sup>

Otra parte de la nueva versión, mejor lograda, es la del XIX mexicano, para la que el autor incluyó nuevos capítulos, en los cuales, además de profundizar en la historia local de Anenecuilco, aparece más claro el vínculo entre esa historia local y la historia nacional. Sotelo Inclán utilizó ahora sí las grandes obras historiográficas del XIX: Zavala, Alamán y Mora aparecen citados profusamente, al igual que las obras escritas o dirigidas por Daniel Cosío Villegas quien, entre tanto, había consolidado su autoridad como la mejor interpretación acerca del México de la Reforma y del Porfiriato. Asimismo, el autor se apoyó también en el estudio de Jesús Reyes Heróles sobre el liberalismo mexicano y en las obras de Jesús Silva Herzog, Manuel González Ramírez y Marte R. Gómez sobre la historia del agrarismo, por citar al-

---

núm. 1, enero-febrero-marzo de 1956; GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo, *El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva España*, El Colegio de México, México, 1969.

<sup>26</sup> Sotelo Inclán, *Raíz*, 1970, pp. 52-54.

<sup>27</sup> *Ibidem*, pp. 98-103 y ss.

gunas de las nuevas fuentes.<sup>28</sup> Con estas bases construye la narración sobre las coyunturas cruciales del siglo XIX mexicano. Así, el impacto de las guerras de Independencia en la región se presenta con mayor claridad y detalle. Este tratamiento, particularmente en las incursiones y campañas militares de Morelos en la zona caliente analizada, le permite al autor encontrar similitudes y continuidades entre las tácticas, las reivindicaciones agrarias y los sectores sociales aglutinados en torno al cura Morelos y los que se movilizarían cien años después con Zapata. Al mismo tiempo, en el lado opuesto, la actitud de los hacendados azucareros de la región, encabezados por Gabriel Yermo, quienes sostuvieron activamente la causa realista, encuentra paralelismo con la postura de los propietarios de ese sector durante la revolución.<sup>29</sup>

Las primeras décadas del México independiente, con las pugnas entre los caudillos, los conflictos con las élites españolas que terminaron en su expulsión del país y la anarquía que culminó en la dictadura de Santa Anna se describen con profusión. Asimismo, la época de la Reforma, en donde se expone con nitidez el proyecto de las élites liberales en contra de la propiedad de las corporaciones eclesiásticas y de las comunidades indígenas, proyecto al que califica como de efectos desastrosos para estas últimas. Rescata el valor que tuvo Juan Álvarez como caudillo defensor de los intereses de las comunidades y relata la resistencia popular ante la ofensiva liberal y de las haciendas que culminó con los asesinatos contra españoles en las haciendas de Pío Bermejillo en 1856 y 1860.<sup>30</sup> Con relación al Imperio de Maximiliano, a pesar de sus prejuicios adversos hacia el personaje, reconoce el enfoque y las propuestas de legislación agraria como un punto de quiebre en la historia nacional y se deshace en elogios con las leyes sobre terrenos de comunidad y de repartimiento y con la que cedía el fundo legal y ejidos a los pueblos que carecieran de ellos, en las que reconoce el único intento serio de atender y resolver de raíz la problemática agraria de los pueblos.<sup>31</sup>

---

<sup>28</sup> ZAVALA, Lorenzo de, *Ensayo histórico sobre las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*, Oficina Impresora de Hacienda, 2 vols., 3ª edición, México, 1918; ALAMÁN, Lucas, *Historia de México*, Editorial Jus, México, 1942; MORA, José María Luis, *México y sus revoluciones*, Editorial Porrúa, México, 1965; REYES HERÓLES, Jesús, *El liberalismo mexicano*, Facultad de Derecho-UNAM, México, 1957; COSÍO VILLEGAS, Daniel (coord.), *Historia Moderna de México*, 7 vols., Editorial Hermes, México, 1955-1972 (véase los volúmenes “La República Restaurada. La vida política”, vol. 1; y “La República Restaurada. La vida social”, vol. 3); SILVA HERZOG, Jesús, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, FCE, México, 1964; GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel, *La revolución social de México*, 3 vols., FCE, México, 1966, especialmente “El problema agrario”, vol. 3; GÓMEZ, Marte R., *La cuestión agraria en los primeros congresos constituyentes del México independiente*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1955.

<sup>29</sup> SOTELO INCLÁN, *Raíz*, 1970, pp. 193-221.

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 289-315.

<sup>31</sup> *Ibidem*, pp. 324-326.

Finalmente, la sección sobre los años del porfiriato y, particularmente, la que tiene que ver con Emiliano Zapata, sus antecedentes y sus años formativos también está mejor tratada, con un manejo más profuso de fuentes, como la obra de su maestro Antonio Díaz Soto y Gama, la entonces recién publicada e iluminadora obra de Womack, así como documentos del archivo de Porfirio Díaz, periódicos nacionales y testimonios de historia oral de la familia Zapata y de sus compañeros.<sup>32</sup> Aparece así mejor situado el desarrollo de la industria cañera en la región, el papel central de la política y la alianza del régimen de Díaz con los propietarios azucareros de la zona, así como mayor información y contexto sobre los datos conocidos en los que se formó Emiliano Zapata. Destaca también la experiencia política de la campaña electoral de Patricio Leyva por la gubernatura de Morelos, que aglutinó a sectores populares y clases medias en 1909 entre cuyos simpatizantes estuvieron Zapata y varios de los líderes originales del movimiento zapatista.<sup>33</sup> La narración retoma la crisis final que precipitó y que explica el estallido de la rebelión que devino zapatista y concluye con lo sucedido a Anenecuilco, a Franco y a los papeles del pueblo luego de la muerte de Zapata.

Esta segunda versión tiene ventajas indudables sobre la primera: gana en dimensión, en profundidad, mediante una armazón y tratamiento de fuentes que la hacen más sólida historiográficamente. Tiene una dimensión y una visión nacional. Sin embargo, domina en ella el contexto y la trama central de la primera pierde foco y fuerza: la historia de Anenecuilco se diluye a menudo dentro de la historia regional y nacional, es solo un acontecimiento más que, a menudo, trata de ser metido a la fuerza a la descripción y parece, por tanto, como si estuviera fuera de lugar. No se logra plenamente la armonía entre la problemática local y el contexto. La obra en conjunto tiene la forma de una historia nacional que tiene como hilo conductor las luchas agrarias. Aunque el tratamiento historiográfico de las fuentes es mayor y más cuidado, en la segunda versión ya no se encuentra el tono de alegato, y la vehemencia de la argumentación que trata de convencer sobre la justicia de su causa, aunque no deja de llamar la atención que Sotelo Inclán siga haciendo una historia que, a pesar de querer ser más objetiva, manifiesta la simpatía que tiene por su objeto de estudio. En su recorrido por la historia nacional, exalta la figura de los héroes y personajes que a su juicio forman parte importante de la lucha por la tierra y la justicia de los pueblos, como Hidalgo, Morelos, Guerrero, Álvarez, algunos héroes

---

<sup>32</sup> DÍAZ SOTO Y GAMA, Antonio, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo*, Edición del autor, México, 1960; WOMACK, John, Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969; *Archivo del general Porfirio Díaz. Memorias y documentos*, 30 ts., Prólogo y notas de Alberto María Carreño, Editorial Elede, México, 1947-1961.

<sup>33</sup> SOTELO INCLÁN, *Ratón*, 1970, pp. 457-506.

de la Reforma, y condena en cambio a los que desde su punto de vista no solo fueron enemigos de esta causa, como los españoles, realistas y conservadores, sino que no fueron del todo consecuentes con su agrarismo, como en el caso de Lorenzo de Zavala.

Su afán por destacar la lucha agraria secular de los pueblos y, de manera enfática el papel paradigmático de Anenecuilco, de Zapata y de sus antecedentes genealógicos, lo lleva a menudo a sacar deducciones e inferencias que no están demostradas, pero que hablan invariablemente de un espíritu justiciero y heroico como destino manifiesto en el pueblo y en sus representantes defensores de la causa agraria. Fuerza mucho la narración y trata de acomodar los hechos para que encuadren con las conclusiones que tiene de antemano. Con todo, esa historia es por sí misma lo suficientemente interesante para no necesitar tal tipo de ayuda.

En suma, con la segunda versión de *Raíz y Razón de Zapata*, Sotelo Inclán consolidó su posición como una de las principales autoridades en el estudio del zapatismo y esa obra ha sido, desde entonces, punto de referencia obligado para todos los estudios posteriores.



## Causas y orígenes del zapatismo\*

---

*Felipe Ávila Espinosa*

**E**L ZAPATISMO tuvo sus orígenes en una problemática de larga duración, que se remonta a la disputa secular por los recursos naturales de los fértiles valles de Cuernavaca y Cuautla entre las élites económicas novohispanas y las comunidades indígenas, sus originales propietarios. La disputa favoreció a los poseedores de las haciendas azucareras, quienes se apoderaron de las mejores tierras y de los recursos acuíferos desde los albores de la Colonia, dando lugar a conflictos y tensiones con los pueblos y comunidades indígenas. La historia de la región ha estado marcada, desde entonces, por estas disputas agrarias.

El zapatismo se explica, en buena medida, por el problema de la tierra. Pero, ¿cómo y por qué surgió? ¿por qué en ese tiempo y lugar? ¿por qué con esas características? ¿cuáles fueron los individuos y grupos que le dieron forma? ¿qué motivos tuvieron para rebelarse? ¿cuáles son las razones que explican sus reconocidos rasgos de intransigencia y persistencia? Para responder a estas preguntas es necesario rastrear y explicar los orígenes de la rebelión morelense de 1910.

Algunos de los problemas del campo en el Morelos de esa época tenían sus orígenes en un pasado remoto. La implantación de una economía comercial basada en el cultivo de la caña de azúcar había configurado un escenario dominado por la hacienda, la cual había concentrado en sus manos los recursos productivos subordinando la propiedad y el trabajo de los otros grupos sociales rurales. El predominio azucarero en la región fue un proceso secular, que alteró y subordinó la economía tradicional de los pueblos y modificó, en favor de las haciendas, la estructura de la propiedad, pero generó, al mismo tiempo, resistencias y conflictos. Estas resistencias, empero, no trascendieron la legalidad establecida por el régimen colonial y fue hasta el siglo XIX cuando tuvieron lugar protestas que fueron parte de la resistencia y rechazo de los grupos campesinos de la zona centro-sur del país ante el avance de las políticas liberales contra la propiedad y los derechos comunales.

---

Felipe ÁVILA ESPINOSA. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

\* Este capítulo es una síntesis apretada de mi libro *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001.

El porfiriato produjo una transformación importante de ese escenario al promover una modernización económica que, durante los dos últimos decenios del XIX y el primero del XX, incrementó la productividad azucarera, abarató sus costos y masificó su consumo. Esa modernización se dio a través de una reasignación de los recursos productivos de las haciendas, de mejoras tecnológicas en la transformación de la caña y con el incremento de la superficie irrigada, mediante la creación de importantes obras de infraestructura hidráulica y la conversión de tierras de temporal en cañaverales, así como mejores transportes, fertilizantes y abonos. Esas nuevas tierras incorporadas a la producción de caña y los recursos hidráulicos no estaban ya en manos de los pueblos los cuales habían perdido su propiedad y dominio desde tiempo atrás. Sin embargo, había un sector de familias campesinas que no poseían tierra y que arrendaban parte de esa superficie para cultivar maíz y otros productos para su economía doméstica. Fue ese sector arrendatario el más afectado por la modernización productiva, al ser desplazados de las tierras que arrendaban. La privación de ese usufructo significó para ellos un despojo y fue vivido como una ruptura del pacto moral con las haciendas y una alteración súbita del equilibrio económico a través del cual obtenían su manutención.<sup>1</sup> La mano de obra desplazada fue parcialmente absorbida por las necesidades crecientes de fuerza de trabajo de las haciendas e ingenios, así como por los ferrocarriles, las comunicaciones, los servicios y la urbanización. Una parte fue empleada por la industria azucarera, que utilizó 150% más brazos entre 1899 y 1908. No obstante, eran empleos estacionales, por lo que los trabajadores tuvieron que depender de otras formas de ocupación para completar sus ingresos. Muchas familias arrendatarias perdieron seguridad y se hicieron más dependientes de la economía hacendaria, aumentando al mismo tiempo la presión sobre la economía tradicional de los pueblos.

Este proceso, que tuvo lugar entre 1880 y 1910, empero, no produjo muchos ejemplos de resistencia manifiesta. La represión como instrumento del régimen porfirista y la derrota del movimiento popular liberal en la región después de la Revolución de Ayutla, combinados con la legitimidad que aún conservaba el sistema de dominación, la fuerza de la economía moral y la solidaridad de los vínculos de parentesco entre las clases subalternas, sirvieron para amortiguar el estallido del conflicto. El descontento se expresó por vías subterráneas, aisladas, individuales.

---

<sup>1</sup> “Pacto moral” en el sentido de una especie de contrato implícito, funcional, entre las clases, sectores e individuos subalternos y las élites, a través del cual se establecen reglas de convivencia social que comprenden un reconocimiento mutuo de obligaciones y derechos. Los sectores subalternos aceptan el dominio de una autoridad, dentro de esos límites, y exigen que se respeten y garanticen derechos básicos, entre ellos, el de la vida, el trabajo, el hogar, la paz, la justicia, etc.

Las tensiones estructurales de largo plazo y los agravios producidos por la modernización produjeron la ruptura del pacto moral en algunos grupos rurales, que organizaron una rebelión inédita en la zona al conjuntarse con una coyuntura política excepcional en el país. El sistema político porfiriano entró en una profunda crisis, al escindir una parte de las élites y al ser incapaz el régimen de neutralizar el desafío de una vasta coalición interclasista que demandaba mayores espacios de participación. La combinación de tensiones agrarias estructurales, de agravios, de reivindicaciones políticas, de movilización de clases medias y la debilidad del régimen para mantener el sistema de dominación fueron los elementos que se conjugaron para producir el estallido cataclísmico de la rebelión que daría forma al zapatismo.

La conjunción de factores como la modernización productiva, el crecimiento demográfico, el urbanismo, el desplazamiento de sectores agrarios, el agravamiento de las condiciones de vida de sectores rurales y urbanos, la ruptura de pactos de economía moral con las élites regionales, así como las experiencias históricas de resistencia al avance del centralismo que habían producido liderazgos propios y una tradición de autonomía, estuvieron en la base de lo que resultó un desafío y una ruptura profunda de las clases subalternas que cristalizó en el zapatismo. Lo que le confirió un carácter novedoso al descontento de principios del siglo XX en el agro morelense fue que se combinó con una coyuntura política especialmente significativa, tanto en el nivel nacional como regional.

En el estado de Morelos, la política local en el primer período de restauración republicana había sido un escenario conflictivo. Entre 1869 y 1877 dos de los grupos regionales más importantes, los dueños de las haciendas, por una parte, y los caudillos militares que se habían apoderado del gobierno estatal, encabezados por Francisco Leyva, por la otra, habían tenido serias diferencias. El conflicto era viejo, pues Leyva formaba parte del clan regional de Juan Álvarez y, como éste, mantenía fuertes vínculos con los pueblos y comunidades agrarias e indígenas de la zona caliente del centro-sur del país. Al ser nombrado Leyva primer gobernador de la entidad —que se constituyó como estado en 1869— puso en práctica medidas populistas y afectó a los grupos poderosos con diversas medidas fiscales. La pugna entre ambos bandos se hizo más aguda en 1873, con motivo de la renovación de los poderes locales. Leyva, quien buscaba reelegirse, desarrolló una campaña electoral de fuerte contenido nacionalista, xenófobo, antihacendado y antiespañol. Contra el candidato de los hacendados, Pedro Baranda, enfocó un mensaje que tenía continuidad con las luchas de la Independencia, con los esfuerzos de Álvarez y de los liberales.

Después de una enconada lucha propagandística, gracias al apoyo del centro y la movilización de los sectores populares, Francisco Leyva pudo reelegirse, pero las pugnas con los hacendados siguieron durante su segundo periodo de gobierno, que

se vio interrumpido por el ascenso de Porfirio Díaz. Éste cumplió plenamente las aspiraciones de los hacendados. A partir de 1877 se dio un giro considerable en la política estatal, modificándose la relación entre el poder central y los propietarios azucareros y se cumplió el programa que éstos habían adelantado en su conflicto con Leyva. El gobierno porfirista promovió el desarrollo de la industria azucarera, mediante apoyos y estímulos que permitieron el crecimiento del sector. El pacto de los hacendados con Díaz fue en todos los niveles, económico, político, legislativo, fiscal –les disminuyó los impuestos–, excluyó a los demás grupos de la toma de decisiones, etc. Ese periodo de bonanza ha sido llamado por Womack “la utopía hacendaria”. El gobernador porfirista que llevó a cabo plenamente esta política fue Manuel Alarcón, quien dirigió la administración estatal desde 1894.

Las élites políticas locales desplazadas por Díaz conservaron parte de su influencia. Empero, el aparente equilibrio conseguido por la *pax* porfiriana comenzó a mostrar sus límites, cuando protestas inéditas estallaron con la muerte del gobernador Alarcón en 1909. El proceso de selección del sucesor constitucional de Alarcón se realizó de acuerdo con el mecanismo que había acostumbrado el régimen porfirista: el gran elector, Díaz, mantuvo su compromiso con el grupo regional más fuerte y designó como candidato oficial a Pablo Escandón. A nadie sorprendió que el candidato escogido representara fielmente los intereses de los hacendados y perteneciera a una familia prominente de ese grupo.

Sin embargo, en 1909 el país atravesaba por una nueva situación: había una gran efervescencia política derivada de la incertidumbre producida por la avanzada edad de Díaz y la necesidad de definir su sucesión. El riesgo que implicaba la desaparición de la pieza principal del sistema político generó expectativas diversas e incitó la participación de diferentes grupos y sectores, quienes buscaron influir en el relevo presidencial. Paralelamente, sectores de clases medias, intelectuales y desplazados de las clases altas estaban teniendo una inusual actividad política en varias partes del país y, detrás de ellos, sectores populares comenzaban a movilizarse, manifestando su inconformidad ante un proceso que mantendría el dominio político del grupo de los científicos.

En Morelos se constituyó una oposición importante contra la imposición de Pablo Escandón como gobernador. Esa oposición estuvo formada inicialmente por familias de la élite local desplazadas, por clases medias urbanas y por antiguos liberales republicanos. Quien aglutinó esta oposición fue el ex-gobernador Francisco Leyva, el que a pesar de su marginación se había mantenido como un notable personaje que conservaba un significativo papel como intermediario entre el régimen porfirista y algunos grupos opositores de la zona. El viejo general era respetado y reconocido como la principal figura opositora en el estado. Desde esa posición

privilegiada, tenía posibilidad de aglutinar a los grupos y sectores resentidos. Empero, la edad avanzada del militar era un fuerte obstáculo para que pudiera encabezar una campaña política opositora. Respetuoso de las formas y plenamente consciente del poder de Díaz, el viejo general fue a verlo a fines de diciembre de 1909 para obtener su aval a la candidatura de su hijo Patricio Leyva. Díaz le contestó con evasivas y le dijo, ambiguamente, que vería con agrado que los morelenses ejercieran sus derechos políticos y que reconocería al triunfador de la contienda. Leyva pensó que aunque Díaz no lo apoyaría, tampoco se opondría a la campaña, por lo que pronto aglutinó las lealtades y compromisos de sus seguidores en su hijo, Patricio. Comenzó así una campaña electoral independiente que, para sus principales colaboradores y Leyva mismo, no intentaba representar un serio desafío al régimen porfiriano, sino promover una movilización controlada para obligarlo a negociar, con el fin de obtener algunas concesiones. Para llevar a cabo esos deseos, Leyva y sus colaboradores tenían que alcanzar una posición de fuerza, que solo podían conseguir generando una movilización popular controlada alrededor suyo.

La campaña independiente encontró terreno fértil e incorporó a clases medias y a sectores de la población rural del estado. Además, tuvo el apoyo de una fracción política que se había formado poco tiempo antes en la ciudad de México y que pretendía ser una tercera vía entre las dos principales clientelas políticas porfirianas —científicos y revistas—: el Partido Democrático. Una fracción de este partido, encabezada por el periodista Juan Sánchez Azcona, el ingeniero Alfredo Robles Domínguez y el periodista Paulino Martínez se incorporó a la campaña leyvista e hizo llamados a los pueblos del estado para que se sumaran a ella. Lo novedoso fue que los partidarios de Leyva obtuvieron una respuesta importante, formándose alrededor de veinticinco clubes leyvistas en las principales poblaciones.

En poco tiempo, la movilización electoral se extendió y radicalizó. La campaña leyvista retomó el lenguaje agresivo, regionalista, xenófobo, antihacendado y antiespañol que se había expresado años atrás con el general Leyva. Sin embargo, las condiciones en las que se expresó esa campaña fueron distintas, pues se hacía desde la oposición y fuera de las instituciones. Lo que más desconcertó al régimen fue el grado de radicalización que alcanzó la campaña.

El sistema porfirista endureció su posición y lanzó una intensa campaña de desprestigio y amenazas contra Leyva y sus seguidores. El clímax de tensión entre ambas campañas se alcanzó en la ciudad de Cuautla, en el cierre de la campaña oficial, cuando ocurrió un enfrentamiento entre partidarios de Leyva y las fuerzas del orden. A partir de ese momento, se desató la represión contra los dirigentes locales del leyvismo; hubo arrestos, despidos, deportaciones y represalias que provocaron la desarticulación del movimiento leyvista y la imposición de Pablo

Escandón como gobernador. El mismo Patricio Leyva, al verse a la cabeza de un movimiento contestatario que no esperaba, se deslindó de la violencia y radicalidad de sus seguidores y aclaró públicamente que no tenía intenciones de crear problemas al régimen y desestabilizar al estado. Empero, la mayor represión no tocó a los principales cuadros dirigentes del leyvismo, sino que afectó solamente a los cuadros medios y a los simpatizantes opositores locales, que no tenían vínculos con las élites. Las elecciones se realizaron sin más contratiempos y el congreso local proclamó el triunfo de Pablo Escandón, quien asumió la gubernatura constitucional el 15 de marzo de 1909.

Después de muchos años se habían movilizado, otra vez, varios sectores de la población morelense, en una alianza interclasista que había traspasado los límites estatales. Aunque fue derrotado, el movimiento leyvista sirvió para poner en contacto y aglutinar el descontento social de diversos sectores urbanos y rurales de la región, dejando en estos grupos e individuos valiosas experiencias políticas y organizativas y se convirtió en el antecedente inmediato de la rebelión que estalló dos años después.

Cabe subrayar el hecho de que detrás del clan de los Leyva y posiblemente atraídos por el tono antihacendado de algunos de los líderes leyvistas y por sus llamados a recuperar y proteger las tierras y aguas de los pueblos, se hayan incorporado a la campaña opositora algunos sectores de clases medias y bajas de los pueblos y localidades rurales de la entidad, movilizados a través de líderes naturales locales, algunos de los cuales, poco después, encabezarían el movimiento zapatista. Emiliano Zapata, Pablo Torres Burgos, Otilio Montaña, Genovevo de la O, Gabriel Tepepa, Francisco Franco, Rafael Merino y otros líderes de lo que fue el zapatismo original tuvieron participación, en un plano secundario, dentro del movimiento leyvista. Por su parte, el gobierno de Pablo Escandón, una vez pasada la agitación electoral y sus secuelas, hizo muy poco por atraerse a los sectores descontentos que habían apoyado al leyvismo. A los viejos agravios, se sumaron nuevos, derivados de la represión desatada contra los dirigentes leyvistas locales y de la ineficaz política de Escandón.

Con la derrota del leyvismo parecía que se había controlado la situación. Los lazos de la dominación porfiriana parecían haberse reforzado y no se veían dificultades en el horizonte. Sin embargo, esa calma era solo aparente. Se habían producido las condiciones que harían posible el surgimiento de una revuelta, que se inscribió dentro de una rebelión nacional más amplia. En el nivel local, estalló una revuelta de los grupos agrarios más afectados por la modernización azucarera, principalmente los arrendatarios desplazados, a los que se sumaron pronto otros sectores que le

dieron el carácter de una amplia rebelión agraria. Sin embargo, en los meses finales de 1910 se inició un compás de espera que pronto terminaría, de manera abrupta.

#### LA REBELIÓN CONTRA DÍAZ

La rebelión que tuvo lugar en Morelos a principios de 1911 se debió a la confluencia excepcional de varios factores: 1) el descontento de sectores medios y bajos de la población rural morelense contra una parte de las élites económicas y políticas regionales, palpable después de la derrota del leyvismo; 2) la organización de la revuelta por un grupo de individuos surgidos de las clases medias y bajas rurales, los cuales habían participado en el leyvismo y en distintas luchas de sus comunidades por motivos agrarios; 3) una difícil situación en los pueblos de estos nuevos personajes ante la falta de tierras propias o arrendadas para sembrar; 4) el estallido de la rebelión maderista, que se propagó a principios de 1911 a distintas regiones del territorio nacional y que demostró tanto la debilidad del sistema de dominación porfiriano como la fractura en las élites gobernantes a escala nacional, lo que ofreció a los conspiradores locales la oportunidad de incorporarse a un movimiento que estaba tomando una amplia dimensión.

La revuelta pronto se extendió, al encontrar apoyo en los sectores bajos rurales morelenses y, en tres meses, consiguió hacerse del poder en el nivel local, contribuyendo a la caída del régimen porfiriano. La rebelión creció pronto, con fuertes rasgos de violencia de clase de carácter reivindicatorio y justiciero, aunque sin demandas positivas claras. Se crearon bandas guerrilleras aglutinadas en torno a dirigentes con fuerte arraigo local, surgidos de las clases bajas rurales, sin vínculos con las élites económicas y políticas regionales o nacionales. Un factor decisivo para la creación de un vínculo de identidad en el nuevo liderazgo regional lo constituyó la disputa por la hegemonía rebelde entre el grupo original que organizó la revuelta en Morelos —y que destacó desde los primeros días a Emiliano Zapata como su principal cabeza— con el de los rebeldes de Guerrero comandados por los hermanos Figueroa.

Los organizadores de la revuelta de la que nacería el zapatismo, Emiliano Zapata, Pablo Torres Burgos, Otilio Montañó, Gabriel Tepepa, Genovevo de la O, Francisco Franco, Rafael Merino, Amador Salazar, Lorenzo Vázquez, Catarino Perdomo, Próculo Capistrán y Emigdio Marmolejo, quienes hicieron suyo el llamado a la insurrección de Madero, tuvieron varias cosas en común. En primer lugar, todos ellos eran parte de las clases medias y bajas de la sociedad agrícola morelense. Tenían una situación económica relativamente desahogada, aunque modesta. No contaban con grandes recursos y se ganaban el sustento con su tra-

bajo en el campo o en actividades relacionadas con el medio rural: arrendatarios, jornaleros temporales en las haciendas, leñadores, cuidadores de ganado. Algunos de ellos, como Zapata, eran pequeños propietarios y contaban con tierras y animales; otros eran pequeños comerciantes, tenderos o arrieros; unos más eran peones jornaleros que trabajaban para haciendas del valle de Cuautla o carboneros, como en el caso de Genovevo de la O, o maestros rurales como Torres Burgos y Montaña, quienes eran profesores de enseñanza primaria establecidos en la región desde tiempo atrás. Compartían también el hecho de ser personajes reconocidos en sus localidades.

En segundo lugar, fueron individuos con más o menos similar nivel cultural, con la excepción de Pablo Torres Burgos y Otilio Montaña, quienes pueden catalogarse más bien como intelectuales urbanos, con inquietudes políticas: habían cursado formalmente las primeras letras, sabían leer y escribir y tenían inclinaciones políticas. Todos ellos habían demostrado ser individuos inquietos, activos, que habían actuado en defensa de intereses individuales, familiares y colectivos en sus localidades. Habían participado en la política regional y se incorporaron a la campaña leyvista. Varios de ellos tenían además vínculos de parentesco y amistad, lo que facilitó su coordinación, y proporcionó vínculos de confianza, lealtad y solidaridad.

De los organizadores iniciales de la revuelta zapatista se conocen varias de sus aptitudes y valores personales, así como algunas de las razones y motivos que influyeron en su decisión de sumarse a la rebelión maderista. Desde luego, el problema de la tierra era un reclamo fuerte en algunas de sus comunidades de origen y, particularmente, para el núcleo que inició la revuelta y que luego confirmó su condición de liderazgo dentro del movimiento zapatista. Como es sabido, fue precisamente del pueblo de Anenecuilco de donde provino el grupo que organizó y dirigió la revuelta, pueblo que tenía conflicto por las tierras que arrendaba a la hacienda de El Hospital. El conflicto agrario de Anenecuilco, la cuna del zapatismo es, por esta misma razón, el mejor documentado. Este pueblo tuvo una situación extrema en 1910, ante la imposibilidad de sembrar en las tierras que les había arrebatado y les rentaba la hacienda de El Hospital, lo que orilló a que las ocuparan por la fuerza y que se negaran, ante el retraso de las lluvias y la mala cosecha, a pagar la renta acostumbrada, obteniendo apoyo tanto del prefecto del lugar como del presidente municipal de Villa de Ayala. Otro de los pueblos que se convirtió en uno de los pilares de la insurrección fue el de Santa María, el cual tenía pleitos añejos por límites contra la hacienda de Temixco, que le había arrebatado tierras al pueblo en 1876, fecha desde la que estaban en litigio. En 1904 la hacienda —mediante soborno del representante legal y del síndico del ayuntamiento— compró legalmente las tierras en disputa; sin embargo, el pueblo desconoció la compra y protestó airadamente. En 1905 varios de sus líderes fueron deportados a Quintana Roo. Empero, el pueblo

no renunció a la defensa de esas tierras que consideraba suyas y continuaron en los años siguientes las secuelas de esta disputa. Ambos conflictos se habían agudizado en los meses anteriores. En la medida en que los rebeldes estaban vinculados con sus comunidades y que varios eran representantes y líderes de ellas, se vieron atraídos por la defensa de sus tierras, defensa que creyeron entender detrás de la oferta maderista, cuyo programa incluía como uno de los puntos centrales, en el artículo 3° del Plan de San Luis, la devolución de las tierras que habían sido despojadas a las comunidades campesinas. La defensa armada de este derecho por los de Anenecuilco en los meses anteriores y las condiciones de hostigamiento en que quedaron sus dirigentes, posiblemente jugaron un papel decisivo en su búsqueda de aliados externos y para que decidieran incorporarse a la revuelta maderista.

A esta problemática social de carácter agrario, que sin duda influyó en estos individuos que tenían una condición de liderazgo y arraigo local, se sumó la persecución que hizo contra ellos el régimen porfiriano. Algunos habían sido detenidos en años anteriores y enrolados en el ejército federal. Esa condición de señalamiento y de proscripción se había intensificado en los meses finales del porfiriato, por lo que su seguridad personal y la de sus familias se encontraban amenazadas.

El llamado maderista a la insurrección apareció en un momento en que para estos individuos era necesaria una alianza con un movimiento de oposición nacional que ofrecía resolver de raíz la conflictiva situación agraria de sus localidades y que les podía permitir mejorar su amenazada situación personal. La convocatoria insurreccional maderista los convenció de la notoria división entre la clase dominante porfiriana. Decidieron empuñar las armas solamente cuando se percataron de que la rebelión estaba en marcha y que otros grupos la habían emprendido ya en varias regiones del país.

Empero, lo que la distinguió fue el ser una rebelión planeada, organizada y ejecutada por líderes locales naturales, con sus propios recursos, sin que otros dirigentes hubieran venido de fuera a organizarlos. Esa dirección original se sostuvo y afianzó después, cuando el movimiento adquirió identidad propia y se separó del maderismo. Con todo, conviene subrayarlo, en la decisiva etapa inicial, decidieron establecer vínculos, incorporarse y ser reconocidos expresamente por Madero y los líderes maderistas, como parte subordinada de esa rebelión. En estas condiciones, el grupo de Genovevo de la O inició la rebelión en Santa María Ahuacatlán en febrero de 1911, al igual que el de Tepepa en Tlaquiltenango. El grupo de Anenecuilco-Villa de Ayala, a su vez, esperó un poco más y lo hizo en marzo de ese año.

La determinación del grupo de Anenecuilco-Villa de Ayala de ser reconocido por la dirección maderista nacional fue una iniciativa muy significativa. El reconocimiento implicaba su subordinación a Madero, le daba legitimidad a la revuelta y le

permitía una alianza con un movimiento nacional. Una vez conseguida, dicho grupo se levantó en armas el 10 de marzo de 1910, entrando a Villa de Ayala el 11, donde dio a conocer el Plan de San Luis, saliendo de este lugar después de haber reclutado alrededor de setenta personas. Después de pequeñas acciones en las que atacaron poblaciones en la frontera sur con Puebla y de unirse con el grupo encabezado por Gabriel Tepepa, el 20 de marzo regresaron a Morelos y dividieron temporalmente sus fuerzas. Luego, habiendo aumentado sus filas, se juntaron otra vez para atacar Jojutla, en la acción de mayor envergadura hasta entonces, el 22 de marzo de 1911, acción que representó para ellos un importante éxito, al tomar la tercer ciudad en importancia del estado. En la toma de Jojutla ocurrieron destrozos y venganzas. En los siguientes días ocuparon otras poblaciones del estado: Tlaltizapán, Tlaquilte-nango, Amacuzac, así como las de Atencingo, Huehuetlán, Jolalpan y Chietla en el estado de Puebla. En todas estas ocupaciones, se repitió un patrón similar de violencia: quema de oficinas públicas y de archivos, saqueo de algunos comercios, destrucción de puentes, vías de ferrocarril, líneas de teléfono y telégrafo, liberación de presos de las cárceles, imposición de préstamos forzosos a algunos comerciantes, confiscación de armas y caballos, fusilamiento de algunos jefes políticos, prefectos y jefes de policía.

El 30 de marzo de 1911 ocurrió el primer ataque de los rebeldes a las haciendas. El grupo comandado por Zapata atacó la hacienda de Chinameca, cerca de Villa de Ayala. Luego tomaron la hacienda de Rancho Nuevo y, el 3 de abril, la de Tenango, en el noreste de Morelos, una de las más grandes y simbólicas del estado, propiedad de Luis García Pimentel, en donde quemaron los cañaverales, algunas casas y dinamitaron la tienda de raya. Así pues, en fechas muy tempranas de la revuelta, la principal institución económica de la región no se salvó de la furia y el descontento de los grupos rebeldes, mostrando con ello que el viejo control patriarcal y el ascendiente que había tenido la hacienda sobre los grupos rurales de la zona, así como la dependencia de muchos pueblos e individuos respecto de ella, si bien no habían desaparecido comenzaban a ser cuestionados e impugnados.

Después de la toma de Jojutla surgieron las primeras diferencias graves dentro de los líderes rebeldes: Pablo Torres Burgos, el principal jefe hasta entonces, se separó del grupo por no estar de acuerdo con la violencia y los saqueos cometidos en la toma de Jojutla y en las demás poblaciones cercanas, como protesta por la actitud de tolerar los desmanes que ocurrieron contra los comerciantes y hacendados locales, en los cuales hubo manifestaciones de odio racial y antihispanismo. Pocos días después, Torres Burgos fue apresado por las tropas federales y fusilado junto con dos de sus hijos. Reunidas la mayoría de sus fuerzas, que habían crecido después de seis semanas de accionar y necesitaban de una mayor coordinación y

unificación del mando, decidieron elegir a Emiliano Zapata como su jefe. Hasta entonces las incursiones del grupo levantado habían sido en su mayoría en los territorios en los que Tepepa era más conocido y podía encontrar más apoyo; sin embargo, los rebeldes eligieron a Zapata, quizá por la avanzada edad de Tepepa y por el prestigio que ya se había ganado dentro del grupo. El liderazgo de éste tuvo que ser ganado, reconocido, afirmado, probado y fortalecido paulatinamente en el proceso mismo de la rebelión y no fue automático ni definitivo.

El movimiento armado, limitado inicialmente a unos pocos individuos, con escaso equipamiento, se fortaleció y logró ocupar, en la segunda mitad de abril de 1911, varias poblaciones de una amplia zona, un perímetro que abarcaba el centro y el oriente de Morelos, así como los distritos limítrofes de Atlixco e Izúcar, en Puebla, y los de Alarcón, Hidalgo, Guerrero, Álvarez, Zaragoza y Morelos, en la entidad guerrerense.

La influencia zapatista en Puebla se concentró particularmente en el suroeste, que colindaba con Morelos, en donde asentaron sus reales los jefes zapatistas Fortino Ayaquica, Francisco Mendoza y, sobre todo, Jesús *El Tuerto* Morales, pero también líderes autóctonos como Benigno Centeno y Camerino Mendoza. Un proceso similar, pero aún más extendido, con una enorme proliferación de bandas guerrilleras y caudillos locales, a menudo enfrentados entre sí, estaba teniendo lugar en las tierras de Guerrero. La diferencia más notable fue que en la parte de Puebla colindante con Morelos, los jefes zapatistas como Eufemio Zapata y *El Tuerto* Morales lograron imponer su hegemonía y subordinar al resto de líderes autóctonos desde el principio, en tanto que en Guerrero fue mucho más fuerte el liderazgo local, aunque muy atomizado y con grandes divisiones y enfrentamientos internos. En el Estado de México, en los municipios colindantes con Morelos y Guerrero, en cambio, el liderazgo autóctono fue más débil y se convirtió, sobre todo en el sur de la entidad, en un territorio que a menudo fue aprovechado y disputado por líderes morelenses y de Guerrero, quienes entraron en él en diversas ocasiones como fuerzas de ocupación externas. La supremacía y el control de Zapata sobre la extendida rebelión no estaban aún consolidados; sería éste un proceso que tendría lugar en los siguientes meses y que nunca alcanzó a controlar y poner fin a las numerosas disputas internas entre los dirigentes.

La dinámica de la rebelión continuó. El 17 de abril, las fuerzas de Zapata tomaron Izúcar de Matamoros. Sin embargo, una parte de sus fuerzas, comandadas por *El Tuerto* Morales, fue emboscada al día siguiente en el pueblo de Tepeojuma, en la que significó la más fuerte derrota de los alzados morelenses hasta entonces, quienes fueron desalojados después de perder a un centenar de hombres. A pesar de esta derrota, la presencia de los guerrilleros en la zona no sufrió merma importante.

Por su cercanía geográfica a la capital del país, los alzados surianos comenzaron a ser conocidos por la población citadina a través de la prensa nacional, la cual dedicó un espacio cada vez mayor a sus actividades. Por esas fechas se les incorporaron personas que pronto jugarían un papel importante dentro del movimiento: los hermanos Gildardo y Octavio Magaña, Felipe Neri, Fortino Ayaquica y José Trinidad Ruiz, así como Juan Andrew Almazán.

Aunque los jefes maderistas nacionales no le dieran mucha importancia al movimiento rebelde en Morelos, Díaz y Limantour sí lo hicieron y aplicaron varias medidas para tratar de desactivarlo: trasladaron al general Aureliano Blanquet para que se hiciera cargo de las operaciones en Morelos, intensificaron el reclutamiento militar y, el 17 de abril, el ministro de Hacienda, Limantour, se reunió con el viejo caudillo Francisco Leyva para ofrecerle la gubernatura de Morelos. De entrada, el régimen consiguió que el viejo caudillo local aceptara la jefatura de armas en el estado, al tiempo que el gobernador Escandón pedía una licencia temporal de cuatro meses. El congreso local, por instrucciones de Díaz, decidió nombrar como gobernador provisional al viejo Leyva, quien puso condiciones y finalmente no aceptó, por lo cual la entidad quedó acéfala políticamente durante las semanas siguientes.

Mientras tanto, en el norte y otras regiones del país la consolidación de la rebelión maderista había rebasado la capacidad de respuesta política y militar del régimen porfiriano. Éste comenzó a negociar una salida pacífica que permitiera un periodo de transición en el que se conservara una parte del viejo sistema y se le pusieran límites precisos a la revuelta. El desplazamiento del ejército federal hacia el norte, su dispersión por el vasto territorio nacional y las señales de debilidad del sistema porfiriano, hicieron que las fuerzas del orden que quedaban en Morelos se concentraran sólo en las ciudades y plazas más importantes y dedicaran sus mayores recursos a proteger las haciendas y las ciudades de Cuernavaca y Cuautla. Los rebeldes sacaron partido de esta situación y ocuparon las ciudades medianas y un sin fin de poblaciones pequeñas. Las últimas y desesperadas medidas de Díaz y Limantour resultaron infructuosas.

Las fuerzas de los rebeldes morelenses crecieron considerablemente en esas semanas. Y aunque la autoridad de Zapata y de los líderes locales no estaba aún consolidada, en Morelos no hubo la proliferación de bandas y caudillos independientes ni la sorda disputa por la hegemonía que caracterizó la insurrección en otras regiones del país por esos días. Sin embargo, pronto empezaron a ocupar un papel central en los asuntos de la entidad grupos foráneos, procedentes de Guerrero, encabezados por los hermanos Figueroa, familia de rancheros de clase media y cabezas de un clan opositor al porfiriato asentado en la zona de Huitzucó. Esos vínculos no eran algo nuevo. La vecindad, los lazos étnicos, de parentesco, trabajo y

amistad entre las localidades vecinas, así como los flujos económicos y los nexos culturales que existían entre ambos lados de los límites fronterizos de Morelos y Guerrero habían creado una estrecha relación entre las poblaciones de una y otra parte. Este factor hizo que, de manera natural, al incorporarse a la revuelta la población indígena y campesina morelense, comenzara a propagarse hacia el estado guerrerense. La diferencia de la revuelta en Guerrero, estribó en el hecho de que ahí sí hubo, desde el principio, numerosos y fuertes grupos rebeldes locales, con intereses, composición social, motivos y proyectos propios y, por tanto, se desarrolló una marcada rivalidad entre los líderes de Morelos y los de Guerrero. Eso no ocurrió en el Estado de México ni en Puebla, donde el zapatismo se extendió sin rivales de consideración, como una extensión natural de su creciente influencia, aprovechando que también con las regiones fronterizas de esos dos estados había estrechos vínculos culturales, históricos y comerciales entre sus poblaciones.

Empero, a diferencia de sus similares de Morelos, los principales dirigentes guerrerenses levantados en armas y particularmente el clan de los Figueroa tuvieron una relación más estrecha con los dirigentes nacionales maderistas y un mayor entendimiento con los grandes propietarios, tanto de Guerrero, como de Morelos. Como movimiento de masas, la rebelión guerrerense tuvo rasgos en varios sentidos similares a la de Morelos. Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en Morelos donde estuvieron ausentes del movimiento dirigentes de dimensión estatal o nacional y tampoco participaron personajes prominentes de las clases dominantes, en Guerrero una parte de la dirección de la rebelión estuvo compuesta por notables de la élite política opositora, originarios de las clases medias rurales y urbanas, con una posición más moderada, cuya formación era la típica de los sectores a los que había reclutado el maderismo electoral y que habían tenido participación en éste. Así, no fue casual que contaran con vínculos más estrechos con la dirección nacional maderista, con la que compartían su visión ante los problemas nacionales, particularmente el agrario. Por ello estos líderes guerrerenses no veían con buenos ojos los ataques de las bandas guerrilleras contra las grandes propiedades agrarias, los comerciantes y autoridades, ni avalaron el sabotaje contra los edificios públicos y las vías de comunicación. La consecuencia natural fue la convergencia y afinidad de parte de esa dirección maderista local con algunos de los grandes propietarios y, por consiguiente, explica en parte sus diferencias crecientes con la más plebeya y radical revuelta morelense.

Desde los meses de marzo y abril de 1911, las clases altas morelenses actuaron de manera decidida para defender sus intereses y frenar la violencia popular que se había manifestado en las tomas de las localidades. Les preocupaba que la violencia parecía ser tolerada y promovida por los propios jefes zapatistas, con los cuales no

habían podido establecer canales de comunicación para llegar a compromisos. Por ello, hicieron una alianza con los Figueroa, que intentó convertirse en una cuña para controlar al zapatismo. Esta alianza, bien vista por los directivos maderistas de la ciudad de México, permitió que una parte de las fuerzas rebeldes de los Figueroa tomaran pacíficamente, en abril, la ciudad de Jojutla, pactando un armisticio con el jefe militar federal, comprometiéndose a guardar el orden e impedir que otras fuerzas rebeldes atacaran posiciones defendidas por el régimen. Poco después asesinaron al viejo Tepepa y le cerraron el paso a los zapatistas, ocupando antes que ellos la capital del estado.

Los zapatistas, ante la salida inminente de Díaz del poder y el avance de las negociaciones entre el maderismo y el régimen porfirista, vieron amenazados sus intereses con la mayor influencia de los Figueroa. Para no ser desplazados, incrementaron sus acciones. La acción culminante de la rebelión morelense tuvo lugar el 12 de mayo cuando Zapata, al frente del más numeroso contingente que había podido aglutinar, puso sitio a Cuautla, la segunda ciudad en importancia del estado, tomándola el 21 de mayo de 1911, después de un cerco en el cual el encono de los enfrentamientos produjo escenas de violencia y destrucción en un grado mayor de lo que había ocurrido en los combates y ocupaciones anteriores. La rebelión se había extendido a una amplia zona del centro sur del país contribuyendo a minar las bases del régimen porfiriano y precipitar su caída.

Las disputas por el liderazgo entre las fuerzas zapatistas y los Figueroa se hicieron más agudas. Al igual que quiso hacerlo con Zapata, el régimen porfiriano estableció contacto con los Figueroa y obtuvo de éstos la suspensión de actividades bélicas. La toma de Ciudad Juárez obligó a la capitulación del gobierno de Díaz. Luego de la firma de los tratados de Ciudad Juárez del 21 de mayo de 1911, en los que las fuerzas maderistas se comprometieron a terminar las hostilidades, a restablecer el orden público y la tranquilidad en la República y a licenciar a las fuerzas rebeldes, los líderes maderistas procedieron a tomar o reforzar el control sobre los grupos maderistas regionales. En el escenario morelense, Madero y sus asesores tomaron partido por el clan de Guerrero, con el objetivo de garantizar la paz y la seguridad en el estado de Morelos, calmar a los hacendados y subordinar a los radicales zapatistas.

Estas tensiones, rupturas y alianzas entre los distintos grupos que se disputaban la hegemonía en el proceso insurreccional de la región, tuvieron el efecto de definir a dos bandos claramente diferenciados: de un lado, una alianza entre las clases propietarias locales, el grupo capitaneado por los hermanos Figueroa y los líderes maderistas nacionales; por el otro, el de los revolucionarios morelenses encabezados por Zapata, que aunque carecían de apoyos entre las élites regionales y nacionales,

habían conseguido arraigo en sectores populares y contaban con una fuerza que no podía hacerse a un lado en la recomposición del orden y las instituciones que tuvo lugar a la caída del régimen porfirista. Ese proceso de rivalidad con los de Guerrero sirvió como punto de partida para la identidad de los rebeldes morelenses.

Las características de la rebelión, la violencia de masas de los grupos rurales marginados contra las instituciones del viejo régimen, el debilitamiento del Estado porfirista y la disputa por el liderazgo rebelde con el grupo figueroísta hicieron que el grupo de Zapata, que en principio se consideraba a sí mismo como parte subordinada de la rebelión maderista, se fuera cohesionando como un conglomerado con intereses propios, desarrollados en el proceso mismo de la insurrección, en la identificación con las acciones de masas, ligados fuertemente a la problemática rural de sus comunidades, y que fuera distanciándose, tanto de los líderes maderistas más moderados, como de sus rivales guerrerenses. En ese proceso, de manera todavía incipiente, comenzaron a distanciarse de la tendencia conservadora que se estaba imponiendo en el maderismo triunfante.

Madero comisionó a Alfredo Robles Domínguez para que se encargara del licenciamiento de los rebeldes surianos. Las negociaciones no fueron fáciles, puesto que tanto Zapata como Figueroa querían ocupar el liderazgo y tener el reconocimiento como los triunfadores. Sin embargo, Robles Domínguez consiguió tres importantes concesiones de los zapatistas. En primer lugar, que Zapata y su grupo, quienes se empeñaban en nombrar gobernador del estado de acuerdo con lo establecido en el Plan de San Luis, aceptaran como gobernador de Morelos al banquero Juan Carreón. En segundo lugar, logró que aceptaran iniciar el desarme de sus fuerzas y regresar a sus lugares de origen en cuanto el licenciamiento concluyera. Finalmente, consiguió que Zapata no buscara vengarse por el asesinato de Tepepa, ejecutado por el figueroísta Federico Morales. Esos acuerdos demostraron, por un lado, la debilidad de la postura zapatista ante la dirigencia maderista. Por el otro, reflejaban, sin duda alguna, la confianza, lealtad y subordinación de los zapatistas con Madero, quien gozaba de una gran legitimidad ante sus ojos. Esperaban, y éste así se lo aseguró reiteradamente, que una vez que accediera al poder daría solución a las exigencias de los seguidores zapatistas: la recuperación de las tierras por los pueblos, el cese a la injerencia de los políticos y militares guerrerenses, la salida de los jefes políticos y autoridades locales repudiadas por la población y su sustitución por otros elegidos por los propios pobladores y, finalmente, la participación de los jefes zapatistas dentro de la reorganización de los poderes en el estado y que una parte de sus tropas fueran incorporadas a las nuevas fuerzas rurales locales.

Los líderes morelenses vieron culminado con éxito, solo tres meses después, su decisión de insurreccionarse. Habían contribuido al triunfo de la rebelión maderista

y confiaban que cambiarían las cosas, para bien de ellos mismos, de sus familias y de los que se les habían incorporado. No había motivos para seguir la lucha, aunque muchos de los que se incorporaron a la revuelta y habían alcanzado posiciones de mando, comenzaron a adquirir intereses y esperaban encontrar una recompensa y reconocimiento a sus esfuerzos. Sólo restaba esperar que los nuevos gobernantes, con Madero a la cabeza, cumplieran con las promesas que habían hecho. Sin embargo, el saldo de esos tres meses era que, en cierta medida, ya estaban comenzando a cambiar las cosas. Con el triunfo de Madero, los rebeldes esperaban que el gobierno central, junto con los gobernantes y autoridades locales, restablecieran el orden y la justicia. Debería haber nuevos y buenos gobernantes y, de manera muy importante, un espacio dentro de la reorganización de los poderes locales y de las fuerzas de seguridad, para Zapata y para algunos de los principales dirigentes morelenses. La insurrección suriana entró así en una fase de espera y definición durante el gobierno interino nacional encabezado por Francisco León de la Barra.

#### LA RUPTURA CON MADERO Y LA IDENTIDAD DEL ZAPATISMO

En la entidad morelense el desarme de los rebeldes zapatistas fue particularmente difícil puesto que pusieron como condición el cumplimiento de las promesas agrarias del Plan de San Luis y exigieron una cuota de poder dentro de las instituciones y fuerzas de seguridad locales. Esas demandas agrarias y políticas, implicaban una redefinición del poder en el nivel regional y fueron rechazadas por Madero.

Al sostener esas condiciones, los zapatistas provocaron la exasperación del gobierno interino y el temor de las clases altas regionales, quienes recurrieron a la intervención del ejército federal en la zona, irrupción que los radicalizó y puso a la defensiva. Así, en condiciones de debilidad, luego de haber sido desarmadas sus fuerzas en casi dos terceras partes, los líderes zapatistas rompieron con Madero, después de negociaciones fallidas, que dieron por resultado que comenzaran a delinear los perfiles de su identidad como un movimiento campesino con demandas propias y en vías de radicalización. Una nueva fase de la rebelión dio comienzo, no contra el viejo sistema porfiriano, sino contra el nuevo régimen encabezado por Madero.

Los jefes maderistas continuaron sus esfuerzos para tratar de limar las asperezas entre los rebeldes de Morelos y Guerrero y comisionaron a Alfredo Robles Domínguez, principal dirigente maderista encargado de coordinar a las fuerzas rebeldes en la zona central del país, para establecer un acuerdo que estipulaba la ocupación conjunta de la capital morelense y el reconocimiento mutuo de sus respectivas tropas y jurisdicciones. Los resultados de las negociaciones emprendidas por Robles

Domínguez favorecieron otra vez a los de Guerrero, pues se les dio preeminencia para resguardar las principales plazas morelenses. Las fuerzas de Zapata fueron hechas a un lado.

Sin embargo, las diferencias no eran todavía insalvables. Los jefes surianos no se distanciaban aún, ni se veían a sí mismos como algo diferente a Madero. Zapata se trasladó a la ciudad de México. Confiaba en que una entrevista directa con aquél podría solucionar las diferencias con los Figueroa y satisfacer las expectativas de sus seguidores. Esperaba obtener el respaldo para que Madero reconociera la legitimidad de su movimiento y de su aspiración de ser tratado como la fuerza principal en la entidad. Del mismo modo, quería poner fin a la imagen que se iba formando en la prensa y en algunos sectores de la opinión pública capitalina de que sus tropas no tenían control y representaban un peligro para la seguridad y el orden. Así, se entrevistó con el líder el 7 de junio de 1911. Según testimonio de Gildardo Magaña, en la reunión aparecieron por primera vez explícitamente las demandas agrarias como uno de los motivos reivindicados por las fuerzas zapatistas. Madero definió su postura: se debía iniciar el desarme; la satisfacción de las demandas agrarias se haría cuando asumiera legalmente el poder. Las reformas políticas que creía necesarias, se harían desde el poder. Zapata y los suyos lo aceptaron.

Después de la plática con Zapata en la ciudad de México, Madero decidió ir a Morelos y escuchar los puntos de vista de los personajes y grupos involucrados. Se reunió con Zapata y sus jefes, con los hacendados morelenses, con el gobernador Carreón y las autoridades locales, con los Figueroa y, más tarde, fue también a Guerrero. Al parecer, las narraciones que escuchó sobre el comportamiento de los zapatistas reafirmaron su convicción de que era urgente desmovilizarlos.

Gabriel Robles Domínguez fue comisionado el 14 de junio de 1911 para llevar a cabo el licenciamiento. Se iniciaron en esos días las negociaciones, que pronto se toparon con diversos obstáculos. Aunque los zapatistas veían con creciente desconfianza la coalición de intereses que se estaban fraguando en su contra, seguían confiando en que Madero los ayudaría. Éste le prometió otra vez a Zapata que, si se iniciaba el desarme, lo haría jefe de la policía rural del estado y que conservaría a algunos de sus hombres en ella. Sin embargo, a pesar de que a mediados de junio comenzó el licenciamiento y alcanzó pronto la cifra de 1,500 hombres desarmados, el nombramiento de Zapata como jefe de rurales, por presiones de los hacendados y de la prensa de la ciudad de México, nunca se concretó. A finales de ese mes, Zapata visitó otra vez la ciudad de México para hablar con Madero y desmentir los rumores de que preparaba un levantamiento. Madero le ofreció elecciones para renovar los poderes y autoridades locales y que la nueva legislatura resolvería el problema agrario.

Zapata, que se iba convirtiendo en una figura nacional y en tema de ocho columnas en la prensa capitalina, en entrevista al *Diario del Hogar* expresó que los hacendados de Morelos no toleraban que hubiera suprimido la esclavitud, y denunció que en la entidad existían grandes propiedades que habían crecido “gracias a los despojos que han cometido y seguían cometiendo hasta hace un año con los dueños de pequeños predios”. Y, de manera inequívoca, manifestó los límites con los que él mismo y sus principales colaboradores entendían el desarme: “vamos a dejar algunos soldados que se encarguen de vigilar el estado, seguramente serán unos trescientos; naturalmente, he querido que esos soldados estén bien armados y he cambiado las armas malas o viejas que tenían por las mejores y más modernas”. Como él mismo lo percibió, dijo a su entrevistador “esto es lo que ha alarmado a esos señores”. Zapata y sus jefes se sostuvieron en esa actitud. Sin embargo, los jefes zapatistas no tenían control completo sobre el comportamiento de sus tropas. Sin tomar en cuenta el impacto negativo que tendría sobre el licenciamiento y la opinión pública capitalina, algunos grupos rebeldes hicieron desmanes contra varias haciendas y poblaciones en acciones que fueron utilizadas en su contra por sus adversarios. Así, durante el mes de julio, hubo protestas de propietarios contra incursiones de tropas zapatistas en la hacienda de Chinameca, en el rancho Los Hornos y en el pueblo de Axochiapan. Ante estos hechos, la desconfianza de ambas partes negociadoras se acrecentó y el desarme tuvo que ser suspendido.

Con el fin de reanudar el desarme y mostrar a Madero que debía emplearse una mano más firme para someter a los inconformes, el gobierno provisional decidió la incursión en el estado de una fuerte columna federal, al mando de Victoriano Huerta, quien comenzó su marcha el 9 de agosto de 1911. La decisión de enviar tropas federales al mando de uno de los principales jefes del ejército porfiriano y seguidor de Bernardo Reyes, contó con la aquiescencia de Madero. Esa medida calentó el ambiente político y se produjo un enfrentamiento apenas ingresó la columna federal al estado, después de pasar por Tres Mariás. Para calmar los ánimos de esa maniobra ofensiva, Madero decidió trasladarse a Morelos, junto con su hermano Raúl, Eduardo Hay y los hermanos Robles Domínguez, para entablar negociaciones directas con los jefes zapatistas. El gobernador Carreón se vio obligado a suspender las elecciones locales que debían realizarse a mediados de ese mes. Desde diferentes perspectivas, De la Barra, Madero y los jefes del ejército federal coincidieron en la necesidad de defender el *statu quo* por los medios que fueran necesarios.

Huerta, que contaba con el apoyo incondicional del gobierno provisional y del ejército, pronto consiguió la subordinación de Carreón, quien le entregó todas las armas y la logística que poseía el gobierno estatal. Con el objeto de aislar a los zapatistas, Huerta y el gobierno provisional trataron de comprometer a los Figueroa

en la campaña. Sin embargo, los Figueroa tomaron distancia del asunto, rehusaron hacer caso a Huerta e incluso iniciaron un acercamiento con Zapata para tratar de sumar fuerzas y sacar al ejército federal de la entidad. Pero Huerta consiguió que el gobierno federal destinara más recursos para emprender una campaña en toda forma contra los zapatistas. En la segunda semana de agosto de 1911, el territorio morelense se encontraba completamente militarizado.

La presencia del ejército federal puso en guardia a los zapatistas, quienes suspendieron el desarme. La ruptura de hostilidades parecía inminente. Madero, quien se percató de la gravedad del asunto, decidió trasladarse al territorio morelense y utilizar el prestigio que aún conservaba como jefe de la revolución para lograr la pacificación del estado y el desarme de las tropas rebeldes. El 13 de agosto viajó a Morelos y habló por teléfono con Zapata, sin llegar a acuerdo alguno. Zapata había endurecido su postura, por lo que Madero decidió regresar a la capital y tratar de convencer a De la Barra de impedir el avance de las tropas federales. Madero, empero, no era tan ingenuo para creer que no había diferencias fuertes entre él y los surianos, ni que sería fácil convencerlos del licenciamiento. Ya en esos días pensaba que de no fructificar las negociaciones con Zapata para el desarme de sus tropas, convenía tenerlas reunidas para acabar con ellas más fácilmente.

A mediados de agosto, los zapatistas hicieron públicas sus demandas: respeto a la soberanía estatal; separación del gobernador Carreón; nombramiento de un gobernador de acuerdo con las aspiraciones del pueblo y de los jefes zapatistas; salida del ejército federal del estado; nombramiento de autoridades y empleados por la voluntad de los pueblos para hacer a un lado a los porfiristas, científicos y caciques que hasta entonces los habían gobernado. Sólo en esas condiciones aceptarían el licenciamiento de sus tropas, de las cuales, no obstante, deberían salir las fuerzas de seguridad pública estatal; la nueva legislatura local debía abocarse a resolver el problema agrario. Los surianos pusieron el acento en la cuestión política: el gobierno estatal y las autoridades locales debían ser electos no solo por los jefes revolucionarios, como establecía el Plan de San Luis, sino por los pueblos. Con ello daban un paso más allá de lo que planteaba el maderismo. Todavía más, con el énfasis en la solución al problema agrario para aceptar el desarme, los zapatistas reivindicaban el famoso artículo 3° del Plan de San Luis, tal como lo entendían y se diferenciaron notoriamente de los otros grupos rebeldes maderistas que por esos días estaban también siendo desarmados. La satisfacción de esta demanda estaba estrechamente vinculada con el problema del poder.

Madero no podía dar cumplimiento a esas peticiones sin modificar la estructura de poder regional y las relaciones entre el centro y esa entidad y, en el fondo, el *statu quo* prevaleciente. Madero no sólo no podía ver con simpatía esas peticiones, sino

que comprendía que apuntaban en una dirección distinta a las reformas políticas con las que pretendía remozar el sistema y las instituciones nacionales: un proceso controlado por las élites económicas, políticas y culturales y que, por lo mismo, no se planteaba alterar la estructura de la propiedad y la dominación prevalecientes, tanto en el nivel nacional como en las distintas regiones. Al margen de sus intenciones y de las promesas que pudiera hacer, Madero no quería ni podía satisfacerlas. Pero no podía tampoco, todavía, combatirlos. Menos aún cuando en el seno del maderismo la postura zapatista estaba provocando más divisiones entre conservadores y radicales, pues en esos días comenzó a expresarse una opinión favorable a la causa zapatista no solo en *El Diario del Hogar* sino también en el principal periódico maderista, *Nueva Era*, dirigido por Juan Sánchez Azcona, cuyo editorial del 17 de agosto de ese año expresó: “Zapata no pide imposibles ni se extralimita en sus anhelos de revolucionario sincero”. Por entonces el zapatismo había empezado a convertirse un polo de atracción para un sector de las clases medias urbanas y de la intelectualidad progresista del maderismo, quienes aspiraban a que la salida de Díaz se tradujera en mejoras para las clases desposeídas y no fuera solamente un cambio de fachada. A estos sectores el zapatismo les servía como un elemento de justificación para presionar a Madero en el cumplimiento de reformas sociales y deslindarse de los compromisos con las viejas clases propietarias.

Para De la Barra y los altos mandos del ejército, por razones de Estado, la postura zapatista era una rebelión y debían aniquilarla. Todas sus acciones y maniobras fueron en esa dirección. Por ello, las negociaciones que entabló Madero con los zapatistas estaban condenadas, desde el principio, a no ser otra cosa que un paréntesis de promesas, tanteos y acuerdos formales, sin renunciar en el fondo ninguno de los participantes a sus respectivas pretensiones, todo lo cual sólo postergaría el momento de la definición y del estallido final. A pesar de todo, tanto Madero como Zapata y los suyos confiaban en que podían llegar a un arreglo. A ambos les convenía, además, establecer una alianza, aunque fuera temporal, y quizás éste era el verdadero motivo que tuvieron las negociaciones acerca del desarme. Tal eventualidad, desde luego, contravenía los intereses del gobierno federal, de los altos mandos del ejército y de las élites morelenses. Por ello, el presidente interino León de la Barra y Victoriano Huerta, conscientemente, realizaron una campaña de obstrucción y sabotaje que dio al traste con los acuerdos alcanzados entre Madero y Zapata. Ese sabotaje ha sido ampliamente documentado y comentado por diferentes investigadores de la revolución y aparece claramente en las fuentes primarias.

El agravamiento de las tensiones hizo que Madero decidiera salir otra vez para Morelos a reunirse con Zapata, quien le comunicó que lo recibiría en Cuautla. Sin embargo, la escolta que envió Zapata a recoger a Madero fue interceptada por

Huerta, quien no los dejó pasar y los persiguió hasta Yautepec, donde se libró un fuerte combate entre ambas fuerzas. Madero finalmente pudo reunirse con Zapata en Cuautla el 18 de agosto. En esa reunión volvió a ofrecer seguridades de que serían cumplidas sus demandas y que nombraría de común acuerdo con ellos al gobernador y al jefe de armas de la entidad. Igualmente, ofreció respetar la integración de una parte de las fuerzas zapatistas como fuerzas rurales locales. En un mitin efectuado en el zócalo de Cuautla, ante cinco mil personas, Madero expresó que la culpa de las falsas noticias que circulaban en la prensa de la ciudad de México acerca de la insubordinación zapatista era de los científicos y de Reyes. Madero les ofreció también que el gobernador sería Eduardo Hay, a quien los zapatistas aceptaron. Los rebeldes aceptaron también que Raúl Madero se hiciera cargo de las fuerzas rurales y de la seguridad del estado. Con ello, se desarmarían a partir del día 19 de agosto. Madero prometió hacer gestiones para la salida de las tropas federales.

Una vez más, parecía que los acuerdos entre Madero y Zapata serían definitivos y que la paz se encontraba al alcance de la mano. El desarme había sido en buena medida efectivo y solo quedaban en posesión de sus armas quinientos zapatistas. No es posible saber si los ofrecimientos de Madero eran sinceros o sólo una maniobra para conseguir el desarme. En cualquier caso, representaban la solución a varias de las principales demandas zapatistas y un importante puente para la negociación, por lo cual De la Barra y Huerta decidieron jugársela y acabar con esa posibilidad. Con la movilización de las fuerzas federales en diversos poblados echaron abajo los acuerdos, buscando evidenciar la incapacidad de Madero y minar su prestigio. A pesar de todo, el 19 de agosto se reanudó por enésima vez el licenciamiento de los zapatistas en Cuautla. Madero conminó a De la Barra para que no permitiera movimientos de tropas federales por Huerta o Blanquet, señalando que ambos jefes eran muy odiados en la zona y su presencia alteraría la actitud de cooperación de los zapatistas. Le informó que las noticias sobre los desmanes zapatistas eran exageradas y en muchos casos meras sospechas. Con relación al problema agrario, había dado instrucciones a Eduardo Hay para que cuando se hiciera cargo del gobierno estatal formara una comisión agraria local. Todavía más, al siguiente día justificó la actitud y la legitimidad de la postura de Zapata. No obstante, la alegría de Madero duró poco, pues ese mismo día en la tarde, a pesar de las advertencias en contrario, utilizando como pretexto supuestos desmanes de zapatistas en Jojutla, Huerta hizo avanzar sus fuerzas sobre Yautepec, rompiéndose las hostilidades en el cerro de Las Tetillas, cerca de esa importante población.

Este movimiento premeditado fue la gota que derramó el vaso, el que interrumpió el desarme y aceleró la ruptura que se había venido perfilando. La suspensión de las negociaciones y el avance del ejército federal sobre las posiciones zapatistas

tuvieron una honda repercusión en el Distrito Federal, donde tuvo lugar una gran manifestación de veinticinco mil personas –según la prensa–, compuesta en su mayor parte por estudiantes, clubes políticos y organizaciones de trabajadores de la ciudad de México, que veían con temor el inicio de la conflagración y que no querían permanecer pasivos ante tal eventualidad y protestaron contra las acciones del ejército federal, demandaron su salida inmediata y responsabilizaron a Reyes, Huerta y Blanquet de ser los causantes del inicio de las hostilidades. En Cuautla, a su vez, se realizó otra manifestación en la que se denunció la actitud de Madero como traición.

El día 20, Madero se dirigió a Yauhtepec y se reunió con Zapata, logrando, por última vez, calmar temporalmente los ánimos y una tregua de cuarenta y ocho horas, para reanudar el licenciamiento. Al día siguiente, De la Barra, antes de que expirara la tregua, ordenó movimientos de tropas federales sobre Cuernavaca, pues según informes de Carreón se esperaba un ataque de Eufemio Zapata. Madero, desde Cuautla, le contestó que Eufemio se encontraba ahí con él, sumiso y obediente. Consideraba oportuno suspender todo avance federal, pues el desarme se había reanudado y no quería que volviera a suspenderse por los avances de Huerta y Blanquet; insistía en que era urgente nombrar gobernador y que los zapatistas habían reiterado su aceptación de que fuera Eduardo Hay. Nuevamente las peticiones de Madero no fueron tomadas en cuenta por De la Barra, ni por el gabinete. Huerta, horas más tarde, insistió en mantener una posición firme y no hacer caso de los consejos “mal intencionados” de Madero y Robles Domínguez. Ante la reanudación del desarme comunicó a De la Barra que aquél era una farsa, que los zapatistas estaban entregando armas viejas, inservibles y cuchillos, conservando sus armas buenas y que era necesario atacar a Zapata, para ahorcarlo o expatriarlo; al mismo tiempo, calificaba las opiniones de Madero como faltas de juicio y tontas. Le dijo a De la Barra que estaba meditando mucho la manera de seguir sus instrucciones sin romper con Madero.

No obstante, las acciones de Huerta de los dos días siguientes desmintieron enteramente la opinión de Madero: por instrucciones del gobierno federal, las tropas de Huerta ocuparon, en un movimiento envolvente, las plazas de Yauhtepec, Jonacatepec, Acatlán, Jojutla, la hacienda de San Carlos y una fuerte columna avanzó sobre Cuautla. Por decisión de Madero y del gobierno provisional, se había decidido movilizar a las tropas de Ambrosio Figueroa para que reforzaran la parte sur y oeste del estado, haciendo pinza con las tropas federales que estaban en el centro, norte y noreste, y para que Ambrosio se hiciera cargo de la jefatura militar de la entidad. Estos movimientos provocaron la suspensión definitiva del desarme zapatista y la ruptura con Madero, que se encontraba en Cuautla supervisando personalmente el licenciamiento. Incluso, se manejó la versión de que Eufemio Zapata propuso a

su hermano fusilarlo, por traidor. Madero regresó a la ciudad de México, habiendo fracasado totalmente su misión pacificadora. Las tropas federales, al mando de Huerta y Casso López ocuparon las principales plazas y recibieron instrucciones de que, una vez establecido el control, debían dejar en manos de Ambrosio Figueroa la jefatura militar.

Desde la ciudad de México, Madero escribió una extensa carta a León de la Barra, en donde le reprochaba su actitud por no haber actuado para detener el complot que suponía orquestado directamente por Reyes contra su gestión pacificadora. En ella acusaba a Huerta de actuar de acuerdo con Reyes y haber provocado deliberadamente la ruptura de hostilidades, evidenciándolo ante los zapatistas y ante el pueblo como un embaucador que no respetó los compromisos contraídos. Empero, la carta no detuvo la decisión de De la Barra, García Granados y Huerta de buscar la aniquilación del zapatismo. El consejo de ministros resolvió perseguir a Zapata hasta acabar con él. En los días finales de agosto las tropas federales ocuparon más plazas: Cocoyoc, Cuautla, Jonacatepec, Villa de Ayala, Tlaltizapán, Yauztepec, estrechando el cerco contra los zapatistas. El desenlace previsto por las fuerzas conservadoras había ocurrido. Las negociaciones habían fracasado. Había quedado demostrada la incapacidad mediadora de Madero. Desde una perspectiva inmediata, el balance para la coalición conservadora era altamente positivo.

Las tropas zapatistas y sus jefes se vieron obligados a defenderse y huir, debiendo salir del estado para refugiarse en la frontera poblana. Antes de esconderse en las montañas para reorganizarse y meditar los pasos que habrían de dar, el zapatismo emitió un Manifiesto al pueblo de Morelos, el 27 de agosto, en el cual hicieron un último intento para evitar que se les persiguiera, reiteraron su lealtad y confianza en Madero y en los acuerdos a los que habían llegado. Incluso, con tal de evitar la ruptura y detener la persecución en su contra, los líderes zapatistas parecían estar dispuestos a dar un paso atrás. Todo esto se explica porque, en términos militares y políticos, el zapatismo estaba muy débil. Con todos sus bemoles, el desarme había sido efectivo en buena medida y por lo menos se habían entregado 3,500 armas. En esos momentos, sólo podían contar con unos cuantos cientos de seguidores, en pequeñas bandas, armadas precariamente. La presencia de las grandes columnas federales en la mayor parte del territorio los puso en desbandada y a la defensiva. Además, aún para los seguidores más cercanos del zapatismo, era muy difícil fundamentar la razón de una actitud beligerante ante Madero, quien todavía no asumía la presidencia y, a pesar de lo ocurrido, conservaba todavía parte de su prestigio ante amplios sectores de la población del país y de Morelos. Sin embargo, la actitud provocadora del ejército federal, el cerco y la persecución a que estaban siendo sometidas sus fuerzas, sumados al desdén a sus peticiones por parte del

gobierno central ofendieron la dignidad de Zapata y sus seguidores, los arrinconaron y justificaron su negativa a aceptar el desarme incondicional. La ofensiva del ejército federal hizo que se precipitaran los acontecimientos y los obligó a defenderse, en una actitud que sólo unos cuantos de sus más convencidos seguidores comprendían.

Todos estos acontecimientos resultaron decisivos para agrupar y dar una mayor identidad al zapatismo. El problema por el que se dio la ruptura fue de carácter político: una reivindicación de poder del grupo zapatista y una exigencia de que se resolvieran las demandas agrarias y de justicia de sus seguidores. Lo novedoso del zapatismo fue que se opuso a que se le relegara y se negó a entregar las armas incondicionalmente, defendiéndolas como la única garantía para alcanzar sus objetivos. Con ello, obligó al maderismo y a las instituciones sobrevivientes porfirianas a negociar tanto el desarme como la organización de la entidad. En el transcurso de esta negociación, Zapata y sus seguidores, que no tenían fuerza suficiente para imponer sus condiciones, pero sí para obtener algunas concesiones, aceptaron desarmarse a cambio de compromisos sobre quién gobernaría el estado y quién dirigiría las fuerzas armadas, es decir, acordaron que la conducción política y la seguridad de la entidad estuvieran en manos de dos dirigentes del maderismo en los que tenían confianza: Eduardo Hay y Raúl Madero. Estos resultados, que convenían a maderistas y zapatistas, fueron inaceptables tanto para las élites locales como para los jefes de las instituciones porfiristas, los cuales endurecieron su postura y montaron una provocación y una trampa tanto para Madero como para el zapatismo.

La forma en que se desarrollaron las negociaciones, las definiciones ante ellas del maderismo, de las instituciones porfirianas, de las élites locales y de los líderes zapatistas y el fracaso de la mediación, catalizado por la irrupción del ejército federal, fueron los factores que agruparon defensivamente al zapatismo y lo obligaron a delinear su identidad, su autonomía y su proyecto. La traición que interpretaron en la actitud de Madero, los hizo defenderse, radicalizarse y volverse independientes del maderismo. Fue una ruptura que implicó una segunda rebelión, en menos de un año, ahora contra el jefe nacional de la revolución triunfadora. En adelante éste sería su enemigo. El encono con el cual lo enfrentaron desde entonces sólo se explica por la magnitud del agravio que sintieron cuando, a sus ojos, los traicionó.

En esta etapa formativa del zapatismo, la definición de su identidad y la responsabilidad de sus decisiones recayeron en los jefes naturales campesinos y en Zapata. Fueron estos dirigentes campesinos los que se negaron a desarmar a sus fuerzas sin condiciones y los que rompieron con el gobierno provisional y con Madero, sin influencia notable de intelectuales fueños. El peso de los dirigentes naturales como Zapata, su hermano Eufemio, Amador Salazar, *El Tuerto* Morales, Lorenzo Vázquez y otros, parece haber sido decisivo y la ruptura, por tanto, fue una ruptura

política que maduró endógenamente en el grupo rebelde y que se expresaría en términos ideológicos poco después, con el Plan de Ayala.

Las fuerzas al mando de Huerta iniciaron la persecución y estrecharon el cerco contra los hombres de Zapata, atacando los puntos más importantes en donde tenían presencia. Como consecuencia de ese amplio movimiento, los zapatistas, con sus fuerzas muy reducidas, se vieron obligados a dispersarse y refugiarse en las zonas aledañas de Puebla y de Guerrero, provocando con ello la alarma entre las autoridades locales y los jefes militares encargados de vigilar esos lugares. Las tropas federales intentaron, infructuosamente, acorralarlos y aniquilarlos.

La movilización del ejército federal militarizó completamente el estado de Morelos y las zonas aledañas de Puebla, Guerrero, Oaxaca y el Estado de México, a través de incursiones y ocupación permanente de tropas en las principales poblaciones y haciendas. Naturalmente, la militarización trastocó la vida cotidiana de la región.

Madero, entre tanto, había ganado las nuevas elecciones y preparaba el camino para tomar posesión en las mejores condiciones. Así, la coalición gobernante dio un viraje en su estrategia para controlar Morelos: nombrar a Ambrosio Figueroa como gobernador y sustituir a Huerta por el general Casso López. La campaña militar seguiría el curso que había tomado. Este cambio modificaba la relación entre los factores de poder regional, consolidando al clan de los Figueroa en Guerrero y Morelos.

Los jefes zapatistas, a pesar de la fragmentación que habían tenido que hacer de sus efectivos, pudieron regresar a Morelos y juntar una considerable fuerza cercana a los 1,500 hombres, dividida en varias partidas, que causaron otra vez dolores de cabeza al nuevo gobernador de la entidad, quien tomó posesión el 25 de septiembre de 1911 y que, ante los apremiantes llamados de los hacendados, ocupó la mayor parte de su tiempo organizando partidas para batirlos.

Aunque a mediados de octubre pudieron celebrarse las elecciones federales en Morelos, el estado se encontraba en efervescencia, derivada de la actividad creciente de los zapatistas que se había multiplicado. La extensión de las protestas de la población marginal campesina en la zona centro-sur del país indicaba un amplio descontento contra autoridades, caciques, ejército federal, fuerzas rurales, comerciantes y hacendados locales, así como una problemática agraria semejante. La rebelión alentó el contagio y la ampliación del descontento, al mostrar las limitaciones de las fuerzas del orden para contenerla. Muchas de estas acciones no eran hechas, organizadas ni coordinadas por fuerzas zapatistas y tenían motivos locales diversos en su origen. La actitud de los alzados sirvió para catalizar ese descontento, que se expresó en muchas ocasiones de manera espontánea, aprovechando las incursiones de los rebeldes y la debilidad de las fuerzas del orden. Así, el zapatismo fue creciendo y ganando legitimidad, aglutinando a los distintos brotes de descon-

tento local en Morelos y en las zonas aledañas. Resultaba evidente que lo que estaba tomando forma en el estado de Morelos y en las zonas colindantes a él, era una rebelión en ascenso de diferentes grupos campesinos, rebelión incrementada por el rechazo de los pueblos ante las incursiones y la violencia del ejército federal.

El 4 de noviembre de 1911 concluyó el interinato. El presidente provisional leyó su informe final ante la Cámara de Diputados. En él, se refirió al problema de la pacificación del país como el asunto central de su gobierno y refirió con detalle lo acontecido en Morelos. Ante el fracaso de los buenos oficios que interpuso Madero —dijo De la Barra—, el gobierno provisional decidió que se les persiguiera hasta someterlos. La incapacidad del ejército federal para cumplir ese cometido, la explicó por la dispersión y movilidad de las partidas zapatistas y su conocimiento del terreno, que hacía muchas veces estériles los empeños del ejército federal. Sin embargo, la principal dificultad para someter a los rebeldes se dio por el hecho de que

[...] el jefe del movimiento sedicioso se hizo popular entre las clases incultas del estado por ofrecimientos de repartición de tierras, sin tener en cuenta los derechos de propiedad y halagando por este y otros medios semejantes las pasiones de los individuos de la clase más humilde, que no se dan cuenta de que la situación económica de ese estado no se modifica por actos violentos y contrarios a las leyes.

En ese discurso, De la Barra reconoció el trasfondo agrario de la revuelta y aprovechó para conminar a Madero a definirse sobre el tema y ponerle límites.

#### EL ZAPATISMO Y EL RÉGIMEN DE MADERO

La identidad que había ido perfilando el movimiento zapatista durante el interinato, adquirió forma precisa con el Plan de Ayala, documento generado endógenamente por los líderes zapatistas, en el cual expresaron las demandas agrarias que habían levantado los sectores rurales marginados del campo morelense, así como una vía de solución radical: los pueblos debían recuperar sus tierras y aguas y defenderlas con las armas en la mano. La difusión del Plan de Ayala dio legitimidad a la causa zapatista y tuvo el efecto de incrementar las fuerzas de los rebeldes, convirtiéndose en una bandera que atrajo a poblaciones con necesidades agrarias semejantes en la región centro-sur del país.

Madero tomó posesión como presidente constitucional de la república el 6 de noviembre de 1911. La extensión de una insurrección con marcado carácter agrario, con una alta dosis de violencia de clase, fue condenada y enfrentada por el nuevo

régimen con la misma violencia que sus predecesores, lo que provocó fuertes polémicas y divisiones en el interior de la conflictiva coalición gobernante.

El régimen maderista ensayó varias medidas para acabar con la insurgencia. Ante el fracaso de los Figueroa trató de cooptar a líderes y sectores progresistas y, sobre todo, utilizó una táctica de contrainsurgencia, que combinó la aplicación de una legislación draconiana contra los rebeldes como una táctica de guerra sin cuartel, con quema de poblados y reconcentración de la población civil en lugares controlados por el ejército. Dichas medidas fueron insuficientes y dieron por resultado que la rebelión se enraizara y extendiera aún más, adquiriendo una dinámica que la convirtió en el desafío político regional más serio al maderismo, que minó la base social, el prestigio y la legitimidad de Madero.

Zapata y los jefes que lo seguían, huyendo y a la defensiva, quisieron comprobar si el trato hacia ellos cambiaba con Madero como presidente en funciones, celebraron su elevación a la primera magistratura y volvieron a recibir a Gabriel Robles Domínguez, con el cual acordaron, el 8 de noviembre, unas nuevas bases para la rendición de sus fuerzas, en las que reiteraron las condiciones que habían sostenido desde tres meses atrás.

Sin embargo, la negociación fue hecha a un lado por Madero, que actuaba como jefe de Estado y quería acallar las críticas de las élites y sectores de la opinión pública que lo acusaban de debilidad o de solapamiento de la rebelión. Para hacer efectiva su postura, giró instrucciones a las fuerzas federales, al mando de Casso López, para que rodearan Villa de Ayala, donde se encontraba Zapata. El 13 de noviembre estallaron las hostilidades; la noche de ese día las tropas de Zapata rompieron el cerco. En los días siguientes hubo combates entre las fuerzas de Zapata y tropas rurales en las inmediaciones de Villa de Ayala; los zapatistas tuvieron que abandonar el estado y refugiarse en las vecinas tierras poblanas.

A partir de entonces comenzó la guerra frontal entre los surianos y Madero. En los días que siguieron, para dar legitimidad nacional a su rebelión, los jefes zapatistas dieron forma programática a las demandas y peticiones que habían levantado en los meses anteriores. De manera inédita y diferenciada del resto de las fracciones y movimientos regionales que tomaron parte en la Revolución Mexicana, los jefes zapatistas, a fines de noviembre de 1911, elaboraron un acabado plan político, económico y social, mediante el cual buscaron incidir, a escala nacional, en el curso de los acontecimientos. Plasmaron en él la visión de un movimiento campesino radical, que aspiraba a tomar el poder político nacional y solucionar los problemas que consideraban medulares en el país. Dieron así un salto cualitativo que inauguraba otra etapa del zapatismo, una etapa que tendría amplias repercusiones en el curso de la Revolución Mexicana.

El Plan de Ayala es el documento clave para entender al movimiento zapatista que, a través de él, definió su identidad y el cuerpo de ideas centrales que constituirían el eje de su actividad durante los siguientes años. Como texto fundador del zapatismo, el Plan de Ayala constituye un documento bastante acabado, original, y que representa la culminación de lo que había sido la experiencia de los zapatistas, desde que decidieron levantarse en armas contra Díaz, hasta su ruptura con Madero.

En el nivel de influencias ideológicas, el Plan de Ayala es heredero de una buena parte de la tradición liberal mexicana, desde Juárez y los hombres de la Reforma, hasta los magonistas del Partido Liberal Mexicano (PLM), de la identidad nacional emanada de la historia patria en su versión liberal, así como de influencias como el *vazquista Plan de Tacubaya*, en cuya elaboración participaron los hermanos Magaña y Paulino Martínez, quienes poco después se unieron al zapatismo. Sin embargo, lo que distingue al Plan de Ayala es su énfasis en plantear el origen agrario de la revolución de 1910 y la necesidad de resolver de raíz el problema del campo, llegando a proponer, incluso, la ocupación y la defensa, con las armas en la mano, de las tierras que necesitaran los pueblos, así como la toma del poder del Estado por los ejércitos revolucionarios para efectuar estas reformas y, finalmente, la adecuación del orden jurídico y político nacional a esa transformación agraria.

Los jefes zapatistas recogieron y radicalizaron la postura que habían defendido durante las negociaciones con el maderismo. Fundamentalmente, el Plan de Ayala representaba una superación de la problemática local, al plantear como factor decisivo la toma del poder central y la reorganización de todos los niveles de la autoridad política, desde el presidente de la República, hasta los gobernadores y los funcionarios municipales. En esa reorganización política, los actores centrales deberían ser los revolucionarios de todo el país. Los enemigos, claramente identificados, eran los científicos, los representantes e instituciones del antiguo régimen y las personas que, como Madero, habían traicionado a la revolución y habían pactado con los enemigos.

El Plan de Ayala se consideraba a sí mismo como heredero del Plan de San Luis y como su complemento; reclamaba para sí la legitimidad del manifiesto maderista y se presentaba a sí mismo como el programa que reflejaba las aspiraciones de la nación que se había levantado en armas contra el régimen porfirista. Inscribiéndose en esa legitimidad, declaraba a Madero como traidor al compromiso y al programa que había elaborado. El Plan de Ayala era una declaratoria de guerra contra Madero y, al mismo tiempo, la formulación más acabada de un proyecto propio de revolución.

Para encabezar la insurrección, el Plan proponía a Pascual Orozco, el jefe rebelde más destacado de la etapa maderista insurreccional, buscando sumar la legitimidad y el prestigio de éste en una alianza que vinculara a los rebeldes more-

lenses con los rebeldes nortños. Si Orozco no aceptaba, entonces la jefatura del proceso recaería en Zapata. Los surianos, en contraste explícito con Madero, asumían el compromiso de no “hacer transacciones ni componendas políticas” con los enemigos de la revolución y luchar hasta conseguir el triunfo de sus principios.

En sus cinco primeros artículos, el Plan de Ayala, hacía un ajuste de cuentas con Madero, quien había dejado la revolución a medias y se había convertido en un obstáculo para su desarrollo. Sin embargo, la originalidad del Plan de Ayala estriba precisamente en los postulados que iban más allá de esta continuidad con el proyecto maderista. El artículo 6º, el más importante, establecía que los pueblos y los individuos que habían sido despojados de sus tierras, aguas y montes por los hacendados, caciques y “científicos”, entrarían en posesión inmediata de ellas y las defenderían con las armas en la mano. El siguiente artículo establecía las bases para una reforma agraria mediante la dotación de terrenos. Los pueblos e individuos que no hubieran sido despojados y que no tuvieran tierra, podrían obtenerla a través del Estado, mediante la expropiación –previa indemnización– de la tercera parte de los latifundios, con cuyas tierras se dotaría a los ejidos, colonias e individuos que carecieran de ellas. A continuación, el artículo 8º establecía que los bienes de los enemigos de la revolución y de los que se opusieran al Plan de Ayala serían nacionalizados; las dos terceras partes de esas propiedades confiscadas se destinarían a pagar pensiones para las viudas y huérfanos de la revolución. El 9º reivindicaba a la época de la Reforma, a la figura de Juárez y a las leyes de desamortización, elementos significativos en la ideología liberal y que formaban parte del horizonte cultural y político compartido por la tradición liberal mexicana, por la mayoría de los grupos políticos e intelectuales laicos y por la oposición laica del país desde décadas atrás. Finalmente, los últimos artículos trataban el asunto del poder, y establecían que los poderes públicos locales, estatales y nacionales se nombrarían por las juntas de jefes revolucionarios de cada entidad, quienes asumirían las facultades para llevar a cabo las transformaciones especificadas por el Plan; hecho eso, se convocaría a la elección constitucional de las autoridades a escala nacional.

El Plan de Ayala fue un documento ejemplar y se convirtió, desde entonces, en el texto esencial para los zapatistas y para el amplio espectro de grupos e individuos que se vieron influidos por él y fue, también, la base que orientó la profunda transformación agraria que tuvo lugar en Morelos y en las zonas de mayor influencia zapatista durante la década revolucionaria. El Plan sirvió también para la profundización de la visión agraria que hicieron los ideólogos zapatistas en 1916, a través de la legislación de esta materia, discutida y aprobada en el seno de la Convención de Aguascalientes.

Lo novedoso era que el Plan de Ayala no pedía al gobierno nacional que resolviera las demandas particulares de tierra, aguas y derechos de uso comunales de

bosques y pastizales de diversas comunidades de Morelos. Lo que se llamaba a hacer era una reforma agraria nacional, que implicaba una reestructuración profunda de la forma prevaiente de propiedad. Tampoco se pedían demandas políticas particulares. Se hacía el llamado a tomar el poder central y elegir a los nuevos ejecutores del poder por y para los revolucionarios.

La característica definitoria del Plan de Ayala era su contenido agrario. Definió mediante una posición radical la forma de resolver el problema: los pueblos despojados debían ocupar de inmediato las tierras que les pertenecían y defenderlas con las armas en la mano. Las instituciones emanadas del triunfo de la revolución sancionarían como válidas esas recuperaciones y dictaminarían sobre los reclamos que hicieran los individuos que se consideraran con derechos sobre ellas. Adolfo Gilly ha subrayado este rasgo como decisivo, al implicar el trastocamiento de la propiedad agraria por una vía violenta e invertir así la juridicidad vigente.<sup>2</sup> Era precisamente este llamado a trastocar la estructura de la propiedad agraria fruto de la usurpación, respaldando la decisión por medios violentos si fuera necesario, y a tomar el poder central para formar un gobierno nacional, lo que definía al Plan de Ayala como un programa agrario radical, independientemente de sus limitaciones, como el respeto por la propiedad individual y, en cierto sentido, por el régimen hacendario que no fuera producto de las depredaciones y abusos contra los pueblos y comunidades campesinas. Por lo demás, el Plan tampoco definía con claridad el problema de los arrendatarios ni el de los campesinos sin tierra que no hubieran sido despojados, ni de los salarios y la organización de los peones, así como tampoco quedaba establecido cuál era el límite para considerar latifundio a la gran propiedad y la expropiación de la tercera parte de esas posesiones era insuficiente para las regiones densamente pobladas del centro de la República en donde, además, la gran propiedad no era tan extensa como en el norte del país, por no mencionar la señalada ausencia de referencias a la problemática de los sectores sociales no agrarios, ni la búsqueda de una alianza que parecía muy nebulosa y pragmática con Orozco. Sin embargo, y más allá de estas debilidades, lo decisivo es que con la formulación del Plan de Ayala el zapatismo se convirtió en un movimiento político con una identidad definida y un proyecto político propio. Con él se inició una nueva etapa, caracterizada por la lucha de los rebeldes zapatistas en conseguir los objetivos establecidos en el Plan. La lucha contra Madero adquirió, así, un nuevo sentido.

---

<sup>2</sup> GILLY, Adolfo, *La revolución interrumpida*, Ediciones El Caballito, México, 1971, pp. 63-64 y “La guerra de clases en la Revolución Mexicana (Revolución permanente y autoorganización de las masas)” en Adolfo GILLY *et al.*, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, UNAM / Nueva Imagen, México, 1971, pp. 33-34.

Después de dar a conocer el Plan de Ayala, los zapatistas continuaron con sus actividades de ataque a poblaciones con escasa o nula guarnición y de hostigamiento a las fuerzas federales y rurales. Al comenzar el año de 1912 la actividad de los diversos grupos rebeldes, que tenía por epicentro a Morelos y que se había extendido a Puebla, Estado de México y Guerrero, se incrementó notablemente.

Con la extensión que había alcanzado la revuelta, se volvió necesario asegurar el financiamiento de la guerra, darle una base económica que no descansara solamente en la ayuda de los pueblos, sino que extrajera recursos de las instituciones económicas más sólidas: las haciendas y los comercios. Así, durante febrero comenzó a generalizarse el ataque a las haciendas morelenses. Fueron atacadas las de Temixco, Tetecala, Miacatlán, San Gaspar, Cocoyotla, San Carlos, Santa Clara, Mazatapec y Cuauichichinola. El patrón que siguieron esas tomas fue el de imponer préstamos, llevarse armas, caballos, víveres y dinero. Significativamente, sólo unos meses después, en la zafra 1912/13, se sucedieron ataques a algunas fincas no con el objetivo de abastecerse de ellas, sino para destruirlas. En esa zafra resultó destruida la producción de azúcar y mascabado de la hacienda Tenextepango, gran parte de la de Santa Clara, toda la de Tenango, de Treinta y de Cuahuixtla, quemando además los zapatistas los cañaverales de las haciendas de Chinameca, Calderón, Hospital, Cocoyotla, Miacatlán y Temilpa.<sup>3</sup>

Hacia fines de enero de 1912, la entidad suriana se encontraba nuevamente en ebullición por la actividad de los insurrectos. Eso llevó al gobierno a reforzar la campaña militar. Según estimaciones de la prensa, en la campaña contra los zapatistas había ya ocho mil hombres, entre federales y rurales, en tanto que los zapatistas ascendían a tres mil. El fracaso de la campaña militar contra los zapatistas hizo que algunos hacendados arreciaran sus críticas contra Casso López, el jefe de la campaña federal en Morelos y Puebla. Los irritaron particularmente las declaraciones que hizo al diario *El Imparcial*, donde afirmó que toda la población de Morelos era zapatista y que la rebelión se explicaba porque algunos hacendados se habían apoderado del agua en la región de Cuautla, dejando sin el preciado líquido al resto de la población de la ciudad y los alrededores. Atribuían a su impericia el hecho de que el zapatismo no hubiera sido reducido y que la población no cooperara con el ejército federal. Ante las presiones de la élite local y de los sectores más intransigentes del régimen, Madero endureció su postura y dispuso reforzar la campaña militar en Morelos. El gobierno del estado, por su parte, comunicó a los presidentes munici-

---

<sup>3</sup> *Revista Azucarera. The Hacendado Mexicano's Yearly Sugar Report, 1913-1914*, reproducido en Horacio CRESPO y Enrique VEGA VILLANUEVA, *Estadísticas históricas del azúcar en México*, Azúcar S. A., México, 1988, p. 275.

pales que, para acabar con la plaga social del zapatismo, se tomarían enérgicas medidas contra los que lo apoyaran directa o indirectamente. El gobernador Figueroa ubicó con precisión por qué se había extendido la rebelión: era una guerra de clase en la que los de abajo, reclamando tierras, se habían incorporado al zapatismo y no hacían caso de los canales legales, a los que habían desbordado. La magnitud de los ataques mostraba que los surianos tenían fuerza para tomar ciudades importantes y haciendas protegidas. Al mismo tiempo, hacía evidente que los controles tradicionales y la legitimidad del aparato de dominación habían sido rebasados por la insurrección, que se estaba convirtiendo, así, en un desafío efectivo al poder estatal, en el nivel regional.

En su informe final, Casso López señaló que durante su jefatura, entre el 5 de octubre y el 31 de enero, los 3,500 hombres de las tres armas a su cargo habían ocupado 34 poblaciones de Morelos y el Estado de México, habían sostenido 51 combates en los que habían conseguido hacer 377 muertos a los rebeldes y que sus fuerzas no habían sufrido una sola derrota. Empero, las críticas que varios hacendados y autoridades políticas hicieron a la forma que condujo la campaña y el hecho de que la rebelión no había podido ser controlada, desmintieron su triunfalismo y llevaron al gobierno federal a optar por su sustitución. Así pues, a tres meses de ejercer el mando constitucional, Madero encaraba una rebelión de carácter agrario que, una vez que se había puesto en marcha, sería difícil desactivar si no se resolvían de raíz sus demandas. Por ello, ni las medidas políticas como el nombramiento de Figueroa como gobernador, ni las maniobras militares como el recrudecimiento de la campaña del ejército y los rurales y la militarización de la región, sirvieron para contener la inercia creciente que iba alcanzando la rebelión. Los ataques armados, quemas de cosechas y zafras, imposición forzosa de préstamos, secuestro de hacendados y empleados, se convirtieron en una constante de la que sólo unas pocas haciendas, aquéllas que mantenían vínculos con algunos de los nuevos jefes rebeldes, las que compraron protección o aquéllas que mantuvieron un apoyo relativo de sus trabajadores, pudieron escapar.

En el maderismo, la campaña militar contra los zapatistas arreció la pugna entre el ala radical y los sectores conservadores. Los radicales maderistas, que se expresaban en *El Diario del Hogar* continuaron criticando duramente la política represiva de Madero y manifestando su simpatía y justificación de la rebelión zapatista. Consideraba que no se habían cumplido los acuerdos ofrecidos a Zapata en agosto de 1911 y que éste tenía razón de sentirse engañado. El sector progresista de la intelectualidad urbana se fue convirtiendo así en un crítico acerbo de la política de conciliación de Madero con las élites conservadoras y, también de su política represiva hacia la insurrección suriana. Para este sector el zapatismo representaba un aliado y una

causa que había que atender, pues se identificaban con los ideales de justicia social que reivindicaban desde el Programa del PLM y veían en la revolución la oportunidad de cumplir con esos anhelos. Una rebelión campesina que desafiaba a la clase terrateniente y al nuevo régimen que se había aliado con éstos, no podía encontrar sino simpatía y adhesión en ellos. En el medio capitalino, *El Diario del Hogar* se convirtió en el principal aliado y propagandista de la causa rebelde. Esa adhesión, al mismo tiempo, tuvo el efecto de debilitar al régimen maderista. Sus diferencias internas se fueron convirtiendo en divisiones y tuvieron el efecto de restar eficacia, base social y legitimidad a la coalición maderista, respecto a la cual el ala más progresista y radical se fue distanciando de manera creciente, fortaleciéndose dentro del régimen, al mismo tiempo, las posturas más conservadoras. Esta pugna tuvo efectos directos en los acontecimientos morelenses. El problema de Morelos, en la medida en que no se resolvía, fortaleció la postura de las clases más conservadoras y sirvió como ensayo para la salida castrense con la que esos sectores ultimaron al régimen maderista, meses después, buscando detener, con la solución extrema del magnicidio, el avance de la revolución.

Madero, presionado por el ala dura de su gobierno y porque pensaba que no tenía otra salida, se inclinó por el endurecimiento. El 10 de enero de 1912 envió al Congreso una iniciativa de ley en donde establecía la suspensión de garantías constitucionales en los estados de Morelos y Guerrero, así como en los distritos de Acatlán, Izúcar, Atlixco, Cholula y Huexotzingo, en Puebla, y los de Chalco y Tenancingo, en el Estado de México, es decir, en la zona en donde había cobrado mayor fuerza la rebelión. Dicha iniciativa establecía la pena de muerte para los individuos que cometieran el delito de rebelión, plagio, ataques a las vías férreas, a las líneas telegráficas o telefónicas y los que hicieran robo con violencia. Esta iniciativa levantó un amplio revuelo y provocó acres discusiones. La mayoría de los sectores conservadores, católicos, militares, y la clase política, la consideraron apropiada y la vieron como un remedio necesario para acabar con la rebelión. Madero logró cerrar filas con todos estos sectores para combatir frontalmente el alzamiento zapatista. El problema para él es que no encabezaba ni tenía el control sobre la dinámica de guerra en la que se entraba, no unificaba tampoco a sus fuerzas y aliados bajo su mando detrás de esta táctica y se ponía más bien a la cola de las posturas más conservadoras, entrando en un terreno pantanoso del que no saldría bien librado. Solo algunos sectores como el representado por *El Diario del Hogar* se opusieron a esa medida, considerando que, más que acabar con el problema, lo iba a exacerbar. En realidad, la ley, en vez de crear una situación nueva para combatir la insurrección, le daba legalidad a muchas de las prácticas prevalecientes.

El 15 de enero de 1912 las comisiones de la Cámara de Diputados federal presentaron su dictamen, en el que aceptaban la suspensión de garantías solicitada por el Ejecutivo. La coalición conservadora cerraba filas ante la rebelión campesina, a la que consideraba un “vándalo comunismo agrario” que debía ser combatido por todos los medios. Madero combatió así, del mismo modo que su antecesor, al desafío de una insurrección agraria cuyos integrantes antes habían sido sus aliados, defendiendo una posición de clase, un proyecto y una razón de Estado que sentía amenazados y que terminarían por apresarlo y hundirlo. El gobernador del Estado de México consideró que la iniciativa y el dictamen no eran suficientes por lo que tocaba a su entidad, y solicitó que se incluyeran en ella los distritos de Tenango, Sultepec, Temascaltepec y Lerma. Las comisiones legislativas incluyeron esos distritos y a todo el estado de Tlaxcala, así como la pena capital para quienes vendieran armas a los zapatistas. Con estas adiciones, fue aprobada la iniciativa el 18 de enero de 1912 y entró inmediatamente en vigor. Esta ley draconiana no solamente colocaba en la ilegalidad a los zapatistas y legalizaba la represión, sino que, entre sus objetivos, estaba también aislarlos de las poblaciones, al implantar la pena de muerte para los que les ayudaran en sus acciones o les vendieran armas.

La ineficacia de las medidas puestas en práctica para contener la rebelión hizo que tomara la decisión de separar a Figueroa del gobierno de Morelos. El 19 de enero Figueroa pidió licencia definitiva y dejó la gubernatura. La justificación que dio fue la de buscar la pacificación de Guerrero, en donde perseguiría a Salgado y que con su renuncia podría facilitar que llegara al gobierno de Morelos alguien que tuviera las simpatías del pueblo.

Madero, al darse cuenta que la represión había extendido la rebelión, reconoció que el asunto de Morelos era el problema político más importante de su régimen y para resolverlo, decidió dar un viraje. Sin renunciar al uso de la fuerza, mantuvo la ocupación militar y, al mismo tiempo, escogió para suceder a Figueroa a Francisco Naranjo, un personaje vinculado al Partido Liberal, cuya designación fue vista con simpatía por los sectores progresistas del régimen, como una medida adecuada para intentar resolver los problemas que habían originado la insurrección. *El Diario del Hogar* consideró que con ese nombramiento se daba un giro en la política gubernamental y se encaminaría la solución del problema agrario en Morelos. Naranjo tomó posesión del gobierno el 19 de enero de 1912. El cambio de gobernador fortaleció a los presidentes municipales que habían sido electos. El viraje aperturista incluyó también al viejo Francisco Leyva, quien fue comisionado para entablar negociaciones con Genovevo de la O, con la encomienda de escuchar las peticiones agrarias de los lugareños y tratar de llegar a un acuerdo. Eran los “revolucionarios legales”,

como les llama Womack, cuyo proyecto, para realizarse, debía captar para sí los apoyos de la rebelión, por la vía institucional, o bien acabar con aquélla.

En lo que respecta a la política de atracción y búsqueda de consenso, el régimen maderista trató de encontrar solución a lo que constataba era la causa de la rebelión: el problema de la tierra. Para ello, nombró una comisión nacional agraria compuesta por Roberto Gayol, Carlos Robles, Oscar Braniff, Manuel Marroquín, Leopoldo Palacios, Antonio Hernández y Manuel Aráoz, todos ellos vinculados a los grandes terratenientes o terratenientes ellos mismos. Esa comisión elaboró un proyecto en el que proponía que no debían fraccionarse las grandes propiedades que estuvieran trabajadas, sino solamente las ociosas. Las tierras así detectadas no debían otorgarse gratuitamente a los labradores pobres, sino venderse a quienes pudieran pagarlas, no excediendo las doscientas hectáreas por persona. Los lotes se pagarían en veinte años, con una tasa de interés del 6% anual, la tasa corriente entonces. Este proyecto tenía similitudes con la famosa Ley de baldíos porfiriana: Sólo tendrían acceso quienes pudieran pagarlas, en condiciones normales de mercado. Si sus creadores pensaban favorecer a los labradores pobres, no señalaban ningún mecanismo para que tal cosa ocurriera. Si con una propuesta tan vaga pensaban que se podía acabar con la gran propiedad y con el problema agrario, denotaban una gran ingenuidad, en el mejor de los casos. En realidad, atados a sus intereses de clase, pretendían dejar las cosas como estaban, sin cambios significativos en la estructura económica. Ésa era la principal limitación del régimen maderista y la que a la postre significó su derrota. Días más tarde, Madero, a través de un decreto, estableció la formación de comisiones oficiales para rectificar el deslinde de los terrenos nacionales y deslindar los baldíos que hubiera en los estados y territorios, notificando a los gobernadores y jefes políticos cuáles eran esos terrenos, cuidando de no afectar los intereses de particulares legítimamente adquiridos. Esos terrenos baldíos serían fraccionados en lotes hasta de doscientas hectáreas y vendidos al contado o en plazos de diez años al 5% de interés anual. La superficie de diez millones de hectáreas que el gobierno ofrecía para hacer tales deslindes, sin embargo, correspondía en su gran mayoría a los estados norteños y a regiones despobladas, pero no contemplaba los estados del centro-sur densamente poblados, ni, tampoco –salvo Guerrero–, la zona donde estaba teniendo lugar la insurrección agraria.

El régimen maderista, demasiado comprometido ya con las oligarquías y reacio a efectuar una reforma agraria, ofreció una tibia propuesta que dejaba incólume, en lo fundamental, a la gran propiedad terrateniente, con una propuesta de reparto mediante compra, lo que obviamente no satisfacía las enormes expectativas que se habían generado a escala nacional. A pesar de reconocer la importancia y la vigencia del problema agrario, su limitada propuesta no alteraba la gran concentración e

injusta distribución de la tierra, no representaba mejoras para las clases marginadas agrarias y, paradójicamente, tampoco encontraba respaldo de las oligarquías terratenientes. Ambos problemas revelaban la esencia de clase del maderismo y la fuerza de sus compromisos con las élites y con el sostenimiento del sistema de dominación, así como su creciente contención y divorcio de las aspiraciones populares, muchas de las cuales, a su pesar, había puesto en movimiento.

Pocos después, a principios de marzo de 1912, ante el estallido de la rebelión orozquista en el norte, Madero hizo un llamado a la población a defender su gobierno, a través de un *Manifiesto a la Nación* en el que señaló que los rebeldes de Morelos, Chihuahua y Durango no tenían ningún plan político ni militar, que proclamaban en general el Plan de San Luis “pretextando que no lo he cumplido”, engañando a “las clases ignorantes [...] respecto a las promesas que en lo relativo a la pequeña propiedad hizo el Plan de San Luis”. Y, enfáticamente, expresó:

Pretender que el gobierno que presido pueda solucionar el problema agrario de la república, bajo la presión de movimientos anárquicos, y sin que la paz se haya previamente restablecido, es sencillamente insensato.

La posición de Madero sobre el problema agrario no varió, a pesar de los desafíos de Zapata y Orozco. En diversas ocasiones sostuvo que, en el Plan de San Luis, no había prometido dotar de tierra ni destruir los latifundios. La postura de Madero no dejaba lugar a dudas y fue siempre consistente. El problema era que, para desactivar una rebelión agraria como la que encaraba, esa posición no le ayudaba. Por lo tanto, tendría que derrotarla militarmente. En relación con el estado de Morelos, el gobierno informó que saldría una comisión para analizar y resolver acerca del deslinde de ejidos y de los terrenos en disputa. Al mismo tiempo, el gobernador Naranjo buscó legitimar la acción de su administración ante sectores liberales y democráticos. Para ello intentó que Antonio Díaz Soto y Gama –antiguo miembro del Partido Liberal magonista e influyente abogado y periodista representativo del ala izquierda del maderismo–, colaborara en su administración como secretario de gobierno del estado. Sin embargo, Soto y Gama se negó a aceptar el encargo, aduciendo que Madero se había equivocado al querer resolver con sangre y fuego el problema social que había en Morelos. En entrevista señaló que entendía que los burgueses y conservadores intentarían exterminar al zapatismo, pero los liberales como él no, pues consideraba que su lucha era justa y veía con simpatía las reivindicaciones de los jornaleros morelenses. Soto y Gama veía con claridad el dilema del ala izquierda del régimen: en la disputa por el poder, Madero, al margen de sus inclinaciones, tendría que reprimir y aplastar al zapatismo. Tal era la esencia de la

política a la que lo empujaba la razón de Estado y su posición de clase. Los liberales que, de buena fe, quisieran participar en las estructuras políticas del sistema, limando las aristas antipopulares de esa estrategia, no serían sino cómplices de ella. Días más tarde, Soto y Gama escribió en *El Diario del Hogar* que Madero debía cumplir con las promesas revolucionarias y restituir a los pueblos los ejidos, montes y aguas que les habían arrebatado. Si era necesario, el gobierno debía comprar propiedades para repartirlas, aumentar el salario a los jornaleros y disminuir las rentas de los arrendatarios. Soto y Gama se pronunciaba también por el retiro gradual del ejército.

Los signos de apertura, encaminados a tratar de ganar consenso en sectores de clase media y en la opinión pública de las ciudades, eran sólo una cara de la moneda con la que Madero encaraba la insurrección que tenía por centro el estado de Morelos. Al mismo tiempo, cediendo a las presiones del ejército y de los sectores conservadores más intransigentes —que clamaban por una solución de fuerza—, removió pocos días después al jefe de la campaña militar contra los insurrectos, Casso López y lo sustituyó por Juvencio Robles, general que aplicó, desde el primer momento, una política de represión masiva a gran escala, mucho más sangrienta que la de sus antecesores. La política de la guerra otra vez se imponía. La puesta en vigor de la Ley de Suspensión de Garantías demostró poca eficacia para contener la revuelta, por lo menos en las semanas posteriores a su entrada en vigencia. Lo mismo parecía estar ocurriendo con el cambio de gobernador, a pesar de que parecía querer aplicar una línea política más conciliadora. La incapacidad del régimen para controlar la rebelión lo colocó nuevamente en una situación de debilidad ante los sectores duros del ejército y de las élites que optaban por una solución de fuerza. Por tal motivo, las presiones de los sectores más intransigentes lo convencieron, una vez más, que la solución debía basarse en el aumento de la represión, por lo que Juvencio Robles recrudeció sus acciones de guerra a sangre y fuego contra la insurrección. Con esto dio comienzo una nueva etapa de la rebelión, caracterizada por el recrudecimiento de la violencia y la utilización de una táctica de contrainsurgencia, incendio de poblados y reconcentración masiva de poblaciones por parte de las fuerzas federales.

En febrero de 1912, la táctica empleada por el ejército y las fuerzas rurales contra los zapatistas dio un vuelco. La resistencia y organización de las bandas guerrilleras había crecido; de este modo pudieron disputar al ejército territorios, poblados y haciendas en batallas mayores a las libradas hasta entonces, en lo que comenzaba a ser una guerra de posiciones, con avances y retrocesos de ambas partes durante semanas enteras. Esto ocurrió en la disputa por Santa María, el pequeño y estratégico poblado situado en las faldas de las montañas del Ajusco, pocos kilómetros al noroeste de Cuernavaca, asiento del grupo de Genovevo de la O, que se

caracterizó por ser una de las bandas guerrilleras mejor organizadas y que más dolores de cabeza dio a las fuerzas gubernamentales mediante una enorme cantidad de acciones de hostigamiento, sabotaje y descarrilamiento de trenes, así como emboscadas contra las fuerzas gubernamentales.

Desde finales de enero de 1912 y durante la mayor parte de febrero de ese año tuvieron lugar sangrientas batallas entre más de mil zapatistas contra federales, por ocupar y controlar el estratégico descenso del Ajusco hacia Cuernavaca, lugar en el que se encontraban dos fuertes enclaves rebeldes: Santa María y Huitzilac. Federales y rebeldes disputaron encarnizadamente esos lugares; unos y otros, alternadamente, lograron ocupar esa estratégica población. El ejército, varias veces derrotado, tuvo que recurrir a una táctica que no se había empleado sistemáticamente hasta entonces: el bombardeo y la quema de todas las casas del pueblo, para acabar de raíz con el apoyo civil que recibían los rebeldes.

Ante el incremento de la actividad subversiva, la mano dura de Juvencio Robles pronto se hizo notar. En la primera quincena de febrero, a unos días de hacerse cargo de la campaña, otros pueblos habían sido quemados y arrasados, siguiendo el destino de Santa María: Nexpa, Tetela del Monte, Los Hornos, los Elotes y la colonia San Rafael, cerca de Cuautla. Robles incrementó también los fusilamientos y ahorcamientos de los rebeldes capturados. La guerra sucia alcanzó así su máxima expresión. Al mismo tiempo, en su afán por cortar de tajo la revuelta, las fuerzas federales capturaron y tomaron represalias contra familiares de algunos de los rebeldes más conocidos como Zapata y Lorenzo Vázquez. El gobierno decidió, a mediados de ese mes, además, establecer la censura militar a la prensa, prohibiendo que ésta difundiera noticias que perjudicaran a las autoridades militares y civiles. La mano dura llegó así hasta la prensa. El gobierno pensaba que una parte del apoyo de sectores urbanos de las clases medias tenía por origen la difusión de las noticias de Morelos y trató de ocultar la información de las acciones militares.

Durante el mes de marzo, la dinámica que había alcanzado la rebelión en la entidad morelense resintió los estragos de la represión, la quema de pueblos y la reconcentración, que hicieron disminuir notablemente el número y la intensidad de los enfrentamientos. Además, se sumó un elemento externo de gran importancia: la rebelión del prestigiado general ex-maderista Pascual Orozco en Chihuahua, alcanzó una gran dimensión y se convirtió, dada la fuerza que tenía ese caudillo, en el principal problema militar y político para el régimen maderista. La insurrección suriana, aunque ocupó un segundo plano en el nivel nacional, continuó con su inercia propia y se benefició del traslado de tropas y recursos federales hacia el norte con los que el régimen encaró la rebelión orozquista. Ésta se presentó como una amenaza adicional para el régimen, ante la posibilidad de una alianza entre los re-

volucionarios del sur y del norte, que finalmente no fructificó. Orozco parecía dispuesto a un compromiso con Zapata y prometió enviarle armas. Zapata, quien había ofrecido desde el Plan de Ayala la jefatura de su movimiento a Orozco, contempló la posibilidad de unir esfuerzos. Sin embargo, tal alianza nunca cristalizó y no pasó de comunicaciones escritas. Las dos rebeliones regionales siguieron su propio curso.

En marzo, el ejército estableció su dominio en la mayor parte del estado, con un amplio movimiento envolvente, luego de quemar los pueblos del noroeste, en las faldas del Ajusco. Cuatro fuertes columnas se desplazaron hacia el sur y sureste del estado, hasta Huautla y la frontera con Puebla y Oaxaca, logrando desbandar a las fuerzas rebeldes. Robles continuó con su práctica de quemar las poblaciones y reconcentrar a la población. Los rebeldes retrocedieron y solo pudieron presentar resistencia a través de emboscadas, asaltos a haciendas y ataques al ferrocarril. A fines de marzo, Robles informó que la mayoría de los zapatistas se habían refugiado en Puebla y hacia allá dirigió su columna. Los mayores efectos, sin embargo, fueron contra la población civil, que fue removida de sus lugares y sometida a una mayor vigilancia. En abril, el ejército consolidó su control sobre Morelos. Los ataques a los trenes y vías de comunicación fueron un recurso táctico de gran importancia para los rebeldes que, de este modo, dificultaban o impedían el tránsito regular del ejército y conseguían hacerse de pertrechos militares. Aunque sus objetivos principales fueron los trenes militares y de carga, en ocasiones también atacaron convoyes de civiles. Éste fue quizá uno de los motivos de mayor irritación y rechazo de la opinión pública capitalina, que se veía afectada no sólo por la interrupción del tránsito de personas y bienes, sino además, molesta ante actos de violencia que, al cobrar víctimas civiles inocentes, adquirían el carácter de terrorismo.

La rebelión, con ascensos y reflujos, había echado raíces en territorio morelense y se extendió y consolidó también, por contagio, ampliación de sus dominios y convergencia con movimientos autóctonos, en la periferia de la entidad. La segunda zona en importancia para la rebelión zapatista fue la de los distritos del suroeste de Puebla: Atlixco, Izúcar y Acatlán, zona que fue, por una parte, el refugio natural al cual se trasladaban las huestes morelenses cuando los avances del ejército federal los obligaban a replegarse y, a la vez, una región en donde los conflictos endógenos, agrarios y políticos entre las élites, las autoridades y las clases dominadas locales, produjeron un agudo conflicto de clase, en el cual la violencia rebasó a menudo la intensidad de los enfrentamientos que tuvieron lugar en Morelos y otras regiones. Los saqueos, destrucción e incendio de haciendas y propiedades se volvieron una constante en la zona poblana, donde asentaron sus reales las huestes de *El Tuerto* Morales, Francisco Mendoza y Eufemio Zapata.

La revuelta suriana se había consolidado. Aunque el epicentro original, Morelos, se había fortalecido, al igual que legitimado el liderazgo de los jefes zapatistas, el movimiento se había extendido y convertido en una rebelión con múltiples actores y con un gran número de dirigentes locales, que gozaban de gran autonomía. La rebelión estaba adquiriendo el carácter de una guerra de clase de los sectores rurales bajos contra el gobierno central, contra las estructuras de dominación y contra las élites económicas y políticas, rebelión de una considerable violencia que, en los seis primeros meses del gobierno constitucional de Madero, cambió la correlación de fuerzas regional y se convirtió en un movimiento que aspiraba a tomar el poder regional y fue un gran desafío que minó seriamente al régimen maderista.

La cercanía de las lluvias, el arraigo a las faenas agrarias de la mayoría de los hombres jóvenes que se habían incorporado a las bandas rebeldes y, en mayor medida aún, la dureza de las acciones del ejército contra los alzados y la población civil, junto con las necesidades de las localidades para realizar las siembras hicieron que, conforme avanzaba la primavera, las acciones militares de los alzados bajaran de intensidad. Empero, aunque con menos gente, los líderes de la revuelta continuaron realizando una multitud de acciones y siguieron siendo una amenaza constante para las fuerzas del orden. El arribo de fuertes lluvias en junio favoreció la acción de los rebeldes, quienes conocían el terreno y estaban mejor adaptados que las fuerzas de ocupación federales y rurales, las cuales, en su mayoría, estaban compuestas por gente de otras regiones. El ejército y los rurales, recuperado el control del norte boscoso, emprendieron una fuerte ofensiva hacia el sur y recuperaron las principales ciudades. Ante ese avance, los alzados optaron por ocupar poblaciones pequeñas, desperdigadas en una amplia área que dificultaba la labor de las fuerzas del orden. Los surianos, aunque no podían todavía conservar zonas libres, habían impuesto condiciones y habían modificado ya la política, la economía y la cultura regional. Constituidos en Junta Revolucionaria del estado de Morelos, comenzaron a tener formas regulares de financiamiento y a sustituir a autoridades locales, con lo que fueron sentando las bases de la organización de un poder regional paralelo. Las lluvias, el mejor conocimiento del terreno y el apoyo de parte de la población civil sirvieron para fortalecer directamente la posición de los grupos rebeldes. A esto se sumó también la rivalidad y descoordinación entre las fuerzas federales y las rurales, de la que dio testimonio el propio Juvencio Robles, quien se quejó de las diferencias entre el ejército con jefes de rurales como Gabriel Hernández y externó que había fuertes conflictos en Guerrero entre las fuerzas de los Figueroa y las del gobernador Lugo, todo lo cual redundaba en demérito de la campaña. Las características de las bandas rebeldes, su extensión y persistencia, llevaron a Juvencio Robles a declarar que el zapatismo era muy semejante al movimiento de

los yaquis, puesto que los hombres escondían las armas, iban a trabajar, juntaban dinero, compraban parque y regresaban a combatir. La fuerte presencia y actividad de los alzados impidieron que se instalara la XXII legislatura local, en la que figuraban nombres como Patricio Leyva y Eugenio Morales, por falta de quórum, puesto que los diputados electos por Tepoztlán, Yautepec y Tlayacapan no pudieron llegar a Cuernavaca, debido a la inseguridad de los caminos.

El arribo pleno de la temporada de lluvias y la liberación temporal de las faenas agrícolas facilitaron el reagrupamiento de los alzados y una reanudación de su acción. En Morelos, tuvieron lugar en julio treinta y dos ataques, enfrentamientos con fuerzas del orden, tomas de pueblos, haciendas y sabotajes. La zona que registró mayor actividad fue la región nororiental de las faldas de los volcanes y la frontera con Puebla. El 20 de julio, en la estación La Cima, en el Ajusco, tuvo lugar una de las acciones de Genovevo de la O más cuestionadas por la prensa y la opinión pública capitalina y que causó más críticas, condenas y rechazos, al descarrilar, volar y quemar un tren de pasajeros. Todos los soldados que escoltaban el convoy perecieron, así como seis pasajeros civiles. Según testigos, en el tren iba el párroco de Tepoztlán, quien logró que Genovevo respetara a los pasajeros civiles. Esa acción se convirtió en la principal noticia por varios días y unificó a muchas voces en su contra.

La rebelión se había extendido y consolidado, al finalizar la temporada de lluvias en el altiplano. Empero, los rebeldes sufrieron duros golpes al perder a varios importantes dirigentes. En esos días, murió en combate Felipe Vaquero, y fueron capturados Joaquín Miranda, Abrahám Martínez, el jefe del estado mayor de Zapata, Gildardo Magaña, el principal contacto del movimiento rebelde en la capital del país y Luis Méndez, sastre, periodista y destacado militante en las organizaciones de trabajadores ciudadanos. Así pues, la que era quizás la principal red de información y abastecimiento de armas y cuadros de los rebeldes en la ciudad de México, quedó prácticamente desmantelada.

A seis meses de distancia, la política de mano dura de Madero a través de la guerra a sangre y fuego desatada por Juvencio Robles no solo no había logrado acabar con el movimiento rebelde y desarraigarlo de sus zonas de influencia, sino que, por el contrario, los alzados se habían fortalecido; su radio de acción y la violencia de sus acciones se habían incrementado. La conciencia de esta situación llevó al régimen maderista a dar un viraje e intentar, por primera vez, una solución política al conflicto. Esto implicó, en el aspecto militar, la salida de Juvencio Robles y su relevo por Felipe Ángeles y, en el terreno político, el cambio de gobernador de Morelos y una apertura, al poner al frente de la entidad a Patricio Leyva, el hijo del viejo caudillo opositor, quien, tres años después del fraude electoral que lo había hecho a un lado, regresaba por sus fueros, en otras condiciones, a tratar de llevar

adelante su proyecto modernizador, como abanderado de Madero y con la tarea de tratar de contener la insurrección campesina que estaba en marcha, comandada por los que habían sido sus aliados tres años atrás. Entró también una nueva legislatura local que funcionaría solo dos meses para tratar de influir, mediante la legislación sobre algunas de las materias que consideraban habían generado el conflicto en el estado. Estos cambios hicieron que la batalla que se estaba librando en el territorio morelense y zonas contiguas adquiriera otros matices. El 3 de agosto fue nombrado Felipe Ángeles como jefe de la campaña militar en Morelos. Desde su llegada, este militar mostró una actitud diferente a la de sus predecesores: no habría de emplear la táctica de tierra arrasada ni desaparición de poblados y reconcentraciones de sus habitantes. En sus primeras declaraciones, habló de buscar pactos con los alzados. Veinte días después, cuando ya había experimentado lo que era enfrentar la rebelión, después de un sangriento descarrilamiento a un tren en Ticumán, donde perecieron más de 30 civiles, entre ellos los reporteros de *El País* y *El Imparcial*, declaró que la agitación en Morelos era causada “por gavillas de bandoleros cuyo único fin es el robo” y criticó la táctica de quienes le antecedieron al reconocer que existía un divorcio entre la población civil y el ejército, que los pueblos, después de las quemaduras de sus casas consideraban a la institución armada como su principal enemigo y señaló también el divorcio con las autoridades civiles, por haber acusado de zapatistas a todas ellas, incluido el gobernador.

Patricio Leyva continuó su gira electoral como candidato a gobernador y, una vez más, empleó un lenguaje populista que, en el contexto en que lo expresaba, en medio de una extendida rebelión agraria, tenía por objeto reconocer en parte la legitimidad de las protestas y sobre todo, obtener para sí el apoyo de la gente de los pueblos, villas y rancherías que directa o indirectamente habían sostenido a los alzados. En esos días entró en funciones un gobernador interino –Aniceto Villamar– y una nueva legislatura local, transitoria, compuesta por gente de las clases medias urbanas de la entidad, entre quienes destacaba Eugenio Morales, veterano leyvista. Esa legislatura, a la que Womack denomina “los revolucionarios legales”, propuso leves reformas políticas que comprendían la abolición de las prefecturas políticas y elecciones directas, que fueron aprobadas. Sobre la cuestión agraria, empero, su moderación fue mayor, con tres tibias reformas: incrementar en 10% los impuestos a las haciendas, que pasaran a dominio público los terrenos de los mercados de esas propiedades y una escuela de agricultura. Estas limitadas propuestas, que estaban lejos de constituir una reforma agraria, ni siquiera alcanzaron a ser aprobadas, pues terminaron los dos meses de la legislatura y entró una nueva, todavía más conservadora, que las desechó.

Los rebeldes zapatistas, entre tanto, pasadas las lluvias, reanudaron sus acciones guerrilleras. En septiembre, se reportaron más de veinte acciones de armas en Morelos, la mayoría de ellas emboscadas a rurales y al ejército y tomas de poblaciones pequeñas. Ante el control del ejército sobre las mayores ciudades, los zapatistas optaron por concentrarse en los territorios aledaños.

Aunque el Estado de México estaba convulsionado, la política de Ángeles parecía estar dando mejores resultados en Morelos. Los principales líderes habían sido desalojados y cesaron los ataques a la población civil. Como reconocieron después Zapata y De la O, la táctica empleada por Ángeles y el desgaste ocasionado por la guerra, restó fuerza y base social a los alzados y fue ésa la etapa más difícil de la insurrección.

El primero de diciembre de 1912 tomó posesión Patricio Leyva como gobernador constitucional de Morelos. En la ceremonia, Felipe Ángeles se refirió al movimiento zapatista que, dijo, tenía por causas “el odio acumulado desde hace siglos del pobre para el rico y la falta de cultura en el pueblo bajo”. El remedio era “el cariño y la convicción, evitando incendiar sus casas y asesinar inocentes e instruir al pueblo bajo”. Leyva compartía la necesidad de remediar la situación de guerra e inconformidad que se había desarrollado en la entidad y señaló que tenía que hacerse un estudio para resolver la cuestión agraria, una de las fuentes del problema y, respecto a las causas políticas, aunque se habían suprimido ya las jefaturas, sus funciones se habían transferido a los municipios, sin haber definido con claridad su operación y reglamentación.

La atención a las causas de la revuelta comenzó a permear otros frentes. Luis Cabrera alcanzó notoriedad al denunciar en la Cámara de Diputados la situación de opresión ancestral que habían sufrido los pueblos a manos de las haciendas y propuso la restitución de los ejidos. Esa postura, y el hecho de que la rebelión zapatista, a pesar de los flujos y reflujos, no había podido ser extirpada, llevaron al nuevo secretario de Gobernación, Rafael Martínez —conservador, familiar y muy cercano a Madero—, a reconocer que había pueblos que habían perdido sus ejidos por invasión de latifundistas, por ventas o por denuncias de acaparadores, siendo Morelos un lugar donde los pueblos habían perdido todo y donde los precios de la tierra eran más caros. Sin embargo, no era posible expropiar, por lo que debía estudiarse la manera de obtener algunos terrenos, restituir los ejidos y venderlos a los pueblos, sin alterar la estructura de la propiedad.

Paralelamente, empero, la línea seguía siendo acabar militarmente con la rebelión. Blanquet fue nombrado jefe de la campaña en el Estado de México, se recibieron mil hombres más de refuerzo del norte y, en la Secretaría de Guerra,

fueron convocados Ángeles y Blanquet para coordinar acciones contra los alzados, atendiendo prioritariamente al Estado de México y Morelos.

Al comenzar 1913, la rebelión zapatista volvió a tomar nuevos bríos. En los dos primeros meses, hasta el golpe de Estado que puso fin trágicamente al experimento maderista, realizaron casi sesenta hechos de armas en el territorio morelense. En esa ocasión el objetivo primordial de la táctica rebelde fue la destrucción y el incendio de las haciendas azucareras: doce de las más importantes fueron incendiadas en esos días, entre ellas Tenextepango, San Nicolás Obispo, San Carlos, Atlihuayán, Santa Clara, Treinta y Temixco. A decir de los afectados, se perdió la mitad de la zafra de ese año. La institución hacendaria en Morelos había perdido completamente la legitimidad y sufrió un golpe del que ya no se repondría. En el terreno militar, las principales acciones fueron realizadas por los grupos de Genovevo de la O, Amador Salazar y Felipe Neri, quienes se trasladaron desde la zona de Malinalco hasta el otro extremo, bordeando el eje volcánico, para incursionar en las faldas del “Popo” y el “Izta”. Los enfrentamientos mayores tuvieron lugar a cuatro kilómetros de Chalco, en Ayotzingo, que fue quemado por los rebeldes, incluyendo parte de la fábrica de papel.

La rebelión había vuelto a activarse. Ángeles tuvo que incendiar poblaciones, utilizar artillería, fusilar y colgar a prisioneros, al amparo de la Ley de Suspensión de Garantías, los mismos métodos que había criticado al comenzar su campaña, aunque en menor proporción que sus antecesores. Los surianos se erigieron, una vez más, en una seria amenaza para el gobierno maderista. Después de quince meses, con altibajos, la insurrección no había podido ser extirpada. Ni el prestigio regional de Leyva, ni los métodos más civilizados de Ángeles habían podido contenerla, aunque detuvieron, al menos temporalmente, su expansión, provocada por las depredaciones de Huerta y Juvencio Robles. Sin embargo, los problemas de fondo, la solución del problema agrario y una reforma política profunda, habían sido desechados por la coalición maderista gobernante. El proyecto de Madero no incluía esos puntos. Aunque la enorme inestabilidad que caracterizó a su gobierno constitucional finalmente llevó a los sectores más conservadores y los altos mandos del ejército decidir poner fin al experimento maderista de manera sangrienta, ante el temor de que se desbordara todavía más la agitación y movilización que había tenido lugar en muchas regiones y sectores en esos meses, y que de haber continuado, no habría resuelto las aspiraciones de los alzados surianos.

En ese tiempo, la práctica zapatista y el proyecto de transformación social que había ido decantando, apuntaba en otra dirección y habría de tener tiempo de probarse, en los meses y años siguientes, con otros aliados y enemigos, en una nueva etapa en la que buscarían y estarían más cerca de alcanzar la hegemonía nacional. Esos meses les habían servido para alcanzar una identidad y madurar un proyecto

político propio con el cual intentarían obtener el poder central. Aunque con dificultades, la práctica militar les había servido para construir un ejército popular con numerosas bandas locales en la región del Sur que había sobrevivido y enfrentado, con éxito, los intentos por aniquilarlos. Su fuerza regional ya no podía ser cuestionada. La nueva etapa tendría una dimensión nacional.



## Morelos: corridos y zapatismo

---

Catherine Héau Lambert

**L**OS CORRIDOS *zapatistas*, testimonios vivos de su época, tienen dos vertientes: los más conocidos son los famosos corridos revolucionarios y posrevolucionarios que celebran la lucha y la gloria de Zapata, como emblema de la participación campesina en la nueva nación; sin embargo, más allá de este papel celebratorio, la otra vertiente del corrido zapatista expresa la ideología de un mundo campesino que subyace al levantamiento de los pueblos contra el gobierno porfirista y cuyo estudio remite al análisis de la identidad del zapatismo fincada en las luchas de los pueblos durante el siglo XIX, puesto que *la revolución no hizo al zapatismo, sino que el zapatismo hizo la revolución (o se fue a la revolución)*. Esta identidad política de los pueblos morelenses los llevó naturalmente hacia la fase armada del conflicto y sus corridos se transformaron en crónicas de los acontecimientos y se abocaron a apoyar, reforzar, respaldar y dejar más clara la inserción del zapatismo en un movimiento nacional. Los corridos entonces dejan de hablar de *pueblos* (en plural) para hablar de *pueblo* (en singular). Concomitante al desarrollo de la lucha armada, se amplía el horizonte ideológico de los combatientes y la lucha en pro de la justicia social se transforma en un discurso político radical con un proyecto más elaborado y de mayor alcance territorial: el Plan de Ayala que funge entonces como bandera política del movimiento. Por lo tanto, para entender cabalmente la ideología zapatista es preciso analizar los grandes tópicos del *liberalismo popular morelense* y la lucha política de 1909 a través de sus corridos.

### LIBERALISMO POPULAR: LAS RAÍCES PROFUNDAS DEL ZAPATISMO

Las comunidades zapatistas son herederas de las antiguas Repúblicas de Indios disueltas durante las reformas borbónicas. El gobierno liberal las volvió municipios, pero su supervivencia seguía descansando en prácticas socio-religiosas colectivas, tales como rezos, fiestas patronales y peticiones de lluvia, manifestaciones en donde

no cabía la libertad individual por encima de la colectiva. Sin embargo la coexistencia con gobiernos liberales que tildaban estas prácticas de supersticiones y las relaciones de poder desiguales entre estado y municipios, obligaron a éstos a “dialogar” con el gobierno federal y a traducir en categorías políticas modernas sus prácticas ancestrales. Los nuevos municipios deberían ubicarse en la naciente realidad política y buscar la forma de adaptarse a las novedosas categorías políticas mexicanas. Este liberalismo popular mexicano, tan alejado de la doctrina liberal de las élites, parece una etiqueta o una *máscara* (en términos de Scott) que las comunidades campesinas se pusieron por conveniencia sobre sus prácticas políticas para asegurar la persistencia socio-económico-cultural de sus pueblos, en una coyuntura que buscaba la desaparición de las formas tradicionales de gobierno de las comunidades que habían asegurado su supervivencia hasta el siglo XIX. Sin embargo, siguieron recurriendo a sus conceptos políticos (usos y costumbres) para auto gobernarse, pero al mismo tiempo emplearon la terminología propia de los liberales para defenderse frente al Estado nacional. El liberalismo popular decimonónico enraíza en los usos y costumbres indígenas. La autonomía de los pueblos heredada de la Colonia, tuvo que revestirse de la fraseología política liberal para defenderse.

Queda claro que las comunidades que se declaraban liberales, no se adherían a principios doctrinales filosófico-políticos, sino a *prácticas políticas históricamente construidas*: el liberalismo mexicano. La especificidad de este liberalismo popular radica en que coexistía con un arraigado catolicismo que las acercaba más al partido conservador, sin embargo muchas de las comunidades eligieron participar políticamente al lado de los liberales cuya doctrina individualista se contraponía frontalmente a la organización política de los pueblos, particularmente a la posesión colectiva de la tierra. Para ellas declararse “liberales” no implicaba abandonar su entramado de solidaridades que se oponían a las libertades individuales y abarcaban desde la familia hasta la región, pasando por el barrio y el pueblo so pena de caer en la *anomia* social, es decir, la pérdida de todo referente social, por ende de su propia identidad. Por ello se trató de un liberalismo *sui generis* ya que las comunidades nunca compartieron los fundamentos de la doctrina liberal, sin embargo se declararon liberales y fungieron como aliados populares de los políticos nacionales en su afán por lograr alguna protección ante las políticas del Estado. No se trató de la aplicación de la doctrina liberal en el campo, sino a menudo de un recurso a *estrategias discursivas* liberales que les permitían “dialogar” con el Estado tal como lo afirman para la Huasteca, Antonio Escobar<sup>1</sup> y Michael Ducey<sup>2</sup> y para la Sierra

---

<sup>1</sup> ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, “Los pueblos indios huastecos frente a las tendencias modernizadoras decimonónicas”, en Antonio ESCOBAR OHMSTEDE, Romana FALCÓN y Raymond

Norte de Puebla, Guy Thomson,<sup>3</sup> quienes estudiaron minuciosamente las prácticas políticas de las comunidades campesinas para salvaguardar sus tierras a pesar de la amenaza liberal de privatización de las tierras, amenaza que se vuelve Ley en 1856 (Ley Lerdo).

Según Peter Guardino,<sup>4</sup> en su estudio sobre Guerrero (desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX), los pueblos, más que entre conservadores o liberales, se dividían en torno al federalismo o centralismo. En efecto, los pueblos vueltos municipios pretendían conservar sus usos y costumbres, pero sobre todo sus tierras comunes. La autonomía de los diversos estados que conformaban la República bajo el régimen federalista parecía augurarles un posible mantenimiento de su propia autonomía local heredada a menudo de las Repúblicas de Indios coloniales y, entonces, optaban por el liberalismo.

Dentro del gran impulso occidental por imponer nuevas formas de explotación de la tierra, se enfrentaron dos lógicas: la lógica colectiva de las comunidades y la lógica individualista de las élites político-intelectuales. No se puede hablar de Política (con p mayúscula) del gobierno y de una *infrapolítica* pueblerina sino de dos maneras de hacer política: la política doctrinaria de un partido político y la política pragmática de unos pueblos que escogieron cobijarse bajo el manto del liberalismo durante el siglo XIX a pesar de que la doctrina liberal de privatización de la tierra, del cobro del impuesto *per capita* y, sobre todo, del anticlericalismo, se enfrentaba de

BUVE (comps.), *Pueblos, comunidades y municipios frente a los proyectos modernizadores en América Latina, siglo XIX*, Centro de Estudios y Documentos Latinoamericanos / El Colegio de San Luis, México, 2002; ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, “El discurso de la ‘inteligencia’ india en los primeros años posindependientes”, en Brian CONNAUGHTON, Carlos ILLADES y Sonia PÉREZ TOLEDO (coords.), *Construcción de la legitimidad política en México*, El Colegio de Michoacán / UAM / UNAM / El Colegio de México, México, 1999; ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio, “Los ayuntamientos y los pueblos indios en la sierra Huasteca: conflictos entre nuevos y viejos actores, 1812-1840”, en Leticia REINA (coord.), *La reindianización de América, siglo XIX*, Siglo Veintiuno Editores / CIESAS, México, 1997.

<sup>2</sup> DUCEY, Michael T., *A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850*, The University of Arizona Press, Tucson, 2004; DUCEY, Michael T. “Indios liberales y liberales indigenistas: ideología y poder en los municipios rurales de Veracruz, 1821-1890”, en Antonio ESCOBAR OHMSTEDE y Luz CARREGHA LAMADRID (coords.), *El siglo XIX en las Huastecas*, CIESAS / El Colegio de San Luis, México, 2002.

<sup>3</sup> THOMSON, Guy P. C. y David G. LAFRANCE, *Patriotism, Politics and Popular Liberalism in the Nineteenth Century Mexico: Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra*, Scholarly Resources Books, Wilmington, 1999; THOMSON, Guy P. C., “Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 10, no. 3, United Kingdom, 1991, pp. 265-292.

<sup>4</sup> GUARDINO, Peter, *The Time of Liberty: Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850*, Duke University Press, Durham, 2005; GUARDINO, Peter, *Peasants, Politics and the Formation of Mexico National State: Guerrero 1780-1840*, Stanford University Press, Stanford, 1996.

raíz con la cultura holista y religiosa de los campesinos. Entonces ¿Por qué las comunidades escogieron llamarse *liberales* y crear así un *liberalismo popular* muy *sui generis* en el México del siglo XIX?

La serie de eventos bélicos de 1846-1867 vinculó directamente a las comunidades campesinas con el partido liberal y sus dirigentes cuando la patria chica defendió a la patria grande. Para retomar la fórmula de Alan Knight, cuando los campesinos devinieron en patriotas (*Peasants into Patriots*).<sup>5</sup> A partir de este periodo globalmente llamado de la “Reforma”, las comunidades campesinas se vincularon más estrechamente con el partido liberal y en palabras de Antonio Annino se puede señalar la circulación político-cultural entre los intelectuales liberales y los políticos locales: “este movimiento lento y constante de la sociedad ‘baja’, autónoma del Estado pero bien ubicada en el marco constitucional se cruzó continuamente con los movimientos acelerados de la sociedad ‘alta’”.<sup>6</sup>

En las coyunturas bélicas el liberalismo popular formó sus batallones de guardias nacionales y aportó su cuota de sangre en la defensa de la causa liberal y de la patria. Fue más allá de la simple búsqueda de aliados políticos y las comunidades participaron activa y decisivamente en las luchas. Fueron elementos determinantes en las victorias liberales. Se estableció un vaivén permanente, con sus altibajos, entre la política ejercida en el nivel local por las comunidades y los requerimientos regionales y las nacionales de los gobiernos en turno. Los gobiernos nacionales alternaron entre conservadores y liberales y los pueblos tuvieron que tomar partido aún cuando no quisieran. Florencia Mallon subraya la rápida politización liberal de las comunidades debido a la guerra norteamericana, la guerra civil y la invasión francesa y su participación decisiva en ellas.<sup>7</sup> Gracias a estos nuevos estudios, ya se puede hablar de un *liberalismo popular* distinto del liberalismo “oficial”, es decir, del liberalismo elaborado teórica, ideológica y políticamente por un grupo de intelectuales con propósitos nacionales. El liberalismo popular que surgió en el México decimonónico no era más que una *respuesta* al liberalismo oficial. Fue la manera en que los pueblos se posicionaron y se acomodaron políticamente dentro del tablero político nacional.

---

<sup>5</sup> KNIGHT, Alan, “Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 10, no. 1, (Winter) 1994, pp. 135-161.

<sup>6</sup> ANNINO, Antonio, “Pueblos, liberalismo y nación en México”, en Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA, *Inventando la Nación. Iberoamérica siglo XIX*, FCE, México, 2003.

<sup>7</sup> MALLON, Florencia E., *Campesinos y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, El Colegio de Michoacán / El Colegio de San Luis / CIESAS, México, 2003.

Para defenderse, los pueblos tuvieron que buscar aliados según la coyuntura política nacional, lo que los llevó a aliarse a veces con los conservadores, a veces con los liberales. Se trataba entonces de un liberalismo funcional, acomodado a sus necesidades, muy alejado del liberalismo doctrinario de las élites.

#### EL DISCURSO LIBERAL EN MORELOS: EL CORRIDO COMO “DISCURSO OCULTO” DE LOS PUEBLOS

Los corridos morelenses del Porfiriato evidencian una mayor articulación ideológica entre el partido liberal capitalino y los clubes pueblerinos. Su análisis evidencia cuatro conceptos muy propios del liberalismo popular: la *raza indígena* como expresión de su identidad colectiva, *el municipio libre* (“los pueblos soberanos”) como su expresión política y el carácter *anticlerical* pero *guadalupano* de algunos de ellos más vinculados a la doctrina liberal urbana. Analizaremos también otro concepto medular del liberalismo popular: la propiedad de la tierra, ya que la lucha por la tierra siempre se expresaba en Morelos en términos colectivos: los pueblos. Es precisamente este punto lo que diferencia el *liberalismo popular* (con propiedad colectiva de la tierra que sustenta la red de relaciones sociales pueblerinas) del *liberalismo clásico, urbano y elitista*.

Finalmente, se puede afirmar que el campo semántico (y por ende conceptual) propio de los liberales fue adoptado y adaptado por las comunidades en función de su entorno y necesidades políticas. El discurso liberal (“patriota”, “hombres libres”, “municipio libre”, “pueblos soberanos”, “justicia social”, “ciudadanía”) devino en *discurso oculto* de la disidencia ya que el contexto de lucha por la autonomía y las tierras transformó este campo semántico legítimo de los liberales en un discurso *desde la disidencia* cuando era escuchado en ciertos contextos políticos. Se ilustra el papel del corrido como discurso oculto al interrogarnos sobre la presencia de la Bola de *Cuba Libre* recopilada en Morelos que narra la guerra de liberación de Cuba contra España así como la muerte del general Maceo. En un primer momento, se puede pensar en cierto conocimiento geográfico de las comunidades rurales debido a las canciones de moda como *la habanera*. De hecho se registran al menos tres corridos en la Capital que tratan de la muerte de Maceo. Sin embargo, ¿por qué narrar este episodio libertador en términos musicales muy propios y específicos de Morelos, es decir una *bola*? Sin duda para que circule fácil y ampliamente por todo el estado ya que la métrica y la música invariables de la bola eran conocidas por todos.

Así, durante la revolución, los acontecimientos bélicos circularon inmediatamente en forma de bola para ser retomados y cantados luego en forma de corridos que implicaban la composición de una música específica para cada pieza, lo que

retrasaba un poco su composición, su aprendizaje y, por ende, su circulación, no así la bola. Cuando el autor anónimo (intelectual culto y muy enterado de los acontecimientos cubanos) recurre al género de la bola para hablar de Cuba, el mensaje es claro: hacer llegar a los morelenses un ejemplo de lucha liberadora que pueda circular y ser cantado por todo el estado. De hecho existe una gran diferencia entre los corridos que narran la muerte de Maceo y la bola de *Cuba libre*: los corridos transmiten llana y lisamente los datos de la muerte del general, mientras que la bola desplaza el centro de atención de Maceo hacia la isla de Cuba, “la perla de las Antillas” que, al igual que Morelos, es gran productora de azúcar.<sup>8</sup> Cuando la bola grita: “¡Viva Cuba Libre! Independencia y derechos, democracia y libertad” el auditorio morelense escucha “Viva Morelos Libre (de españoles), Independencia y derechos, democracia y libertad”. El protagonista real es la resistencia al Ibérico, término genérico que equivalía al de hacendado para los morelenses, como lo analizaremos en el punto siguiente. Cuando el autor anónimo se despide de su público firmando “un patriota mexicano”, en el debate político de la época, esto equivalía a ser liberal: el texto se escribió desde la disidencia a Porfirio Díaz, dentro de su propio partido, el liberal.

No cabe duda de que la pieza fue hecha *ex profeso* por un intelectual liberal *para* los morelenses. Se trata de un *texto público* que debe leerse como *discurso oculto*. Cuando se canta:

Para destronar la atroz *tiranía*. En vez de *pacificar*, la isla vino a destruir, *fincas que habitaban y bastante gente a quienes hizo morir* [...]. Dignos aspirantes de la *idea republicana*. Siempre valerosos los *independientes* han luchado por *su patria*, teniendo esperanza de que el Dios excelso le defendiese su *causa* [...]. Aunque muy bien cierto que muchos *patriotas*, por creerse de un *falso indulto*, fueron prisioneros al puerto de Cuba y otros siguieron su curso.

Más allá de la noticia, para el auditorio de la época, este corrido no deja de recordar y evocar la muerte del jefe liberal opositor a Porfirio Díaz, general Trinidad García de la Cadena, fusilado a traición en 1886: “Han rodeado los jacaes/y son muchos enemigos,/nos han jugado traición/los que eran muchos amigos”.<sup>9</sup> Cuando en México estaba vetado honrar la memoria del general García de la Cadena, en este contexto político la muerte a traición de un general evocaba y recordaba la de otro general. Estamos ante un universo semántico que describe la

<sup>8</sup> Para el texto completo de *Bola de Cuba Libre*, ver GIMÉNEZ, Catalina H. de, *Así cantaban la revolución*, CONACULTA / Grijalbo, México, 1991, pp. 264-268.

<sup>9</sup> Corrido *Mañanas de Cadena*, en AVITIA HERNÁNDEZ, Antonio, *Corrido histórico mexicano. Voy a cantarles la historia*, t. 1 (1810-1910), Editorial Porrúa, México, 1997, p. 192.

lucha de los disidentes liberales contra Porfirio Díaz y la sistemática represión en su contra. Existe un variado *corpus* de corridos surianos que retoman la misma problemática y los mismos conceptos. Por ello podemos afirmar que cuando los morelenses cantaban “Cuba”, en sus oídos sonaba “Morelos”. Es un ejemplo de cómo los intelectuales liberales disidentes hacían proselitismo para su causa entre los pueblos morelenses, unos criticando un *falso indulto*<sup>10</sup> y otros luchando por liberar sus tierras del yugo español. Es un *hidden transcript*,<sup>11</sup> que los campesinos sabían descifrar. Estos corridos revelan el trabajo ideológico silencioso de los intelectuales pueblerinos antiporfiristas aglutinados alrededor de los clubes liberales diseminados por toda la región. Fue el antecedente político inmediato del levantamiento zapatista de 1911. Es la huella que nos quedó del trabajo de hormiga realizado por los liberales opositores al gobierno que se esforzaban por vincular las protestas campesinas con un partido político de alcance nacional. En estas movilizaciones ideológicas participó la familia Zapata<sup>12</sup> y el liberalismo popular morelense constituyó el sustento directo del zapatismo revolucionario.

#### EL CONCEPTO DE RAZA EN LOS CORRIDOS ZAPATISTAS

Los pueblos indígenas discriminados e inferiorizados por el racismo galopante del siglo XIX, reaccionaron apropiándose del concepto de *raza*, es decir, invirtiendo su sentido para reivindicar el orgullo de su estirpe.<sup>13</sup> Durante el siglo XIX, la única forma de acción política al alcance de los indígenas y campesinos, y la única posibilidad de distinción identitaria para los mismos, tenía que sustentarse en el concepto

---

<sup>10</sup> Cabe aquí recordar que Porfirio Díaz subió al poder en parte gracias al apoyo de los *pronunciados* surianos que secundaron su levantamiento bajo la bandera de la no-reelección y del municipio libre del Plan de Tuxtepec. Una vez instalado en la presidencia de la república, don Porfirio mandó asesinar uno por uno de sus antiguos aliados que seguían peleando por la autonomía de sus pueblos. La memoria suriana conservó numerosos corridos que relatan la muerte de los pronunciados que creyeron en un “falso indulto”.

<sup>11</sup> SCOTT, James C., *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, Ediciones Era, México, 2000.

<sup>12</sup> WOMACK, John, Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969; BRUNK, Samuel F., *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995.

<sup>13</sup> Hoy en día encontramos este mismo fenómeno entre los chicanos de Estados Unidos, que se denominan genérica y genéticamente a sí mismos *la raza*. La *raza*, en este caso, incluye a toda la comunidad de los *hispanos*. En este mismo país encontramos un mecanismo semejante de diferenciación-identificación por inversión de significados entre los afro-americanos, que en los años sesenta adoptaban el lema: *black is beautiful*. Es una respuesta a la estigmatización social por motivos raciales.

hegemónico de *raza*, que en la época considerada había penetrado hondamente en la conciencia social convirtiéndose en la única herramienta que permitía diferenciar el *nosotros* del *ellos*. En otras palabras, para las comunidades indígenas y campesinas, el concepto de etnia antecedió al concepto de clase. Las revueltas fueron numerosas y se expresaron políticamente bajo forma de *toma de conciencia étnica*, de defensa de una identidad indígena, identidad tan vinculada a la tierra que les permitía sobrevivir.

Al no poder conceptualizar todavía su situación social en términos de clase las comunidades campesinas instrumentalizan el concepto de raza para luchar contra el hacendado. La lucha social se subsume bajo la figura de una lucha étnica, única conceptualización política a su alcance. Por lo tanto la lucha entre pueblos desposeídos y haciendas invasoras se expresa en términos de lucha entre mexicanos y españoles. Entonces se llama genéricamente, más no genéticamente, *iberos*, *hispanos* o *españoles* a todos los capataces y terratenientes. Esto quiere decir que la lucha contra el capitalismo se inserta ahora en la memoria colectiva de las luchas de emancipación y de liberación de la nación mexicana, tal como lo estudiamos al inicio de este trabajo: las guerras de Independencia (1810-1821), la Guerra contra la Invasión Norteamericana (1847-1848), y la Guerra contra la Intervención Francesa (1862-1867). Más que una defensa del territorio nacional –noción todavía muy abstracta– se trataba de luchar por “el suelo patrio”, epítome que englobaba el conjunto de las tierras de las comunidades.

En 1909, se canta por Cuautla la *Canción a Leyva*,<sup>14</sup> que subsume la lucha por la gubernatura de Morelos en una lucha nacional contra los “Españoles-Hacendados” (en este caso, Pablo Escandón, el contrincante de Leyva):

Los veinte y siete estados de la república megicana quieren que Leiba sea el presidente en la Capital, pero no ai quien alebante el grito sobre las armas; se an sobllugado por el dominio del Español.

Les aseguro de buena fe que si en los Estados alentan que Leiba sea el Presidente en la Capital, entonses si calmaría el orgullo en los Hacendados, los que no an querido berlo en la silla presidencial.

Otro corrido, que data de la misma época (las elecciones de 1909 en Morelos) y que lleva por título: *¡Que viva México! Corrido a Leyva*,<sup>15</sup> expresa todavía con mayor claridad esta transfiguración de un conflicto político-social en términos de un conflicto étnico:

---

<sup>14</sup> Esta canción, así como el corrido siguiente, son copiados de URZÚA, Martín (comp.), *Cuaderno*, Compilador originario de Jonacatepec, Morelos, quien recopiló alrededor de seiscientos corridos y bolas de su región entre 1909 y 1912. El cuaderno es propiedad de sus descendientes.

<sup>15</sup> La versión completa está en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, pp. 243-244.

Esos españoles y dueños de fincas  
han hipotecado bastante dinero,  
no han querido ver sentado en la silla  
a ese señor Leyva, rey del extranjero.

República Indiana yo ya me despido;  
¿dónde estarán esos hombres guerreros,  
los que defendieron la patria mejicana  
sin interesarse en ningún dinero?

Incluso en 1916 los corridos evocan un primer recuerdo de esta lucha que hacen remontar a 1521:<sup>16</sup>

Voy a recordar del 13 de Agosto  
de mil quinientos veintiuno  
en que a conquistar vino el asqueroso  
Cortés a este suelo puro;  
fue Tenochtitlán el sitio luctuoso  
que contempló taciturno  
una mortandad que llenó de gozo  
al trono ibérico y de orgullo.  
Después de cuatro centurias,  
según poco más o menos,  
volvió otra vez esa espuria  
fecha escrita a sangre y fuego;  
ahí Cortés cruel tortura,  
aquí Carrión dio un degüello,  
año 16 de injuria,  
13 de Agosto recuerdo.

La Independencia lograda en 1821, después de diez años de lucha, es considerada como una revancha y como una recuperación del suelo patrio:<sup>17</sup>

Hoy los indios mejicanos  
reconocen propiedades,  
y son libres ciudadanos  
gracias a Hidalgo y Juárez.

---

<sup>16</sup> *Bola del sitio de Tlaltizapán*, “Bola doble” de Marciano Silva, 144 versos, Hoja Volante 1,916, sin pie de imprenta, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, pp. 364-367.

<sup>17</sup> *Corrido de la Independencia*, del cuaderno de Martín Urzúa.

Los pueblos son soberanos  
y acérrimos liberales,  
al fin salieron del fango  
de tantas iniquidades.

Finalmente, se asimila bajo una misma categoría de agresores a los franceses, a los conservadores y a los hacendados, considerados como enemigos naturales de los pueblos. Se considera que fue el indio Juárez quien salvó a la patria del extranjero. Es así como la memoria histórica popular es una memoria en la que la lucha por la tierra y la lucha contra el extranjero se confunden. En la larga duración, la historia mexicana es también la historia de una lucha por la tierra encarnada por Juan Álvarez, héroe de la Independencia y cacique de Guerrero, quien clamaba por una supuestamente prístina *República Indiana*.

LA REPÚBLICA INDIANA Y EL MUNICIPIO LIBRE EN TIERRAS ZAPATISTAS:  
PUEBLOS DE LA “REPÚBLICA INDIANA” VS. “ESPAÑOLES” INVASORES

A fines del Porfiriato, los mestizos pueblerinos del Sur vuelven a apropiarse de la toponimia indígena originaria como recurso de identificación étnica en la lucha contra sus adversarios, identificados también genéricamente como “españoles”. Así, en numerosos corridos de resistencia al Gobierno recurren una y otra vez los nombres de Anáhuac y Tenochtitlán para denostar a los “españoles” y a su protector en turno, Porfirio Díaz. Así rezan las estrofas 10 y 16 del *Corrido a Porfirio Díaz*,<sup>18</sup> de autor desconocido:

Lo que ambicionabas, Calígula, se cumplió,  
tributario tienes al gran suelo del Anáhuac,  
y ésta es la recompensa que el pueblo recibe hoy,  
la que le prometiste en las lomas de Tecocac.  
[...]  
Sigue tu calvario, preciosa Tenochtitlán,  
que tiempos felices tal vez llegarán a ti,  
si no hay otro Hidalgo que tenga de ti piedad  
cual una betania encontrarás tu ángel al fin (sic).

<sup>18</sup> *Corrido a Porfirio Díaz*, anónimo, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, pp. 337-339.

Más aún, los rebeldes surianos se consideran prolongación y parte de una mítica y enigmática “República Indiana”, contrapuesta a la “Nación Española”, considerada como potencia invasora que ha venido a conculcar los derechos de los pueblos campesinos. Se requiere, por lo tanto, una nueva revolución de independencia. He aquí algunas estrofas del *Corrido a la Patria*,<sup>19</sup> recopilado en Morelos en 1909, que tematizan explícitamente estos conceptos:

Tú ya no eres República Indiana,  
hoy colonia te vas a nombrar;  
vas a ser sojuzgada de España  
y tus hijos esclavos serán.

Cura Hidalgo, si resucitaras,  
¡qué dijeras en esta ocasión,  
al mirar la República Indiana  
gobernada por un español!

Se sabe que la expresión “República Indiana” fue lanzada por Juan Álvarez, uno de los caudillos populares de la Independencia, compañero de lucha de Morelos y Guerrero. Sirvió como membrete del primer gran movimiento indigenista y mestizo del Sur de México en la segunda mitad del siglo XIX, con un carácter claramente civil y laico, e incluso con tintes de anticlericalismo propios de la época de la Reforma. Los movimientos de resistencia indígena anteriores se habían caracterizado por su corte milenarista, es decir, por sus planteamientos socio-religiosos que apuntaban a una especie de sociedad teocrática. Pero ahora el concepto de República Indiana se “seculariza” y abandona por completo la utopía milenarista.

El concepto de “República Indiana”, que en la memoria de los campesinos surianos suena como un eco lejano de la antigua autonomía de las “Repúblicas de Indios” de la época colonial asentadas en sus tierras comunales, y que quizás por eso mismo sirvió para lograr la adhesión de las huestes del Sur a la ideología liberal, connota ahora la revalorización de la “raza” indígena y el resurgimiento del orgullo étnico frente al “español” opresor reencarnado en los hacendados y en su protector: Porfirio Díaz. Son numerosos los corridos de la época que trasuntan este orgullo étnico reencontrado o “racismo al revés”. Véase, por ejemplo, la siguiente estrofa del *Corrido a Porfirio Díaz*, cantado en Morelos:

---

<sup>19</sup> *Corrido a la Patria*, anónimo, ibidem, pp. 240-242.

No inclines tu frente, República mexicana  
 ante el hijo ingrato que se señorea de ti;  
 noble descendiente de uno de los reinos de Asia,  
 país de Moctezuma, Cuauhtémoc y Cuauhtemoczin.

Lo interesante de todo esto es que los corridistas conciben la lucha de los pueblos por sus derechos políticos y sociales durante la época del Porfiriato, por un lado como *continuación o reedición de la guerra de Independencia* frente a los conquistadores españoles; y por otra como una *lucha étnica* entre mexicanos, herederos de la “República Indiana”, y “españoles” invasores. Como ya dijimos, los corridistas de la época llaman genéricamente *iberos, hispanos o españoles* a los terratenientes dueños de las haciendas y a sus capataces. Véase, por ejemplo, el tenor del siguiente corrido llamado *Corrido a la Patria*:

Al mirar que ya los españoles  
 son los dueños de este patrio suelo,  
 son las pruebas de que estos señores  
 vendrá tiempo en que nos peguen fierro.

[...]

Se halla el territorio mexicano  
 invadido por esa nación;  
 los primeros son los hacendados  
 que nos tienen en gran confusión.

El supremo gobierno permite  
 el que gocen de sus garantías,  
 y que a los mejicanos les quiten  
 el derecho de sus correrías.

Quizás se pueda concluir que, debido al recuerdo todavía no muy lejano de la guerra de la Independencia, al origen efectivamente español de gran parte de los hacendados y sus capataces y, sobre todo, a la tenaz persistencia de la idea de “República Indiana” de Juan Álvarez en la memoria colectiva de los pueblos surianos, éstos sólo disponían de las categorías étnicas para caracterizar políticamente su lucha por la justicia social y la autonomía municipal. Para los campesinos todavía no era pensable subsumir esta lucha en términos de clases sociales, como lo haría el movimiento obrero magonista en las ciudades.

Si bien es cierto que los campesinos surianos se identificaban como indios, esta revalorización étnica no era un simple ardid discursivo en su lucha contra las haciendas, sino que implicaba una concepción de sus comunidades opuesta a los

planteamientos sociales de los liberales. En efecto, ser indio implicaba defender un valor fundamental: la *justicia social*.

Antes de abordar el contenido de la causa que está en juego, es decir, la defensa de la justicia social –asociada, como se verá, a la reivindicación de la autonomía de los pueblos–, vale la pena mencionar la manera en que los defensores de esta causa se identificaban a sí mismos e identificaban, recíprocamente, a sus adversarios opresores. Nos encontraremos con un fenómeno ideológico ya señalado por Marx cuando afirmaba en *El dieciocho Brumario* que en épocas de luchas sociales los combatientes “tienden a conjurar en su auxilio los espíritus del pasado” para representar “la nueva escena de la historia”.<sup>20</sup>

#### LA IDEA CAMPESINA DE JUSTICIA SOCIAL

¿Pero qué era lo que estaba realmente en juego en este persistente conflicto entre pueblos y haciendas (estas últimas apoyadas por el poder político central), identificados étnicamente como “indios” y “españoles” respectivamente?

Se trata fundamentalmente de lo que podríamos llamar concepción campesina de la justicia social, ya que tiene que ver con el derecho de acceso de la población a los bienes y servicios requeridos para asegurar la subsistencia y un mínimo de bienestar social.<sup>21</sup> Naturalmente, la expresión “justicia social” no se encuentra literalmente en nuestros textos. Éstos sólo hablan de “justicia”, “derecho”, “ley” y, a veces, “código legal”, pero el contenido es el mismo. “Reforma, Libertad, Justicia

---

<sup>20</sup> Se produce aquí algo semejante a lo que el mismo Marx llamaba “la tradición de las generaciones muertas [que] oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”. Según Marx, frecuentemente este recurso al pasado sólo sirve como parodia y farsa. Pero no siempre. En otros casos “la resurrección de los muertos” sirve “para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no para retroceder ante su cumplimiento en la realidad, para encontrar el nuevo espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez a su espectro”, MARX, Karl, “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, t. I, pp. 404-498.

<sup>21</sup> En la tradición jusnaturalista la justicia social, que se distingue de la justicia distributiva y conmutativa, tiene por base derechos relacionados con el “bien común” de la sociedad, sus grupos y sus clases sociales, y se relaciona con la redistribución del producto social. Se trata de un concepto surgido a comienzos del siglo XIX en relación con la llamada “cuestión social” planteada por el ascenso de los movimientos obreros. Ver: MESSNER, Johannes, *Social Ethics: Natural Law in the Western World*, Herder Book Co., St. Louis / London, 1952, p. 216.

y Ley”, rezaba el antiguo lema zapatista . Y hay un corrido de Elías Domínguez,<sup>22</sup> titulado *Nueve años*, que lo expresa todavía con mayor claridad:

Los pueblos lo que quieren son buenas garantías,  
que se juzgue arreglado al código legal;  
rigiendo bien sus leyes mucho agradecerán,  
respetando el derecho, así se hará la paz.

Pero hay que destacar de inmediato que para los campesinos la “justicia social” así entendida pasa fundamentalmente por *la propiedad comunitaria de la tierra* y el libre acceso a sus recursos esenciales, como el agua, los montes, los pastos y las parcelas de cultivo. Y se entiende que así sea, ya que en una economía campesina de subsistencia, la tierra constituye el *bien social* por antonomasia que permite asegurar la reproducción económica y social de la comunidad. Apoyados en una larga tradición que, como vimos, se remonta a la República de Indios de la Colonia, los campesinos surianos consideraban la propiedad comunitaria de la tierra como un derecho natural y a la vez “legal” (es decir, avalado por títulos otorgados por las autoridades) inherente a los pueblos. Pero nótese que los sujetos de la “justicia social” así entendida no son los individuos sino los pueblos, y tiene por contexto una cultura comunitaria basada en la reciprocidad (sistema de cargos, trabajo colectivo, solidaridad económica a través de cajas de comunidad, etc.). En la percepción de los campesinos no es la propiedad privada sancionada por el poder estatal lo que permite el acceso a la tierra y al usufructo de la misma, sino *la pertenencia a la comunidad*.

Pero junto a esta “justicia social” centrada en el derecho a la tierra, y en estrecha conexión con ella, los campesinos también consideran como un derecho cuasi-natural fincado en la tradición de los pueblos el *autogobierno*, esto es, la autonomía municipal. Se trata esta vez de un derecho político que los campesinos consideran como un medio indispensable para hacer efectiva la “justicia social”, es decir, para garantizar el acceso a la tierra y la disponibilidad de los recursos que entraña. En la percepción de los pueblos, la autonomía municipal es la herramienta política indispensable que les permite el manejo directo de sus recursos para asegurar la subsistencia y el bienestar de la comunidad. De aquí la reivindicación del “municipio libre”, que en la memoria colectiva de los pueblos evoca la antigua autonomía de las Repúblicas de indios, y no el municipalismo proto-liberal de los ayuntamientos criollos de la época de la Independencia.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> Trovador campesino ágrafo de Los Hornos, Morelos.

<sup>23</sup> En el trabajo HÉAU, Catherine, “La tradición autonomista y legalista de los pueblos en territorio zapatista”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 121-140, he

Ahora bien, los campesinos morelenses denuncian la violación general y persistente de ambos derechos por hacendados, rancheros y caciques, eficazmente secundados por los jefes políticos locales y por el propio Porfirio Díaz. Surge de este modo lo que Barrington Moore llama “sentimiento de injusticia”.<sup>24</sup> Y es precisamente este sentimiento lo que se trasunta en los corridos bajo la forma de una larga letanía de reclamos y agravios relacionados con despojos de tierra, en primer lugar, pero también con las arbitrariedades, represiones y abusos de los jefes políticos locales impuestos por el gobierno de Porfirio Díaz para controlar a los pueblos y cercenar su autonomía. Los campesinos sabían muy bien que la imposición de las autoridades políticas locales y regionales era una de las vías reales para la desposesión de sus tierras.

He aquí, como muestra, dos estrofas de un corrido de Ignacio Trejo<sup>25</sup> titulado *La toma de Cuautla*, donde se lamenta el despojo de las tierras de la ciudad de Cuautla, capital de Morelos, por parte de las haciendas azucareras que la rodeaban:

Cierto es que te encuentras rodeada de ingenios,  
pero esa es tu mayor ruina.  
Según unos cuentan que allá en otros tiempos  
tu extensión era más digna.  
Hoy veo que sujeta te halláis en terrenos  
y reducida en tus líneas.  
Ciudad predilecta, qué sucede en esto;  
despierta si estáis dormida.

Tanto así llegan a odiarte  
según sus ecos declaran,  
que quisieran contemplarte  
como el desierto de Sahara.  
Estéril, siendo un oasis,  
donde las aguas del Teara  
se transmiten abundantes.

---

señalado el *quid pro quo* histórico que consiste en confundir ambas tradiciones municipalistas bajo el mismo membrete de “municipio libre”. Incluso en nuestros días no son lo mismo el “municipio libre” reivindicado por los indígenas chiapanecos, y el “municipio libre” convertido en bandera del Partido de Acción Nacional (PAN).

<sup>24</sup> MOORE, Barrington, *La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, UNAM, México, 1989, p. 17.

<sup>25</sup> Corridista campesino de fines del siglo XIX, nacido en el sur de Morelos, pero radicado en Mayanalán, Guerrero.

Por lo que toca a la violación de los derechos políticos, los corridos populares responden reafirmando la “soberanía” de los pueblos;<sup>26</sup> denostando a Porfirio Díaz con calificativos denigrantes como “Calígula”, “hijo ingrato” de la patria, “traidor”, “gobernante cruel”; y denunciando los asesinatos políticos como el de García de la Cadena, por ejemplo, a quien nos referimos anteriormente.

Lo que se encontró en los corridos es una idea muy peculiar de justicia social centrada en la reivindicación comunitaria de la tierra, y paradójicamente asociada a la ideología liberal dominante que en su versión oficial y urbana constituía, sin embargo, su negación directa. Lo que revela que los campesinos reelaboraban y sometían a una revisión drástica las ideas liberales dominantes en función de sus intereses locales y de su memoria ancestral.<sup>27</sup> Este trabajo de revisión y readaptación ideológica —que en este caso implicaba alterar radicalmente el contenido de la ideología liberal manteniendo apenas el membrete— no hubiera sido posible sin la intervención de una capa de “intelectuales pueblerinos” probablemente adscritos a los clubes liberales de la región. El trabajo de hormiga de estos “intelectuales” anónimos, y las ideas generadas en el nivel local acerca de tópicos como justicia, pueblo, legalidad y Reforma, deben considerarse, a nuestro modo de ver, como uno de los precedentes ideológico-políticos de la Revolución Mexicana por lo menos en la región centro-sur, es decir, en la región dominada por la figura de Emiliano Zapata, el máximo representante de la vertiente campesina de esta revolución.

Al finalizar la Revolución Mexicana desaparece la dimensión étnica de las luchas populares que de ahora en adelante se incorporan a la lucha de clases en tanto que campesinado o proletariado. Estas categorías ocultan el problema de la especificidad étnica de estas luchas, pero no lo resuelven. Es una situación ideológica en la que se elude toda diversidad cultural. Añádase a esto la acción de la escuela, que tiende a ocultar las diferencias culturales con el propósito de “blanquear” al indio, ya que se considera que éste debe, integrarse a toda costa a la modernidad abandonando su identidad étnica. Sólo se aborda el problema indígena en términos de asimilación, y se considera al indio como incapaz de una visión política. Su “espíritu de campanario” le impediría toda visión nacional de los problemas. Este prejuicio

---

<sup>26</sup> “Los pueblos son soberanos / y acérrimos liberales [...]” (TREJO, Ignacio, *Sitio de Cuautla*, s/f.); “Soberano suelo manchado de sangre / de liberales patriotas [...]” (Bola a *Leopoldo Baena*, 1897); “Lo que ambicionabas, Calígula, se cumplió [...]”. “No inclines tu frente, República mexicana / ante el hijo ingrato que se señorea de ti [...]” (*Corrido a Porfirio Díaz*, s/f).

<sup>27</sup> Por lo tanto carece de sustento —al menos en este caso— el prejuicio historiográfico compartido tanto por los marxistas como por los discípulos de Alexis de Tocqueville, que pregona la escasa politización del campesinado y reduce los movimientos rurales a brutales *jacqueries* o bien a simples reacciones conservadoras opuestas a todo proceso de modernización.

sigue vigente. Pero cabe preguntarse: ¿será verdad que los indígenas son realmente incapaces de asumir políticamente su propio destino? Durante el porfiriato, cada vez que las comunidades indígenas defendían sus derechos, llegaba la represión de inmediato. La “paz” porfiriana fue la paz de los cementerios. La cultura popular morelense –los corridos– conserva todavía hasta nuestros días la memoria de sus dirigentes asesinados.

#### UN ANTICLERICALISMO GUADALUPANO

Transportémonos ahora a los tiempos de Juárez y de la Intervención Francesa en México. La figura de Juárez suele asociarse a la vez con el anticlericalismo y el patriotismo. Llegó a ser la figura mítica de los liberales, el padre fundador casi infalible. Su lucha y su victoria contra los franceses lo volvieron muy popular ya que por todo el país se había extendido la resistencia juarista a Maximiliano y sus tropas francesas. La Iglesia, los conservadores y muchos grupos indígenas apoyaron a Maximiliano. Los liberales, en cambio, lucharon contra los franceses pero también contra los fueros y privilegios del clero. En esta época ser buen patriota implicaba ser liberal y anticlerical. Se luchaba, no contra Dios, sino contra la institución eclesial aliada con los extranjeros. Ser anticlerical no significaba ser ateo, y por lo mismo en el Sur floreció una tradición liberal “juarista” paradójicamente empapada de catolicismo, pero que clamaba por un regreso a la austeridad y solidaridad de los primeros tiempos: “Amo al cristianismo cuando lo encuentro tan puro como en los primeros y hermosos días del Evangelio” escribía Ignacio Altamirano, oriundo de Tixtla, Guerrero, en *Navidad en las Montañas*.<sup>28</sup>

En lo que sigue nos proponemos ilustrar la transmigración, un tanto retardada en el tiempo, de este anticlericalismo liberal a la cultura campesina morelense en la época del porfiriato y la revolución. La única fuente de que disponemos para ello son nuevamente los corridos de la época con contenido ideológico-político.

Un corrido en esdrújulas, probablemente de fines del siglo XIX –que debió haberse cantado en ocasión de las fiestas patrias del 16 de septiembre– ilustra espléndidamente la versión campesina del liberalismo que amalgama el anticlericalismo con la religiosidad. Este corrido fue recopilado de un manuscrito de 1909 en Jonacatepec, Morelos,<sup>29</sup> con el título *Honor Al Benemérito Anciano de Dolores*. Reproducimos a continuación parte de este corrido, debido a su carácter único en

<sup>28</sup> ALTAMIRANO, Ignacio Manuel, *Navidad en las montañas*, Editorial Porrúa, México, 2000 [1871], p. 99.

<sup>29</sup> URZÚA, *Cuaderno*.

cuanto a su contenido histórico, su evidente factura semiculta y su métrica peculiar. Es una pieza que refleja muy bien el vínculo político entre liberales de la ciudad y del campo.

El año diez del mes de Octubre, fecha mísera  
se ha pronunciado un cruel edicto en la metrópoli  
en contra de Hidalgo, por su señoría ilustrísima  
Xavier Lizama y Beamot.

Digno arzobispo que se mezcló en la política,  
lo cual no harían con Jesús Cristo los apóstoles,  
pues su decreto era una oposición ridícula  
al gran Libertador.

Soy mexicano y por desgracia seré el único  
que no conserve en mi mente alguna página,  
pero sosténgome en que Hidalgo no fue estúpido  
si no un gran redentor.

Inmaculado será siempre el que de un púlpito  
bajó a pelear contra de una potencia bárbara,  
que cual Nerones con un carácter impúdico  
trataron a la Nación.

Ese Egipto, aquel pueblo de los mártires  
que sucumbió bajo la fuerza del ibérico,  
el cual enseñó Moisés, gritaba “sálvame  
del poder virreinal”.

Hidalgo dijo en compañía del pueblo unánime:  
“Independencia y Libertad, ¡que viva México!”  
y después esos nuevos héroes al fin hállanse  
dispuestos a pelear.

Yo creo que el hombre nace libre en todo término  
y nadie puede disponer ni del más ínfimo,  
en condición somos iguales y no hay más mérito  
que el que uno llega a ser.

Dicen que el cura de Dolores fue un ridículo  
y anticatólico en reconquistar la América

para los Indios que eran los dueños legítimos  
de tan grande propiedad.

Herejes fueron aquellos hombres hipócritas  
que con el nombre de una religión purísima  
sacrificaban a los pueblos por idólatras  
con la mayor crueldad.

Con el objeto de sentar la fe católica  
se hicieron dueños de posesiones riquísimas,  
saquearon templos y palacios sin más teórica (sic)  
que el robo y la impiedad.

No aquellos hombres que expiraron en un Gólgota  
por el solo hecho de salvar su país legítimo  
de esa Nación que lo explotaba en toda fórmula  
con grande rectitud.

¡Viva por siempre el gran Libertador de Méjico!  
que con su sangre nos borró la mancha impúdica  
que en nuestra frente había grabado el trono ibérico  
en tan triste ocasión.

En la más pura tradición liberal se critica aquí a la Iglesia institucional, pero al mismo tiempo se considera a Miguel Hidalgo como la reencarnación de un Cristo pobre y libertador de su pueblo, o también de un Moisés que encabeza el éxodo de su pueblo de Egipto. Esta misma figura se aplicará a Emiliano Zapata como veremos más adelante ya que el modelo católico era el único esquema de percepción cultural de la realidad. Todo lo social debía ser interpretado según los códigos católicos. En efecto, el discurso religioso era el código fundamental del discurso social común cuya matriz bíblica permitía, incluso, confundir en una misma representación simbólica el apego al terruño con el amor por una mujer:<sup>30</sup>

Bajo este cielo hermosa Azteca eres nacida  
y yo he nacido en esta tierra bendita,  
pues para mí ésta es la tierra prometida  
que Dios eterno ofreció a los Israelitas.  
[...]

---

<sup>30</sup> SILVA, Marciano, *Gracioso el Alba*, Hoja Volante, s/f.

Que el Dios de Abraham conserve siempre tu existencia  
y tu hermosura como virgen venerada  
para que así pueda alcanzar correspondencia  
y sea el alivio y el consuelo para mi alma.

Hay que tener muy en cuenta que se ataca a la Iglesia terrenal en sus bienes, fueros y privilegios, pero no a la fe. Lo repetimos una vez más: los liberales surianos son anticlericales, pero creyentes. Esta afirmación parece un oxímoron, pero veamos, por ejemplo, cómo la *Bola de la Toma de Cuautla por Zapata* defiende los ideales liberales utilizando metáforas católicas:

¡Viva la Guadalupana!  
gritaban los insurgentes,  
¡que es la reina soberana  
de los indios de occidente!  
[...]  
Según la ley constituida  
por el demócrata Juárez,  
no hay jerarquías en la vida,  
toditos somos iguales.

El término *clerical*, que tradicionalmente denota todo lo relacionado con la institución eclesial, connota ahora el poder, las riquezas y los privilegios del clero. Deja de tener un sentido puramente referencial para dar paso a un juicio de valor. Los términos *clericales* y *anticlericales* pasan a ser atributos calificadores. Es decir, un término inicialmente neutro y puramente denotativo se ve recubierto ahora por un envoltorio discursivo francamente estigmatizante. *Clerical* llega a significar tradición y superstición, mientras que *anticlerical* equivale a modernidad y ciencia.

Cualquiera diría que el liberalismo popular tiende a sustituir la práctica religiosa por una práctica nacionalista que celebra la gloria azteca. Pero de hecho sigue utilizando los mismos códigos religiosos al asociar ambas prácticas, como lo acabamos de notar, incluso en un corrido de amor. Se cambia a Moisés por Cuauhtémoc, pero persiste el paradigma bíblico de un pueblo oprimido que busca su liberación bajo la dirección de un jefe carismático reconocido como caudillo por todos.

Si nos transportamos ahora a los tiempos de Zapata, nos encontraremos nuevamente con la paradoja de un supuesto discurso libertario y liberal que se expresa a través de arquetipos bíblicos y evangélicos. Examinemos, por ejemplo, los corridos zapatistas que presentan bajo una coloración religiosa los temas de la liberación y de la muerte. Ya mencionamos la asociación de la imagen histórica de Hidalgo con la

de Moisés. Esta misma metáfora bíblica es retomada posteriormente a propósito de Madero en la *Bola de la Toma de Cuautla por Zapata*,<sup>31</sup> de mayo de 1911, atribuida a Marciano Silva:

Don Francisco I. Madero apareció en Chihuahua  
 como el Mesías prometido,  
 diciéndole al pueblo: “levántate y anda,  
 yo siempre seré contigo”;  
 entonces el pueblo, cual Lázaro anda  
 y al notarlo don Porfirio,  
 se llena de miedo y a París se lanza  
 huyendo y buscando un abrigo.

En el transcurso de la revolución, la imagen de Madero se desvanece en el Sur y se yergue la de Zapata, quien será presentado también como un Moisés libertador de su pueblo. Así lo hace, por ejemplo, otro corrido de Marciano Silva, escrito en 1913, que lleva por título *El exterminio de Morelos*.<sup>32</sup>

Son nuestros pueblos convertidos en cenizas  
 por un gobierno cruel y bárbaro a la vez,  
 y perseguidos cual los pobres israelitas,  
 hasta que venga a libertarnos un Moisés.

Los zapatistas se convierten ahora en el pueblo predilecto de Dios, una minoría que lucha heroicamente por los ideales sagrados de la igualdad social y de la justicia. Los corridos morelenses comparan el andar azaroso de las huestes zapatistas por los montes de Morelos con el éxodo del pueblo de Dios de Egipto. Finalmente, a la hora de su muerte Zapata es comparado con el mismo Cristo porque

como Cristo llegó al fin de su jornada  
 por libertar de la opresión a nuestra raza.

Las peripecias ideológicas de la gesta zapatista ilustran admirablemente cómo los movimientos populares se apropian de una memoria colectiva preexistente y de las ideologías y mitos disponibles en esa memoria para legitimar sus luchas presentes.

---

<sup>31</sup> Autor: Marciano Silva, cantada por Adolfo Rubio Huerta de Tlanepantla, Morelos, en 1981, recopilada en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, pp. 275-282. Se trata de una “bola doble” (duplica la métrica básica de la bola: en lugar de cuartetos, se versifica en octetos). ¡Consta de 272 versos!

<sup>32</sup> Cantado por Miguel Bello Moreno, de Tepoztlán, ibídem, pp. 302-305.

La necesidad de encontrar y establecer una filiación histórica que legitime la lucha actual dentro de los parámetros de la ideología dominante ha sido una constante en la historia de América Latina.

Otro tópico social impregnado por una concepción profundamente religiosa es la muerte. Basta con citar dos corridos zapatistas: *La Muerte de Felipe Neri* y *la Bola de los Presidentes*. El final del corrido fúnebre a Felipe Neri<sup>33</sup> reza así:

Duerme tranquilo en tu sarcófago de paz  
el dulce sueño de la muerte en tu mansión;  
si ya no puedes defender la libertad,  
descanse en paz con justa veneración,  
mientras nosotros en el mundo a lamentar  
esa muerte desgraciada y sin razón.

La muerte es el sueño eterno de los justos.<sup>34</sup> Se llega a pertenecer al círculo de los justos por haber defendido a su pueblo (otra vez como Moisés). Entre los “méritos” que permiten entrar a la mansión del Señor está el de haber estado al servicio del pueblo. Si el compromiso con el pueblo lleva a la mansión del Señor, el abuso en contra del mismo conduce a “los infiernos”. Al menos es esto lo que se infiere de *la Bola de los Presidentes*,<sup>35</sup> compuesto a comienzos de los años veinte por el trovador ágrafo Elías Domínguez, de Los Hornos, Morelos, contemporáneo de Marciano Silva y perteneciente a la última generación de trovadores zapatistas:

Todo el auditorio que se halla presente  
en prestarme su atención,  
con gusto y buen modo voy a declararles  
un sueño-revelación.

---

<sup>33</sup> Cantado (y preservado) por Leobaldo Chávez, de Tlayacapán, Morelos, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, pp. 310-311.

<sup>34</sup> Encontramos estas mismas figuras poéticas en el corrido *Anónimo a Porfirio Díaz* recopilado tanto en Jonacatepec, Morelos, como en la Tlalchapa, Tierra Caliente de Guerrero: “Si estás durmiendo duerme en paz, en el sepulcro el dulce sueño de la muerte,/ mientras nosotros lamentamos en el mundo nuestra suerte desgraciada/ hasta que Dios con su grandeza pues nos saque del panorama terrestre/ y nos regrese para siempre a descansar allá en el seno de la nada”. Recopilado por Armando de MARÍA Y CAMPOS, *La Revolución Mexicana a través de los corridos populares*, t. 1, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1962, p. 88. La versión morelense, más completa y mejor escrita, se encuentra en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, p. 233.

<sup>35</sup> Cantada por Mauro Vargas (q.e.p.d.), de Cuauhuixtla, Morelos, después de un año de grabar con él los corridos que recordaba, porque pensaba que estaba prohibido cantarla y pudiera traerle problemas. En GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, p. 398.

Soñé que fui a los infiernos  
y ví a don Porfirio Díaz  
contestando con Madero  
lo que en este mundo hacían.

Vi a Porfirio Díaz y al señor Madero  
dentro de un perol de aceite,  
se estaban diciendo: “buen premio ganamos  
por haber sido presidentes”.  
[...]  
Goliat empuñó una lanza  
porque ahí es el más valiente,  
y dijo: “Echénme a Carranza  
al perol de presidentes”.

He aquí el imaginario del infierno medieval immortalizado por Dante. Es la imaginiería reproducida por las ilustraciones de los viejos catecismos católicos, en los que el infierno se representa como un espacio en llamas con peroles de aceite hirviendo y diablos armados de tridentes.

Pero los campesinos utilizan esta imaginiería, que se ajusta tan bien a sus códigos realistas, para juzgar moralmente a los “honorables presidentes” que en realidad fueron “tiranos y asesinos” de su pueblo y así adelantan a su manera el Juicio final.

#### LA GUERRA

Durante la lucha electoral de 1908 los ánimos se caldearon y recrudeció el odio al español. En el siguiente corrido,<sup>36</sup> que aparentemente hace campaña para llevar a Leyva a la presidencia de la República y no al gobierno de Morelos, se anuncia que la lucha será con las armas en la mano y no con boletas electorales. Se dirige claramente a todos los “mejicanitos” y no sólo a los morelenses:

Que viva Méjico y que muera España,  
y los que pretenden el interés;  
vámonos todos a empuñar las armas  
para pelear a nuestro deber.

Mejicanitos, qué es lo que pasa,  
que los españoles nos han subyugado;

---

<sup>36</sup> URZÚA, *Cuaderno*.

por ahí viene Leyva a nuestra defensa  
porque él siempre ha visto por el mejicano.

Esos españoles hoy quisieran ver  
a ese señor Leyva de aquí desterrado,  
para que empuñados de todo el deber  
y de todo fueran los apoderados.

Aquella silla presidencial,  
que el señor Leyva ha de gobernar,  
veinte y siete estados de la capital,  
ha dicho que triunfe y ha de triunfar.

Esos hacendados quisieran tener  
un buen presidente para su favor,  
que los mejicanos y toda la gente  
manchen con su sangre los campos de honor.

Aquellos orgullos y fantasías  
que en los españoles venimos mirando,  
más tarde veremos que se llegue el día  
en que nos abonen hasta lo atrasado.

Esos españoles y dueños de fincas  
han hipotecado bastante dinero,  
no han querido ver sentado en la silla  
a ese señor Leyva, rey del extranjero.

República indiana yo ya me despido  
a dónde estarán estos hombres guerreros,  
los que defendieron la patria mejicana  
sin interesar a ningún dinero.

Aquel pabellón de la presidencia  
el que nos ampara a los mejicanos,  
por eso hemos visto tanta inteligencia,  
que Porfirio Díaz recibe en sus manos.

Palabras de honor, hoy si se acabaron  
por esos tratados de revolución,  
ya todos los hombres ya se sepultaron  
ahora sólo reina la pura ambición.

Pasada la efervescencia política del año 1909 provocada por las elecciones a gobernador de Morelos (febrero) en las que los pueblos apoyaron decididamente a Patricio Leyva, el año de 1910 se anuncia sombrío. Una vez más los pueblos fueron defraudados y su voto no respetado: Porfirio Díaz impuso al hacendado Pablo Escandón a la vez que anunció su próxima reelección. La situación económica es difícil: pocas tierras y poca agua. Durante las ferias de Cuaresma que se celebran por toda la región en los días Viernes, entre toros, gallos, lotería y aguardiente de Zacualpan o mezcal de Guerrero, sólo se habla de la situación política: el “hasta aquí” de los pueblos que se sienten burlados y angustiados por su futuro. Las haciendas reinan por todo el estado y se esfumó la esperanza depositada en Leyva, como gobernador, y Madero, como presidente, para recuperar las tierras y el agua. Los corridos expresan el enojo y el desengaño de sus seguidores.

Los pueblos (aunque no sus presidentes municipales, tinterillos del gobierno) son ahora maderistas. En la feria de Jojutla, el primero de enero de 1911, se reúnen los liberales locales en torno al maestro Pablo Torres Burgos. Los hombres del campo comparten su descontento, discuten la situación e intercambian ideas: hay que conservar la organización y solidaridad que surgieron a raíz de la candidatura de Leyva. Madero llamó a la revolución y su llamada tuvo eco en Morelos. En las ferias de los dos primeros viernes de cuaresma, los cabecillas regionales llegan a ciertos acuerdos y durante la feria de Cuautla, el tercer viernes (10 de marzo de 1911), el representante de Villa de Ayala-Anenecuilco, Emiliano Zapata, se levanta en armas en nombre de Madero, seguido por los representantes de los pueblos del oriente, sur y norte de Morelos. La ciudad capital, Cuernavaca, sede de los poderes estatales y federales, tenía una larga tradición conservadora y resentía a Cuautla como su rival por ser el centro económico de la región, y no participó de inmediato en la rebelión. Pronto los maderistas morelenses que rápidamente suman tres mil hombres, llegan hasta Puebla (20 de abril), importante centro ferroviario, recorriendo la ruta de la caña de azúcar: Chinameca (donde se une Felipe Neri), Jonacatepec, Tepalcingo, Axochiapan, Chietla (donde se suma Francisco Mendoza), Chiautla, Izúcar de Matamoros (16 de abril) y Atlixco (8 de mayo). En su paso por las haciendas toman armas, caballos y víveres.

Don Porfirio reacciona mandando su mejor batallón, apodado el *Quinto de Oro* a Cuautla. El 13 de mayo, Zapata encabeza y coordina el sitio de la ciudad. El hasta ese entonces invicto batallón porfirista sufre su primera derrota y los rebeldes se enseñorean del estado bajo el mando de Zapata, nombrado general por sus tropas. Marciano Silva, trovador nacido en la hacienda de Treinta y que desde joven participaba en las reuniones de corridistas surianos, empuña las armas de su pluma y escribe con mucha fiera y sentimiento la *Bola de la toma de Cuautla por Zapata*. A

fines de mayo Porfirio Díaz renuncia y sale al exilio. Los maderistas morelenses esperan que el nuevo gobierno les devuelva sus tierras. Cansado de esperar, Zapata se entrevista en julio con Madero y promete deponer las armas. En agosto se inicia la “pacificación” de Morelos: mientras los campesinos entregan sus armas, las fuerzas federales a las órdenes de Victoriano Huerta atacan la hacienda de Chinameca donde descansaba Zapata. Marciano Silva nos entrega la narración de la traición en la bola *Historia del pronunciamiento del general Emiliano Zapata o la traición de Federico Morales*<sup>37</sup> en la que claramente se equipara a Zapata con la gesta de Hidalgo: se entera de la traición, manda tocar las campanas, da el grito el 30 de agosto. Así se “pronunció” Zapata:

[...] El jefe Zapata no estando conforme  
después de haber conquistado,  
se salió de Cuautla según informes  
pensando en los resultados.

Se fue rumbo a Anenecuilco  
que era su tierra natal,  
porque conoció el peligro,  
pues lo iban a traicionar.

Estando en su casa aunque no tranquilo  
pensando en lo que sería,  
el nuevo gobierno quiso perseguirlo  
por su gran bazaría.

Porque era un hombre valiente  
nuestro general suriano,  
querían políticamente  
por completo exterminarlo.

Llegó la noticia según se declara  
al pueblo de Anenecuilco,  
que luego al momento él se retirara  
que iban a formarle sitio.

Mandó tocar las campanas  
nuestro invicto general:

---

<sup>37</sup> Esta bola y el corrido de Marciano Silva *La Toma de Chilpancingo o la Muerte del General Cartón* son sus piezas más conocidas entre los trovadores surianos.

¡Vamos de nuevo a campaña  
a defender nuestro ideal!

En aquel momento se reunió su pueblo  
para ver lo que pasaba,  
y les dio a saber que el nuevo gobierno  
asesinarlo trataba.

“Yo no ambiciono la silla,  
ni tampoco un alto puesto,  
siento a mi patria querida  
verla en tan cruel sufrimiento”.

Hablóle a su hermano con toda firmeza,  
y le dijo en el momento,  
“rendir ya mis armas sería una tristeza,  
sólo ya después de muerto.

Ésta es política falsa,  
la tengo bien conocida,  
quieren que entregue las armas,  
para quitarnos la vida”.

Respondió don Eufemio con acento fijo  
y un valor sin segundo:  
“Ya no condesciendas a tus armisticios,  
morir peleando es orgullo.

Levantémonos en armas,  
vamos de nuevo a sufrir,  
las conferencias dejarlas,  
hasta vencer o morir.

Hoy lo que interesa es dar providencia  
a lo que el tiempo depare,  
para recibir de la omnipotencia  
lo que el cielo mandare.

Saldremos, después veremos  
qué descubre el firmamento,  
al fin después volveremos  
si nos da lugar el tiempo”.

Día 30 de Agosto dieron este grito  
todos en conformidad:  
“¡Viva nuestra patria y este requisito  
de paz, tierra y de libertad!

Ya vámonos a padecer,  
vámonos de nuevo a sufrir,  
traidor nunca lo he de ser,  
por mi patria he de morir”.

Salieron de Ayala rumbo a Chinameca  
donde se reunieron todos;  
pidieron permiso con toda presteza  
para jugar unos toros. [...]

Zapata escapa a la celada y al romper con Madero, sus hombres toman el nombre de zapatistas. Es el primer gran corrido zapatista ya que la *Toma de Cuautla* se hizo en nombre de Madero. Se refugian en el monte y a fines de noviembre promulgan el Plan de Ayala. Corre el año de 1912 con los federales atrincherados en las ciudades y los zapatistas en los campos. Son campesinos en sus pueblos que toman las armas cuando así lo requieren sus jefes regionales. A diferencia del villismo, el zapatismo no cuenta con un ejército pagado. Los zapatistas transitan sin problemas del arado al rifle y del máuser a sus cultivos para poder alimentarse y alimentar a sus tropas. Así cantan su *himno zapatista*:

Soy zapatista del estado de Morelos  
porque proclamo el Plan de Ayala y de San Luis,  
si no le cumplen lo que al pueblo le ofrecieron,  
sobre las armas lo hemos de hacer cumplir.

Para que adviertan que al pueblo nunca se engaña,  
ni se le trata con enérgica crueldad,  
si semos hijos no entenados de la patria,  
los herederos de la paz y libertad.

Sublime general,  
patriota guerrillero,  
que peleó con gran lealtad  
por defender su patrio suelo.

Espero que ha de triunfar  
por gracia del Ser Supremo,

para poder estar en paz  
en el estado de Morelos.

En 1913, cuando Huerta accede a la presidencia después de asesinar a Madero, los federales se ensañan contra Morelos quemando pueblos y cosechas. Ningún morelense puede permanecer en su pueblo como campesino pacífico, aunque sólo reclame el cumplimiento legal del Plan de San Luis, es decir, la autonomía municipal –libertad– y la devolución de las tierras. Ya todos deben tomar las armas.

El resultado de la campaña incendiaria de Huerta roza *El exterminio de Morelos*, en palabras de Marciano Silva:

¡Oh, caros hijos del estado de Morelos,  
a qué terrible situación habéis llegado!  
El exterminio se enseñorea en nuestro suelo  
por una turba miserable de soldados.

Son nuestros pueblos convertidos en cenizas  
por un gobierno cruel y bárbaro a la vez,  
y perseguidos tal los pobres israelitas,  
hasta que venga a libertarnos un Moisés.

[...]

¿Qué has alcanzado con quemar nuestra comarca  
y perseguir a los neutrales fugitivos?  
Sólo salir avergonzado ante Zapata,  
ya que juraste entregarlo muerto o vivo.

Tú prometiste según tu plan de campaña  
hacerle guerra sin cuartel al zapatismo,  
y vemos que ahora sólo diriges tus armas  
a los pacíficos inermes, ¡qué heroísmo!

Grandes remesas de pacíficos mandabas  
a la metrópoli por su negra desdicha,  
a cuyos hombres sin cesar los denunciabas  
como avanzados en las fuerzas zapatistas.

[...]

Eran las cuevas los santuarios silenciosos  
donde llegaban a albergarse aquellos seres,  
gratos asilos que ocultaban los despojos  
de aquellos pueblos incendiados por infieles.

A principios de 1914 muere Felipe Neri en una emboscada orquestada por un rival zapatista entre Tlayacapan y Amatlán. En Tlayacapan quedó en la memoria local el más sentido corrido fúnebre escrito a un general en la mejor tradición liberal (patriota, libertad, causa liberal, justicia):

Descanse en paz Felipe Neri, ¡oh patriota general!  
de las tropas de Zapata que peleó la libertad.  
Por librar a nuestro estado se dispuso así a pelear,  
con honor a defender la santa causa liberal.

¡Oh, pueblo morelense! agradecido sí en verdad,  
ha sentido en el alma esa muerte tan fatal,  
que ha causado al honorable ¡oh patriota general!  
por prohibir las injusticias, la muerte llegó a encontrar.

Duerme tranquilo en tu sarcófago de paz  
el dulce sueño de la muerte en tu mansión;  
sí ya no puedes defender la libertad,  
descanse en paz con justa veneración.

Mientras nosotros en el mundo a lamentar,  
esa muerte desgraciada y sin razón,  
hasta que el cielo nos lleve a descansar  
para estar al instante en tu reunión.

El cielo te guarde general Felipe Neri,  
que te deseo cual humilde trovador,  
y que descanses para siempre en tus doseles,  
donde se hallan los justos entonando el himno Dios.

En marzo, exactamente tres años después del inicio de la revolución en Morelos, las fuerzas zapatistas en su conjunto (Morelos, Guerrero y Puebla) lanzan su ataque a la capital de Guerrero, Chilpancingo. Es la mayor victoria zapatista y los federales son derrotados, particularmente el general Cartón responsable de incendiar Morelos y en cuya persecución fallece el eminente general Ignacio Maya por una bala perdida. Marciano Silva tardará más de siete meses antes de terminar y entregar al general Zapata su más conocida y socorrida composición: *La derrota y muerte del general Luis Cartón* también llamado *La toma de Chilpancingo*. En el Archivo Zapata existe un documento que nos revela hasta qué punto Zapata era consciente del valor pedagógico, ideológico y consagratorio del corrido en el contexto de cultura

oral de un pueblo en su mayoría ágrafo pero culto. Así escribe Marciano Silva al general Zapata:

Muy señor mío.

Tengo el honor de remitirle adjuntamente con ésta tres composiciones de las cinco que me indica usted, que son: *Las buachas*, *La fuga de un tirano*, y *La canción de los federales*; no le envío a usted la captura de Cartón en Chilpancingo, ni los versos de Maya a consecuencia de que el día seis que bajé a Jojutla, obtuve unos datos interesantes tanto de la muerte de Maya como de Cartón en Chilpancingo y voy a reformar esas dos composiciones, en lo sucesivo si usted las necesitare, estaré pronto a remitírselas como también al señor Paulino Martínez, si juzgare conveniente ponerlas en su valiente periódico, quedo como siempre esperando de vuestras órdenes,  
Marciano Silva, 20 octubre de 1914.<sup>38</sup>

El celo que manifiesta aquí Marciano Silva por investigar y recoger datos acerca de los sucesos por él cantados, constituye un hecho interesante para evaluar sus composiciones épicas como fuente de historia, naturalmente de la historia de los de abajo. Era consciente de su papel como cronista-poeta del estado mayor de Zapata.

En el verano de 1914 Huerta abandona la presidencia y huye a Francia:

[...] Y con la Marsellesa,  
te recibe la Francia,  
cobarde Sancho Panza  
de suelo occidental.

Allá en la vieja Europa,  
asilo de mendigos,  
se ocultan los bandidos  
no sé por qué razón.

No hay ley que desconozca  
tal vez como es debido,  
a hombres corrompidos  
a quien dan protección.[...]

Esta *Despedida de don Victoriano Huerta* trovada por Marciano Silva se cantaba con la música de *Adiós mamá Carlota*. La ironía es doble: la vieja Europa como asilo de

---

<sup>38</sup> Agradezco a Laura Esquivel esta información que se puede consultar en el Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Fondo Emiliano Zapata* (FEZ), expediente 914, f. 17.

mendigos donde se ocultan los bandidos, léase españoles y franceses en la memoria colectiva liberal. A finales de noviembre Zapata entra en la ciudad de México. Un corrido que celebra la entrada de Zapata es editado, en la capital, por Antonio Vanegas Arroyo en una hoja volante donde anotó a mano “6,000” ejemplares. Además se hizo una reedición, lo que revela a la vez la popularidad del caudillo del sur y la curiosidad de la población por conocer al que siempre había sido pintado como un monstruo sanguinario. Prácticamente se compuso un corrido por cada día que Zapata pasaba en la capital. Es comprensible que después de la feroz propaganda anti-zapatista desatada por Huerta, la población capitalina quedara desconcertada ante la apariencia humilde y tímida de los hombres de Zapata. No eran la “horda feroz” que se esperaban, sino como lo apunta el corrido *La llegada del señor general Emiliano Zapata*.<sup>39</sup>

Los soldados de Zapata  
son humildes y sinceros,  
no son cual los carrancistas  
orgullosos y altaneros.

Con traje de labradores  
van por la ciudad pasando,  
y sin causar mal a nadie  
de honradez ejemplo dando.

El trovador zapatista Maximiano Mendoza supo explicar muy bien las razones de esta grata sorpresa capitalina en un corrido titulado *Las promesas de San Luis*.<sup>40</sup>

El espartano Zapata fue por muchos calumniado  
porque muchos lo juzgaban como un hombre depravado;  
varios decían que al llegar les causaría graves males,  
entrando a la capital se verían barbaridades.

Nada de eso fue cierto, lo efectivo se ha de hablar,  
éstos entraron correctos con muchísima igualdad,  
dando las gracias al pueblo, demostrando su lealtad,  
dando fama, honor y mérito a su invicto general.

---

<sup>39</sup> Este corrido está en el archivo particular de Arsacio Vanegas Arroyo (q.e.p.d.), nieto del gran impresor popular y publicista de hojas volantes ilustradas por Guadalupe Posada –fallecido en 1913–, don Antonio Vanegas Arroyo, quien murió en 1916.

<sup>40</sup> Hoja volante, sin pie de imprenta.

El año de 1915 es de paz en Morelos. Los intelectuales zapatistas participaron en la Convención, no así el pueblo. Por ello no tenemos corrido alguno que mencione este evento, lo que no significa que no haya existido, solamente que no impregnó la memoria colectiva ya que no encontramos huella de ello. La felicidad no es épica ni heroica y los trovadores estaban demasiado ocupados recuperando sus campos para los cultivos para cantarla.

Si 1915 fue un año afortunado para Morelos, 1916 fue desastroso. Una vez derrotado el ejército villista en el norte, Carranza volvió su atención hacia el sur. Se vuelve a saquear el estado, no sólo se acaba con todos los pueblos y los animales, sino que esta vez los carrancistas desmantelan y queman las haciendas. El evento más sanginario es el *Degüello de Tlaltizapán* narrado también en forma de *Bola del sitio de Tlaltizapán*<sup>41</sup> y el corrido *Vilezas del carrancismo en Tlaltizapán por Clotilde Sosa, un vil Nerón, el 13 de Agosto del año 1916*,<sup>42</sup> ambos de Marciano Silva, quien en la bola compara esa victoria pírrica con la caída de Tenochtitlán y relaciona a los carrancistas con los conquistadores españoles:

Voy a recordar del 13 de agosto de mil quinientos veintiuno  
en que a conquistar vino el asqueroso Cortés a este suelo puro,  
fue Tenochtitlán el sitio luctuoso que contempló taciturno  
una mortandad que llenó de gozo al trono ibérico y de orgullo.

Después de cuatro centurias, según poco más o menos,  
volvió otra vez esa espuria fecha escrita a sangre y fuego;  
ahí Cortés cruel tortura, aquí Carrión dio un degüello,  
año 16 de injuria, 13 de agosto recuerdo.

Marciano Silva lamenta también la lucha fratricida con miembros de la Casa del Obrero Mundial, que después del pacto con Obregón cambian los “talleres por el fusil” (y por dinero), para combatir por igual a los extranjeros y a los morelenses (que sólo pelean por sus ideales, sin ninguna clase de retribución) en su corrido *Danza de los voluntarios*.<sup>43</sup>

<sup>41</sup> Hoja volante, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, pp. 364-367.

<sup>42</sup> Hoja volante, *ibidem*, pp. 368-370.

<sup>43</sup> Hoja volante de Marciano Silva, sin pie de imprenta. Hay que notar que las principales piezas musicales de Marciano Silva en contra de los federales se llaman *Danza*. Así tenemos *Danza de las Huachas*, *Danza de los Voluntarios*, *Danza de Juvenio Robles*, *Danza de Alvaro Obregón*, *Danza de los Carranclanes*.

¡Oh cuánta dignidad se vende por doquier!  
¡Oh cuánto hombre traidor se apresta a combatir  
a un pueblo que a la par reclama su deber:  
las promesas de San Luis!

Por ciento cincuenta fierros marchan así a la frontera  
a combatir a ese pueblo que pelea su libertad,  
sin ver que en su propio suelo de la patria se congela  
la sangre que por Madero se derramó sin piedad.

¿Dónde está el pundonor, dónde está la igualdad,  
el patriotismo fiel que debemos seguir,  
el paternal amor que nos debe de guiar  
para que seamos feliz?

Yo creo que a la madre patria amarla deben sus hijos  
y defenderla entusiasta de cualquier intervención;  
no es por amor a la patria, sólo nos lleva un capricho,  
porque es una grande falta de patriotismo y unión.

No hay bárbaro que diga: ¡Voy a defender a la patria!  
y sus honrados talleres cambien por el fusil;  
¿qué potencia vecina sobre ella se destaca,  
para salvar al país?

Hablando con más franqueza, no es por amor a la patria,  
según lo hacen por fuerza, marchar al campo de honor;  
es la grande conveniencia de vivir sólo en la holganza  
porque el trabajo les cuesta miles gotas de sudor.

Hermanos contra hermanos sucumben sin cesar,  
maldito sea el dinero que los lleva a la lid;  
maldito el mexicano que por un vil metal  
pues se apresta a combatir.

También llamo antipatriotas a esos viles voluntarios  
que sobre un pueblo se arrojan como Caín sobre Abel;  
yo también nombro antipatriotas a esos malos mexicanos  
que de un pueblo se mofan siendo hijos de ella también.

En 1916 el zapatismo pasa de la ofensiva a la defensiva, y es el año de todas las traiciones en el campo zapatista: Barona, el asesino de Neri, es ejecutado por un oficial de Genovevo de la O, Pacheco deja pasar las tropas federales hacia Cuernavaca, Cirilo Serna es traicionado por Crisanto Quintero, Lorenzo Vásquez no defiende Jojutla y los federales, encabezados por Clotilde Sosa, otrora jefe zapatista, llegan al cuartel general de Tlaltizapán; finalmente, Domingo Arenas acepta la amnistía. En Morelos, quizás, estas traiciones fueron más asuntos de jefes locales que de poblaciones. Las defecciones resultaron más dramáticas en Guerrero donde los jefes se mataron entre sí, ya que conocían bien el terreno para las celadas, cimbrándose el movimiento al dividirse la población.

En 1917 al pasarse Tlaxcala, Guerrero y el Estado de México al constitucionalismo, Morelos queda como un pequeño enclave, completamente aislado e imposibilitado para conseguir pertrechos militares, con una economía totalmente derruida. Se deja morir el estado por inanición en medio de un cerco constitucionalista. El aislamiento en que se halla confinado Morelos se extiende hasta el campo ideológico: ya no se habla de Zapata o de los zapatistas en la capital porque la Constitución proclamada el 5 de febrero de este año proclama la autonomía municipal y, en su artículo 27, la propiedad colectiva de la tierra, (pero... ¡no dice cuándo!) integrando así los principales ideales zapatistas. Al evitar toda gran campaña militar en Morelos, Carranza logra desmovilizar los espíritus: sin duda la población se encuentra cansada y los generales inactivos por falta de parque se dedican a las intrigas.

En 1918 dos plagas se adueñan del estado: la influenza española que hace estragos entre los campesinos exhaustos y los yaquis enviados por Obregón. Éstos, como todos los soldados federales que pasaron por Morelos, se dedicaron al saqueo. Los versos agudos de Marciano Silva pintan con humor estas escenas chuscas en *Las hazañas de los yaquis en Morelos*:<sup>44</sup>

El día 24 de agosto por fecha  
fueron a batirse a San Juan Amecac  
con los guajolotes, gallinas cluecas,  
cabras y borregos, ¡qué barbaridad!

Los pobres marranos no hacían resistencia,  
los gallos volaban queriendo escapar;  
y ellos airados decían con violencia:  
“¡De estos zapatistas ni uno ha de quedar!”

<sup>44</sup> Cantado por Mauro Vargas, *ibidem*, pp. 375-377.

Cargando con burros, vacas y cereales  
todo cuanto hubo en ese lugar,  
se fueron contentos de aquellos lugares,  
que al fin les cubrieron su necesidad.

No hay duda de que el año de 1918 sometió a dura prueba la fidelidad zapatista. El corrido *El saqueo de pueblos por Guajardo*<sup>45</sup> (¿será de Maximiano Mendoza?) lamenta la desunión que impera en las filas zapatistas:

Ya no hay unión, no hay igualdad en nuestra gente,  
para asimismo defendernos de esas fieras,  
ya no buscamos enemigos hacia el frente,  
sino al reverso para proteger la vida.

No hay más, en fin, se llevaron esos valientes  
nuestros ganados, guajolotes y gallinas,  
mientras nosotros contemplamos muy inertes  
allá en los montes más altos, nuestra ruina.

Ahora Zapata, león del sur, que en gloria existe,  
cuando se trata de un combate en la ocasión,  
sólo contempla más que puras codornices  
corriendo en grupos sin ninguna dilación.

Más sin embargo, sigue la misión bendita,  
noble Espartaco, que tus armas triunfarán,  
si los bravos del hermoso Plan de Amilpas  
no te segundan, pero al fin contigo están.

Es 1919 el año sonado del asesinato de Zapata en Chinameca. En Morelos la consternación es general. Las piezas más bellas de la trova zapatista emergen del dolor profundo que resienten Marciano Silva y Elías Domínguez. Del primero son el *Duelo de Zapata* y la *Historia de la muerte del gran general Emiliano Zapata*<sup>46</sup> que consta de 160 versos donde deja de mencionar a “los pueblos” para hablar de “proletariado” y “mísero jornal”, en una notable evolución de su pensamiento político:

---

<sup>45</sup> Hoja volante, sin pie de imprenta.

<sup>46</sup> Cantado por Mauro Vargas, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1991, pp. 378-382.

[...] Ese fiel campesino fue el inmortal suriano,  
que indómito peleaba por el Plan de San Luis,  
al ver que su caudillo había ya claudicado  
alzó valiente y digno ese pendón sagrado  
siguiendo con las armas, luchando hasta morir.

Fue Emiliano Zapata el hombre sin segundo,  
que ante la plutocracia su diestra levantó,  
fue un ángel de la patria, un redentor del mundo,  
que por su humilde raza duerme el sueño profundo  
en los brazos de Vesta por voluntad de Dios.

Al ver la tiranía que contra los aztecas  
los blancos dislocaban, siguió a un falso líder,  
tiró a Porfirio Díaz, después siguió con Huerta,  
peleó con bazaría contra las hordas necias  
del infeliz Carranza, donde llegó a caer.

Como los propietarios de este girón de tierra,  
compraban los gobiernos con oro nacional,  
para que el proletario nunca libre se viera,  
teniendo un solo amo y una sola miseria,  
ganando en los ingenios un mísero jornal. [...]

Por el contrario, Elías Domínguez en su corrido *Nueve años se cumplieron de la revolución*,<sup>47</sup> recurre al tradicional léxico liberal y no menciona directamente la muerte de Zapata, sino la épica de “los pueblos” y de Zapata como “pronunciado” con un llamado nostálgico a Benito Juárez: “respetando el derecho, así se hará la paz [...] Ya los pueblos honrados desean tranquilidad, porque ya están cansados de la revolución”. Estos últimos versos son probablemente una crítica velada al desorden local de algunos seguidores de Zapata. Del mismo autor es la pieza más original de la revolución morelense: *La bola de los Presidentes* que reúne dantescamente en el infierno a todos los expresidentes (de Porfirio Díaz a Carranza), haciéndolos dialogar en un perol de aceite hirviendo sobre lo ocurrido en vida. Todos concluyen que si hubieran sabido de las penas del infierno “no intentan ser presidentes”.

---

<sup>47</sup> Cantado por Mauro Vargas, *ibidem*, pp. 389-391.

## CONCLUSIONES

La necesidad de una legitimación histórica para la movilización de las fuerzas zapatistas hizo de Zapata primero el heredero natural de Hidalgo, de Morelos y de Juárez, luego de Cuauhtémoc y de la raza indígena, para finalmente, a la hora de su muerte, proveerle de una ascendencia mítico-religiosa asociándole a los máximos libertadores de un pueblo, es decir, a Moisés y a Jesús. Como heredero de Hidalgo y de Morelos, Zapata representa la liberación del mexicano frente a los españoles, frente a los dueños de la tierra. La memoria de las guerras victoriosas de la Independencia permite presagiar igual destino al movimiento zapatista. Se habrá de recuperar para el pueblo las tierras y el poder de decisión política. El sitio de Cuautla de mayo de 1911 (primera gran victoria zapatista) se asocia en la memoria popular al sitio de Cuautla de mayo de 1812. La rebelión popular de 1911 remite a la rebelión victoriosa de las guerras de Independencia. Por otra parte, el orgullo de la mexicanidad se afianza en la ideología liberal recurriendo a la figura de Juárez. Entonces, las fuerzas federales se asimilan en el imaginario popular a las tropas conservadoras del imperio y las huestes zapatistas se consideran herederas del pensamiento liberal; por lo tanto, su lucha se torna legítima y está al servicio de una justa causa.

El enfrentamiento con Madero radicaliza la lucha y obliga a los zapatistas a reubicarse dentro del campo liberal: se recurre entonces al lema étnico de la República Indiana y la lucha zapatista reviste ahora tintes netamente indígenas. Es la lucha de los indios contra los catrines de las haciendas y del Distrito Federal. Zapata es el heredero de Cuauhtémoc y el gran espadachín de su raza contra la opresión y la represión de los federales. En efecto, a todo lo largo de la lucha Zapata aparece en los corridos como defensor del indio frente a la crueldad de los españoles o de sus representantes en tierra mexicana, es decir, los oficiales de las tropas federales.

Ya hacia el final de la revolución, y a medida que la lucha zapatista se torna más acérrima por el cerco implacable de los federales, la figura de Zapata se aleja cada vez más de su papel histórico y objetivo para adentrarse al mundo del mito. Se retoma y se reconstruye entonces míticamente su imagen en función de las necesidades de legitimación del presente. No sólo se exalta la mexicanidad y el valor de los antiguos héroes, sino que los zapatistas se convierten ahora en el pueblo predilecto de Dios, una minoría que lucha heroicamente por los ideales sagrados de la igualdad social y de la justicia. Los corridos morelenses comparan a Zapata con Moisés y el andar azaroso de las huestes zapatistas por los montes de Morelos, con el éxodo del pueblo de Dios de Egipto. Finalmente, a la hora de su muerte Zapata

ya es comparado con Cristo porque “como Cristo llegó al fin de su jornada/ por libertar de la opresión a nuestra raza”.

Las peripecias ideológicas de la gesta zapatista ilustran cómo los movimientos populares se apropian de una memoria colectiva preexistente y de las ideologías y mitos disponibles en esa memoria, para legitimar sus luchas presentes.

Finalmente, en los relatos mítico-ideológicos del pueblo los héroes no pueden morir. Y aun cuando mueran trágicamente y a traición (como en el caso de Zapata), los relatos lo resucitan y lo transfieren a una esfera de inmortalidad.

Al finalizar la Revolución Mexicana desapareció la dimensión étnica de las luchas populares que, a partir de ese momento, se incorporarán a la lucha de clases en tanto que campesinado o proletariado. Estas categorías ocultaron el problema de la especificidad étnica de estas luchas, pero no lo resolvieron. En esta perspectiva ideológica se eludió toda diversidad cultural.



## La guerra zapatista, 1911-1915

---

*Francisco Pineda*

¡Quién vive! ¡México!  
¡Qué gente! ¡Sin camisa!

En 1915, con esa seña se identificó la tropa zapatista que combatió en Contreras, durante la batalla por México.

**E**L SÁBADO 11 de marzo de 1911, en la plaza de Villa de Ayala, un grupo de campesinos surianos se levantó en armas. Los rebeldes encabezados por Emiliano Zapata, Rafael Merino y Próculo Capistrán desarmaron a las fuerzas del gobierno y cortaron los hilos telefónicos y telegráficos, publicó *Tiempo de México*. Luego, Zapata exhortó al pueblo y sintetizó los propósitos de la lucha con las palabras Tierra y Libertad. Los insurrectos, añadió el periódico, decidieron sublevarse a las once de la noche, la hora en que se conmemora el Grito de Independencia.<sup>1</sup>

El testimonio de don Serafín Plasencia, capitán 2º de caballería en las fuerzas surianas, refrenda la versión: “Nos fuimos a Villa de Ayala a pegar El Grito. Allí nos levantamos con otros cien, ya con escopetas, con rifles de 12 y puñalitos [...] Y otros, con el corazón nomás”.<sup>2</sup>

Igualmente, el Plan de Ayala estableció la vinculación histórica con la guerra de independencia. Ahí, en primer término, los rebeldes surianos se reconocieron como hijos del estado de Morelos afiliados al Ejército Insurgente.

Aquel sábado, Otilio Montaña gritó la consigna de la otra revolución que recién empezaba: ¡Abajo haciendas! ¡Viva pueblos! Con esto, se manifestó el antagonismo –vigente desde el inicio de la era colonial– en el que se inscribía la revolución del sur.

---

Francisco PINEDA. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

<sup>1</sup> “Tierra y Libertad”, en *Tiempo de México*, núm. 25, ciudad de México, noviembre de 1910 a junio de 1911, Edición facsimilar de la Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas-Secretaría de Educación Pública, México, 1982.

<sup>2</sup> Capitán 2º de caballería Serafín PLASENCIA GUTIÉRREZ, Ejército Libertador, entrevista realizada por Laura ESPEJEL en Villa de Ayala, Morelos, el 29 de septiembre de 1974.

El Grito de Ayala condensaba la memoria histórica de cuatro siglos y proclamaba con firmeza la determinación de echar abajo el régimen agrario colonial de las haciendas. No fue una queja ni una petición, fue la proclama de guerra del sur. Los campesinos tomaron las armas para desafiar una larga historia de humillación, despojo y explotación. En una sola acción, su voz y su mano empuñada retaron también a la dictadura porfirista.

Al despuntar la primavera de 1911, los pueblos del sur irrumpieron en el escenario de la Revolución Mexicana. Pero, en ese momento, el futuro era incierto y no se podía conocer cuál sería la suerte de los insurrectos. El inicio de la guerra anticipaba la posibilidad de morir o vencer y, actualmente, sabemos que dos de los principales organizadores de la sublevación, Pablo Torres Burgos y Rafael Merino, perdieron la vida en el transcurso de las cinco semanas siguientes. Así, la guerra zapatista mostraba desde el comienzo la incertidumbre de la vida y la certidumbre de las convicciones, una dualidad característica en la revolución del sur.

Pero, además, es posible tener en cuenta dos acontecimientos militares de aquellos días, para calibrar mejor la difícil situación en que se produjo el levantamiento armado de Villa de Ayala.

Poco antes, el 6 de marzo, Francisco I. Madero fue derrotado en Casas Grandes, Chihuahua, por tropas del ejército federal. El líder del movimiento antiporfirista tuvo, entonces, un nuevo y grave fracaso militar tras el desastre del 20 de noviembre de 1910.

Simultáneamente, el gobierno de Estados Unidos realizaba un gran despliegue militar en la frontera norte y amenazaba con invadir a México. El 16 de marzo de 1911, el jefe del Estado Mayor del ejército norteamericano fue informado de que prácticamente estaba listo un nuevo plan de guerra general contra México.<sup>3</sup> Según el legajo de documentos que acompañaron ese mensaje confidencial, en aquel momento, estos eran los objetivos territoriales de Estados Unidos en México:

- a) zonas estratégicas por su ubicación geopolítica: Baja California y el Istmo de Tehuantepec;
- b) zonas mineras y metalúrgicas: principalmente Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, San Luis Potosí, Aguascalientes y Guanajuato;
- c) zonas petroleras: Tamaulipas y el norte de Veracruz;

---

<sup>3</sup> “Memorandum confidencial del general W. W. Wotherspoon al mayor general Leonard Wood, jefe del estado mayor del ejército de Estados Unidos, Washington D.C., 16 de marzo de 1911, y otros documentos relativos al plan”, National Archives and Records Administration (en adelante NARA), *Records of the War Department, General and Special Staffs, Military Intelligence Division Files*, Record Group 165 (en total 69 páginas).

d) zonas en donde se realizarían las principales acciones militares de la invasión: las líneas operativas desde el puerto de Veracruz y Acapulco hasta la ciudad de México; líneas de Nogales a Guaymas, Ciudad Juárez a Chihuahua, Piedras Negras a Monclova, Nuevo Laredo a Monterrey, Monterrey a Torreón, Tampico a San Luis Potosí y Coatzacoalcos a Salina Cruz, así como el control de los demás puertos del Pacífico y del Golfo de México para imponer un bloqueo naval completo.

Cuando los zapatistas dieron el Grito de Ayala –el 11 de marzo de 1911– el ejército de Estados Unidos ya tenía el plan de invasión de México con tropas de Texas, New York, Pennsylvania, Ohio e Illinois; puntos de embarque y observación sobre terreno para determinar rutas y fuentes de alimentos; cooperación naval y detalle del material ferroviario necesario para transportar los suministros; mapas, monografías y una amplia descripción de las principales inversiones extranjeras en el país, susceptibles de sabotaje por la resistencia mexicana a la invasión, localidad por localidad en todo el país.

En otras palabras, cuando apenas eran una pequeña fuerza armada en Morelos, los zapatistas estaban en la eventualidad de enfrentar a las tropas invasoras de Estados Unidos, en su trayecto de Acapulco a la ciudad de México. Aunque los rebeldes surianos no pudieron saber de tal contingencia, el alto mando del ejército norteamericano trabajaba en secreto bajo este supuesto: “los planes de guerra están basados inicialmente en la suposición de que la guerra será conducida por los Estados Unidos prácticamente en contra de un pueblo unido”, escribió el general Wotherspoon.<sup>4</sup>

Las fuerzas armadas de Estados Unidos realizaron operaciones militares sobre México, abiertas y encubiertas, para la caída de Porfirio Díaz, Francisco Madero, Victoriano Huerta (invasión de 1914) y Venustiano Carranza, así como para la derrota de la Convención Revolucionaria y para intentar el exterminio del villismo (invasión de 1916-1917). El gobierno y el mercado norteamericano, además, en todo momento tuvieron el control del flujo de armas y municiones hacia México; de modo que el poderío bélico de los Estados Unidos fue un factor decisivo en el curso de la Revolución Mexicana. Asimismo, el intervencionismo sobre México, también Centroamérica, el Caribe y Filipinas, fue el despliegue militar que impulsó, inicialmente, la hegemonía de Estados Unidos en el mundo.

La Revolución Mexicana era una zona dentro de una gran turbulencia mundial, cuyos elementos se manifestarán trágicamente: crisis, escasez, inflación, hambre, epidemias, depreciación de minerales, derrumbe monetario, invasiones y operaciones encubiertas.

---

<sup>4</sup> *Ibidem*.

En ese contexto difícil quedó inscrito el levantamiento de Villa de Ayala. Dos semanas después del Grito de Ayala, los insurrectos encabezados por Zapata, Merino y Capistrán acordaron unificarse con otros rebeldes del sur. En Jolalpan, Puebla, formaron un núcleo de combate –aproximadamente 800 hombres y 14 jefes alzados– al que nombraron Ejército Libertador. Estos revolucionarios llevarán inscrita su decisión de libertad en sus acciones y en el nombre que se dieron a sí mismos.

Al mismo tiempo, en esa ocasión, los insurrectos designaron a Emiliano Zapata Salazar como general en jefe del Ejército Libertador. Él era conocido en la región por su trabajo en defensa de las tierras y se le apreciaba por su trato firme y amable; era muy popular en las fiestas y el juego de toros en la zona, la gente festejaba al ver la valentía y la habilidad de Emiliano Zapata.

Pueblos y Ejército Libertador: Tierra y Libertad. Por la tierra, los pueblos contra las haciendas, y por la libertad, los insurgentes contra la dictadura. Era una sola lucha, no hay secreto en eso, pero fue algo excepcional. Aquellas dos acciones iniciales del valle y la sierra, Villa de Ayala y Jolalpan, sintetizaban la causa de la lucha.

En pocos días, el alzamiento se volvió multitudinario, parecía que las campanas llamaban a fiesta. Las acciones directas para apertrecharse eran frecuentes por todos los rumbos; los archivos municipales se incendiaban, las cárceles eran abiertas y azotados los caciques. Por donde quiera que se formaba *la bola*, la multitud coreaba embravecida ¡Viva Zapata! ¡Muera el Supremo Gobierno! sea en Jojutla, Tlaquilteango, Axochiapan, Tepalcingo, Ayala, Jonacatepec, Atlixco, Metepec, Izúcar, Chietla o en Chiautla.

El rápido aumento de la fuerza obligaba a atender las necesidades de organización y dirección. Además, impuso un proceso de escalamiento del conflicto. En la medida en que aumentaba la tropa revolucionaria, crecían las necesidades de víveres, armamento, municiones y caballada. Por eso, la satisfacción de necesidades crecientes no era posible asaltando poblaciones pequeñas. En este sentido, la toma de Jojutla dio inicio a las acciones militares sobre objetivos logísticos de mayor envergadura. Y ambos factores, la multitud y el nuevo tipo de blancos de ataque, provocaron de inmediato que la dictadura reforzara la zona, con guarniciones y columnas móviles para la persecución.

Era la guerra en un territorio densamente poblado, a un paso de la capital, y uno de los más comunicados. En este terreno, a diferencia del norte, las cortas distancias facilitaban la movilidad, la rapidez, los golpes sucesivos y el repliegue. El problema militar principal de los zapatistas era neutralizar los refuerzos federales que fueron enviados al sur.

El ataque a las vías de ferrocarril, así como a las redes telegráficas y telefónicas, tuvo un efecto decisivo para reducir la eficacia de las tropas federales; retardaron

sus movimientos y acrecentaron la dificultad para coordinarse. En sus trenes salían violentamente de México o de cualquier otro punto, pero después se arrastraban como caracoles. El sabotaje sobre las comunicaciones neutralizaba lo que parecía una ventaja decisiva de la tecnología más moderna; hizo que *los juanes* jalaran con mulas la artillería y la pesada carga, dificultó también el abastecimiento de municiones. Por eso, una parte considerable de los refuerzos eran zapadores; otra parte, tropa destinada a guarniciones y servicios; sólo la restante era fuerza de combate. En cambio, entre los zapatistas todos eran combatientes de agrupaciones ligeras y móviles, a pie o caballo. Así, las relaciones de fuerza entre contendientes cambiaron bruscamente: los humildes se hicieron fuertes y los poderosos débiles.

En la ciudad de México, el general Porfirio Díaz dirigía personalmente las operaciones militares y las negociaciones con la familia Madero. Mientras sentaba las bases para el pacto de Ciudad Juárez, siguió con atención los acontecimientos del sur y estimó que allí se estaba gestando el mayor peligro de la insurrección. En consecuencia, para combatir a los zapatistas en Morelos y Puebla, envió a dos de las principales agrupaciones de su ejército: el *Quinto de Oro* al mando de Eutiquio Munguía y el *Batallón de la Muerte* a las órdenes de Aureliano Blanquet.

Simultáneamente, Porfirio Díaz exigió a Madero que enviara a “varias personas prestigiadas para contener el avance suriano”, asegurando cordialidad y garantías para esa misión.<sup>5</sup> El ingeniero Alfredo Robles Domínguez fue encargado por Madero y excarcelado por el gobierno porfirista para cumplir esa tarea. En seguida, el ingeniero orquestó la aparición de un ficticio “Ejército Libertador del Sur”, en la capital, y designó a su hermano Gabriel como jefe de su Estado Mayor apócrifo. Ese ejército fantasma nunca llevó a cabo ninguna acción de guerra, pues sólo operaba en la casa de Robles Domínguez, pero sí se utilizó para prohibir terminantemente que las tropas de Emiliano Zapata avanzaran hacia la ciudad de México.

Por su parte, Emiliano Zapata denunció que también trataron de sobornarlo para detener su actividad militar: “es necesario que desechen esa farsa ridícula, que los hace tan indignos y tan despreciables y que tuvieran más tacto para tratar con gente honrada”, escribió en una carta que fue publicada por la prensa de la ciudad de México. “Yo me he levantado, no por enriquecerme, sino para defender y cumplir ese sacrosanto deber que tiene el pueblo mexicano honrado y estoy dispuesto a morir a la hora que sea”.<sup>6</sup> Poco después, Zapata explicó que en esa maniobra estaba involucrado Ambrosio Figueroa: “tengo en mi poder las proposiciones que se me

<sup>5</sup> “Telegrama de Manuel Amieva, El Paso, Texas, 15 de mayo de 1911”, citado en VÁZQUEZ GÓMEZ, Francisco, *Memorias políticas*, Universidad Iberoamericana / Ediciones El Caballito, México, 1982, p. 214.

<sup>6</sup> “Carta pública de Emiliano Zapata a Fausto Beltrán”, *El País*, México, D.F., 10 de mayo de 1911.

hicieron para que yo defecionara de la revolución y me uniese al gobierno, y que, me aseguraron, son iguales a las que hicieron a Figueroa; sólo que mi contestación fue tomar Cuautla”.<sup>7</sup>

La toma de Cuautla fue la victoria militar más importante en la caída de la dictadura. Sobre todo, significó que existía otra ruta posible en la revolución y que vencía, no la defección del maderismo en Ciudad Juárez y no la corrupción del poder, sino que —en términos de Emiliano Zapata— vencía el pueblo mexicano honrado. Cuando la fuerza multitudinaria derrotó al ejército-gobierno, en el sitio de Cuautla, la revolución del sur subvirtió las relaciones de sentido. “Porfirio Díaz nos mandó un gobierno muy valiente y lo derrotamos”, observó don Serafín Plasencia. Explica: “tenía un gobierno que le decían el *Quinto de Oro*, que había triunfado en el norte y en donde quiera y no había perdido [...] Madero decía que [él] había triunfado. No. Triunfamos nosotros, porque matamos a ese gobierno valiente”.<sup>8</sup>

El triunfo de Cuautla permite comprender cómo se abrió paso la firmeza política y moral de la revolución del sur, uno de los rasgos fundantes del zapatismo. Esa certeza de haber triunfado sobre la dictadura, a pura canilla, alimentó la independencia política de los rebeldes surianos. Y, cuando Madero arribó a la presidencia negándose a cumplir el principio agrario de la revolución, la independencia de los zapatistas se transformó en ruptura con el maderismo. Sin la convicción de fuerza propia que produjo la toma de Cuautla no se explicaría la bifurcación de la Revolución Mexicana, que ocurrió en noviembre de 1911.

Declaramos al susodicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la Revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo y pudo escalar el poder; incapaz para gobernar por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traidor a la patria por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, a fin de complacer a los científicos, hacendados y caciques que nos esclavizan y desde hoy comenzamos a continuar la revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.

Plan de Ayala.<sup>9</sup>

---

<sup>7</sup> “Testimonio de la primera entrevista de Emiliano Zapata con Francisco Madero, celebrada el 8 de junio de 1911”, en MAGAÑA, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, INEHRM, México, 1985, t. I, pp. 158-159

<sup>8</sup> Capitán 2º de caballería Serafín PLASENCIA GUTIÉRREZ, entrevista realizada por Laura ESPEJEL en Villa de Ayala, Morelos, el 29 de septiembre de 1974.

<sup>9</sup> “Plan de Ayala, 25 de noviembre de 1911”, en ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, *Emiliano Zapata. Antología*, INEHRM, México, 1988, p. 115.

A finales de noviembre de 1911, ocho generales y veintiséis coroneles del Ejército Libertador promulgan el Plan de Ayala y declaran la guerra al gobierno de Madero. Con esa ruptura terminó un ciclo revolucionario y acabó de nacer el zapatismo. Sus principales rasgos estaban trazados. El Ejército Libertador ya era una fuerza popular organizada en forma autónoma, con una capacidad militar considerable, unidad y fuerza moral, independencia política, un liderazgo radical y su propia bandera de lucha, el Plan de Ayala.

#### ESTRATEGIA MADERISTA

La democracia que Francisco Madero propuso, en realidad, era ajena al pueblo. Según escribió en su libro *La sucesión presidencial*, siendo candidato, en caso de triunfo “el 84% de nuestra población” no tendría participación política efectiva: “El pueblo ignorante no tomará una parte directa en determinar quiénes han de ser los candidatos para los puestos públicos [...] Generalmente los pueblos democráticos son dirigidos por los jefes de los partidos que se reducen a un pequeño número de intelectuales [...] Aquí en México pasaría lo mismo y no sería la masa analfabeta la que dirigiría al país, sino el elemento intelectual”.<sup>10</sup>

Así, después de la caída de Porfirio Díaz, Madero se dedicó a negar las demandas agrarias de la población y repetía con insistencia “yo nunca prometí repartir las haciendas a los campesinos”. El conflicto del maderismo con los rebeldes surianos se produjo inmediatamente.

Entonces sí, se subió [Madero] arriba de un carro del tren y empezó a arengar ahí, empezó a decir: compañeros del Estado de Morelos, estoy agradecido que me *haigan* ayudado a derrocar al gobierno de don Porfirio Díaz, pero sí, al mismo tiempo sé decirles que las tierras son de los hacendados y el que quiera tierra que trabaje.

— ¿Eso les dijo Madero?

— Sí.

— ¿Usted lo oyó?

— Sí, yo lo *oyí* de allí donde está la señorita, eso fue lo que dijo Madero. Entonces había fuerzas ahí, soldados de nosotros —¿verdad?— habíamos ahí y luego empezaron a gritar que ¡Muera Madero! Ya las tropas, ya: ¡Muera Madero! Porque dijo que las tierras eran de los hacendados...

Mayor de caballería Félix Vázquez Jiménez, Ejército Libertador.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> MADERO, Francisco I., *La sucesión presidencial*, INEHRM, México, 1999, pp. 293 y 296.

<sup>11</sup> Mayor de caballería FÉLIX VÁZQUEZ JIMÉNEZ, Ejército Libertador, entrevista realizada por Laura ESPEJEL en San Juan Ixtayopan, Tláhuaac, D.F., el 10 de agosto de 1973.

En ese ambiente de tensión, Madero concibió una maniobra contra los campesinos rebeldes del sur, buscó quitarles su bandera de lucha, la causa justa. Madero escribió: “si acaso siguen algunos disturbios, no tendrán ya ninguna bandera política, sino que serán unas cuantas partidas de bandidos que pronto serán reducidos al orden”.<sup>12</sup>

Su programa antizapatista encerraba un despojo imaginario, pero era fundamental y tuvo efectos duraderos. Reducir a los zapatistas a la condición de “unas cuantas partidas de bandidos” era la clave para aplicar la violencia en su contra y ganar aceptación. Así, mediante una impostura plenamente consciente, se maquiló la imagen de “ignorantes, sin fines políticos y, por lo tanto, bandidos”.

El periódico oficial maderista, *Nueva Era*, lo decía así: “Lo más probable es que Zapata no abrigue verdaderos ideales ni tenga siquiera los más indispensables conocimientos, la buena fe y la abnegación necesaria para ello. Es un hombre completamente rudo, salido entre los campesinos más humildes, entre quienes se crió y se ha desarrollado; sin instrucción de aulas, sin libros, sin trato de gentes, no pudiendo tener idea de lo que es el socialismo, ni de cuál pueda ser el fundamento legítimo de las reivindicaciones que dicen persigue”.<sup>13</sup>

El principal instrumento de tal operación fue el desprecio hacia la gente del campo: “masa analfabeta”, “pueblo ignorante”, “el 84% de nuestra población”, en palabras del propio Madero.

La intención de tal estrategia parece simple: puesto que los zapatistas son ignorantes, carecen de fines políticos; entonces, sólo son bandidos y como bandidos deben ser reducidos al orden. Pero, en los hechos, al ocupar la presidencia del país, Madero no trató a los zapatistas como bandidos, no buscó encarcelarlos.

La primera medida del gobierno de Madero fue emprender campaña militar contra los rebeldes surianos y la primera acción de esa campaña fue tratar de asesinar a Zapata en Villa de Ayala. En aquella ocasión, el 13 de noviembre de 1911, mientras Emiliano Zapata y Otilio Montaña trataban de llegar a un acuerdo de paz con un negociador del gobierno, se formó el cerco sobre Villa de Ayala. El general Arnoldo Casso López avanzó desde Cuautla; parte del 11º regimiento se colocó en la hacienda de Coahuixtla; una fracción del 34º batallón con artillería cubrió desde ese punto hasta la barranca del Cuatro; otra parte del mismo grupo, con tropas del 9º regimiento y falanges rurales de Gobernación cubrieron el lado oriente y sur, colocando sus fuerzas en Tenextepango y Chinameca. Completó el

---

<sup>12</sup> “Francisco Madero a Francisco León de la Barra, México, D.F., 25 de agosto de 1911”, en MAGAÑA, *Emiliano*, 1985, t. 1, pp. 320-321.

<sup>13</sup> *Nueva Era*, México, D.F., 11 de enero de 1912.

dispositivo, con apoyo del 9º regimiento, el figueroista Federico Morales, asesino del jefe rebelde Gabriel Tepepa. Morales esperó emboscado a que Zapata se retirara por el rumbo de Moyotepec. El combate inició a las tres de la tarde y continuó hasta el anochecer, cuando Zapata pudo salir de la trampa.

La segunda acción importante de la campaña militar maderista fue imponer la pena de muerte contra toda la población civil del territorio zapatista, ante la menor transgresión, como por ejemplo, lanzar piedras a la vía del ferrocarril. El gobierno de Madero aplicó tal medida, mediante una ley de supresión de las garantías constitucionales en los estados de Morelos, Guerrero y Tlaxcala; los distritos de Acatlán, Izúcar, Atlixco, Cholula, Huejotzingo, Chiautla y Tepeji, en el estado de Puebla; y los distritos de Chalco, Tenancingo, Sultepec, Temascaltepec, Tenango y Lerma, en el estado de México.

En los hechos, ese gobierno no actuaba con el objetivo de reducir al orden a “unas cuantas partidas de bandidos”. Atacaba a toda la población civil del territorio zapatista, para acabar con el “comunismo agrario que amenaza la vida, la honra y la propiedad”, según expuso Francisco Madero, en el decreto de ley que suprimió las garantías constitucionales.<sup>14</sup>

La guerra contra la población civil se emprendió de inmediato. La fría mañana del viernes 9 de febrero de 1912, las tropas del gobierno destacadas en Cuernavaca fueron aprestadas para el combate. El cielo estaba completamente despejado, según el registro meteorológico. Varias partidas de los Cuerpos Rurales se desplazaron a la serranía, al norte de la ciudad, con el objeto de rastrear las principales posiciones de los zapatistas comandados por Genovevo de la O.

Realizada la tarea de exploración, a las tres de la tarde se levantó el campamento de Buenavista, en la orilla norte de Cuernavaca. Se desplegaron cuatro agrupaciones, que constituían una fuerza combinada de Cuerpos Rurales y ejército de línea, incluyendo la artillería que iba al mando del capitán Alberto Quiroz. Antes de salir se dotó a cada soldado con una botella de petróleo y cerillos, escribió el corresponsal Leopoldo Zea Calas.

Al iniciarse la refriega, los zapatistas se atrincheraron en los cerros y en los tecorales, fuera del pueblo de Santa María Ahuacatitlán. Desde sus posiciones resistieron el ataque de artillería. “El tiroteo había terminado, cuando repentinamente se levantó una densa nube de humo y luego inmensas llamas”. Las fuerzas del gobierno habían prendido fuego a las casas. Las mujeres, niños y ancianos de la población salieron de sus hogares lanzando gritos de sufrimiento e ira. En ese mo-

---

<sup>14</sup> MADERO, Francisco I., “Exposición de motivos de la iniciativa de ley de suspensión de garantías”, *Nueva Era*, México, D.F., 11 de enero de 1912.

mento, los combatientes zapatistas abandonaron sus trincheras y avanzaron hacia su pueblo. En sus rostros “se pintaba la rabia, la desesperación y la venganza [...] El incendio volvía a los rebeldes ciegos y desesperados. Mostráronse valientes como nunca bajo nutrida fusilería, sembrando el camino de cadáveres, cuando descendían para llegar al pueblo buscando sus hogares que desaparecían”.<sup>15</sup>

El combate se generalizó en una extensión de dos kilómetros y la artillería reanudó sus disparos. La ferocidad y la cobardía del gobierno revoloteaban. Finalmente, los zapatistas lograron retomar el control de Santa María Ahuacatlán. A las siete de la noche terminó el ataque. La tropa del gobierno venteando petróleo y aguardiente regresó a Cuernavaca, desde donde podía observarse el resplandor de la inmensa hoguera. La tarea militar, el incendio, continuaba.

Esa fue la primera acción del gobierno de Madero en contra de la población civil. Diez días más tarde, el 19 de febrero, cuando el general Juvencio Robles, jefe de la VII zona militar, ya había asumido el mando directo de las operaciones antizapatistas, se atacó e incendió nuevamente el pueblo de Santa María. Quedó en claro que el objetivo no era tomar la posición sino aterrorizar a la gente para que no apoyara, o se incorporara, al ejército insurgente. Asimismo, con esas acciones se buscaba cortar el aprovisionamiento de alimentos.

Una semana después, saldría del Palacio Nacional un telegrama expresando el ánimo cariñoso de quien es conocido, hasta nuestros días, como el apóstol de la democracia:

Señor general J. Robles, por el teniente coronel Justiniano Gómez he quedado enterado con satisfacción de las operaciones militares que se están llevando a cabo en esa región y el resultado obtenido en los últimos combates de Santa María y otros puntos, por lo que me es grato enviar a usted, jefes, oficiales y soldados que han tomado parte en ellos, mi cariñosa felicitación por su valiente y leal comportamiento. Francisco I. Madero.<sup>16</sup>

El conde de Chambrun –agregado militar de Francia en México y, durante algunos días, acompañante del general Robles en el campo de batalla– declaró al *Courrier du Mexique* que tenía fundadas razones para esperar los mejores resultados de esa campaña militar y que “el zapatismo, ciertamente, será exterminado”.<sup>17</sup> Por su parte, los militares L. Cherrillon y R. H. Grenfeel, funcionarios de la embajada estadounidense y alemana, respectivamente, enviaron sendas notas al general Juvencio

---

<sup>15</sup> ZEA, Leopoldo, corresponsal viajero, “Entre un mar de llamas se batieron en Santa María”, *El Imparcial*, México, D.F., 10 de febrero de 1912.

<sup>16</sup> “Francisco Madero al general Juvencio Robles”, *Nueva Era*, México, D.F., 26 de febrero de 1912.

<sup>17</sup> “Traducción de las declaraciones del agregado militar de la embajada de Francia”, *Nueva Era*, México, D.F., 16 de febrero de 1912.

Robles, felicitando al ejército federal “por su valiente comportamiento en los combates de Santa María y Cruz de Piedra”.<sup>18</sup> En ese momento, ya se empleaban más de trece mil efectivos armados en la campaña antizapatista, es decir, un tercio del total de las fuerzas armadas del gobierno.

Pero el efecto inmediato de tal estrategia fue expandir el conflicto. Es decir, se logró exactamente lo contrario a la idea de reducir la lucha, para enfrentar sólo a “unas cuantas partidas de bandidos”, sin “ninguna bandera política”. En esta gran oscilación, imperceptible desde la mentalidad racista, el gobierno de Madero extendió la guerra y, sin proponérselo, confirmó que la bandera del zapatismo era la vida.

#### CAMPAÑA DEL 15 DE SEPTIEMBRE

El Ejército Libertador expandió sus fronteras, tratando de formar sobre la capital de la república una red convergente que posibilitara la victoria.

En esta época, el Ejército Libertador operaba en grupos de combate que no siempre fueron pequeños. Entre doscientos y quinientos oscilaba el número de rebeldes que, según el diario maderista *Nueva Era*, participaron en los hechos de armas que ocurrieron en el rumbo de Chalco, Tepalcingo, Tejalpa, Topilejo y Tlaquiltenango. A partir de febrero de 1912, los reportes de prensa indican un incremento significativo de los contingentes.

En Teotimihuacan, Puebla, se calcularon mil; otros mil cuatrocientos en el ataque a la hacienda de Matlala, por Izúcar de Matamoros; dos mil en el ataque de Acatlán; dos mil más tomaron Jojutla; y mil fueron avistados en Tlapa, en la montaña de Guerrero. A principios de mayo, en Mixcoac y San Ángel, Distrito Federal, hubo alarma por el rumor de que estaba próximo el ataque de una partida de mil insurgentes zapatistas.

El 24 de marzo de 1912, la prensa maderista reconoció que el zapatismo era un adversario considerable y calculó que los efectivos surianos eran seis mil.<sup>19</sup> Esto representaba una fuerza numérica semejante a la que tuvo el zapatismo en la etapa final de la dictadura porfirista. Por su parte, el diario católico *El País* estimó que cerca de Cuernavaca operaban cuatro mil zapatistas a fines de abril de ese año. Este

---

<sup>18</sup> *Nueva Era*, México, D.F., 26 de febrero de 1912.

<sup>19</sup> Cfr. *Nueva Era*, México, D.F., los días 15 de diciembre de 1911; 10, 13, 18 y 25 de enero; 3, 21 y 29 de febrero; 7, 9, 15, 16, 17 y 24 de marzo; 7 y 10; 6 y 8 de mayo de 1912; *El País*, México, D.F., los días 9 y 25 de abril de 1912.

parecer, que la guerrilla atacaba concentrando tropa en distintas zonas, fue corroborado por un informe del ministerio de Guerra al Congreso de la Unión.<sup>20</sup>

Los hechos de armas muestran, además, la forma del despliegue de las fuerzas rebeldes. Concentran, atacan, se abastecen y se retiran, vuelven a concentrar y atacar, crecen. El teatro de las operaciones zapatistas, en esa época, tuvo una línea frontal en forma de arco, que hacía una especie de frontera con los valles que alojaban los dos centros urbanos más importantes del país: las ciudades de México y Puebla. Siguiendo el lado sur de la gran sierra volcánica del Ajusco, esa curva comprendía desde las montañas ubicadas al norte de Cuernavaca hasta el pie del Popocatepetl, en la cercanía de Atlixco.

En un principio, esa fue la posición de vanguardia del Ejército Libertador, la zona de operaciones de cinco grupos rebeldes, por lo menos. Genovevo de la O llevó a cabo acciones en el rumbo de Huitzilac; Amador Salazar en Yautepec y Felipe Neri en Tepoztlán. Los tres eran coroneles en ese momento. Más al oriente, los generales Otilio Montaña y José Trinidad Ruiz operaron por el rumbo de Nepantla, Jumiltepec y Acatzingo; mientras que el general Francisco Mendoza, junto con el coronel Felipe Vaquero y el capitán Ladislao Franco –también firmantes del Plan de Ayala– combatieron de Acatzingo hacia Atlixco, Puebla.

Esta línea operativa cubría las tres entradas de ferrocarril a la zona zapatista y jugó un papel importante desde el inicio. Los estragos que causaron los combates a las comunicaciones y el aprovisionamiento enemigo facilitaron las acciones, el crecimiento y la estructuración del grueso del Ejército Libertador. Al comienzo, la vanguardia del ejército rebelde principalmente estaba destinada a cumplir funciones de contención y distracción.

El centro del teatro de operaciones zapatistas, inicialmente, quedó comprendido entre las poblaciones de Cuautla, Jojutla e Izúcar de Matamoros. En esa zona informantes del ejército federal detectaron en los enfrentamientos a Jesús “El Tuerto” Morales, a Emiliano y Eufemio Zapata. Más al sur oriente, en el rumbo de Acatlán, Puebla, operó Fortino Ayaquica.

La retaguardia del Ejército Libertador iba de Huautla a la Sierra Madre del Sur. En esa región, al comienzo de la guerra contra Madero, hicieron campaña los otros dos generales que firmaron el Plan de Ayala, Próculo Capistrán y Jesús Navarro. En Oaxaca, el alzamiento contra Madero se debilitó por la detención del ingeniero Ángel Barrios, en el combate de Quiotepec, a mediados de noviembre de 1911. Barrios había sido jefe magonista de esa entidad, egresado del Estado Mayor del

---

<sup>20</sup> *Nueva Era*, México, D.F., 15 de marzo de 1912.

ejército federal con grado de teniente. Continuará su labor Manuel Oseguera, en Teotitlán, bajo la bandera del Plan de Ayala.

Esta disposición del Ejército Libertador permite representar sólo una faceta de la estrategia pues, ante todo, ésta es movimiento, una oscilación constante entre la disposición de las fuerzas y los choques sucesivos. El dinamismo de los grupos de combate modificó la primera configuración. Emiliano y Eufemio se desplazaron frecuentemente, entre el centro y la retaguardia, hacia Guerrero. Francisco Mendoza, por su parte, tendía a llevar la campaña hacia la región de Izúcar de Matamoros, es decir, entre las posiciones de avanzada y el centro. Jesús Morales hizo lo propio, moviéndose en periodos hacia retaguardia, incursionando en el estado de Oaxaca. Además, las fuerzas zapatistas que operaban autónomamente en sus regiones, con frecuencia se unieron para efectuar ataques a posiciones importantes, tal como sucedió en Jojutla, Acatlán, Jonacatepec, Tepoztlán y las maniobras de asedio sobre Cuernavaca y la ciudad de México, en 1912.

Esos movimientos no alteraron, en lo básico, la disposición general de las fuerzas zapatistas, con su avanzada fuerte, un centro ágil y la retaguardia profunda. Tal alineación les permitió emplear la fuerza con flexibilidad, dispersando y concentrando, resistiendo las embestidas militares del gobierno y tomando la iniciativa para desplegar su campaña ofensiva. Poco después, este dispositivo desarrollará vigorosamente sus alas en el oriente y el poniente. Las actividades militares del zapatismo en Puebla y el estado de México, por periodos, serán incluso superiores que las de Morelos.

En cuanto a la dirección estratégica de las operaciones armadas, una carta del general Emiliano Zapata, fechada el 14 marzo de 1911, permite observar que la campaña militar del Ejército Libertador se orientó hacia la ciudad de México. Esa fue la meta que se consideró necesaria para hacer cumplir el Plan de Ayala. Escribió Zapata a Emilio Vázquez Gómez: “Estoy enterado del movimiento revolucionario del Norte, por lo cual felicito a usted y espero que de esa manera combinemos los dos movimientos hacia la ciudad de México para terminar con el desastroso gobierno del traidor Madero”.<sup>21</sup>

Cuando vinieron las lluvias de 1912, Emiliano Zapata preparó la ofensiva del Ejército Libertador. No funcionaba según el prejuicio con que algunos consideran a los hombres del campo y como guerrillero jamás operó con la absurda noción de una “guerrilla defensiva”. Ese verano de 1912, a ocho meses de la promulgación del

---

<sup>21</sup> “Carta del general Emiliano Zapata al licenciado Emilio Vázquez Gómez, Campamento Revolucionario, 14 de marzo de 1912”, Archivo Histórico del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A.C. (en adelante AHCEMILC), Jiulpan, Michoacán, *Fondo Elena Vázquez Gómez*, caja 1, carp. 1, doc. 21. Copia proporcionada fraternalmente por Luis Prieto.

Plan de Ayala, el objetivo militar que se propuso el Ejército Libertador fue atacar la capital de la república.

Campamento Revolucionario en Morelos, agosto 30 de 1912.

Señor general Genovevo de la O

Su campamento

Muy estimado general y amigo:

En el acto que reciba usted la presente carta comuníquese con los jefes Francisco Pacheco, Jesús Capistrán, Francisco Mendoza y Simón Beltrán, a efecto de que desde luego usted reúna a toda la gente del Estado de México, y a las del rumbo de la frontera de Morelos que linda con el Estado de México, hasta los pueblos de Tetela del Volcán y Huichapam; y con todas estas fuerzas reunidas y de acuerdo con los demás jefes del estado amaguen a la ciudad de México el día 15 de septiembre próximo, pero procurando que todo esto se haga puntualmente el día referido y sin excusas ni dificultades ningunas. [...]

El general Simón Beltrán opera en el estado de Guanajuato y usted puede mandarle un correo urgente a fin de que a la mayor brevedad posible reúna a sus fuerzas y se una con las de usted. Él recibe correo en el campamento del “Cerro de las Cruces”, cercano a la hacienda del Zapote, junto a la población de Salamanca, estado de Guanajuato. Puede informarse con el administrador de la citada hacienda del Zapote.

El general Emiliano Zapata.<sup>22</sup>

Unos días antes de expedir la orden de movilización sobre la ciudad de México, Emiliano Zapata se preocupó, en especial, por los asuntos orgánicos del Ejército Libertador. Su atención estuvo concentrada en garantizar las líneas de mando y evitar los conflictos internos. Se preocupó también de que el jefe de la línea frontal del ataque, Genovevo de la O, aumentara sus capacidades para conducir la guerra. “Con su enviado remito a usted dos libros que tratan de maniobras militares, para que en momentos hábiles los lea y tome de los mismos las ideas que crea prudentes y las ponga en práctica en su tropa”, escribió Zapata a Genovevo.<sup>23</sup>

Al mismo tiempo que alinear las propias fuerzas para la ofensiva, el Cuartel General se ocupó de tomar medidas para deteriorar las capacidades de su adversario. Un recurso, probado exitosamente, fue el ataque a las líneas de comunicación. El 25 de agosto Zapata expidió la circular 250 en que se indicaba a las empresas ferroca-

<sup>22</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Genovevo de la O, Campamento Revolucionario, 30 de agosto de 1912”, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Fondo Genovevo de la O* (en adelante FGO), caja 11, exp. 10, f. 8.

<sup>23</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Genovevo de la O, Campamento Revolucionario, 20 de agosto de 1912”, AGN-FGO, caja 11, exp. 10, f. 10.

rrileras que debían suspender el tráfico de trenes de pasajeros, de carga o militares hacia la ciudad de México, bajo amenaza de su destrucción total.

Pero el recurso ofensivo de mayor valor estratégico fue otro. Con anticipación, una parte de las tropas revolucionarias debía infiltrarse discretamente en la ciudad de México; estableciendo bases, principalmente, en las colonias Santa Julia y La Bolsa. Desde allí, el día preciso, los rebeldes tenían que movilizarse al zócalo de la capital, mezclados con la multitud, y a las once de la noche iniciar el ataque sorpresivamente, abriendo fuego sobre el Palacio Nacional. La idea era iniciar el ataque en la plaza, cuando el presidente Madero saliera al balcón para la ceremonia del Grito. Mientras tanto, otros mil hombres al mando del general Antonio de la Serna ingresarían a la capital por el norte; mil efectivos más al mando del general Alfonso Miranda atacarían por el sur. Adicionalmente, debían participar las fuerzas provenientes de Guanajuato a cargo de Simón Beltrán y desde Morelos se movilizarían las tropas al mando de Genovevo de la O, Francisco Pacheco, Amador Salazar; probablemente, también las fuerzas de Francisco Mendoza, José Trinidad Ruiz y Jesús “El Tuerto” Morales se desplazarían por el rumbo de Chalco. A grandes rasgos, así dispuso Emiliano Zapata las fuerzas de su mando para atacar la capital. Esa estrategia, que combina las fuerzas que operan desde adentro con las que actúan afuera, forma parte de los saberes anónimos de la guerra, es un recurso para el asalto de posiciones fortificadas, como Troya.

A mediados de agosto, sin embargo, la policía secreta de la capital detectó las actividades de la red urbana zapatista y de inmediato infiltró cinco agentes. Fue entonces cuando el gobierno tuvo la primera noticia acerca del levantamiento armado que se preparaba. Los agentes informaron que el coronel zapatista Manuel Vázquez “tenía ya 600 individuos en esta capital, y que próximamente se les iba a dar armas y parque para que estuvieran listos el día 15 de septiembre”.<sup>24</sup>

De ese modo, el plan de ataque zapatista fue desbaratado el 31 de agosto, cuando fuerzas combinadas de la policía y el ejército asaltaron la casa donde se reunían mandos zapatistas para discutir las acciones, en el pueblo de San Jerónimo, diez leguas al norte de la Villa de Guadalupe. Quince mil cartuchos de diferentes calibres, algunas armas y dinamita fueron confiscados en esa ocasión.

Los principales jefes zapatistas, responsables del intento de atacar la capital de la república, infiltrando tropas al zócalo, fueron enviados a Chalco, pues ahí estaba vigente la ley de suspensión de garantías. El general insurgente Antonio de la Serna

---

<sup>24</sup> *El País*, México, D.F., 2 de septiembre de 1912.

y los coroneles José González, Manuel Vázquez, Juan Castañeda fueron fusilados, siete días antes del 15 de septiembre.<sup>25</sup>

La noche del Grito de Independencia, el Ejército Libertador ya no atacó la ciudad de México, cambió sus planes. A fin de llevar a cabo un ataque sobre Cuernavaca, inició el cobro de un impuesto revolucionario a las haciendas, bajo amenaza de sabotaje. Un balance incompleto arroja el siguiente saldo. Los zapatistas emprendieron acciones en Morelos, por lo menos, en contra de diecinueve haciendas, las de Atlihuayán, Casasano, Cocoyotla, Chinameca, El Higuierón, Hospital, Oacalco, San Carlos, San Gabriel, San José Vista Hermosa, San Juan Reina, San Nicolás, Santa Clara, Santa Inés, Tenango, Tenextepango, Treinta, Xochimancas y Zacatepec. En Puebla y Tlaxcala, realizaron sabotajes contra once haciendas, las de Amanalco, Colón, Contla, Chavarría, San Alfonso, San Félix Rijo, San José Teruel, San Juan Tepepan, San Martín, San Simón, Santa María Pipioltepec. En el Estado de México hicieron el mismo tipo de acción contra cinco haciendas, las de Dolores, Joconusco, Laureles, San Bartolo, San Nicolás; y en Michoacán actuaron contra dos haciendas, las de Galeras y San Sebastián del Rosario.<sup>26</sup>

En tres meses, el Ejército Libertador hizo sabotajes, por lo menos, sobre treinta y siete haciendas. Esto representa una extraordinaria intensidad, pues equivale a un ataque contra hacienda cada sesenta horas y la mayoría fueron incendios de cañaverales, sin contar que algunas fueron atacadas en más de una ocasión.

Sobre la marcha de los acontecimientos, los órganos de prensa contemplaron estupefactos el efecto demoleedor de la campaña zapatista. El 4 de enero de 1913, un recuento provisional de dos meses de sabotajes indicaba: “No se tienen aún los datos precisos de las extensiones de los campos incendiados, pero por los que ya se tienen, se sabe que han sido destruidas más de tres mil tareas de caña.<sup>27</sup> Esto significa la pérdida de doce millones de kilogramos de azúcar y millón y medio de litros de alcohol. La pérdida en dinero es mayor de dos millones de pesos”.<sup>28</sup> Tres semanas después, el mismo periódico señalaba con asombro que la mitad de la producción ordinaria de azúcar había sido barrida.

---

<sup>25</sup> “Fueron fusilados ayer en Chalco cuatro cabecillas zapatistas.- El General Serna murió dando vivas a Zapata y el coronel Vázquez regaló sus ropas al pueblo y excitó a que le dispararan”, *El País*, México, D.F., 9 de septiembre de 1912.

<sup>26</sup> Las fuentes empleadas para construir este dato (parcial) son *El País*, los meses de noviembre y enero, y el Archivo Histórico de la Defensa Nacional (en adelante AHDN).

<sup>27</sup> Una tarea equivale a 629 metros cuadrados, por lo que 3,000 tareas serían 1'887,000 m<sup>2</sup>.

<sup>28</sup> “Dos millones de pesos se han perdido en el estado de Morelos”, *El País*, México, D.F., 4 de enero de 1913.

Pero existió una circunstancia más grave aún, que arruinada totalmente una siembra de caña se pierde la ‘soca’ y la ‘resoca’,<sup>29</sup> lo que significa que no se puede recoger la cosecha sino hasta después de tres años. Y esto, junto con las pérdidas económicas y el avance militar del zapatismo bajo la dictadura huertista, llevaron a que la zafra de 1912-1913 fuera la última que hicieran las haciendas de Morelos.<sup>30</sup>

El efecto de poder de la campaña zapatista, en el año de 1912, pertenece a la historia de larga duración. La línea ofensiva adoptada, desde que vinieron las lluvias, hizo desaparecer el régimen de las haciendas que implantara Hernán Cortés. Después de esta ofensiva, en Morelos, no volvió a sembrarse caña de azúcar bajo ese régimen agrario. Y, por este hecho, la revolución del sur se inscribió en la historia de la descolonización de México.

Durante el gobierno de Madero, los zapatistas lograron remontar sucesivamente las campañas de tres jefes de armas: Arnoldo Casso López, Juvencio Robles y Felipe Ángeles. Los rebeldes del sur alzaron una línea ofensiva y la sostuvieron. Cuando se produjo el golpe de Estado que derrocó y asesinó a Madero, el Ejército Libertador estaba en plena fase ascendente. Como señaló el Cuartel General del Sur en un manifiesto, al término del maderismo, la lucha había llegado “al límite más avanzado, en el que inconcusamente hubiera alcanzado sus frutos, si el cuartelazo felicista no hubiera venido a dificultar el resultado”.<sup>31</sup> En febrero de 1913, la polaridad que vivió la república se resolvió militarmente a favor de la contrarrevolución.

El 15 de febrero, el gobierno de Estados Unidos anunció la movilización de tropas sobre las costas mexicanas, según el pretexto moderno, “por razones humanitarias”. La amenaza de invasión constituyó un poderoso impulso, destinado a decidir el combate en el sentido deseado por los golpistas. La amenaza yanqui fue un intensificador emocional de la crisis, reforzó las energías de la élite para consumir derrocamiento de Madero.

El golpe de Estado de Victoriano Huerta, en rigor, duró sólo dos días –18 y 19 de febrero de 1913– y se desarrolló no en la Ciudadela sino en la embajada de Estados Unidos, el Palacio Nacional y la Cámara de Diputados. En la embajada, Huerta desplazó a Félix Díaz y pactó que antes de 72 horas sería proclamado presidente; en Palacio Nacional, Huerta aprehendió a Madero y se autoproclamó “comandante militar encargado del Poder Ejecutivo”; en la Cámara, Victoriano Huerta fue ungido por los diputados como presidente interino de la república. La ley que le dio

<sup>29</sup> *Soca*, retoño que da el tocón después de cortada la caña de azúcar.

<sup>30</sup> Véase CRESPO, Horacio (dir. *et al.*, *Historia del azúcar en México*, 2 vols., FCE / Azúcar S. A., México, 1988-1990.

<sup>31</sup> “General Emiliano Zapata, Manifiesto a la Nación, Campamento Revolucionario, 1º de junio de 1913”, en ESPEJEL, RUEDA y OLIVERA, *Emiliano*, 1988, p. 135.

ese rango fue sólo una secuela del Pacto de la Embajada y la renuncia firmada por Madero en su prisión. De este modo, la noche del 19 de febrero, Huerta pudo protestar al cargo, dijo, “que por ministerio de la ley me corresponde desempeñar”. Esa noche, en la embajada, Henry Lane Wilson comunicó “el triunfo de la legalidad” a la Casa Blanca.

#### LA HORA DECISIVA

A la luz de todas las acciones de guerra en el país, la primera victoria militar de importancia que la revolución impuso al régimen militar huertista fue la toma de Jonacatepec, Morelos, a mediados de abril de 1913. Esta acción manifestó los rasgos centrales del zapatismo en ese momento: apoyo decisivo del pueblo, planteamiento ofensivo, calidad del mando, concentración y dispersión de gruesos contingentes rebeldes.

La dictadura, en respuesta, reanudó la guerra en contra de la población civil. El objetivo militar de esta nueva campaña fue el “completo exterminio de las hordas zapatistas” y su principal medio fue la reconcentración de la población y el incendio de pueblos. “Este sistema –explicó *El Imparcial*– consiste en escoger de antemano dos o tres poblaciones, las de más importancia, y reconcentrar en ellas a todos los habitantes pacíficos de la región y proceder al arrasamiento de los demás pueblos, para evitar que los rebeldes tengan puntos de aprovisionamiento [...] continuando el resto de la fuerza la persecución sin cuartel de las hordas de Zapata, hasta exterminarlas por completo”.<sup>32</sup>

La jefatura rebelde, por su parte, retomó el proyecto de atacar a la ciudad de México, llevando la guerra al centro del poder. Esta vez, se concibió la idea de realizar una invasión al Distrito Federal que permitiera amagar continuamente la capital. Para ello, era preciso afianzar los puntos de apoyo de la invasión, en especial, potenciar la fuerza que operaba sobre el estado de México, a los flancos del Distrito Federal. Emiliano Zapata dispuso que el general Ángel Barrios asumiera el mando de los preparativos de la campaña “para invadir el Distrito Federal y amagar constantemente a la capital de la república”, y así lo dio a conocer a los mandos del Ejército Libertador en la zona.<sup>33</sup>

---

<sup>32</sup> “La reconcentración para exterminar al zapatismo”, *El Imparcial*, México, D.F., 5 de mayo de 1913.

<sup>33</sup> “Emiliano Zapata a Genovevo de la O, Campamento Revolucionario en Morelos, 14 de mayo de 1913”, AGN-FGO, caja 11, exp. 10, f. 46.

El conflicto armado quedó, por decirlo así, desfasado territorialmente. El éxito de las operaciones rebeldes dependía en gran medida de los trabajos en suelo mexicano, mientras que para la dictadura el triunfo se jugaba en Morelos. Los zapatistas estaban obligados a afrontar simultáneamente dos tareas críticas: su invencibilidad residía en la defensa; la viabilidad de su victoria se hallaba en el ataque. Una tarea estaba localizada en Morelos, la otra, en el estado de México.

Adicionalmente, el Cuartel General del Sur ordenó operaciones distintas de aquellas que hacían los grupos guerrilleros en sus respectivas zonas. Entre los meses de julio y septiembre de 1913, se lanzaron por lo menos cinco expediciones para irradiar el movimiento revolucionario al occidente y centro del país. En ese sentido, el coronel Salatiel Alarcón informó a Emiliano Zapata que “la columna expedicionaria a mi mando se encuentra en marcha para una expedición que abarcará parte de los estados de Guerrero, Michoacán, Colima y Jalisco”. El objeto de esa misión era realizar “la más activa propaganda, el reclutamiento del mayor número simpatizador con la causa y el mejor enriquecimiento de implementos concernientes”.<sup>34</sup>

Sí, como señala el coronel Salatiel Alarcón, el propósito de estas expediciones fue revolucionar, reclutar y aprovisionarse de armas; estos movimientos militares muestran que el territorio del sur de la república estaba llegando al límite de sus posibilidades para incrementar y abastecer al Ejército Libertador.

Por su parte, Cándido Navarro marchó por Michoacán y Guanajuato, para abrir un nuevo frente guerrillero en San Luis Potosí. La fuerza de Salatiel Alarcón, formada originalmente con el fin de llegar hasta Colima, se salió de la ruta trazada para apoyar al general Cándido Navarro, acompañándolo hasta Guanajuato. La columna zapatista tomó Puruándiro, Michoacán, y San Felipe Torres Mochas, Guanajuato; combatió en la sierra de Cazadero y buscó coordinarse con las fuerzas del coronel Luciano Romero, a quien encontraron en el campamento de Agua Bendita. Luego, atacaron la hacienda de Santiago, en el municipio de Villa Arriaga, San Luis Potosí, donde murió el general Navarro. Los federales llevaron el cadáver del revolucionario hasta la capital de ese estado para exhibirlo y tratar de apagar así el ánimo de sus seguidores.

La tercera expedición zapatista estuvo encabezada por el general Felipe Neri y se dirigió al estado de Hidalgo. En los archivos existe muy poca información de ese movimiento, pero se sabe que tampoco tuvo éxito y que Neri regresó después para incorporarse a las fuerzas que operaban al sur del Distrito Federal. Más adelante, Zapata volvió a enviar fuerzas para luchar en Hidalgo. A principios de septiembre,

---

<sup>34</sup> “Coronel Salatiel F. Alarcón a Emiliano Zapata, Campamento Revolucionario, 15 de julio de 1913”, AGN-FGO, caja 13, exp. 6, f. 13.

mandó hacia allá al coronel Juan Sánchez y, poco después, al general Fortino Ayaquica, un obrero que operaba en el estado de Puebla.

Mientras tanto, el general Ángel Barrios continuaba trabajando “para dar debido cumplimiento a las operaciones militares que deben llevarse a efecto para desarrollar y activar la revolución en el estado de México y principalmente por la zona del Ajusco, a fin de amagar constantemente a la capital de la república, lo que con mucha frecuencia me ordena el general Emiliano Zapata”.<sup>35</sup>

Además, Ángel Barrios preparó un atentado dinamitero en contra del usurpador Huerta, que no pudo efectuarse debido a que la red urbana zapatista fue golpeada una vez más por la policía secreta. La infiltración policiaca volvió a causar estragos en la red. Pero, a diferencia de lo que ocurrió en septiembre de 1912, esta vez el golpe represivo no frenó en lo inmediato los aprestos para atacar la ciudad de México. Durante el resto del mes de julio y agosto, las fuerzas de Puebla, al mando de Eufemio Zapata y Fortino Ayaquica empezaron a concentrarse. La tropa del general Ireneo Albarrán que actuaba cerca de Tepoztlán, recibió instrucciones para marchar hacia el rumbo de Chalco y Xochimilco, “procurando que avancen sus fuerzas —recomendó Ángel Barrios— por el Ajusco y Milpa Alta y que tome empeño en comunicarse pronto con las fuerzas del teniente coronel Martínez Almaraz y las del general Pacheco para que de acuerdo continúen sus operaciones rumbo a Salazar y Cuajimalpa”.<sup>36</sup> En este punto se reunirían con otras fuerzas, provenientes de Toluca, según el plan de Ángel Barrios.

Después, al producirse la toma de Torreón y quedar constituida la División del Norte al mando de Pancho Villa, el gobierno se vio obligado a concentrar sus principales fuerzas en el norte del país. En esas condiciones, Ángel Barrios trató de emprender la ansiada invasión al Distrito Federal, pero la operación fracasó. La meta o escalón obligado del proyecto de invasión fue, en palabras de Zapata, “que las tropas insurgentes dominen de hecho al estado de México” y el requisito indispensable era “que todos los jefes se unan y tomen la iniciativa que les corresponde”. Pero la unidad de los mandos no pudo lograrse. El 28 de octubre, Barrios acudió al Cuartel General para exponer los problemas personalmente a Zapata. El espacio para desencadenar la ofensiva se desplazó entonces de modo definitivo, por decisión de Emiliano Zapata.

---

<sup>35</sup> “Ángel Barrios a Francisco V. Pacheco, Campamento Revolucionario en el Estado de México, 26 de julio de 1913”, AGN-FGO, caja 13, exp. 6, f. 36.

<sup>36</sup> “Ángel Barrios a Ireneo Albarrán Ayala, Campamento Revolucionario en el Estado de México, 11 de agosto de 1913”, AGN-FGO, caja 13, exp. 7, f. 100.

El general en jefe se había adentrado en La Montaña de Guerrero y, habiendo duplicado la fuerza que estaba directamente a su mando, concibió un nuevo derrotero. El ataque a la capital de la república, dadas las dificultades constantes en el estado de México, tendría ahora como punto de apoyo el territorio guerrerense. El hecho de volverse sobre su retaguardia para ganar primero Guerrero, luego Morelos y en seguida atacar la ciudad de México, hizo más compleja la lucha; extendió el teatro de operaciones y también cambió la escala de la guerra en el sur.

En octubre de 1913, sin embargo, el Ejército Libertador debía remontar graves problemas. En la línea avanzada, fracasó la campaña a cargo del general Ángel Barrios. Al centro de la zona rebelde, en Morelos, la dictadura lanzó otra campaña con incendio de poblados y ocupó el mineral de Huautla, sede del Cuartel General del Sur. Mientras que en la retaguardia, el estado de Guerrero, la rebelión decaía notoriamente. Además habían fracasado las expediciones enviadas al occidente, el Bajío y la huasteca hidalguense, para acumular fuerzas.

Tales retrocesos eran parte de la disputa y la oscilación del conflicto. No llegaron a volverse decisivos pues había una tendencia ascendente en la rebelión. En términos generales, la guerra del sur no vivía el hundimiento sino que aumentaba la actividad armada y todas las necesidades que esta genera. La cantidad de enfrentamientos mensuales entre el Ejército Libertador y el ejército federal casi se duplicaron en los meses de agosto, septiembre y octubre de 1913, en comparación con las acciones de junio y julio. Tal intensificación era resultado principalmente de las actividades zapatistas en Puebla y el estado de México, que superaron a las de Morelos.

El 20 de octubre de 1913, la jefatura del Ejército Libertador expidió un nuevo manifiesto a la nación que contiene el planteamiento político de los zapatistas para la tercera ofensiva militar sobre la capital. Asociado a los hechos de armas, ese discurso hace posible comprender mejor los fines que perseguía el Ejército Libertador. La jefatura suriana percibió, en ese momento, que *la hora decisiva* estaba próxima y expuso cuáles eran las causas profundas de su lucha. Explicó las razones de su conducta rebelde no en términos de la reivindicación agraria de los campesinos sino en términos de la soberanía del pueblo. Al proceder de ese modo, la jefatura zapatista puso en el centro de su política la cuestión revolucionaria de quién detenta el poder.

La victoria se acerca, la lucha toca a su fin. Se libran ya los últimos combates y en estos instantes solemnes, de pie y respetuosamente descubiertos ante la nación, aguardamos la hora decisiva, el momento preciso en que los pueblos se hunden o se salvan, según el uso que hacen de la soberanía conquistada, esa soberanía por tanto tiempo arrebatada a nuestro pueblo, y la que con el triunfo de la revolución volverá ilesa, tal como se ha conservado y la hemos defendido aquí, en las montañas que han sido su solio y

nuestro baluarte. Volverá dignificada y fortalecida para nunca más ser mancillada por la impostura ni encadenada por la tiranía.

El general en jefe Emiliano Zapata.<sup>37</sup>

A principios de 1914, no obstante las dificultades, el panorama militar se había transformado en el estado de Guerrero; los zapatistas se encontraban a la ofensiva: Coyuca de Catalán, Cutzamala y Pungarabato; Taxco, Coacoyula, hacienda de Atlixac y Tepecoacuilco; Chilapa, Tixtla, Huamuxtlán, Olinalá, Atlixac y Tlapa. Por vez primera, desde que inició la revolución, el levantamiento armado en Guerrero era poderoso y amenazaba tomar militarmente la capital del estado.

La toma de Chilpancingo, es decir, la disputa, conquista y sostenimiento de una posición clave, marca la inflexión de la guerra zapatista. Atrás ha quedado la situación más desventajosa de la relación entre las fuerzas, la fase primaria y más larga de la lucha revolucionaria. Bloqueo, información, arrojo y el combate nocturno fueron elementos decisivos en la toma de Chilpancingo. Las ausencias más notables en el campo rebelde —el fuego de artillería y el ataque de caballería— contribuyeron a que el sitio se prolongara.

En el otro bando, la defensa de la plaza depositó sus posibilidades de éxito en la superioridad del armamento, el posicionamiento sobre el terreno y la esperanza de recibir refuerzos. Pero la moral incendiaria de las fuerzas del gobierno no resistió el desbordamiento de la primera trinchera. Eran tropas de cartón, despiadadas ante la población civil indefensa, pero cobardes ante el empuje de los insurrectos.

La campaña militar para tomar el estado de Guerrero fue un movimiento convergente, en el que participaron tropas rebeldes de otros estados de la república, y fue la operación central del zapatismo en ese momento. Pero hubo aproximadamente 383 hechos de armas del Ejército Libertador reportados al ministerio de Guerra en el primer trimestre de 1914: Puebla 126, estado de México 81, Guerrero 68, Morelos 64, Michoacán 14, Distrito Federal 10, Oaxaca 8, Tlaxcala 8, Hidalgo 2 y Guanajuato 2. Este conteo —que no comprende la totalidad de las acciones zapatistas— da una idea sustentada de las dimensiones de la lucha y permite observar la campaña de Guerrero en su propio contexto. Fue una ofensiva general, cuya potencia se desplegó principalmente en cuatro estados de la república: Puebla, México, Guerrero y Morelos, un territorio de 128 mil kilómetros cuadrados localizado en el corazón del país; donde vivía, en esa época, el 18% de la población nacional, es decir 2 773,982 habitantes.

---

<sup>37</sup> “General Emiliano Zapata, Manifiesto a la Nación, Campamento Revolucionario en Morelos, 20 de octubre de 1913”, en ESPEJEL, RUEDA y OLIVERA, *Emiliano*, 1988, p. 152.

Al desglosar esas acciones según el tipo de objetivo se puede apreciar también la naturaleza eminentemente ofensiva de la guerra zapatista en este extenso territorio: ataques a cabeceras distritales 47, ataques en otro tipo de poblados 201, encuentros en despoblado 99, ataques a ferrocarriles 14 y ataques sobre haciendas 21. Asimismo, el grado militar de los mandos de las tropas federales es otro indicador de la importancia que tuvieron las acciones al inicio de la tercera campaña rebelde: 106 hechos de armas a cargo de jefes del ejército federal (general, coronel, teniente coronel o mayor), 104 al mando de oficiales (capitán, capitán primero, capitán segundo, teniente o subteniente) y 35 a cargo de clases de tropa (sargento primero, cabo primero o cabo segundo).

A fines de marzo de 1914, el Ejército Libertador no sólo había resistido la guerra genocida y la militarización huertista sino que además empezó a conquistar territorio. La toma de Chilpancingo significó que, en el sur del país, las posibilidades de acción de la contrarrevolución y la revolución se habían equilibrado y comenzaba el desbordamiento sobre del ejército represivo, la conquista de ciudades. Chilpancingo inauguró en la guerra el momento de la decisión y anunció el futuro aniquilamiento total del ejército oligárquico. La toma de Chilpancingo fue también la proclama militar de *la hora decisiva*, una reiteración por las armas de aquel manifiesto a la nación, que lanzó Emiliano Zapata al iniciar la tercera ofensiva.

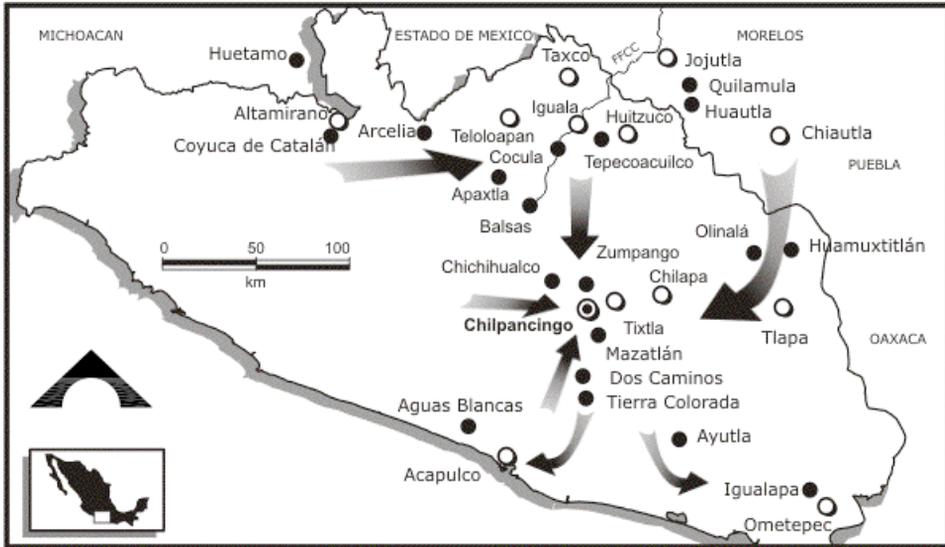
En la zona sur de Morelos, el ejército rebelde logró imponer su dominio en el lapso de un mes. El 27 de marzo las tropas zapatistas al mando del general Pedro Saavedra tomaron Amacuzac; el 10 de abril, Gabriel Toledo tomó Coatlán del Río, Mazatepec y Miacatlán; poco después, tomará Tlaquiltenango; Tetecala cayó el 27 del mismo mes; tres días más tarde, ambas fuerzas se apoderaron de San Gabriel de las Palmas y Puente de Ixtla; el 1º de mayo finalmente cayó Jojutla. Los federales se replegaron hacia Zacatepec donde fueron sitiados durante varias semanas.

Simultáneamente, los zapatistas llevaron a cabo su campaña en la zona de Cuautla, Jonacatepec y Yauatepec. El general rebelde Francisco Mendoza atacó Axochiapan, Quebrantadero, Tepalcingo y Jonacatepec; Maurilio Mejía tomó Villa de Ayala, Amador Salazar atacó Yauatepec. Eufemio Zapata llevó a cabo una serie de ataques en el estado de Puebla en una amplia zona, desde Tlancualpican hasta Cholula y Tianguismanalco, para cortar la ruta de comunicaciones ferroviarias entre Cuautla y la ciudad de Puebla.

El 25 de abril, las fuerzas militares del gobierno comenzaron a reconcentrarse en las cabeceras distritales del oriente de Morelos, es decir, Yauatepec, Cuautla y Jonacatepec. En seguida desalojaron la región. A bordo de tres convoyes, llegaron a Chalco el 4 de mayo por la noche cerca de dos mil efectivos de la dictadura. El Cuartel General del Ejército Libertador designó, entonces, al general Maurilio Mejía

como jefe de la plaza de Cuautla; el general Amador Salazar, jefe de Yautepec, y el general Francisco Mendoza como jefe de Jonacatepec.

MAPA 1  
Ejército Libertador  
Campaña de Guerrero, 1914



FUENTE: AGN-FGO; AHDN.

En la zona norte, durante el mes de abril, Genovevo de la O, Francisco Pacheco, Ireneo Albarrán Ayala, José Vides Barona, entre otros jefes, llevaron a cabo acciones para dar cobertura a las operaciones que se hacían en el sur y el oriente de Morelos. Avanzaron por Mexicapa, Toro y San Juan Atzingo. Atacaron Ocuilan y Santa María. Obtuvieron pertrechos de diverso tipo, dos cañones y cinco mil cartuchos. Finalmente se establecieron en las inmediaciones de Cuernavaca, ocupando Chamilpa, Ocotepec y Ahuatepec, a la espera de las demás fuerzas para sitiar la capital del estado. El cerco sobre Cuernavaca se había cerrado, casi por completo. Sólo quedaba una línea de apoyo para la red defensiva del gobierno, que era la vía férrea que conectaba con la capital de la república.

Tal era la situación en el sur del país, cuando irrumpió la fuerza militar de Estados Unidos. El 21 de abril de 1914, una flota norteamericana compuesta por

veintinueve barcos de guerra, diez buques de transporte militar, dos de aprovisionamiento y tres barcos hospital, atacó y ocupó el puerto de Veracruz. Al día siguiente, Washington ordenó el desplazamiento de otros veinticuatro buques, dos divisiones de torpederos y demás embarcaciones de apoyo hacia las costas mexicanas del Pacífico y del Golfo. En las semanas siguientes se mantuvo el amago militar de Estados Unidos sobre los puertos de Mazatlán, Sinaloa; San Blas, en el Territorio de Tepic; San Gerónimo y Salina Cruz, Oaxaca; Tampico, Tamaulipas, y Tuxpan, Veracruz. Previamente, bajo una orden girada el 17 de abril de ese año, el gobierno yanqui había dispuesto la movilización de 75 buques, 695 cañones y 65,850 hombres hacia el puerto de Tampico.<sup>38</sup>

Este fue un despliegue militar enorme, incluso para la fuerza naval de los Estados Unidos. Según datos oficiales, en diciembre de 1914, ese país contaba con 224 unidades navales de combate en activo: 34 barcos de guerra, 28 cruceros, 50 destructores, 19 torpederos, 36 submarinos, 28 botes artillados, 26 naves auxiliares y 3 monitores. Otro dato que permite sopesar la magnitud de la fuerza naval estadounidense que intervino en México es el que proporciona Eric Hobsbawm. En ese año, Gran Bretaña tenía 64 barcos de guerra, Alemania 40, Francia 28, Austria-Hungría 16 y Rusia 23.<sup>39</sup>

Para imponer a Huerta en el Palacio Nacional, Estados Unidos sólo movilizó tres naves de guerra. En la debacle del régimen huertista, un año y dos meses después, Washington llevó a cabo una de las mayores operaciones de fuerza naval antes de la Primera Guerra Mundial. Se trataba de una acción contrainsurgente a gran escala.

El jefe de las tropas invasoras en Veracruz, general Frederick Funston, expuso así la intención de avanzar sobre la capital de la república, en un mensaje que dirigió a Washington: “He sido informado de que extranjeros y habitantes de la ciudad de México se unirán en la petición de que las tropas norteamericanas ocupen la ciudad para impedir la carnicería y el pillaje de Zapata [...]. Si se rehúsa el consentimiento

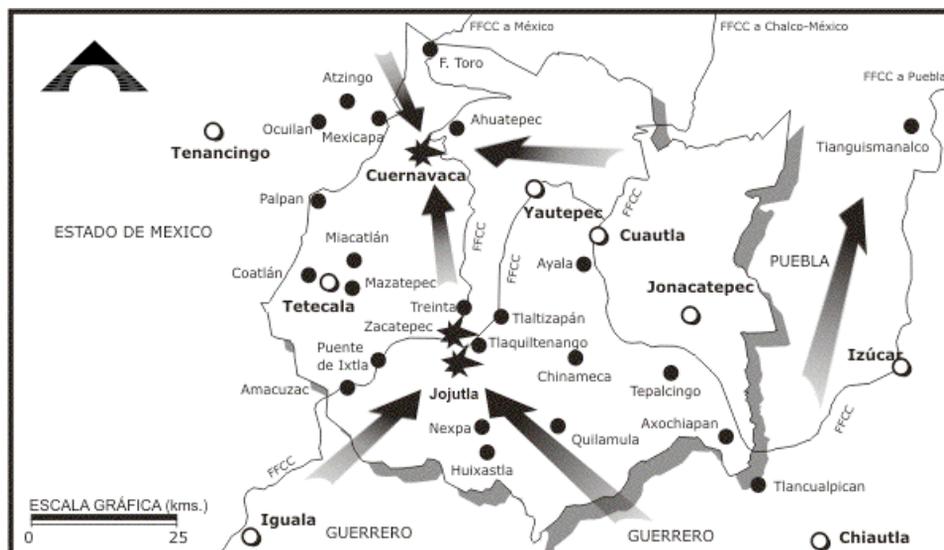
---

<sup>38</sup> GARCÍA CANTÚ, Gastón, *Las invasiones norteamericanas en México*, Ediciones Era, México, 1980, pp. 294-298. Este autor señala que, al día siguiente de la invasión de Veracruz, en Salina Cruz hubo desembarco de marines yanquis, el 22 de abril de 1914. El dato de Mazatlán (un acorazado y un crucero) fue tomado de un telegrama de Álvaro Obregón a Venustiano Carranza, citado en BARRAGÁN RODRÍGUEZ, Juan, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, t. II, INEHRM, México, 1985, p. 465.

<sup>39</sup> COLLIER, Ellen C., “Instances of Use of United States Forces Abroad, 1798-1993”, en *Foreign Affairs and National Defense Division*, Congressional Research Service, Library of Congress, Washington, October 1993 [www.fas.org/man/crs/crs\_931007.htm]. Véase también, HOBBSAWM, Eric, *La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Buenos Aires, 2001, p. 359.

[de parte del gobierno de Huerta], iremos a pesar de todo y suprimiremos cualquier fuerza opositora [...]. Los zapatistas se encuentran muy activos en los suburbios. El principal temor es que la chusma tome el control”<sup>40</sup>

MAPA 2  
Ejército Libertador  
Campaña de Morelos, abril de 1914



FUENTE: AGN-FGO; AHDN.

Desde otro ángulo, el objetivo general de la intervención armada y de la negociación en Niágara quedó asentado en documentos internos del gobierno estadounidense del siguiente modo: “el gobierno norteamericano no admitirá a ningún presidente provisional que no sea Carranza [...] Carranza debe ser el presidente provisional y el presidente permanente”<sup>41</sup>

<sup>40</sup> “General Frederick Funston, 7 de mayo de 1914”, citado por HART, John M., *El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990, p. 406.

<sup>41</sup> Citado por ALPEROVICH, M.S., y B.T. RUDENKO, *La revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1976, p. 182. La fuente documental es U.S. CONGRESS, SENATE, Committee on Foreign Relations, *Senate Document, Investigation of Mexican Affairs, Preliminary Report and Hearing of the Committee of Foreign Relations, United States Senate pursuant to S. Res. 106*

Si a la luz de ese objetivo explícito y de la situación militar previa, favorable para villistas y zapatistas, se consideran los resultados, se apreciará el efecto que tuvo la intervención militar de Estados Unidos en el curso de la Revolución Mexicana. La situación de las fuerzas había cambiado. La suerte del régimen militar huertista se quebraba. Pero con la intervención yanqui, el proceso osciló a favor de Carranza.

En Morelos, el sitio a Cuernavaca se estancó por varias semanas. Pero Zapata no ordenó el desplazamiento de fuerzas guerrilleras en apoyo a la operación de Cuernavaca. Lo que hizo fue desplazar la fuerza principal del Ejército Libertador para atacar la capital de la república. Una vez más, el procedimiento seguido por la jefatura rebelde mostró el carácter ofensivo de su lucha y que los objetivos que perseguía en la guerra no eran limitados ni locales. Por contraste, obsérvese que en esa coyuntura la División del Norte no avanzó sobre la capital de la república, después de tomar Zacatecas; retrocedió hacia Torreón, donde los principales jefes villistas pactaron con el carrancismo.

El 24 de junio de 1914, el Ejército Libertador lanzó un manifiesto a los habitantes de la ciudad de México, anunciando el ataque a la capital del país. Inmediatamente se emprendieron los preparativos para la movilización de más de 20 mil rebeldes surianos. En la marcha al Distrito Federal, estando ya en Tlalnepantla Cuautenco (al norte de Tlayacapan), Zapata tuvo noticia de la dimisión de Victoriano Huerta, pactada en Niagara Falls. En seguida, el general en jefe confirmó el orden de movilización general sobre la capital y señaló: “es bueno repetir que no transigiremos con ningún gobierno si éste no entrega los Supremos Poderes Nacionales a la Revolución, sin taxativa de ninguna especie”.<sup>42</sup>

Por vía telegráfica, el general en jefe dio instrucciones para que Manuel Palafox—quien permanecía en Yautepec— comunicara a los demás jefes rebeldes que avanzaran “a marchas forzadas hacia México para que el día veinte, a más tardar, caiga en nuestro poder, de cualquier modo, la mencionada ciudad de México”.<sup>43</sup> A los dos días de esa comunicación, en San Pablo Oxtotepec, Distrito Federal, la jefatura zapatista proclamó el Acta de Ratificación del Plan de Ayala. Este documento enar-

---

*directing the Committee of Foreign Relations to investigate the matter of outrages on citizens of United States in Mexico*, 66th Congress, 2d session, December 1, 1919-June 5, 1920, Government Printing Office, Washington, D.C., 1920, vol. I, p. 795.

<sup>42</sup> “Comunicación del coronel de Santiago Orozco citando palabras de Emiliano Zapata, Campamento Revolucionario en Tlalnepantla Cuautenco, Morelos, 17 de julio de 1914”, AGN, *Fondo Gildardo Magaña* (en adelante FGM), caja 27, exp. 21, f. 437.

<sup>43</sup> “Instrucciones de Emiliano Zapata a través del secretario particular (la comunicación telegráfica sólo dice rúbrica) dadas a Manuel Palafox, Tlalnepantla Cuautenco, Morelos, 17 de julio de 1914”, en ESPEJEL, RUEDA y OLIVERA, *Emiliano*, 1988, p. 213.

bola los objetivos zapatistas, en la nueva situación política: “la reciente renuncia de Victoriano Huerta, no puede modificar en manera alguna la actitud de los revolucionarios, toda vez que el presidente usurpador, en vez de entregar a la revolución los poderes públicos, sólo ha pretendido asegurar la continuación del régimen por él establecido, al imponer en la presidencia, por un acto de su voluntad autócrata, al licenciado Francisco Carvajal”.<sup>44</sup>

Los zapatistas atacaron y tomaron San Lorenzo Tlacoyucan, San Pedro Atocpan y Milpa Alta. Derrotaron en duros combates al general Eduardo Ocaranza, otro de los jefes del ejército federal que fueron movilizados del norte hacia el sur del país. La entrada a Milpa Alta se festejó con entusiasmo el 22 de julio. Los cuernos sonaban en distintos rumbos y las campanas se echaron a vuelo.<sup>45</sup> De manera simultánea fueron atacadas las plazas de Xochimilco y Tlalpan, el 21 y 23 de ese mes, aunque ahí los zapatistas no tuvieron éxito.

El Pacto de Teoloyucan suscrito por huertistas y carrancistas, con la intervención norteamericana, mostró sin ambigüedad el carácter antizapatista de la transferencia del poder: “Las tropas federales que guarnecen las poblaciones de San Ángel, Tlalpan, Xochimilco y demás, frente a los zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan, tan luego como las fuerzas constitucionalistas las releven”.<sup>46</sup>

En la guerra no se produjo la decisión a favor de la revolución, sino la transferencia del poder en favor de Carranza. Y, en la caída de Victoriano Huerta, salió adelante el Plan de Guadalupe apoyado por la invasión norteamericana y por los pactos de Torreón, Niagara Falls y Teoloyucan.

Es decir, en la hora decisiva de la revolución se produjo una convergencia inusitada de fuerzas considerables: carrancismo, huertismo, villismo y la fuerza invasora de Estados Unidos. En tales condiciones, no triunfó ni podía triunfar la justa causa de los campesinos pobres, el Plan de Ayala.

#### EL HORIZONTE DEL EJÉRCITO LIBERTADOR

En poco tiempo más, estalló una nueva guerra. Carranza, algunos jefes y gobernadores de la república “han desconocido las decisiones de la Gran Convención

---

<sup>44</sup> “Ejército Libertador, Acta de Ratificación del Plan de Ayala, San Pablo Oxtotepec, D.F., 19 de julio de 1914”, *ibídem*, p. 215.

<sup>45</sup> CHAVIRA OLIVOS, Francisco, *Historia de Milpa Alta*, mimeógrafo, México, 1973, citado por VÁSQUEZ REYES, René, “El movimiento zapatista y el problema agrario en Milpa Alta, 1910-1919”, Tesis de Licenciatura en Historia, ENAH, 2000, p. 70.

<sup>46</sup> “Tratados de Teoloyucan”, en BARRAGÁN RODRÍGUEZ, *Historia*, 1985, p. 601. Tal relevo fue hecho por la División de Caballería carrancista, que agrupaba diez mil efectivos al mando del general Lucio Blanco.

Militar Revolucionaria”, que tuvo lugar en Aguascalientes, escribió el 10 de noviembre de 1914 Pancho Villa a Emiliano Zapata. Asimismo, le pidió apoyo “para el mejor resultado de las operaciones militares que yo emprenderé sobre la capital” de la república.<sup>47</sup>

Los acontecimientos, sin embargo, siguieron otro curso. El Ejército Libertador no era una fuerza auxiliar de la División del Norte y nunca operó como fuerza auxiliar de nadie. El 14 de noviembre, Emiliano Zapata expidió la orden general para atacar la ciudad de México.<sup>48</sup> Las fuerzas de su mando estaban desplegadas desde Chalco hasta el Ajusco y Cuajimalpa, así como por Iztapalapa, en el oriente.

El 24 de noviembre de 1914, el Ejército Libertador atacó la capital del país y expulsó al general carrancista Lucio Blanco. Esa mañana las avanzadas zapatistas ocuparon San Ángel y Coyoacán, persiguiendo a los carrancistas hasta el castillo de Chapultepec. Más al sur, los rebeldes tomaron Xochimilco y Tlalpan. En el oriente, la otra punta de la tenaza rebelde, bajo las órdenes de Juan Bandejas, había tomado Iztapalapa, desde la noche anterior. También fueron desalojados los carrancistas de los pueblos de San Pedro Cuajimalpa, Casa de la Plaza, Santa Lucía, la fábrica de municiones de Santa Fe, Tacubaya y la estación de Buenavista.<sup>49</sup> La caballería carrancista rezagada huyó desordenadamente. A las once de la noche, se escucharon las campanas de la catedral, disparos al aire y gritos de guerra. Los zapatistas celebraban la entrada al zócalo de la capital de la república, que ocurrió exactamente a los tres años de que fuera proclamado el Plan de Ayala, en Ayoxuxtla. La balacera en la plaza central fue cerrada, hasta que los clarines del Ejército Libertador ordenaron alto al fuego. Después, las tropas zapatistas tomaron posesión del Palacio Nacional.

Una semana después, llegaron a México las poderosas locomotoras de la División del Norte y, con ellas, arribó Eulalio Gutiérrez, el presidente provisional designado en Aguascalientes. El general Eufemio Zapata, jefe de la División del Oriente del Ejército Libertador, lo recibió en Palacio Nacional y le entregó la sede del poder con estas palabras:

Esa silla yo creo que tiene un talismán de mal agüero. Porque he notado que todos los que en ella se han sentado, no sé por qué extraño maleficio, debido al talismán de mal

---

<sup>47</sup> “Carta del general Francisco Villa al general Emiliano Zapata, Aguascalientes, Ags., 10 de noviembre de 1914”, AGN-FGM, caja 30, exp. 8, f. 130.

<sup>48</sup> Véase “Carta del general Everardo González a Emiliano Zapata, San Salvador Cuautenco, D.F., 22 de noviembre de 1914”, AGN, *Fondo Emiliano Zapata* (en adelante FEZ), caja 2, exp. 3, f. 5.

<sup>49</sup> “Parte de guerra del general Francisco Pacheco al general Emiliano Zapata, Campamento General en San Ángel, D.F., 25 de noviembre de 1914”, AGN-FEZ, caja 2, exp. 3, f. 28.

agüero, se olvidan de sus promesas y compromisos que hicieron y su único sueño dorado es el de permanecer por el tiempo mayor posible sentados en esa silla.

Cuando mis hombres tomaron la capital de la república y vine a México, mi primera visita fue al Palacio, con objeto de cumplir la promesa que hice a mis soldados de quemar la silla del mal talismán. Pero me encontré con que se la llevó Carranza con la intención, según cuentan que dice, de sentirse presidente de la república cada vez que se sienta en ella.

Nosotros, los hombres del sur, no nos lanzamos a la revuelta en pos de conquistas de puestos públicos, ni para habitar esplendentes palacios donde pisar alfombras, ni usar magníficos automóviles, como hicieron otros. Nosotros hemos venido peleando por derrocar las tiranías y conquistar con nuestras armas las libertades.

General Eufemio Zapata, Ejército Libertador.<sup>50</sup>

Pocos días después, el 16 de diciembre del mismo año, los zapatistas arrebataron la ciudad de Puebla al ejército carrancista. En tres semanas, el Ejército Libertador había tomado en combate las dos principales ciudades del país.

Así iniciaba la nueva guerra, que será más larga y agotadora que las anteriores y frente otro adversario. Contra el ejército federal, la guerra zapatista llevó diez semanas durante el porfirismo; diecisiete meses, bajo el maderismo; y otro tanto igual duró la guerra con la dictadura de Huerta. Esta vez, la lucha del Ejército Libertador contra el carrancismo se prolongará por más de cinco años y será una guerra más compleja y sangrienta.

El Ejército Libertador emprendió el ataque a Puebla por el sur. El 9 de diciembre, tomó el centro industrial de Atlixco y Metepec. Tres días más tarde, la ofensiva se intensificó debido a que los surianos derrotaron a los carrancistas en Texmelucan y la hacienda de Chautla. Ese golpe en el centro desestabilizó el sistema defensivo.

Inmediatamente, Salvador Alvarado telegrafió a Carranza para informar los acontecimientos. Calculaba que las fuerzas zapatistas eran cinco mil en Texmelucan y seis mil en Atlixco. Alvarado decía también que trasladaba toda su fuerza a Puebla para “escarmentar a los zapatistas” y que la plaza no sería evacuada.<sup>51</sup>

Emiliano Zapata llegó al combate. Se puso al mando de las operaciones rebeldes. El ataque se generalizó con fuerza inusitada por el centro, el sur y el norte. El 14 de diciembre, los zapatistas tomaron Cholula.

Con urgencia, Salvador Alvarado pidió refuerzos a Veracruz. Ese día, le telegrafió a Carranza: “abandonar Puebla sería un desastre moral y para conservarla es

<sup>50</sup> *El Monitor*, México, D.F., 3 de diciembre de 1914.

<sup>51</sup> “Salvador Alvarado a Venustiano Carranza, Apizaco, Tlaxcala, 12 de diciembre de 1914”, en BARRAGÁN RODRÍGUEZ, *Historia*, 1985, p. 169.

preciso que mande seis batallones de Sonora”.<sup>52</sup> Por la noche, Obregón le ordenó pasar a la ofensiva y además salió de Veracruz para tomar el mando directo de las operaciones en Puebla. Sus tropas llegaron hasta la estación de Esperanza, a 50 kilómetros de distancia, aproximadamente.<sup>53</sup> Pero, ya no hubo tiempo.

El ataque zapatista era fulminante. A las 10 de la mañana, del día 15, el general Aurelio Bonilla atacó Puebla por el lado del cerro Tepozúchitl, en el nororiente de la ciudad. A las tres de la tarde recibió el refuerzo de Higinio Aguilar y, al anocheecer, conjuntamente ocuparon el cerro. Luego, a las cinco de la mañana del día siguiente, las tropas de Aurelio Bonilla atacaron al enemigo que huía por el lado de Amozoc. Poco después, a las seis y media, las fuerzas surianas entraron a la ciudad de Puebla.<sup>54</sup>

El general Emiliano Zapata dio un breve informe de la operación militar al gobierno de la Convención. El embuste historiográfico prefirió borrar el acontecimiento.

Hoy al amanecer fue ocupada por las fuerzas de mi mando esta plaza. La toma de esta ciudad se llevó a cabo después de cuatro días de constante lucha [...].

Se hicieron al enemigo más de dos mil prisioneros, los que al ser desarmados fueron puestos en libertad, por haber manifestado haber sido engañados por Carranza [...].

Además se capturaron al enemigo muchas armas, tres carros de parque en conjunto; aparte del que recogieron los soldados y también varios jefes; más veinte ametralladoras y algunos otros pertrechos.

Acudieron al ataque y toma de Puebla más de 20 mil hombres de las fuerzas de mi mando, habiendo combatido con mayor número de carrancistas. El resto de las fuerzas enemigas, aprovechando la obscuridad de la noche de ayer y el cansancio de nuestras tropas, en diversas partidas abandonaron la plaza, tomando el rumbo de Orizaba. Desde luego, ordené que una columna de 10 mil hombres saliera en su persecución [...].

Ya me ocupo de organizar el gobierno provisional del estado, conforme al artículo 13 del Plan de Ayala [...].

Reforma, Libertad, Justicia y Ley. Cuartel General en Puebla de Zaragoza, 16 de diciembre de 1914.

El general en jefe del Ejército Libertador, Emiliano Zapata.<sup>55</sup>

A diferencia de Cuernavaca, cuatro meses antes, esta vez el Ejército Libertador no sitió la plaza. Puebla y sus posiciones fortificadas fueron tomadas por asalto, en

<sup>52</sup> “Salvador Alvarado a Venustiano Carranza, Puebla, 14 de diciembre de 1914”, *ibidem*, p. 170.

<sup>53</sup> OBREGÓN, Álvaro, *Ocho mil kilómetros en campaña*, FCE, México, 1973, p. 245.

<sup>54</sup> “Informe del General Aurelio Bonilla al general en jefe Emiliano Zapata, México, D.F., 2 de enero de 1915”, AGN-FEZ, caja 3, exp. 2, ff. 66 y 67.

<sup>55</sup> “Parte de Guerra del general Emiliano Zapata a la Convención Revolucionaria, Puebla, 16 de diciembre de 1914”, *La Convención*, México, D.F., 19 de diciembre de 1914.

cuatro días de combate intenso. Ahora, las capacidades militares de la revolución del sur eran diferentes, pues contaba con piezas de artillería arrebatadas al ejército federal.

Pero, en cambio, igual que en Cuernavaca, el Ejército Libertador no buscaba solamente ocupar la plaza de Puebla. En ambas operaciones, los propósitos zapatistas no eran limitados. Por comunicaciones internas del Ejército Libertador, es posible observar que el objetivo fue tomar Puebla y proyectar la fuerza sobre Veracruz.

El 14 de diciembre, se instruyó al teniente coronel José Flores Alatorre para emprender esa tarea: “inmediatamente organice sus fuerzas para marchar con ellas en auxilio a los asaltantes de Puebla y tan luego sea tomada la plaza y sus servicios no sean necesarios allí, partirá usted a operar en combinación con las fuerzas de los generales Manzo y (Félix C.) López a efecto de asediar la plaza de Córdoba, procurando a toda costa aislarla”.<sup>56</sup>

Una vez que fue tomada Puebla, también se asignó la misión de Veracruz a fuerzas zapatistas del estado de Tlaxcala. Especialmente, Emiliano Zapata se dirigió al general Benigno Zenteno, quien encabezó una fuga en la penitenciaría de Puebla, en 1911 –a través de un túnel subterráneo– y ahora estaba como jefe del regimiento *Defensores de la Patria*, en el Ejército Libertador.

A finales de diciembre, el Cuartel General del Sur demandó a la Convención la entrega de cincuenta mil cartuchos para la operación de Veracruz que también se ordenó al general zapatista Aurelio Bonilla, originario de Jalapa,<sup>57</sup> quien estaría al mando de una columna de tres mil efectivos. Su propósito era “avanzar por toda la línea del ferrocarril de Puebla a Jalapa”, es decir, por la ruta del Interoceánico.<sup>58</sup> Asimismo, el teniente coronel Leobardo Ritel fue comisionado para operar en el Istmo de Tehuantepec.

Guerra en movimiento, desplazar fuerzas a nuevos territorios para irradiar la revolución; tal fue la forma de operar de los rebeldes surianos, desde que proclamaron en Ayoxuxtla el Plan de Ayala. En esa forma de acción, las columnas guerrilleras iban por delante.

La marcha zapatista sobre Veracruz estaba en curso. Tenía tres líneas operativas: por el norte, sobre el Ferrocarril Interoceánico, con Jalapa como meta; por el centro, sobre el Ferrocarril Mexicano, los objetivos fueron Orizaba y Córdoba; y por el sur, sobre el Ferrocarril Nacional de Tehuantepec, la región del Istmo desde Salina

---

<sup>56</sup> “Cuartel General del Ejército Libertador en la Ciudad de México al teniente coronel José Flores Alatorre, México, D.F., 14 de diciembre de 1914”, AGN-FEZ, caja 6, exp. 5, f. 33.

<sup>57</sup> “Cuartel General del Sur en la ciudad de México al general José Isabel Robles, ministro de Guerra y Marina del gobierno de la Convención, México, D.F., 29 de diciembre de 1914”, AGN-FEZ, caja 2, exp. 7, f. 69.

<sup>58</sup> “El general Aurelio Bonilla al general en jefe Emiliano Zapata, México, D.F., 2 de enero de 1915”, AGN-FEZ, caja 3, exp. 2, ff. 66-67.

Cruz a Coatzacoalcos. Los dinamiteros y las cargas explosivas, que buscaba conseguir el Cuartel General del Sur, tenían una lógica rielera, el sabotaje. Es posible apreciar, también, que no era la ofensiva abierta sino el inicio de campaña. La instrucción fue clara: hostilizar, aislar y cortar las provisiones del enemigo.

Con los datos disponibles, podemos observar los principales trazos del planteamiento militar para el frente oriental: tomar Puebla; proyectar las fuerzas guerrilleras sobre Veracruz, en tres direcciones; y explotar el tiempo para lanzar una ofensiva conjunta, con las fuerzas de Pancho Villa, sobre la principal fuerza militar del carrancismo. Esto último es lo que se expresa en una comunicación posterior de Manuel Palafox a Domingo Arenas: “El general Villa [columna del general Tomás Urbina] ha tomado la plaza de San Luis Potosí y ahora se dispone a marchar sobre la plaza de Tampico para después continuar sobre las de Veracruz, Puebla y México, y entonces será cuando al enemigo lo aniquilemos por completo. Pero, para ello, es necesario e indispensable el mejor empeño de todos los revolucionarios y por lo mismo nuevamente le recomiendo que con todo el empeño posible impida el tráfico de trenes entre México, Puebla y Veracruz”.<sup>59</sup>

Al mismo tiempo, el Cuartel General del Sur dispuso contingentes para extender la revolución del oriente al poniente de la república. El general Rafael Cal y Mayor debía marchar a operar en Chiapas, Tabasco y Yucatán; el general Ángel Barrios en Oaxaca; el general Ladislao González marchó hacia el Nayar. Según la ruta del sol, de oriente a poniente la rebelión debía ser diseminada en tierra de jaguares mayas, zapotecos, mixtecos, coras y wixaritari. El horizonte operativo del Ejército Libertador ya cubría todo el territorio mesoamericano de la república.

Semanas después, el teniente coronel Ismael Limón, secretario del general Ladislao González, relató a Zapata la esperanza y la tragedia de este proyecto guerrillero enviado al Nayar.

Llegando al estado de Zacatecas, hice un manifiesto explicando las ventajas del Plan de Ayala y dando a conocer someramente éste; tuvo muy buena acogida, pues la generalidad de los pueblos han sido despojados infamemente de sus propiedades.

Muchos de los pueblos indígenas, como Santiago y otros, recibieron y simpatizaron desde luego por el Plan de Ayala. Varias veces hablé a los indígenas de la ventaja que obtendrían si se adhieren al Plan de Ayala, habiendo contado con infinidad de simpatizadores [...].

El presidente municipal de Tepechitlán, Refugio Espinosa, arduamente atacó nuestra labor y aun al Plan de Ayala, restándonos con esto elementos, debido todo al miedo cerval que tenía al general González por sus antecedentes.

---

<sup>59</sup> “Cuartel General del Sur al general Domingo Arenas, Cuernavaca, Morelos, 1° de febrero de 1915”, AGN-FEZ, caja 4, exp. 3, f. 39.

Todos los días, el general y yo salíamos a los diferentes pueblos vecinos a propagar el Plan de Ayala y siempre contábamos con numerosos adeptos. Así, pensamos en enviar a ésa un jefe en representación nuestra para obtener dinero de ese Cuartel General, a fin de organizar las fuerzas y marchar a unírnos con las que el general González tenía en Tepic [...].

Intempestivamente, fuimos aprehendidos y no obstante que el general mostró su nombramiento y salvoconducto; usando mucha festinación y no pasando los mensajes que hice pidiendo garantías, y sin oírse nada en su defensa, fue fusilado el 31 de diciembre, habiendo muerto valientemente.

Creo pertinente informar a ese Cuartel General, para que no pasen inadvertidas las gestiones de la primera comisión zapatista que propagó el Plan de Ayala en el Norte. La región es bastante propicia para conquistar más de cincuenta mil adeptos.

Aprovecho esta oportunidad para ponerme a las órdenes de ese Cuartel General, por si desea nuevamente aprovechar mis servicios y para reiterar a usted mi más respetuosa subordinación.

Teniente coronel Ismael Limón, Ejército Libertador.<sup>60</sup>

La tarea que se dieron los zapatistas, irradiar la revolución, tuvo enemigos dentro de las filas convencionistas que debían ser aliadas. En aquel tiempo, el estado de Zacatecas era gobernado por el grupo de Pánfilo Natera, Trinidad Cervantes y Martín Triana, quienes pronto se pasaron al carrancismo, abiertamente.

En la retaguardia del frente oriental, la ciudad de México, los aliados no eran aliados. Gutierristas y algunos mandos villistas conspiraban en favor de Carranza. Mientras las tropas surianas se esforzaban por contener el avance enemigo, el presidente Eulalio Gutiérrez enviaba emisarios para transar con el carrancismo a través de Álvaro Obregón y Cándido Aguilar. El 7 de enero, les informó que —junto con los generales José Isabel Robles, villista secretario de Guerra; Lucio Blanco, secretario de Gobernación, y Eugenio Aguirre Benavides, villista subsecretario de Guerra— estaba finalizando el plan de campaña contra la División del Norte y que el complot tenía adeptos en Tamaulipas, Coahuila, Nuevo León y San Luis Potosí.<sup>61</sup> Pancho Villa se quejó después de que su secretario personal, *Luisito* Aguirre Benavides, había vendido sus planes de campaña a los *carranclanes*.

El Ejército Libertador se vio obligado así a sostener su posición avanzada, en Puebla, sin retaguardia y sin línea de abastecimiento. Los rebeldes del sur enfrentaron al enemigo en el frente y a la vez en retaguardia. El desenlace era previsible y

---

<sup>60</sup> “Teniente coronel Ismael Limón al C. General encargado del despacho del Cuartel General del Sur, México, D.F., 20 de enero de 1915”, AGN-FEZ, caja 4, exp. 1, ff. 176-177.

<sup>61</sup> “Eulalio Gutiérrez a los generales Álvaro Obregón y Cándido Aguilar, México, D.F., 7 de enero de 1915”, en OBREGÓN, *Ocho*, 1973, pp. 254-258.

Zapata estaba furioso. La toma de Puebla, en esas condiciones, significó un grave problema para el Ejército Libertador, por la triple dependencia que involucró. Su abastecimiento desde retaguardia estaba en manos de un enemigo encubierto; la ofensiva sobre Veracruz dependía de los resultados que obtuviera el ejército villista en el norte, y el enfrentamiento con el enemigo quedaba sujeto a los plazos del carrancismo. Como resultado de esos tres elementos, si el ejército de Obregón atacaba de inmediato en Puebla, los zapatistas estarían aislados, a la defensiva, en combate urbano y sin municiones, como en efecto sucedió. La plaza de Puebla se perdió el 5 de enero de 1915, a pesar de que la resistencia continuó por semanas.

#### LA BATALLA POR MÉXICO

La revolución del sur tomará la capital de la república, por segunda vez, el 11 de marzo de 1915. Ante el avance de Álvaro Obregón, la defensa de los zapatistas tuvo tres momentos o escalones. Primero, la resistencia exterior sobre las dos líneas ferroviarias de Puebla a México: por Cholula, Texmelucan, Otumba, Metepec, Xometla y Texcoco; en forma simultánea, por Apan, Irolo, Ometusco, Teotihuacan, Tepexpan y Ecatepec. Segundo, la resistencia interior en el zócalo, Jamaica, Churubusco, Coyoacán, San Ángel, Mixcoac y Tacubaya. Tercero, la defensa de las líneas de apoyo para la contraofensiva: desde Cuajimalpa a Contreras, en la montaña, y desde Xochimilco a Iztapalapa y El Peñón, en la zona de los lagos.

El general Manuel Palafox, que inicialmente estuvo a cargo de las fuerzas del sur en la capital, dio instrucciones para formar el primer dispositivo de resistencia, conforme a las órdenes que le transmitió por teléfono Emiliano Zapata. El primer día dispuso intensificar el sabotaje para cortar las comunicaciones de ferrocarril, telégrafo y teléfono de la ciudad con Puebla y Veracruz. Con este fin, el general Porfirio Bonilla marchó a operar en Apizaco, Tlaxcala, y el coronel José Trinidad Sánchez en la zona de Irolo, Ometusco y Apan. Poco después, se dieron instrucciones al general Domingo Arenas para llevar a cabo esa misión en la zona de Apan, Soltepec y San Lorenzo; asimismo, al general Benigno Zenteno. Los generales Genovevo de la O, José Trinidad Ruíz, Juan M. Banderas y Agustín Ramírez debían cubrir la zona de Texcoco. En el lado poniente, el general Serratos recibió la misión de marchar a Santa Fe y guarnecer Cuajimalpa. Los generales Julián Gallegos y Vicente Navarro quedaron a cargo de proteger Contreras y Tizapán; el general José Aguilera, Churubusco y Coyoacán; los coroneles Juan de Dios Díaz y Ramón Aguilar, el Pedregal de Coyoacán; el general Maximino Iriarte, Xochimilco y Tlalpan; el general Herminio Chavarría y el coronel Lázaro García Montoya, San Gregorio

y Mixquic. Por instrucciones directas de Zapata, el general Astrolabio Guerra debía dejar un destacamento en Milpa Alta y reforzar la defensa de Xochimilco.<sup>62</sup> Luego, el mando de esta zona quedó a cargo del general Juan M. Banderas.

Este dispositivo tenía una forma de “U”, con el lado norte abierto, como la topografía del valle. Por ello y por la relación de fuerzas desventajosa, es posible observar que el propósito inicial de los surianos no era copar al ejército de Obregón, sino resistir el avance y a distancia —en los límites de Tlaxcala e Hidalgo— aislarlo de su base de aprovisionamiento.

El 10 de febrero, los carrancistas efectuaron la operación más profunda en el territorio controlado por los zapatistas en el valle de México. Por un momento, lograron adueñarse de la base estratégica de Contreras, sobre la línea del ferrocarril hacia Cuernavaca. Sin embargo, al mismo tiempo, los combatientes zapatistas contraatacaron por Iztapalapa y llegaron cerca del zócalo. El balance indicaba que la ofensiva carrancista estaba llegando a su punto culminante. Atacaba simultáneamente en dos direcciones y penetraba en la montaña. Pero no tenía condiciones para sostenerse en las posiciones avanzadas. El carrancismo estaba obligado a replegarse y, en esas condiciones, los zapatistas penetraron a la zona urbana más densa de la capital.

En esas fechas, Obregón advirtió que sus fuerzas estaban siendo sitiadas en la ciudad de México. En Veracruz, después de recibir informes de la situación militar en la capital, Carranza empezó a considerar la necesidad de evacuar la ciudad. Así lo telegrafió a Obregón:

Por lo que usted y el general Castro me dicen y por lo que verbalmente me informó el general Bouchez [...] creo conveniente que se prepare usted a evacuar esa plaza, mandando antes todo lo que sea conveniente traer de la fábrica de cartuchos y de la Ciudadela [...]. Si, en los días que tarde usted en preparar su salida, se desarrollan acontecimientos que no hicieran necesaria la evacuación de esa plaza, la mantendremos en nuestro poder.<sup>63</sup>

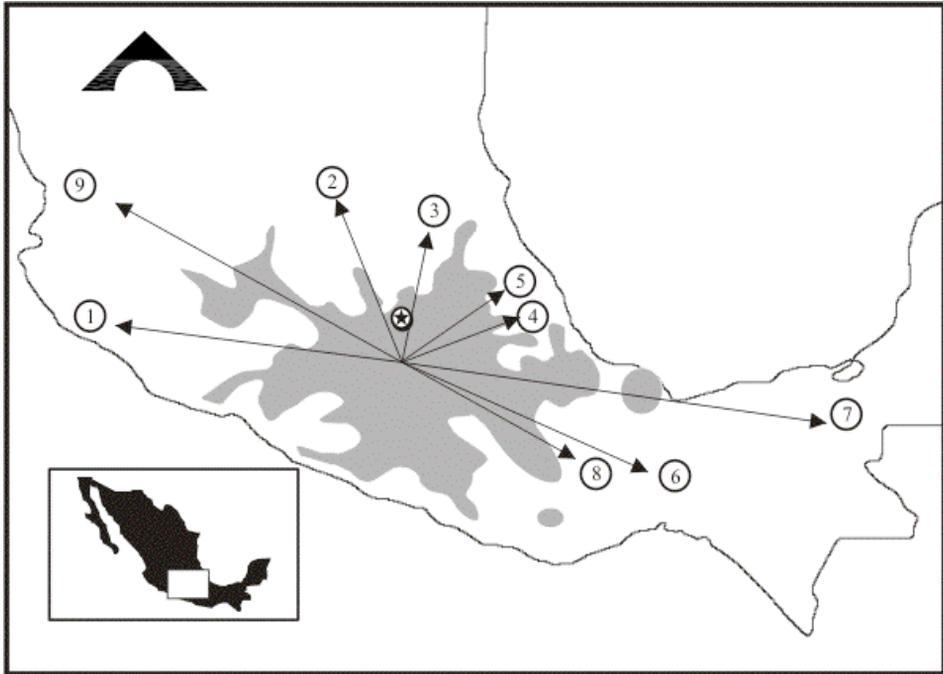
Había comenzado la vuelta de la marea.

---

<sup>62</sup> “Santiago Orozco, subsecretario del Cuartel General del Sur en la ciudad de México al general Genovevo de la O, 26 de enero de 1915”, AGN-FGO, caja 5, exp. 1, ff. 18-19; “Cartas del general Manuel Palafox, Contreras, Distrito Federal, 28 de enero de 1915, dirigidas a Juan de Dios Díaz, Francisco Pacheco, Alfredo Serratos, Trinidad Sánchez, Herminio Chavarría, Porfirio Bonilla y Maximino Iriarte”, AGN-FEZ, caja 4, exp. 2, ff. 162, 163, 164, 165, 169, 172 y 173, respectivamente. Asimismo “Carta del general José Aguilera a Emiliano Zapata, Tlalpan, D.F., 1° de febrero de 1915”, AGN-FEZ, caja 4, exp. 3, ff. 26-27.

<sup>63</sup> OBREGÓN, *Ocho*, 1973, p. 265. “Venustiano Carranza a Obregón, Veracruz, 14 de febrero de 1915”, en BARRAGÁN RODRÍGUEZ, *Historia*, 1985, t. II, p. 231.

MAPA 3  
Ejército Libertador  
Zona de Operaciones, 1911-1915



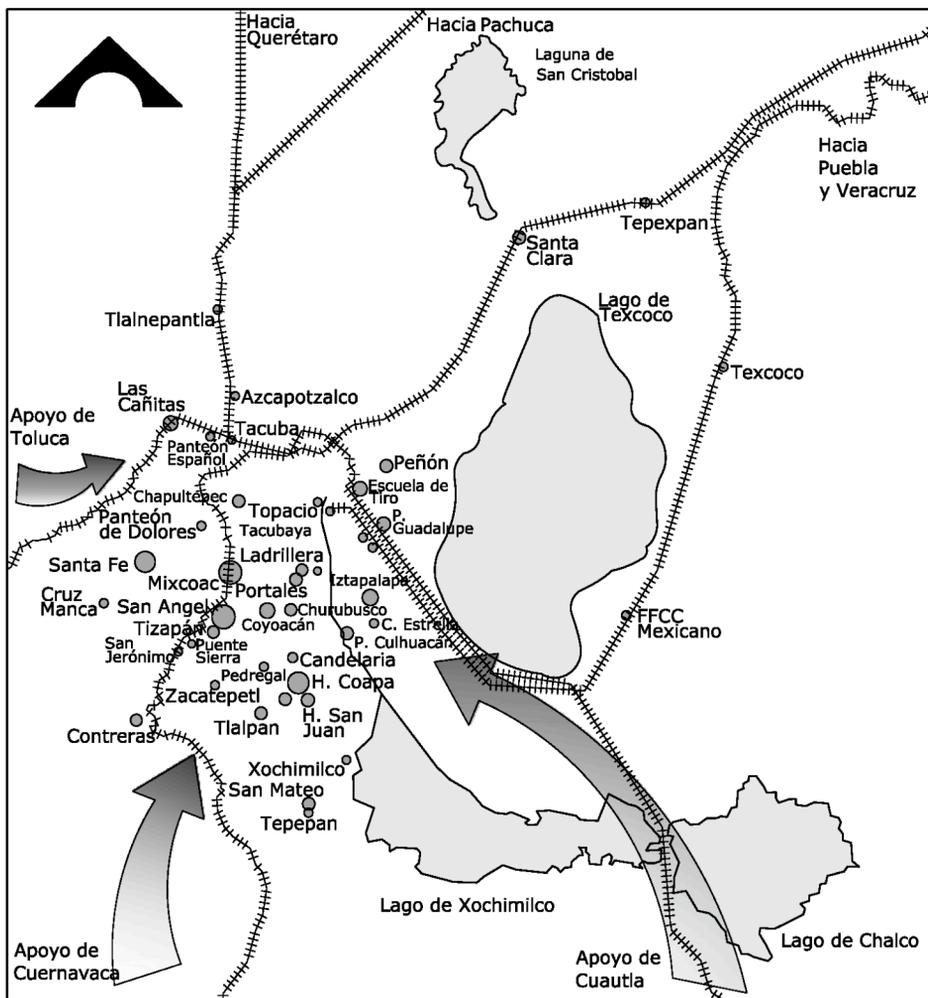
■ Zona de operaciones al mes de julio de 1914.

Columnas expedicionarias del Ejército Libertador

1. Coronel Salatiel Alarcón: Colima y Jalisco, 1913
2. Profesor Cándido Navarro: San Luis Potosí, 1913
3. General Felipe Neri, Coronel Juan Sánchez y General Fortino Ayaquica: Hidalgo, 1913
4. Teniente Coronel José Flores Alatorre y Generales Manzo, Félix C. López y Benigno Zenteno: Córdoba, Veracruz, 1915.
5. General Aurelio Bonilla: Jalapa, Veracruz, 1915
6. Teniente Coronel Leobardo Ritel: Istmo de Tehuantepec, 1915
7. General Rafael Cal y Mayor: Chiapas, Tabasco y Yucatán, 1915
8. General Ángel Barrios: Oaxaca, 1915
9. General Ladislao González: el Nayar, 1915.

FUENTE: AHDN; AGN-FEZ.

MAPA 4  
Ejército Libertador  
Combates, 28 enero – 10 marzo, 1915



FUENTE: Elaboración del autor.

Poco antes de la llegada de Obregón a la ciudad de México, se enviaron medio millón de cartuchos Mausser a los zapatistas de Guerrero. Al parecer, éste fue uno de los motivos por los que el general Emiliano Zapata marchó a Iguala, para coleccionar armas, municiones y víveres destinados a los frentes de combate en el valle de México y Puebla. Conforme iban reuniéndose, los elementos de guerra se concentraban en la estación de Treinta, Morelos, y desde allí se repartieron.

Asimismo, en Iguala, Emiliano Zapata expidió un decreto para la reorganización del Ejército Libertador: la primera unidad táctica sería la escuadra, con 8 soldados y un cabo; dos escuadras formarían un pelotón al mando de un sargento; tres pelotones, una sección a las órdenes de un teniente; tres secciones, una compañía a cargo de un capitán primero; cuatro compañías, un batallón al mando de un teniente coronel; tres batallones, un regimiento a las órdenes de un coronel o de un general brigadier; tres regimientos, una brigada al mando de un general brigadier o de un general de brigada, y tres brigadas, una división a las órdenes de un general de división o de un general de brigada. En las fuerzas de caballería, la compañía se llamaría escuadrón y el batallón, cuerpo.

El mando de las operaciones militares debía ser elegido en asamblea, integrada por los jefes desde el grado de coronel a general. “Ante todo, se procurará que los jefes u oficiales que los manden, sean ciudadanos que se distinguen como hombres de buena conducta, defensores leales del Plan de Ayala y conocedores de las necesidades del pueblo”.<sup>64</sup>

Junto con Zapata, Manuel Palafox marchó para Iguala. Así, el joven coronel Santiago Orozco quedó a cargo del Cuartel General de Cuernavaca, cuya principal responsabilidad fue coordinar las acciones en el valle de México. Como se verá, tal remplazo fue decisivo para el buen curso de las operaciones.

A partir del 1º de febrero, Santiago Orozco designó comisionados especiales para obtener información directa en la línea de fuego. El propósito era colocar fuentes propias en las distintas zonas de combate, para coleccionar datos sobre el enemigo y sobre el desempeño de las fuerzas surianas. También pidió que los mandos de cada zona y los telegrafistas reportaran los acontecimientos al Cuartel General.

Sobre la marcha de los acontecimientos, fueron reestructurándose las líneas operativas y sus respectivos mandos. El general Everardo González estuvo a cargo de la línea de Texcoco a Iztapalapa, una zona clave para que los zapatistas no fueran envueltos y atacados por retaguardia en el oriente. El general José Flores Alatorre, con artillería en El Peñón, mantuvo a raya a los carrancistas que se fortificaron en la

---

<sup>64</sup> “General Emiliano Zapata, *Decreto para la reorganización provisional del Ejército Libertador*, Iguala, Guerrero, 13 de febrero de 1915”, AGN-FGM, caja 30, exp. 9, f. 188.

Escuela de Tiro, por el rumbo de San Lázaro. El 10 de febrero, el general Amador Salazar llegó a Iztapalapa, también con artillería, y tomó el mando de las operaciones en esa zona. Cal y Mayor, en la línea de Contreras a Cuajimalpa y Juan Banderas en Xochimilco. El general Genovevo de la O estuvo a cargo de la línea de Cuajimalpa a Tlalnepantla, Barrientos, Tacuba y Azcapozalco. Por su parte, el 11 de febrero, Santiago Orozco avanzó a la línea de fuego con instrucciones de Emiliano Zapata, para evaluar sobre el terreno las posibilidades de la ofensiva. Llevó un telegrafista como acompañante y dejó a Gildardo Magaña como encargado del cuartel de Cuernavaca. Una vez cumplida la misión, regresó a su puesto.

Con apoyo de artillería, las operaciones zapatistas tuvieron mayor éxito. El 11 de febrero desalojaron a los carrancistas en Culhuacán y el cerro de la Estrella. Al día siguiente, rechazaron ataques en Churubusco y en Contreras, San Ángel y Mixcoac, en Contadero y por Iztapalapa; el día 13, en Huipulco. Además, pudieron ocupar la fábrica de pólvora de Santa Fe, replegando al enemigo hasta Tacubaya y Chapultepec, en combate que duró siete horas. El general Amador Salazar informó a Zapata que después de reñido combate desde las siete de la mañana hasta las seis de la tarde –junto con los generales Everardo González, Herminio Chavarría, Agustín Ramírez, Martín Zayas y José Cruz– logró apoderarse de la Hacienda de San Antonio Coapa. Ésta era la posición clave para las incursiones carrancistas en el sur y todo el tiempo estuvo en disputa. Ubicada sobre la calzada de Tlalpan, además de contar con una arquitectura fortificada y acueducto propio, tenía depósitos para dos mil toneladas de maíz y producía 1,400 litros diarios de leche.<sup>65</sup>

El coronel Isidro Muñoz derrotó a los carrancistas en Lomas de Guadalupe y Tarango; el general brigadier Ignacio Fuentes informó que arrojaron al enemigo de las lomas ubicadas frente a Mixcoac. Luego, volvió a ocupar la fábrica de Santa Fe, donde sustrajo parque. Las fuerzas de Genovevo de la O también tomaron Tacuba y Azcapozalco.

El jueves, 25 de febrero de 1915, el general Emiliano Zapata ya estaba en la línea de fuego. Llegó por Tláhuac y allí dio instrucciones para que los rebeldes de esa zona, así como los que fueran llegando, se concentraran en Iztapalapa y Churubusco.<sup>66</sup> En seguida, estableció su Cuartel General en Iztapalapa y, ese mismo día, ordenó el ataque a la ciudad de México.

---

<sup>65</sup> FIGUEROA DOMENECH, J., *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, Ramón de S. N. Araluce, México-Barcelona, 1899, citado por GORTARI RABIELA, Hira de y Regina HERNÁNDEZ FRANYUTI (comps.), *Memoria y encuentros: la ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, Instituto Mora / Departamento del Distrito Federal, México, 1988, t. 1, pp. 46-47.

<sup>66</sup> “El general Emiliano Zapata, Tláhuac, D.F., 25 de febrero de 1915”, AGN-FEZ, caja 15, exp. 8, f. 19.

Ejército Libertador de la República Mexicana

Cuartel General en el Distrito Federal, 25 de Febrero de 1915.

A los Jefes del Ejército Libertador que se hallan en la línea de fuego del sitio de la ciudad de México, presentes.

Se dispone que el 27 se ataque de manera formal a la capital de México, el fuego se romperá entre 5:00 y 6:00 de la mañana. Que advierta a todos los jefes de su fuerza, que será sometido a Consejo de Guerra quién no cumpla con esta orden superior.

Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

El General en Jefe Emiliano Zapata.<sup>67</sup>

La disposición operativa de las tropas surianas logró resistir los embates carrancistas y, ahora, la formación en “U” servía como base para la contraofensiva. El ataque se realizó por los tres costados, en direcciones convergentes; desde la montaña, el sur y la zona de los lagos.

El día acordado, se iniciaron las acciones ofensivas en la línea de fuego circundante a la capital. Inmediatamente, dos fuentes surianas reportaron que Emiliano Zapata avanzaba por La Vega y que había desalojado al enemigo en río Churubusco. Por ese lado, en forma escalonada, atacaba simultáneamente el general Antonio Barona, en el barrio de La Candelaria, Coyoacán; el general Amador Salazar, Country Club, al norte de Taxqueña; el general Porfirio Bonilla, hacienda de Portales; el general Crisanto Quintero, por San Juanico. La posición más avanzada estuvo a cargo del general Maximino Iriarte, quien atacó la estación de Xico dentro de la ciudad.

El general Justino Cotero, avanzó desde Contreras. Las tropas de Jesús Cázares atacaron por Tlalnepantla, Cuautitlán y Barrientos, desde su base en la hacienda de Apaxco. El coronel Miguel Martínez avanzó por el Panteón Español y Tacuba.

Los telegrafistas recibieron orden de informar cada tres horas sobre el curso de los acontecimientos. El puesto de Tlalpan reportó al Cuartel General que había intensos combates y que estaba ardiendo el cerro de Zacatépetl, cerca de Cuicuilco; además, que en la ciudad circulaba un manifiesto excitando al pueblo a sublevarse.

¡Pueblo!

El zapatismo es la revolución del indio, no pelea por la Presidencia [...].

El zapatismo no ha buscado apoyo en el extranjero.

Mientras Carranza ha recibido de los americanos, primero en el Norte y después de Veracruz, millones de cartuchos; mientras ellos andan vestidos de kaqui y con sombrero tejanero; los zapatistas andan casi desnudos, pero no venden a su patria.

---

<sup>67</sup> “El general Emiliano Zapata a los jefes del Ejército Libertador en la línea de fuego, México, D.F., 25 de febrero de 1915”, AGN-FGO, caja 11, exp. 7, f. 16; y caja 5, exp. 2, f. 16; caja 11, exp. 11, f. 2 y AGN-FGM, caja 30, exp. 9, f. 203.

El zapatismo no prostituye al pueblo con limosnas [...].  
 Pueblo, únete al zapatismo que es la revolución nacional.  
 ¡Amótnate, entra a los cuarteles, quítales las armas!  
 ¡Levántate y arroja a estos bandoleros a pedradas de nuestro querido suelo mexicano!  
 Ejército Libertador.<sup>68</sup>

Después de controlar la plaza de Coyoacán, el general Antonio Barona tomó San Ángel. Juan Andrew Almazán avanzó por Lomas del Olivar, frente a Mixcoac. Los carrancistas se hicieron fuertes allí y en Barranca del Muerto. Al otro extremo de la ciudad, en diagonal, los zapatistas al mando del general José Flores Alatorre atacaron con artillería la Escuela de Tiro, derrumbaron parte de la fortificación, y obligaron a los carrancistas a refugiarse en la estación de San Lázaro.

En el imperio estaban furiosos. *The New York Times* expresó que el desastroso desgobierno en la ciudad de México se debía, “no tanto a la deshonestidad, como a la estupidez [...] Obregón no sabe qué hacer”. En aquel tiempo, este diario sostenía que el rebelde más peligroso era Zapata, pues el Plan de Ayala significaba la confiscación general. Señaló que, en la crisis de la ciudad de México, el curso de acción podía ser como en 1900, cuando varias potencias orquestaron la invasión de China para aplastar a la insurrección bóxer. En este sentido, el diario neoyorkino sugirió organizar una *columna internacional de relevo*.<sup>69</sup> Poco antes, el senador Albert Fall había propuesto tratar la situación mexicana como la de China y, sobre esa base, convocó a preparar la intervención armada de Estados Unidos, Argentina, Brasil y Chile “para vigilar a México y restaurar el orden”. Apoyaron esa idea, los ex presidentes de Estados Unidos, Theodore Roosevelt y William Taft, entre otros políticos; el National City Bank, al mismo tiempo, exigía que se aplicara la política del gran garrote en México.<sup>70</sup>

Emiliano Zapata fue informado, el 3 de marzo, que la evacuación de los carrancistas era un hecho. “Hónrome comunicar a usted que, según los informes adquiridos hasta esta hora [dos de la tarde], es un hecho la evacuación de la capital de México. También dicen que Álvaro Obregón sale con su tropa a Querétaro”,

---

<sup>68</sup> “Manifiesto del Ejército Libertador al pueblo de la ciudad de México, México, D.F., s. f.”, AGN-FEZ, caja 14, exp. 20, ff. 34-35.

<sup>69</sup> Sobre Zapata, véase “Duval West’s mission”; sobre Obregón, “Mexico City’s plight”, en *The New York Times*, 12 de febrero de 1915. Sobre la columna internacional de relevo, ‘an international relief column’, véase “Growing alarm for Mexico City”, *The New York Times*, 6 de marzo de 1915.

<sup>70</sup> Sobre Fall, véase “Fall urges a plan of policing Mexico” y “Senator Fall’s idea”; sobre Roosevelt y Taft, “Two ex-presidents speak”; sobre el National City Bank, “Demands big stick for foreign trade”, *The New York Times*, 23 y 24 de febrero de 1915.

reportó el coronel Federico Córdova, desde el puesto de El Peñón.<sup>71</sup> Tlalpan confirmó la información al Cuartel General del Sur pues la prensa había publicado, la mañana siguiente, declaraciones de Obregón, asegurando que la capital del país “no tenía ninguna importancia” y que saldría pronto hacia Querétaro.<sup>72</sup>

Era la evacuación total. El propósito carrancista —controlar la capital de la república para obtener prestigio en el extranjero— había fracasado. La idea de Emiliano Zapata no fue esperar a que la evacuación se consumara, sino que ordenó intensificar el ataque y dio instrucciones a todos los jefes para atacar simultáneamente, el martes 9 de marzo, entre 5 y 6 de la tarde.

El miércoles por la noche, Octavio Paz (padre) reportó a Cuernavaca que los carrancistas abandonaron todas sus posiciones; el joven licenciado fue uno de los comisionados de información, en Contreras. Al día siguiente, 11 de marzo, las tropas del sur entraron a la capital, por San Antonio Abad.<sup>73</sup> El general insurgente Amador Salazar asumió la Comandancia Militar de la ciudad de México y dio instrucciones para perseguir al enemigo y continuar con el sabotaje en los ferrocarriles.<sup>74</sup> Mientras tanto, el general en jefe Emiliano Zapata regresó a su Cuartel General, en Tlaltizapán, y la Convención pudo regresar a México.

En forma simultánea, cuando los zapatistas echaron a Obregón de México, Estados Unidos envió más barcos de guerra a Veracruz. *The New York Times* señaló que el objetivo de ese despliegue era llamar la atención de Carranza sobre la gravedad de la situación; y que debía tomar esa movilización naval como “una insinuación” de que él tenía la obligación de proteger a los extranjeros en la ciudad de México.<sup>75</sup> A su vez, la Casa Blanca advirtió que podría enviar a toda la flota del Atlántico, si fuera necesario.

La nueva movilización de la armada de Estados Unidos era la avanzada de la *columna internacional de relevo*, si fracasaban los planes militares de Carranza, y la amenaza directa del imperio sobre la revolución.

---

<sup>71</sup> “Coronel Federico Córdova al Cuartel General, El Peñón, D.F., 3 de marzo de 1915”, AGN-FEZ, caja 15, exp. 9, ff. 14-15.

<sup>72</sup> “Vicente Villasana al Cuartel General del Sur, Tlalpan, D.F., 4 de marzo de 1915”, AGN-FEZ, caja 15, exp. 9, f. 22.

<sup>73</sup> “Octavio Paz al Cuartel General del Sur, Contreras, D.F., 11 de marzo de 1915”, AGN-FGM, caja 28, exp. 18, f. 334.

<sup>74</sup> “General Amador Salazar al general Genovevo de la O, México, D.F., 11 de marzo de 1915”, AGN-FGO, caja 5, exp. 3, f. 74. Véase también “Informe del general Porfirio Bonilla a Emiliano Zapata, San Juan Teotihuacan, Estado de México, 14 de marzo de 1915”, AGN-FEZ, caja 7, exp. 1, f. 92.

<sup>75</sup> “Talk of using force in Mexico-Five more american battleships likely to be ordered to the east coast” y “Villistas regain mexican capital. Zapata forces enter as Obregón moves out”, *The New York Times*, 9 y 10 de marzo de 1915.

Los destruimos porque éramos hartos.

Cuando tuvimos parque, sacamos a Obregón, a Carranza, de México y de Puebla. Se nos fue acabando el parque y todavía sacamos a Obregón de México. El 12 de marzo de 1915, sacamos a Obregón.

General Próspero García Aguirre, Ejército Libertador.<sup>76</sup>

Aquella fue, quizás, la mayor operación militar del Ejército Libertador. El ataque cubrió un espacio de 1,490 kms<sup>2</sup> dentro del valle de México. En total, fueron 43 días y 43 noches de miles de combatientes y bases de apoyo en el Distrito Federal y Morelos, principalmente; también unidades del Ejército Libertador procedentes del Estado de México, Tlaxcala, Hidalgo, Puebla, Guerrero y Oaxaca. Desde el punto de vista del objeto que se disputó en la batalla, los zapatistas obtuvieron su propósito, no los carrancistas. Luego, la historiografía dominante borró la batalla por México y resolvió lo que el carrancismo no pudo hacer en la contienda armada.

\* \* \*

En la ofensiva de 1915, el manifiesto zapatista que llamó a la rebelión general en el valle de México contenía una posdata. “Nota a los carrancistas: podrán ustedes arrancar de las paredes estos papeles, pero no podrán nunca borrar las razones que están escritas en el corazón de los mexicanos”.

El corazón (*yóllotl*), en nuestra cultura, representa la palabra y el honor de una persona, su fuerza y movimiento. Es significativa la unidad del discurso zapatista en la guerra; porque sea en el valle, en la sierra o en Villa de Ayala, los zapatistas se levantaron con escopetas, otros con rifles o con puñalitos... Y otros con el corazón nomás.

---

<sup>76</sup> General Próspero GARCÍA AGUIRRE, Ejército Libertador, entrevista realizada por Laura ESPEJEL y Salvador RUEDA en Tlatenchi, Jojutla, Morelos, el 16 de agosto de 1975.

## El delito de ser zapatista. Cuautla, 1911

---

*Carlos Barreto Zamudio*

20 de diciembre de 1911

Aviso Interesante

La Secretaría Gral. de Gobierno, en telegrama de esta fecha, dice lo que sigue.

[...]

Siendo imperiosa la necesidad de extinguir en este estado la plaga social del zapatismo, van a tomarse medidas enérgicas contra todos los que directa o indirectamente favorecen el bandillaje y la causa del criminal Emiliano Zapata, inspirándose el gobierno en el cumplimiento de sus deberes y en los sentimientos del patriotismo y humanidad hace por fin un llamamiento a los vecinos del estado aconsejándoles se abstengan de toda participación en la obra nefanda de los criminales que con la denominación de zapatistas están minando el orden público, y esto con el objeto de retraer a muchos de los que fascinados por promesas insensatas, están en peligro de precipitarse por el sendero del bandolerismo.

Aurelio Vázquez

Teófanés Jiménez. Presidente Municipal.<sup>1</sup>

**E**STE aviso-advertencia para la población de Cuautla se fijó en puntos visibles de sus calles durante el invierno de 1911. Apenas poco más de un año antes, después de la crisis electoral de 1909, aparentemente en 1910, se estaban sentando otra vez las bases para renovar un estado de paz porfiriana en Morelos. Incluso durante ese año de 1910 Emiliano Zapata, muy activo políticamente en la región, fue encarcelado y llevado al servicio de las armas en un proceso lleno de contradicciones, como quedó consignado en un expediente judicial resguardado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación. María de Jesús Zapata interpuso un amparo a favor de su hermano Emiliano:

---

Carlos BARRETO ZAMUDIO. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

<sup>1</sup> “Aviso interesante”, de la Secretaría General de Gobierno de Morelos a la Municipalidad de Cuautla, 20 de diciembre de 1911. Una copia de este documento me fue amablemente proporcionada por el antropólogo Carlos Barreto Mark, perteneciente a su archivo particular, sin clasificación (en adelante CBM, s/c).

Cuautla, 28 de enero de 1910, 10:20 a.m.

Señor juez del distrito. Solicito amparo contra actos del jefe político de este distrito [...], pues apresó a mi hermano Emiliano Zapata y lo consignó al servicio de las armas hoy [...]. No se le hizo saber a mi referido hermano la causa de su detención, el nombre de su acusador y en fin todos los demás trámites [...], por lo que hallando violatorias las garantías [...], vengo en uso de mi deber a solicitar el amparo necesario contra actos del [...jefe político].<sup>2</sup>

31 de enero de 1910. El alcalde, Andrés Palacios, describía los motivos del arresto en Cuautla la noche del 24 de enero: Zapata había sido detenido por la policía, y conducido a la cárcel pública, por encontrarse vagando por una de las calles, en estado de embriaguez, escandalizando y queriendo dar muerte a una señora que había sido su amasia. Se le asignó un castigo de quince días de cárcel, y al “estar extinguiendo” su pena correccional, tres días después de haber ingresado a la prisión municipal, el ejecutivo estatal ordenó que fuera consignado al servicio de las armas en virtud “de la mala conducta que ha observado este individuo”.<sup>3</sup>

El asunto de la orden del ejecutivo sonaba desde ya extraño, contradictorio y arbitrario, pues justo el día en que María de Jesús Zapata interpuso el amparo, es decir, cuatro días antes de darse a conocer la “orden del Ejecutivo Estatal”, Emiliano de cualquier forma ya había sido destinado al servicio de las armas “para cubrir las bajas en el ejército”, lo que ocurrió, a decir de las propias autoridades, no por las supuesta orden con que se estaban justificando, sino porque “había sido designado por la suerte”, a través de un sorteo:

En Cuautla a los veintisiete días del mes de enero de mil novecientos diez reunido en el local de la jefatura política el C. Andrés Palacios, presidente del ayuntamiento de esta ciudad [...], bajo la presidencia del ciudadano José Antonio Vivanco, jefe político del distrito, se procedió [...] a dar lectura a una comunicación de la presidencia municipal en la que acompañen [...] una lista de los individuos entresacados del padrón de la municipalidad para que entre ellos se verifique el sorteo a fin de obtener el número de hombres que toca dar a este distrito para cubrir bajas en el ejército, en seguida se verificó este [...] resultando designado por la suerte el C. Emiliano Zapata.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> “Amparo que antepone Jesús Zapata a favor de Emiliano Zapata, preso en la cárcel de Cuautla por el delito de embriaguez escandalosa”, Archivo Histórico de la Casa de Cultura Jurídica de Cuernavaca, Suprema Corte de Justicia de la Nación (en adelante AHCCJ), *Juzgado de Distrito Morelos, Juicio de Amparo, 1910*, exp. 2, ff. 6-9. Agradezco las facilidades otorgadas por la Casa de Cultura Jurídica de Cuernavaca, de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, a través de su directora, la Dra. Aura Hernández.

<sup>3</sup> *Ibidem*, f. 10.

<sup>4</sup> *Ibidem*, f. 11.

A inicios de febrero María de Jesús y Emiliano desistieron el juicio de amparo y Zapata recuperó su libertad hasta finales de marzo. Las contradicciones en que incurrieron las autoridades, así como los elementos subjetivos con que fundamentaron que el castigo para Zapata no fuera de quince días sino de casi alrededor de dos meses, permiten suponer que se trató al final de un abuso de autoridad, en el que muy probablemente tuvo que ver la actitud rebelde de Emiliano en los asuntos pasados de tierras de los pueblos y los conflictos electorales de 1909. Prácticamente un año después de su detención, también en marzo pero de 1911, Zapata junto con sus hombres de Ayala, se lanzaban hacia las montañas del sur dando inicio a su rebelión.

#### ANTIZAPATISMO, 1911

Con rapidez similar a la del zapatismo que comenzó a esparcirse por los pueblos durante 1911, la tendencia al *antizapatismo* y a tratar como delito lo que procediera del movimiento rebelde, tanto en lo legal como en lo estrictamente subjetivo, también se volvió una práctica corriente para algunos sectores de Morelos durante los primeros años de la década de 1910. En la región, la tendencia antizapatista fue encabezada, entre otros, por hacendados y los sectores más acomodados e ilustrados; éstos fueron apuntalados por núcleos urbanos capitalinos que desde fines del Porfiriato, el interinato de Francisco León de la Barra y el régimen maderista, señalaron a Emiliano Zapata y al zapatismo con calificativos agresivos y descalificaciones, basadas principalmente en juicios racistas y prejuicios largamente incubados hacia las masas indígena-campesinas, que aunque continuaron hasta la muerte de Zapata, tuvieron un punto altamente belicoso en el periodo de 1911-1913.<sup>5</sup> Bajo el criterio de que las autoridades tienen la facultad de designar, y por lo tanto de inventar, los delitos, ello les permitía —al descalificar a la insurrección— acosar a los zapatistas y a sus simpatizantes no como rebeldes, sino como delincuentes del orden común.

En ese sentido, las crecientes operaciones zapatistas durante 1911, particularmente la toma de Cuautla en el mes de mayo, escandalizaron a los sectores más acomodados e ilustrados de Morelos que arengaban: “¿Y por qué esos feroces asesinos del Estado de Morelos se han hecho llamar zapatistas? [...] al grito de ‘*Viva Zapata*’ comienzan el saqueo, el incendio de las fincas, y los cobardes asesinatos de gente indefensa”. El juicio de Lamberto Popoca y Palacios, escritor morelense y declarado antizapatista, fue que la mayoría de los rebeldes eran “criminales excar-

---

<sup>5</sup> PÉREZ MONFORT, Ricardo, “Imágenes del zapatismo entre 1911 y 1913”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, p. 163.

celados, exentos de todo sentimiento noble [...] no respetan a jefe ninguno; asesinan sin piedad a gente indefensa; roban y destruyen lo que no se pueden llevar; y lo que es peor, incendian [...] las habitaciones de pacíficos ciudadanos [...] son chacales [...] son cafres salvajes y la vergüenza para México en pleno siglo XX”.<sup>6</sup>

La revolución del sur apenas había comenzado en marzo de 1911, y sobre todo, posteriormente a la toma de Cuautla en el mes de mayo se manejó la candidatura a la gubernatura del estado de Emiliano Zapata como un asunto serio y no como un exotismo, aunque por el momento político y la oposición de las élites regionales las autoridades tendieran a criminalizar al movimiento rebelde. Diversos clubes políticos de la municipalidad de Cuautla, durante el mes de junio habían declarado oficialmente a Zapata como su candidato para gobernador. Los clubes “Demócrata José María Morelos y Pavón”, “Benito Juárez”, “Democrático Antireeleccionista Morelense”, “Pablo Torres Burgos”, “Libertad”, “Narciso Mendoza”, “Niño Artillero” y “Sara Pérez de Madero”, en su mayoría habían informado su fórmula electoral: Francisco I. Madero para presidente, Francisco Vázquez Gómez para vicepresidente y Emiliano Zapata para gobernador. Incluso, el Club “Benito Juárez” habría logrado una reunión de más de mil personas que, por las calles de Cuautla, salieron en masa aclamando a sus candidatos.<sup>7</sup>

El panorama no era sencillo, por un lado aparecía una rebelión de fuerte arrastre popular y por otro los intentos de las autoridades de diferentes niveles, apuntaladas por élites y prensa, para sofocarla lo más pronto posible al representarles un serio problema. El 15 de octubre de 1911, se llevarían a cabo las elecciones federales que en Morelos generaron “una suerte de referéndum local a la política del gobierno”.<sup>8</sup> Para la ocasión estaba en juego la candidatura de Madero a la presidencia, no así la de Zapata a la gubernatura, aunque su nombre aparecía ya por todos lados. En medio de un ambiente en ebullición, Zapata regresaba a Morelos después de la reagrupación de sus fuerzas ante la persecución de Victoriano Huerta, enviado por el Presidente interino, quien en realidad los consideraba no como unos rebeldes serios, sino apenas como unos “bandidos ridículamente presuntuosos” a quienes pretendía sofocar pronto con sus operaciones militares destinadas a *pacificar* y *sembrar la confianza* en el estado.<sup>9</sup> A despecho de las operaciones de Huerta, los zapatistas, en cambio, al declarar ilegítimos a los gobernadores de Morelos, Puebla,

---

<sup>6</sup> POPOCA y PALACIOS, Lamberto, *Historia del bandalismo en el estado de Morelos: ¡Ayer como ahora! ¡1860! “Plateados” ¡1911! “Zapatistas”*, Tipografía Guadalupeana, Puebla, México, 1912, pp. 6-7.

<sup>7</sup> “Clubs políticos”, Municipalidad de Cuautla, Morelos, , CBM, s/c, exp. 6, junio de 1911.

<sup>8</sup> WOMACK, John, Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969, p. 120.

<sup>9</sup> *Ibidem*, p. 121.

Guerrero y Oaxaca, obtuvieron una suerte de poder fáctico respaldado por el veredicto popular.

Pero en Cuautla las aguas estaban agitadas. El alcalde Teófanés Jiménez asumía una actitud de claro rechazo ante todo lo que procediera de Zapata y los zapatistas. Don Teófanés no era un tipo que gozara del consenso de los cuautlenses pues además de que era alguien que había transitado por el porfirismo, había alcanzado la presidencia municipal de forma provisional después de la toma de Cuautla, según sus opositores apoyado “por unas cuantas personas”. Pero el propio alcalde rechazaba la especie argumentando que la representación de esas “cuantas personas” fue el propio Gral. Zapata quien, teniendo el control de la plaza a la salida del *Quinto de Oro*, organizó un plebiscito para nombrar un presidente municipal provisional, debido a que “aquellos actos de salvaje desorden terminaron con la deposición de todas las autoridades”. Don Teófanés, furibundo antizapatista, señalaba que “el mismo Zapata me nombró Presidente Municipal provisional, no obstante que, cuando tomó posesión de la ciudad, pretendió fusilarme, instigado por la malevolencia de varios vecinos”.<sup>10</sup>

En fechas cercanas al día de la elección federal Teófanés Jiménez recibió en su oficina a Santiago Orozco, un joven tipógrafo zacatecano, quien pocos días antes había llegado a Cuautla a hacer, en reuniones y a través de impresos, propaganda a favor de la candidatura de Zapata a la gubernatura del estado de Morelos. Para las autoridades los problemas que estaba causando Santiago Orozco eran dos: el primero consistía en que no era tiempo de elección para gobernador, sino para presidente y vicepresidente, y el asunto mayor, que el candidato postulado era el incendiario Zapata que hacía pocos meses había encabezado la durísima toma de Cuautla. Ante el ímpetu de Santiago por “enaltecer al criminal” Zapata, don Teófanés le ilustraba las depredaciones que él y su gente habían hecho en Cuautla y la región que, en su “concepto [...] no eran necesarias para obtener el triunfo de la causa que perseguía el señor Zapata ni mucho menos las ocasionadas en esta ciudad por haberse firmado en ese entonces ya de una manera definitiva los tratados de paz y de haberse ya evacuado la plaza por las fuerzas federales”. Pero sobre todo, Jiménez enfatizaba el peligro de que la propaganda que se estaba distribuyendo incitara al pueblo a sublevarse, puesto que antes de su difusión el mismo pueblo “parecía estar calmado”. Orozco le manifestó que no se preocupara, que su propaganda estaba arreglada a derecho y que él mismo respondía por su vida. Pero la

---

<sup>10</sup> JIMÉNEZ, Teófanés, *Memorándum de la administración del Sr. Teófanés Jiménez como presidente municipal de Cuautla durante los años de 1911 a 1912*, Tipografía Económica, México, 1912, p. 4.

actividad de Santiago no se había limitado a distribuir impresos, sino que a decir de los testigos:

El señor Orozco había tomado la palabra en la Alameda para incitar al pueblo que acompañaba a los electores que fijaban en las esquinas el resultado de su elección de presidente y vicepresidente, para que trabajaran a fin de obtener que el Sr. Emiliano Zapata ocupara el puesto de gobernador del estado, haciendo con esto que el pueblo lanzara vivas al señor Zapata, dando motivo con esto a que dado el estado de ánimos que se encuentra el pueblo y las fuerzas que guarnecen esta plaza a darse un conflicto que afortunadamente se evitó debido a la prudencia del jefe de las fuerzas de esta plaza.

Orozco, por el contrario argumentó que

[...] llegó a esta ciudad con el objeto de ver si lograban la pasificación del estado proponiéndose hacerlo por medio de la prensa y de la palabra [...] sin poner de manifiesto ningunas razones [...] que pudieran [...] sugestionar al pueblo; que [...] todo esto es ocasionado por la pugna que existe entre las fuerzas federales y las del general Zapata y por el deseo que el pueblo tiene de que las fuerzas del gobierno salgan del estado [...] que triunfará Zapata se funda en que ha notado que el elemento popular está de su parte y [...] que sería responsable el gobierno federal de las consecuencias por violar la voluntad del pueblo [...].<sup>11</sup>

No obstante, a decir de las autoridades locales, lo que Santiago estaba realmente realizando, era apología del delito, sin especificar cuál, al halagar las virtudes del “criminal Emiliano Zapata”, sobre todo porque “el pueblo impulsado por el discurso del señor Orozco continuó gritando vivas a Zapata y próximo a llegar a la plazuela del pueblito se oyeron algunos mueras a los gachupines sin poder precisar quiénes eran los que gritaban”. Las actitudes de Santiago le daban motivo suficiente a las autoridades de Cuautla para encarcelarlo, lo que ocurrió pronto, ya que fue detenido la mañana del 19 de octubre y notificado de su delito el día 24, ingresó a la cárcel local como “presunto responsable de la acción penada, apología del delito prevista en el artículo 765 del código penal [...] haciendo apología del criminal Emiliano Zapata”.<sup>12</sup> Pocos días después, su madre adoptiva “y defensora”, la conocida periodista Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, solicitó un “amparo en favor de Santiago Orozco, y contra los actos del Juez de Primera Instancia de Cuautla”,

---

<sup>11</sup> “Juicio de Amparo que promueve Juana B. Gutiérrez de Mendoza a favor de su hijo Santiago Orozco, preso por apología del delito”, AHCCJ, *Juzgado de Distrito Morelos, Juicio de Amparo, 1911*, “Cuaderno de incidencias”, exp. 34, ff. 5f-6vta.

<sup>12</sup> *Ibidem*, f. 6f.

argumentando que “mi referido hijo y defendido no ha cometido el delito que se le imputa, ni está comprobado el cuerpo del delito en los autos [...] por considerar al referido Santiago Orozco como partidario del Gral. Zapata, el juez citado declaró su formal prisión”.<sup>13</sup>

Juana Belén era una importante periodista independiente, muy ligada en ese momento con Ricardo Flores Magón, con quien después terminó peleada a muerte, opositora de Díaz y que en el preámbulo de la revolución, había apoyado a Madero, candidato en campaña, a quien se dirigió en el momento de la encarcelación de su hijo, puesto “que la libertad de Santiago me importa más que mi propia vida”. Juana Belén buscaba liberar a Santiago para continuar el apoyo a la causa zapatista. Santiago Orozco, por su parte, llegaría a trascender durante la revolución del sur: su actividad se concentró durante los cuatro años siguientes en los que apareció como comandante de la Brigada Roja del Ejército Libertador del Sur, como firmante de la ratificación del Plan de Ayala y como personaje cercano al Cuartel General, antes de morir en 1915 a causa de una penosa e imprecisa enfermedad a los 26 años.<sup>14</sup>

Al final, acerca del amparo promovido por Juana Belén Gutiérrez de Mendoza, la Corte Suprema de Justicia de la Nación, resolvió “que no hay en las actuaciones del proceso seguido contra Santiago Orozco los elementos justificativos necesarios sobre la comprobación de la responsabilidad criminal por el delito de apología [sin expresarse en el acto referido de que delito] [...]”. Por lo que el 13 de marzo de 1911, la “Justicia de la Unión ampara y protege a Santiago Orozco contra el acto restrictivo de su libertad personal”.<sup>15</sup> Con ello, Santiago salió de la cárcel de Cuautla para unirse a las filas zapatistas en las montañas del sur, las que no abandonó hasta su muerte cuatro años después. En el pasado quedaron las arengas impresas distribuidas por Orozco en Cuautla en 1911, consignadas en un expediente judicial:

y en Morelos hay ahora espantosas injusticias y en Morelos se retuerce el dolor de un pueblo esclavo todavía, y en Morelos se espera la llegada de Zapata como esperan los creyentes la llegada del Mecías [...]. Se ha calumniado a Zapata. Se le ha calumniado hasta lo inverosímil; siendo que no tiene más ideal que la justicia ni más culto que la verdad, hará plena luz en las tenebrosidades con que se ha querido rodear al más noble defensor del pueblo de Morelos. Entretanto; alerta ciudadanos, que los enemigos no os sorprendan [...].<sup>16</sup>

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, f. 1f.

<sup>14</sup> BARRETO ZAMUDIO, Carlos, *El zapatismo como apología del delito*, Suprema Corte de Justicia de la Nación, México, 2009, (en prensa).

<sup>15</sup> AHCCJ, *Juzgado de Distrito Morelos, Juicio de Amparo 1911*, Cuaderno de incidencias, exp.34, f. 27 vta.

<sup>16</sup> *Ibidem*, ff. 11f-12 vta.



# Guerra y política contra el Cuartelazo

La revolución zapatista durante el régimen de Huerta

*Felipe Ávila Espinosa*

...esta superioridad comunica a usted que el Gobierno del C. Francisco I. Madero ha terminado con la prisión de éste y del señor José María Pino Suárez [...] quedando el gobierno Provisional en manos del General Victoriano Huerta y con un Gabinete cuyos miembros han pertenecido a los gobiernos pasados, lo cual en nada satisface a la Revolución del Sur, Centro y Norte de la República.

En tal virtud, teniendo en consideración semejantes acontecimientos, recomiendo a usted se abstenga de entrar en tratados con ninguno absolutamente de los que extraños a la Revolución se presenten a su campamento, pues en todo caso debe usted atenerse a las órdenes e instrucciones que reciba de este Cuartel General, sin ser los referidos actuales acontecimientos motivo para que deje usted de activar sus trabajos militares, pues ahora más que nunca es de alta necesidad que usted hostilice al mal Gobierno, no perdiendo oportunidad de batirlo.<sup>1</sup>

**C**ON ESTAS PALABRAS, que no tienen desperdicio en cuanto a su claridad y contundencia, el jefe de las fuerzas zapatistas definió su postura ante la Decena Trágica, dos días después de que se conociera la detención de Madero y el asalto al poder por Victoriano Huerta, el viejo conocido y enemigo de los rebeldes morelenses.

La toma de partido de Zapata y del Cuartel General suriano ante el golpe de Estado no dejaba lugar a dudas: no reconocían al gobierno de Huerta, el ascenso al poder de éste era ilegítimo y producto de la traición. Los zapatistas continuarían la guerra contra él y buscarían deponerlo. Esta respuesta fue inmediata, en cuanto tuvieron noticias del cuartelazo, y la sostuvieron reiteradamente en los días siguientes, en instrucciones que el Cuartel General transmitió a todos los jefes militares del Ejército Libertador.<sup>2</sup>

---

Felipe ÁVILA ESPINOSA. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

<sup>1</sup> “Emiliano Zapata a los jefes del Ejército Libertador”, 23 de febrero de 1913, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Fondo Genovevo de la O* (FGO), caja 17, exp. 2, f. 3.

<sup>2</sup> Ver “Zapata a Genovevo de la O”, 31 de marzo de 1913, AGN-FGO, caja 17, exp. 3, f. 15.

Para consolidar su posición luego de asaltar el poder, el gobierno de Huerta buscó el reconocimiento de varios de los líderes rebeldes que se habían distanciado de Madero. El apoyo más importante que consiguió fue el de Pascual Orozco, el principal dirigente de la insurrección maderista de 1910-1911 en Chihuahua. Huerta buscó, asimismo, atraerse y neutralizar a otros caudillos regionales importantes. Con ese fin, envió comisionados a tratar de establecer negociaciones con varios jefes zapatistas. Zapata y el Cuartel General —que habían experimentado en carne propia la ofensiva del ejército federal al mando de Huerta en el verano de 1911, en la que conocieron la ambición, la falta de escrúpulos y la ferocidad de Huerta— tenían motivos de sobra para desconfiar de sus ofertas. Por ello, no fue extraño que reiteraran su negativa a negociar con un régimen al que calificaban de ilegítimo, que resolvieran continuar en armas contra él y dieran instrucciones a sus subordinados de continuar con sus acciones de guerra.

Los emisarios de Huerta —entre los cuales se encontraba el padre de Pascual Orozco, quien quizá quería sacar provecho de que el Plan de Ayala hubiera nombrado a su hijo el jefe de la rebelión contra Madero— ofrecieron a los zapatistas cumplir lo que Madero les había negado: la solución al problema agrario y el nombramiento del gobernador de Morelos. Los líderes surianos no se dejaron engañar y su respuesta fue aún más contundente: no solo no negociarían con el huertismo, sino que los enviados de Huerta fueron apresados, juzgados como enemigos de la revolución y, meses más tarde, ejecutados. Para dar mayor resonancia a su postura, los zapatistas decidieron hacer públicas las conferencias y los juicios contra los comisionados huertistas.<sup>3</sup>

La firmeza de esa posición se explica por la maduración política e ideológica que había logrado el zapatismo. Desde el gobierno interino de León de la Barra había

---

<sup>3</sup> El Cuartel General suriano estableció un tribunal revolucionario para enjuiciar tanto a los enviados de Huerta como a los ex-zapatistas que se habían puesto al servicio de Huerta y que fueron apresados. Los líderes rebeldes le dieron gran importancia a tales procesos y los hicieron públicos, como un medio de propaganda y para ratificar que su deslinde con el huertismo era total. Simón Beltrán y Simón Morales, ex-zapatistas, fueron condenados y ejecutados a fines de marzo de 1913; Pascual Orozco padre y quienes lo habían acompañado en su encomienda fueron ejecutados hasta agosto de ese mismo año, poco antes de que la columna federal de Juvencio Robles tomara Huautla, población en la que se había establecido el Cuartel General rebelde. Ver “Actas de las conferencias celebradas el 30 de marzo y el 4 de abril de 1913 entre los comisionados de paz de Huerta y el Cuartel General”, en MAGAÑA, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, INEHRM, México, 1985, t. III, pp. 121-142 y 145-149. “Montaña a Zapata”, 12 de abril de 1913, AGN-FGO, caja 13, exp. 3, ff. 4-5. BRUNK, Samuel F., *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995, pp. 84-87; PINEDA, Francisco, “El zapatismo y el discurso de la guerra”, Tesis Doctoral en Antropología, ENAH, México, 2002, pp. 190-192.

tenido la capacidad de deslindarse del maderismo y convertirse en la corriente revolucionaria que con mayor énfasis exigía la realización de la reforma agraria y que se mantenía en armas para lograrla. El golpe de Estado huertista significaba un obstáculo mayor para conseguir ese objetivo, pues era a todas luces una restauración conservadora y el regreso del hombre fuerte para acabar con la movilización popular originada y no controlada por el maderismo. El régimen militar de Huerta fue percibido inmediatamente por los rebeldes surianos como un enemigo y una amenaza aún mayor, porque la solución castrense por la que habían optado las élites no podía tolerar el desafío de una rebelión como la zapatista, quienes comprendían también que Huerta —como uno de sus más encarnizados enemigos— los combatiría nuevamente a sangre y fuego, como lo había hecho meses atrás. Los pueblos de Morelos tenían fresca en la memoria la guerra de tierra arrasada que había emprendido contra ellos en 1911. No existía, pues, la menor posibilidad de que Zapata y sus principales generales cayeran en el garlito que les ofrecía Huerta.

Sin embargo, hubo algunos jefes zapatistas importantes que sí aceptaron las ofertas de Huerta y que defecionaron. El más importante de ellos fue *el Tuerto* Morales, compadre de Zapata y quien, junto con Eufemio Zapata, se había convertido desde 1911 en uno de los principales jefes guerrilleros de Puebla. Su traición fue un duro golpe para los rebeldes en esa entidad. El movimiento suriano tardó varios meses en recuperarse y tuvo que depender todavía más de los jefes morelenses. Asimismo, ocurrieron otras defecciones importantes, como las de José Trinidad Ruiz, Simón Beltrán y la familia Miranda.<sup>4</sup> Estas defecciones, además de la ambición personal de quienes se aliaron a Huerta, mostraban también la falta de cohesión y unidad en un sector del movimiento, diferencias y conflictos de liderazgo, y eran un reflejo del cansancio ante la guerra y de la ilusión en que los objetivos del movimiento podían conseguirse reconociendo a Huerta.

El cuartelazo puso a prueba la unidad interna del zapatismo y redefinió internamente sus liderazgos. La intransigencia y la dureza con la que Zapata y el Cuartel General castigaron a los que los traicionaron, y su decisión de apresar, enjuiciar y castigar a los enviados de Huerta, fueron una muestra de la intensa discusión interna que se desarrolló en sus filas y la forma en que esa polémica se resolvió, con la victoria de Zapata y de quienes impulsaron una línea dura. Ese episodio sirvió también como marco de una disputa entre los dos asesores civiles más influyentes en el Cuartel General: Otilio Montaña y Manuel Palafox. Montaña, quien era el intelectual más importante del movimiento hasta entonces, tuvo una actitud más abierta y tolerante ante los negociadores huertistas y se oponía a castigarlos, por la imagen

---

<sup>4</sup> WOMACK, John Jr., *Zapata y la revolución mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 7ª edición, 1984, p. 158.

negativa que eso les acarrearía ante la opinión pública. En esa polémica, se enfrentó a Manuel Palafox, quien se había incorporado pocos meses antes al movimiento y que, gracias a su habilidad administrativa y política, había ido ganando una creciente influencia en el Cuartel General. Palafox encabezó la línea dura ante los emisarios huertistas, posición con la que se identificó Zapata. Esto le sirvió a Palafox para desplazar a Montañón y convertirse en el asesor con más peso en el Cuartel General, instancia de centralización de las decisiones política y militares del movimiento a la que Palafox contribuyó a organizar y consolidar.<sup>5</sup>

Los acontecimientos le dieron la razón a Zapata y a Palafox. Estaba claro que no había negociación posible con el huertismo. Unos y otros contendientes lo tenían claro y por eso en los días que siguieron a la Decena Trágica comenzó una nueva etapa armada en territorio morelense. El régimen de Huerta optó una vez más por la guerra de exterminio, lo que a su vez confirmó y endureció aún más la intransigencia zapatista. Los jefes rebeldes tuvieron la capacidad inmediata de mantener la unidad de sus fuerzas y con ella sostuvieron nuevamente una encarnizada guerra contra el gobierno ilegítimo de Huerta.

#### LA GUERRA

Con el Cuartelazo huertista comenzó una nueva etapa de la guerra que se había vivido en Morelos durante la mayor parte de 1911 y 1912. Después de un breve periodo de reacomodo en el gobierno central, pronto comenzó una nueva y feroz campaña del ejército federal contra los surianos. La Decena Trágica había provocado la salida de Morelos de Felipe Ángeles, el jefe de la campaña federal contra los zapatistas y quien, por ser uno de los jefes del ejército más cercanos a Madero, se había trasladado junto con éste a la ciudad de México para auxiliarlo ante la rebelión de Bernardo Reyes y Félix Díaz. Ángeles había sido apresado. El asesinato de Madero, Pino Suárez y de otros connotados dirigentes maderistas, la persecución y exilio de muchos otros y la ocupación de los principales puestos políticos por los allegados de Huerta provocaron la interrupción de la legalidad y por unos días hubo zozobra e incertidumbre políticas. En Morelos, esa coyuntura permitió a los rebeldes surianos ocupar algunas de las plazas más importantes de la entidad y volver a atacar Cuernavaca, en marzo de 1913.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> BRUNK, *Zapata*, 1995, pp. 89-90.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 82.

Sin embargo, el gobierno federal pronto reorganizó sus fuerzas y definió su estrategia contra el zapatismo. Huerta encargó otra vez a Juvencio Robles —el conocido y sanguinario general federal, viejo enemigo también de los zapatistas— que encabezara la campaña. En pocas semanas el gobierno duplicó el número de efectivos federales en la entidad morelense, que llegaron a catorce mil. Robles volvió a desarrollar una guerra sin cuartel, de contrainsurgencia contra el zapatismo. En los dos meses que siguieron al cuartelazo, Robles militarizó el estado de Morelos, se hizo cargo él mismo de la gubernatura y de la jefatura de armas de la entidad, aplicó otra vez la táctica de tierra arrasada, quema de poblados, bombardeos contra la población civil y concentración de ésta en campamentos militares. El resultado fue otra vez el mismo que meses atrás, con Madero: los habitantes de los pueblos se refugiaron en las montañas y muchos de ellos engrosaron las filas zapatistas. No obstante, muchos civiles fueron capturados, enrolados al ejército federal y enviados a combatir en el norte, donde se desarrollaba paralelamente un amplio movimiento de rebelión contra Huerta. En los seis meses que siguieron al Cuartelazo, más de cuatro mil morelenses fueron deportados de esa forma.<sup>7</sup>

En la guerra zapatista contra Huerta se pueden establecer tres etapas. Una primera va desde los días posteriores a la Decena Trágica hasta comienzos de septiembre de 1913. En esta etapa, las tropas federales, superiores en armamento, organización y experiencia, lograron controlar las ciudades más importantes de la entidad morelense y obligaron a los rebeldes a refugiarse en las zonas rurales, en donde éstos volvieron a desarrollar una táctica de guerrillas, con multiplicidad de acciones de desgaste. Los zapatistas controlaron las zonas periféricas, donde no podía perseguirlos el ejército. Éste, por su parte, mantuvo el control de las ciudades mayores y medias, así como de las haciendas. Esta situación se mantuvo aproximadamente seis meses, hasta que el gobierno federal logró neutralizar al zapatismo en Morelos y obligar a la partidas rebeldes a salir de la entidad, pero a un costo muy alto, porque la militarización del estado y la cruenta ofensiva contra la población civil desmantelaron la economía de la región y desestructuraron la vida cotidiana y los vínculos entre los distintos estratos de la población. Muchos pueblos fueron quemados y la población huyó a las montañas. Entre tanto, en el norte, la guerra de los constitucionalistas y villistas contra Huerta había seguido avanzando y dio un vuelco a favor de los revolucionarios, por lo que el régimen tuvo que cambiar a Juvencio Robles y se vio obligado a atender prioritariamente a la rebelión norteña. El cambio de Juvencio Robles obedeció a la manifiesta ineficacia de la campaña, que no sólo no había acabado con el movimiento rebelde, sino que había sido inca-

---

<sup>7</sup> WOMACK, *Zapata*, 1984, pp. 164-167, 170.

paz de impedir el reavivamiento y extensión de la rebelión. Esa decisión modificó el escenario de la guerra en Morelos y definió una nueva etapa, en los meses siguientes, en los que los zapatistas pasaron una vez más a la ofensiva.

En esa primera etapa, el ejército federal, en la medida en que incrementó fuertemente sus efectivos y, con la leva, debilitó las estructuras familiares y comunitarias de la población civil, fue avanzando paulatinamente en establecer su control militar sobre la entidad. Zapata y el Cuartel General, incapaces de defender su posición en su estado originario, se vieron obligados a abandonar Morelos, desplazarse a Guerrero y concentrar sus operaciones en esa entidad, mucho más extensa, con una geografía más agreste y mucho menos comunicada que Morelos.

Así, aunque la balanza del enfrentamiento militar había favorecido en la primera etapa al ejército federal, su táctica de contrainsurgencia no pudo acabar con la rebelión zapatista y, por el contrario, sólo logró que se enraizara y extendiera más. Sin embargo, el costo que produjo el control militar por el ejército del territorio morelense fue muy alto: es posible que uno de los mayores efectos de la feroz y prolongada ofensiva militar que asoló el estado de Morelos desde agosto de 1911 haya sido la de quebrar la economía de la entidad. Las haciendas no pudieron disponer de la mano de obra que necesitaban, la guerra siguió destruyendo una parte de la infraestructura productiva e interrumpió los circuitos comerciales. Pero quizás el efecto mayor haya sido la devastación de la economía de subsistencia de las comunidades y de muchos de los habitantes de las ciudades medias y pequeñas de la zona, que resintieron brutalmente el impacto de la guerra. La pequeña entidad morelense ya no fue la misma después de esos años de 1913 y 1914; en este año se pudo conseguir la última zafra importante de la otrora poderosa y rica agroindustria azucarera, la principal actividad productiva regional desde la época colonial. El colapso económico del azúcar y de las haciendas morelenses como consecuencia de la guerra tuvo un doble efecto: por una parte permitió el dominio indisputado del zapatismo en la región y que se afianzara como la fuerza hegemónica. Sin embargo, también tuvo un efecto negativo, en la medida en que la principal actividad productiva de la región no pudo ser aprovechada para fortalecer al movimiento revolucionario que dio muestras cada vez más evidentes de falta de recursos económicos, alimentos y víveres, armas y pertrechos de guerra.

Ante el control militar de las principales ciudades y haciendas morelenses por el ejército, el movimiento rebelde se atrincheró y fortaleció en las zonas periféricas montañosas que rodeaban a la entidad morelense: en los cerros del Ajusco, en la zona fría del suroeste del Estado de México, principalmente en los municipios de Tenango y Tenancingo, en las regiones poblanas colindantes con Morelos, así como en la intrincada geografía montañosa de Guerrero. Estas regiones periféricas, a las

que no podían llegar las unidades del ejército federal se convirtieron otra vez, como en el gobierno maderista, en los bastiones del movimiento, que tuvo la capacidad de resistir, de volver a armar redes de apoyo con la población, de sumar a líderes locales a su movimiento y de fortalecerse en esos lugares.

Con la expulsión de los zapatistas de Morelos y su atrincheramiento en Guerrero dio comienzo una segunda fase de su lucha contra Huerta, en la cual, luego de resistir, pudieron pasar paulatinamente a la ofensiva. Esta fase duró otros seis meses y culminó con la toma de Chilpancingo por los rebeldes y el control absoluto del estado de Guerrero en marzo de 1914. En la decisión de trasladar el centro de las operaciones a Guerrero se mezclaron dos problemas. Por una parte, no fue una elección libre, originada por una lógica de guerra del Cuartel General suriano, sino que tuvieron que hacerlo obligados por el avance del ejército federal. A esa necesidad, se añadió la destrucción de una parte considerable de la economía morelense, el empobrecimiento de las comunidades que estaban exhaustas para seguir alimentando al ejército suriano. Ante esa situación, los jefes rebeldes aprovecharon las nuevas condiciones para sacar provecho de ellas y establecerse en la región vecina, que estaba menos castigada por la guerra, les ofrecía refugio y mayores recursos de abastecimiento. Sin embargo, aunque Guerrero era una zona menos castigada que la entidad morelense, estaba lejos de ser una región con abundantes recursos que pudieran ser aprovechados para fortalecer al Ejército Libertador suriano, sobre todo en términos militares, donde se había quedado muy a la zaga de los poderosos ejércitos nortños que sacaron provecho de los recursos naturales de sus regiones, como el petróleo, las minas, el ganado, el algodón y el acceso a la frontera con Estados Unidos y a los puertos.

Para reorganizarse y reanudar la ofensiva, les fue muy útil a los jefes morelenses la alianza con los rebeldes guerrerenses que combatían a Huerta, entre los que destacaban Julián Blanco, Julio Gómez, Pedro Saavedra y Encarnación Díaz. Esa alianza les resultó muy provechosa en el corto plazo. Gracias a ella, sacaron ventaja de la progresiva debilidad del ejército federal que, ante el avance constitucionalista en el norte, se vio obligado a enviar hacia allá a la mitad de sus contingentes que combatían al zapatismo y de las casi nulas vías de comunicación que existían en la entidad guerrerense. Huerta fue perdiendo paulatinamente la guerra en norte del país y se vio obligado a concentrar ahí al grueso de sus tropas. Los avances del constitucionalismo y del villismo hicieron cada vez más insostenible la situación del gobierno federal. Todo ello influyó favorablemente para que los zapatistas pudieran

hacerse del control militar y político de la región guerrerense, seis meses después de que habían establecido ahí su centro de operaciones.<sup>8</sup>

La acción militar decisiva de esa segunda etapa fue la toma de Chilpancingo, la capital regional que les ofrecía mayores posibilidades, por su ubicación geográfica aislada, por sus deficientes comunicaciones, y por las escasas fuerzas federales encargadas de su defensa. La captura de Chilpancingo por un contingente de 5,000 hombres, en marzo de 1914 representó el cenit de la fuerza zapatista en esa fase de la guerra.<sup>9</sup>

Sin embargo, esa victoria evidenció también una enorme debilidad militar, porque para conseguirla habían tardado varios meses y, cuando finalmente lo lograron, el régimen de Huerta estaba prácticamente herido de muerte ante las victorias de los revolucionarios nortños. La guarnición federal de Chilpancingo, considerablemente menor a los atacantes, estaba prácticamente aislada y la moral de las tropas federales se había caído.

El control de Guerrero permitió que el zapatismo regresara otra vez a su terruño, y que avanzara inexorablemente hasta hacerse también del control completo de Morelos, en lo que fue la tercera fase militar de su lucha contra el régimen huertista, etapa que va de abril de 1914 hasta la capitulación y salida de Huerta, en julio de ese año. En ese periodo, el Ejército Libertador suriano fue capaz de ocupar todo su estado original, con la excepción de Cuernavaca, plaza a la que pusieron cerco desde mayo de 1914 y que, sin embargo, no pudieron tomar sino hasta que Huerta renunció y las fuerzas federales salieron en desbandada.<sup>10</sup> Con el control de Morelos y de Guerrero, los zapatistas consolidaron su dominio en las otras zonas periféricas que estaban bajo su influencia. De este modo, cuando fue derrotada la dictadura huertista —a cuya derrota habían contribuido, aunque las batallas mayores y decisivas se habían desarrollado en el norte—, el zapatismo había conseguido asentarse en la región centro-sur del país, desde la tierra caliente guerrerense hasta los valles centrales poblanos y hacia el sur, hasta el cruce de las sierras madres occidental y oriental. Esta fue la región que controlaron, finalmente, luego de año y medio de lucha y que les permitió presentarse como fuerza contendiente en la siguiente etapa, definida por la lucha entre las distintas corrientes revolucionarias vencedoras sobre el huertismo para imponer su hegemonía nacional.

Así, en términos militares y recursos económicos, el zapatismo se había rezagado considerablemente con relación a los revolucionarios nortños, que habían

---

<sup>8</sup> BRUNK, *Zapata!*, 1995, pp. 97-102; PINEDA, “Discurso”, 2003, pp. 261-265, 282, 286-288.

<sup>9</sup> BRUNK, *Zapata!*, 1995, pp. 101-102.

<sup>10</sup> *Ibidem*, pp. 104-105.

podido controlar vastos territorios en los que existían mayores recursos productivos comerciales, como metales, carbón, petróleo, ganado y algodón. Estos recursos fueron aprovechados y puestos al servicio de los ejércitos revolucionarios norteros, que sacaron provecho también de la enorme frontera con los Estados Unidos para vender ahí los productos de las industrias que confiscaron o controlaron y para abastecerse ilimitadamente de armamento y parque. Eso les permitió constituir y financiar ejércitos regulares numerosos, muy bien pertrechados y con una gran movilidad mucho más allá de sus zonas de origen.

El zapatismo no pudo sacar igual provecho de su control militar sobre Guerrero, control que fue muy tardío y en donde, además, influyó que en la entidad no existía la riqueza comercial de otras regiones. El control del puerto de Acapulco, que podía haber sido utilizado como aduana para abastecerse de armas y obtener recursos monetarios para financiar la guerra, no le redituó ninguna ganancia, quizá debido a que no controlaba fuentes importantes de abastecimiento mercantil, a que las haciendas no estaban todavía en sus manos, a que aún controlando el azúcar no tenía mercado para ella y a que no pudo explotar en su beneficio algunos de los recursos mercantiles de la zona, como la plata de las minas de Taxco. Además, otro factor decisivo fue que no existía vía de ferrocarril hasta Acapulco, por lo que el control del puerto no garantizaba una vía eficiente de transporte y comunicación con su base de operaciones. No obstante, fue una victoria militar importante para el zapatismo en el nivel regional, que le permitió controlar por primera vez a una entidad completa y utilizarla como pivote para regresar a Morelos y reanudar su ofensiva contra la ciudad de México.

El Ejército Libertador suriano fue incapaz de conquistar las otras grandes ciudades, mucho más importantes del centro-sur del país. No fue capaz de tomar Toluca, ni la capital poblana, que eran ciudades estratégicas. Los intentos de organizar un ataque a la ciudad de México, utilizando como bastión la zona boscosa del Estado de México, fueron una quimera y un rotundo fracaso. No fue capaz, tampoco, de extenderse más allá de lo que ya lo había hecho entre 1911 y 1912. Las expediciones que envió a otras regiones, encabezadas por Cándido Navarro a Guanajuato y Michoacán y por Felipe Neri a Tlaxcala, fracasaron estrepitosamente.<sup>11</sup> Incluso, en la conquista de Guerrero fue decisiva la participación de las fuerzas rebeldes de esa entidad, con cuyos líderes el zapatismo había hecho alianza hacia finales de 1913. Todo esto evidenciaba una notoria debilidad militar. El zapatismo no había sido capaz de superar su condición de movimiento guerrillero y la ocupa-

---

<sup>11</sup> PINEDA, *Discurso*, 2002, pp. 218-219.

ción de Chilpancingo no le permitió dar el salto cualitativo que requería para convertirse en un ejército regular.

La estratégica región de Morelos, por su riqueza cañera y por su vecindad con la ciudad de México había tardado mucho más tiempo en caer que otras ciudades igualmente importantes y estratégicas del norte del país. La notable infraestructura ferroviaria y de caminos y la existencia de una poderosa y organizada clase terrateniente morelense, junto con lo pequeño del territorio habían sido obstáculos muy difíciles de vencer para el zapatismo, cuya carencia crónica de armamento y parque, su falta de control de recursos comerciales y su estructura organizativa que siguió siendo muy descentralizada, a pesar de los avances de control por parte del Cuartel General, fueron factores que se conjugaron para que el zapatismo tuviera una notable debilidad militar y que esta característica le restara posibilidades de éxito en la siguiente decisiva etapa de definición de la hegemonía entre las corrientes revolucionarias.

#### POLÍTICA E IDEOLOGÍA

Un aspecto significativo del movimiento zapatista fue que, a diferencia de su debilidad militar, se caracterizó siempre por la claridad y la radicalidad de sus planteamientos políticos e ideológicos. Esta característica constituyó una de sus principales fortalezas y estuvo en la base de la influencia política que tuvo en la etapa armada de la revolución y aun mucho después. De manera novedosa, los ideólogos y dirigentes zapatistas fueron capaces de profundizar los planteamientos políticos que habían formulado en el Plan de Ayala y subrayar el contenido social de la revolución, enfatizando que no debía reducirse al aspecto político ni al cambio de gobierno, sino que debía orientarse a realizar reformas económicas, políticas y sociales, en beneficio de los sectores populares excluidos hasta entonces del desarrollo. En cuanto a la definición general de los problemas sociales, al énfasis en la necesidad de transformarlos mediante una nueva legislación y renovadas instituciones, en la conciencia de que tenían que ir más allá de la Constitución de 1857 entonces vigente y en el señalamiento de que la renovación de poderes tenía que ser hecha por una convención de todos los jefes revolucionarios del país, el zapatismo demostró que era una superación política del maderismo, que había asimilado la experiencia que había limitado a éste, y que la revolución tenía que hacerse gobierno con un nuevo orden jurídico e instituciones apropiadas. En estas cuestiones, mostró también tener más claridad en esos momentos que las corrientes revolucionarias norteñas.

Fue, asimismo, un movimiento que se distinguió por una verdadera obsesión por la palabra escrita, por la propaganda política, por los pronunciamientos públicos. El zapatismo produjo una avalancha de manifiestos, indicativos de su necesidad de hacerse escuchar, de dirigirse continuamente a la Nación, a la opinión pública, a los otros sectores, para informarles de sus ideas y propuestas, de sus tomas de partido, buscando justificarse ante ellos y, también, atraerlos a sus filas.

Durante el periodo de su lucha contra Huerta, el zapatismo tuvo varios momentos de definición política e ideológica importantes. En ellos, fijó su postura ante la coyuntura, estableció las directrices para que sus fuerzas la enfrentaran, y se dirigió a la Nación para expresar su posición ante la opinión pública. El primer pronunciamiento fue su rechazo al cuartelazo y su decisión de combatirlo. Su justificación partía de calificar al nuevo gobierno como ilegal, producto de la traición. Huerta había usurpado el poder y había violentado la soberanía del pueblo. Éste, para recuperarla, había constituido ejércitos revolucionarios que luchaban para derrocar al gobierno ilegítimo y restablecer la legalidad. Pero, a diferencia del constitucionalismo —que se concebía a sí mismo como el depositario único de la legalidad y quien debería ocupar el poder una vez derrocada la dictadura huertista— el zapatismo consideraba que el proceso era más amplio, que involucraba a un vasto espectro de fuerzas revolucionarias del que ellos constituían solamente una parte. Era este movimiento nacional, representado por todos sus jefes, el que debería constituir un nuevo gobierno provisional, el cual debía elegirse con la participación de todas las fuerzas revolucionarias, a través de una Convención. Era un salto a la arena nacional.<sup>12</sup>

Estos pronunciamientos constituían una contribución importante a la discusión política del país. Ponían en la mesa asuntos políticos fundamentales que no habían sido abordados o que habían sido soslayados por las otras corrientes, como la legitimidad de la revolución, la representación de la soberanía popular en una época revolucionaria, la responsabilidad de las corrientes revolucionarias, la necesidad de su unificación para la formación de un nuevo gobierno y la convocatoria a que se efectuara una Convención de todos sus jefes para constituir el gobierno nacional. Estos señalamientos enriquecían el debate político entre las corrientes y señalaban una posible ruta de convergencia entre ellas.

---

<sup>12</sup> En esta misma lógica, Zapata rechazó el ofrecimiento de los enviados huertistas para que nombrara gobernador en la entidad morelense. La única instancia que debía hacerlo era la junta de los principales jefes revolucionarios de Morelos. Ver, “Zapata a Simón Beltrán”, 1º de marzo de 1913, AGN-FGO, caja 17, exp. 2, f. 5; “Zapata a Huerta”, 11 de abril de 1912, en MAGAÑA, *Agrarismo*, 1985, t. III, pp. 153-157.

Pero, además, otra característica que distinguió al zapatismo fue el énfasis con el que defendió el contenido social de la revolución, su tozudez en atribuir a ésta un sentido de transformación y de reforma a las instituciones en beneficio de los sectores populares mayoritarios y excluidos. En este sentido, fue la corriente que logró desarrollar una mayor conciencia de clase. Esta definición ideológica fue un proceso paulatino, que fue avanzando paralelamente a su lucha contra el gobierno usurpador. Así, una vez que había logrado resistir la primera ofensiva huertista, los jefes zapatistas consideraron necesario manifestar a la nación que el Plan de Ayala seguía siendo su eje rector en la nueva etapa y aprovecharon para corregir la contradicción flagrante en la que los acontecimientos los habían colocado al nombrar a Pascual Orozco jefe de la revolución nacional. Ante la traición de Orozco, lo desconocieron como jefe y nombraron en su lugar a Emiliano Zapata.<sup>13</sup>

Otro momento importante de definición fue en octubre de 1913. Con la incorporación de los intelectuales urbanos que se adhirieron a su movimiento durante el curso de ese año, el zapatismo dio un salto cualitativo en la claridad de sus planteamientos y profundizó sus ideas acerca del contenido social y de reforma de las instituciones que buscaban. Ellos dieron al discurso zapatista más coherencia y fundamentación y lo proyectaron a la escena nacional. El *Manifiesto a la Nación* del 20 de octubre de 1913 es una buena muestra de ello. En él, reiteraron las razones de su ruptura con Madero. Éste había traicionado a la revolución. Para cumplir con las aspiraciones revolucionarias, habían proclamado el Plan de Ayala y combatido al gobierno maderista. La caída de este gobierno por el golpe militar representaba, sin embargo, una situación peor. El Cuartelazo era “el acto más vergonzoso que puede registrarse”, “un acto de abominable perversidad” que obligaba a todos a “castigar ese crimen y ajusticiar a los culpables”.

Además, los líderes surianos subrayaron el contenido clasista y de transformación social de su movimiento. Su discurso era inédito dentro de las corrientes revolucionarias no solo por su contenido radical, sino también por el lenguaje, que denotaba influencias del pensamiento y de la terminología socialista y anarquista. Palabras como “burguesía”, “proletarios”, “explotación”, “capitalistas”, comenzaron a aparecer regularmente en sus proclamas. Así, en el documento mencionado expresaron que el burgués robaba el producto de su trabajo a los obreros y peones, despojaba al indio, lo golpeaba e insultaba con la complicidad de los tribunales. Existía una triada explotadora: capitalistas, soldados y gobernantes, que sojuzgaban a “un pueblo esclavo y analfabeto [...] condenado a trabajar sin descanso y a morirse

---

<sup>13</sup> “Adiciones al Plan de Ayala”, 30 de mayo de 1913, en *Planes políticos y otros documentos. Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana I*, prólogo de Manuel GONZÁLEZ RAMÍREZ, FCE, México, 1954, pp. 84-85.

de hambre”. Esa situación era “una *violación flagrante a las leyes naturales*”, puesto que la sociedad funcionaba como “una organización económica [...] que venía a ser un asesinato en masa para el pueblo”. De esta aberración histórica había surgido la revolución, como una necesidad que había derrocado a un sistema caduco y represivo.

Sin embargo, Madero defraudó las esperanzas puestas en él, pues “cimentó su gobierno en el mismo sistema vicioso y con los mismos elementos corrompidos con que el caudillo de Tuxtepec durante más de seis lustros, extorsionó a la nación [...] El desastre, la decepción no se hicieron esperar”. De esa experiencia, en la que los zapatistas habían sido actores centrales, ellos mismos habían desprendido una conclusión muy importante y novedosa: no podían esperar la solución a los problemas nacionales que habían provocado la revolución dentro de las instituciones vigentes. Éstas tenían que ser reformadas y corresponder con las aspiraciones revolucionarias del pueblo. El zapatismo se colocaba, así, más allá de la Constitución vigente de 1857, la veía como un marco estrecho que no permitía la solución a los problemas sociales urgentes.<sup>14</sup> En sus palabras: “no es posible gobernar al país con este sistema administrativo sin desarrollar una política enteramente contraria a los intereses de las mayorías, y siendo, además, imposible la implantación de los principios por que luchamos, es ocioso decir que la Revolución del Sur y del Centro, al mejorar las condiciones económicas tiene, *necesariamente, que reformar de antemano las instituciones, sin lo cual, fuerza es repetirlo, le sería imposible llevar a cabo sus promesas*”.

Por ese motivo no reconocerían a ningún gobierno que no reconociera previamente la justicia de su lucha. Y, reflejando la influencia del pensamiento anarquista que era el paradigma ideológico de varios de los intelectuales urbanos que se habían incorporado a sus filas, expresaron por primera vez su rechazo a las elecciones: “puede haber elecciones cuantas veces se quiera, pueden asaltar, como Huerta, otros hombres la silla presidencial, valiéndose de la fuerza armada o de la farsa electoral [...] no arriaremos nuestra bandera ni cejaremos un instante en la lucha hasta que, victoriosos, podamos garantizar con nuestra propia cabeza el advenimiento de una era de paz que tenga por base la justicia y como consecuencia la libertad económica”. Su compromiso era dar pan a los desheredados y una patria libre.

De igual modo, expresaron una posición sumamente original y precursora en la historia ideológica de la Revolución Mexicana y de la etapa posterior, al identificar la necesidad de que no fuera la lógica militar la que prevaleciera, sino que era prio-

---

<sup>14</sup> Esta posición, sin embargo, no significó que el zapatismo rompiera definitivamente con la constitución vigente, pues la siguió reivindicando todavía en múltiples ocasiones. A partir de entonces, se advierte una tensión interna en su discurso sobre este asunto nodal, que apareció también en las discusiones dentro de la Convención revolucionaria y en la legislación zapatista de 1916 y 1917.

ritario incorporar a los civiles a la revolución: “no es preciso que todos luchemos en el campo de batalla, no es necesario que todos aportemos un contingente de sangre a la contienda, no es fuerza que todos hagamos sacrificios iguales en la Revolución; lo indispensable es que todos nos irgamos resueltos a defender el interés común y a rescatar la parte de soberanía que se nos arrebató”.<sup>15</sup>

Los ideólogos zapatistas convirtieron sus manifiestos y proclamas en una tribuna para denunciar al régimen y al sistema social y para llamar a la unión de los desposeídos. El movimiento demostró que tenía una obsesión por la palabra escrita, por hacerse escuchar y romper el silencio en que los pueblos y comunidades habían estado por largo tiempo. El discurso que esgrimieron los ideólogos era un discurso de combate, incendiario, con un contenido y una forma que tenían ecos magonistas. No en balde varios de los nuevos e influyentes asesores civiles provenían de esa corriente. Esos nuevos tribunos aprovecharon la identificación, la coincidencia y la libertad y confianza que encontraron en el zapatismo para hacer oír su voz.

En los primeros días de 1914, la victoria de los revolucionarios sobre Huerta era previsible y sólo parecía cuestión de tiempo para consumarse. El movimiento suriano había consolidado su presencia local y extendía su dominio sobre la mayor parte de Guerrero. En esas condiciones, por primera vez, los jefes zapatistas consideraron que existían condiciones para llevar a cabo la reforma agraria que proclamaba el Plan de Ayala y proceder a confiscar y repartir los terrenos de los enemigos de la revolución. Con ese propósito, el Cuartel General emitió unas instrucciones en las que establecían que debía procederse a efectuar la repartición y fraccionamiento de las propiedades producto del despojo a pueblos y particulares que tuvieran sus títulos correspondientes. Para los pueblos e individuos que tuvieran necesidad de tierras, se debía hacer un reparto equitativo y justo. El proceso debía ser aprobado por el Cuartel General suriano, que tenía la facultad de emitir un título de propiedad a los beneficiarios. Estos procedimientos, serían luego legalizados por el gobierno emanado de la revolución.<sup>16</sup>

Las instrucciones eran significativas, porque indicaban el papel central del Cuartel General suriano no solamente en la conducción de los asuntos militares y políticos, sino también en la instrumentación de las reformas sociales que consideraban necesarias y, particularmente, del reparto agrario. El papel que se asignaba el

---

<sup>15</sup> “Manifiesto a la Nación”, 20 de octubre de 1913, en ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, *Emiliano Zapata. Antología*, INEHRM, México, 1988, pp. 152-157 (Los subrayados son míos, FA).

<sup>16</sup> “Instrucciones para establecer la repartición de terrenos pertenecientes a los enemigos de la Revolución”, 11 de febrero de 1914, *ibidem*, pp. 181-182.

Cuartel General era el de un poder paralelo a las estructuras institucionales y refleja la actitud no sólo de los intelectuales del movimiento, sino sobre todo de los jefes militares campesinos ante el poder político y las instituciones formales. Es revelador que el movimiento suriano, una vez que tuvo el dominio de los estados de Guerrero y Morelos, en la primavera de 1914, no haya ocupado las estructuras del poder estatal para efectuar medidas en beneficio de la población marginada, tal como lo establecían en sus numerosas proclamas y manifiestos. Los jefes zapatistas no querían hacerse cargo ellos mismos de ocupar el poder político formal y conservaban el poder de decisión en sus manos, en las estructuras políticas y militares que habían creado. La confiscación de las propiedades de los enemigos de la revolución y el reparto agrario pudieron comenzar a materializarse hasta después del triunfo sobre Huerta, pero para llevarlo a cabo no necesitaron ocupar las estructuras estatales, sino que fue un proceso descentralizado y coordinado —no sin dificultades— por el Cuartel General y por los principales jefes campesinos de cada región. La toma de Chilpancingo permitió que los jefes del Ejército Libertador de Guerrero eligieran a Jesús Salgado gobernador de la entidad, en el primer proceso de elección de autoridades que se hacía siguiendo el Plan de Ayala. Pero ni en esa ocasión ni cuando controlaron Morelos usaron a las instituciones estatales para ejecutar medidas semejantes a las que los villistas y constitucionalistas habían comenzado a hacer desde antes, en 1913, en los estados norteros bajo su dominio.

Poco después, a mediados de junio de 1914, tenían la certeza de que la victoria sobre Huerta era inminente y próxima. Confiaban en que pronto podrían atacar la ciudad de México y habían estado haciendo preparativos en ese sentido, que, no obstante, nunca pudieron cristalizar. Con ese objetivo, emitieron un *Manifiesto a los habitantes de la ciudad de México* en el que, además de anunciar un ataque que no se concretó, quisieron expresar a la población urbana los motivos de su lucha. Su movimiento, dijeron, al igual que el de sus hermanos del norte no tenía otro objetivo que realizar las reformas económicas y sociales que acabaran con la injusticia prevaleciente, con un sistema social en el que unos cuantos ricos vivían sin trabajar en la mayor opulencia mientras los pobres vivían en condiciones de miseria, como bestias de carga “parias en su propio país y esclavos de sus propios conciudadanos”. Los intelectuales zapatistas, con un discurso emotivo que tenía reminiscencias magonistas, expresaron de manera cada vez más enfática el contenido social y económico de la revolución. Era un movimiento que representaba al pueblo pobre, a los marginados; era la rebelión de los de abajo, como bien lo había reflejado la prensa de la época. Lejos estaba la ideología maderista inicial, que confiaba en que los cambios políticos serían suficientes para mejorar las condiciones de vida de las mayorías. “El país no estará en paz nunca [...] mientras la tierra no sea distribuida

entre los que saben y quieren cultivarla [...] mientras no se den garantías al trabajador y no se mejore la retribución del trabajo”. Y, por primera vez, hicieron la invitación a la población citadina, especialmente a los trabajadores, a que se unieran a ese gran “combate de los que nada tienen contra los que todo lo acaparan”.<sup>17</sup> Era un pronunciamiento que intentaba establecer una alianza con la población urbana y un llamado a los marginados a unirse para transformar el sistema social.

En julio de 1914 Huerta se vio obligado a renunciar. Después de año y medio de lucha las puertas de la ciudad de México estaban al alcance de los revolucionarios. Ante ese nuevo panorama, los jefes zapatistas consideraron necesario subrayar en qué consistía para ellos el verdadero triunfo de la revolución. Éste no podía reducirse al simple cambio de gobernantes. Los surianos no podían aceptar la legitimidad del presidente provisional, Francisco Carvajal, impuesto por Huerta antes de dejar el poder. El titular del poder ejecutivo tenía que ser elegido por los jefes revolucionarios, en una junta de todos ellos, como lo establecía el Plan de Ayala. El triunfo significaba mejorar las condiciones económicas de la gran mayoría de la población mexicana, de los oprimidos. Por ello, ratificaron la validez de todos los principios de ese plan, y propusieron que deberían incorporarse a rango constitucional los relativos a la cuestión agraria. El Plan de Ayala era para el zapatismo un complemento del Plan de San Luis; por consiguiente, todos los preceptos establecidos por este último debían también cumplirse por el nuevo gobierno emanado de la revolución.<sup>18</sup>

Los restos del huertismo negociaron con el constitucionalismo la capitulación del gobierno, la disolución del ejército federal, y la entrega de la ciudad de México a las tropas de Carranza. Era, cuatro años después del estallido revolucionario, el fin del antiguo régimen. Sin embargo, en ese pacto tanto el villismo como el zapatismo fueron excluidos. Ante esa exclusión, los jefes surianos reclamaron su derecho a ser parte en la definición del nuevo rumbo del país y fijaron su postura ante el constitucionalismo: la revolución no tenía por fin satisfacer los intereses de un individuo —en alusión implícita a Carranza—, ni a un grupo o partido. Buscaba, ante todo, dar pan y tierra a los desheredados y no podría llevarse a cabo si no se excluía y castigaba a los enemigos, a los que se debían confiscar sus propiedades y restituir a los individuos y comunidades despojadas sus tierras y repartir los bienes confiscados entre los que las necesitaran. Sin romper todavía con el constitucionalismo, definieron sus condiciones: sólo el reconocimiento y aceptación de los principios del Plan de Ayala asegurarían la verdadera victoria revolucionaria. Se cerraba así el periodo de lucha contra Huerta.

---

<sup>17</sup> “Manifiesto a los habitantes de la ciudad de México”, 24 de junio de 1914, *ibídem*, pp. 196-198.

<sup>18</sup> “Acta de Ratificación del Plan de Ayala”, 19 de julio de 1914, *ibídem*, pp. 214-216.

El zapatismo había crecido política e ideológicamente en ese año y medio y se había convertido en uno de los contendientes por la hegemonía del proceso revolucionario. De las tres corrientes triunfadoras sobre el huertismo era la que más había avanzado en definir una postura ideológica radical, revolucionaria. Fue el movimiento que tuvo una comprensión más completa del carácter popular de la revolución y de la necesidad de hacer reformas sociales a partir de un gobierno elegido por los propios jefes sublevados. Comenzó a plantear problemas novedosos sobre la revolución social, sobre la naturaleza y el ejercicio del poder y tenía una propuesta incluyente y democrática para elegir al gobierno revolucionario. Sin embargo, habían aflorado también sus limitaciones. La propuesta zapatista no había logrado desarrollar una posición sólida —más allá de las denuncias generales—, ante la problemática de los otros sectores populares. Hacía honor a la percepción que se había formado en torno a su movimiento como esencialmente agrario; no pudo comprender cabalmente la problemática de las clases urbanas ni de otras regiones ni formular alternativas que los incorporaran. Por lo tanto, fue incapaz de establecer alianzas políticas con otros sectores y de trascender la región original en la que había asentado sus raíces. Esas características y trayectoria fueron definitivas para sellar su suerte en la siguiente etapa de la revolución, la de los intentos por unificar a las distintas corrientes y definir la hegemonía entre ellas.

#### LOS INTELLECTUALES

El movimiento zapatista, desde fechas muy tempranas, en la medida en que se fue convirtiendo en un fenómeno político que trascendió el ámbito local y se convirtió en noticia frecuente en la opinión pública nacional, atrajo a varios intelectuales urbanos de la ciudad de México y de otras ciudades del centro del país. Las razones de esa atracción fueron múltiples. En primer lugar, por identificación con su lucha, por la legitimidad con la que eran percibidas sus demandas y por la congruencia e intransigencia que le habían merecido autoridad y admiración en un sector de la intelectualidad urbana radicalizada. En la vorágine revolucionaria, los rebeldes surianos fueron los que con mayor fuerza subrayaron el carácter agrario de la revolución, la necesidad de hacer reformas sociales y no se contentaron con los simples cambios políticos que ofrecía el maderismo. Sus planteamientos ganaron autoridad, además, porque provenían de un movimiento que era el único que había logrado permanecer armado y que estaba en rebelión por el cumplimiento de esas reformas sociales. La guerra zapatista y su capacidad de resistir, a pesar de las cruentas campañas de exterminio emprendidas en contra de ellos —guerra que tenía

lugar a poca distancia de la capital del país y a la que la prensa daba gran cobertura—, crearon una aureola de legitimidad y de reconocimiento a la justicia que le asistía en un sector de la intelectualidad urbana del centro del país y fue ganando apoyo paulatino.

En la primera fase del movimiento zapatista, en 1911, la tarea de expresar por escrito las ideas y objetivos de su lucha recayó en Otilio Montaña, quien logró plasmarlas con gran habilidad en el Plan de Ayala. Sin embargo, en la medida en que el movimiento fue creciendo, la necesidad de establecer vínculos con otros sectores y regiones y trascender la problemática local lo llevó a buscar incorporar intelectuales externos que realizaran esas tareas. La conciencia de esta necesidad y la afinidad y atracción que ejerció en algunos intelectuales urbanos radicalizados convergieron durante el interinato de León de la Barra y en el gobierno de Madero. Un grupo de éstos coincidió con los rebeldes morelenses en que la revolución debía realizar reformas sociales. Sus divergencias con Madero fueron cada vez mayores ante la negativa de éste a dar cumplimiento a esas demandas por lo que se distanciaron progresivamente del líder y buscaron otras alternativas políticas. Otros no habían sido atraídos por la revolución maderista pero sí por el movimiento suriano y se incorporaron a éste entre 1911 y 1912. Los más destacados de ellos en esa etapa fueron Abraham Martínez, los hermanos Gildardo y Rodolfo Magaña, Juana B. Gutiérrez de Mendoza, Dolores Jiménez y Muro, Enrique Villa, Manuel Palafox y Jenaro Amezcua, quienes se encargaron de tareas de apoyo, vinculación con otros sectores y propaganda principalmente en la ciudad de México, así como tareas de organización y asesoría con algunos de los jefes militares zapatistas. Algunos de ellos, como Abraham Martínez, se convirtieron en voceros del movimiento hacia el exterior.<sup>19</sup> Sin embargo, las redes de apoyo urbano, que no tenían experiencia organizativa en el trabajo clandestino, fueron rápidamente detectadas por la policía maderista y neutralizadas; sus miembros más importantes fueron apresados y la mayor parte de esa incipiente red urbana se perdió. El apoyo del movimiento laboral y de las clases medias ciudadinas al zapatismo no pudo crecer, además, porque la violencia de masas que lo caracterizó y sus ataques continuos a los trenes militares y civiles que pasaban por su territorio provocaron el rechazo de la población ciudadina y le enajenaron una mayor incorporación de simpatizantes.

Sin embargo, después del Cuartelazo, con la militarización de la sociedad que impuso Huerta, los canales de participación política legal quedaron completamente cancelados para la oposición. Las corrientes e individuos que se atrevían de disentir fueron tenazmente perseguidos. Muchos fueron encarcelados y perseguidos y, los

---

<sup>19</sup> BRUNK, Samuel F., “Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, núm. 1, February 1993, pp. 37-40.

más comprometidos, buscaron incorporarse a los movimientos armados que estaban desafiando al huertismo en diferentes regiones del país. Para algunos de estos intelectuales radicalizados el zapatismo fue un receptáculo natural. De este modo, en 1913, el zapatismo se enriqueció con la incorporación de una camada importante de intelectuales urbanos, muchos de los cuales militaban en corrientes políticas vinculadas al movimiento laboral ciudadano. Entre los más importantes de este grupo destacaron el periodista Paulino Martínez —quien había estado cerca del grupo maderista en los comienzos de la insurrección y había tenido contacto con grupos agrarios de Morelos en la etapa final del porfiriato—, así como el abogado y también periodista Antonio Díaz Soto y Gama —destacado miembro de los grupos liberales desde comienzos del siglo XX y quien, en las páginas de *El Diario del Hogar* había sido uno de los más convencidos y ardientes defensores de la causa agraria zapatista durante el gobierno de Madero. Se incorporaron también otros destacados intelectuales como el abogado Manuel Mendoza López —jalisciense vinculado con círculos obreros radicales y quien se distinguió en el zapatismo por sus conocimientos sobre el mundo del trabajo y la legislación laboral—, así como Rafael Pérez Taylor y Luis Méndez —asesores cercanos a la Casa del Obrero Mundial, una de las organizaciones laborales más importantes en la ciudad de México durante el maderismo, con una ideología cercana al anarco-sindicalismo. También lo hicieron Santiago Orozco y Enrique Bonilla —éste último periodista de *El Diario del Hogar*. Además de este núcleo vinculado a los grupos laborales y al periodismo opositor, llegaron profesionistas y jóvenes estudiantes que pronto se ganaron un lugar destacado dentro del movimiento, como el ingeniero Ángel Barrios, el doctor Alfonso Cuarón y los estudiantes de medicina Gustavo Baz y Rafael Cal y Mayor. Aunque se había incorporado un poco antes, quien más destacó dentro de este grupo de intelectuales externos, gracias a su habilidad y a su capacidad organizativa fue Manuel Palafox, quien había comenzado estudios de ingeniería en Puebla, tenía conocimientos administrativos y se dedicaba a negocios personales siendo prácticamente desconocido hasta entonces. Palafox se convirtió en el principal responsable de la reorganización y centralización del Cuartel General zapatista.<sup>20</sup>

Este grupo de intelectuales urbanos —los “muchachos de la ciudad” como les llama Samuel Brunk— hizo una contribución fundamental, al elaborar un discurso político más articulado y con mayor fundamentación. Fueron ellos los encargados de asesorar directamente a los jefes militares campesinos, de redactar sus cartas y documentos, de formular los planes políticos y de escribir los manifiestos y proclamas que caracterizaron al zapatismo desde entonces. Con estos intelectuales el

<sup>20</sup> BRUNK, *Zapata!*, 1995, pp. 90-91 y BRUNK, “Zapata”, 1993, pp. 43-44.

movimiento rebelde dio un salto cualitativo y se dirigió a la nación a través de un discurso en el que se expresaba una ideología radical, democrática, con elementos de liberalismo clásico, socialismo cristiano y anarco-sindicalismo. Sobre todo, lograron articular y dar cohesión a un lenguaje cuyo contenido central era el carácter agrario de la revolución zapatista y la necesidad de hacer una transformación social.

La relación de estos intelectuales con los jefes campesinos y con las comunidades fue compleja. Zapata mismo y varios de los generales más connotados del Ejército Libertador, provenientes de los sectores rurales medios y bajos, eran conscientes de la necesidad de contar con gentes instruidas, que contribuyeran a darle mayor claridad ideológica a su movimiento. En su correspondencia se aprecia esta necesidad y el valor que le daban a la función de sus asesores intelectuales. Los líderes campesinos, así como la gente común de las localidades, tenían en alta estima a quienes sabían leer y escribir. Había admiración por la educación y casi una veneración por la palabra escrita. Los jefes esperaban que estos muchachos fueren los ayudaran en las tareas intelectuales que ellos no podían hacer y que eran necesarias. Así pues, pusieron empeño en buscar y conseguir ese tipo de ayuda y, cuando llegaban letrados a incorporarse, a menudo los jefes militares se disputaban quedarse con esos asesores y tenerlos como secretarios.<sup>21</sup>

Pero también había reservas y desconfianza de los jefes campesinos y de la gente común ante estos jóvenes fuereños impulsivos, arrogantes y doctrinarios, representantes de un mundo y de unos valores que no eran los suyos. Los jóvenes ciudadanos tuvieron que ganarse poco a poco la confianza de sus jefes y de la población civil, con sus acciones y compromiso, con valor. De esta manera obtuvieron un lugar y un reconocimiento que, sin embargo, estuvo siempre a prueba. Aunque su función adquirió un papel importante dentro del movimiento, nunca contaron con la confianza absoluta ni incondicional de los líderes naturales zapatistas. Sin embargo, ante los temas nacionales, la relación con el exterior y la diplomacia, Zapata y los jefes surianos confiaban por lo regular en los puntos de vista de sus asesores civiles y delegaban en ellos esas tareas.<sup>22</sup> Pero, en contraste, los jefes de hombres, los detentadores del poder militar y político siguieron siendo los líderes campesinos.

El discurso político zapatista se transformó durante el huertismo. Si bien Otilio Montaño conservó una fuerte influencia en el Cuartel General y su estilo discursivo florido y su ideología liberal tradicional siguieron manifestándose en algunas de las proclamas del periodo de la lucha contra Huerta, poco a poco fue siendo desplazado por gente más preparada y con mayor visión. Las posiciones políticas de

---

<sup>21</sup> BRUNK, *Zapata*, 1995, pp. 91-92; PINEDA, "Discurso", pp. 211-212.

<sup>22</sup> BRUNK, "Zapata", 1993, pp. 41-43.

Montaño en varias ocasiones ya no coincidieron con los puntos de vista de Zapata. En los manifiestos y documentos públicos zapatistas elaborados desde mediados de 1913 se expresa una visión más amplia y fundamentada de algunos de los problemas nacionales. En términos generales, era un discurso liberal, radical, justiciero, de denuncia del sistema social, con ideas cercanas al socialismo y al anarco-sindicalismo.

¿Representaba este discurso de los intelectuales a los campesinos zapatistas? Desde luego, es posible advertir que la ideología que expresaban esos textos no era compartida totalmente por los jefes campesinos, y menos aún por la gente común de las zonas en las que tuvo influencia ese movimiento. Sin embargo, con todas las mediaciones y reservas de este tipo de documentos y, más en general, de la relación de los intelectuales orgánicos con los movimientos sociales de los que forman parte, es indudable también que los intelectuales zapatistas eran representativos del movimiento que los produjo y que se expresaba a través de ellos y que fueron precisamente esas ideas, y no otras, las que pudieron ganarse su lugar como manifestación externa de los motivos y los fines del zapatismo. Para sostener su representatividad se puede sostener, por una parte, que las formulaciones que salieron de su pluma no eran ideas que les fueran impuestas a líderes campesinos y a gente del mundo rural incapaces de comprender y compartir esos planteamientos. Las referencias a la injusticia social, al sistema opresivo, a la identidad de clase entre el gobierno, el ejército y los ricos, que se volvieron temas recurrentes en los manifiestos del Ejército Libertador, no eran ajenos a la lucha zapatista, a su visión del mundo y su aspiración de mejora. Por otro lado, los secretarios debían expresar las razones, los motivos y los ideales de la lucha zapatista; esa era su función. No tenían manos libres para publicar lo que quisieran con el nombre de sus jefes; había mecanismos establecidos para generar y suscribir las posturas públicas. Los escritos eran leídos, aprobados y firmados por Zapata y los demás jefes campesinos y cuando no estaban de acuerdo con las ideas y con el contenido expresados, los textos tenían que corregirse o eran rechazados.<sup>23</sup>

Pero, además, el contenido fundamental de los escritos salía del mismo movimiento. Los secretarios urbanos tenían que desprender sus ideas y encontrar las formulaciones que expresaran mejor el contenido de la lucha zapatista; no la podían sustituir ni desvirtuar. Por eso, la mayoría de los textos de esa etapa seguían reflejando, ante todo, la lucha agraria, porque esa era la preocupación y la aspiración

---

<sup>23</sup> Otilio Montaño, cuando todavía conservaba un papel central como el intelectual más importante del zapatismo, al no coincidir con la postura de Zapata ante las pláticas con los comisionados huertistas, fue desautorizado de publicar comunicados que no reflejaban la línea del Cuartel General, ver “Zapata a Montaño”, 5 de abril de 1913, en MAGAÑA, *Agrarismo*, t. III, pp. 172-173.

fundamental del movimiento, aunque la enmarcaran en un contexto más amplio y la extendieran a una denuncia del sistema social y a un intento de conseguir aliarse con otros sectores populares. Es verdad que el lenguaje de los textos no corresponde al habla ni a las formas de pensar de los jefes campesinos y de las comunidades. Son —y no podían ser de otra manera— expresiones de un lenguaje urbano, intelectual, porque tales eran la formación, la filiación, los valores y la tradición de quienes los redactaban. En ocasiones la retórica era rebuscada y farragosa, conceptual, que contrastaba con el lenguaje directo y sencillo del habla campesina. Pero no puede sostenerse que lo que expresaban los documentos redactados por los secretarios estaba al margen del movimiento. Éste los hacía suyos y los aprobaba en la práctica. Los jefes y soldados surianos los entendían y aplicaban a su manera, como un referente básico de los fines de su lucha. De ese modo, con sus peculiaridades, el zapatismo produjo lo que sucede en todos los movimientos sociales importantes, que destacan a un grupo de intelectuales, internos o externos, los cuales, en la división social del trabajo que se establece, se especializan en elaborar, sistematizar y difundir una ideología que, en términos gruesos, representa la identidad y la práctica de ese movimiento.

Sin embargo, en las formulaciones políticas y programáticas del movimiento suriano durante su lucha contra Huerta, apareció ya un problema que adquirió mayor dimensión después y que fue una de sus principales limitaciones para extenderse e incorporar a otros sectores. Ése problema fue que el discurso político de los ideólogos zapatistas se quedaba en un nivel de denuncia general del sistema de opresión, pero no ofrecía alternativas ni propuestas que concretaran sus objetivos y que representaran una opción viable y atractiva para clases y grupos externos al mundo agrario. El movimiento suriano fue incapaz de atraer a otros sectores y tanto los jefes zapatistas como sus intelectuales urbanos no pudieron establecer vínculos con los grupos populares de la ciudad de México ni con los revolucionarios villistas. La condena moral de las injusticias sociales prevalecientes y la propuesta de reformas en beneficio de la población pobre, para superar su abstracción, tenía que haberse traducido en medidas concretas de apoyo a esos sectores, en políticas públicas impulsadas desde las instituciones del Estado, y en consignas y tareas que pudieran ser una alternativa para todos los sectores externos al mundo rural de Morelos y los alrededores. Esto no ocurrió durante su lucha contra Huerta y tampoco lo pudieron resolver en el momento decisivo posterior en que pudieron ocupar, junto con la División del Norte, la ciudad de México para instalar el gobierno de la Convención de Aguascalientes a fines de 1914.

## CONCLUSIONES

El zapatismo que logró controlar la zona centro-sur del país luego de 17 meses de guerra contra la dictadura huertista era muy diferente al movimiento que se había rebelado contra Madero en 1911. Sus fuerzas se habían extendido más allá de Morelos y había establecido sus dominios desde la tierra caliente guerrerense hasta el valle de Puebla. Había derrotado al ejército federal y nombrado al gobernador de Guerrero según el procedimiento establecido en el Plan de Ayala. Había comenzado a expulsar y confiscar las propiedades de los hacendados azucareros de la región y procedería a hacer la redistribución agraria más importante de la década revolucionaria. Había madurado ideológicamente, con la incorporación de intelectuales provenientes de las ciudades quienes habían formulado un discurso más fundamentado, así como un programa que tenía aspiraciones nacionales. Era, junto con el villismo y el constitucionalismo, una de las tres principales corrientes revolucionarias nacionales que contendrían en la siguiente etapa por la hegemonía nacional.

En esos meses construyeron un movimiento regional con características singulares: por una parte, evidenciaron una marcada debilidad militar que retardó el control del territorio en el que habían surgido y arraigado. Esa debilidad impidió que pudieran extenderse más allá de las fronteras alcanzadas desde principios de 1912. Fracasó en los intentos de incorporar a otras regiones como Michoacán, Guanajuato y Tlaxcala. No pudo convertirse en un ejército regular, siguió siendo una organización de bandas guerrilleras regionales aglutinadas en torno a fuertes liderazgos locales con una gran descentralización y autonomía.

Otro rasgo original fue que, a diferencia de los movimientos revolucionarios norteros, el zapatismo no actuaba con una lógica mercantil plena. Los jefes surianos no controlaron los recursos productivos de su región para convertirlos en mercancías al servicio de la guerra. No confiscaron —en esa etapa— las haciendas y bienes de las clases acomodadas, ni tomaron en sus manos la infraestructura productiva y las comunicaciones con una lógica de explotación mercantil, sino que su postura fue una mezcla entre obtener de esos recursos de las clases acomodadas el financiamiento del ejército libertador y resolver también las necesidades de los pueblos y comunidades, lo que a menudo se convertía en una fuerte tensión y, aún, contraposición.

Además, el zapatismo tuvo también un comportamiento político distinto, porque sus líderes no ocupaban directamente las estructuras del poder estatal como tales, ante las cuales muchos de ellos tenían recelos y las percibían como perniciosas *per se*. Sin embargo, alentaban la sustitución de los distintos niveles de autoridad mediante procesos de democracia más o menos directa, cambios apoyados y sostenidos por los jefes campesinos. Con relación a los gobernadores, propusieron y

aplicaron en Guerrero y Morelos que fueran elegidos mediante convenciones de los jefes militares. No obstante, lo que los distinguió de los revolucionarios norteros fue que las autoridades regionales principales eran solamente un poder formal. El poder real lo ejercían Zapata y sus principales jefes militares, que mantenían una estructura de poder paralelo: el Cuartel General suriano. Esta estructura siguió conservando en sus manos las decisiones políticas, militares, administrativas y de justicia. Incluso, meses más tarde, cuando comenzó la reforma agraria, fue el Cuartel General la instancia clave para ejecutar la distribución de la propiedad y para resolver las disputas por límites que surgieron entre las comunidades beneficiadas.

## La comuna de Morelos\*

---

*Adolfo Gilly*

**A** PARTIR de la retirada de México en enero de 1915 la revolución campesina, unida frágilmente en Xochimilco y en la ocupación de la capital en diciembre de 1914, volvió a dividirse en sus dos sectores, norte y sur, esta vez definitivamente. A diferencia del periodo anterior, en que ambos sectores eran llevados por la ola ascendente de las masas hacia la conquista de todo el país y de sus centros de poder y hacia su unificación nacional, esta vez la retirada tomó la forma del doble repliegue hacia las regiones de origen, sin más porvenir que la guerra defensiva primero y la guerra de guerrillas que se desencadenó después.

Sin embargo, como en toda guerra campesina, por definición dispersa y sin centro único, el ritmo y las formas del repliegue tuvieron características diferentes. El carrancismo concentró toda su presión militar en 1915 sobre el ejército villista. Es decir, se concentró en batir a la fuerza militar decisiva de la revolución campesina. La lucha militar contra el zapatismo, en ese periodo, fue esencialmente una acción de contención, que no aspiraba a aplastarlo todavía sino solamente a impedir que se extendiera.

Este objetivo era realizable en virtud de que coincidía con las características mismas del movimiento de Morelos, apegado a sus tierras y a su región hasta en sus formas de organización militar.

El carrancismo y su jefe militar, Obregón, eludían combatir en dos frentes no solamente por razones de debilidad militar. También porque su debilidad social todavía era grande, el tumulto de la revolución campesina continuaba, la marea solo empezaba entonces a cambiar de sentido y eran indicios los que aparecían, no seguridades: nadie en ese momento, ni aun el instinto político de Obregón, podía ver ninguna garantía de triunfo en el

---

Adolfo GILLY. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

\* El presente texto es una versión revisada y corregida por el autor del capítulo "La Comuna de Morelos" de su libro *La revolución interrumpida*, Ediciones Era, México, 1994 [publicado originalmente en Ediciones El Caballito, México, 1971].

futuro inmediato. El Ejército de Operaciones comandado por el sonoreense era todavía una fracción militar trashumante, no más débil pero tampoco más fuerte que los dos ejércitos campesinos tomados separadamente. Por otra parte, Obregón comprendía que contra Villa se trataba de llevar una guerra esencialmente militar, de ejército contra ejército, mientras que contra Zapata, atrincherado éste en su región, la perspectiva era mucho más una guerra social encubierta por formas militares.

Por todas estas razones, mientras el ejército dirigido por Obregón entró en campaña para combatir al ejército campesino de Villa y recuperar el control del centro y el norte del país, los campesinos del sur tuvieron un relativo respiro en las acciones militares, se sintieron dueños de su estado de Morelos y pudieron desarrollar una inédita experiencia de democracia campesina, que no se había visto antes y no se ha visto después en la historia mexicana.

Este es uno de los episodios de mayor significación histórica y menos conocidos de la Revolución Mexicana. Los campesinos de Morelos aplicaron en su estado lo que ellos entendían por el Plan de Ayala. Al aplicarlo, le dieron su verdadero contenido: liquidar los latifundios. Pero como los latifundios y sus centros económicos, los ingenios azucareros, eran la forma de existencia del capitalismo en Morelos, liquidaron entonces los centros fundamentales del capitalismo en la región. Aplicaron la vieja concepción campesina precapitalista y comunitaria, pero al traducirla sus dirigentes en leyes en la segunda década del siglo XX, ella tomó una forma anticapitalista. Y la conclusión fue: expropiar sin pago los ingenios y nacionalizarlos, poniéndolos bajo la administración de los campesinos a través de sus jefes militares. Allí donde los campesinos y los obreros agrícolas finalmente establecieron su gobierno directo por un periodo, la Revolución Mexicana adquirió ese carácter anticapitalista empírico. De ahí el silencio o la incompreensión acerca de este episodio crucial de la revolución. Pero no hay silencio ni deformación de la historia que pueda borrar lo que ha quedado en la conciencia colectiva a través de la experiencia. Vuelve a aparecer cada vez que sus portadores y herederos se ponen en movimiento, porque las conquistas de la experiencia pueden quedar cubiertas y vivir subterráneamente por largos periodos, pero nunca se pierden.

La lucha armada, el reparto de tierras desde 1911 en adelante, el triunfo militar sobre el ejército federal, la derrota del Estado encabezado por Díaz y por Huerta y la ocupación de la capital del país a fines de 1914, dieron a los pueblos de Morelos, en un proceso ascendente de cuatro años, la seguridad y la confianza de que podían decidir. Eso fue lo que hicieron en su territorio.

En Morelos, los jefes campesinos, el ejército zapatista y los pueblos de la región, aplicaron lo que hubieran querido hacer a través del gobierno nacional que no pudieron mantener. Lo hicieron en escala local, donde conocían el terreno y las gentes y se sentían seguros social, organizativa, política y militarmente. La fuerza les venía de una revolución campesina que tenía sus raíces en viejas costumbres indígenas comunales y en una estructura social tradicional que siempre había sido su instrumento de lucha y resistencia.

Lo que hicieron mostró una vez más que la guerra civil mexicana había crecido como una lucha individual del campesino por la tierra, pero mucho más como una lucha colectiva por la tierra y el gobierno de sus territorios. Su instrumento esencial en lo político y en lo militar fue el Ejército Libertador del Sur, el pueblo zapatista en armas.

Oficialmente, Morelos era territorio bajo el gobierno de la Convención, que a principios de enero todavía funcionaba en el Distrito Federal, y que volvió a restablecerse allí con la salida del ejército de Obregón hacia el centro del país, en marzo de 1915. Desde la formación del gobierno convencionista en diciembre de 1914, un zapatista ingresó en él como secretario de Agricultura, el general Manuel Palafox. Fue el zapatista con cargo más alto dentro de ese gobierno. Conservó la secretaría después de la defección de Eulalio Gutiérrez y su gente, en enero de 1915, cuando a consecuencia de esa defección la presidencia del gobierno convencionista recayó en el villista Roque González Garza.

Palafox era el ala izquierda del equipo de secretarios que rodeaban a Zapata, los que integraban su estado mayor político. Desde los días siguientes al pacto de Xochimilco desplegó una gran actividad para impulsar el proceso de revolución agraria.

A mediados de diciembre de 1914, uno de los agentes norteamericanos en México escribía al secretario de Estado de Estados Unidos esta definición de Palafox: “Es intratable, y sus rabiosas ideas socialistas no ayudaran a resolver los problemas de manera beneficiosa para su país”. El agente había pedido un salvoconducto para visitar una hacienda de propiedad norteamericana. Palafox se lo negó “porque todas esas propiedades habrán de dividirse para repartir tierras a los pobres”. Y cuando el agente respondió que se trataba de propiedad norteamericana, Palafox, dice aquél en su carta, “me respondió

que daba lo mismo que fuese propiedad de norteamericanos o de cualquier otro extranjero; que esas tierras habrían de repartirse [...]”.<sup>1</sup>

Palafox se hizo cargo de la secretaria de Agricultura a mediados de diciembre de 1914. A principios de enero de 1915, fundó el Banco Nacional de Crédito Rural y dispuso el establecimiento de Escuelas Regionales de Agricultura y de una Fábrica Nacional de Herramientas Agrícolas. A mediados de enero, instaló una oficina especial de reparto de tierras e invitó a los campesinos de otras regiones fuera de Morelos, como los estados de Hidalgo y Guanajuato, a hacer sus respectivas reclamaciones de tierras.

En esos días se formaron las comisiones agrarias, compuestas por jóvenes agrónomos voluntarios egresados de la Escuela Nacional de Agricultura, que se encargarían de hacer los deslindes de los terrenos a repartir o repartidos en las zonas de reforma agraria. Prácticamente, el único estado en que estas comisiones funcionaron regularmente fue Morelos, donde levantaron los planos topográficos y marcaron los límites de la casi totalidad de los pueblos del Estado, asignándoles tierras de cultivo, bosques y aguas.

A fines de enero llegaron a Cuernavaca unos cuarenta jóvenes agrónomos con sus instrumentos de trabajo, luego de sortear muchas dificultades porque el ejército de Obregón acababa de reocupar la ciudad de México y

---

<sup>1</sup> Womack hace esta descripción de Palafox por ese entonces: “La revolución en la tenencia de la tierra que se efectuó en Morelos en 1915 fue un proceso ordenado en gran parte gracias a Manuel Palafox. Su ambición lo llevó a él y a otros agraristas al gobierno convencionista, y su conducta perentoria aseguró allí la ratificación oficial de las reformas locales. Estos parecían ser tan solo los comienzos de una carrera histórica. Cuando los zapatistas ocuparon la ciudad de México, Palafox había entrado en el foro de la gloria y del estadismo, escenario clásico de los héroes de su país. Tenía entonces apenas 29 años de edad. Todavía no se sabe de qué manera concebía su destino este hombrecillo minucioso, sagaz, apasionado, pues sus archivos privados supuestamente han sido quemados, sus colaboradores han muerto en su mayoría o han aprendido a vilipendiarlo, y sus pocos confidentes supervivientes mantienen el secreto o tienen dudas acerca de él; pero es probable que se haya considerado a sí mismo como otra gran figura reformista de la estirpe que se remontaba a través de los inmortales del siglo XIX, Benito Juárez y Melchor Ocampo, hasta los ilustres fundadores de la República. Durante su permanencia en la capital se portó como si fuese su intención dejar huella de su paso en la historia. Atrevido e ingenioso en su programa, decidido, arrogante, increíblemente activo, Palafox entró en acción a la primera oportunidad [...] A un periodista que el día que tomó su cargo (de secretario de Agricultura), le preguntó si se proponía ahora, como los funcionarios anteriores, ‘estudiar la cuestión agraria’, Le respondió: ‘no, señor, no me dedicaré a eso. La cuestión agraria la tengo ampliamente estudiada. Me dedicaré a llevarla al terreno de la práctica [...]’”, WOMACK, John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969, pp. 226-227.

algunos de ellos a duras penas lograron atravesar el cerco tendido entre la capital y el estado de Morelos. También el gobierno de la Convención había debido trasladarse a Cuernavaca, desplazado por el avance constitucionalista.

Las comisiones pasaron por bastantes peripecias para hacer su tarea. Para fijar los límites de las tierras de cada pueblo, tuvieron que recurrir a los viejos títulos de tierras, muchos de ellos de la época virreinal, cuyos datos muchas veces no eran precisos o hacían referencia a accidentes del terreno difíciles de ubicar.

Buena parte de esas tierras habían sido arrebatadas a los pueblos por las haciendas, y a veces al tratar de restituirlas aparecía que la hacienda las había alquilado a campesinos de otro pueblo desde muchos años atrás. En estos y en otros casos de terrenos en disputa, los comisionados tenían que realizar reuniones con delegados de los pueblos en conflicto para llegar a un avenimiento. En general, a pesar de los inevitables conflictos, la deliberación colectiva terminaba por sobreponerse para alcanzar un acuerdo. La costumbre de discutir con los pueblos y de que estos mismos resolvieran en definitiva el arreglo, impuesta por Zapata y sus jefes, hizo ganar autoridad a los comisionados y fue creciendo la colaboración de los campesinos con ellos. La distribución de tierras en Morelos, con ese sistema, fue un proceso donde pudieron intervenir, opinar y resolver los campesinos interesados, conforme con sus tradiciones y sus necesidades, y esto le dio una solidez que ninguna autoridad estatal podía transmitirle.

Es típica la anécdota que cuenta Marte R. Gómez, integrante de las comisiones, en su libro *Las comisiones agrarias del sur*, sobre la fijación de los linderos entre los pueblos de Yautepec y de Anenecuilco, con la presencia del propio general Zapata:

Llegamos al lugar en que se había convocado a los representantes de los dos pueblos, [Zapata] hizo llamar cerca de él a los viejos que habían sido llevados como expertos y escuchó con particular deferencia, por respeto a sus canas y a sus antecedentes como luchador en defensa de las tierras de Yautepec contra la hacienda de Atlihuayan, a don Pedro Valero. Después se dirigió al ingeniero Rubio, y a mí de paso, y nos dijo: “Los pueblos dicen que este tecorral es su lindero, por él se me van ustedes a llevar su trazo. Ustedes, los ingenieros, son a veces muy afectos a sus líneas rectas, pero el lindero va a ser el tecorral, aunque tengan que trabajar seis meses midiéndole todas sus entradas y salidas...”<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> GÓMEZ, Marte R., *Las Comisiones Agrarias del Sur*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1961, pp. 76-77.

En marzo de 1915, Zapata escribió al presidente convencionista Roque González Garza: “Lo relativo a la cuestión agraria está resuelto de manera definitiva, pues 105 diferentes pueblos del estado, de acuerdo con los títulos que amparan sus propiedades, han entrado en posesión de dichos terrenos”.

Por otra parte, Palafox conservó bajo su control las tierras no repartidas a los pueblos. Su proyecto no era pagar indemnización, sino expropiar sin pago toda la tierra para satisfacer futuras necesidades del campesinado o para las necesidades colectivas. El mismo Marte R. Gómez explica que, a la hora de la aplicación en 1915, los postulados del Plan de Ayala habían sufrido una notable radicalización, bajo la acción y la decisión del campesinado, con relación al texto escrito en 1911 y formalmente nunca modificado. Dice en su libro:

En justicia, debemos reconocer también que unos fueron los ofrecimientos que el general Zapata hizo en 1911, al firmar el Plan de Ayala, y otros los que se propuso llevar a la práctica en 1915 con sus Comisiones Agrarias. Porque a nosotros sólo se nos pidió que definiéramos los linderos entre los diferentes pueblos. A nadie se le ocurrió que levantáramos los planos de las haciendas para localizar las dos terceras partes que se les debían respetar.

Las medidas de Palafox fueron más lejos: nacionalizó sin pago los ingenios y destilerías de Morelos. Aplicando las disposiciones ya sancionadas en 1914, Zapata puso a funcionar los ingenios como empresas del Estado. Desde que Palafox se hizo cargo de la secretaria de Agricultura, ordenó la reparación de los ingenios que se encontraban abandonados por sus antiguos dueños y habían sufrido los daños de la guerra, de los saqueos y del abandono. A principios de marzo de 1915, ya había cuatro ingenios funcionando en Morelos, bajo la administración de jefes zapatistas: el de Temixco, con el general Genovevo de la O; el de Hospital, con el general Emigdio Marmolejo; el de Atlíhuayán, con el general Amador Salazar; y el de Zacatepec, con el general Lorenzo Vázquez. Posteriormente, fueron reparados y reabiertos otros ingenios, como los de El Puente, Cuatlixco y Cuahuixtla, bajo la dirección de los generales Modesto Rangel, Eufemio Zapata y Maurilio Mejía. Las ganancias fueron entregadas al cuartel general zapatista y utilizadas en gastos de guerra y socorros a las viudas de los soldados caídos.

Sin embargo, esta especie de socialismo empírico apoyado por Zapata, tenía sus tropiezos con las costumbres e inclinaciones de pequeño propietario de la base campesina. Dueños nuevamente de sus tierras, los campesinos tendían a volver a los cultivos de sustento: frijoles, garbanzos, maíz, hortalizas, o a la cría de pollos, todos productos fáciles de vender de inmediato en

los mercados locales. Zapata mismo hizo una campaña para convencer a los campesinos de que no se limitaran al cultivo de verduras y sembraran caña para los ingenios, para lo cual se hicieron préstamos o entregas gratuitas de dinero y simiente. “Si ustedes siguen sembrando chiles, cebollas y tomates, nunca saldrán del estado de pobreza en que siempre han vivido; por ello deben, como les aconsejo, sembrar caña [...]”, les dijo a los campesinos de Villa de Ayala. Pero al parecer su éxito fue limitado y el desarrollo posterior de la guerra cortó toda posibilidad de continuar con la experiencia.

Estas medidas y disposiciones tendientes a crear una economía cuyos centros de producción industrial estuvieran en manos del Estado y cuyas bases agrarias estuvieran en poder de los campesinos, a título individual o comunal, fueron codificadas en una notable ley de octubre de 1915, dictada en Cuernavaca por el Consejo Ejecutivo de la Convención durante un receso de la propia Convención como organismo, presumiblemente inspirada y redactada por Manuel Palafox.

Esta ley fue el punto máximo a que llegó la legislación socializante del zapatismo y era la aplicación de los principios agrarios defendidos por Palafox, cuya idea esencial era que los bienes de los enemigos de la revolución, es decir, prácticamente los de todos los capitalistas y terratenientes, serían expropiados sin pago, y que para pagar aquellas expropiaciones que tuvieran derecho a indemnización bastaría utilizar el dinero proveniente de los bienes urbanos confiscados a los enemigos de la revolución. Es decir, de hecho proyectaba y sancionaba la expropiación sin indemnización y por razones de utilidad pública de toda la propiedad capitalista y terrateniente.

El límite donde se detenían confusamente estas disposiciones y la ideología campesina con ellas, era en determinar cuál sería el destino y el funcionamiento posterior de las propiedades industriales y no agrarias así expropiadas: si funcionarían como empresas estatales, si volverían a manos particulares. Pero el caso de los ingenios y destilerías de Morelos, echados a andar de hecho como empresas estatales y que en la concepción de Zapata debían seguir funcionando como “fabricas nacionales” (según su expresión), da una idea de cual habría sido la lógica socialista de las expropiaciones agrarias si el poder zapatista hubiera tenido una vía hacia el porvenir.

La ley agraria de Palafox era la expresión legal de lo que ya habían hecho en la práctica los campesinos de Morelos al repartir las tierras con la colaboración de las comisiones agrarias. Su campo de aplicación tampoco fue más allá del territorio zapatista, aunque estaba dictada para todo el país pues la Convención mantenía la ficción de ser un gobierno nacional. No obstante,

sus disposiciones eran más radicales que las de cualquier reforma agraria dictada posteriormente en América Latina, con excepción de las leyes cubanas posteriores a 1961. Como todas las leyes y decretos zapatistas, se preocupaba por dejar amplio margen a la iniciativa de los pueblos y de los campesinos y allí radicaba uno de sus rasgos profundos.

La ley se remitía desde su primer considerando al Plan de Ayala. Declaraba “que en el Plan de Ayala se encuentran condensados los anhelos del pueblo levantado en armas, especialmente en lo relativo a las reivindicaciones agrarias, razón íntima y finalidad suprema de la Revolución”. En consecuencia, continuaba, “es de precisa urgencia reglamentar debidamente los principios consignados en dicho Plan, en forma tal que puedan desde luego llevarse a la práctica como leyes generales de inmediata aplicación”. Es decir, desde un principio la ley se presentaba como la afirmación de la continuidad de ideas de la revolución zapatista; y en realidad lo era, porque sus ideas esenciales estaban ya contenidas en el programa de Zapata de 1911. La revolución no había hecho más que desarrollarlas, enriquecerlas y hacerlas realidad en los repartos de tierras de los campesinos, y la ley así lo registra.

Antes de entrar en la parte dispositiva, su tercer y último considerando decía textualmente:

Considerando: que no pocas autoridades, lejos de cumplir con el sagrado deber de hacer obra revolucionaria que impone el ejercicio de cualquier cargo público en los tiempos presentes, dando con ello pruebas de no estar identificadas con la Revolución, se rehúsan a secundar los pasos dados para obtener la emancipación económica y social del pueblo, haciendo causa común con los reaccionarios, terratenientes y demás explotadores de las clases trabajadoras; por lo que se hace necesario, para definir actitudes, que el gobierno declare terminantemente que considerará como desafectos a la causa y les exigirá responsabilidades, a todas aquellas autoridades que, olvidando su carácter de órganos de la Revolución, no coadyuven eficazmente al triunfo de los ideales de la misma.

A continuación, el artículo 1 disponía: “Se restituyen a las comunidades e individuos, los terrenos, montes y aguas de que fueron despojados, bastando que aquellos posean los títulos legales de fecha anterior al año de 1856, para que entren inmediatamente en posesión de sus propiedades”. El artículo 2 establecía la forma en que se haría la reivindicación de esos derechos.

Por el artículo 3, “la Nación reconoce el derecho tradicional e histórico que tienen los pueblos, rancherías y comunidades de la República, a poseer y

administrar sus terrenos de común repartimiento, y sus ejidos, en la forma que juzguen conveniente”.

El artículo 4 establecía los derechos de la pequeña propiedad en estos términos: “La Nación reconoce el derecho indiscutible que asiste a todo mexicano para poseer y cultivar una extensión de terreno, cuyos productos le permitan cubrir sus necesidades y las de su familia; en consecuencia, y para el efecto de crear la pequeña propiedad, serán expropiadas por causa de utilidad pública y mediante la correspondiente indemnización, todas las tierras del país, con la sola excepción de los terrenos pertenecientes a los pueblos, rancherías y comunidades, y de aquellos predios que, por no exceder del máximo que fija esta ley, deben permanecer en poder de los actuales propietarios”. El artículo 5 fija ese máximo que pueden conservar “los propietarios que no sean enemigos de la Revolución”, en una tabla de dieciocho categorías de tierras, que van desde la de “clima caliente, tierras de primer a calidad y de riego” donde se autorizan hasta 100 hectáreas, pasan por la de “clima templado, tierras pobres y de temporal”, con 200 hectáreas como máximo y llegan a los “terrenos de pastos pobres”, con 1,000 hectáreas y a los “terrenos eriazos del Norte de la República”, donde se autorizan hasta 1,500 hectáreas, que es el máximo absoluto. El artículo 7 disponía que los terrenos que excedieran de esas extensiones “serán expropiados por causa de utilidad pública, mediante la debida indemnización, calculada conforme al censo fiscal de 1914 y en el tiempo y forma que el reglamento designe”.

Pero el artículo 6 era el más terminante y el decisivo: “Se declaran de propiedad nacional los predios rústicos de los enemigos de la Revolución”.

Es decir, se nacionalizaban sin indemnización.

A continuación, el mismo artículo determinaba quiénes eran “enemigos de la Revolución para los efectos de la presente ley”. En la enumeración incluye a los “científicos” o partidarios de Porfirio Díaz; a los funcionarios de Díaz y de Huerta que “adquirieron propiedades por medios fraudulentos o inmorales”; a los “políticos, empleados públicos y hombres de negocios” que se enriquecieron durante el régimen de Porfirio Díaz mediante “procedimientos delictuosos o al amparo de concesiones notoriamente gravosas al país”; a los partidarios de Huerta; a los “altos miembros del clero que ayudaron al sostenimiento del usurpador Huerta”.

El inciso final era de tal amplitud que prácticamente abarcaba a todos los grandes propietarios agrarios o industriales del país en ese entonces. Textualmente, incluía entre los enemigos de la revolución: “a los que directa o indirectamente ayudaron a los gobiernos dictatoriales de Díaz, de Huerta y

demás gobiernos enemigos de la Revolución, en su lucha contra la misma. Quedan incluidos en este inciso todos los que proporcionaron a dichos gobiernos, fondos o subsidios de guerra, sostuvieron o subvencionaron periódicos para combatir a la Revolución, hostilizaron o denunciaron a los sostenedores de la misma, hayan hecho obra de división entre los elementos revolucionarios, o de cualquier otra manera hayan entrado en complicidad con los gobiernos que combatieron a la causa revolucionaria”.

Según el artículo 8, la Secretaría de Agricultura y Colonización nombraría comisiones que en cada estado determinarían quiénes eran las personas que serían consideradas enemigos de la revolución, en los términos del artículo 6, y quedarían “sujetas, por lo mismo, a la referida pena de confiscación, la cual se aplicará desde luego”. Las decisiones de estas comisiones serían apelables en instancia única ante los Tribunales Especiales de Tierras, según el artículo 9, que se crearían en el futuro.

El artículo 10 disponía que toda la tierra obtenida según lo establecido en los artículos 5 y 6, “se dividirá en lotes que serán repartidos entre los mexicanos que lo soliciten, dándose la preferencia, en todo caso, a los campesinos. Cada lote tendrá una extensión tal que permita satisfacer las necesidades de una familia”. Los artículos 11 al 13 establecían modalidades de la aplicación de esta disposición, dando prioridad absoluta en las adjudicaciones a “los actuales aparceros o arrendatarios de pequeños predios”, que les serían adjudicados de inmediato en propiedad.

Los artículos 14 y 15 disponían que las tierras entregadas a comunidades o individuos “no son enajenables ni pueden gravarse en forma alguna” y que los derechos sobre ellas sólo pueden transmitirse “por herencia legítima”.

Gran parte de los artículos restantes, del 16 al 35, estaban destinados a fijar las facultades de la Secretaría de Agricultura y Colonización. Establecían una gran concentración y centralización de poder en la persona del secretario de Agricultura, que equivalía a una dictadura revolucionaria dentro de la tradición jacobina.

El artículo 16 decía: “A efecto de que la ejecución de esta ley sea lo más rápida y adecuada, se concede al Ministerio de Agricultura y Colonización, la potestad exclusiva de implantar los principios agrarios consignados en la misma, y de conocer y resolver en todos los asuntos del ramo, sin que esta disposición entrañe un ataque a la soberanía de los Estados, pues únicamente se persigue la realización pronta de los ideales de la Revolución, en cuanto al mejoramiento de los agricultores desheredados de la República”.

Los artículos 17 y 18 disponían que el Ministerio de Agricultura estableciera colonias agrícolas y que sólo él podría hacerlo; y que fundaría un Servicio Nacional de Irrigación y Construcciones.

El artículo 19 nacionalizaba los bosques: “Se declaran de propiedad nacional los montes, y su inspección se hará por el Ministerio de Agricultura, en la forma en que la reglamente, y serán explotados por los pueblos a cuya jurisdicción corresponden, empleando para ello el sistema comunal”.

Los artículos 20 y 21 disponían que el Ministerio de Agricultura establecería un Banco Agrícola y que tendría a su cargo exclusivo la administración de esta institución. El artículo 22 resolvía la forma de financiación de esa disposición: “Para los efectos del artículo 20 se autoriza al Ministerio de Agricultura y Colonización para confiscar o nacionalizar las fincas urbanas, obras materiales de las fincas nacionales o expropiadas, o fábricas de cualquier género, incluyendo los muebles, maquinaria y todos los objetos que contengan, siempre que pertenezcan a los enemigos de la Revolución”. Y el artículo 27 agregaba que “el 20% del importe de las propiedades nacionalizadas de que habla el artículo 22, se destinará para el pago de indemnizaciones de las propiedades expropiadas tomando como base el censo fiscal del año 1914” (eran las expropiaciones a que se refiere el artículo 5, de los propietarios que no fueran enemigos de la revolución).

El artículo 23 anulaba todas las concesiones anteriores que afectaran a la agricultura y autorizaba al Ministerio de Agricultura a revalidar “las que juzgue benéficas para el pueblo y el gobierno”. El artículo 24 lo autorizaba a establecer “escuelas regionales agrícolas, forestales y estaciones experimentales”.

Los artículos 25 y 26 establecían la obligación de cultivar los terrenos adjudicados y la pérdida de éstos en caso de que pasaran dos años incultos sin causa justificada.

Los artículos 28 y 29 autorizaban la formación de cooperativas de producción o de venta entre los propietarios de lotes, pero prohibía que se convirtieran en sociedades por acciones o que participaran en ellas quienes no fueran agricultores directos.

Los artículos 32, 33 y 34 declaraban de propiedad nacional todas las aguas, y establecían la prioridad de su uso para fines agrícolas. El artículo 35 y final declaraba nulos “todos los contratos relativos a la enajenación de los bienes pertenecientes a los enemigos de la revolución”.

Había también un artículo transitorio destinado a asegurar la inmediata aplicación de la ley por los mismos pueblos, que equivalía a dar valor legal a

los repartos de tierras hechos por éstos; más aún, los promovía y estimulaba sin esperar la intervención de las autoridades centrales.

Decía el artículo: “Quedan obligadas todas las autoridades municipales de la República a cumplir y hacer cumplir, sin pérdida de tiempo y sin excusa ni pretexto alguno, las disposiciones de la presente ley, debiendo poner desde luego a los pueblos e individuos en posesión de las tierras y demás bienes que, conforme a la misma ley, les correspondan, sin perjuicio de que en su oportunidad las Comisiones Agrarias que designe el Ministerio de Agricultura y Colonización hagan las rectificaciones que procedan; en la inteligencia de que las expresadas autoridades que sean omisas o negligentes en el cumplimiento de su deber, serán consideradas como enemigas de la Revolución y castigadas severamente”.

La ley estaba fechada en Cuernavaca, el 28 de octubre de 1915, y la firmaron Manuel Palafox, Ministro de Agricultura y Colonización; Otilio E. Montaña, Ministro de la Instrucción Pública y Bellas Artes; Luis Zubiría y Campa, Ministro de Hacienda y Crédito Público; Genaro Amezcua, Oficial Mayor, encargado de la Secretaría de Guerra; y Miguel Mendoza L. Schwerdtfeger, Ministro de Trabajo y de Justicia.

La importancia de la ley agraria de Palafox no radica en sus efectos, que no tuvieron tiempo de hacerse sentir, sino en su significado programático. Por un lado, en cuanto al reparto de la tierra la ley no hacía más que generalizar en forma de artículos legales lo que ya habían hecho los campesinos de Morelos. Por el otro, dictaba una serie de disposiciones que eran la mera enunciación de un programa de gobierno, pero que no tenían aplicación práctica por carecer de la fuerza que las respaldara. A esa altura, el gobierno de la Convención, aparte de ser una ficción como entidad nacional, ya se había dividido entre el sector villista y el zapatista. Y la ley agraria fue dictada cuando, además, ya estaba derrotada la División del Norte, es decir, la fuerza militar que hubiera podido garantizar la existencia del gobierno convencionista y la aplicación de esa ley.

Sin embargo, el texto era importante, porque significaba un programa de transformación completa del país a partir de las medidas agrarias revolucionarias. Establecía una dictadura revolucionaria centrada en la liquidación radical de los latifundios y el reparto de la tierra desde abajo, haciendo funcionar a los municipios como órganos de poder de los pueblos para aplicarla.

No era un texto socialista, sino jacobino. Su importancia residía en que daba sanción legal a la dinámica anticapitalista de la guerra campesina. A la hora de su aplicación desde abajo en los términos previstos en su texto, este

hubiera sufrido la misma inflexión radical que sufrió el Plan de Ayala al ser aplicado en 1915 por los pueblos con la ayuda de las comisiones agrarias: de las dos terceras partes de cada hacienda por respetar, nadie se acordó, y se repartió toda la tierra a los pueblos.

Esa ley se dictó cuando ya no podía tener ningún efecto como programa nacional, sino meramente como sanción local de lo ya logrado por los campesinos, cuyo mantenimiento no dependía de los textos, sino de las armas.

El 28 de octubre, fecha de la ley, las fuerzas campesinas hacía ya rato que habían abandonado definitivamente la capital del país. La Convención había entrado en su etapa de disgregación. En realidad, fue el ala zapatista la que aprobó la ley, aprovechando que no existía la traba del conjunto de la Convención donde ella era minoría.

La retirada nacional de la revolución ya era visible para todos por entonces. El 19 de octubre, Estados Unidos había reconocido al gobierno de Carranza como el único legal en el país. A fines de octubre, Villa estaba atravesando la sierra de Chihuahua hacia Sonora, en el tramo final del repliegue de los restos de la División del Norte.

La ley agraria de Palafox significaba, entonces, que la fracción más radical intentaba acelerar en los textos lo que perdía en la lucha real. De ahí el aspecto de irrealidad que adquiría la ley. En el fondo, es posible que Palafox tuviera la intención de dejar codificadas de algún modo sus ideas sobre el gobierno del país. Pero es muy posible además que todavía creyera en cierta virtud de la ley para estimular a la revolución. Intentaba galvanizar a la revolución en retroceso mediante un texto ya inaplicable, que se basaba en una ficción de poder nacional y que solo era real, precariamente, en Morelos.

Con todo esto, la ley no fue una mera lucubración teórica, como tantos planes de la Revolución Mexicana. Se aplicó a las tierras e ingenios de Morelos, no quedó en el papel. Fue complementada después por otras medidas que establecían formas de gobierno y de decisión de los pueblos. Fue la expresión de una realidad social creada por la revolución y de la aspiración de extender esa realidad a todo el país.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Womack tiene razón cuando la caracteriza como “una ley agraria radical que le daba al Secretario de Agricultura una autoridad inmensa sobre la propiedad urbana y la rural, así como sobre todos los recursos naturales. En virtud de esta notable ley, el Ministerio de Agricultura sería la agencia central de una *formidable reforma nacionalizadora en México*”, WOMACK, *Zapata*, 1969, p. 242, (subrayado mío, A. G.).

Para medir su significado, es preciso recordar también que todo esto ocurrió en medio del retroceso de los pueblos en Europa y Estados Unidos en la primera guerra mundial. Aún no había experiencias ni antecedentes de leyes semejantes. Había textos teóricos, quien sabe hasta donde conocidos por Palafox y su tendencia, pero ninguna experiencia práctica. La Comuna de París, que había tomado medidas de nacionalización, armamento del pueblo, gobierno comunal de las masas, había sido un episodio lejano y efímero. Su repercusión llegó hasta México, es cierto. Pero no hay prueba de que haya llegado hasta el grupo de dirección zapatista, y mucho menos al estado de Morelos. Es posible que en las lecturas de Palafox y de algunos otros intelectuales figuraran algunas sobre la Comuna. Pero su retórica se parecía más a la de la Gran Revolución Francesa, hasta en el nombre mismo de la Convención.

Del fondo de la iniciativa campesina y de las costumbres y la experiencia de los pueblos indios de Morelos vinieron el entendimiento y la fuerza para tomar esas medidas. Esa iniciativa se conjugó con las posiciones socializantes del ala radical de Palafox, sin las cuales no habría podido generalizarse en forma de texto legal y programático.

El zapatismo, después de los grandes triunfos nacionales y antes de que lo golpeará el retroceso, se había quedado solo, atrincherado en su estado, completamente campesino, abandonado por los aliados inseguros y dependiendo puramente de los pueblos en armas de Morelos. Solo. Ahí estaba su debilidad, pero también su fuerza.

Lo que crearon entonces los campesinos y obreros agrícolas de Morelos fue una Comuna, cuyo único antecedente mundial equivalente había sido la Comuna de París. Pero la Comuna de Morelos no era obrera, sino campesina. No la crearon en los papeles, sino en los hechos. Y si la ley agraria zapatista tiene importancia, es porque muestra que más allá del horizonte local, había en Morelos una tendencia que tenía la voluntad de organizar el país sobre esas bases.

Los zapatistas crearon en su territorio una sociedad igualitaria, con un igualitarismo de raíz indígena, campesina y colectiva (muy diferente de la utopía individualista de la “democracia rural”), y la mantuvieron con altibajos mientras tuvieron poder. Si los del ala radical del constitucionalismo en el Constituyente de Querétaro, a fines de 1916, se llamaron a sí mismos jacobinos —y lo eran—, los jefes del radicalismo zapatista con toda razón podían haberse llamado “los Iguales”, porque eran a los jacobinos de Querétaro lo que los Iguales de Babeuf a los jacobinos de la convención francesa. Con la diferencia de que los de Morelos, más rústicos, no eran un grupo de conspi-

radores en el descenso de la Revolución Francesa sino los dirigentes de una revolución campesina convertida en poder local –y que aun aspiraba a poder nacional– apenas dos años antes del triunfo de la Revolución Rusa.

La Comuna zapatista de Morelos, que se mantuvo no en la tregua sino en la lucha, es el episodio más trascendente de la Revolución Mexicana. Por eso, para intentar borrar hasta sus huellas, el ejército carrancista tuvo después que exterminar la mitad de la población de Morelos, con la misma saña desplegada en 1871 por las tropas de Thiers contra la Comuna de París.



## El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto de legislación estatal zapatista

---

*Felipe Ávila Espinosa*

EL OBJETIVO del este capítulo es analizar las propuestas programáticas de legislación estatal que elaboró el Consejo Ejecutivo de la República, compuesto por cinco intelectuales zapatistas –Manuel Palafox, Otilio Montaña, Manuel Mendoza López Schwerdtfegert, Luis Zubiría y Campa y Jenaro Amezcua–, y establecer su relación con la actividad general (militar, política, administrativa) del movimiento zapatista en la etapa comprendida entre octubre de 1915 y mayo de 1916, es decir, el periodo definido por la derrota militar y política definitiva del villismo por el constitucionalismo, la disolución de la conflictiva alianza entre zapatistas y villistas y el confinamiento del movimiento de los surianos al estado de Morelos, cercado por el constitucionalismo. Este periodo es el mismo que determina el principio y el final de la actividad del mencionado Consejo Ejecutivo.

### PLANTEAMIENTO

En los últimos años, como resultado de una investigación seria, del acceso a nuevas fuentes primarias documentales y de nuevos enfoques, se han comenzado a desecharse algunas de las ideas tradicionales que habían prevalecido sobre el zapatismo, entre ellas: el de haber sido un movimiento esencial y homogéneamente agrario; el de haber querido restablecer una antigua etapa dorada de tranquilidad y paz pueblerina; el de no haber tenido otra aspiración que la restitución de las tierras de las que los campesinos habían sido desposeídos por las haciendas y el de no haber podido generar, como consecuencia de su carácter de clase, un proyecto alternativo nacional.

Los trabajos de Salvador Rueda, sobre todo, junto con Laura Espejel, Alicia Olivera y Jane Dale Lloyd,<sup>1</sup> han arrojado nueva luz sobre aspectos poco estudiados

---

Felipe ÁVILA ESPINOSA. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

<sup>1</sup> La exposición que sigue, sobre algunas de las principales tesis de estos autores, están sacadas de las

o hechos a un lado por investigadores anteriores. De esta manera, se han podido establecer con más precisión a los diferentes sectores agrarios que constituyeron al zapatismo y su comportamiento: peones de las haciendas, campesinos arrendatarios, habitantes de las comunidades, así como las diferencias entre los de la zona central morelense y los de la periferia y los estados aledaños; los motivos diferentes por los que unos y otros se incorporaron a la rebelión que dio origen al zapatismo, desde la recuperación de tierras a la protesta contra la leva y la represión del ejército federal; las diferencias entre el ejército permanente zapatista y el estacional; con base en ello, han podido determinar mejor la dinámica propia del movimiento zapatista y una periodización más adecuada.

También han destacado cómo el zapatismo ejerció un control militar, político y económico sobre el territorio morelense que tuvo influencia sobre las zonas aledañas y en las cuales se puso en práctica una forma peculiar de gobierno y administración regionales, caracterizado por la recuperación de la autoridad de los pueblos y la autonomía municipal, la elección democrática de las autoridades locales y una relación directa de los habitantes de las regiones controladas por el Ejército Libertador con el poder central, representado en este caso por el Cuartel General del Sur y, esencialmente, por Zapata con el que establecieron una relación directa, proyectando con ello una concepción sobre el gobierno como un juez protector y benefactor a la que los dirigentes militares zapatistas correspondieron.

En los que tienen que ver más directamente con el objeto del presente trabajo, han subrayado la elaboración por los ideólogos no campesinos del zapatismo de un proyecto nacional propio, a través de las leyes y disposiciones hechas por el gobierno convencionista, particularmente cuando tuvieron el control de la zona central del país, junto con los villistas y, sobre todo, cuando el zapatismo se replegó hacia su zona original morelense, en la segunda mitad de 1915, señalando al mismo

---

siguientes obras: RUEDA, Salvador, "La zona armada de Genovevo de la O", en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, núm. 3, INAH, México, 1981, pp. 38-43; ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, "El programa político zapatista", en *IV Jornadas de Historia de Occidente*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", A. C., Jiquilpan, Michoacán, 1984, pp. 57-78; RUEDA, Salvador, "Oposición y subversión: testimonios zapatistas", en *Historias*, núm. 3, enero-marzo, INAH, México, 1983, pp. 3-32; RUEDA, Salvador y Jane DALE LLOYD, "El discurso legal campesino y el orden político revolucionario: el caso zapatista", en *Historias*, núms. 8 y 9, enero-junio, INAH, México, 1985, pp. 51-59; ESPEJEL, Laura y Salvador RUEDA, "La génesis del zapatismo", en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 2, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 291-303; "El Plan de Ayala y la autonomía zapatista (1911-1912)", *ibídem*, vol. 3, pp. 347-358; "El zapatismo continúa en lucha", *ibídem*, vol. 4, pp. 531-537; "El zapatismo se extiende", *ibídem*, vol. 4, pp. 581-587; "El zapatismo estrecha el cerco", *ibídem*, vol. 4, pp. 711-715; "Los ejércitos populares y la construcción de un ejército nacional", *ibídem*, vol. 5, pp. 857-865.

tiempo que este proyecto no tuvo ninguna efectividad nacional, puesto que habían sido derrotados ya por el constitucionalismo, y que aun en el territorio morelense no pudo tampoco aplicarse, pues el gobierno efectivo lo ejercían los jefes militares, cuyas funciones centralizaba el Cuartel General y cuyas disposiciones a menudo contradecían las elaboraciones más globales de los ideólogos zapatistas.

Argumentando contra quienes sostienen la incapacidad estructural del zapatismo de generar una alternativa nacional, los autores mencionados han puesto énfasis en señalar que los zapatistas tuvieron el dominio de una zona medular del territorio nacional; que explícitamente se habían propuesto tomar el poder y conformar un gobierno revolucionario que diera cumplimiento ante todo a la reforma agraria; que cuando ocuparon la capital del país junto con los villistas el horizonte de posibilidades abierto era de magnitud nacional, pero que no lo pudieron llevar a buen término por sus limitaciones regionales y la incapacidad de sus intelectuales “para consolidar un gobierno de efectiva representación popular”.

Han mencionado también, como explicación a esto, que el zapatismo estructuró dos tipos de discursos: uno hacia afuera, dirigido a la nación, de carácter más programático y propagandístico y elaborado por sus ideólogos no campesinos; el otro hacia adentro, dirigido a los pueblos y al ejército, de carácter pragmático inmediato, elaborado por Zapata y los jefes militares, que tuvo por función organizar, controlar y administrar la vida material y la cotidianidad de los habitantes de los territorios dominados; en éste último, que fue el que realmente expresó el gobierno efectivo de la zona zapatista, se puso en práctica un código moral de justicia campesina que normó todos los aspectos de la vida de las comunidades y determinó el tipo de ejercicio del poder campesino regional.

Aunque estos dos tipos de discursos estuvieron articulados, sobre todo en la etapa de máximo poder zapatista —en 1914-1916—, existió entre ellos un divorcio o desfase: los ideólogos se dirigían a una nación que no controlaban, mientras que los campesinos en armas estaban dominados por sus preocupaciones cotidianas inmediatas.<sup>2</sup> Sin embargo, con todo lo esclarecedor que resultan estas aportaciones, siguen permaneciendo varios problemas importantes sin solución, entre ellos dos que tienen que ver con el objetivo del presente trabajo: por un lado no es abordada la explicación de la imposibilidad de consolidar la toma del poder central por villistas y zapatistas puesto que se señala que se debió a las diferencias entre ambos (las cuales no se hacen explícitas) y a la inexperiencia de sus intelectuales. Por otra parte, cuando Rueda, Espejel, Olivera y Lloyd señalan la articulación, pero al mismo

---

<sup>2</sup> ESPEJEL y RUEDA, “Ejércitos”, 1985, pp. 864-866; RUEDA y LLOYD, “Discurso”, 1985, pp. 52-57; ESPEJEL, OLIVERA y RUEDA, “Programa”, 1984, pp. 66-68.

tiempo el desfase y divorcio existente entre las propuestas nacionales y programáticas de los intelectuales zapatistas con el regionalismo, pragmatismo e inmediatez de la problemática campesina y de sus jefes militares, si no se demuestra la articulación y correspondencia entre unos y otros o sus divergencias y contradicciones, si no demuestran realmente que formaban parte de un mismo proyecto, caen en la misma posición que la historiografía tradicional a la que critican: el zapatismo no fue capaz de elaborar una alternativa nacional viable y, aún regionalmente, su gobierno y administración estuvieron caracterizados por la inmediatez y el localismo.

Estos dos problemas ameritan discusión. Por lo que respecta a la incapacidad de consolidar el poder central por zapatistas y villistas deben tomarse en cuenta, entre otros, los siguientes factores:

1. Las diferencias de origen, región, composición social, cultura, tradiciones y de la forma peculiar en que el zapatismo y el villismo se constituyeron e incorporaron a la revolución, así como la práctica militar y política que en ella desarrollaron llevándolos a conformar dos proyectos distintos. A pesar de su acercamiento y de la alianza que establecieron a finales de 1914 y principios de 1915 se mostró que había diferencias profundas entre ellos: el zapatismo era un movimiento esencialmente agrario, que propugnaba por la solución radical del problema de la tierra y la confirmación de un proyecto de país en el que coexistieran la propiedad comunal y la pequeña propiedad; pretendía por esas fechas establecer alianzas con las clases desprotegidas y un gobierno que atendiera prioritariamente sus necesidades. A través de las propuestas hechas por sus delegados en la Convención, mostró que pretendía establecer una legislación que reconociera a las organizaciones de trabajadores, las huelgas e incluso el boicot y lograron restringir las atribuciones del poder legislativo estableciendo, por única vez en el país, un gobierno de tipo parlamentario. También, en la relación entre lo civil y lo militar, daba primacía absoluta a lo primero.

El villismo, por su parte, había mostrado que pretendía un desarrollo capitalista basado en la pequeña propiedad agrícola, industrial y comercial, en garantizar la libre iniciativa individual sin interferencia del Estado, cuyo papel debería garantizar el equilibrio entre las clases, intervenir cuando éste fuera roto y establecer una labor de asistencia social promovida desde arriba; el gobierno debería ser electo democráticamente y respetar, mediante el cumplimiento del pacto federal, una considerable autonomía de los estados. A estas diferencias internas se añadió el problema del caudillismo, fenómeno de mucho peso en las facciones revolucionarias, que contribuyó a agravar las diferencias anteriores.

2. Así pues, estando presentes estas diferencias objetivas internas lo que los unificó fue una necesidad exterior: uno y otro requerían, para desarrollar su proyecto particular, derrotar al constitucionalismo. Estando cerradas las posibilidades de una

negociación y subordinación con éste, se le tenía que vencer militarmente. Esta fue la tarea que se privilegió en la alianza villista-zapatista, postergando medidas políticas para establecer alianzas e incorporar a otros sectores sociales, particularmente de la capital del país.

3. Para tratar de derrotar militarmente al constitucionalismo naturalmente el villismo era el elemento mayor y mejor preparado. A pesar de que formalmente iba a ser una campaña conjunta de norteños y surianos, muy pronto mostraron que no podían ni querían hacerla conjuntamente y la emprendió cada uno por su lado; el zapatismo, mucho más débil militarmente se hizo a un lado y la responsabilidad recayó principalmente en la División del Norte.

4. Mientras el destino de las aspiraciones nacionales del gobierno villista-zapatista se decidía adversamente en las batallas del Bajío, la Convención no logró ser un instrumento efectivo para consolidar la alianza entre villistas y zapatistas y se convirtió en una instancia en la que afloraron sus discrepancias, inhibiendo su actividad e imposibilitando la incorporación de más sectores a su causa, cosa que sí pudo hacer el constitucionalismo por esas mismas fechas.<sup>3</sup>

Así pues, fueron éstos, junto con otros factores, los que explican la derrota convencionista y el triunfo constitucionalista y no sólo su regionalismo o la incapacidad política de sus dirigentes. Con todo, en plena guerra civil entre las facciones, cuando en los hechos no había desde cuatro años atrás un efectivo poder nacional, villistas y zapatistas pudieron elaborar, a través del trabajo de la Convención, el tipo de país y de gobierno nacionales que querían establecer y que se expresó en las discusiones que tuvieron en el seno de la Convención y en el programa de Reformas Económicas y Sociales que dieron forma. Parcial y limitadamente, intentaron aplicarlo en sus ocupaciones de la capital del país y en sus gobiernos y administraciones regionales. En lo que respecta a la relación entre los intelectuales zapatistas con los jefes militares y con el movimiento zapatista en su conjunto, el asunto es complicado puesto que tiene que ver con la forma en que un movimiento conforma su propia ideología y destaca a un cuerpo de especialistas “intelectuales” que le dan en mayor o menor grado sistematicidad, coherencia y expresión. En el caso del zapatismo, el problema no es únicamente si había articulación y desfase entre las elaboraciones programáticas de sus intelectuales y el movimiento, sino demostrar qué tipo de articulación era y establecer si era correspondencia y complementariedad o separación y antagonismo lo que predominaba. Así, creo que en el zapatismo,

---

<sup>3</sup> ÁVILA ESPINOSA, Felipe, “El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes”, Tesis de Licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, México, 1988, pp. 224-231.

al igual que en cualquier otro movimiento social, se dio una división natural del trabajo de manera funcional, según las especialidades de sus integrantes y de acuerdo con las diversas necesidades que se fueron presentando: campesinos que se dedicaban prioritariamente al cultivo para el abastecimiento de los habitantes civiles y para ayudar a la manutención del ejército, campesinos jóvenes con mayor movilidad que se enrolaron de manera más permanente para las actividades militares, representantes de pueblos, villas y comunidades que se encargaron de las funciones administrativas y de gobierno; dirigentes naturales que se destacaron por diversos mecanismos para conducir y coordinar las actividades militares, etc.; una combinación de tareas civiles, militares y administrativas son las que le dieron un perfil particular. Dentro del espectro de necesidades que tenían que ser resueltas y de tareas que tenían que abordarse, estaban las de dar forma a las ideas que expresaran las necesidades y propuestas de ese movimiento en marcha; esta función, necesaria, naturalmente recayó en individuos que tenían capacidad de hacerlo y que se fueron destacando para hacerlas: desde saber leer y escribir para redactar y leer informaciones que tenían que hacerse llegar a otras partes, hasta tareas más complejas de dar coherencia y cuerpo a las ideas y aspiraciones expresadas dentro del movimiento.

Así, la dicotomía señalada por Rueda, Espejel, Olivera y Lloyd entre los dos tipos de discurso, el del Cuartel General y el de los intelectuales del Consejo Ejecutivo, corresponde más bien a una división natural de funciones en donde lo importante es precisar si hay o no correspondencia —y con ello medir su grado de representatividad—, entre las elaboraciones programáticas del Consejo Ejecutivo y lo que había sido la práctica militar y política del movimiento zapatista. En lo que sigue se intentará mostrar la hipótesis de que las distintas leyes, decretos y disposiciones hechas por el citado Consejo fueron complementarios de las funciones realizadas por Zapata y el Cuartel General y en buena medida, reflejaban la concepción general de lo que había sido la práctica política, militar e ideológica del movimiento zapatista, al margen de sus posibilidades de aplicación concreta.

#### LOS MIEMBROS DEL CONSEJO EJECUTIVO

Después de las derrotas militares del villismo en el Bajío, las fuerzas convencionalistas fueron obligadas a abandonar la ciudad de México, refugiándose en Toluca primero y luego, ante el avance constitucionalista, tuvieron que replegarse a una zona zapatista más segura, instalándose en Cuernavaca. A esta ciudad ya no llegaron ni los delegados ni los funcionarios convencionalistas villistas, quienes, después del desalojo en Toluca, aprovecharon para partir hacia sus territorios norteños, bus-

cando reincorporarse con los restos del villismo. Fue la ruptura definitiva de la infructuosa alianza entre los movimientos villista y zapatista. Tampoco llegaron todos los delegados surianos, algunos se reintegraron a tareas militares, otros fueron comisionados a tareas de propaganda, organización y búsqueda de apoyos en zonas aledañas, algunos más se amnistiaron al constitucionalismo.<sup>4</sup>

Así, pues, la Convención, tal y como había funcionado hasta Toluca, como gobierno y como asamblea legislativa, no pudo volver a reunirse en plenaria y los delegados restantes, de acuerdo con los jefes militares zapatistas, decidieron que las funciones de la Convención recayeran en su Consejo Ejecutivo.

Los hombres que constituyeron el Consejo Ejecutivo fueron Manuel Palafox, Otilio Montaña, Manuel Mendoza López Scherdtfegert, Luis Zubiría y Campa y Jenaro Amezcua; los cinco formaban parte del gabinete del poder ejecutivo convencionista durante las ocupaciones de la ciudad de México y continuaron en la región morelense al frente de tales funciones: Palafox en Agricultura, Montaña en Instrucción Pública, Mendoza López en Justicia, Zubiría en Hacienda y Amezcua en Guerra.

Estos cinco habían sido de los principales intelectuales zapatistas y por ello habían ocupado desde antes tales cargos ministeriales. Tenían algunos rasgos comunes: eran parte de una misma generación, Montaña, el mayor, había nacido en 1877, Amezcua, el más joven, diez años después; los cinco habían hecho estudios: Montaña era profesor de primaria; Palafox se tituló en ingeniería y había adquirido conocimientos de administración; Amezcua había hecho estudios medios y recibido instrucción militar; Mendoza López y Zubiría eran abogados. Los cinco provenían de sectores de clase media provincial más o menos acomodados. Su incorporación al zapatismo había sido por convicción y no por necesidad. Dentro del zapatismo, en contacto con la realidad de las zonas dominadas e influidas por el movimiento suriano, pronto se percataron de la importancia de la problemática agraria, desarrollando una visión que puso énfasis en ella. También tenían trayectorias políticas e ideológicas diferentes y propuestas diversas que se habían manifestado desde antes y que continuaron expresándose.

---

<sup>4</sup> Para el regreso de los delegados norteros a sus regiones, ver QUIRK, Robert E., *La Revolución Mexicana, 1914-1915. La Convención de Aguascalientes*, Editorial Azteca, México, 1962, pp. 313-318 y AMAYA, Luis Fernando, *La Soberana Convención Revolucionaria*, Editorial Trillas, México, 1966, pp. 442-443. De los delegados zapatistas Rafael Pérez Taylor, junto con otros, se amnistiaron por esas fechas ante las fuerzas constitucionalistas, *El Demócrata*, 5 de noviembre de 1915. Soto y Gama fue comisionado por Zapata para marchar a Estados Unidos pero no lo pudo efectivizar por falta de fondos, dedicándose a tareas de organización pero sin volver a ocupar el primer plano de antes.

Otilio Montaña, morelense, es muy conocido por haber sido coautor del Plan de Ayala y por el papel que tuvo como el principal intelectual en la etapa formativa del zapatismo. Su ideología particular, no obstante, ha sido poco estudiada. Su influencia principal había sido la de los héroes de la Reforma y particularmente, Juárez. Aunque daba importancia al problema agrario tenía obsesión por el educativo, al que veía como el medio para la elevación y superación de las necesidades de las clases pobres y, particularmente, los indígenas. El papel relevante que había desempeñado hasta 1913 comenzó a declinar con la llegada de intelectuales fuereños, que demostraron pronto una mayor visión nacional y comenzaron a desplazarlo, particularmente Paulino Martínez, Soto y Gama y sobre todo, Palafox.

En la Convención dio muestras de una oratoria grandilocuente desprovista la mayoría de las veces de contenido y aunque seguía siendo una figura importante, su papel era más simbólico —como iniciador del movimiento—, que efectivo. Había ocupado la cartera de Instrucción Pública en la ciudad de México en 1915 y no hay muchos elementos para hacer un juicio de su gestión, muy restringida además por la precariedad de recursos convencionistas y las divisiones internas que por esas fechas ocurrían entre villistas y zapatistas. Manuel Palafox era poblano; había estudiado ingeniería y trabajado como vendedor y administrador de varias compañías y haciendas en varios lugares del país. No participó en la revolución maderista y tampoco en el levantamiento zapatista inicial. Se incorporó de manera confusa al zapatismo, después de que Zapata había ordenado su aprehensión por intentar sobornarlo a él mismo. Sin embargo, poco a poco comenzó a ganarse la confianza de Zapata y a demostrar sus dotes como político y administrador. Para mediados de 1914 era el secretario con más peso en el Cuartel General y conservó esta preeminencia los dos años siguientes. Ocupó desde diciembre de 1914 la Secretaría de Agricultura en el gobierno de Eulalio Gutiérrez, conservándolo en los sucesivos de Roque González Garza y Francisco Lagos Cházaro; de personalidad dominante y ambicioso, duro y sectario, se convirtió en el artífice de la reforma agraria morelense, la más profunda que hubo en la etapa revolucionaria. Al mismo tiempo fue uno de los principales focos de fricción con los villistas y jugó un papel principal en la caída del gobierno de González Garza y en la ruptura de la alianza entre surianos y norteños. Su preocupación fundamental, y casi única, era el problema agrario.

Manuel Mendoza López Schwerdtfegert era jalisciense; desde sus tiempos estudiantiles había participado en la oposición política al régimen porfirista, simpatizando con un socialismo *sui generis*, que combinaba influencias del cristianismo primitivo con las del llamado pensamiento socialista utópico; se acercó desde entonces a organizaciones de trabajadores de Guadalajara como asesor jurídico; con compañeros de su generación, como Roque Estrada, editó el periódico *La Aurora Social* y en

1903 fue el principal promotor del Partido Socialista Obrero. Se adhirió al maderismo y fue secretario de gobierno de su estado natal en 1911; luego se trasladó a la ciudad de México y formó parte, con Soto y Gama, Pérez Taylor, Santiago R. de la Vega y otros intelectuales, del grupo de asesores y conferencistas que enriquecieron la vida política y cultural de la Casa del Obrero Mundial a finales del maderismo y en los primeros meses del huertismo. Luego se incorporó al zapatismo en donde se fue destacando como especialista en los asuntos de justicia del gobierno convencionista y, más tarde, en los laborales. En 1915, habiendo sido electo presidente del Consejo Ejecutivo, editó el folleto *Tierra Libre*, en el que expresaba sus principales puntos de vista sobre el problema agrario: la verdadera causa de la situación de miseria y opresión que vivían las clases productoras era la propiedad privada de la tierra y la renta que los poseedores de ella cobraban por hacer uso productivo de éstas; la solución consistía en abolir la propiedad privada de la tierra, socializándola y permitiendo que todos los individuos ejercieran su derecho natural a poseerla. Era partidario de alentar el trabajo productivo de todas las demás clases: industriales, comerciantes, obreros, campesinos, intelectuales y que recibieran el producto íntegro de su trabajo.

Jenaro Amezcua, nacido en la ciudad de México, había emigrado con su familia hacia Veracruz y más tarde se trasladó a Puebla. Comenzó pronto su participación política: simpatizante magonista cuando radicó en Veracruz, hacia finales del porfiriato se afilió al reyismo, siendo de los miembros fundadores del club reyista en Tehuacán y, más tarde, de la organización antirreleccionista en la zona. Participó en los preparativos maderistas insurreccionales en Puebla y, después del desmantelamiento de dicha organización por el régimen porfirista, se afilió en marzo de 1911 al movimiento maderista morelense que encabezaban Torres Burgos, Zapata y Montaña; junto con los dirigentes zapatistas, rompió con Madero y fue parte de los secretarios de Eufemio Zapata; poco a poco fue ascendido en el Ejército Libertador; contaba con la confianza de Zapata y en mayo de 1915 fue nombrado oficial mayor de la Secretaría de Guerra, cuyo titular era el también zapatista Francisco Pacheco. Como delegado en la Convención, no se distinguió por sus aportaciones intelectuales ni tampoco en las labores que desempeñó como funcionario zapatista.

Luis Zubiría y Campa era coahuilense. Abogado, tenía amplios conocimientos fiscales y conocía también a fondo los problemas relacionados con la administración y explotación minera. Se afilió al maderismo y fue electo diputado por su estado para la XXVI Legislatura formando parte luego del conocido grupo “renovador”. Fue apresado por el huertismo y al salir de prisión a mediados de 1914 se adhirió al zapatismo. Fue delegado a la Convención y en ella se distinguió como uno de los representantes surianos con mayor preparación académica y junto con

los villistas González Cordero y Borrego, formaron el grupo de especialistas en finanzas y hacienda. Los artículos del programa de gobierno aprobados por la Convención sobre legislación minera, unificación monetaria, creación de un banco de Estado, etc., se deben en buena medida a sus iniciativas: en ellos expresaba una postura que trataba de desarrollar la industria nacional, pero reconociendo también los derechos de las compañías extranjeras, aunque recomendaba tasas impositivas fuertes para éstas. También era partidario de leyes protectoras para los trabajadores, particularmente las relativas a los accidentes laborales. Fue ministro de Hacienda del gobierno convencionista encabezado por Lagos Cházaro, puesto que conservó en la siguiente etapa, con el Consejo Zapatista.<sup>5</sup>

#### LA LEGISLACIÓN ESTATAL DEL CONSEJO EJECUTIVO

Durante el último cuarto de 1915 y los primeros meses de 1916, el Consejo Ejecutivo de la República, compuesto por estos cinco miembros y que había asumido formalmente el poder ejecutivo de la Convención, los ministerios anteriormente encabezados por villistas, y el conjunto de las funciones legislativas de la Convención,<sup>6</sup> sesionó en Cuernavaca dando forma a una serie de leyes y disposiciones que en conjunto, representan el cuerpo más acabado elaborado por el zapatismo sobre el proyecto general de gobierno que ese movimiento concebía para la nación mexicana, paradójicamente cuando menos posibilidades tenía de ser una alternativa viable, en virtud de la victoria definitiva que había alcanzado el constitucionalismo meses atrás.

Este conjunto de leyes y disposiciones eran continuación de los artículos que, conjuntamente con los villistas, habían dado forma al Programa de Reformas Económicas y Sociales de la Revolución y en los cuales se plasmaban las medidas que, a juicio de ambos movimientos, constituían la parte medular de las reivindicaciones

---

<sup>5</sup> Los datos biográficos están sacados de las siguientes obras: para Montañón y Palafox, WOMACK, John, Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969; *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 8, 1985; PÉREZ TAYLOR, Rafael, *El Socialismo en México*, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, México, 1976; VALLES, Patricia, “El cristianismo primitivo en el pensamiento socialista de Manuel Mendoza López Schwerdtfeger?”, en Revista *Palabra*, año 1, núm. 4, Guadalajara, México, 1987, pp. 61-64 y el folleto del propio Mendoza, *Tierra Libre*, 1915; para Amezcua la introducción de Ricardo Pérez Monfort a la Guía del Archivo del General Jenaro Amezcua, PÉREZ MONFORT, Ricardo, *Guía del Archivo Jenaro Amézcuca*, CONDUMEX, México, 1982, y del Archivo Jenaro Amezcua (en adelante AJA) Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, VIII-3, legajo 144; para Zubiría y Campa: *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 8, 1985.

<sup>6</sup> AJA, fondo VIII-2, carpeta 3, legajo 201, f. 1.

populares que el gobierno revolucionario debía cumplir.<sup>7</sup> Pero tenían una peculiaridad que las definía: ahora que se encontraban solos, los ideólogos zapatistas ya no tenían que hacer concesiones y pudieron plasmar de manera más nítida las ideas que habían ido madurando en el transcurso de esos años sobre algunas cuestiones medulares: el tipo de Estado nacional, la reforma agraria, la legislación laboral, la administración de justicia, el papel de las fuerzas armadas, la moralización de los funcionarios públicos, etc. Para concretar estas ideas, desde luego, influyeron las concepciones previas, la formación y la evolución particular de cada uno de los integrantes del Consejo. Pero también fueron influidos por el movimiento zapatista y por las necesidades y aspiraciones de éste, lo cual se advierte en la visión expresada por estos intelectuales a través de las propuestas que hicieron en esta época.

#### LA CUESTIÓN AGRARIA

El zapatismo ha sido definido como un movimiento esencialmente agrario. Esto no significa que no prestara atención a otros asuntos como ya se ha mencionado más arriba. Sin embargo, es indudable que para este movimiento el problema más importante, el que explicaba el estallido de la revolución y el que merecía resolución prioritaria era el agrario. Los zapatistas, en su alianza con el villismo, habían reclamado para sí desde el principio –y ocupado a través de Palafox– la cartera de Agricultura en el gobierno convencionista. Paralelamente, había puesto en marcha una reforma agraria intensa en el estado de Morelos y zonas aledañas restituyendo sus tierras a los pueblos que habían sido despojados, deslindando y repartiendo las expropiadas a los enemigos de su causa.<sup>8</sup> Por la vía de los hechos el Plan de Ayala, que sólo estipulaba una expropiación de la tercera parte de las tierras de las haciendas, había sido rebasado en la zona zapatista. Sin embargo, el hacer una legislación agraria de dimensión nacional a través del gobierno convencionista no había sido

---

<sup>7</sup> El Programa de Reformas Económicas y Sociales discutido y aprobado por la Convención contemplaba la solución del problema agrario, considerando la cuestión de la tierra como la demanda más sentida que había originado la revolución y la cual tenía que resolverse definitivamente haciendo una reforma agraria nacional y respetando tanto la propiedad comunal como la pequeña propiedad privada. Hacía explícito el reconocimiento jurídico para los sindicatos, las huelgas y medidas de lucha obrera como el boicot y el sabotaje. Establecía también el fomento de la industria y el comercio nacionales. Daba atención al problema educativo. Como reformas políticas establecía la independencia de los municipios, el voto directo, la supresión de la vicepresidencia, del Senado y de las jefaturas políticas y la instauración de un régimen parlamentario. El programa en *Diario de los Debates de las Sesiones de la Convención Revolucionaria*.

<sup>8</sup> GÓMEZ, Marte R., *Las Comisiones agrarias del Sur*, Ediciones Conmemorativas del Centro de Estudios del Agrarismo en México, México, 1982.

posible por el antagonismo entre los puntos de vista al respecto de norteños y surianos y por la ineffectividad del mismo gobierno convencionista.

Ahora, el Consejo Ejecutivo pudo presentar una Ley Agraria de pretensión nacional elaborada principalmente por Palafox. Esta era considerada como reglamentaria del Plan de Ayala y de aplicación general para “destruir de raíz y para siempre el injusto monopolio de la tierra”. Consideraba que todo individuo tenía derecho natural a poseer la tierra que necesitara para su subsistencia propia y la de su familia; el Estado debía garantizar ese derecho y por tanto, declaraba una restitución inmediata de tierras, montes y aguas a las comunidades e individuos que hubieran sido despojados de ellas. Establecía la igualdad jurídica para las tierras comunales y particulares (ésta bajo la modalidad de la pequeña propiedad) y el respeto a la libre decisión de las comunidades e individuos para optar por uno u otro régimen de posesión. Para dotar de tierra a los individuos que la necesitaran se expropiarían los bienes rurales de los enemigos de la revolución, que explícitamente eran mencionados como todos aquellos sectores e individuos que hubieran participado, sostenido y colaborado con los regímenes de Díaz y Huerta. Fijaba límites a la pequeña propiedad, según una graduación de las tierras por climas, calidad y sistemas de riego (100 hectáreas para las mejores tierras y 1,000 en las menos fértiles). A los arrendatarios y aparceros se les otorgaría la propiedad de las tierras que trabajaban con absoluta preferencia sobre otros solicitantes. La instancia que centralizaría y coordinaría todo el proceso sería la Secretaría de Agricultura, la cual además confiscaría las propiedades urbanas de los enemigos de la revolución cuyos recursos servirían para financiar las expropiaciones por causas de utilidad pública de los grandes latifundios, para crear un Banco Agrícola que fomentara la agricultura y para la creación de escuelas agrícolas regionales y estaciones experimentales. Los municipios serían los brazos ejecutores de tales disposiciones.<sup>9</sup>

Así, pues, en esta ley se plasmaba una reforma agraria nacional que completaba y concretaba el Plan de Ayala y los artículos agrarios del programa de reformas convencionista. Es notable la centralización propuesta: el ministerio de Agricultura era la pieza maestra de la que dependían las tareas de identificación, deslinde, restitución y fomento agrícola; incluso, Zapata, Palafox y otros jefes surianos se opusieron explícitamente a que fueran los gobiernos estatales los que asumieran estas tareas, prefiriendo la centralización ministerial como garantía de que no habría desviaciones y una relación directa entre pueblos e individuos beneficiarios y las autoridades centrales zapatistas. Al mismo tiempo, le daban un lugar muy importante a los municipios y a las autoridades locales de las comunidades para la ejecución y vigilancia de la reforma agraria y de los problemas relacionados con la producción agrícola.

---

<sup>9</sup> AJA, VIII-2, carpeta 3, leg. 195, f. 1, leg. 199, f. 1-7.

En buena medida era una proyección para el país de la experiencia y prácticas zapatistas de Morelos y zonas aledañas controladas por ellos.

#### EL PROBLEMA LABORAL

En la Convención, una de las diferencias más notables entre villistas y zapatistas fue el del reconocimientos de las agrupaciones de trabajadores, del derecho de huelga y de los métodos de lucha obrera como el boicot y el sabotaje. Los surianos, que propusieron estas medidas a través de varios de sus delegados que provenían del movimiento obrero y artesanal capitalino, tuvieron mayoría y ganaron las votaciones a los del norte, que se oponían tajantemente a ellas; de esta manera consiguieron que quedaran incluidos en el programa convencionista. En el Consejo Ejecutivo, a pesar de las limitaciones objetivas que tenía el zapatismo, restringido a Morelos y a la casi inexistencia de industrias diversas a la azucarera en su zona de mayor influencia, le dieron importancia, empero, a estas cuestiones.

El artífice de estas propuestas fue Miguel Mendoza López. Así, el 25 de octubre decretaron que los asuntos del trabajo merecían un tratamiento especial para lo cual era menester elevar al rango de ministerio al Departamento del Trabajo, creado durante el maderismo y que había tenido continuidad durante el huertismo viendo interrumpida su labor después.<sup>10</sup> El 7 de noviembre expidieron la Ley General del Trabajo. En ella se reivindicaba como un derecho natural tanto el trabajo como el disfrute íntegro de lo producido por los trabajadores. El Estado debía garantizar este derecho y, reconociendo que faltaba mucho para construir un orden social basado en la justicia y la igualdad, la ley planteaba que debían adoptarse mientras tanto medidas paliativas que aliviaran la situación de las clases trabajadoras. En la ley se establecía como objetivo la paulatina socialización de los medios de producción y de cambio, así como la constitución de sociedades cooperativas de producción y de consumo formadas por las clases productoras.<sup>11</sup> Sin embargo, inmediatamente después se restringía el alcance de los objetivos anteriores: serían las industrias cuyos propietarios murieran sin descendientes y sin dejar testamento, así como los monopolios considerados perjudiciales para el pueblo según el propio Ministerio del Trabajo, las que se socializarían. En este caso pasarían a formar parte del

<sup>10</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 197, f. 1.

<sup>11</sup> Por “clases productoras” Mendoza López entendía no sólo a los diferentes tipos de trabajadores obreros, artesanos, mineros o agrícolas, sino también a los comerciantes, propietarios industriales, intelectuales y artistas. Los únicos que no eran considerados trabajadores, sino como clase ociosa y perjudicial que, además, mediante la renta del suelo se apropia injustamente de buena parte de la riqueza social producida, eran los terratenientes. Ver su folleto *Tierra Libre*.

patrimonio de los municipios en los que se encontraran, en donde serían “explotadas libremente por las sociedades cooperativas de producción que formen los obreros”.

Luego establecía una serie de reformas laborales: jornada máxima de trabajo de ocho horas, descanso dominical obligatorio, salario mínimo fijado anualmente por las Juntas de Reformas Revolucionarias locales,<sup>12</sup> prohibición del trabajo nocturno y subterráneo para las mujeres y de todo tipo de trabajo para las mujeres gestantes y los niños menores de 14 años; los patronos tenían obligación de proporcionar condiciones de higiene y seguridad adecuadas que evitaran accidentes laborales y de indemnizar a las víctimas de ellos. Quienes trabajarían coordinadamente para implantar estas medidas y vigilar su cumplimiento serían el Ministerio del Trabajo, las juntas de Reformas y las autoridades municipales.<sup>13</sup>

Junto con esta ley expidieron otras dos que la complementaban: la Ley sobre Accidentes del Trabajo y la de Asistencia Pública en favor de los Incapacitados por el Trabajo. Con la primera buscaban la “justa compensación” a los riesgos y accidentes que sufrían los trabajadores, señalando la responsabilidad única e ineludible del propietario o patrono y la obligación que tenía éste de indemnizar a los afectados según los siguientes criterios: salario íntegro equivalente al periodo de recuperación para los incapacitados temporales, tres años de salario íntegro para los incapacitados permanentes y de año y medio si eran capaces de realizar algún otro tipo de trabajo; los patronos debían hacerse cargo también de todos los gastos en caso de muerte del trabajador y de indemnizar a los deudos.<sup>14</sup>

La otra ley establecía la obligación de la sociedad y los gobiernos de “atender a la subsistencia de los seres humanos que, por cualquiera causa, se encuentren imposibilitados para el trabajo”. Señalaba la ineficiencia de las instituciones de beneficencia pública y las criticaba por estar “basadas en la caridad, que rebaja la dignidad humana y es en todo contraria a las ideas de igualdad de todos los hombres”. Así pues, la caridad cedería su lugar a la justicia y el Estado se haría cargo, a través de los

---

<sup>12</sup> Las Juntas de Reformas Revolucionarias fueron una instancia local a la que Zapata y los jefes e intelectuales zapatistas asignaron una gran importancia: debían organizarse en cada cabecera municipal, formadas por el presidente municipal y seis personas “de conocida filiación revolucionaria, que cuando menos sepan leer y escribir y pertenezcan forzosamente a las clases productoras”; los miembros serían electos democráticamente por la población del municipio. Dichas juntas serían los tribunales especiales de tierras y de trabajo, es decir, resolverían los litigios de tierras previstos desde el Plan de Ayala y resolverían asimismo los asuntos generales del trabajo: salarios mínimos, duración de la jornada, indemnizaciones, etc. Otra de sus principales funciones era la de fomentar la propaganda, politización y organización de la población para la defensa de sus derechos y para la vigilancia de las reformas revolucionarias. AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 198, fs. 1-2.

<sup>13</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 207, fs. 1-3.

<sup>14</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 200, fs. 1-2.

ayuntamientos, de implementar la asistencia pública, para lo cual establecería comedores y dormitorios públicos y proporcionaría ropa, víveres y asistencia médica gratuita. Los ayuntamientos reportarían su actividad al Ministerio del Trabajo y las juntas de Reformas vigilarían el buen funcionamiento de estas faenas.<sup>15</sup>

Como se observa, no quedaba incluido en estas disposiciones el reconocimiento de las organizaciones gremiales, ni del derecho de huelga que sí contemplaba el Programa de Reformas. Con todo, constituía el planteamiento más completo hecho por los intelectuales zapatistas sobre la problemática laboral. Tenía un contenido radical característico, en el que se advierten las influencias de su principal autor, Manuel Mendoza López, así como las de los intelectuales vinculados a la Casa del Obrero Mundial y a algunas organizaciones gremiales de la ciudad de México: una mezcla de ideas socialistas no marxistas, cooperativistas y un humanitarismo de origen cristiano del que Mendoza López era también adepto. Desde luego, no puede desprenderse que estas concepciones fueran compartidas por el conjunto del movimiento zapatista: la propuesta de la socialización paulatina de los medios de producción y de cambio, y la constitución de sociedades cooperativas no habían sido asumidas y practicadas por el zapatismo en el campo y mucho menos en las ciudades. En esto puede advertirse una separación entre los planteamientos programáticos del Consejo y el resto del movimiento. Sin embargo, en estos mismos planteamientos, aunque con una peculiar visión de socialismo gradualista y evolutivo propia de su autor se recogían elementos que habían sido demandas importantes enarboladas por el movimiento obrero desde finales del porfiriato y en esos años de revolución: la necesidad de una institución gubernamental especial sobre asuntos del trabajo a la que el maderismo parcialmente había dado respuesta y una ley sobre accidentes de trabajo que la legislatura maderista no puede concretar. También la reglamentación de la jornada laboral, el salario mínimo, la prohibición del trabajo nocturno femenino y de los menores de edad habían sido demandas muy sentidas por diferentes grupos de trabajadores desde años atrás y no habían sido resueltas por el maderismo. Aquí entonces, se advierte la influencia del movimiento obrero y artesanal del centro del país, la incorporación de demandas importantes y el intento de hacer una legislación nacional sobre tales puntos. Paralelamente se advierte también otra influencia notable más cercana a la tradición zapatista: el peso dado a los municipios como instancias descentralizadas a través de las cuales se ejecutarían y vigilarían las reformas sociales propuestas. Al igual que en la cuestión agraria, con los problemas del trabajo se proponían mecanismos de planeación, centralización y coordinación nacionales en el poder ejecutivo —mediante

---

<sup>15</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 211, fs. 1-2.

la actividad ministerial— junto con una implementación, ejecución y vigilancia descentralizadas donde las piezas centrales serían los municipios y las juntas de reformas revolucionarias. Con todo ello se iba perfilando el tipo de Estado “social” que concebían los intelectuales zapatistas.

#### LA JUSTICIA INSTITUCIONAL

El poder judicial había dejado de funcionar desde varios años atrás en el país. En la lucha de las facciones revolucionarias contra el huertismo y, luego, en la guerra civil entre ellas, los asuntos relacionados con la justicia habían pasado empíricamente a las manos de los diversos jefes militares, quienes resolvieron, o trataron de resolver, las diversas disputas entre los distintos jefes, entre éstos y las tropas, así como entre las fuerzas militares y la población civil. En el zapatismo todos estos asuntos fueron atendidos por los jefes militares y, de manera centralizada, por el Cuartel General, al que recurrían naturalmente todos los ciudadanos y comunidades para hacerle saber multitud de asuntos de la más variada índole y del que esperaban protección y apoyo. El Cuartel General y Zapata mismo dedicaban una parte muy considerable de su tiempo a conocer y arbitrar estas disputas entre comunidades, pobladores y tropas aplicando una justicia empírica basada en la costumbre, la tradición y el sentido común al que estaban acostumbrados.

A pesar de la centralización que el Cuartel General hizo de estos asuntos, Zapata y sus jefes y asesores se empeñaron conscientemente en darle peso y autoridades a instituciones más vinculadas directamente a la población en condiciones normales de paz, como los municipios, y trataron de darle vida también a instancias novedosas como los jurados populares, órganos auxiliares a nivel de municipio para la impartición de la justicia. De igual modo, trataron de fortalecer, a nivel general, las instancias centrales encargadas de ello: el poder judicial en sus distintos niveles, así como crear una legislación nacional sobre nuevas bases.

Dentro del Consejo Ejecutivo fue Miguel Mendoza López el principal responsable de estos esfuerzos generales. Había ocupado la cartera de justicia en el gobierno convencionista desde mediados de 1915, y presentado un proyecto de ley sobre la administración de la justicia en el que plasmaba sus ideas al respecto. En ella exponía que las leyes debían ser “expresión fiel de los preceptos eternos y absolutos de la justicia, para acabar para siempre y de raíz con el odioso monopolio de ella que ahora existe de hecho en favor de los abogados y de las clases privilegiadas”. Consideraba que la administración de la justicia, además de ser parcial en favor de los poderosos, se había convertido en algo técnico y burocrático, enredada

en fórmulas absurdas de protocolo y en procedimientos engorrosos, por lo que era necesario suprimirla y establecer mecanismos sencillos y expeditos. La ley planteaba que la sociedad era la culpable de los delitos que se cometían, al dejar en la miseria, la ignorancia y el desamparo a la mayoría de los individuos, por lo que el Estado tenía que hacerse responsable no del castigo, sino de la regeneración de los delinquentes. Abolía para siempre la pena de muerte y proponía el establecimiento de centros de regeneración agrícolas e industriales en donde, por medio del trabajo y la terapia moral, pudieran ser rehabilitados los que hubieran cometido delitos. Para garantizar el ejercicio de la justicia, proponía la constitución de los “Jurados Populares”, compuestos por diez ciudadanos nombrados por insaculación en cada municipio de entre todos los ciudadanos que supieran leer y escribir, tuvieran profesión u oficio y pertenecieran al Estado seglar. Estos jurados populares conocerían y resolverían de manera exclusiva los delitos de imprenta, los políticos y todos aquellos delitos que fueran penados por dos o más años de prisión; sus decisiones serían inapelables.<sup>16</sup>

Así, pues, aquí también se encontraba la intención de los intelectuales zapatistas de dar forma legal y de institucionalizar con procedimientos sencillos la administración de la justicia, escogiendo una forma descentralizada y democrática que reflejaba la influencia de la justicia consuetudinaria que se trataba de aplicar empíricamente en los territorios dominados por el zapatismo. La justicia, consideraban, era algo eterno y absoluto y debía regir si no se inmiscuían los intereses mezquinos de los poderosos; el Estado social concebido por el zapatismo sólo tendría que garantizar que las partes en litigio hicieran oír su voz ante instancias locales que actuarían imparcialmente y cuya función estaría permanentemente vigilada por la propia población a través de las juntas de reformas revolucionarias y los jurados populares. Como han señalado varios investigadores, el zapatismo invertía la juridicidad tradicional.

#### LOS FUNCIONARIOS Y EMPLEADOS PÚBLICOS

La administración pública y la burocracia durante la década revolucionaria no han sido suficientemente estudiados para saber si en las principales ciudades hubo continuidad entre los elementos que habían formado parte del régimen de Díaz y los de

---

<sup>16</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 216, ff. 1-4. La libertad de imprenta reivindicada y elevada al rango de ley fundamental, garantizaba una libertad de expresión absoluta y sin censura. Todos los conflictos a los que diera lugar serían conocidos y resueltos por los jurados populares, AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 230, ff. 1-2.

los siguientes, si hubo suspensión de las actividades normales, si hubo disminución o alteración de éstas y en qué proporción; hace falta también determinar sobre la actitud de apoyo o rechazo que tuvieron ante las diferentes facciones revolucionarias los empleados y sectores inferiores de la burocracia. De hecho, es posible pensar que no habiendo un Estado nacional consolidado desde la salida de Porfirio Díaz y estando en disputa diversos proyectos regionales alternativos para imponer una nueva hegemonía nacional, las funciones de la administración general en las diversas zonas dominadas por las facciones corrió en buena medida a cargo de los jefes militares a través de sus estados mayores y asesores, por lo que respecta a las funciones y puestos de dirección, y por la actividad de multitud de individuos en los puestos medios e inferiores de la burocracia incorporados a tales corrientes, algunos de los cuales podían provenir de las administraciones anteriores.

Durante las ocupaciones de la ciudad de México por las fuerzas convencionistas, el gobierno y los puestos principales de la administración pública estuvieron en manos de los jefes militares y sus equipos. De nuevo se presentó ahí la relación conflictiva entre las necesidades generales de la población, a la que los servidores públicos debían atender, y las necesidades militares de las facciones en guerra, conflicto que no pudo ser resuelto y que afectó el reclutamiento y la incorporación de los sectores capitalinos a las fuerzas convencionistas y, de manera general, con las distintas corrientes revolucionarias.

El zapatismo, no obstante, se distinguió de las otras dos facciones en que privilegió las necesidades civiles sobre las militares, tanto en la zona morelense, como también, limitadamente, con la población de la ciudad de México. Esta práctica y esta visión particulares del zapatismo, se vieron también reflejadas dentro del Consejo Ejecutivo, que abordó especialmente el asunto, tratando de darle el carácter de una normatividad de alcance nacional.

Manuel Mendoza López presentó una ley sobre funcionarios y empleados públicos en la que se expresaba una rígida moralidad que normara su comportamiento como efectivos servidores públicos. Esta era una de las bases para la constitución de un Estado social basado en la justicia y la libertad; los funcionarios debían reunir las dotes de “honradez y fidelidad a la causa revolucionaria” para lo cual era forzoso que pertenecieran a las “clases productoras” de la sociedad; por lo tanto, esa ley inhabilitaba para los cargos públicos a todas las personas que “no tuvieran necesidad de trabajar personalmente para subsistir”. Después establecía que los funcionarios no podrían ejercer más de un cargo; deberían devengar un sueldo que fuera solamente suficiente para su subsistencia y la de su familia “como miembros de la clase media”; deberían declarar sus bienes de manera vitalicia y siempre que fueran requeridos por la prensa o las autoridades y, mientras durara el desempeño

de su cargo, su vida pública y privada podía ser objeto de censura en caso justificado; también señalaba la ley que las concesiones, arrendamientos, ventas y contratos de bienes nacionales serían asignados mediante subasta pública. Al igual que en los anteriores problemas de administración de la justicia, se concedían facultades para la acción popular vigilando y juzgando la actividad de los servidores públicos.<sup>17</sup>

Esta ley, pues, concretaba mediante la normatividad y moralización de la función de los servidores y empleados públicos, el tipo de Estado social que se planteaban como objetivo. Es interesante la moralidad propuesta: deberían ser individuos revolucionarios, miembros de las clases trabajadoras, que no se enriquecieran con sus puestos y que estuvieran sujetos a vigilancia constante. Todos estos planeamientos eran esfuerzos para evitar la enajenación de la cosa pública, y de los hombres encargados de ella, respecto de la población normal y de las metas revolucionarias. En ello se advertía el punto de vista del zapatismo, sacado de su propia experiencia en sus relaciones con los políticos fuereños de las diversas administraciones nacionales.

#### OTROS PROBLEMAS ABORDADOS

El Consejo Ejecutivo dio atención también a otros asuntos de carácter general que consideraron importantes. Uno de ellos fue el ejército nacional permanente. En la Convención, varios de los principales delegados zapatistas habían sostenido duras polémicas con delegados villistas en torno a este punto. Los zapatistas mostraron claras tendencias antimilitaristas y, más aún, habían expresado que era necesario suprimir al ejército permanente a la brevedad posible. Los norteños, encabezados en las polémicas convencionistas por Federico Cervantes, les habían ganado las votaciones logrando imponer en el programa de gobierno la necesidad del ejército permanente, así como de su reorganización. Ahora que no tenían a los villistas a su lado, los intelectuales zapatistas presentaron una ley en donde consideraban necesario suprimir al ejército permanente por haber sido éste siempre “un instrumento de asesinato manejado por los gobiernos para oprimir y explotar al pueblo indefenso”. En consecuencia, sería sustituido en sus funciones de defensa de la patria por el pueblo en armas, pero de ningún modo sería otra vez una institución permanente. En tiempos de paz, las funciones de seguridad y protección a la sociedad, serían

---

<sup>17</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 205, ff. 1-4.

realizadas por las fuerzas de la gendarmería pertenecientes a la federación, a los estados y a los municipios.<sup>18</sup>

Otro asunto fue el de la educación. Montaña, como encargado de la cartera de Instrucción Pública, desde principios de ese año en la ciudad de México, había señalado la importancia del problema educativo, concibiendo a la educación como el medio para elevar la condición de las masas desposeídas mexicanas, especialmente de las indígenas. En la ley sobre la generalización de la enseñanza, establecía la obligatoriedad del Estado para impartir la enseñanza primaria gratuita y laica a través de la federación, los estados y municipios. Después, en una ley de enseñanza primaria muy larga y pormenorizada, detallaba cómo se trataría de organizar ésta a nivel nacional.<sup>19</sup> La educación media y superior fue también considerada en este proyecto. Se pensaba reorganizar el sistema educativo nacional dándole una orientación más técnica que humanística, procurando que sirviera para el desarrollo de las diversas regiones.

También presentaron los del Consejo una ley sobre el matrimonio, en parte, como respuesta a la iniciativa similar carrancista y en parte como continuación de las discusiones sobre este asunto que habían tenido lugar dentro de la Convención. Sobre esto último, la ley zapatista no añadía algo nuevo: reconocía como legítima y en igualdad jurídica la unión libre en el matrimonio civil, así como la de los hijos naturales con los hijos legítimos; reconocía el derecho al divorcio a petición de las partes y establecía como principio la protección a la mujer, como la parte más débil.<sup>20</sup>

El Consejo Ejecutivo elaboró también una ley de colonización, en la cual sentaba las bases para desarrollar colonias agrícolas con residentes mexicanos o extranjeros, estableciendo una serie de estímulos como la exención de impuestos y la creación por el Estado de diferentes obras de infraestructura para promover la producción agrícola. En otra ley plantearon la supresión inmediata de los impuestos que gravaban al consumo de los artículos de primera necesidad, así como una reestructuración paulatina de los impuestos que gravaban al trabajo, a la industria y al comercio, los cuales eran vistos como un obstáculo que impedía su desarrollo; al mismo tiempo, consideraban necesario establecer el libre cambio con el exterior respecto a los artículos de primera necesidad.<sup>21</sup>

---

<sup>18</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 206, fs. 1-2. Al parecer el principal autor de esta ley fue Jenaro Amezcua, aunque las ideas ahí contenidas eran compartidas por otros intelectuales surianos.

<sup>19</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 214, ff. 1-2, leg. 241, ff. 4-14.

<sup>20</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 221, ff. 1-2.

<sup>21</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 235, ff. 1-3, Ley de Colonización; leg. 210, f. 1, proyecto de Ley sobre supresión absoluta de los impuestos indirectos.

Todas estas leyes y otras que pudieran ser elaboradas posteriormente debían sujetarse a un plebiscito nacional. Para ello, el Consejo Ejecutivo elaboró una ley respectiva en la que se estipulaba: “El concepto justo de una efectiva y real democracia supone la práctica del voto no solamente con el fin de elegir mandatarios o representantes del pueblo, sino lo que es más trascendental, aprobar o reprobar las leyes por medio del mismo voto popular”. Por tal motivo, “las leyes fundamentales de la República debían sujetarse a la ratificación del pueblo expresada por medio del plebiscito”.<sup>22</sup> Éstas fueron las propuestas legislativas elaboradas por el Consejo Ejecutivo. El periodo más intenso de su actividad tuvo lugar en Cuernavaca entre fines de octubre de 1915 y febrero de 1916; el cerco constitucionalista sobre la zona zapatista se fue cerrando y tuvieron que desalojar la ciudad de Cuernavaca en marzo y trasladarse, junto con las tropas zapatistas, a Jojutla. En los meses de marzo y abril de ese año, el Consejo Ejecutivo, en los hechos, dejó de funcionar; las tareas urgentes fueron entonces las de la defensa militar de la zona zapatista y ya no pudo seguirse sosteniendo la ficción de un gobierno con pretensiones nacionales. Aunque la resistencia zapatista duraría todavía tres años ya no pudo dar continuidad, ni mucho menos ampliar los esfuerzos para elaborar una legislación y una normatividad nacionales. El Consejo Ejecutivo, postrera modalidad que asumió la Convención y que reflejó en esta última etapa la posición zapatista, publicó con algunas modificaciones el programa de reformas hecho conjuntamente con los villistas en la Convención (suprimieron artículos con los que no estaban de acuerdo desde antes y que habían sido ganados por los villistas en las discusiones) y se disolvió formalmente en mayo de 1916.

## CONCLUSIÓN

Las propuestas legislativas y programáticas elaboradas por los intelectuales zapatistas del Consejo Ejecutivo deben ser analizadas, por una parte, con base en la división del trabajo funcional que se había desarrollado al interior de este movimiento, entre sus intelectuales y la organización y supervisión militar y administrativa hecha por el Cuartel General y los jefes naturales zapatistas. Por otro lado, en su relación con la práctica y las aspiraciones que había hecho y expresado el zapatismo en los años anteriores y con la forma en que lo continuó haciendo. Desde esta perspectiva, me parece que las propuestas de ese grupo intelectual eran complementarias y representativas de la visión nacional que había ido perfilando y afinando el

---

<sup>22</sup> AJA, VIII-2, carp. 3, leg. 231, ff. 1-3.

zapatismo desde tiempo atrás, que tales propuestas no fueron improvisadas ni artificiales, sino que daban forma a demandas, aspiraciones y puntos de vista de un movimiento radical, de carácter esencialmente agrario como el zapatismo, pero que se planeaba también establecer relación y atender la problemática particular de los otros sectores sociales y que expresaba, así, sus aspiraciones de instaurar un nuevo Estado, orientado hacia la protección y beneficio de las clases trabajadoras. En la labor programática del Consejo Ejecutivo se advierte la influencia del movimiento zapatista en el énfasis dado a la cuestión agraria, en la atención de las necesidades de la población civil, en el intento de implantar una estricta moralidad y disciplina en la función estatal, así como en la de implantar procedimientos jurídicos sencillos que protegieran a los sectores más débiles económicamente. No planteaban la eliminación de las clases sino la supresión tan sólo de los terratenientes; eliminado este sector, al que identificaban como el principal obstáculo para el desarrollo del país, pensaban avanzar dando garantías y promoviendo el trabajo productivo. Después de una amplia reforma agraria, las demás clases podrían desarrollarse. El Estado debía garantizar este proceso, dirigiéndolo y atendiendo prioritariamente a las clases más numerosas y desprotegidas. La legislación zapatista es muestra de este nuevo Estado social en el cual, además, se adoptaba una rígida moralidad revolucionaria, al tiempo que se descentralizaban una gran cantidad de sus funciones constituyendo instancias ligadas a las comunidades locales con las cuales se pretendía dar curso legal y promover la iniciativa de la población civil regional. Todos estos aspectos constituían partes medulares que reflejaban elementos que definían y caracterizaban al zapatismo y, por tanto, su expresión programática a través del Consejo Ejecutivo era representativa de él.

Pero si bien hay un rango considerable en el que se observa su complementariedad y representatividad, hay otro en el que se advierte que sus propuestas eran producto más de sus convicciones personales y de sus aspiraciones, tales como las adhesiones de partido por la socialización paulatina de los medios de producción, la constitución de sociedades cooperativas, la orientación educativa técnica o, incluso, su misma laicidad; o bien, la reglamentación particular propuesta para el matrimonio y el divorcio, por mencionar algunas, en donde la población y los integrantes del movimiento zapatista no habían expresado su opinión, ni demostrado con su actividad que tuvieran visión similar. O también, incluso, habían mostrado caminar en senderos divergentes a los propuestos. Desde luego, un análisis más completo de estos problemas debería contemplar no sólo la resonancia o receptividad de los intelectuales con las demandas de los movimientos de los cuales forman parte y, por tanto, de su representatividad o enajenación, sino también la interacción que se fue dando entre unos y otros. Esto desborda los objetivos del presente trabajo.

Por último, hay que señalar que las propuestas hechas por los miembros del Consejo Ejecutivo deben ubicarse como continuación, pero también como modificación propia, de la discusión sobre los principales problemas nacionales que había tenido lugar en el país desde finales del porfiriato, en la legislatura maderista y, sobre todo, en el interior de la Convención, así como en las disputas entre las distintas facciones. El problema de la viabilidad o no de las propuestas zapatistas no radicaba en que ellas fueran en sí mismas inviables, puesto que no sólo fueron propuestas sino que parcialmente se aplicaron, o de que no tuvieran dimensión nacional, pues la tuvieron, como se ha intentado demostrar aquí, sino que su inviabilidad dependió más bien de la derrota del zapatismo, en la cual intervinieron otros factores concretos que explican el curso y el desenlace de la revolución.



## Rebeldías sin fronteras: el zapatismo y Cuba, 1916-1920

---

*Dulce María Rebolledo / Francisco Pineda*

**E**L 15 DE ABRIL de 1916, el general en jefe Emiliano Zapata asignó misiones internacionales a Jenaro Amezcua y Octavio Paz Solórzano, dos jóvenes del Ejército Libertador del Sur. En consecuencia, Amezcua viajó a Cuba y allí trabajó a favor de la causa insurgente, entre 1916 y 1920. Esa tarea revela aspectos significativos de la política internacional de la revolución del sur. En este artículo presentaremos los resultados de una investigación realizada en archivos históricos cubanos y mexicanos, acerca de las circunstancias en que se realizó el trabajo zapatista en Cuba.

Expresamos nuestro agradecimiento a las personas que nos apoyaron fraternalmente en La Habana, en especial a Jordi Espresate, Sergio Guerra, Níco Díaz, Fernando Martínez Heredia, Martín Duarte y a sus entrañables familias. La investigación fue auspiciada por la Escuela Nacional de Antropología e Historia (México) y la Casa de Altos Estudios de Historia de la Universidad de La Habana.

### EL CONTEXTO: GUERRA TOTAL Y EXTERMINIO

En marzo de 1916, dio inicio uno de los periodos más dramáticos de la Revolución Mexicana. Luego de que el villismo y el zapatismo perdieran la capital de la república y otras grandes ciudades del país –Puebla, Guadalajara y Monterrey– se puso en marcha una gran operación militar de exterminio contra la revolución del norte y la revolución del sur.

La intervención militar del ejército norteamericano –para exterminar a Villa– estaba en marcha de modo encubierto, antes del ataque a Columbus. A principios de ese año, el gobierno de Estados Unidos tomó medidas especiales de control, en atención a la solicitud de Venustiano Carranza para que “las autoridades militares y

---

Dulce María REBOLLEDO. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

Francisco PINEDA. Escuela Nacional de Antropología e Historia.

de inmigración de los Estados Unidos cooperen con las autoridades mexicanas en sus esfuerzos para exterminar a ciertas bandas de los fuera de la ley que operan actualmente en el estado de Chihuahua”, según comunicación oficial norteamericana.<sup>1</sup> Entre otras acciones, el 18 de febrero de 1916, las autoridades del imperio trataron de silenciar al periódico *Regeneración* y arrestaron a Ricardo y Enrique Flores Magón en Los Angeles, California, bajo un pretexto burdo e insultante: “difundir literatura obscena”.<sup>2</sup>

Asimismo, cuatro días antes del ataque a Columbus, el Departamento de Estado fue informado de que Villa ya se encontraba al suroeste de esa población;<sup>3</sup> pero el gobierno de Estados Unidos, en lugar de alistar la defensa, colocó a un periodista en ese poblado fronterizo. Así, la noticia del ataque a Columbus circuló de inmediato con gran estruendo y sirvió de cobertura publicitaria para tratar de justificar la invasión a México, ejecutada de inmediato.

Al día siguiente del ataque a Columbus, *The New York Times* publicó fragmentos de una supuesta carta de Pancho Villa a Emiliano Zapata, invitándolo a unir sus fuerzas, para luchar “contra Estados Unidos”.<sup>4</sup> Se dijo que este documento fue hallado en una maleta que los villistas extraviaron en la acción de Columbus. Sin embargo, todo indica que la misiva fue sembrada para acrecentar publicitariamente “la amenaza” y respaldar así la invasión, pues dicha carta fue capturada por los carrancistas, en territorio mexicano, dos meses antes. La posibilidad de que este documento fuera una copia tampoco es creíble, puesto que los villistas dejaron sus caballos en territorio mexicano, antes de atacar Columbus. ¿Cómo y para qué iban a cargar la maleta del archivo?

Al despuntar la primavera de 1916, una vez más, bajo pretexto, el ejército de Estados Unidos invadió la república mexicana. Esta vez, el objetivo inmediato explícito fue aniquilar a la debilitada fuerza villista. Para el verano de ese año, ya se habían reunido cien mil soldados de la Guardia Nacional en Fort Bliss, Texas, para apoyar al general John Pershing en las operaciones contra la guerrilla al mando de

---

<sup>1</sup> “Louis F. Post, asistente del secretario del Trabajo, al secretario de Estado”, Washington, D. C., 29 de enero de 1916, Princeton University Library, Department of Rare Books and Special Collections, Seeley G. Mudd Manuscript Library, *Robert Lansing Papers, 1882-1829 (bulk 1905-1928)*, 312.115C96/88.

<sup>2</sup> “Arresto de los compañeros Magón”, en *Regeneración*, núm. 226, Los Ángeles, California, 19 de febrero de 1916. Véase BARRERA BASSOLS, Jacinto (comp.), *Archivo electrónico Ricardo Flores Magón*, [www.archivomagón.net].

<sup>3</sup> “Cobb al secretario de Estado”, Archivo Histórico del Departamento de Estado (en adelante AHDE), *Foreign Relations of the United States*, 812.00/17361, El Paso, Texas, 7 de marzo de 1916.

<sup>4</sup> “Infantry reinforces Columbus troopers. Cavalrymen eager to get out on trail of Villa. Town in fear of new attack”, *The New York Times*, 11 de marzo de 1916.

Pancho Villa. Según la página oficial de ese cuartel, localizado a 80 kilómetros de Columbus, aquella fue la mayor concentración de tropas de Estados Unidos desde la Guerra Civil.<sup>5</sup>

Décadas después, en 1975, un libro del cuartel general de la Fuerza Aérea de Estados Unidos, señaló que gracias a Columbus, el Congreso de Estados Unidos – después de meses de rechazo– aprobó la iniciativa del presidente Woodrow Wilson para masificar el ejército estadounidense (*The National Security Act of 1916*). Esa era una condición indispensable para intervenir en la Gran Guerra europea y participar en el nuevo reparto del mundo.<sup>6</sup> Desde el punto de vista de las fuerzas armadas de Estados Unidos, además, las operaciones militares contra Villa “sirvieron como ensayo y preparación para la Primera Guerra Mundial”. Durante la invasión, el ejército estadounidense experimentó el apoyo logístico masivo por carretera y la función de los aeroplanos en operaciones de reconocimiento. Además, comprobó la eficacia de la planta industrial en apoyo de las operaciones militares; por ejemplo, que la compañía Packard Motor Car estaba en condiciones de colocar en Chihuahua un pedido de camiones militares –enviados desde Detroit– en un plazo de 51 horas.<sup>7</sup>

El efecto de poder de esa movilización militar atañe a la Revolución Mexicana y, también, al nuevo reparto del mundo que ejecutaron las potencias en aquel tiempo. Tan pronto como Woodrow Wilson se reeligió en ese año (bajo el lema “Él nos mantiene fuera de la guerra”), el gobierno de la Casa Blanca desató una descomunal campaña de reclutamiento. En poco tiempo, el ejército regular –que en agosto de 1914 tenía doscientos mil efectivos– registró a veinticuatro millones de hombres y pasaron al servicio de las armas 4.3 millones. Durante la Primera Guerra Mundial, en total, dos millones de soldados estadounidenses fueron enviados a Europa, sin que la mayor parte de ellos entrara en acción. Además, 160 mil afroamericanos fueron incorporados al ejército francés, debido a que se les negó el estatuto de tropa de combate dentro del ejército de Estados Unidos, por la segregación racial.<sup>8</sup> Para abril de 1917, en cuanto salió de México, el propio general John Pershing encabezó la fuerza de intervención estadounidense enviada a Francia.

El proceso militar de Estados Unidos, en aquellos días, fue observado con agudeza por Lenin. Los multimillonarios de ese país –dijo– preparan el puño para

<sup>5</sup> “Historic Fort Bliss”, *US Army Air Defense Artillery Center and Fort Bliss Website*, 9 de noviembre de 2003, <http://www.bliss.army.mil/NewWeb/MyWebs/AboutFortBlissIndexPage.htm>].

<sup>6</sup> MAURER, Maurer (comp.), *The US Air Service in the World War I*, The Office of Air Force History, Headquarters of United States Air Force, Washington, 1978, p. 65.

<sup>7</sup> SCOTT, Beth F., James C. RAINEY y Andrew W. HUNT, “The Logistics of War: A Historical Perspective”, en *Air Force Journal of Logistics*, Maxwell, Alabama, August, 2000, pp. 49-50.

<sup>8</sup> Véase *Encyclopaedia of the First World War*; “United States Army”, [[www.spartacus.schoolnet.co.uk/FWWusa.htm](http://www.spartacus.schoolnet.co.uk/FWWusa.htm)].

avasallar a México y llegarán a una guerra con Japón, inevitablemente, por el reparto del Pacífico. El objetivo real de la entrada de Estados Unidos en la Gran Guerra europea –agregó– es crear un poderoso ejército de conquista y, así, prepararse para la futura guerra con Japón (21 de mayo de 1917). Un mes después, en su discurso al I Congreso de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados, Lenin añadió: “Alemania está al borde de la derrota y, después de la incorporación de Estados Unidos a la guerra, que quiere devorar México y que probablemente mañana comenzará a luchar contra Japón, la situación de Alemania se ha vuelto desesperada: Alemania será aniquilada”.<sup>9</sup>

En efecto, al inicio del siglo XX, el militarismo estadounidense irrumpió masivamente en el mundo. La política imperialista de Estados Unidos, entre 1898 y 1920, significó cincuenta intervenciones armadas no encubiertas en todo el mundo. La mayor parte de ellas, treinta, ocurrieron en América Latina; particularmente en México, Centroamérica y el Caribe. Otras trece operaciones militares fueron en Asia; seis en Medio Oriente y África; y una en Europa, durante la Primera Guerra Mundial.

El rasgo distintivo de esas acciones intervencionistas fue la búsqueda de un doble propósito: derrotar a los pueblos que luchaban por su liberación y, a través de esto, disputar a otras potencias el reparto del mundo. Según un documento estadounidense reciente –elaborado por la División de Defensa Nacional y Asuntos Exteriores– los objetivos contrainsurgentes de Estados Unidos fueron explícitos, en repetidas operaciones armadas contra México, Cuba, Haití, República Dominicana, Colombia, Panamá, Honduras, Nicaragua y Guatemala; Samoa, Filipinas, China, Siria y contra la revolución bolchevique, en la naciente Unión Soviética.<sup>10</sup> Tales intervenciones fueron la avanzada en la marcha militar del nuevo imperio; posibilitaron el despojo, la contrarrevolución y la estructuración de las fuerzas armadas más poderosas que jamás haya conocido la humanidad.

Aquella fue la época en que se desplegaba la noción y las prácticas de guerra total. La posibilidad de realizar la movilización y la destrucción a gran escala surgió con el ferrocarril y la artillería pesada, así como con otros inventos de aquel periodo: grandes barcos tipo Titanic, motor a diésel, aeroplano, dinamita, ametralladora,

---

<sup>9</sup> LENIN, V. I., “La guerra y la revolución”, versión taquigráfica de la conferencia pronunciada el 21 de mayo de 1917, en V. I. LENIN, *Obras Completas*, Ediciones Salvador Allende, México, 1978, t. XXV, p. 399; LENIN, V. I., “Intervención en el I Congreso de Soviets de Diputados Obreros y Soldados”, 17 de junio de 1917, en LENIN, *Obras*, 1978, t. XXVI, pp. 90-91.

<sup>10</sup> COLLIER, Ellen C., “Instances of Use of United States Forces Abroad, 1798-1993”, en *Foreign Affairs and National Defense Division*, Congressional Research Service, Library of Congress, Washington, October 1993 [www.fas.org/man/crs/crs\_931007.htm].

fusil de repetición, granada de mano, mina antipersonal, bala expansiva o *dumdum* y gas asfixiante. Las nuevas tecnologías de la era industrial fueron tan variadas como el Canal de Panamá y los gobiernos de consenso entre partidos de “izquierda” y derecha, el revisionismo y el trucaje cinematográfico, que acarrearón los apoyos necesarios para las políticas imperialistas.

La masacre se propagó por todos lados: París y Santa María de Iquique; Cuba, Barcelona, Chicago, el Somme, el Sertón brasileño, Pekín y Tientsin en China; Blood River Montana, Camp Grant Arizona; Idaho, Wounded Knee Creek en Dakota del Sur; Ijesa, Igbomina y Ekiti en Lagos; Amritsar India, Armenia, Nigeria, Congo, Filipinas, Indochina, el sur de Argentina y Chile; Yucatán, Cananea, Tomóchic, Río Blanco y en el sur de México, la zona zapatista.

En marzo de 1916, sincrónicamente con la intervención militar de Estados Unidos en el norte de México, el ejército carrancista invadió el estado de Morelos. Con esa maniobra, a su vez, se buscaba aniquilar al Ejército Libertador del Sur, bajo la jefatura de Emiliano Zapata. El carrancismo, descargado de las tareas militares contra los villistas, desplazó hacia el sur a las fuerzas del general Pablo González para emprender una feroz campaña, incendiando poblados y masacrando a la población civil.

En los territorios insurgentes del zapatismo, la población mayoritariamente indígena estaba extenuada por el hambre y las enfermedades que se esparcieron durante la guerra. Bajo una severa sequía y con aquella ofensiva militar, las penalidades crecieron. El gobierno carrancista estableció, asimismo, tres medidas económicas para la guerra de exterminio: la destrucción de las siembras, el control de los alimentos y la circulación forzosa de una nueva moneda que impuso a un tipo de cambio de 1.00 por 0.10, con grave pérdida en la capacidad de compra de la gente. El encargado estadounidense de asuntos mexicanos del Departamento de Estado, Leon Canova, fue uno de los principales promotores de la guerra económica, en especial, el control y uso de los alimentos con fines militares.

¿Ahí en el campamento cómo alimentaban a las familias?

Pues, ¿sabe usted?, había una magueyera en mi pueblo y ahí íbamos a recoger el agua miel. La hervíamos y se hacía como miel, con eso endulzábamos hierbas que nomás cortaba uno en el campo. Con eso se endulzaba el agüita aquella de hierbas, con eso nos sosteníamos.

¿Y no les hacía falta maíz?

Sí, cómo no. Por eso mucha gente se murió de hambre. Mucha gente, mucha, mucha gente se moría de hambre.

¿En el campamento las familias no podían sembrar?

No se podía. Mire usted, una vez sembramos allá en el monte así, sembramos y llegaron los constitucionalistas que nos iban persiguiendo y, mire usted, los elotes del maíz que iban a jilotear, los alzaban así y los tiraban.

Ahora el lema que llevaban ellos era de matarnos de hambre. Si no de balas, de hambre nos habrían de matar.

Macedonio García Ocampo,

Teniente de caballería del Ejército Libertador.<sup>11</sup>

El propósito del exterminio total de los rebeldes del sur y del norte no se cumplió en el plazo anhelado por Carranza, pero sí profundizó el genocidio que explica el resultado final del proceso revolucionario de México. Los escasos datos de la masacre disponibles hasta ahora –la tendencia dominante, avasalladora, es minimizarla– esbozan apenas el trazo de la matanza ocurrida en el sur. “En el peor caso, el de Morelos, la pérdida total excedió 60 por ciento para varones y mujeres nacidos antes de 1910”.<sup>12</sup>

¿Cómo se podría hacer un balance serio de la Revolución Mexicana, si no se tiene en cuenta esta gigantesca destrucción humana que llevaron a cabo los gobiernos de Madero, Huerta y Carranza? ¿Cómo podrían explicarse los resultados finales, si tenemos presente sólo el asesinato de dirigentes, mientras está ausente la enorme matanza del pueblo? Se sabe que la mayor devastación demográfica ocurrió en Morelos, pero falta entender con precisión las distintas formas del desastre humano. Junto con ello, además, es necesario observar y analizar algo que es decisivo para entender ese hecho: que sólo ahí y en los estados vecinos, que también eran zapatistas, se aplicó la guerra en contra de la población civil indígena, estrategia que los poderosos llamaron con total cinismo *guerra de exterminio*.

A finales de mayo de 1916, el general Emiliano Zapata lanzó un manifiesto en el que llamó al pueblo de México a luchar contra el carrancismo y la intervención militar de Estados Unidos.

En esta gran pugna de los muchos contra los pocos, de los hombres trabajadores contra los amos holgazanes, los despojados forman legión [...]. Es formidable el empuje de los oprimidos cuando se deciden a hacerse justicia, con las armas en la mano.

Por eso Carranza, el moderno protector de los hacendados contra el pueblo, ha mendigado el apoyo extranjero, y se ha atrevido a llegar a donde ninguno de sus predecesores había descendido.

---

<sup>11</sup> Entrevista a Macedonio GARCÍA OCAMPO realizada por Laura ESPEJEL en Juchitepec, Estado de México, el 23 de abril de 1977 (inérita). Dirección de Estudios Históricos del INAH.

<sup>12</sup> MCCA, Robert, *Missing Millions: The Human Cost of the Mexican Revolution*, University of Minnesota Population Center, 2001, [[www.hist.umn.edu/~rmccaa/missmill/mxrev.htm](http://www.hist.umn.edu/~rmccaa/missmill/mxrev.htm)].

Más impúdico que Huerta, más desvergonzado que Santa Anna, cien veces más infame que Porfirio Díaz, ha solicitado él mismo la intervención extranjera; ha ido a pedir de rodillas al gobierno norteamericano, que lo ayudara en su lucha contra Francisco Villa [...]. El pueblo de Hidalgo del Parral (Chihuahua) dio ya su merecido a los invasores, a los que escarmentó e hizo huir vergonzosamente, y es bien sabido que a estas fechas multitud de patriotas se han incorporado a las filas de los revolucionarios del Norte, para contestar agresión por agresión y golpe por golpe [...]. El Ejército Libertador invita al pueblo a que lo secunde en este último y definitivo esfuerzo, en este supremo impulso para conquistar su verdadera libertad. El General en Jefe Emiliano Zapata.<sup>13</sup>

Esa fue la coyuntura en que la revolución del sur envió aquella misión internacional y el general Amezcua se estableció en La Habana, Cuba. Sobre el campo de batalla, el Cuartel General zapatista dispuso a las fuerzas rebeldes para la defensa. Se replegó a las montañas y, por medio de la guerra de guerrillas, en poco más de un año, recuperó el control militar del estado de Morelos. Por su parte, el general Pancho Villa, mal herido, sobrevivió en la cueva de Coscomate; en seguida, emprendió la contraofensiva y tomó la ciudad de Chihuahua.

#### TIERRA Y LIBERTAD

Antes que llegara el general Jenaro Amezcua a La Habana, entre pueblos hermanos existía una historia común de rebeldía. El mismo nombre de la milicia zapatista, Ejército Libertador del Sur, tuvo su antecedente más próximo en el Ejército Libertador de Cuba que organizó José Martí.

Desde hacía muchos años, Cuba era un nodo de gran importancia en la red de comunicaciones internacionales y esta condición estratégica pronto llegó a ser útil, también, para estrechar los lazos rebeldes entre los pueblos de nuestra América. El periódico libertario cubano *¡Tierra!*, por ejemplo, sirvió como enlace para transmitir mensajes de los subscriptores de Uruguay, Argentina, Chile, Brasil, Venezuela, Perú, Panamá y Costa Rica con el periódico mexicano *Regeneración*, dirigido por Ricardo Flores Magón. En el torbellino político de aquella época, se produjeron acontecimientos extraños, inquietantes para la policía, como fue una carta de Lenin a “los trabajadores de la región mexicana”, incautada en allanamientos contra huelguistas

---

<sup>13</sup> “Manifiesto ‘Al pueblo mexicano’”, Ejército Libertador de la República Mexicana, Cuartel General en Tlaltizapán, 29 de mayo de 1916, Archivo Histórico del Instituto de Estudios sobre la Universidad, UNAM, (en adelante AHIESU), *Fondo Gildardo Magaña*, (en adelante FGM) 27:5:56.

de la industria cigarrera en La Habana.<sup>14</sup> Asimismo, con la gesta de la independencia cubana, florecieron las expresiones de arte y bien se podría estudiar su influencia plástica —obra escultórica del Capitolio cubano con temas guerreros— en lo que será después el muralismo de México. En la época de la revolución, La Habana se convirtió en punto de encuentro para muchos refugiados mexicanos.<sup>15</sup>

Pero, además, ¡*Tierra!* difundió extensamente la causa insurgente de los magonistas y los zapatistas de México. Hubo diversos motivos para ello, no sólo ideológicos. La zona nuclear del zapatismo, el estado de Morelos, también era zona cañera y ahí la economía del azúcar estaba enfrentada antagónicamente con la economía del maíz, las haciendas contra los pueblos. En esa publicación, una persona llamada Manuel Piñero describió las condiciones degradantes que existían igualmente en los campos de caña de azúcar, en Cuba: “En la lucha estamos —escribió— y en ella continuaremos hasta dar al traste con este estado actual, en donde impera el sagaz bandido que todo lo disfruta y nada produce, y perece de hambre el obrero, el verdadero Hércules que todo lo produce y nada disfruta”.<sup>16</sup>

El *Manifiesto a la Nación* lanzado el 4 de marzo de 1913 por el Ejército Libertador del Sur —que no ha sido recogido hasta ahora en las diversas antologías del zapatismo— fue publicado íntegramente en las páginas de ¡*Tierra!*, el 16 de mayo del mismo año. Ese documento es crucial en la historia política de la Revolución Mexicana, porque refrendó el Plan de Ayala con la iniciativa para formar una Convención Revolucionaria, como base federativa y rebelde para la reorganización de México. El sentido colectivo que inspiraba esta propuesta política, fue explicado por Emiliano Zapata en una carta dirigida a su compañero Gildardo Magaña:

Nuestro espíritu siempre ha sido de unión y de concordia, con el objeto de fusionar todos nuestros anhelos en un solo credo, en una sola bandera, en un solo ideal, que haga fulgurar nuestro lema sintetizado en Tierra y Libertad [...].

Las adiciones del Plan de Ayala no las creo convenientes en la forma que usted me lo expresa, porque cualquier reforma que se pretenda hacer se necesitará convocar a una Convención Revolucionaria y en el crisol de la discusión dejar satisfechas todas las exigencias de la colectividad nacional. La reforma de un Plan como de una ley no puede hacerse de una manera personal porque traería como inmediata consecuencia el cisma

<sup>14</sup> CABRERA, Olga, *Los que viven por sus manos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 254.

<sup>15</sup> ARGÜELLES, Luis Ángel, “Los refugiados mexicanos en Cuba (1910-1927)”, en *Revista de la Universidad Veracruzana*, núm. 70, abril-junio, Xalapa, Veracruz, México, 1989; y MORALES, Salvador, *Relaciones interferidas: México y el Caribe, 1813-1982*, Archivo Histórico Diplomático Mexicano-Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 2003.

<sup>16</sup> PIÑERO, Manuel, “A través de la Isla”, en ¡*Tierra!*, núm. 537, Archivo del Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 22 de enero de 1914.

de la sociedad revolucionaria y en vez de la cohesión vendría disolución [...].  
El General en Jefe Emiliano Zapata.<sup>17</sup>

El periódico *¡Tierra!* —aunque en diversos momentos tomó distancia de los planteamientos zapatistas, reconociendo que este movimiento no tuvo filiación anarquista— explicó a sus lectores que Zapata y sus compañeros luchaban verdaderamente por principios. “Los revolucionarios debemos, pues, apoyar esa lucha de clases, de la que mucho se puede esperar si cada uno coopera con entusiasmo y decisión”. Desde el inicio de la revolución, este periódico dedicó amplio espacio para difundir y analizar los acontecimientos de México; organizó colectas económicas para apoyar a la rebelión y tuvo respuesta entusiasta en toda Cuba y en América Latina, donde también circuló.

La rebeldía cubana dio muestras de hondo espíritu fraterno con México. “Los campos de México son en la actualidad el teatro donde se desarrolla el acontecimiento más trascendental que hayan visto los siglos, el proceso más interesante, más grande, más hermoso que presenciaron los hombres. Las revoluciones habidas hasta la fecha, en que los bravos libertarios mexicanos empuñando el pendón rojo y al grito de ¡Tierra y Libertad! se lanzaron al campo de la lucha, las revoluciones todas, repetimos, hasta que no se iniciara el movimiento emancipador de México, sólo han resultado en beneficio de las clases parasitarias [...] Tended la vista en los campos donde se lucha por ¡Tierra y Libertad!, anarquistas; pensad un momento en la titánica labor realizada por los gigantes que están en acción en el terreno de la lucha armada”.<sup>18</sup>

Este periódico semanal, que se imprimía en la calle Dragones, en La Habana, fue suprimido por la policía en 1915, por lo que ya no tuvo relación con el trabajo posterior de Jenaro Amezcua. Pero existe un dato que pudiera servir a fin de precisar, en futuras investigaciones, el origen de esos nexos del zapatismo en Cuba. El 6 de enero de 1912, *¡Tierra!* publicó una carta de Prudencio Casals y éste fue un cubano internacionalista que militó con Zapata. “Somos Libertarios, no liberales, es decir, defendemos la libertad doquiera sea necesario hacerlo”, escribió Casals en esa misiva. Y ese mismo año, se incorporó al Ejército Libertador del Sur.

Previamente, Prudencio Casals había trabajado para la organización del movimiento obrero mexicano. Participó con entusiasmo en el *Grupo Luz* y en la formación de la Casa del Obrero Mundial, junto con Antonio Díaz Soto y Gama,

---

<sup>17</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Gildardo Magaña”, Campamento Revolucionario, octubre de 1913, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Fondo Genovevo de la O* (en adelante FGO), caja 17, exp. 2, ff. 34-35.

<sup>18</sup> “La revolución social en México”, en *¡Tierra!*, núm. 461, La Habana, Cuba, 10 de agosto de 1912.

majonista que también militaré en las filas surianas. En diciembre de 1913, Prudencio Casals tenía el grado de coronel dentro del Ejército Libertador y estaba a cargo del “Hospital de las Fuerzas Revolucionarias del Sur, 1ª zona”.<sup>19</sup> Ese año, un periódico de la ciudad de México publicó un extenso reportaje con fotografías de Emiliano Zapata y consignó que siempre le acompañan cuarenta hombres de su escolta, lleva consigo el archivo de sus documentos y constantemente está con él cierto individuo de nacionalidad cubana, a quien llaman El Míster, y que hace las funciones de médico.<sup>20</sup> Casals fue apodado así cariñosamente por sus compañeros, debido a que en una ocasión fue traductor, en la entrevista que un periódico estadounidense hizo al jefe de la revolución del sur. Será el chofer del automóvil en que se trasladaron Villa y Zapata, en la ciudad de México, a finales de 1914.

En enero de 1915, el general Jesús Navarro —uno de los jefes de la División Zapata del Ejército Libertador, que operaba en La Montaña de Guerrero— nombró a Prudencio Casals como su delegado en la Convención Revolucionaria. El representante de Felipe Ángeles, coronel Federico Cervantes, se opuso y preguntó por la nacionalidad de Casals. Este último respondió:

Nací en La Habana, soy hijo de Cuba, y no tengo nacionalidad. Mi nacionalidad es la tierra y la humanidad. No vine de la Luna ni de Marte. Lucho por la libertad humana y no por gente de color azul o rojo.

Desde el momento en que existen las ideas socialistas, considero como patria cualquier lugar en que pueda prestar mi ayuda a la humanidad que lucha por la causa de la libertad. Coronel Prudencio Casals Rodríguez, Ejército Libertador.<sup>21</sup>

Ángel Castellanos, integrante del grupo maytorenista y aliado de Federico Cervantes, pidió que no se aceptara el “filibusterismo”, término que designaba a los piratas de las Antillas en el siglo XVII y que también se usó en contra de los magonistas, al inicio de la revolución, durante su incursión armada en Baja California. Otros delegados recordaron a Francisco Xavier Mina. El general Pasuengo, villista, indicó que tuvo a sus órdenes a otro cubano, Nemesio Suárez, y se le ofreció a Casals la nacionalidad mexicana, pero fue inútil. “Estimo el honor que me hacen, pero mis ideales me impiden acceder a ello”, respondió.

---

<sup>19</sup> “Prudencio Casals, recibo por material sanitario, Hospital de las Fuerzas Revolucionarias del Sur, 1ª zona, Campos de Morelos”, 22 de diciembre de 1913, AGN-FGO, caja 13, exp. 11, ff. 24. Ver también, LÓPEZ GONZÁLEZ, Valentín, *Los compañeros de Zapata*, Ediciones del Gobierno de Morelos, Cuernavaca, México, 1980.

<sup>20</sup> *El Imparcial*, México, D.F., 16 de abril de 1913.

<sup>21</sup> “Prudencio Casals, Ejército Libertador”, intervención en la Convención Revolucionaria el 4 de enero de 1915, según los diarios *La Convención* y *El Monitor*, Distrito Federal, México, 5 de enero de 1915.

Federico Cervantes redactó la nota para rechazar a Casals. Por su parte, el general Otilio Montaña, presidente de la delegación suriana, hizo constar que la asamblea rechazaba a un obrero de la libertad y solicitó a sus compañeros zapatistas que votaran en masa contra la iniciativa de Cervantes. Casals no fue aceptado en la Convención Revolucionaria; en su lugar, el general Navarro designó como representante a Luis Méndez, sastre, libertario, organizador decisivo de la Casa del Obrero Mundial.

Con relación a las prácticas internacionalistas, es posible tomar en cuenta que Benito Juárez tuvo a dos cubanos como ministros de Guerra, los generales Anastasio Parrodi y Pedro Ampudia, quienes además habían combatido para defender a nuestro país contra la invasión de Estados Unidos y la usurpación de la mitad de nuestro territorio (1847-1848). Asimismo, hubo mexicanos internacionalistas que ayudaron a la formación del Ejército Libertador de Cuba; entre ellos, el general José Inclán Rico, originario de Puebla, fusilado por los españoles, cerca de la ciudad de La Habana, en 1872.<sup>22</sup>

Poco se conoce del rebelde cubano en las filas del zapatismo. Pero algo queda para la memoria de la lucha. Emiliano Zapata, posteriormente, nombró a Casals como encargado de la nacionalización de bienes contra los enemigos de la revolución; lo ascendió a general y, como tal, fue comandante de la Brigada Roja, en la División Zapata del Ejército Libertador.

Cuando ocurrió la emboscada de Chinameca, en 1919, el internacionalista cubano seguía al lado del jefe de la revolución del sur. Casals fue uno de los generales zapatistas que comunicaron al pueblo mexicano, en un manifiesto, el cobarde asesinato de Emiliano Zapata.

Algunos lastimados se los traían allá a Pozo Colorado, donde tenía el hospital el general Zapata.

¿Ahí qué médico había?

Ahí estaba el doctor Mister (Prudencio Casals), Manuel Coronado y el doctor (José) Parrés. Fueron los tres médicos que había. Allá estaba el hospital.

Coronel José Caspeta Rosales, Ejército Libertador.<sup>23</sup>

---

<sup>22</sup> “Teniente coronel René González Barrios, Fuerzas Armadas Revolucionarias”, intervención en la Mesa Redonda de la televisión cubana *El bicentenario de Benito Juárez*, La Habana, Cuba, 24 de marzo de 2006. Jordi Espresate fraternalmente me obsequió una copia del video.

<sup>23</sup> Entrevista a José CASPETA ROSALES, realizada por Laura ESPEJEL en Tlaquiltenango, Morelos, el 3 de mayo de 1975 (inédita).

## EL CAMPO Y LA CIUDAD: LA LUCHA INTERNACIONAL

Esta es la época de Zapata, Villa y Flores Magón, Lenin, Rosa Luxemburgo, Freud y Kafka; Proust, Joyce, Picasso, Stravinsky, Saussure y Einstein; la coyuntura histórica en que se inventó la radio, el cine, el automóvil, los aeroplanos, la fotografía en colores, la transmisión de imágenes por medio de señales telegráficas; la época de las revoluciones mexicana y bolchevique, la derrota de la revolución alemana; el exterminio moderno y la Primera Guerra Mundial.

Jenaro Amezcua, a sus 26 años, había desempeñado importantes tareas como Oficial Mayor, ministro de Gobernación y ministro de Hacienda de la Convención Revolucionaria. Como tal, firmó la emisión de billetes que circuló en el territorio zapatista desde enero de 1916. Fue integrante del Consejo Ejecutivo de la Convención, y también suscribió la ley zapatista que decretó la supresión del monopolio de las armas: “La fuerza, como el derecho, reside esencialmente en la colectividad social, en consecuencia, el pueblo armado sustituye al ejército permanente”.<sup>24</sup>

Las tareas internacionales de Amezcua quedaron establecidas en dos credenciales que expidió el Cuartel General del Sur, a mediados de abril, semanas después de que empezó la sincronizada operación militar de Estados Unidos y el carrancismo.

## Primera:

Por la presente queda usted facultado para dar a conocer en los Estados Unidos las causas de la actual Revolución de México, así como los fines que ésta persigue, insistiendo de un modo especial y preferente en todo lo relativo a las reformas agrarias consignadas en el Plan de Ayala.

Dicha propaganda la hará usted por la prensa, por conferencias públicas y por todos los demás medios que usted juzgue convenientes. Por lo mismo, entrará usted en relaciones con los círculos, agrupaciones y personalidades políticas y recogerá usted las adhesiones al Plan de Ayala, así como las ofertas que se hagan, en el sentido de ayudar a la causa que defendemos.

## Segunda:

Por la presente queda usted facultado para trabajar en los Estados Unidos, por todos los medios y en todas las formas posibles, a favor de la causa revolucionaria y, por lo mismo, para contratar el envío y la compra de armas y pertrechos de guerra; en el concepto de que dichos artículos serán pagados por la misma Revolución en barras de

---

<sup>24</sup> “Ley sobre supresión del ejército permanente”, Consejo Ejecutivo de la Nación, Cuernavaca, Morelos, 3 de noviembre de 1915, en ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, *Emiliano Zapata. Antología*, INEHRM, México, 1988, p. 292.

plata y oro o en los demás productos de las minas existentes en la zona revolucionaria. De dichas operaciones dará usted cuenta pormenorizada a este Cuartel General. El General en Jefe Emiliano Zapata.<sup>25</sup>

En esa ocasión, se le dio igual encomienda a Octavio Paz, otro joven zapatista, padre del poeta que llevó el mismo nombre. Años después, Paz Solórzano consignó que la Convención también les expidió cartas credenciales y que en estos documentos la misión se hizo extensiva a los países latinoamericanos, porque se consideró que alguno de ellos podría ir a Cuba, como en efecto sucedió, o a naciones de Centro y Sudamérica.<sup>26</sup> La noche de su despedida, ambos sostuvieron una prolongada reunión con Zapata, quien compartió con ellos anécdotas de la lucha rebelde y les dio recomendaciones especiales para su tarea.

Amezcuea y Paz salieron de Jojutla, Morelos, hacia el estado de Guerrero, en donde buscaron apoyo financiero insurgente para llevar a cabo el viaje. Después de un tiempo de penalidades y discordias, resolvieron marchar por separado. Finalmente, luego de varios meses de esfuerzos, alcanzaron su meta. Octavio Paz se estableció en San Antonio, Texas, y Jenaro Amezcua en La Habana.

En mayo de 1917, el cuartel zapatista recibió con gran entusiasmo las primeras noticias acerca de la misión internacional de Jenaro Amezcua. Especial impacto provocó en Zapata, que la anciana madre de Amezcua viajara hasta Tlaltizapán, llevando clandestinamente un voluminoso expediente con las observaciones militares que su hijo hizo durante el trayecto hasta Cuba, en los estados de Guerrero, Oaxaca, Puebla y Veracruz. “Ella nos significa su resolución firme [...] la trascendencia del asunto y el celo extraordinario con que su mamá se ha dispuesto a ayudar a la causa, pues ya vimos el fracaso del primer envío de correspondencia que hizo usted, al grado de caer prisionero del enemigo y ser fusilado Fidel Escoto, su correo”.<sup>27</sup>

Jenaro Amezcua no pudo estudiar en escuelas, a pesar de que su familia tuvo ciertos recursos económicos, debido a que siendo muy niño padeció un “enfriamiento de ojos” que le enfermó por más de ocho años. Adquirió su formación directamente de sus padres y de manera autodidacta en historia, geografía, economía política, sociología y filosofía. Sus abuelos y tíos abuelos militaron en las filas de Benito Juárez durante la Guerra de los Tres Años contra la reacción y, después, en

<sup>25</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Jenaro Amezcua”, Cuartel General en Tlaltizapán, Morelos, 15 de abril de 1916, Archivo Jenaro Amezcua (en adelante AJA), Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, VIII-2, 250 y 251,

<sup>26</sup> Véase PAZ SOLÓRZANO, Octavio, *Hoguera que fue*, compilación de Felipe GÁLVEZ, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1986.

<sup>27</sup> “Carta de Manuel Palafox a Jenaro Amezcua”, Tlaltizapán, Morelos, 14 de mayo de 1917, AJA, VIII-2, 301.

contra de la Intervención Francesa y del dictador Porfirio Díaz. Amezcua escribió que así fue como se le formó el espíritu combativo y el sentimiento patrio y humanitario en favor de la gente humilde. Se incorporó a las tareas revolucionarias desde 1905, cuando tenía quince años, difundiendo el periódico magonista *Regeneración*, particularmente en los estados de Puebla y Oaxaca. Más tarde, se incorporó al levantamiento zapatista y recibió, por méritos de campaña, su primer grado como mayor de caballería, en marzo de 1911. Jenaro Amezcua obtuvo, en La Habana, el nombramiento más alto de su servicio revolucionario, General de División del Ejército Libertador, firmado por Emiliano Zapata el 25 de diciembre de 1918.

En los archivos consultados, hasta ahora, se ha encontrado poca información sobre la tarea de conseguir pertrechos por parte de esas comisiones internacionales del zapatismo. Lo más relevante en ese aspecto quedó registrado en la correspondencia sostenida entre Octavio Paz y el Cuartel General del Sur. Desde el mes de octubre de 1916, Octavio Paz empezó a informar acerca de la organización de un desembarco, en las costas de Guerrero, con materiales de guerra que debían cambiarse por pieles. El 19 de marzo del año siguiente, Emiliano Zapata autorizó la operación: “Referente al asunto de pieles de que me habla, ya se libran las órdenes correspondientes al general Enrique Rodríguez de Costa Chica, para que reúna la mayor cantidad de este artículo y las tenga listas en la Barra de Tecoaapa (Guerrero), a fin de que un buque, previo acuerdo con usted, pase a recoger dichas pieles y, como lo asienta, se conviertan en parque. En la forma que indica, le acompaño la autorización que solicita para celebrar el contrato”, escribió Zapata.<sup>28</sup>

El abastecimiento militar por vía marítima, en ese punto de la costa del Pacífico, había sido trabajado por Zapata desde varios años antes. En 1912, durante la guerra contra el gobierno de Madero se hizo el primer intento, solicitando el embarque al general norteño Pascual Orozco. Y, al año siguiente, en la guerra contra Huerta, Zapata encargó esa misión al general insurgente Ángel Barrios, quien igual que otros combatientes del sur provino de la vertiente magonista. Pero en ambos casos la operación no pudo concretarse y, ésta vez, en la guerra contra Carranza, tampoco se logrará exitosamente.

Octavio Paz relató a Jenaro Amezcua lo que sucedió:

Otro de los asuntos a que me dediqué, fue conseguir elementos en cambio de los que por allá tenemos y a eso obedeció mi viaje a esta población [Los Angeles, California], pues logré fletar un barco y salí de San Francisco para las costas de Guerrero. Pero por

---

<sup>28</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Octavio Paz”, Cuartel General en Tlaltzapán, Morelos, 19 de marzo de 1917, AGN-FGO, caja 28, exp. 1, ff. 21.

desgracia en esos días cayó prisionero Espinosa Barrera, quien me traía documentos del Cuartel General y todos los datos para el arreglo del negocio que teníamos entre manos y del cual ya le había participado al general [Zapata]. El caso es que lo supieron los carrancistas y a mi regreso, porque me tuve que ir hasta El Salvador, nos vino siguiendo el “Guerrero” y en Manzanillo [Colima] nos catearon el barco y, en fin, me salvé en una tablita, pero por desgracia no pudimos hacer la operación. Más tarde, el año pasado, me encontré otro capitalista que le entrara al negocio y mandamos un enviado al sur y hasta la fecha no he vuelto a saber de él. Yo estimaré, si le es fácil, se informe de la suerte que haya corrido, se llamaba Odilón Luna.<sup>29</sup>

Respecto de tentativas semejantes, realizadas por Amezcua en Cuba, sólo hemos ubicado una referencia. En una carta, Manuel Palafox le escribió a Jenaro Amezcua lo siguiente: “Recibí su grata del mes de septiembre pasado [1917]. Quedo ampliamente enterado de la importante documentación internacional que mandó usted al General en Jefe Emiliano Zapata, y de la particular en que le da cuenta de sus gestiones para obtener elementos de guerra, en la forma y pago que consigna su credencial alusiva, y también de la labor de información mundial, acerca de los ideales que sustenta la Revolución Agraria”.<sup>30</sup>

En efecto, al estallar los movimientos revolucionarios en Europa y, particularmente, con el triunfo de la revolución bolchevique en 1917, los servicios de información que ofreció Jenaro Amezcua desde La Habana contribuyeron al análisis de la coyuntura política en el Cuartel General del Sur. Una carta de Antonio Díaz Soto y Gama —uno de los colaboradores más cercanos de Zapata en ese momento— dirigida a Jenaro Amezcua, expresa con elocuencia este impacto:

La situación mundial excepcional, única, encantadora. Estamos de acuerdo. Nada más sugestivo y consolador que el simultáneo erguimiento del proletariado ruso, del austriaco, del alemán, del inglés [...] ¡qué sé yo! ¡Parece que tocan a redención, a rebeldía, a gloria! ¡Muy justa la admiración de usted para la revolución rusa! ¡Muy meritoria su labor de acercamiento con los luchadores mundiales! Es el momento crítico, la hora sagrada para producir reclamaciones, para hacer valer derechos, para imponer condiciones a los gobiernos. Nunca, hasta ahora, han tenido los proletarios mejor oportunidad. Por eso tengo fe, por eso creo en los destinos de nuestro México, en el porvenir de nuestra América, en las sorpresas que nos prepara este gran siglo. En estas condiciones, el trabajo de usted y de sus dignos compañeros resulta trascendental

---

<sup>29</sup> “Carta de Octavio Paz a Jenaro Amezcua”, de Los Ángeles, California, a La Habana, Cuba, 8 de julio de 1919, AJA, VIII-2, 381.

<sup>30</sup> “Carta de Manuel Palafox a Jenaro Amezcua”, Cuartel General en Tlaltizapán, Morelos, 14 de febrero de 1918, AJA, VIII-2, 321.

y solemne. Y los aplaudo con todo mi corazón. Pero hay que bregar mucho, es preciso hacer un gran esfuerzo, así lo espero de la juventud [...] Ya el general Zapata, en su carta, da a usted instrucciones sobre el asunto internacional, respecto del cual hay que ser muy prudente. Por ahora prudencia, discreción y tacto. No deje usted de seguir enviándonos recortes de periódicos [...].<sup>31</sup>

La posición de Emiliano Zapata, en esa coyuntura, manifestó una profunda sensibilidad política, derivada de la propia experiencia revolucionaria. En México, desde la época de Madero se había vivido una gran tragedia. El gobierno y los capitalistas formaron bandas paramilitares reclutando a obreros para combatir a los rebeldes del campo. El carrancismo había llegado al extremo del cinismo llamándoles “Batallones Rojos”, traficando con las ambiciones de líderes espurios e imponiendo después la pena de muerte a los trabajadores huelguistas de la capital. Las instrucciones que Zapata envió a Jenaro Amezcua, contemplaban este gran problema para la revolución mundial, la necesaria unidad de los explotados del campo y la ciudad. Fue directo y conciso.

Por la presente encargo a usted que entre en relaciones con los centros y agrupaciones obreras de Europa y América, a los que explicará usted las finalidades de la Revolución Agraria de México, así como su íntima solidaridad con los movimientos de emancipación que en otras regiones del mundo realiza en la actualidad el proletariado. Igualmente los excitará usted para que en interés de la causa común, propaguen en sus respectivos países los ideales que ella persigue en pro de la gran masa de los campesinos, generalmente descuidada y poco atendida por los propagandistas obreros. El General en Jefe Emiliano Zapata.<sup>32</sup>

La revolución del sur proclamó con firmeza las raíces históricas de su rebeldía y combatió siempre las pretensiones de “restaurar el viejo régimen, el que nos legó la Conquista Española, el de la esclavitud de los jornaleros y la omnipotencia de los hacendados”. Eso, restaurar el viejo régimen, era lo que hacía el gobierno de Carranza en ese momento. Burlándose del pueblo, no sólo se negaba a cumplir las promesas de reparto de tierras, sino que había iniciado la devolución de aquellas que fueron expropiadas a los hacendados en los primeros años revolucionarios. Por esto, ante las maniobras demagógicas de Carranza, el zapatismo defendió enérgicamente su bandera, el Plan de Ayala.

---

<sup>31</sup> “Carta de Antonio Díaz Soto y Gama a Jenaro Amezcua”, Tlaltizapán, Morelos, 14 de febrero de 1918, AJA, VIII-2, 324.

<sup>32</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Jenaro Amezcua”, Cuartel General en Tlaltizapán, Morelos, 14 de febrero de 1918, AJA, VIII-2, 323.

Y la lucha sigue: de un lado, los acaparadores de tierras, los ladrones de montes y aguas, los que todo lo monopolizan, desde el ganado hasta el petróleo. Y del otro, los campesinos despojados de sus heredades, la gran multitud de los que tienen agravios o injusticias que vengar, los que han sido robados en su jornal o en sus intereses, los que fueron arrojados de sus campos y de sus chozas por la codicia del gran señor, y que quieren recobrar lo que es suyo, tener un pedazo de tierra que les permita trabajar y vivir como hombres libres, sin capataz y sin amo, sin humillaciones y sin miserias.<sup>33</sup>

Con frecuencia se ha considerado al zapatismo como una respuesta de los campesinos al despojo de tierras cometido bajo la dictadura de Porfirio Díaz. Sin embargo, los estudios de Horacio Crespo en los archivos agrarios, han mostrado que en la segunda mitad del siglo XIX, en Morelos, no se produjo un traspaso de propiedad de la tierra a niveles masivos.<sup>34</sup> Esto plantearía la necesidad de repensar el zapatismo en otros términos, en otra escala del tiempo histórico. Octavio Paz Solórzano lo expuso, hace mucho: “El agrarismo, por lo que toca a México, no sólo es un movimiento defensivo en contra del monopolio de las tierras, sino un movimiento de reconquista del indígena, de lo que era suyo y le ha sido despojado inicualemente”.<sup>35</sup>

En esa historia de larga duración, es posible apreciar mejor el alcance de la revolución del sur, su significación en la lucha de liberación nacional. Arrasó el régimen agrario de las haciendas, implantado cuatro siglos antes en Morelos, precisamente, con la caña de azúcar. El referente del zapatismo fue la usurpación primordial de las tierras, aquella que ocurrió al inicio de la era colonial y que dio origen al problema agrario de México. Emiliano Zapata lo manifestó con claridad en una carta.

¿Cómo se hizo la conquista de México? Por medio de las armas. ¿Cómo se apoderaron de las grandes posesiones de tierras los conquistadores, que es la inmensa propiedad agraria que por más de cuatro siglos se ha transmitido a diversas propiedades? Por medio de las armas. Pues por medio de las armas debemos hacer porque vuelva a sus legítimos dueños, víctimas de la usurpación.

El General en Jefe Emiliano Zapata.<sup>36</sup>

<sup>33</sup> “Manifiesto ‘Al pueblo mexicano’”, Ejército Libertador del Sur, 29 de mayo de 1916, AHIESU-FGM, 27:5:56.

<sup>34</sup> CRESPO, Horacio, “Los pueblos de Morelos. La comunidad agraria, la desamortización liberal en Morelos, una fuente para el estudio de la diferenciación social campesina”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000.

<sup>35</sup> PAZ SOLÓRZANO, Octavio, *Zapata*, Editorial Offset, México, 1986 [1936], p. 26.

<sup>36</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Gildardo Magaña”, octubre de 1913, AGN-FGO, caja 17, exp. 2, ff. 34-35.

Indudablemente, esta reflexión de Zapata es producto de la experiencia directa de los pueblos despojados por las haciendas. Pero, asimismo, es notable la correlación que guarda su argumento con el planteamiento de Carlos Marx, cuando este último abordó la cuestión de la nacionalización de la tierra, en 1872. Los defensores de la propiedad privada sobre la tierra —escribió Marx— han realizado no pocos esfuerzos para disimular el hecho de que los conquistadores, por medio de la fuerza, impusieron leyes de propiedad, llamándoles *derecho natural*. “Si la conquista ha creado el derecho natural para una minoría, a la mayoría no le queda más que reunir suficientes fuerzas para tener el derecho natural de reconquistar lo que se le ha quitado”, concluyó Marx.<sup>37</sup>

En la historia larga de la colonialidad del poder, es posible percibir al zapatismo como confluencia de la liberación social y la liberación nacional; simultáneamente, como lucha contra la explotación y el despojo. “Con respecto a los sitios, ganados y otros intereses correspondientes a los enemigos de la revolución —escribió Zapata—, desde luego deben quedar y quedan decomisados, pasando a poder del pueblo y para beneficio de los pobres, tanto más cuanto que de tales elementos se aprovecha el mal gobierno para prolongar indefinidamente esta lucha que sostenemos los necesitados contra los poderosos capitalistas y los monopolizadores de la tierra”.<sup>38</sup>

Se observará, así, porqué el Cuartel General del Sur comprendió rápidamente la importancia histórica de la Revolución Rusa, pronunciándose a favor de inmediato, a sólo tres meses de la victoria bolchevique. La significación política de esto y del trabajo realizado por Jenaro Amezcua en Cuba alcanza más relevancia al considerar que Lenin, por su parte, no hizo referencia pública alguna sobre la Revolución Mexicana.<sup>39</sup>

El 14 de febrero de 1918, Emiliano Zapata envió una extensa carta a Jenaro Amezcua, para su publicación. Este documento y una fotografía del jefe suriano fueron reproducidos por *El Mundo*, uno de los diarios de mayor circulación en La Habana, el 1° de mayo de ese mismo año.

Por los recortes que se sirve adjuntarme, quedo impuesto de la benévola acogida que en la prensa de esa capital han tenido las declaraciones hechas por usted acerca de las finalidades que perseguimos; lo que es un indicio cierto de que la intelectualidad cubana se da cuenta de la importancia de este movimiento regenerador y simpatiza con él abiertamente, al reconocer su indudable justicia.

---

<sup>37</sup> MARX, Karl, “La nacionalización de la tierra”, en *International Herald*, núm. 11, 15 de junio de 1872. [Marxists Internet Archive, [www.marx.org/espanol](http://www.marx.org/espanol)].

<sup>38</sup> “Carta de Emiliano Zapata a Honorato García, Presidente Municipal de Ahuacotzingo”, Guerrero. Campamento Revolucionario en Tixtla, Guerrero, 29 de marzo de 1914, AGN-FGO, caja 14, exp. 7, f. 37.

<sup>39</sup> Lenin no desconocía los acontecimientos de México, en sus “Cuadernos sobre el Imperalismo” anotó: “Revolución y contrarrevolución en México (1911-1913)”. Véase Cuaderno “NY”, Cuadro de conquistas coloniales y guerras, LENIN, *Obras*, 1978, t. XLIV, p. 121.

De todas veras celebro que en ese interesante país, hermano del nuestro, repercutan vigorosamente y dejen hondas huellas las reivindicaciones gallardamente sostenidas por el pueblo campesino de esta República de México.

Era de esperarse que así sucediera, era de augurarse esa cordial hospitalidad para nuestros anhelos de reforma y para nuestros empeños de radical renovación; pues lo mismo tienen que pensar y que sentir dos pueblos de igual raza y de igual historia, que sufren y han sufrido idénticos males, que en su seno sienten agitarse los mismos problemas y que es lógico, por lo mismo, alienten análogos ideales y vibren con los mismos entusiasmos. Mucho ganaría la humana justicia si todos los pueblos de nuestra América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México revolucionario y la causa de la Rusia irredenta, son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos [...] y sólo sería de desearse que a este propósito se recordase y tuviese muy en cuenta la visible analogía, el marcado paralelismo, la absoluta paridad mejor dicho, que existe entre ese movimiento y la revolución agraria de México. Una y otro van dirigidos contra lo que León Tolstoi llamara “el gran crimen”, contra la infame usurpación de la tierra, que siendo propiedad de todos, como el agua y como el aire, ha sido monopolizada por unos cuantos poderosos, apoyados por la fuerza de los ejércitos y por la iniquidad de las leyes.

No es de extrañar, por lo mismo, que el proletariado mundial aplauda y admire la revolución rusa, del mismo modo que otorga toda su adhesión, su simpatía y su apoyo a esta revolución mexicana, al darse cabal cuenta de sus fines.

Por eso es tan interesante la labor de difusión y de propaganda emprendida por ustedes en pro de la verdad; por eso deberán acudir a todos los centros y agrupaciones obreras del mundo, para hacerles sentir la imperiosa necesidad de acometer a la vez y de realizar juntamente las dos empresas; educar al obrero para la lucha, y formar la conciencia del campesino.

Es preciso no olvidar que en virtud y por efecto de la solidaridad del proletariado, la emancipación del obrero no puede lograrse si no se realiza a la vez la liberación del campesino. De no ser así, la burguesía podrá poner estas dos fuerzas la una frente a la otra, y aprovecharse, v. gr. de la ignorancia de los campesinos para combatir y refrenar los justos impulsos de los trabajadores citadinos; del mismo modo que, si el caso se ofrece, podrá utilizar a los obreros poco concientes y lanzarlos contra sus hermanos del campo. Así lo hicieron en México Francisco Madero, en un principio, y Venustiano Carranza últimamente; si bien aquí los obreros han salido ya de su error y comprenden ahora perfectamente que fueron víctimas de la perfidia carrancista.

Todo lo que ustedes hagan para obtener la colaboración de los centros obreros de Europa y de América, será poco, si se considera la trascendencia de la labor y la magnitud del resultado [...].

El General en Jefe Emiliano Zapata.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> “Una carta del general Emiliano Zapata”, *El Mundo*, La Habana, Cuba, 1º de mayo de 1918. Hemeroteca del Instituto de Literatura y Lingüística de Cuba. Véase también: “Emiliano Zapata a Jenaro Amezcua”, Tlaltizapán, Morelos, 14 de febrero de 1918, AJA, VIII-2, 320.

## LAZOS REBELDES

Jenaro Amezcua llevó a cabo una amplia labor internacional en La Habana, hasta el año de 1920 en que retornó a México. Lo que más se ha podido conocer de ese trabajo, sin embargo, es su desempeño como propagandista. Divulgó los documentos básicos de la revolución suriana, el Plan de Ayala, el Acta de Ratificación del Plan de Ayala y el Programa de la Convención Revolucionaria, entre otros; así como entrevistas y artículos de él mismo o de Antonio Díaz Soto y Gama tomados del periódico zapatista *Sur*. La difusión se realizó especialmente en tres publicaciones cubanas, *El Mundo*, *La Discusión* y *Solidaridad*, y en el periódico uruguayo *La Batalla*. En 1918, también, hizo una recopilación de estos materiales y editó el libro *México revolucionario: a los pueblos de Europa y América 1910-1918*.

El 15 de abril de ese año, en una entrevista para *La Discusión*, Jenaro Amezcua hizo un homenaje singular al pueblo de Cuba: “La bella patria de Maceo, de Martí y de tantos otros buenos, tiene despierta nuestra simpatía e interés. Máxime, cuando en nuestras filas contamos con un buen cubano, que con nosotros ha luchado con lealtad y abnegación. Ha compartido como hermano, nuestras alegrías y penalidades. Por su esfuerzo y adhesión a la causa popular, ha conquistado el afecto del general en jefe y de cuantos le rodeamos”.<sup>41</sup> Sin mencionarlo por su nombre, Amezcua habló del general Prudencio Casals Rodríguez, el comandante de la Brigada Roja del Ejército Libertador del Sur.

El 10 de abril de 1919, el cubano internacionalista, Prudencio Casals, recibió el orden de Zapata de aguardar en el campamento a su regreso, lo que le salvó de morir en la trágica emboscada de Chinameca. Todos los diarios de Nueva York publicaron la noticia del crimen. *The New York Herald* editorializó el asesinato de Emiliano Zapata con una incitación abierta para que Venustiano Carranza continuara el exterminio: “Si la actividad de las tropas del gobierno de México continúa, no es remoto predecir que Villa quedará también suprimido... El derecho a existir de cualquier gobierno de México, depende de la habilidad que demuestre para exterminar a sus enemigos”.<sup>42</sup>

En la prensa mexicana, las noticias de aquel trágico acontecimiento de abril de 1919 se ligaron con aquellas que también informaban acerca de la ofensiva contrarrevolucionaria en Alemania y en Rusia. Poco antes ocurrió el asesinato de Rosa

<sup>41</sup> “La Revolución del Sur se extiende por todo México”, entrevista al general Jenaro Amezcua, *La Discusión*, La Habana, Cuba, 15 de abril de 1918, en Jenaro AMEZCUA (comp.), *México revolucionario: a los pueblos de Europa y América 1910-1918*, Imprenta Espinosa, Ferré & Co., La Habana, 1918, p. 169.

<sup>42</sup> “Las revoluciones en México han dejado de ser una industria productiva. Con muy buen criterio habla *The New York Herald* de la muerte de Zapata”, *El Universal*, México, D. F., 19 de abril de 1919.

Luxemburgo y Karl Liebknecht. En 1919, se produjo un cambio de periodo, efectivamente, pero en sentido contrario al que anhelaron los rebeldes del mundo. Años después, en 1923, Pancho Villa también será asesinado en una emboscada. La guerra de exterminio fue y ha sido la forma global como el poder ha enfrentado a la insurgencia.

\* \* \*

En 1938, al conmemorarse el 27° aniversario de la promulgación del Plan de Ayala, Jenaro Amezcua y Prudencio Casals —como responsables de la Unión de Revolucionarios Agraristas del Sur— establecieron una condecoración *Al mérito revolucionario* que fue entregada a decenas de antiguos combatientes del sur. En esa ocasión, para significar el no olvido y la fraternidad internacional, también se acordó otorgar esta distinción a *El Mundo*, *La Discusión*, *Solidaridad* y *La Batalla*.

Prudencio Casals falleció el 9 de octubre de 1949, en la ciudad de México. En esa ocasión, un compañero suyo escribió sobre el rebelde y su pueblo algunas palabras que vale la pena hacer presentes.

Prudencio Casals Rodríguez fue sin vanos alardes ni remunerativa teatralidad, un héroe de las luchas por la libertad de la América nuestra y un batallador de altísimos y envidiables prestigios, además, en las lides por la causa del obrero y del campesino de nuestra patria.

En los días más brillantes de su fecunda juventud, participó en el movimiento emancipador que dio al mundo y a la historia otro país libre: en la manigua luchó por la independencia de Cuba<sup>43</sup> y en el acervo de sus recuerdos eran por demás numerosas las anécdotas sobre hechos de Maceo, el heroico prócer de la libertad cubana, y de José Martí, el portaestandarte de la liberación continental. La estrecha amistad que supo cultivar con los hermanos Flores Magón y sus propias inquietudes lo llevaron a la Baja California de donde, después del fracaso,<sup>44</sup> vino a la ciudad de México para atar lazos que habrían de persistir por toda la vida.

---

<sup>43</sup> Hasta ahora, no hemos podido corroborar ese dato. Encontramos la siguiente información de combatientes del Ejército Libertador de Cuba con el apellido Casals. Brigada de Cienfuegos: comandante Rodolfo Casals Curbelo, su hermano Rafael fue capitán del mismo agrupamiento (en *La Enciclopedia de Cuba* ambos aparecen en una fotografía, tomo 11, p. 85). Regimiento de Infantería de Baracoa: sargento 2° Miguel Casals Lobori. Regimiento de Infantería “Jacinto”, Departamento Oriental: teniente José Casals. Véase ROLDFE Y MIALOFSKY, Carlos, *Índice alfabético del Ejército Libertador de Cuba*, Archivo Nacional de Cuba, Estado Mayor General, Sección Información, La Habana, 1901.

<sup>44</sup> Se refiere a la incursión armada magonista en Baja California (enero-junio de 1911), efectuada desde Estados Unidos.

Fue por los años de 1908 a 1910, allá en el taller de Luis Méndez, donde Casals se relacionó con distinguidos luchadores de la Revolución Mexicana que supieron actuar en el periodismo, en la tribuna y en el campo de batalla. En ese taller se palancaba la organización de grupos sindicales, se discutían programas de acción revolucionaria, se redactaban manifiestos y panfletos destinados a la circulación clandestina, se conspiraba y cuando fue oportuno hacerlo, se concentraron armas y pertrechos destinados al Ejército Libertador del Sur...

Recordamos la solemne sencillez de nuestra despedida cuando Casals, conducido por un enviado del general Emiliano Zapata, abandonó la metrópoli para incorporarse al zapatismo. Lo acompañamos hasta Huipulco, de donde habría de seguir para Xochimilco y Topilejo. Un “hasta muy pronto” dictado por la convicción fue nuestro adiós [...].<sup>45</sup>

Jenaro Amezcua murió en la misma época que Prudencio Casals. No obstante sus responsabilidades públicas, en la historiografía se desconoce aún el lugar y fecha de su deceso. Sea este trabajo un recuerdo de sus rebeldías sin fronteras.

---

<sup>45</sup> “Prudencio Casals ha muerto”, Antonio Hidalgo B., *El Universal*, México, D. F., 15 de octubre de 1949.

## El zapatismo, ¿movimiento autónomo o subordinado?

Javier Garciadiego Dantán

**S**I BIEN es cierto que el zapatismo fue el único grupo campesino típico que participó a todo lo largo de la Revolución Mexicana, ello no significa que se haya mantenido al margen, política, ideológica o militarmente, de los demás ejércitos y grupos participantes.<sup>1</sup> Tampoco significa que su lucha fuera paralela, autónoma. Considérese que lo que distingue a una rebelión campesina de una revolución son las alianzas que los campesinos establecen en éstas con grupos provenientes de otras clases.<sup>2</sup> El zapatismo no fue la excepción; la Revolución Mexicana tampoco. Repito: ni el zapatismo fue un movimiento autónomo a la Revolución Mexicana, ni fue exclusivamente campesinista. Fue un movimiento con sus características y dinámicas sociorregionales propias, como los otros componentes de la Revolución Mexicana.<sup>3</sup>

---

Javier GARCADIIEGO DANTÁN. El Colegio de México.

<sup>1</sup> Esta idea es sustentada por el historiador Charles CUMBERLAND en su obra *La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, FCE, México, 1975, p. 41.

<sup>2</sup> Henry Landsberger y Eric Wolf, tal vez los más prestigiados estudiosos de las rebeliones campesinas, así lo sostienen. Consúltense, LANDSBERGER, Henry, *Rebelión campesina y cambio social*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978, p. 45, y WOLF, Eric, *Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1972, p. 399.

<sup>3</sup> Para no hacer innumerables referencias a ellas, advertimos que nuestra secuencia histórica de las primeras etapas del zapatismo se basa en las muy conocidas obras de Gildardo Magaña y de John Womack. La de Magaña, rica en documentos e información original, desgraciadamente quedó inconclusa. La de Womack es considerada, merecidamente, como la obra clásica sobre el zapatismo. Sin embargo, consideramos que ambas carecen de perspectiva crítica, pues aunque por distintas razones, ninguno de los dos se atreve a señalar error alguno en Zapata. El mismo Womack llega en algunos momentos, a pesar de su profundo intento explicativo, a la frontera con la hagiografía. Cfr. MAGAÑA, Gildardo, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 3 vols., México, 1934, 1937 y 1941 (posteriormente, en 1951 y 1952 se reeditó esta obra, añadiéndosele dos volúmenes más, escritos por el también ex zapatista Carlos Pérez Guerrero). WOMACK, John, Jr., *Zapata y la Revolución mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969. Entre la historiografía posterior a Womack destacan los trabajos de RUEDA, Salvador, “La dinámica interna del zapatismo, consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista”, en Horacio CRESPO (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México /UAEMor, México, 1984, pp.

## ALIANZAS INICIALES Y PRIMERAS DIVERGENCIAS

Las causas que dieron lugar a la revolución en Morelos fueron muy complejas. Entre las de naturaleza socioeconómica predominaron los cambios recientes en la estructura agraria, ya fuera mediante la usurpación de terrenos de las comunidades, por amplios procesos de compra a los pequeños propietarios, algunos de ellos miembros de comunidades típicas, o por el cese repentino de arrendamientos a los pueblos de algunas tierras propiedad de haciendas vecinas.<sup>4</sup> Entre las causas de naturaleza política destaca la imposición de un conocido hacendado en las elecciones de 1909 para gobernador. No es sorprendente que en las movilizaciones opositoras hayan participado varios de los personajes que luego destacaron como rebeldes en los años siguientes, incluido el mismo Emiliano Zapata. Esta participación en la contienda electoral demuestra que los futuros zapatistas sí tenían interés por intervenir en la política, y no sólo por recuperar sus tierras, como tanto se ha dicho, y que desde un principio aceptaron las alianzas con otras clases y grupos sociales.<sup>5</sup>

En dichas elecciones de 1909 se enfrentaron el hacendado Pablo Escandón, como candidato de los ‘científicos’, y el ingeniero Patricio Leyva como candidato independiente.<sup>6</sup> En apoyo de este último participaron desde aldeanos como Zapata y Pablo Torres Burgos, quienes formaron un club “leyvista” en Villa de Ayala, hasta

225-249; de ÁVILA ESPINOSA, Felipe, *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001; y de PINEDA, Francisco, *La irrupción zapatista, 1911*, Ediciones Era, México, 1997, y PINEDA, Francisco, *La revolución del sur, 1912-1914*, Ediciones Era, México, 2005.

<sup>4</sup> CRESPO, Horacio, *Modernización y conflicto social. La hacienda azucarera en el estado de Morelos, 1880-1913*, INEHRM, México, 2009.

<sup>5</sup> Samuel Brunk es el único que ha destacado la participación de elementos urbanos y fuereños en la lucha zapatista, con sus previsibles consecuencias políticas e ideológicas, ver BRUNK, Samuel F., *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995, y “Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, núm. 1, February 1993, pp. 33-65.

<sup>6</sup> Patricio Leyva nació en Cuernavaca, Morelos. Estudió en el Instituto Literario y Científico de su estado. En 1908 se desempeñó como agrónomo en el Departamento de Aguas del Ministerio de Fomento. En 1909 perdió las elecciones por la gubernatura de Morelos frente a Pablo Escandón. Fue diputado en la XXVI Legislatura y entre diciembre de 1912 y mayo de 1913 fungió como gobernador de su estado natal. Por su parte, Pablo Escandón nació en la ciudad de México y estudió en el colegio jesuita de Stonyhurst, en Inglaterra. Destacó como Jefe del Estado Mayor de Porfirio Díaz. En 1908 el Club Central Porfirio Díaz lo postuló como candidato a la gubernatura de Morelos; gobernó de marzo de 1909 a junio de 1911. Al estallar el movimiento revolucionario abandonó el país, exiliándose en Estados Unidos. Cfr. *El Imparcial*, 16 de febrero de 1909, y el *Diccionario Histórico y Biográfico de la Revolución Mexicana*, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1991, t. IV, pp. 403, 492 y 493.

políticos “reyistas” fuereños, provenientes principalmente de la ciudad de México, pasando por numerosos “leyvistas” de la capital estatal y de otras poblaciones morelenses. Paradójicamente, los grupos opositores “leyvistas”, casi todos pertenecientes a las clases medias locales –urbana y rural–, no habrían de distinguirse meses después por su participación en las campañas política y armada del antirreeleccionismo maderista. Otro elemento que marca una ruptura entre los sucesos de 1909 –el “leyvismo”– con los de 1910 –la lucha contra Díaz– es que el maderismo menospreció a Morelos en su potencial rebelde, subordinando su lucha regional a lo que hicieran los alzados de Puebla y Guerrero. Sin embargo, la prisión que sufriera Alfredo Robles Domínguez –el principal agente maderista para el centro y sur del país–,<sup>7</sup> la muerte de Aquiles Serdán en Puebla,<sup>8</sup> y la vieja animosidad entre morelenses y guerrerenses,<sup>9</sup> fueron de capital importancia para los sucesos posteriores en Morelos, pues permitieron el desarrollo de un movimiento y un liderazgo propios. Fue entonces cuando se dieron las primeras reuniones conspirativas de los antiguos “leyvistas” de Villa de Ayala y Anenecuilco, como Pablo Torres Burgos y Zapata, a los que pronto se unieron numerosos vecinos. El que se haya dado un liderazgo propio no significa que hayan iniciado un movimiento autónomo, pues una de sus primeras y principales preocupaciones fue establecer relaciones con los dirigentes nacionales de la lucha maderista. Todo parece indicar que el mismo Torres Burgos se dirigió a Texas para entrevistarse y recibir órdenes de Madero, lo que demuestra la

---

<sup>7</sup> Consúltense el Fondo Alfredo Robles Domínguez (en adelante FARD), que consta de 18 volúmenes y contiene información que data de 1908 a 1916, en el Archivo General de la Nación (en adelante, AGN). Alfredo Robles Domínguez nació en la ciudad de Guanajuato. Estudió ingeniería en la ciudad de México, especializándose más tarde en Estados Unidos. Representó al Partido Democrático Nacionalista en la Convención Antirreeleccionista del Tívoli del Eliseo de 1910. Luego del cuartelazo de 1913 se unió al constitucionalismo y asistió a la firma de los Tratados de Teoloyucan. Posteriormente fue diputado en la XXVII Legislatura y en 1920 el Partido Nacional Republicano lo postuló como candidato a la presidencia. Cfr. *Diccionario*, 1991, t. III, pp. 359-360.

<sup>8</sup> Consúltense LAFRANCE, David G., *The Mexican Revolution in Puebla. The Maderista Movement and the Failure of Liberal Reform*, Scholarly Resources Imprint, Wilmington, Delaware, 1989.

<sup>9</sup> FIGUEROA URIZA, Arturo, *Ciudadanos en armas: antecedencia y datos para la historia de la Revolución Mexicana*, 2 vols., B. Costa-Amic, México, 1960; véase también JACOBS, Ian, *La Revolución Mexicana en Guerrero: una revuelta de los rancheros*, Ediciones Era, México, 1990.

alianza del movimiento campesino morelense con el del empresario norteño,<sup>10</sup> en el que incluso participaban destacadamente varios hacendados,<sup>11</sup> además del propio Madero.

Comprensiblemente, las relaciones entre Zapata y Madero fueron complejas y confusas, con numerosos malentendidos. Sin embargo, puede asegurarse que entre ambos hubo buena disposición al principio de la lucha.<sup>12</sup> Si Zapata operó a partir de marzo de 1911 con un nombramiento aparentemente dado por Madero, quien además le prometió un importante puesto local en su futura administración, el suriano a su vez ofreció al caudillo norteño que lo apoyaría con todos sus elementos si un complot del Ejército Federal intentaba obstaculizar su llegada al poder. Asimismo, cuando a mediados de 1911 Zapata se vio en la necesidad de levantarse de nuevo en armas, debido a las intrigas del presidente provisional Francisco León de la Barra y de su militar de confianza Victoriano Huerta, Madero intentó que el suriano no fuera atacado.

El que Zapata persistiera en su actitud rebelde al asumir Madero la presidencia podría dar lugar a pensar que fue entonces cuando rompió sus ligas con la revolución en su conjunto, iniciando su camino autónomo.<sup>13</sup> Sin embargo, esto se desmiente en tanto que en el plan expedido para justificar su lucha contra Madero – el famoso Plan de Ayala – se asignaba la jefatura del movimiento al chihuahuense Pascual Orozco.<sup>14</sup> ¿Qué motivó en Zapata y sus compañeros sus preferencias por Orozco? Esta decisión nunca mereció una explicación por parte de los zapatistas. El problema se hace más complejo al constatarse que no fue ésta la única alianza que el zapatismo estableció durante los años de 1911-1912. Si en la lucha participa-

---

<sup>10</sup> El profesor normalista Pablo Torres Burgos nació en Villa de Ayala, Morelos. Fue miembro del Club Liberal Melchor Ocampo, organizado para sostener la candidatura de Patricio Leyva. Permaneció varios meses en prisión por apoyarlo. Participó en la lucha antiporfirista de Morelos, y en 1911 fue asesinado por fuerzas federales. Cfr. *Diccionario*, 1991, t. IV, pp. 665-667.

<sup>11</sup> Los ejemplos pueden fácilmente multiplicarse. Por el tamaño de sus propiedades, el caso extremo sería el del líder de la rebelión en Sonora, José Ma. Maytorena. Cfr. ALARCÓN MENCHACA, Laura, *José María Maytorena: una biografía política*, El Colegio de Jalisco, México, 2008.

<sup>12</sup> FABELA, Isidro y Josefina E. de FABELA (dir.), *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana*, Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana / FCE / Editorial Jus, México, 1960-1976. En el volumen XXI de esta obra se reproducen varios documentos (entre otros, los números 4, 5, 7, 8, 10, 11, 12 y 15) que demuestran la mutua simpatía que se profesaron al principio Madero y Zapata.

<sup>13</sup> Esta es la interpretación de Womack. Véase WOMACK, *Zapata*, 1969, pp. 124-125.

<sup>14</sup> El Plan de Ayala puede ser consultado en FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 16, y en GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel (dir.), *Planes políticos y otros documentos*, Col. Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana, vol. I, FCE, México, 1954, pp. 73-83.

ron algunos contingentes de clase media urbana, como Juan Andreu Almazán,<sup>15</sup> en el aspecto político estuvieron cercanos a los firmantes del Plan Político Social<sup>16</sup> y al licenciado Emilio Vázquez Gómez,<sup>17</sup> secretario de Gobernación durante un par de meses del periodo presidencial de De la Barra.

A pesar de varios intentos de avenimiento por parte del gobierno de Madero, los zapatistas permanecieron alzados contra él hasta su muerte,<sup>18</sup> y luego continuaron en lucha contra el régimen del usurpador Huerta. Ambos momentos pueden ser considerados como de lucha guerrillera: estuvieron más preocupados por resistir al ejército invasor que de poner en predicamento al gobierno central. Sin embargo, entre ambas luchas hubo grandes diferencias: si contra Madero reconocían la jefatura de Orozco, en la lucha contra Huerta le retiraron su apoyo, al considerarlo un “cero social” y “traidor a los principios juramentados”. Como jefe absoluto de la revolución nombraron a Zapata, “el caudillo del Ejército Libertador Centro-Suriano”.<sup>19</sup> Esta fase del zapatismo, entre mediados de 1913 y mediados de 1914, ha sido una de las que ha permitido su caracterización como movimiento indepen-

---

<sup>15</sup> Juan Andreu Almazán nació en Olinalá, Guerrero. Estudió la carrera de medicina en El Colegio del Estado de Puebla. En 1910 apoyó al movimiento maderista, a través de Aquiles Serdán. Posteriormente se unió a las fuerzas de Emiliano Zapata, pero luego reconoció al gobierno de Victoriano Huerta, y fue felicista, hasta que en 1920 se adhirió al Plan de Agua Prieta. Véase *Diccionario*, 1991, t. III, pp. 412-413.

<sup>16</sup> El Plan Político Social fue firmado el 18 de marzo de 1911 por Joaquín Miranda, padre e hijo, como representantes de Guerrero; Carlos B. Múgica, Rodolfo Magaña, Antonio Navarrete y Gildardo Magaña, por Michoacán; Gabriel Hernández, por Tlaxcala; José Pinelo, por Campeche; Francisco y Felipe Fierro, por Puebla, y Francisco Maya, Miguel Frías y Felipe Sánchez, por el Distrito Federal. Cfr. FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. v, doc. 170, y GONZÁLEZ RAMÍREZ, *Planes*, 1954, vol. I, pp. 68-70.

<sup>17</sup> El gobernador maderista de Morelos aseguró que los zapatistas actuaban “bajo los auspicios y dirección de don Emilio Vázquez Gómez”. Cfr. “Ambrosio Figueroa a Madero, 25 de diciembre de 1911”, en FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 24. Para confirmar el buen entendimiento entre ellos, véase la carta de Zapata a Vázquez Gómez del 14 de marzo de 1912, en *ibidem*, doc. 30. Emilio Vázquez Gómez nació en el municipio de Tula, Tamaulipas. Realizó estudios en el Atenco Antonio de la Fuente, de Saltillo, y concluyó la carrera de abogado en la ciudad de México. En 1909 fue presidente del Centro Antirreleccionista de México. Fue perseguido y encarcelado por sus ideas opositoras. Se opuso a los Tratados de Ciudad Juárez y al licenciamiento de las tropas rebeldes. Fue uno de los firmantes del Plan de Tacubaya, y a principios de 1912 se levantó en armas en contra del régimen maderista. Tras el fracaso de su intento optó por el exilio. Cfr. *Diccionario*, 1991, t. VII, pp. 200-203.

<sup>18</sup> Es importante recordar que “el intermediario” entre Madero y Zapata era el propio Gildardo Magaña, quien desde entonces figuraba como asesor político del zapatismo. Detallados datos biográficos suyos pueden consultarse en el Archivo Carlos Reyes Avilés (en adelante ACRA), propiedad de Salvador Reyes, Ensenada, Baja California, f. 3, docs. 5 y 8.

<sup>19</sup> Las Reformas al Plan de Ayala, del 30 de mayo de 1913, en FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 37, y en GONZÁLEZ RAMÍREZ, *Planes*, 1954, vol. I, pp. 84-85.

diente, paralelo a la lucha nacional. En efecto, desilusionado de personajes como Madero y Orozco, prefirió luchar contra Huerta por su cuenta, autónomamente. Ahora no hubo alianzas formales con la dirección norteña del movimiento, que tenía Venustiano Carranza, aunque sí la hubo de hecho. Con todo, este relativo aislacionismo no habría de prolongarse mucho.

#### CONSTITUCIONALISMO Y ZAPATISTAS: LUCHAS PARALELAS

A diferencia de con Madero, Zapata nunca sintió por Carranza la menor simpatía. Sin embargo, esto no debe dar lugar a la suposición de que el rechazo fue absoluto durante toda la lucha contra Huerta. Primero que todo, compartían al enemigo – Huerta–, lo que por lo menos garantizaba una conjunción de objetivos. Así, desde fecha muy temprana Carranza invitó a Zapata para que reconociera formalmente el Plan de Guadalupe,<sup>20</sup> o sea un liderazgo burgués y de clases medias. Lo cierto es que si bien Zapata jamás reconoció tal jefatura, sí mandó emisarios para relacionarse con varios jefes revolucionarios norteños, a los que suponía aliados más convenientes.<sup>21</sup> Las reticencias mutuas entre Carranza y Zapata se expresarían abiertamente en las postrimerías de la lucha contra Huerta: Zapata, ratificando el Plan de Ayala, y por lo tanto su jefatura, con clara autonomía del movimiento constitucionalista nacional;<sup>22</sup> Carranza, a su vez, arreglando la rendición del hueratismo a espaldas –y aún en contra– del zapatismo, como si éste no hubiera colaborado en la victoria.<sup>23</sup>

<sup>20</sup> Carranza a Zapata, 16 de mayo de 1913, en FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 35.

<sup>21</sup> El emisario fue Gildardo Magaña, quien parece ser que se entrevistó, además de con Carranza, primero con Villa y luego con Lucio Blanco, Jesús Agustín Castro, Francisco J. Múgica, Antonio I. Villarreal, “y otros varios”. Cfr. ACRA, f. 3, doc. 26. En FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 3, se asegura que también se entrevistó con los hermanos Cedillo. En el Archivo Histórico del Instituto de Estudios sobre la Universidad, UNAM, (en adelante AHIESU), Archivos Incorporados Particulares, *Fondo Gildardo Magaña*, (en adelante FGM), caja 25, exp. 3, f. 73, existe un documento en el que el carrancista Vicente Segura certifica que a principios de 1914 Magaña se encontraba en Tamaulipas, comisionado por Zapata “para hacer labor de unificación entre los revolucionarios”.

<sup>22</sup> Véase su Manifiesto a la Nación del 20 de octubre de 1913, en el que advertía que no aceptaría “a ningún gobierno que no reconozca y, sobre todo, que no garantice el triunfo de nuestra causa”. Cfr. FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 39. Véase también la Ratificación del Plan de Ayala, del 19 de junio de 1914, donde además de quedar ratificado Zapata en la jefatura de la revolución, se señala que el zapatismo no depondrá las armas hasta “que se establezca un gobierno compuesto de hombres adictos al Plan de Ayala”. Cfr. GONZÁLEZ RAMÍREZ, *Planes*, 1954, vol. I, pp. 86-91.

<sup>23</sup> En el punto IV de las “Condiciones en que se verificará la evacuación de la plaza de México por el Ejército Federal y la disolución del mismo”, documento adjunto a los Tratados de Teoloyucan,

A mediados de 1914, al tiempo que vencían al Ejército Federal se quedaban sin el enemigo común, por lo que la alianza fáctica entre carrancistas y zapatistas comenzó a desmoronarse. Esta ruptura tampoco habría de provocar el aislacionismo zapatista. Todo lo contrario: encontró entonces nuevos y distintos aliados. Por un lado, dio refugio a un grupo de militantes de la organización anarcosindicalista Casa del Obrero Mundial, todos ellos urbanos ajenos a Morelos.<sup>24</sup> Por el otro, intensificó sus relaciones con Villa,<sup>25</sup> cuyo ejército tenía un considerable contingente no campesino y quien estaba próximo a romper sus lazos con el carrancismo. Además, buscaron establecer alianzas con algunos de los carrancistas más progresistas: el ‘Dr. Atl’, Lucio Blanco, Luis Cabrera, Juan Sarabia y Antonio I. Villarreal fueron sucesivamente cortejados, aunque ninguno aceptó incorporarse al zapatismo por la exigencia de que reconocieran “todas las cláusulas” del Plan de Ayala.<sup>26</sup> En otras palabras, durante la segunda mitad de 1914 Zapata buscaba una alianza con las clases medias revolucionarias, pero además pretendía que éstas se supeditaran al sector campesino. Por las características y naturaleza de la revolución, esto era imposible. La intransigente –comprensible y predecible– actitud de todos y cada uno de los actores relevantes fue el anticipo del rompimiento de hostilidades entre los ejércitos

---

constitucionalistas y huertistas acordaron: “Las tropas federales que guarnecen las poblaciones de San Ángel, Tlalpan, Xochimilco y demás, frente a los zapatistas, serán desarmadas en los lugares que ocupan, tan luego como las fuerzas constitucionalistas las releven”. Cfr. BARRAGÁN RODRÍGUEZ, Juan, *Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, Editorial Stylo, México, 1946, vol. I, pp. 599-602.

<sup>24</sup> De éstos, el que mayor influencia habría de tener en el zapatismo fue Antonio Díaz Soto y Gama. WOMACK, *Zapata*, 1969, p. 190, llega a afirmar que “la doctrina del agrarismo y el culto de los agraristas fueron principalmente obra suya”. Disentimos de esta idea, pues es claro que Soto y Gama realizó otras actividades en el zapatismo, y que las ideas agrarias fueron propuestas antes, por Otilio Montaña primero, y por Manuel Palafox después. Sus propuestas tenían más que ver con otros temas, como los de los gobiernos municipales. Cfr. CASTRO, Pedro, *Soto y Gama. Genio y figura*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2002, y DÍAZ SOTO Y GAMA, Antonio, *Historia del agrarismo en México*, rescate, prólogo y estudio biográfico de Pedro CASTRO, Universidad Autónoma Metropolitana / Ediciones ERA, México, 2002.

<sup>25</sup> En los citados apuntes biográficos sobre Magaña se asegura que éste fue comisionado en abril de 1912 para que buscara la unificación con los orozquistas. A pesar de haber obtenido “halagadores resultados”, de regreso al sur cayó prisionero, siendo internado en la penitenciaría capitalina. Allí conoció a Villa, lo que le ayudó para los posteriores avenimientos entre éste y Zapata, en los que obviamente Magaña fue utilizado como intermediario. Cfr. ACRA, f. 3, docs. 5, 8 y 26. Un relato autobiográfico de los acontecimientos se encuentra en MAGAÑA, *Emiliano*, 1934, vol. II, pp. 211-221.

<sup>26</sup> Para la conferencia entre el ‘Dr. Atl’ y Zapata del 23 de junio de 1914, cfr. FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 42; en el doc. 51 de la misma obra se encuentra un detallado informe firmado por Cabrera y Villarreal el 4 de septiembre de 1914, en el que narran y explican el resultado de su encuentro con Zapata.

poco antes hermanados en la lucha contra Huerta. Sin ambages, Zapata advirtió a Carranza que de no aceptarse el Plan de Ayala, “no habrá paz en nuestro país”.<sup>27</sup>

#### CONVENCIONISMO NACIONAL Y ÁRCADIA REGIONAL

Hay quienes piensan que todos los revolucionarios hicieron un último intento de avenimiento, suponiendo que éste fue el objetivo de convocar a una Convención. La verdad es que dicho compromiso, acordado en Torreón, comprometía solo a los carrancistas y a los villistas.<sup>28</sup> La invitación a que participaran los zapatistas —la que fue propuesta por Felipe Ángeles—<sup>29</sup> implicaba una total modificación del objetivo original. Sin embargo, lo que aquí interesa subrayar es que la participación de los zapatistas confirma que no eran un movimiento autárquico,<sup>30</sup> ajeno a la lucha nacional, con objetivos estrictamente regionales. De hecho, su participación en la Convención fue a través de los intelectuales urbanos recientemente asimilados, como Antonio Díaz Soto y Gama, lo que explica que sus propuestas incluyeran temas de alcance nacional, no meramente agraristas.<sup>31</sup>

Con todo, su aspiración a una alianza con el villismo no significa que ésta haya fructificado en términos militares. De hecho, mucho podría discutirse sobre las causas de la derrota convencionista, pero indudablemente una de tales razones fue que las alianzas entre los distintos grupos que conformaron al convencionismo no

<sup>27</sup> Véase carta de Zapata a Carranza, del 17 de agosto de 1914, en *ibidem*, doc. 46.

<sup>28</sup> Véase Pacto de Torreón, en GONZÁLEZ RAMÍREZ, *Planes*, 1954, vol. I, pp. 152-157.

<sup>29</sup> El 22 de octubre de 1914 Felipe Ángeles, junto con otros revolucionarios como Rafael Buena y Calixto Contreras, visitó el cuartel general zapatista para “acordar las formas convenientes en que la Revolución del Sur debe enviar sus representantes a la Convención Revolucionaria de Aguascalientes”. Véase *Ejército Libertador del Sur (1911-1923)*, nota de presentación de Guillermina PALACIOS SUÁREZ, Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM, núm. 9, UNAM, México, 1988, pp. 32-35. Véase también ÁVILA ESPINOSA, Felipe, “Felipe Ángeles y la Convención de Aguascalientes”, en Adolfo GILLY (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Ediciones Era / CONACULTA, México, 2008, pp. 69-80.

<sup>30</sup> Según el anónimo biógrafo de Magaña, éste fue comisionado, antes de que se iniciaran los debates, para que se dirigiera al norte “para conferenciar con [...] Villa, con el objeto de planear la celebración de la [...] convención de Aguascalientes”. Cfr. ACRA, f. 3, doc. 5. Véase también la carta de Zapata a Lucio Blanco del 19 de septiembre de 1914, en donde le propone una convención de jefes revolucionarios de todo el país, distinta “a la que convocó Carranza”, en FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 55. Al mismo tiempo, Villa ya lo invitaba a desconocer y a atacar a Carranza. Carta de Villa a Zapata, 22 de septiembre de 1914, en *ibidem*, doc. 56.

<sup>31</sup> Un conocido estudio del zapatismo subraya que tales representantes zapatistas si sostuvieron un proyecto de Estado nacional. Cfr. ÁVILA ESPINOSA, Felipe, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, INEHRM / Instituto de Cultura de Aguascalientes, México, 1991.

llegaron a consolidarse. Por ejemplo, es evidente que Zapata no apoyó militarmente a Villa en 1915: en lugar de acudir en su ayuda, obstaculizando la línea de suministros entre Veracruz y el Bajío, los zapatistas aprovecharon esa paz que les brindaba la circunstancia de no tener que luchar, pues los constitucionalistas habían decidido concentrarse en Villa, para retraerse a su región y llevar a cabo sus objetivos fundamentales: el cambio de la estructura agraria y la instalación de un gobierno propio en Morelos.<sup>32</sup> En efecto, varios meses de 1915 fueron de riguroso aislamiento. Por primera vez en cuatro años disfrutaban de relativa tranquilidad, pero para su desgracia poco habría de durar esta situación: luego de que Álvaro Obregón derrotó a Villa, Carranza decidió que su otro apoyo militar, el general Pablo González, se enfrentara al zapatismo, al que consideraban un enemigo menor. En rigor, más que menor era distinto, pues tenía otras formas de lucha. Cualesquiera que fueran éstas, también los surianos fueron derrotados. Fue entonces cuando el zapatismo dejó de ser parte del ejército victorioso, como ante Díaz y Huerta, para convertirse en enemigo de los revolucionarios triunfantes, quienes necesitaban vencerlos para establecer un nuevo gobierno con alcances nacionales.

#### LA PÉRDIDA DE SU REGIÓN

Pablo González tomó definitivamente la capital del país al comenzar la segunda mitad de 1915. Sin embargo, fue hasta febrero de 1916 cuando inició la campaña contra el estado de Morelos, luego de dedicar varios meses a combatir fuerzas convencionistas en los estados aledaños y a consolidar su dominio sobre la capital del país.<sup>33</sup> No hubo combates formales en esa lucha, pues los zapatistas no estaban dispuestos a enfrentarlos. Así, González tomó la capital estatal —Cuernavaca— a principios de mayo, menos de tres meses después de haber iniciado la lucha. A principios de junio arrebató a los zapatistas su cuartel general en Tlaltizapán, lo que no significa que ya los hubiera vencido totalmente. Acudieron nuevamente a sus tácticas guerrilleras, lo que les dio dividendos pero ya nunca un triunfo determinante. Aunque al comenzar 1917 González y parte de sus fuerzas se retiraron de Morelos,<sup>34</sup> la situación en que quedaron los zapatistas era lamentable. Al interior del movimiento habían cundido varias divisiones como consecuencia de la derrota de

<sup>32</sup> Consúltese GILLY, Adolfo, *La revolución interrumpida*, Ediciones El Caballito, México, 1971. Atinadamente, llama a ese periodo el de 'la comuna de Morelos', véase el capítulo VIII.

<sup>33</sup> GONZÁLEZ, Pablo, *El centinela fiel del constitucionalismo*, Textos de Cultura Historiográfica, Saltillo, 1971.

<sup>34</sup> Consúltese la reproducción facsimilar de la Hoja de Servicios de Pablo González, en especial las fojas 19 a 28, que se encuentra en GONZÁLEZ, *Centinela*, 1971, pp. 280-293.

1916. Además, aunque habían recuperado la parte más agreste de Morelos,<sup>35</sup> el constitucionalismo había afianzado su posición a nivel regional, controlando los estados circunvecinos: Guerrero, Hidalgo, México, Puebla y Tlaxcala. Por último, por aquellos días el constitucionalismo elevó a precepto constitucional el agrarismo, lo que seguramente hizo dudar a más de un jefe zapatista de la necesidad de seguir levantados en armas. Es un hecho que ya no habría nuevas adhesiones al zapatismo para luchar en favor de la reforma agraria. Ahora ésta podía alcanzarse por medios pacíficos, legales. A partir de 1917 lo único que crecería en Morelos serían las deserciones.

Consciente de la problemática, Zapata decidió que el movimiento tenía que reorganizarse y adaptarse a las nuevas circunstancias. Para comenzar, eran muchos los mutuos reclamos internos, por lo que Zapata se puso a arbitrar un enfrentamiento que se había venido gestando entre los auténticos jefes rebeldes morelenses y los intelectuales fuereños asimilados que habían llegado hacia 1914 procedentes de la Casa del Obrero Mundial. Paradójicamente, una de sus primeras provisiones fue promulgar una ley organizativa para el movimiento,<sup>36</sup> en la que dispuso que después de él, Jefe Supremo, seguía en el mando el Centro Consultivo de Propaganda y Unificación Revolucionaria, órgano vinculado a los fuereños.<sup>37</sup> Esta propuesta vino a evidenciar que este grupo estaba adquiriendo el poder al interior del zapatismo. Los jefes militares habían llevado el peso de la lucha contra González. En cambio, los intelectuales fuereños habían metido al movimiento en un conflicto al errar en la elección de la alianza con Villa y rechazar la de los constitucionalistas progresistas. A pesar de que no habían colaborado militarmente en la lucha contra la invasión carrancista-gonzalista, puede asegurarse que a partir de entonces Zapata seguiría puntualmente las indicaciones de Gildardo Magaña y de Antonio Díaz Soto y Gama. Paulatina pero constantemente, los intelectuales fuereños aumentaron su influencia en la dirección del movimiento zapatista. Si ya antes habían representado al movimiento en la Convención de Aguascalientes, ahora dispusieron la renova-

---

<sup>35</sup> Un artículo titulado “En la meca del zapatismo” describe cómo Tlaltizapán fue nuevamente designado cuartel general y cómo “recobró su prestigio y su importancia”. Cfr. AHIESU-FGM, caja 28, l.10, doc. 218.

<sup>36</sup> Véase un ejemplar del decreto en *ibidem*, caja 28, l.10, doc. 218.

<sup>37</sup> Aunque el Centro Consultivo de Propaganda tenía “un representante de todas y cada una de las corporaciones militares”, en verdad lo dirigía Soto y Gama. *Ibidem*, caja. 28, l.10, doc. 218.

ción del Cuartel General, donde adquirió un enorme poder Soto y Gama,<sup>38</sup> y la renovación del propio ejército suriano, con el objetivo de profesionalizarlo.<sup>39</sup>

#### MUCHA POLÍTICA Y POCAS REVOLUCIÓN

La obvia influencia de los elementos urbanos debería servir para matizar el carácter estrictamente campesinista del zapatismo, así como para confirmar la hipótesis de que sus relaciones con otros grupos de revolucionarios fue constante, salvo breves periodos de aislacionismo, a lo largo de todo el decenio. A partir de 1917 el crecimiento del carrancismo a nivel nacional y su obvia y creciente debilidad los obligó a buscar una necesaria unificación con otras corrientes. Aunque Zapata advertía que esta unificación de alzados anticarrancistas tendría que hacerse bajo la imprescindible aceptación de su plan agrario, su mera propuesta reflejaba una actitud menos sectaria.

Para decidirse a terminar con su aislamiento e iniciar su búsqueda de aliados fue determinante su frágil situación militar. Aunque controlaban todavía partes de Morelos, sabían que esto se debía a que no había contra ellos una seria campaña militar. Los zapatistas eran conscientes de que cuando Carranza decidiera combatirlos de nuevo, serían derrotados. Como lo temían, esto sucedió a partir de finales de 1917 y principios de 1918. De otra parte, al ser otra vez vencidos los jefes militares, los intelectuales fuereños acrecentaron su importancia.<sup>40</sup> Por otro lado, a diferencia de 1915, cuando hicieron su reforma agraria regional esperanzados en que los ejércitos convencionistas derrotarían a Carranza, ahora sabían que su única posibilidad era unirse con los demás rebeldes anticarrancistas, ya fuera porque juntos lo podrían derrotar; porque Estados Unidos podría convencerse de que una coalición de rebeldes era mejor que don Venustiano, o porque así alcanzarían un capital político alto, a utilizarse con el que resultara sucesor de Carranza en 1920.

---

<sup>38</sup> Entre otros cargos, quedó al frente de la política económica del zapatismo y del diseño de la política económica que habría de seguir el gobierno revolucionario que se instalara a la caída de Carranza. Cfr. AHIESU-FGM, caja 27, l.18, doc. 414.

<sup>39</sup> El estudio presentado por el Departamento de Guerra en 1917 puede verse en AHIESU-FGM, caja 28, l.10, doc. 233. El decreto definitivo de Zapata, del 23 de abril, en FABELA, *Documentos*, 1960-1976, t. XXI, doc. 172.

<sup>40</sup> Nótese que Octavio Magaña, hermano de Gildardo, el 22 de mayo fue nombrado Agente Revolucionario y de Propaganda. Cfr. AHIESU-FGM, caja 25, l.3, doc. 120. Asimismo, el 25 de febrero de 1918 Zapata nombró al propio Gildardo su representante absoluto en el estado de Puebla; *ibidem*, caja 29, l.2, doc. 94. Esta tendencia se confirma al recordarse que Jenaro Amezcua, que había salido virtualmente expulsado del campo zapatista a finales de 1916, fue nombrado por Magaña Representante del Ejército Libertador, a mediados de 1917. Cfr. Archivo Jenaro Amezcua (en adelante AJA), Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, caja 4, doc. 371.

Su nueva búsqueda de aliados comenzó con dos manifiestos publicados en diciembre de 1917; uno buscaba que se incorporaran a la lucha armada “los carrancistas de buena fe que se hayan desengañado de su caudillo”; el otro era un llamado a la unión de todos lo que ya estaban sobre las armas, “sin diferencia de matices”.<sup>41</sup> La fecha de estos intentos unificadores es muy reveladora, pues a finales de 1917 y principios de 1918 los zapatistas habían sido nuevamente derrotados por las tropas gonzalistas,<sup>42</sup> por lo que, conscientes de sus limitaciones, buscaron en apoyos externos la fuerza suficiente para enfrentar y sobrevivir exitosamente a Carranza. Así, influido por los consejos de Magaña, Zapata permitió una política de acercamiento con los dos más probables sucesores de Carranza. Sabía decisión: si no lo podían derribar ellos, al menos podían unirse con quien sí podía, o con quien pacíficamente lo sucedería. Sólo así se explica que Zapata haya facultado a Magaña para hacer “trabajos de investigación cerca de los obregonistas”.<sup>43</sup> Significativamente, en las mismas fechas lo autorizó para que también tuviera tratos con el general gonzalista Vicente Segura, así como con el constitucionalista independiente Lucio Blanco.<sup>44</sup> Es claro que Zapata buscaba, con gran anticipación, estar en buenas relaciones con Obregón y con González. Nada más falso que suponer a un Zapata marginado de la política sucesora nacional.

Resulta muy importante analizar la amplia gama de rebeldes con quienes buscaban unirse. Si bien el objetivo era unificar a todos los que ya estaban en rebeldía contra Carranza “sin diferencia de matices”, es comprensible que los primeros ofrecimientos fueran para sus viejos aliados los villistas, el otro gran ejército con participación mayoritariamente campesina. Primero los agentes zapatistas en Estados Unidos buscaron contactarse con los villistas que por allá se encontraban. Aunque los resultados no fueron muy estimulantes,<sup>45</sup> Zapata sugirió al propio Villa que lanzaran un manifiesto en conjunto para demostrar que la revolución estaba “perfectamente unificada”; también le propuso que nombrara un representante en Estados Unidos, para que de acuerdo con el suyo —Octavio Paz— “entre sí resuelvan

---

<sup>41</sup> Zapata a Francisco Vázquez Gómez, en AHIESU-FGM, caja 30, l.29, doc. 499.

<sup>42</sup> Véanse las fojas 29 a 31 de la Hoja de Servicios de Pablo González, en GONZÁLEZ, *Centinela*, 1971, pp. 295-297.

<sup>43</sup> Zapata a Magaña, 3 de noviembre de 1917, en AHIESU-FGM, caja 29, l.1, doc. 4.

<sup>44</sup> Zapata a Magaña, 3 de noviembre de 1917, en *ibidem*, doc. 5. Poco después inició tratos con el político reyista Samuel Espinoza de los Monteros —cfr. Zapata a Espinoza de los Monteros, 24 de diciembre de 1917, en *ibidem*, doc. 22— y con Alfredo Robles Domínguez, que era senador opositorista a don Venustiano —cfr. Zapata a Magaña, misma fecha, en *ibidem*, doc. 24.

<sup>45</sup> Octavio Paz a Soto y Gama, 23 de mayo de 1917, en *ibidem*, caja l.13, doc. 630. Paz a Zapata, 9 de julio de 1917, en el doc. 633. Soto y Gama a Paz, 18 de agosto de 1917, en el doc. 634.

los asuntos de propaganda”, con lo que “quizá logren obtener el reconocimiento de la beligerancia a favor del partido revolucionario”.<sup>46</sup> De manera ilustrativa, al mismo tiempo buscó rehacer sus relaciones con Emilio Vázquez Gómez, quien seguía gozando de gran prestigio entre los zapatistas.<sup>47</sup>

Si bien no se logró el restablecimiento de la alianza con el villismo,<sup>48</sup> conforme se acercaba la sucesión presidencial de 1920 la coyuntura nacional hacía factible una amplia unificación. Del mismo modo, la situación internacional la hacía cada vez más urgente, pues la neutralidad mexicana ante la Primera Guerra Mundial, junto con algunas muestras de simpatía hacia Alemania, hizo temer graves represalias norteamericanas una vez obtenido el triunfo, por lo que resultaba recomendable alcanzar la unidad nacional a partir de un presidente no carrancista. Fue entonces cuando Zapata decidió aumentar el listado de líderes y grupos a los que propondría la unificación, incluyendo algunos abiertamente contrarios a la reforma agraria, como Félix Díaz, lo que confirma el cambio fundamental que atravesaba el zapatismo: prefería alcanzar alianzas a mantener sus principios. Claro está que, consciente del peligro político que tales alianzas implicaban, Zapata maniobró para que éstas nunca fueran ventiladas en público y para que, al menos formalmente, no quedara obligado a modificar sus principales banderas y postulados agraristas.

#### CAMBIO DE RUTA

Esta flexible actitud unificadora de Zapata fue abiertamente expuesta en varios manifiestos, siendo los más reveladores los fechados el 15 de marzo y el 25 abril de 1918. En el primero precisó sus ideas al respecto y fijó las bases para la unificación, exponiendo “los lineamientos generales del programa revolucionario”. Lo más importante de este manifiesto era la invitación “a todos los jefes y personalidades revolucionarias que estén de acuerdo a expedir otro Manifiesto, calzado con las

---

<sup>46</sup> Zapata a Villa, 18 de agosto de 1917, en *ibidem*, doc. 637. Octavio Paz Solórzano nació en la ciudad de México. Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, donde obtuvo el título de abogado. Fue reyista y antirreleccionista. En 1914 se incorporó a las fuerzas de Emiliano Zapata, fungiendo como su secretario. Entre 1916 y 1920 representó al zapatismo en Estados Unidos, y en 1924 fue gobernador provisional de Morelos. Cfr. MUSACCHIO, Humberto, *Diccionario enciclopédico de México ilustrado*, Andrés León, México, 1989, t. III, p. 1512.

<sup>47</sup> Zapata a Emilio Vázquez Gómez, 18 de agosto de 1917, en AHIESU-FGM, caja 29, l.1, doc. 638. En esta carta le pedía que ayudara “con sus luces” a su representante Paz.

<sup>48</sup> La gran alianza entre estos ejércitos se había sellado, a finales de 1914, con el famoso Pacto de Xochimilco, población ubicada al sur de la ciudad de México, entonces en manos de las fuerzas zapatistas. Véase GONZÁLEZ RAMÍREZ, *Planes*, 1954, vol. I, pp. 113-121.

firmas de todos, para que el país y los gobiernos extranjeros se den cuenta de la unidad de la Revolución”. Sus afanes unificadores incluso abarcaban a los carrancistas.<sup>49</sup> Prueba de sus ansias por lograr pronto algún éxito, Zapata inmediatamente envió a Reynaldo Lecona<sup>50</sup> a la sierra de Puebla, para que atrajera “a los jefes que más pueda”; lo envió también a que buscara entrevistarse con Manuel Peláez, jefe rebelde en la huasteca tamaulipeco-veracruzana. Por otro lado, se reiniciaron los intentos de colaboración militar con grupos que operaban en las regiones vecinas, como con el pelacista Federico Córdoba y con el felicista Higinio Aguilar, quienes les propusieron un ataque conjunto a Puebla.<sup>51</sup> A pesar de no haber llegado muy lejos esta propuesta de cooperación militar, dejaba sentadas las bases para posibles arreglos políticos futuros.

El optimismo de Zapata en su gestión unificadora seguramente creció con “la firme promesa de adhesión” que el 22 de marzo le hicieron, en una “cordialísima” junta en Jonacatepec, “muchos” jefes rebeldes. Entre estos destacaban Higinio Aguilar y el viejo orozquista Marcelo Caraveo, quien desde 1916 operaba en las zonas aledañas al zapatismo. Aguilar aseguró que llevaba “la adhesión de muchos jefes que operan en Veracruz”, y Caraveo dijo traer “no sólo saludos de Cejudo, Gabay, Galán y otros de los más esforzados luchadores veracruzanos, sino la protesta de que seguirían luchando siempre por la Revolución Suriana”.<sup>52</sup> Enormemente motivado, Zapata lanzó el manifiesto prometido, que debía ser firmado por todos los jefes que aceptaran la unión. Incuestionablemente, este manifiesto confirma también el cambio de ruta del movimiento suriano. Si bien es cierto que su finalidad política inmediata obligaba a que se hicieran concesiones a grupos tradicionalmente enemigos —como al carrancismo y al felicismo—, no deja de ser sintomático que el Plan de Ayala no fuera ni siquiera mencionado en dicho documento.<sup>53</sup> Inmediatamente fueron remitidos ejemplares de él “a todos los jefes revolucionarios para que lo

---

<sup>49</sup>En efecto, Zapata se dirigió a los carrancistas invitándolos “a volver al seno de la verdadera revolución”: a los militares les prometía reconocerles sus grados; a los civiles, tomarlos como “colaboradores”. Cfr. AJA, caja 4, doc. 334.

<sup>50</sup> Lecona era un viejo propagandista e intermediario zapatista. Un tiempo figuró en el Estado Mayor de Zapata y luego fue el secretario —léase intelectual— de Francisco Mendoza. Consúltese un certificado de sus servicios en ACRA, f. 3, doc. 18.

<sup>51</sup> Véase Federico Córdoba a Magaña, 21 de febrero de 1918, en AHIESU-FGM, caja 29, l.2, doc. 82.

<sup>52</sup> Magaña a Fortunato I. Macías, 23 de marzo de 1918, en *ibidem*, l.4, doc. 364.

<sup>53</sup> Muy atinadamente Womack señala que este manifiesto —el que atribuye a Conrado Díaz Soto y Gama— es “una obra maestra de ‘frente popular’”, asegurando que “la única huella que ahora quedaba del Plan por el cual había luchado durante más de siete años terribles era el lema que aparecía al final del manifiesto”. WOMACK, *Zapata*, 1969, pp. 298-299. Un ejemplar de este documento puede consultarse en AJA, imp., caja 1, doc. 19.

firmasen”.<sup>54</sup> El enviado –Reynaldo Lecona– se dirigió entonces a la huasteca potosina para entrevistarse con Carrera Torres y con Saturnino Cedillo;<sup>55</sup> a la huasteca tamaulipeca y veracruzana, para hacer lo propio con Manuel Peláez “y otros jefes”, así como al centro del estado de Veracruz, para que presentara los documentos conducentes a rebeldes como Panuncio Martínez, Pedro Gabay, Constantino Galán y Roberto Cejudo, identificados como felicistas.<sup>56</sup> Para su desaliento, Zapata tuvo que enfrentarse a la realidad de los hechos: no era lo mismo confiar en la unificación de los alzados, a que tal alianza se realizara. El informe de Lecona seguramente le causó desilusión y enojo, pues le refería que no había podido entrevistarse con Carrera Torres y Cedillo, pues cuando arribó a sus dominios “ambos iban rumbo a Nuevo León”. También le confesó que se dirigió a El Higo, población veracruzana en donde iba a reunirse con Peláez y otros jefes, pero que “llegó tarde”. Le aseguró también que el ambiente revolucionario de todo lo recorrido se hallaba “un tanto maleado”, y en una clara referencia a la situación veracruzana afirmó que “los jefes secundarios”, por su militancia felicista, “extraviaron la opinión”. De los jefes principales sentenció: “se notó en unos mucha reserva, en otros poca franqueza”.<sup>57</sup>

En los intentos de unificación con los rebeldes de la sierra de Puebla, el estado de Veracruz y el sur de Tamaulipas, habrían de manifestarse las dificultades más inmediatas para que triunfara tal política. Por tratarse de los grupos alzados de mayor renombre en el país y en el extranjero –a excepción del villismo–, sin duda alguna que su aceptación era de enorme importancia para los zapatistas. Sin embargo, estos grupos rebeldes tenían sus propios intereses y objetivos. En efecto, era previsible que Peláez y Félix Díaz no estarían de acuerdo en convertirse en subalternos de Zapata, pues eso hubiera significado aceptar una idea que él había propuesto. Esta actitud de los jefes superiores habría de reflejarse en los jefes secundarios, y dado que entre Peláez y Félix Díaz dominaban a casi todos los grupos que operaban en Puebla y Veracruz, se puede asegurar que el zapatismo no adquirió ningún aliado de importancia. Lo anterior no quiere decir que su proposición haya sido condenada o

---

<sup>54</sup> Zapata a Francisco Vázquez Gómez, 5 de febrero de 1919, en AHIESU-FGM, caja 30, l.29, doc. 499.

<sup>55</sup> De hecho, Zapata había intentado reiniciar contactos con los hermanos Cedillo y los Carrera Torres desde finales de 1917. Véase Magaña a Saturnino Cedillo, 25 de diciembre de 1917, en *ibidem*, caja 29, l.1, doc. 23. Para esas fechas ya habían muerto dos de los hermanos Cedillo, Cleofas en 1915, luchando como convencionista, y Magdaleno en 1917, lo que acaso orillaría a Saturnino a aceptar todo tipo de alianzas que lo fortalecieran.

<sup>56</sup> Magaña a Zapata, 9 de abril de 1918, en *ibidem*, caja 29, l.3, doc. 206. Lecona a Zapata, 12 de agosto de 1918, en la caja 30, l.20, doc. 353.

<sup>57</sup> Lecona a Zapata, 12 de abril de 1918, en *ibidem*.

rechazada; simplemente recibió respuestas eminentemente políticas; esto es, elusivas, ambiguas.<sup>58</sup>

La postura que tomaron Félix Díaz y Peláez ante la propuesta zapatista fue muy distinta, como distinta fue la forma en que se les invitó. En el caso de Félix Díaz la unión era muy embarazosa, pues lo seguían considerando como un brazo armado de los terratenientes. Es revelador que al mismo tiempo que lanzaban el manifiesto de abril de 1918, invitando a la unificación a todos los rebeldes “sin distinción de facciones o banderías”, el alto mando morelense era consciente de que si se hacía público su acercamiento a Félix Díaz quedarían en “ridículo” y sufrirían “perjuicios de consideración”.<sup>59</sup> Por ello preferían una alianza con los jefes secundarios, o que la unificación fuera solicitada por el propio Díaz. Sólo así se explica que después de su comisión a Puebla, Veracruz y Tamaulipas, Lecona haya informado que con Díaz sólo había tenido “un encuentro casual”.<sup>60</sup> Aunque distinta en la forma, la actitud de Peláez tenía la misma finalidad: no supeditarse al zapatismo. Si los jefes felicistas respondieron con evasivas, Peláez y sus fuerzas lo hicieron con inusitado “entusiasmo”, pero negándose a aceptar la paternidad zapatista de la idea de unificación. Cuando Lecona le presentó los documentos conducentes, Peláez, quien lo había recibido “amablemente”, hilvanó varios elogios para el ‘manifiesto’, asegurando “que los hallaba de conformidad con sus propios ideales”.<sup>61</sup> Esto es, la respuesta de Peláez implicaba presentarse como el iniciador de la idea. Además, hizo evidente que él era el rebelde con mejores y mayores recursos económicos—asunto que los zapatistas no estaban en posibilidades de despreciar—, lo que lo convertía en el idóneo para encabezar la unidad revolucionaria en caso de que ésta fructificara.

Los intentos de unificación no se redujeron a éstos, pues se sabe que Zapata envió delegados a casi todos los campamentos rebeldes del país. Por ejemplo, un teniente coronel Muñoz fue de embajador a Michoacán; a principios de septiembre volvió a enviar agentes suyos a Cedillo, a Luis y Eulalio Gutiérrez, a Luis Caballero y a Juan Andreu Almazán; obviamente envió copias del manifiesto de abril a los

---

<sup>58</sup> Pedro Gabay a Zapata, 10 de julio de 1918, en *ibídem*, caja 30, l.23, doc. 398; Panuncio Martínez a Zapata, 30 de julio de 1918, en doc. 411, y Magaña a Zapata, 4 de septiembre de 1918, en caja l.26, doc. 465.

<sup>59</sup> Magaña a Zapata, 11 de abril de 1918, en *ibídem*, caja 29, l.3, doc. 208. Zapata a Ariza, 12 de abril de 1918, en doc. 214.

<sup>60</sup> Lecona a Zapata, 12 de agosto de 1918, en *ibídem*, caja 30, l.20, doc. 353. Magaña a Zapata, 4 de septiembre de 1918, en caja l.26, doc. 465.

<sup>61</sup> Lecona a Zapata, 12 de agosto de 1918, en *ibídem*, Magaña a Zapata, 30 de junio de 1918, en caja l.17, doc. 290.

hermanos Vázquez Gómez y a conocidos villistas radicados en Estados Unidos.<sup>62</sup> Con estos jefes sufriría Zapata otra desilusión.

#### PIERDEN HASTA... LA CABEZA

Las respuestas recibidas obligaron a Zapata a aceptar que no podría ser el líder de la unificación nacional. Meses después, cuando la sucesión presidencial se hizo inminente, los zapatistas cambiaron de estrategia. Primero Zapata se dirigió a Álvaro Obregón, instándolo a que se rebelara contra Carranza, con lo que daría “cima a su empresa de luchador”.<sup>63</sup> Seguramente Zapata se había motivado al percibir que el sonorenses habría pronto de rebelarse a causa de la negativa de Carranza a apoyarlo como sucesor, y al confiar que Obregón sí sería capaz de dirigir un movimiento unificado a nivel nacional. Al mismo tiempo, Zapata nombró al doctor Francisco Vázquez Gómez como ‘Agente Confidencial ante el Gobierno de los Estados Unidos’. Sus actividades serían obtener la adhesión del mayor número de políticos, intelectuales y militares a la causa anticarrancista, gestionar el reconocimiento de la beligerancia y representar al movimiento “en cuantos asuntos se ofrezcan”.<sup>64</sup>

Es incuestionable que para 1919 el zapatismo había perdido “su fuerza primitiva”, viviendo sólo de “su pasado”, sin posibilidad de ser otra vez un factor determinante en la futura vida nacional.<sup>65</sup> Conscientes de su crisis, y luego del final de la guerra europea, Zapata y Magaña buscaron nuevos acuerdos políticos, confiados en así salir del atolladero. Incluso se intentó lograr un arreglo favorable con el carrancismo. Para esto se invitó al general gonzalista Cesáreo Castro a “un cambio de impresiones”, con la finalidad de que “los elementos buenos de una y otra facción se agreguen y se sumen”, pues ante la crítica situación internacional —léase una

---

<sup>62</sup> Magaña a Zapata, 30 de junio de 1918, en *ibídem*; Magaña a Zapata, 4 de septiembre de 1918, en caja 1.26, doc. 464. Las cartas de Zapata a estos jefes demuestran que la comunicación entre ellos era nula; todas firmadas en la misma fecha —5 de septiembre de 1918— y redactadas en forma semejante, son una invitación a la firma del manifiesto del 25 de abril y a la celebración de una junta, para demostrar a la prensa que sí había unión entre ellos. Cfr. *ibídem*, docs. 467 (a Saturnino Cedillo), 468 (a Francisco Vázquez Gómez), 469 (a Luis Caballero), 470 (a Luis Gutiérrez) y 471 (a Almazán).

<sup>63</sup> Zapata a Obregón, 17 de agosto de 1918, en AHIESU-FGM, caja 30, l.20, doc. 354. Zapata a Aarón Sáenz, 24 de agosto de 1918, en caja 29, l.13, doc. 624.

<sup>64</sup> Zapata a Emilio Vázquez Gómez, 11 de agosto de 1918, en *ibídem*, caja 30, l.20, doc. 351. Zapata a Francisco Vázquez Gómez, 12 de agosto de 1918, en doc. 364. Zapata a Francisco Vázquez Gómez, 30 de agosto de 1918, en caja 27, l.9, doc. 158. El nombramiento oficial en caja 30, doc. 366.

<sup>65</sup> Nemesio García Naranjo a Francisco León de la Barra, 23 de diciembre de 1918, en Archivo León de la Barra (en adelante ALB), Centro de Estudios de Historia de México, CONDUMEX, caja 8, doc. 855.

invasión estadounidense como represalia por la germanofilia carrancista–, “es urgente obrar de acuerdo y con una completa unidad”.<sup>66</sup> Como era previsible, esta alternativa fracasó, pues mientras Magaña pretendía que el arreglo fuera con base en la unificación “de dos facciones sobre una base de igualdad”, Castro exigió una rendición con total “incondicionalidad”.<sup>67</sup>

Decidido incluso a ceder su autoridad suprema con tal de evitar la intervención estadounidense, o para conservar el control de Morelos cuando Carranza dejara el poder, Zapata también se dirigió a los principales líderes obregonistas. Por lo que se refiere a éstos, en enero de 1919 se facultó a Octavio Magaña para que hiciera gestiones tendientes a “obtener la unificación del zapatismo con el obregonismo”. El acuerdo logrado con Benjamín Hill y José Inés Novelo no fue el de la unión de dos fuerzas opositoras a un gobierno: reconociendo evidentes supremacías, el joven Magaña se comprometió a que, bajo ciertas concesiones, “el zapatismo se unificaría al obregonismo tan pronto como éste llegara al poder”.<sup>68</sup> Al margen de las enormes diferencias entre ambos movimientos, el acuerdo con el obregonismo resultaría muy positivo políticamente, pues Obregón sería poco después el principal rebelde, el único capaz de derribar a Carranza. Así, los zapatistas podrían reclamar haber sido uno de sus primeros aliados.

Convencido sin dificultad por Magaña, Zapata se tomó la libertad de entregar al doctor Francisco Vázquez Gómez la “jefatura suprema de todo el movimiento revolucionario”. Sus argumentos principales fueron que Vázquez Gómez estaba “en constante comunicación” con el presidente Wilson, quien le dispensaba “toda su confianza y apoyo”, al grado de que había “estado deteniendo la intervención” estadounidense por la promesa de Vázquez Gómez de que uniría a todos los revolucionarios “bajo un programa serio”. Zapata también creía que Vázquez Gómez era la mejor oportunidad para unificar la revolución “bajo una dirección única, sabia e inteligente”, aceptable por todos, lo mismo por los del norte que por los del centro, sur y demás regiones del país; lo mismo por los radicales que por los

<sup>66</sup> Magaña a Castro, 7 de septiembre de 1918, en AHIESU-FGM, caja 30, l.26, doc. 472.

<sup>67</sup> Para este asunto, que tuvo lugar entre diciembre de 1918 y enero de 1919, véase la correspondencia cambiada entre ambos: Magaña a Castro, 3 de diciembre de 1918, en ACRA, f. 6, doc. 38. Castro a Magaña, 19 de diciembre de 1918, en *ibídem*; Magaña a Castro 22 de diciembre de 1918, f. 3, doc. 17. Castro a Magaña, 4 de enero de 1919, en AHIESU-FGM, caja 30, l.24, doc. 415 y en el Archivo Francisco Vázquez Gómez (en adelante AFVG), Southern Illinois University at Carbondale, Morris Library, Special Collections, caja 46, ff. 3375-3376. Eduardo Reyes –emisario– a Magaña, 10 de enero de 1919, en AHIESU-FGM, caja 30, l.24, doc. 423. Magaña a Reyes, 14 de enero de 1919, en doc. 425. Magaña a Castro, 14 de enero de 1919, en AFVG, caja 46, ff. 3375-3376.

<sup>68</sup> El certificado de estas actividades de Octavio Magaña, firmado el 1 de diciembre de 1922 por el general Manuel Víctor Romo, en AHIESU-FGM, caja 25, l.3, doc. 55.

moderados y aún por muchos políticos y militares que hasta ahora no se habían adherido a la lucha pero para los cuales Vázquez Gómez “es un centro de atracción”. Para los zapatistas dicho liderazgo ofrecía la ventaja “de evitar que siga habiendo varias jefaturas”, lo que hace aparecer a la revolución “como desunida”, impidiendo “que los gobiernos extranjeros quieran tratar con ella seriamente”. Por todos estos argumentos, Zapata aceptó “gustoso” la sugerencia de darle a Vázquez Gómez la jefatura, lo que “satisfará [sic] a los revolucionarios de todos los colores, pues es esencialmente revolucionario y ampliamente liberal”.<sup>69</sup>

Pocos días después Zapata lanzó un ‘Manifiesto al Pueblo y a los Revolucionarios Mexicanos’, en el que formalmente anunciaba su apoyo a Vázquez Gómez, argumentando que “para llevar a feliz término la labor unificadora sólo hacía falta designar la persona que debiera asumir la jefatura suprema de todo el movimiento revolucionario”. Al margen del sortilegio de elogios que Zapata dedicó a Vázquez Gómez, en el ‘Manifiesto’ se hacen claras las razones de su preferencia por éste: además de tener un supuesto imán unificador, Vázquez Gómez era el único revolucionario de prestigio internacional, puesto que estaba “perfectamente relacionado en las cancillerías extranjeras, que en él reconocen al político de altas y relevantes prendas”, sin duda “el más capacitado en los actuales momentos para atraer a favor toda la adhesión y todas las simpatías de dichos gobiernos”.<sup>70</sup> En rigor, el análisis del tema internacional hecho por el zapatismo era equivocado, pues creía que Woodrow Wilson apoyaría a los rebeldes anticarrancistas si se unificaban, siendo que jamás había simpatizado con huertistas, felicistas y demás miembros del Antiguo Régimen, y que una vez Carranza reconocido por ellos, Wilson decidió no variar radicalmente su política hacia México.

La suposición de que sería el mejor elemento unificador también probó ser desacertada. En efecto, los zapatistas gustaban de Vázquez Gómez porque era el único de los rebeldes “que no se hizo cómplice de la prevaricación maderista, ni se manchó con los crímenes de Huerta y sí ha sabido mantenerse constante y sistemáticamente alejado de las vergüenzas del carrancismo”,<sup>71</sup> lo que lo hacía idéntico a ellos en trayectoria revolucionaria. Sin embargo, en tanto antimaderista, era difícil que lo aceptaran los villistas. Nueva desilusión se llevó Zapata con su propuesta, e incluso tuvo que responder a ciertas críticas que se le hicieron, acusándolo

---

<sup>69</sup> Magaña a Zapata, 31 de enero de 1919, en *ibidem*, caja 30, l.24, doc. 463. Zapata a Magaña, 4 de febrero de 1919, caja l.29, doc. 497.

<sup>70</sup> Una copia del manifiesto, fechado el 10 de febrero de 1919, en AJA, imp., caja 1, doc. 25. Sabemos que fue publicado en el periódico cubano *La Discusión*, el 14 de agosto de ese año. Consúltese AFIG, caja 46, ff. 3365-3371.

<sup>71</sup> Manifiesto del 10 de febrero de 1919, en AJA, imp., caja 1, doc. 25.

de querer imponerlo. En respuesta Zapata aseguró que la designación de Vázquez Gómez “no se opone ni podría oponerse a los Programas Revolucionarios que [se] sostienen en diversos campos con la fuerza victoriosa de las armas”.<sup>72</sup> Esto último expresa otro problema, pues era poco probable que jefes en armas reconocieran como líder supremo de la revolución a alguien que tenía años sin militar efectivamente en ella. Así, meses después no se había logrado la aceptación de Peláez; Villa ni siquiera contestó, no obstante que se le habían mandado “varios emisarios”, y con el felicismo ni siquiera se buscaron los acercamientos, pues Vázquez Gómez exigió que la unificación se apoyase en “un acuerdo de principios”.<sup>73</sup> Con todo, su apuesta por Vázquez Gómez demostraba la tremenda crisis y la profunda transformación que estaba atravesando el zapatismo. No era solamente que Zapata cediera la jefatura revolucionaria a un hombre de clase media y dudosamente progresista.<sup>74</sup> Más importante fue que la decisión ya no proviniera de Zapata sino de su asesor intelectual Gildardo Magaña, miembro de la clase media provinciana, lo que muestra quién detentaba realmente el mando y cuál era la verdadera orientación ideológica del zapatismo hacia 1918 y 1919.

Para analizar la pérdida de influencias de los auténticos jefes campesinos locales es preciso preguntarse sobre las secuelas internas de la muerte de Zapata. La crisis sucesoria enfrentó de nuevo a los intelectuales, dirigidos por Magaña y Soto y Gama, contra los jefes morelenses, con Francisco Mendoza –“el general más antiguo y de méritos bien reconocidos” – y Maurilio Mejía –sobrino de Zapata– a la cabeza.<sup>75</sup> El argumento de los intelectuales era que Zapata mismo había nombrado desde antes a Magaña como jefe del Cuartel General, y que “como lógica derivación de tal investidura”, a él le correspondía la dirección del movimiento suriano.<sup>76</sup> Los

<sup>72</sup> Zapata al Director de *La Prensa*, de San Antonio, Texas, 17 de marzo de 1919, en *ibidem*, caja 4, doc. 354.

<sup>73</sup> Francisco Vázquez Gómez a Jenaro Amezcua, 2 de septiembre de 1919, en *ibidem*, caja 5, docs. 384 y 388. Vázquez Gómez a Amezcua, 16 de septiembre de 1919, en AFGV, caja 46, ff. 3506-3509.

<sup>74</sup> Incluso poco antes se le había criticado por “intrigante”, “ambicioso”, “malo” y por ser un hombre “con el que no se puede contar para nada”; asimismo, un jefe zapatista afirmó que el doctor tenía “unas ideas enteramente contrarias al Plan de Ayala”. Cfr. Paz a Zapata, 27 de octubre de 1916; Zapata a Villa, 18 de agosto de 1917, en AHIESU-FGM, caja 29, l.13, doc. 637. Magaña a Zapata, 31 de enero de 1919, en caja 30, l.24, doc. 436. Soto y Gama a Amezcua, 24 de junio de 1919, en AJA, caja 4, doc. 369. Paz a Amezcua, 8 de julio de 1919, en caja 5, doc. 381.

<sup>75</sup> No debe de enfatizarse mucho esta división dicotómica, pues distorsionaría totalmente los hechos. Si Magaña y Soto y Gama contaban con el apoyo de varios jefes, fue precisamente el secretario particular de Zapata, Salvador Reyes Avilés, quien inmediatamente sugirió a Mendoza que asumiera “desde luego” el mando de las fuerzas zapatistas “y proceda a convocar a una junta de generales, para que en definitiva quede nombrado el nuevo jefe”. Cfr. Salvador Reyes a Francisco Mendoza, 11 de abril 1919, en *ibidem*, caja l.36, doc. 582.

<sup>76</sup> Soto y Gama a Amezcua, 23 de junio de 1919. Cfr. AJA, caja 4, doc. 367.

jefes militares tenían otro punto de vista. Primero pospusieron indefinidamente la elección de Jefe del Ejército Libertador. Luego, reconociendo que era necesario “un centro común”, aceptaron que Magaña siguiera dirigiendo “al personal de esas oficinas”, pero le exigieron que “todos los asuntos de vital importancia” fueran consultados ante “los principales jefes”.<sup>77</sup> Así, los jefes desafiaron, a los intelectuales y reclamaron participar igualmente en la toma de decisiones.

Las condiciones militares del país, la coyuntura electoral que se avecinaba y el predominio real que de un tiempo atrás tenían los intelectuales fuefeños al interior del zapatismo, permitieron que al poco tiempo éstos lograran, no sin objeciones de Mendoza y Mejía, el reconocimiento formal a su jefatura. A principios de septiembre tuvo lugar una junta convocada por Magaña, en la que éste fue electo por mayoría.<sup>78</sup> El resultado fue hecho público inmediatamente, en un documento que describía perfectamente la labor y personalidad de Magaña: “activo y empeñoso, prudente y hábil, conciliador y ecuaníme, honrado y justiciero”, se había dedicado a ganar simpatizantes para la causa suriana y a aumentar la fuerza y el prestigio de la revolución por medio de la unificación; es más, se alegaba que gracias a Magaña el zapatismo, antes aislado y orgullosamente recluso en las montañas, era ahora muy conocido y respetado “por los otros grupos revolucionarios del país”. Asimismo, dicho documento indicaba claramente las preferencias políticas que imperaban en el zapatismo: Magaña era visto como “el hombre de la unificación, el hombre indicado en estos momentos para guiar y conducir al triunfo a los agraristas del Sur”.<sup>79</sup>

Además de destacar la crisis sucesoria, es preciso preguntarse si el zapatismo cambió después de la muerte de su caudillo. Dado que Zapata ya había conferido a Magaña “amplias facultades para tratar los asuntos políticos”,<sup>80</sup> mientras él se reducía a los decrecientes asuntos militares, sería de pensarse que no habría mayores modificaciones. En efecto, ratificaron en su puesto a Vázquez Gómez.<sup>81</sup> Sin em-

---

<sup>77</sup> Mejía, Mendoza, Jesús Capistrán, Timoteo Sánchez y otros a Magaña, 25 de mayo de 1919. Cfr. AHIESU-FGM, caja 30, l.35, doc. 572.

<sup>78</sup> El acta de la junta, fechada el 4 de septiembre de 1919, en *ibidem*, caja 30, l. 38, doc. 598, y en ACRA, f. 6, doc. 63. Véase también AFVG, caja 46, ff. 3504-3505. Para la oposición de Mendoza y Mejía al reconocimiento de Magaña, véase AHIESU-FGM, caja 30, l.4, doc. 36 y l.38, docs. 605, 610, 614 y 615.

<sup>79</sup> Manifiesto a los Revolucionarios del Sur, firmado el 5 de septiembre por F. de la Torre, Díaz Soto y Gama, Carlos y Salvador Reyes Avilés y Lecona, en *ibidem*, caja 30, l.38, doc. 599, y en ACRA, f. 3, doc. 24 y f. 4, doc. 1.

<sup>80</sup> Esto se afirma en un análisis de la obra de Magaña, dicho seguramente por algunos de los Reyes Avilés. Cfr. ACRA, f. 3, doc. 25.

<sup>81</sup> Soto y Gama a Amezcua, 24 de junio de 1919, en AJA, caja 4, doc. 369. En el Manifiesto al Pueblo Mexicano, del 15 de abril de 1919, en el que todas las autoridades zapatistas aceptaron la muerte del caudillo y prometieron seguir en la lucha, ratificaron al doctor en la jefatura suprema. Cfr. *ibidem*, doc.

bargo, los cambios en las condiciones generales del país los obligaron a modificar su proceder. En rigor, además Magaña solicitó “entrar en arreglos con las autoridades constituidas, a fin de llegar a un acuerdo sobre la forma en que podamos deponer nuestra actitud rebelde y colaborar a la pronta y total pacificación del país”.<sup>82</sup> Existe la duda de si Magaña decidió rendirse por la gran debilidad que padecía el zapatismo a principios de 1920; si lo hizo como estrategia de sobrevivencia, o si luego llegó a un mejor compromiso con los obregonistas, inminentes rebeldes, pues según Juan Barragán, Jefe del Estado Mayor de Carranza, después de la entrevista que tuvieron el presidente y el nuevo jefe suriano, éste “no volvió”.<sup>83</sup>

#### RESURGEN DE LA NADA

¿Qué habrá llevado a Magaña a interrumpir tan bruscamente sus negociaciones con Carranza? Existen dos posibilidades de respuesta. Una puede ser el renacimiento de una propuesta de unificación de rebeldes. En efecto, a principios de 1920 circuló una invitación para asistir a una junta en Estados Unidos con los representantes de los grupos rebeldes, convocada por Manuel Peláez, lo que implicaría que Magaña y el zapatismo perdían la paternidad y la dirección de la política unionista, y que la perdían ante un jefe que difícilmente podía ser considerado como revolucionario. Para colmo de males, Magaña enfrentaba el problema de la designación de su representante a tal junta, pues Vázquez Gómez tenía ya una muy alta investidura como para supeditarla a los deseos de Peláez, y Octavio Paz, el otro representante suriano en Estados Unidos, siempre había criticado las alianzas con los que no fueran revolucionarios. La solución que encontró fue proponerle a Villa que los representantes de ambos presentaran un frente con “afinidad de ideales”. Además, pidió a Vázquez Gómez que asistiera a la junta si lo estimaba prudente, pero “con su

---

362. Poco después, reconociendo su autoridad, le solicitaron su consejo en la designación del sucesor de Zapata para la jefatura del Ejército Libertador. Cfr. AHIESU-FGM, caja 30, l.35, doc. 558. Por último, en el manifiesto a los Revolucionarios de la República, del 15 de octubre, en el que Magaña les anunciaba su designación, aclaró que seguía “subordinado” a Vázquez Gómez, “a quien diversos núcleos revolucionarios reconocemos como [...] Jefe Supremo”. Cfr. *ibidem*, caja l.4, doc. 44.

<sup>82</sup> Magaña al Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra, diciembre de 1919, en AHIESU-FGM, caja 30, l.32, doc. 543. El mediador de este intento de arreglo fue Lucio Blanco. Cfr. *ibidem*, caja l.4, doc. 47 y caja l.15, doc. 267. Un jefe zapatista enemigo de Magaña aseguraba que éste se rendía porque “no tiene a su mando ni 30 hombres”. Cfr. Luis Méndez a Pablo González, 10 de mayo de 1920, en Archivo Pablo González (en adelante APG), Biblioteca “Daniel Cosío Villegas”, El Colegio de México, r. 51, g. 20.

<sup>83</sup> AHIESU-FGM, caja 30, l.37, doc. 593.

carácter de Jefe de la Revolución”. Por último, nombró como su representante a Jenaro Amezcua, quien en Cuba había establecido magníficas relaciones con conocidos felicistas y huertistas.<sup>84</sup>

A principios de 1920 Carranza había ya mostrado sus preferencias en cuanto a su sucesor, –Ignacio Bonillas– al tiempo que se rumoraba que de no resultar triunfador, Obregón se alzaría en armas. Es evidente que los líderes obregonistas y los jefes zapatistas llegaron a un acuerdo previendo esta eventualidad, como lo confirma el que líderes obregonistas que se encontraban en la capital del país, como Benjamín Hill, se dirigieran a tierras morelenses tan pronto estalló la revuelta, encontrando allí magnífico refugio.<sup>85</sup> Así, con esta maniobra pasó de ser un movimiento en clara decadencia, a ser parte importante, aunque subordinada, de la rebelión aguaprietista y, después, del gobierno obregonista.<sup>86</sup> Finalmente le resultaba correcta y provechosa una alianza política, luego de diez años de intentos fallidos. Habían errado con Madero, Orozco, Villa –en la Convención– y Vázquez Gómez. Desastroso resultó su acercamiento a los carrancistas, pues costó hasta la vida a Zapata. Sin embargo, su adhesión al obregonismo les valió el control político de su estado y la realización de algunos cambios en la estructura agraria. Aunque rebasa los límites cronológicos de este trabajo, habría que preguntarse qué tanto ganaron con esta alianza. Evidentemente, lograron más que de haber continuado como rebeldes. La duda que persiste es si se habrán beneficiado todos los zapatistas, o sólo los intelectuales fuereños, a quienes se debía la unión con Obregón. En más de un sentido se beneficiaron todos, pero no mucho ni por largo tiempo. Además, unos recibieron más que otros. Como en casi todos los movimientos campesinos, los intelectuales y los fuereños serían los más beneficiados. El zapatismo no fue la excepción.

---

<sup>84</sup> En lo relativo a dicha junta y al nombramiento de los representantes, véase *ibídem*, caja 1.15, doc. 272, 273, 274 y 275. Respecto a la colaboración con los villistas véase la carta de Magaña a Villa, del 31 de enero de 1920, en *ibídem*, doc. 278. En lo referente a las relaciones de Amezcua con políticos del Antiguo Régimen, véanse AJA, caja 5, docs. 379 y 382, y ALB, caja 10, doc. 1134.

<sup>85</sup> Paz a Amezcua, 26 de abril de 1920, en AJA, caja 5, doc. 413.

<sup>86</sup> En un Manifiesto a los Pueblos de la Región Suriana, con fecha 1 de mayo de 1920, Magaña les solicita “impartan su ayuda moral y material a todos los [...] nuevos compañeros –léase obregonistas–, que desengañados ya de las patrañas del carrancismo, vuelven al campo de la lucha”. AHIESU-FGM, caja 30, 1.18, doc. 291. En el doc. 298, Ángel Barrios informó a Magaña, el 16 de mayo de 1920, de la colaboración de algunas fuerzas zapatistas y obregonistas en el ataque al convoy en el que Carranza huía rumbo a Veracruz.



## Los conflictos internos en el zapatismo

*Felipe Ávila Espinosa*

EL ZAPATISMO ha sido uno de los movimientos populares más estudiados dentro de la Revolución Mexicana y, como vimos, existe una amplia producción historiográfica sobre él. En estos estudios, con diferentes matices, aparece una imagen del zapatismo como un movimiento campesino de carácter agrario y radical, que se diferenció de los otros grandes movimientos sociales que participaron en la revolución porque fue el único que logró una transformación en las estructuras agrarias predominantes en la región que estuvo bajo su dominio. En esa transformación, desapareció el régimen de las haciendas, la institución agraria predominante desde la época colonial, y los pueblos y comunidades campesinas lograron recuperar la propiedad de las tierras, bosques y aguas, al menos transitoriamente. Ese proceso tuvo su periodo más álgido entre 1914 y 1916.<sup>1</sup>

---

Felipe ÁVILA ESPINOSA. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.

<sup>1</sup> A las principales obras sobre el zapatismo aparecidas después del clásico libro de John Womack citadas en las notas 3 y 6 del artículo “La historiografía del zapatismo” publicado en este volumen, a las que remitimos, podemos agregar: ESPEJEL, Laura, “El costo de la guerra. La compañía papelera de San Rafael y el financiamiento zapatista”, en Laura ESPEJEL, (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 269-302. PINEDA, Francisco, *La irrupción zapatista, 1911*, Ediciones Era, México, 1997. BRUNK, Samuel F., *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995; BRUNK, Samuel F., “Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, núm. 1, February 1993, pp. 33-65 y “‘The Sad Situation of Civilians and Soldiers’: The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution”, en *The American Historical Review*, vol. 101, no. 2, April 1996, pp. 331-353. GUAJARDO, Guillermo, “Tierra y Acero. Máquinas y obreros bajo los zapatistas (1910-1915)”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 247-268. ÁVILA ESPINOSA, Felipe, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, INEHRM / Instituto de Cultura de Aguascalientes, México, 1991; *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001; “La ciudad de México ante la ocupación de las fuerzas villistas y zapatistas. Diciembre de 1914-junio de 1915”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XIV, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1991, pp. 107-128; “El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto de legislación estatal zapatista”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XVI, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1993, pp. 53-77; “La revolución zapatista en el Estado de México”, en Milada BAZANT (coord.), *175 años del Estado de México y perspectivas para el tercer milenio*, El

En un primer balance del zapatismo –luego de los numerosos estudios que lo tratan y de la revisión de los ricos y voluminosos archivos que dan cuenta de él– se puede concluir que éste logró establecer, en el cenit de su fuerza, entre fines de 1914 y hasta la mitad de 1916, un poder regional autónomo –un Estado regional, en sentido estricto– en el territorio morelense y en algunas zonas aledañas de Puebla, Guerrero, Estado de México y el sur del Distrito Federal, donde las estructuras y funcionarios de los distintos poderes locales –gobernadores, presidentes municipales y jueces auxiliares– estuvieron subordinados a los jefes militares zapatistas o fueron puestos directamente por ellos. Al mismo tiempo, estableció en los hechos un nuevo orden jurídico a través de una legislación y normatividad formal, que los jefes zapatistas trataron de aplicar en sus dominios al tener en sus manos el elemento decisivo para hacer valer su poder: el monopolio de la violencia en su región, materializado mediante la actividad de las diferentes partidas y bandas armadas del Ejército Libertador del Sur. En las condiciones impuestas por la guerra, el Cuartel General suriano, el máximo órgano político y militar del ejército zapatista, quien ejerció el poder real en la zona. Fue esta instancia la que decidió y llevó a cabo la estrategia militar, la que estableció las alianzas políticas, la que supervisó a las distintas autoridades civiles y militares y la que administró los asuntos de justicia. Asimismo, el Cuartel General y los jefes militares zapatistas controlaron centralmente la economía de la región, intervinieron y manejaron las haciendas azucareras, las utilizaron para financiar la guerra y regularon el abasto y el comercio de productos.

Así pues, el dominio indiscutido –aunque temporal– sobre un territorio y una población, con una institución y un orden jurídico propio y un ejército garante fueron los elementos centrales que permiten afirmar que el zapatismo fue capaz de crear un Estado regional y que ese Estado fue la plataforma a partir de la cual lucharon por imponer su hegemonía a escala nacional contra los otros poderes y estados regionales que se constituyeron en el momento culminante de la Revolución Mexicana, cuando el proceso revolucionario quebró el aparato estatal del antiguo régimen y se fragmentó el poder soberano nacional en al menos tres poderes regionales soberanos emergentes: el villismo, el constitucionalismo y el zapatismo.

---

Colegio Mexiquense, México, 1999, pp. 219-240; “La historiografía del zapatismo después de John Womack”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 31-55; “La rebelión zapatista contra Díaz” y “El zapatismo durante el gobierno de Huerta”, en Josefina Zoraida VÁZQUEZ (coord.), *Gran Historia de México Ilustrada*, vol. IV, Editorial Planeta de Agostini / CONACULTA / INAH, México, 2001, pp. 356-360 y pp. 380-386; “La vida campesina durante la revolución: el caso zapatista”, en Pilar GONZALBO AIZPURU (dir.), *Historia de la vida cotidiana en México*, vol. V: “Siglo XX: campo y ciudad”, coordinado por Aurelio DE LOS REYES, El Colegio de México / FCE, México, 2006.

Éstos, como en toda situación revolucionaria bajo estas condiciones, a pesar de su autonomía tenían las limitaciones propias de un poder inestable y en lucha contra otros poderes por reconstituir al único poder soberano real, el del Estado nacional.<sup>2</sup>

Otra característica que distinguió al movimiento zapatista fue la persistencia y el arraigo popular de su lucha, que hizo se mantuviera en pie de guerra –con periodos de ascenso y reflujo como todo movimiento social y político-militar– durante los nueve años de la guerra civil revolucionaria. En ese lapso enfrentó, sucesivamente, a los gobiernos nacionales de Porfirio Díaz, León de la Barra, Madero y Huerta, así como al constitucionalismo. Esa tenacidad y el desafío que significó para sus enemigos provocaron que en la región suriana, se haya producido una de las mayores destrucciones del periodo revolucionario. La mayoría de las ciudades, pueblos y rancherías, al igual que las haciendas y los campos agrícolas, fueron escenario de combates y ocupaciones sucesivos; muchas localidades resultaron destruidas, total o parcialmente. Esa violencia afectó la vida de las personas y modificó sus condiciones de existencia. La gente común de las zonas zapatistas tuvo que adaptarse a las condiciones impuestas por la guerra, a la destrucción y a la muerte, a la escasez de alimentos, a la pérdida de su patrimonio, a la separación de sus familias, a la desaparición de seres queridos.

La violencia de la guerra desestructuró la vida cotidiana de la gente común al imponer penurias, escasez extrema, el riesgo de perder la vida y el patrimonio. La población civil de la región suriana vivió y reaccionó de diferente manera a esas nuevas condiciones y creó mecanismos y estrategias de adaptación y supervivencia

---

<sup>2</sup> El Estado regional zapatista no fue –y no podía serlo en una situación de guerra civil prolongada, con ascensos y reflujos y cambio en la correlación de fuerzas entre los bandos contendientes– una estructura de poder institucional consolidada. La guerra misma y la debilidad militar y económica del zapatismo, manifiesta desde 1912, le impedían tener un dominio estable sobre el territorio en el que tenía mayor influencia. El término se refiere entonces al poder que ejercieron los jefes zapatistas sobre ese territorio, sobre todo entre mediados de 1914 y mediados de 1916, cuando tuvieron en sus manos el monopolio de la fuerza y el control de las estructuras políticas, administrativas y de administración de justicia sobre Morelos, Guerrero y algunos distritos de Puebla y el Estado de México. Era una especie de territorio liberado en el que se ejercía una soberanía distinta a la del Estado nacional, que en 1914 había sido desintegrada por la acción de las fuerzas revolucionarias del norte y sur. Esa soberanía regional estaba en guerra contra otros poderes soberanos, contra el huertismo primero y, después, contra el constitucionalismo. Por tanto, el propio territorio zapatista estaba en disputa y los límites físicos de su dominio eran muy inestables y pronto, luego de la derrota militar de Villa ante Obregón, su dominio regional fue retrocediendo hasta ser derrotado por el constitucionalismo. Sin embargo, mientras estuvo en auge, de fines de noviembre de 1914 a mediados de 1916, tuvo la fuerza suficiente para eliminar a la antigua clase terrateniente de los azucareros morelenses y realizar el único y más amplio proceso de reforma agraria que tuvo lugar durante la Revolución Mexicana, lo que significa, quizás, su mayor logro histórico.

para proteger a sus familias y comunidades. Entre ellas, destacó la compleja relación que estableció tanto con el Ejército Libertador del Sur como con los rivales de éste. Una parte de la población civil, sobre todo los hombres jóvenes, se incorporó a las filas zapatistas para proteger a los suyos; otra parte participó activamente con los alzados, porque les ofrecían protección ante la represión del ejército federal y de las tropas rurales y porque muchos pueblos y comunidades tenían familiares o amigos en las filas insurgentes y colaboraron con ellos, en la medida de sus posibilidades. A pesar de la modernización económica que había tenido lugar en la entidad morelense en la segunda mitad del siglo XIX y la influencia de la ciudad de México sobre las élites y clases medias de la entidad, la sociedad rural en la que surgió el zapatismo conservaba marcados rasgos tradicionales —que se reflejaron a su vez en el movimiento rebelde—, como la fuerte solidaridad y los vínculos de consanguinidad y amistad entre muchos de sus participantes, característica que le daba una gran cohesión, sobre todo ante el exterior. Algunos más ofrecieron un apoyo condicionado a los rebeldes, en una especie de contrato moral implícito de reconocimiento, lealtad y apoyo material por parte de la población civil a cambio de seguridad, protección y favores de los jefes surianos. Otros, se vieron obligados a brindar respaldo, por presiones y coacción de las autoridades civiles zapatistas y de los jefes militares. Otros sectores no se comprometieron con la lucha rebelde ni con la de sus rivales y trataron de permanecer neutrales, en una difícil situación en la que las condiciones orillaban a tomar partido. Y hubo también, como en todo movimiento social y revolucionario, grupos sociales e individuos que, por el contrario, no se sintieron identificados ni con los ideales que con mayor o menor claridad decían defender los zapatistas ni, sobre todo, con el comportamiento de muchos de los jefes y soldados surianos, que tuvieron una conducta que los agredió y ofendió. Finalmente, hubo un sector minoritario de la población civil, pero significativo, que se atrevió a resistir al zapatismo e, incluso, se armó para rechazarlo.<sup>3</sup>

Así pues, como muestran todas las revoluciones y movimientos políticos y sociales importantes, a pesar de la homogeneidad social en los sectores en que asentó su influencia el movimiento, hubo una gran diversidad en las respuestas de la población civil a la revolución zapatista, a través de múltiples y variadas formas en las cuales se expresó el sentir colectivo e individual de la gente común morelense y de los territorios en los que el zapatismo sentó sus reales, que iban desde la identificación y apoyo pleno hasta la oposición abierta a él. Lo que sigue es una visión somera de este proceso. El énfasis está puesto en explicar las causas que originaron

---

<sup>3</sup> El presente trabajo recoge en su primera parte algunas de las ideas principales de mi libro *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001, pp. 273-298.

la rebelión y la actitud de la población civil ante ella. Paralelamente, trata de hacer una aproximación al Ejército Libertador suriano desde adentro, a las formas de conducta y a las acciones de la tropa, de los soldados y oficiales medios que formaban el sustrato mayoritario del movimiento. Una parte sustancial de este acercamiento es el análisis de los conflictos internos, de las contradicciones que se presentaron en el Ejército Libertador, de las disputas por el liderazgo y las tensiones y problemas que tuvieron con los pueblos y comunidades de la zona. Es, hasta donde lo permiten las fuentes y las limitaciones de una aproximación con estas características, una historia desde abajo y desde dentro del zapatismo y de la población civil de las zonas bajo su influencia.

#### LA LUCHA POR LA TIERRA

Aunque parezca una verdad de Perogrullo, es pertinente subrayar que la característica principal que definió al zapatismo fue el énfasis que puso en resolver la problemática agraria en beneficio de los sectores rurales marginados. No es posible entender al zapatismo ni la influencia que tuvo durante y después de la revolución, sin considerar su estrecha vinculación con el problema agrario. Durante la década revolucionaria, ejerció la mayor influencia al ser el principal representante de las aspiraciones agrarias de los pueblos y comunidades campesinas y obligó a que se reconocieran éstas como el problema fundamental de la revolución. Las otras corrientes y la fracción ganadora del proceso revolucionario no pudieron eludir la cuestión agraria y la tuvieron que incorporar en el nuevo orden constitucional como un aspecto central. De igual modo, el régimen posrevolucionario tuvo que hacer, a final de cuentas, una reforma agraria institucional –aunque desde arriba y controlada por el poder central– y la relación del nuevo Estado nacional con las organizaciones campesinas –de carácter corporativo y clientelar– se convirtió en uno de sus sostenes principales. Finalmente, el papel simbólico que siguió ejerciendo el zapatismo en el imaginario colectivo de los movimientos campesinos y sociales independientes de México, después de 1917 y hasta la irrupción del neozapatismo chiapaneco en 1994, tuvo en las luchas agrarias y en la independencia política respecto al Estado que caracterizaron al zapatismo original, una importante fuente de inspiración y ejemplo.

Así pues, lo que permitió al movimiento zapatista obtener un amplio respaldo entre la población civil, no sólo en la zona que fue su cuna –los valles de Cuernavaca y Cuautla– sino también en las regiones vecinas, fue la defensa de los derechos agrarios de los pueblos y comunidades campesinas del centro-sur del país,

derechos que se asentaban en una larga tradición de reivindicaciones cuya historia se remonta a la época colonial.

El denominador común en esos lugares fue una problemática agraria que, con diferentes matices, se expresaba en conflictos por la posesión y el usufructo de tierras, aguas y bosques entre las comunidades campesinas y las haciendas e ingenios. Ese había sido el rasgo que había definido la historia agraria del territorio morelense. Esos conflictos, de larga duración, fueron uno de los motivos centrales que explican el estallido y las características agrarias de la rebelión zapatista, como ha sido demostrado ampliamente por diferentes estudios.<sup>4</sup>

Sin embargo, lo novedoso que muestran los estudios más recientes sobre la historia agraria de la región y sobre las causas que originaron el movimiento zapatista es que el conflicto que tuvo lugar en los valles centrales morelenses a fines del Porfiriato no fue de tipo tradicional, no fue la típica lucha de pueblos y comunidades campesinas despojados violentamente de sus tierras por las haciendas e ingenios, sino que fue un conflicto nuevo, producido por la modernización tecnológica y productiva de la agroindustria cañera. Los hacendados habían ganado antes, desde fines de la época colonial, la batalla por la posesión de las tierras y aguas a las comunidades campesinas y éstas se habían vuelto arrendatarias de las tierras que originalmente les habían pertenecido. Lo que ocurrió al final del porfiriato fue la interrupción súbita de la posibilidad de seguir arrendando esas tierras, que fueron utilizadas por las haciendas para ampliar la superficie de cañaverales y satisfacer así una demanda nacional en crecimiento.<sup>5</sup> Los pueblos y comunidades vivieron esa modificación de las reglas del juego como una ruptura del pacto moral y de la relación funcional simbiótica que tenían con los dueños de las haciendas para trabajar la tierra. Ese agravio se sumó a otros agravios históricos y recientes y los hizo volver a reclamar sus derechos ancestrales sobre las tierras, bosques y aguas, reivindicaciones que nunca habían abandonado y que reaparecían de manera recurrente.

Los estudios del zapatismo nos muestran también las diferencias que tuvo el zapatismo nuclear de los valles morelenses con el zapatismo de las zonas periféricas, en las que había otra problemática agraria y política y en las que se produjo otro

---

<sup>4</sup> MARTIN, Cheryl E., *Rural Society in Colonial Morelos*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985, pp. 47-55, 65-85, 163-169, 177-196; CRESPO, Horacio (dir.) *et al.*, *Historia del azúcar en México*, vol. 1, FCE / Azúcar S. A., México, 1988, pp. 74-79, 85-89, 94-95; CRESPO, Horacio, "La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto", Tesis Doctoral en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1996, pp. 143-180, 422-475, 492-550.

<sup>5</sup> Horacio Crespo es quien ha demostrado con mayor fundamentación el tipo de conflicto de los arrendatarios morelenses ante el avance de las relaciones mercantiles en el agro de la región. Ver CRESPO, "Hacienda", 1996, pp. 100-127, 143-180, 422-475.

tipo de movilización y liderazgo rebelde.<sup>6</sup> De manera significativa, en los municipios poblanos y guerrerenses colindantes con la entidad morelense sí había ocurrido un proceso más típico de expropiación y usurpación de los recursos naturales de los pueblos campesinos por parte de los hacendados durante las últimas décadas del siglo XIX. La ofensiva de los distintos gobiernos liberales y de la oligarquía terrateniente y mercantil que tuvo lugar durante buena parte del siglo XIX en contra de la propiedad colectiva de las comunidades indígenas y de las corporaciones eclesiásticas, se expresó con crudeza en esas regiones y, aunque hubo resistencias, los pueblos perdieron la batalla y se vieron obligados a abandonar sus tierras y a convertirse en arrendatarios y trabajadores estacionales de las haciendas. En ese proceso, la mayoría de los pueblos opuso diversos grados de resistencia, pero fueron incapaces de revertir el proceso.<sup>7</sup>

Esos pueblos apoyaron a la insurrección zapatista y se incorporaron a las filas de lo que pronto fue conocido como el Ejército Libertador del Sur y Centro. El zapatismo representó para ellos la posibilidad de recuperar sus recursos y restablecer la justicia rota. Llama la atención que exista una clara correlación entre las regiones periféricas zapatistas de Puebla y Guerrero, en 1911 y 1912, que fueron las zonas en

---

<sup>6</sup> RUEDA, Salvador, “La zona armada de Genovevo de la O”, en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, núm. 3, ENAH, México, 1981, pp. 38-43 y “La dinámica interna del zapatismo, consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista”, en CRESPO, Horacio (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México /UAEMor, México, 1984, pp. 225-249.

<sup>7</sup> Los pueblos de Alcomunga y San Miguel, en la sierra de Tehuacán perdieron sus tierras ante el avance la hacienda de Buena Vista en la segunda mitad del siglo XIX; igual ocurrió con el de San José Ixtapa, en el distrito de Chalchicomula, Puebla en 1898, a manos de la hacienda del Carmen; en el de Tlancuilpicán, Chiautla, en ese mismo estado, aprovechando las leyes de baldíos porfirianas perdieron sus tierras, las cuales fueron repartidas entre las haciendas de Jaltepec, Atencingo, Tenango y Santa Ana en 1895. Conflictos agrarios más añejos, que databan de la época colonial, se recrudecieron en la década de 1880 cuando los pueblos de Zumpahuacán y San Antonio Tenancingo, en la entidad poblana, fueron despojados por el gobierno del estado que construyó en sus terrenos una colonia. Otros litigios por tierras ocurrieron con las comunidades de Teziutlán, San Diego, San Juan Paxtla, Cuahuixtla, Santo Tomás, Los Reyes y Santiago Mazatla en 1910 contra la hacienda de Raboso, también en la entidad poblana. En Guerrero, en los años del gobierno de Díaz hubo conflictos agrarios que enfrentaron a pueblos despojados contra haciendas en Tehuilepec, Ajuchitlán, Tonalapa del Río, Coatepec de los Costales, Tlaco y Tlapa. Ver “Vecinos de Alcomunga, San Miguel y San José Ixtapa a Juan Sarabia”, *Diario del Hogar*, 3, 4 de enero de 1912; “Vecinos de Tlancuilpicán Chiautla a Madero”, 15 de enero de 1912, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Fondo Francisco I. Madero (FFM), 3:67-2:2022-2023; “Vecinos de Zumpahuacán, San Pablo y San Antonio de Tenancingo a Madero”, s/f, ibídem, 3:78-1:2306-2314; “Martín Merino a Madero”, Teziutlán, 19 de enero de 1912, ibídem, 3:77-2:2297-2298; “Vecinos de Ajuchitán, Guerrero a Madero”, 31 de diciembre de 1911, ibídem, 2:64-1:1966-1967; “Autoridades de Tonalapa, Coatepec, Tlaco y Tlapa a Madero”, *Diario del Hogar*, 16 de febrero de 1912.

las que se dio el mayor grado de expropiación agraria a las comunidades campesinas en los años del régimen porfiriano, y la gran violencia de masas, muy temprana, que caracterizó la insurrección en esos lugares en contra de las haciendas y las estructuras de dominación local.<sup>8</sup>

La existencia de fuertes conflictos agrarios y la tensión social en la región morense y las zonas aledañas explican la incorporación de los sectores rurales bajos a la revuelta, así como el alto grado de violencia que adquirió la insurrección en esos lugares. Lo nuevo fue que ese descontento social, endémico, encontró un nuevo contexto, originado por la insurrección maderista, que le abrió un nuevo campo de posibilidades para ampliarse y trascender, para establecer alianzas y potenciar sus fuerzas. La conjunción de esa problemática agraria, de la resistencia de las comunidades a lo que percibían como una injusticia, y un fuerte desafío al régimen, tanto en el nivel nacional como local, expresado en la rebelión maderista, le dieron una nueva dimensión y significado a las protestas agrarias locales. Unos y otros se re-orientaron. Por eso el zapatismo tuvo arraigo en estos sectores, porque supo canalizar y representar esas reivindicaciones agrarias y ofrecerles una alternativa política. En la medida en que la insurrección se fue extendiendo y el zapatismo demostró su disposición y su capacidad para que los pueblos campesinos recuperaran sus tierras, creció su prestigio, incrementó sus fuerzas y obtuvo un mayor apoyo de esos sectores beneficiados con la entrega de tierras o que aspiraban a recibirlas.

#### LAS REIVINDICACIONES POLÍTICAS Y LOS AGRAVIOS DE LA POBLACIÓN CIVIL

Pero no fue solamente la identificación con las aspiraciones agrarias lo que alimentó la insurrección zapatista. Hubo también otros factores que tuvieron una gran importancia en el surgimiento y desarrollo de la revuelta y que, en ocasiones, tuvieron una importancia coyuntural mayor que la problemática de la tierra. Destacan, en la

---

<sup>8</sup> En abril de 1911, los rebeldes que se habían incorporado a la insurrección maderista contra Díaz atacaron varias veces la hacienda de Atencingo, cerca de Izúcar, la cual tenía conflictos de tierras con los pueblos de Cítela y Jaltepec; los rebeldes mataron a varios empleados. El 7 de ese mismo mes, cuando ocuparon la plaza de Chietla, los rebeldes juzgaron y fusilaron al jefe político del distrito. En los primeros meses de 1912 las fuerzas de *el Tuerto* Morales, el jefe zapatista más importante en Puebla, asolaron las haciendas de los distritos de Atlixco, Izúcar y Acatlán, quemando varios cañaverales, saqueado las fincas y ejecutando a varios hacendados, como ocurrió en Atotonilco y San José Buenavista, ver “J. Andonegui, jefe político de Chiautla a Porfirio Díaz”, 29 y 31 de marzo de 1911, Universidad Iberoamericana, Colección Porfirio Díaz, (CPD) 70:7293, 7450-7451; “Agustín del Pozo a Madero, Puebla”, 11 de enero de 1912, AGN-FFM, 7:179:5104-51089; *El País*, 9, 10, 14, 17, 18, 19, 21-23, 29 de enero de 1912.

fase inicial del movimiento, durante el interinato de León de la Barra, una serie de reivindicaciones políticas por parte de los líderes zapatistas que quisieron ocupar un lugar preponderante en la reorganización de los poderes y de las fuerzas del orden locales en la entidad morelense luego del triunfo de Madero, así como un rechazo a la injerencia del centro nacional y de los líderes vecinos rivales de los zapatistas, el clan de los hermanos Figueroa, originarios de Huitzucó, Guerrero, quienes habían sido los principales dirigentes de la insurrección maderista en esa entidad y tenían influencia, por sus actividades productivas y sus relaciones, en la zona de Jojutla. Después de la renuncia de Díaz, los dirigentes del movimiento zapatista se sintieron con derecho a influir en la designación del gobernador de Morelos y creyeron que podían aspirar legítimamente a encabezar ellos mismos a los cuerpos rurales locales. Sin embargo, la mayor afinidad política de Madero con los Figueroa, permitió a éstos consolidar su dominio regional, con el control político y militar de Guerrero y de Morelos, excluyendo a los jefes zapatistas.<sup>9</sup>

En las fases posteriores, después de 1914, en la medida en que el zapatismo creció y estableció su dominio en la región centro-sur del país, la autonomía política y el rechazo al centro nacional siguieron siendo una necesidad primordial. Así, el movimiento zapatista mantuvo, hasta el final, una fuerte autonomía y una constante oposición al centralismo, haciendo frente a los intentos de subordinarlo que buscaron, en diferentes momentos, el maderismo, el villismo y el constitucionalismo. Esta autonomía y oposición al centralismo tenían elementos de continuidad con las luchas políticas de la región desde las guerras de independencia y durante el siglo XIX y mantuvieron su vigencia durante la década revolucionaria, dando fortaleza al zapatismo que supo reivindicarlas y encauzarlas.

El otro elemento que también ocupó un papel relevante en la incorporación de la población civil al movimiento, fue una estrategia de supervivencia de las comunidades ante la violencia desatada en contra de ellas por el ejército y por las tropas rurales. Los mandos del ejército federal identificaron la fuerte relación que había entre la guerrilla zapatista y la población civil y trataron de romper ese vínculo atacando frontalmente a las comunidades, con una política de guerra a sangre y fuego, de quema de poblados, asesinatos sumarios y reconcentración de la población civil en aldeas estratégicas, en lo que fue la primera expresión de la táctica de contrainsurgencia del régimen mexicano en el siglo XX. Esta estrategia, sin embargo, fracasó

---

<sup>9</sup> JACOBS, Ian, "Rancheros de Guerrero: los hermanos Figueroa y la Revolución", en BRADING, David (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, FCE, México, 1985, pp. 113-114; "Alfredo Robles Domínguez a Ambrosio Figueroa, México", 1º de junio de 1911, AGN, *Fondo Alfredo Robles Domínguez* (en adelante FARD), 4:17:74.

y produjo que los vínculos y la solidaridad entre las tropas rebeldes y la población civil se estrecharan. La dureza de la represión oficial contra la población civil de los pueblos y aldeas —constituida mayoritariamente por mujeres, ancianos y niños— tuvo el efecto inmediato de que la población agredida se identificara aún más con los combatientes zapatistas, quienes se constituyeron en una especie de brazo amado de las comunidades y que les sirvió como protección y respaldo ante la represión.<sup>10</sup>

El empleo del terror por parte de las fuerzas del orden produjo también que la revuelta se extendiera más allá de los límites morelenses. Así, es posible advertir una correlación directa entre la intensidad de la represión contra la gente común de las localidades y el crecimiento de las fuerzas rebeldes. Y, a la inversa, los momentos más difíciles para el movimiento zapatista, en su primera etapa, fueron cuando el gobierno privilegió una táctica de acercamiento con las comunidades, de apertura política hacia sectores sociales medios, como ocurrió cuando Felipe Ángeles encabezó la campaña del ejército federal en Morelos y Patricio Leyva fue electo gobernador de esa entidad, durante el régimen constitucional de Madero en 1912.<sup>11</sup>

De este modo, la militarización del estado, la violencia impuesta por el ejército y los rurales y la desestructuración de la cotidianidad producida por la guerra, originaron que a las demandas agrarias y políticas del movimiento zapatista se sumaran un sinnúmero de agravios contra la población civil y que las salidas del ejército federal —durante el maderismo— y de las fuerzas constitucionalistas —entre 1916 y 1919— fueran un motivo central de la resistencia zapatista y de la población civil de la región. Se dio una estrecha relación y simbiosis entre las comunidades y el ejército zapatista; éste les sirvió de protección y aquéllas lo abastecieron, a través de un contrato moral tácito que estuvo siempre a prueba y que tuvo muchas tensiones y altibajos pero que explican, a pesar de todo, el arraigo indudable y la persistencia de la revolución zapatista.

#### APOYO POPULAR A LA REBELIÓN

El apoyo de la población civil, sobre todo de los estratos rurales más pobres, de los trabajadores asalariados y de clases medias bajas a las guerrillas zapatistas, fue manifiesto. Existen numerosos testimonios de contemporáneos suyos que así lo

---

<sup>10</sup> ÁVILA, *Orígenes*, 2001, pp. 184-189.

<sup>11</sup> WOMACK, John, Jr., *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969, p. 19 y testimonio de Felipe Ángeles en su artículo “Genovevo de la O”, en MATUTE, Álvaro (comp.), *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Editorial Domés, México, 1982, p. 19.

comprobaron, desde autoridades locales, militares o periodistas y, también, de las élites regionales, los sectores pudientes de hacendados y comerciantes.

Varios dueños y administradores de haciendas se quejaron tempranamente, desde 1912, de la falta de brazos para las faenas agrícolas y la molienda de la caña. Muchos de los jornaleros agrícolas y peones se habían sumado a la revuelta o fueron incorporados al ejército mediante la leva. Esta escasez de mano de obra se agravó posteriormente. A medida que la rebelión creció la producción de caña fue disminuyendo. Paralelamente, la insurrección y la represión oficial para acabar con ella desestabilizaron y afectaron el curso normal de la economía. Se puso en marcha, así, un ciclo en espiral en contra de las haciendas, pues la menor producción originó menos trabajo e ingresos para la población rural y esto, a su vez, alimentó de manera creciente el descontento social y ocasionó que núcleos de asalariados rurales engrosaran las filas rebeldes en busca de sustento. A ello se sumaron la inseguridad y el temor crecientes de la población ante el recrudecimiento de los enfrentamientos entre el ejército federal y los guerrilleros y los ataques cada vez más frecuentes de los insurrectos contra las empresas cañeras y los grandes comercios. El poderío de las haciendas, que había dominado el paisaje morelense por centurias y que parecía imposible de alterar, pronto empezó a resquebrajarse. La rebelión zapatista tuvo una actitud ante las haciendas que pasó por distintas etapas. En la fase inicial del movimiento, durante la insurrección contra Díaz y el desafío contra Madero la mayoría de las haciendas fueron respetadas y sólo hubo ataques aislados contra ellas en los casos en que se rebelaron peones que trabajaban en ellas y pueblos colindantes con agravios recientes, fenómeno que sucedió sobre todo en la zona poblana y en Guerrero. Posteriormente, entre 1912 y 1914, los jefes rebeldes impusieron a las haciendas cuotas forzosas en dinero y especie para financiar su movimiento, saqueando aquellas que se resistían a cooperar. Con la derrota de Huerta, los zapatistas expulsaron a los hacendados, expropiaron sus fincas e ingenios y establecieron una administración centralizada de las haciendas más importantes; con el inicio del reparto agrario temporal que hicieron en 1916, una porción de la superficie de las grandes propiedades que era reclamada por los pueblos, les fue devuelta.<sup>12</sup> La población fue testigo y actor de un fenómeno inédito: que las instituciones, las autoridades y las élites, es decir, la sociedad y los valores sociales

---

<sup>12</sup> La agroindustria más floreciente del país desde la época colonial vio disminuir aceleradamente su larga época de bonanza y desapareció de la escena en la década revolucionaria; en 1913-1914 se produjo la última gran zafra y tuvieron que pasar muchos años para que se recuperara, bajo un esquema de propiedad totalmente diferente.

jerárquicos en los que habían crecido, no eran intocables y estaban siendo desafiados por un nuevo poder emergente, surgido de abajo.

La rebelión zapatista tuvo éxito en capitalizar el descontento originado por los abusos del ejército y de las fuerzas rurales, así como los agravios de la población en contra de autoridades locales y élites desprestigiadas, cuyo comportamiento reciente había roto el pacto moral con los pueblos, villas y ranchos. Zapata y los jefes surianos se invistieron de prestigio y legitimidad en la medida que supieron representar las aspiraciones agrarias de esos sectores y, al mismo tiempo, convertirse en una defensa y una alternativa viable para castigar los abusos y canalizar el descontento de la población rural.

Así, el movimiento atrajo, sobre todo, a sectores rurales bajos, medios y a grupos de trabajadores textiles y ferrocarrileros. Pero también logró incorporar a un sector de intelectuales urbanos de clases medias, comprometidos con las luchas sociales e incluso, llegó a ser visto como una alternativa que siguieron oficiales medios del ejército federal que se enrolaron a las filas insurgentes y alcanzaron pronto una posición destacada, gracias a sus conocimientos y experiencia militar. Así pues, logró ser una corriente que aglutinó a varios sectores sociales pero a diferencia de lo que ocurrió con las otras fuerzas revolucionarias, en el zapatismo no participaron ni tuvieron injerencia importante las clases acomodadas.<sup>13</sup>

Los motivos de la incorporación al zapatismo fueron múltiples. Desde luego, un sector se sumó por la identificación con los ideales agrarios, para buscar una mayor autonomía política y el cambio de autoridades locales, que aparecían como los objetivos centrales del movimiento. Otros lo hicieron por la aspiración de adquirir una mejor condición material de vida, atraídos por la posibilidad de recuperar o conseguir tierras o lograr mejores empleos y salarios. En otros casos predominó el espíritu de aventura, el pragmatismo y la ambición personal. Pero también —como lo muestran una buena cantidad de ejemplos—, sumarse a la revuelta no fue un acto consciente, sino el resultado de las circunstancias externas: por huir de la leva; por presiones de la comunidad o de familiares y amigos; por la persecución de las fuerzas del orden, o por contagio e imitación, fenómeno extendido sobre todo en los niños y jóvenes, que idealizaron la figura de los combatientes y se vieron atraídos por el nuevo *status* y prestigio que alcanzaron los guerrilleros, y trataron de seguir a la marea que iba creciendo y ante la cual era difícil ir en contra. En cualquier caso, esa incorporación fue una muestra de la fortaleza que había alcanzado el desafío zapatista, de su capacidad de atracción que lo hacía ser percibido como una alterna-

---

<sup>13</sup> KATZ, Friedrich, *La guerra secreta en México*, vol. 1: “Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana”, Ediciones Era, México, 1993, pp. 147-149.

tiva a los problemas de los distintos sectores de la población civil. E inversamente, era también la demostración de la debilidad del sistema de dominación tradicional, cuya eficacia para mantener en circunstancias normales los papeles sociales, para inhibir las protestas y reprimir a los disidentes, había sido fuertemente cuestionada y, todavía más, rota.<sup>14</sup>

#### LOS CONFLICTOS EN EL MOVIMIENTO

La rebelión zapatista, como todos los movimientos sociales y políticos importantes, despertó una amplia gama de actitudes y sentimientos. Así como fue patente el apoyo de una parte importante de los sectores rurales bajos y medios, al igual que de intelectuales y profesionistas liberales, también encontró resistencias y rechazos en un espectro también amplio de clases y sectores sociales, tanto en el nivel nacional, como en el regional.

Hasta ahora se había soslayado un fenómeno que formó parte constitutiva del zapatismo y que jugó un papel importante en la evolución y el destino que tuvo: el de los conflictos y contradicciones internos, así como las resistencias, oposiciones y rechazos que generó, no sólo entre los sectores acomodados, sino también en los estratos pobres.<sup>15</sup> El desarrollo de la revolución zapatista se topó con una serie de conflictos sociales preexistentes y generó, a su vez, otros nuevos, que determinaron en buena medida, su curso. Asimismo, provocó que se aglutinara un extenso abanico social que se opuso en diferentes grados a la insurrección, con una variada serie de motivos que revelan esa actitud. Para tener una imagen completa del zapatismo es necesario, por tanto, entender y tratar de explicar este fenómeno.

Entre los conflictos y tensiones que influyeron en la revolución zapatista es posible diferenciar, al menos, cuatro tipos de ellos. En primer lugar están la oposición y resistencia externas, de aquellas clases sociales, sectores, familias e individuos que, desde fuera, no estuvieron de acuerdo con ella, bien fuera por motivos ideológicos y políticos, o porque hubieran sido afectados por las acciones rebeldes. Las élites y autoridades –nacionales y locales–, así como hacendados, comerciantes y sectores medios de la región forman ese núcleo exterior que se diferenció por su rechazo a la revuelta. Entre ellos, se puede identificar claramente una oposición de clase de

<sup>14</sup> ÁVILA, *Orígenes*, 2001, pp. 132-139.

<sup>15</sup> La excepción son los notables trabajos ya citados de Samuel F. BRUNK, *Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995 y “The Sad Situation of Civilians and Soldiers?: The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution”, en *The American Historical Review*, vol. 101, no. 2, April 1996.

los sectores pudientes, quienes sentían amenazados sus intereses por una revuelta de carácter plebeyo, cuya práctica y violencia contra el régimen de propiedad prevaeciente, contra las instituciones y contra las fuerzas del orden establecido, significaban uno de los mayores desafíos por parte de las clases subalternas contra el sistema de dominación en todo el periodo revolucionario.

Pero también confluyeron en esta postura quienes compartían la ideología y los valores del régimen porfirista, quienes extrañaban la paz social y la estabilidad y veían en la rebelión originada por Madero el despertar amenazante de la plebe, cuyo ejemplo más temido era el movimiento zapatista. Estos sectores, aunque no habían sido afectados directamente por la rebelión morelense, eran partidarios de mantener el orden y las instituciones y apoyaron explícita o tácitamente la acción represiva del gobierno federal y de los enemigos de los zapatistas.

Pero no sólo los sectores identificados con el antiguo régimen se opusieron al movimiento suriano. También hubo sectores progresistas, que se habían movilizado con la insurrección maderista y que eran partidarios convencidos del cambio que significaba para ellos el maderismo, que confiaban en él y estaban dispuestos a darle tiempo para resolver los problemas sociales y que, por lo mismo, no podían entender la intransigencia, la premura y el radicalismo de un movimiento campesino que ponía en riesgo la continuidad del proyecto maderista y que, ante sus ojos, parecía hacerle el juego a sus enemigos conservadores.

Una parte de la sociedad y de la opinión pública, tanto conservadora como progresista, rechazaba también la violencia como método para obtener la satisfacción a las demandas sociales, por legítimas que éstas pudieran ser. Los diarios nacionales jugaron un papel muy importante al crear una imagen estigmatizada del zapatismo y alimentaron, con su exageración, la leyenda de éste como una fuerza desatada de la naturaleza que ponía en riesgo a la civilización y al país. Por lo demás, a menudo la violencia del zapatismo se salió del control de sus jefes militares y afectó directamente a la población civil que no estaba involucrada en los enfrentamientos. Las voladuras de trenes que transportaban civiles por parte de algunos jefes zapatistas y otras acciones similares, que parecían actividades terroristas, provocaron el rechazo justificado de una parte importante de la población urbana del centro-sur del país y le enajenaron el apoyo de sectores medios e intelectuales que habían visto con simpatía las demandas agrarias zapatistas.

Finalmente, se hicieron eco del antizapatismo individuos sin escrúpulos, que ofrecieron sus servicios al régimen para combatir a la revuelta con el interés de obtener una recompensa, empleos y favores. Todas estas posturas revelan que la oposición al zapatismo rebasó las barreras de clase, que se opusieron a él no sólo quienes pueden ser identificados como conservadores o reaccionarios, sino también

aquéllos que tenían una posición ideológica liberal y progresista y que eran partidarios de reformas sociales, pero que no estaban de acuerdo con el radicalismo ni con la violencia con la que era percibido el zapatismo.<sup>16</sup>

Llaman la atención, sin embargo, otros tres tipos de conflictos y tensiones de naturaleza diferente que se presentaron dentro del zapatismo y que tuvieron una importante influencia en su desarrollo. El primero de estos conflictos fue el que ocurrió entre pueblos y comunidades entre sí; otro fue el que se desarrolló en la relación del ejército zapatista con las comunidades y por último, el que se produjo en las propias filas del zapatismo. Todos esos conflictos fueron endógenos y muestran cómo, en un movimiento que ha sido reconocido por su notable homogeneidad social y por su expresión política uniforme, también ocurrieron importantes contradicciones internas, originadas por la diversidad y la diferencia de intereses y de objetivos entre los sectores y líderes que lo constituyeron. Al mismo tiempo, son la prueba de las asimetrías en la distribución del nuevo poder que ejercieron, así como privilegios en el acceso a los recursos disponibles, en un proceso que puede reconocerse como de la constitución de un incipiente Estado zapatista, separado de la población civil, con las consiguientes disputas y tensiones entre los grupos y dirigentes en su lucha por el poder, así como rechazos y resistencias de la gente común ante esos procesos.

Estas contradicciones formaron parte intrínseca del movimiento zapatista, influyeron en su evolución y, al no poder superarlas, le restaron posibilidades para ampliarse a otras regiones y consolidarse como una alternativa nacional. Esas diferencias no pudieron ser unificadas ni superadas por Zapata ni por el Cuartel General. Aunque no eran contradicciones de clase insuperables, se convirtieron en un problema insalvable precisamente en los momentos en los que el zapatismo midió sus fuerzas con sus enemigos externos, en coyunturas claves para la definición de la hegemonía en el proceso revolucionario nacional, particularmente en los decisivos meses de finales de 1914 y la primera mitad de 1915. Y, al perder la guerra junto con sus aliados villistas –lo que modificó radicalmente la correlación de fuerzas entre las corrientes revolucionarias y obligó al zapatismo a replegarse– se

---

<sup>16</sup> Entre muchos otros testimonios, puede verse “H. Bravo a Madero”, 11 de febrero de 1912, AGN-FEM, 2:27:194; “José Espinosa a Madero”, México, 23 de marzo de 1912, *ibidem*, 3:61:1898-1899; “Ángel Castro a Madero”, México, 12 de junio de 1912, *ibidem*, 8:198-2:5652; “Fausto Beltrán a Madero”, México, 7 de mayo de 1912, *ibidem*, 9:2123-2:6180-6181; “Mariano Pineda a Madero”, Coycoyán, Oaxaca, 15 de julio de 1912, *ibidem*, 45:1232:34243-34244; “Ezequiel Labastida a Madero”, México, 25 de julio de 1912, *ibidem*, 40:1096-2:3096530973; “Manuel Sotomayor a Madero”, México, 26 de enero de 1912, *ibidem*, 41:1116-1:31402; “José Sotelo a Madero”, Cuernavaca, 11 de marzo y 25 de abril de 1912, *ibidem*, 41:1141-1:31367-31374.

recrudescieron en la etapa final, de 1916 a 1919, cuando tuvo que sobrevivir en condiciones de extrema penuria, por la escasez de recursos, por el agotamiento de la capacidad de la población civil de seguirlos ayudando y por el cerco y persecución a que fueron sometidos por el constitucionalismo.

Al mismo tiempo, los conflictos entre sectores y líderes del ejército zapatista con las comunidades y pueblos indican también una diferenciación y enajenación de una parte del movimiento con la población civil. Algunos jefes zapatistas que detentaban el poder militar se fueron apropiando también del poder político y obteniendo beneficios económicos, separándose de su base popular. Ese proceso, de manera muy significativa, originó también una resistencia de las comunidades —que se expresó de diferentes maneras—, y su oposición a prácticas y a proyectos que no compartían, o rechazaban. Esa oposición se manifestó desde formas elementales de resistencia individual y cotidiana, actos aislados de negligencia y desobediencia, hasta formas más abiertas y organizadas que llegaron, incluso, a la formación de milicias armadas en las comunidades —los llamados voluntarios—, quienes defendieron a sus pueblos contra las incursiones zapatistas y se aliaron al gobierno y a los enemigos de los surianos. Es necesario, por tanto, analizar con más detalle estas contradicciones endógenas del movimiento zapatista.

El primer tipo de conflicto dentro de las fuerzas que trató de unificar el zapatismo tuvo una fuente de tensión primaria en las añejas disputas de carácter agrario y político que habían enfrentado entre sí a diversas comunidades y pueblos. En una situación material en la que los recursos naturales habían sido monopolizados por la oligarquía terrateniente, la revolución permitió la irrupción de las viejas demandas agrarias de los pueblos y comunidades y tuvo la fuerza suficiente para expropiar —entre 1914 y 1915— a las élites económicas y recuperar para las comunidades sus antiguas posesiones. Sin embargo, esa reapropiación sacó a la luz los viejos conflictos por límites y posesión de tierras, bosques y aguas que habían caracterizado la historia agraria de la zona desde la época colonial, conflictos que nunca se habían eliminado y que reaparecieron con gran fuerza. No fue solamente un conflicto por la posesión legal de la tierra, sancionada por el orden jurídico, sino que emergieron reivindicaciones de carácter tradicional, de usos y costumbres, en donde distintos pueblos y comunidades reclamaron su derecho a trabajar y hacer uso de los recursos, independientemente de si contaban o no con los títulos que ampararan sus demandas.

De este modo, pueblos, villas y rancherías de la región encontraron la oportunidad de reafirmar sus derechos de uso de las tierras, bosques y aguas y exigieron a los jefes zapatistas que apoyaran y sancionaran esas peticiones. Revivieron así, en una situación nueva, añejos conflictos que enfrentaron —a menudo con violencia— a varias comunidades entre sí. La revolución zapatista, con su carácter marcadamente

descentralizado, que permitía una gran autonomía de acción a las diferentes unidades locales que la componían, no logró resolver el fondo de estas disputas, que encontraron en el movimiento y en las estructuras del ejército libertador sus propias formas de manifestación. Así, esos viejos pleitos por la posesión de recursos naturales, por jurisdicciones políticas y administrativas y por rivalidades comunitarias y familiares se expresaron en liderazgos encontrados, en actos de desobediencia a las instrucciones del Cuartel General o de los jefes militares que trataron de mediar las disputas y también, en enfrentamientos abiertos y desafíos que impidieron a menudo la realización de acciones unificadas que eran importantes para la táctica política militar definida por el alto mando zapatista.<sup>17</sup>

Dentro de esta misma variante, se desarrolló una nueva tensión originada por la propia revolución, pues a partir de 1914 el zapatismo tuvo la fuerza suficiente para desplazar a la antigua oligarquía terrateniente e iniciar un amplio proceso de reforma agraria, mediante la restitución y dotación de las tierras de las haciendas a las comunidades. Este proceso estuvo preñado de dificultades, por la imposibilidad de satisfacer los deseos particulares de cada localidad, bien porque la tierra y el agua fueran insuficientes para la demanda de los pueblos, bien porque éstos no estuvieron conformes con la repartición que se les asignaba y también, por la ausencia de criterios definidos claramente por el Cuartel General zapatista de cuál era la parte justa que debía tocar a cada uno de ellos. Surgieron así nuevas disputas o reaparecieron pleitos añejos en la coyuntura de recuperación de tierras por las comunidades.<sup>18</sup> Estos pleitos de carácter agrario adquirieron una nueva dimensión, porque la revolución había hecho posible lo que las generaciones anteriores sólo habían soñado: la recuperación o adquisición de tierras, bosques y aguas por los pueblos y porque las comunidades confiaban en que, en esa nueva situación, las autoridades zapatistas les harían justicia. Adicionalmente —y ese no era un asunto menor—, una parte de la población rural no sólo se encontraba armada, sino que había elegido nuevas autoridades y estaba haciendo, en la práctica, una nueva ley. Las comunidades podían esperar que sus reclamos y demandas encontraran satisfacción y, quizás también muy a menudo, confiaban en que ellas mismas podrían imponer una solución favorable a sus aspiraciones. Todo esto condujo a una fuerte

---

<sup>17</sup> GÓMEZ, Marte R., *Las Comisiones agrarias del Sur*, Ediciones Conmemorativas del Centro de Estudios del Agrarismo en México, México, 1982, pp. 51-65. Uno de los ejemplos típicos de las disputas agrarias y políticas entre pueblos vecinos que continuó con la revolución zapatista fue el conflicto entre Santa María y Huitzilac, que habían tenido disputas por límites desde tiempo atrás y cuyo enfrentamiento se reprodujo en la rivalidad entre Genovevo de la O y Francisco Pacheco, originarios y líderes de uno y otro pueblo respectivamente; ver BRUNK, "Sad", 1996, p. 338.

<sup>18</sup> *Ibidem*, pp. 341-342; GÓMEZ, *Comisiones*, 1982, pp. 62-63.

polarización y rivalidad entre comunidades y líderes con intereses encontrados y a una aguda competencia por hacer valer sus puntos de vista, por desplazar a sus rivales y por obtener el favor de Zapata y del Cuartel General suriano.

Un segundo tipo de conflicto endógeno fue el que se presentó entre el Ejército Libertador y los pueblos y comunidades de la región en que asentó su influencia. La existencia y crecimiento del zapatismo, como la de todo movimiento guerrillero, se basaba en el apoyo y en la buena relación que tuviera con la población civil. En algunos momentos, hubo una gran identificación entre las comunidades y pueblos y el ejército suriano, en los que se constituyó una unidad funcional, con una tácita división del trabajo en la que los zapatistas defendían a la población civil y ésta se encargaba de producir los satisfactores que necesitaban ambos. Mientras el movimiento rebelde fue en ascenso, entre 1911 y 1915, a los recursos provenientes de las propias comunidades se sumaron nuevos y cuantiosos recursos provenientes de las haciendas, comercios y bienes de las clases acomodadas —que fueron expropiadas— y recursos adicionales de las nuevas zonas conquistadas en la periferia morelense, por lo que el movimiento contó con bienes y servicios suficientes no sólo para abastecer al ejército zapatista —que había extraído a una buena parte de la mano de obra masculina de las labores productivas— sino que, también, sirvieron para alimentar a la población civil. El uso y distribución de los recursos pudo efectuarse de manera relativamente ordenada —aunque siempre con dificultades y resistencias— en un proceso coordinado por los jefes militares guerrilleros con el auxilio de los representantes de las comunidades, los presidentes, auxiliares y jueces municipales. Estas nuevas autoridades, que llegaron al poder localmente con el impulso de la revolución, fueron los eslabones encargados de conectar a los pueblos y aldeas con los jefes zapatistas y recolectar los apoyos para el Ejército Libertador.<sup>19</sup>

Sin embargo, después de 1915 la producción material llegó a su límite y comenzó un proceso de involución que afectó de manera creciente a la economía de la región. Por una parte el ejército zapatista se volvió una estructura profesional permanente y ya no sólo estacional, extrayendo de la producción a una buena parte de la población masculina joven y madura, lo que hizo que su manutención fuera cada vez más costosa. Por otro lado, la economía de guerra de la región —que privi-

---

<sup>19</sup> Abundan ejemplos del apoyo civil a los rebeldes. Pueden verse entre estos testimonios *Diario del Hogar*, 27 de febrero de 1912; *El País*, 28 de febrero de 1912; *El Imparcial*, 13 de mayo, 27 y 31 de julio de 1912; AGN-Fondo Genovevo de la O (en adelante FGO), “Catalina Ochoa a De la O”, 26 de julio de 1914, *ibidem*, caja 4, exp. 1, f. 32; “Nicolás Ferreira y otros a De la O”, 19 de julio de 1914, *ibidem*, caja 4, exp. 166. “El presidente de Miacatlán pidió a De la O que se quedaran los coroneles Ayala y Zamora custodiando el pueblo, cuyos habitantes estaban muy agradecidos porque los habían defendido, especialmente a los niños”, 6 de junio de 1914, *ibidem*, caja 3, exp. 6, f. 37.

legiaba la producción de valores de cambio para el mercado y la obtención de implementos de guerra— chocó con las necesidades cotidianas de producción de valores de uso de las comunidades y se produjo una diferencia de intereses y criterios que fue motivo de conflictos crecientes. Además, la violencia de los enfrentamientos destruyó una parte considerable de las fuerzas productivas de la zona que estaban concentrados en la industria azucarera. Así, el daño físico a las haciendas, a la maquinaria de molienda y a los campos cañeros, además de la falta de conocimiento de los jefes zapatistas que administraron los ingenios, de la escasez de mano de obra calificada y de combustible, la inutilización de las vías de ferrocarril, así como la interrupción, desarticulación y destrucción de los ciclos económicos, se conjugaron para provocar un colapso económico que generó una escasez extrema, carestía y disputas cada vez más agudas por la supervivencia.<sup>20</sup>

Esto fue particularmente visible en la etapa final, cuando los zapatistas perdieron la guerra contra el constitucionalismo y tuvieron que replegarse. Muchas comunidades se resistieron a seguir ayudando y la actitud de los jefes zapatistas se endureció contra ellas, incrementándose las contribuciones forzosas y actos de presión, intimidación y violencia por parte de las bandas armadas rebeldes, algunas de las cuales cometían actos de pillaje en contra de la población civil. La escasez extrema, una guerra que en 1916 estaba claro que había sido perdida por los zapatistas, el asedio y cerco de sus enemigos, el agotamiento de la población ante un conflicto armado que duraba ya seis años y había consumido los recursos de las comunidades provocaron que, en el periodo de la resistencia contra el constitucionalismo, se agudizaran la competencia por los escasos recursos disponibles para sobrevivir y que se incrementaran los pleitos y los abusos de las partidas rebeldes contra la población. Fue en esas condiciones en las que se incrementó también otro fenómeno que había estado presente desde el principio, pero que había podido ser relativamente controlado: el bandidaje de fuerzas zapatistas contra la población civil. Si bien éste fue una práctica llevada a cabo por grupos y jefes guerrilleros que en ocasiones era periféricos o no tenían que ver con el Ejército Libertador, también fue realizado por grupos y líderes que tenían un lugar central dentro del movimiento suriano.<sup>21</sup>

Samuel Brunk, con razón, ha señalado que al referirse al bandidaje dentro del zapatismo se deben diferenciar los robos, saqueos y violencia contra los sectores pudientes, que caracterizaron al zapatismo desde abril de 1911 —actividades que

---

<sup>20</sup> AGN-FARD; GUAJARDO, “Tierra”, 2000, pp. 255-258; ESPEJEL, “Costo”, 2000, pp. 269-291; ÁVILA, “Vida”, 2006.

<sup>21</sup> BRUNK, “Sad”, 1996, p. 338.

tenían una connotación de clase y de justicia popular y que pueden asimilarse, con reservas, a la clásica tipificación de bandolerismo social—, de las acciones cometidas por bandas y jefes zapatistas contra la población rural pobre. Y en efecto, en los archivos zapatistas se encuentran múltiples testimonios de pueblos que protestaban reiteradamente de los abusos, préstamos forzosos, robos y violencia cometidos por las partidas zapatistas —depredaciones era el término común en la época para referirse a ellos— en contra de la población civil.<sup>22</sup> Es decir, fue un tipo de bandolerismo contra las comunidades que, si bien es cierto que se acentuó en los años finales marcados por la descomposición del movimiento, estuvo presente también desde la primera etapa.

Este conflicto fue un foco de tensión permanente entre el zapatismo y los pueblos de la zona y un factor decisivo que explica las limitaciones que tuvo para crecer y desafiar con éxito a sus rivales constitucionalistas. A pesar de sus esfuerzos, Zapata y el Cuartel General fueron impotentes para someter estas conductas delictivas y tuvieron que aceptarlas, con una actitud pragmática y relativamente condescendiente ante esos desmanes, castigando solamente aquellos actos que rebasaban los límites tolerables. El bandolerismo en la región morelense tenía antecedentes históricos remotos. Sin embargo, en la revolución reapareció con nueva fuerza, facilitado por la ausencia de leyes y autoridades y por la irrupción de una gran movilización social de abajo que creó una nueva correlación de fuerzas y permitió la emergencia de acciones reivindicatorias, de cobro de facturas y de justicia por mano propia. Las depredaciones contra la población civil tenían en algunos jefes una justificación: estaban actuando a favor de los intereses de las comunidades y éstas tenían que cooperar, por las buenas o por las malas y, en muchos casos esos abusos no eran percibidos como algo particularmente negativo. Además, en la jerarquía de prioridades primero estaba ganar la guerra y por ello el bandidaje, aunque reconocido como problema grave por Zapata y el Cuartel General, ocupaba un lugar secundario.

No obstante, los líderes surianos trataron de combatirlo y erradicarlo sistemáticamente desde el principio —en diciembre de 1911 y a partir de entonces de manera

---

<sup>22</sup> Vario pueblos se quejaron de los préstamos forzosos en especie y en dinero que les imponían jefes zapatistas como *el Tuerto* Morales y Felipe Neri, quienes, según dijeron, quemaban las casas de los que se negaban a ayudarlos y los amenazaban y ofendían; estas contribuciones forzosas eran percibidas como injustas por las comunidades, quienes se quejaron también de los modos violentos con los cuales se les exigía. Ver “Presidente municipal de Ocuituco a secretario de Gobernación”, 1º de julio de 1912, AGN- FGO, caja 1, exp. 2, f. 4; “Crispín de la Serna a Genovevo de la O”, 24 de julio, 1º y 22 de agosto, 3 y 19 de septiembre de 1912, ibídem, caja 1, exp. 3, ff. 12-13, 29, 33, 47, 51; “Vecinos de San Andrés de la Cal a Zapata”, 14 de octubre de 1913 ibídem, caja 13, exp. 9, ff. 33-34; “Timoteo Sánchez a Zapata”, 30 de marzo de 1914, ibídem, caja 14, exp. 4, f. 28.

recurrente—, aunque sus esfuerzos tuvieron sobre todo un carácter moral y normativo, a través de instrucciones que trataban de regular el comportamiento de sus tropas y sólo ocasionalmente tuvieron intenciones correctivas o punitivas. Se impuso así una actitud pragmática, pues a varios de los jefes que cometían esos desmanes Zapata los tenía en alta estima y eran piezas importantes en su estrategia militar, por lo que no era fácil prescindir de ellos ni sustituirlos. A menudo, lo que se hizo fue trasladarlos de zona y someterlos a la autoridad de otros jefes, o privarlos de su jefatura y de sus armas, lo que no siempre era una solución de fondo sino que, por el contrario, ocasionaba nuevas disputas y rivalidades.<sup>23</sup> Cuando perdieron la guerra contra el constitucionalismo, ante la extrema escasez material y el cerco de la entidad por el ejército carrancista, agudizaron otra vez la lucha por la supervivencia, se debilitó la unidad del movimiento rebelde y reapareció con fuerza el bandolerismo. Algunas comunidades y líderes empezaron a entrar en tratos con las fuerzas enemigas, en una actitud que indicaba que el movimiento había llegado a sus límites, que las poblaciones estaban exhaustas y que muchos dirigentes se derrumbaban moralmente y se decidieron por renunciar a una lucha que parecía no tener sentido ya. En ese periodo final la respuesta de Zapata y el Cuartel General se hizo mucho más dura: se decidió a combatir a fondo al bandolerismo, se permitió que las comunidades se armaran para enfrentarlo y se persiguió a los principales jefes que cometían las depredaciones. Tuvieron lugar, así, muchos juicios militares y ejecuciones, entre ellas, de varios de los principales dirigentes zapatistas.<sup>24</sup>

La existencia de estas contradicciones indica dos fenómenos importantes a los que debe prestarse más atención de lo que se les ha dado hasta ahora. En primer lugar, parecen sugerir que, al desarrollarse el movimiento zapatista se ahondaron las diferencias entre los intereses materiales y políticos de la población civil y los de los miembros del Ejército Libertador y que una parte de éste podía haber comenzado a crear intereses de grupo por encima y, a veces, en contra de las comunidades. La constitución de los liderazgos y jerarquías en el ejército zapatista, como en otros movimientos similares, llevó aparejados procesos de concentración del poder y privilegios en quienes lo detentaron. Cuando el zapatismo logró su máxima expansión entre 1914 y 1915 y ocupó la capital del país, el dominio de otras zonas y el acceso a nuevos recursos provocaron, a su vez, una mayor competencia por el control de

---

<sup>23</sup> “Zapata a Genovevo de la O”, 20 de septiembre de 1912, AGN-FGO, caja. 11, exp. 10, f. 15; “Francisco Mendoza a Zapata”, 15 de septiembre de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 8, f. 5; “Circular del Cuartel General a los jefes, oficiales y soldados del Ejército Libertador del Sur del 10 y 11 de febrero de 1914”, en ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, *Emiliano Zapata. Antología*, INEHRM, México, 1988, pp. 179-180.

<sup>24</sup> BRUNK, “Sad”, 1996, pp. 338-349.

ellos y rivalidades entre sus dirigentes. Algunos de éstos y sus clientelas, obtuvieron cargos y el control de recursos y de instrumentos de guerra que los diferenció de otros jefes y, aún más, del resto de la gente común. El simple hecho de formar parte del Ejército Libertador era ya un signo de prestigio y consideración social. Además, el control de las armas dio a las tropas zapatistas un poder real que les permitió tener injerencia sobre la vida misma de las personas —el bien máspreciado siempre— y eso fue el punto de partida para imponer sus puntos de vista, sus intereses y deseos a la población civil y poder llevar a cabo la satisfacción de intereses personales y de grupo.

Esto puede ser visto como el inicio de un fenómeno de enajenación y alejamiento de los jefes zapatistas de sus bases populares de apoyo. En términos más generales, sin embargo, corresponde al proceso de formación de una institución estatal, a la concentración del poder político, militar y económico —aunque ese último de manera incipiente—, en manos de algunos de los líderes zapatistas que, más allá de sus buenas intenciones, tenían que consolidar intereses, una visión y la lógica que permeaba su propia esfera material, y que no era la misma que la de las comunidades. Esta contradicción fue quizá la que tuvo mayor peso en definir el rumbo y las limitaciones del movimiento zapatista. A menudo —sobre todo en las coyunturas políticas clave—, los jefes zapatistas no fueron capaces de superar la tensión entre la lógica estatal en que se habían colocado, que los llevaba a tratar de ganar la guerra contra sus rivales, a priorizar la producción de valores de cambio y conseguir instrumentos bélicos, a intensificar el reclutamiento y la eficacia del ejército y garantizar el abastecimiento de las necesidades de guerra por la población civil, por una parte; y por la otra, satisfacer los intereses inmediatos y cotidianos de la gente común de las localidades, que no apuntaba en esa dirección ni tenía las mismas prioridades.

Y a la inversa, este proceso, preñado de tensiones y conflictos —como se registra abundantemente en los archivos— generó también una fuerte resistencia popular desde abajo y desde dentro del propio movimiento, resistencia al ejercicio del poder, al gobierno y a las prácticas zapatistas que encontró múltiples formas de expresión.

La resistencia de los pueblos a esos abusos y agravios se puede apreciar en las protestas, reclamos y desobediencia velada que pusieron en práctica para oponerse a los préstamos y contribuciones forzosas que impusieron los jefes zapatistas —que eran en los hechos, una especie de cuota obligatoria—, y que eran entregadas a las autoridades locales, quienes la juntaban y entregaban a los oficiales del ejército suriano. En múltiples ocasiones, los pueblos y rancherías protestaron, por considerar que tales contribuciones no eran justas, por creer que eran excesivas para sus posibilidades, porque veían que no era pareja la ayuda —pues había personas a las que se

favorecía o excluía— y sobre todo, porque la forma en que se les pedían los apoyos era ofensiva y hería su dignidad o se efectuaba por medios violentos.<sup>25</sup>

La ayuda a la revolución por la gente común fue, en muchas ocasiones, forzosa, y eso generó múltiples tensiones, porque la mayoría de los habitantes tenían de por sí muy pocos recursos y esa situación se agravó a medida en que la guerra y la paralización económica fueron acabando con las cosechas, el ganado, los forrajes y con las mercancías o las actividades que podían proporcionar el dinero para adquirir esos bienes de otras regiones. Pero además de esta carencia de recursos crónica, lo que más molestaba a la población civil eran las maneras en que muchos jefes zapatistas les imponían su cooperación, con malos modos y a través de agresiones y conductas inmorales que produjeron agravios y afrentas en la población civil, y que llevaron a pueblos enteros a temer también a las partidas zapatistas y refugiarse en las montañas cuando llegaban, o los orillaba a pedir auxilio al gobierno y aliarse con los enemigos de los zapatistas.

La población civil resintió, también, conductas abiertamente delictivas de algunos jefes y soldados zapatistas que, en múltiples ocasiones, como testimonian los archivos, cometieron robos, crímenes, violaciones, raptos y vejaciones contra la población civil indefensa. Éstas conductas eran una muestra de patologías sociales y de una especie de descomposición moral que afectó a un sector del Ejército Libertador y que, a pesar de los esfuerzos del Cuartel General para impedir y castigar esos abusos, proliferaron con una magnitud que sorprende y que, sin duda, fue una de las fuentes de mayor tensión y rechazo por parte de la población civil ante la revolución zapatista.<sup>26</sup>

La forma extrema que asumió la resistencia popular al zapatismo, fueron los grupos conocidos como voluntarios, que eran milicias armadas locales, paralelas al ejército y a las tropas rurales. Estos cuerpos armados, constituidos por la gente común de las localidades que se oponía a la revuelta zapatista o que había sufrido

---

<sup>25</sup> “Pantaleón Guadarrama a Genovevo de la O”, Tlaxipecuaco, 15 de febrero de 1912, AGN-FGO, caja 1, exp. 2, f. 4; “Manuel Ramírez a Genovevo de la O”, Buenavista, 21 de mayo de 1912, *ibidem*, caja 1, exp. 2, f. 68; “Vecinos de Huitzilac a de la O”, 4 de mayo de 1912, *ibidem*, caja 1, exp. 2, ff. 47-48; “Julio Hernández, auxiliar de Chalma a de la O”, 6 de septiembre de 1912, *ibidem*, caja 1, exp. 3, f. 48.

<sup>26</sup> “Evaristo Fuentes a De la O”, 26 de octubre de 1913, AGN-FGO, caja 2, exp. 5, f. 31; “Silvestre Domínguez a Ayaquica”, 29 de junio de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 5, f. 1; “Vecinos de San Andrés a Zapata”, 14 de octubre de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 9, f. 33; “Eufemio a Emiliano Zapata”, 25 de noviembre de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 10, f. 33; “Testimonio de José María Sánchez y otros soldados zapatistas interrogados por el Cuartel General”, 8 de noviembre de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 10, f. 47; “J. Chávez a De la O”; 3 de julio de 1914, *ibidem*, caja 4, exp. 1, f. 78; “M. Palma a De la O”, 4 de agosto de 1915, *ibidem*, caja 5, exp. 8, f. 32; “S. Calderón a De la O”, 31 de agosto de 1914, *ibidem*, caja 4, exp. 2, f. 149.

perjuicios por las incursiones de los alzados, fueron financiadas con recursos de las propias poblaciones, particularmente por las élites y autoridades de esos lugares. Su constitución fue un proceso complejo. En ocasiones no tenían nada de voluntarios sino que eran enrolados bajo presión por los poderosos y las autoridades locales, pero también, en otros momentos, fueron una respuesta legítima de la población que buscó protegerse de esa forma de las depredaciones que cometían las partidas zapatistas contra ellos. De todas las regiones bajo la influencia del Ejército Libertador, donde más proliferaron fue en los municipios poblanos vecinos de la entidad morelense. Eso no fue casual, pues en esa zona se dio desde el principio una mayor violencia de clase en la disputa de los rebeldes contra las haciendas y también fue una región en la que, en cierta medida, el zapatismo morelense era una fuerza exógena, donde sus líderes impusieron su influencia desde afuera, como territorios conquistados. Cuerpos semejantes se formaron también en zonas del Estado de México, en el sur del Distrito Federal, en Oaxaca y en Guerrero. El éxito de sus acciones fue relativo, aunque a veces lograron rechazar con éxito los ataques zapatistas, en otras fueron infructuosos por la falta de organización, de recursos, por las divisiones que había entre ellos y por el celo con el que fueron vistos siempre, tanto por el ejército federal y los rurales, como por el gobierno central y los gobernadores de los estados, quienes temieron siempre que esos poderes armados regionales se salieran de control y se convirtieran en los brazos militares de caciques locales.<sup>27</sup>

Finalmente, un último tipo de conflicto se desarrolló en el interior del propio ejército zapatista. Éste fue, en lo fundamental un problema por el poder, que enfrentó a varios jefes zapatistas entre sí, así como a algunos intelectuales que se incorporaron al movimiento. Si bien el liderazgo supremo de Zapata no estuvo nunca en disputa, los segundos y terceros niveles jerárquicos, así como múltiples mandos medios sí fueron centro de enconadas disputas y competencia interna por consolidar y ampliar el poder, la influencia y los privilegios. En un movimiento con tanta autonomía de las regiones y de los liderazgos locales, alcanzar una posición notable dentro de la jerarquía del Ejército Libertador fortalecía el control de los

---

<sup>27</sup> “José de la Macorra a Madero”, México, 27 de diciembre de 1911, 9 de enero y 18 de abril de 1912, AGN-FFM, 39:1067-1:30115-30116; “Baraquiél Alatríste a Madero”, Puebla, 28 de enero de 1912, *ibídem*, 45:1232-2:34268-34269; “Eucaria Apreza a Madero”, Chilapa, 9 de julio de 1912, *ibídem*, 6:140-1:435-4138; “Nicolás Meléndez, gobernador de Puebla a Madero”, 6 de febrero de 1912, *ibídem*, 47:1312-2:35980-35982; “R. Cárdenas a Madero”, México, 4 de marzo de 1912, *ibídem*, 3:77:2289; “José Larios a Madero”, Atizapán, 26 de marzo de 1912, *ibídem*, 2:34:1307; “Alberto Rodríguez a Madero”, Tlacotepec, 28 de enero de 1912, *ibídem*, 40:1099-2:31022; “I. Tapia a Madero”, Acapulco, 4 de junio de 1912, *ibídem*, 33:935:25448; “Benito Juárez Maza a Madero”, Oaxaca, 11 de febrero de 1912, *ibídem*, 42:1149-3:32148; 9:121-1:6447-6449.

hombres y de los recursos naturales de las zonas controladas por los surianos. Se establecieron de esta manera especies de feudos, controlados por los líderes principales. Las necesidades de la guerra y la centralización indispensable que se tuvo que imponer desde el Cuartel General para establecer una estrategia política y militar unificada, enfrentaron múltiples resistencias por parte de estos líderes locales que defendieron su autonomía y obstaculizaron ese proceso de centralismo y de injerencia del Cuartel General; a menudo, sus desobediencias y decisiones unilaterales tuvieron consecuencias adversas para la causa zapatista.

Asimismo, se desarrollaron también fuertes rivalidades entre líderes que defendieron celosamente sus territorios de influencia y se opusieron a que otros jefes vecinos o líderes provenientes de otros lugares se inmiscuyeran en sus dominios. Querían preservar el mando en sus regiones, el control sobre la economía, la administración y la justicia y lo más importante, el poder militar. Cabe subrayar, de igual modo, que, como ocurre con otros ejércitos en situaciones similares, en el suriano se creó una fuerte comunidad de intereses. En su interior se desarrolló una fuerte red de vínculos, solidaridades, compromisos y complicidades, tanto horizontales como verticales. Ante amenazas externas, se consolidaron lealtades entre jefes y subalternos que los llevaron a apoyarse de manera casi incondicional. Esto, si bien daba una gran fortaleza y cohesión interior a las unidades guerrilleras, era fuente de tensiones permanentes con el resto del ejército, con la jerarquía militar y desde luego, con las comunidades. Llama la atención que, cuando se presentaron atropellos contra la población civil por parte de la tropa suriana, la actitud de los jefes militares hacia los subordinados responsables de esos desmanes haya sido de una gran tolerancia, laxitud y en múltiples ocasiones, de encubrimiento. Sólo cuando esas conductas sobrepasaron los límites tolerables, se les castigó. Empero, esas disputas, diferencias y tolerancias fueron una fuente endémica de tensiones dentro del Ejército Libertador y una más de las causas que limitaron su desarrollo y complicaron su relación con las comunidades.

Una última variante de los conflictos en el interior del ejército suriano fue la que dividió a los jefes militares zapatistas, provenientes de los sectores rurales bajos en su mayoría, con los intelectuales urbanos de clase media que se incorporaron al movimiento durante el huertismo. El choque cultural y de clase entre ambas visiones no fue menor. Y aunque en el movimiento se dio también una división del trabajo bastante natural y funcional, en la que los jefes campesinos eran los señores de la guerra y los intelectuales los encargados de formular la ideología y el programa, a menudo hubo múltiples roces, diferencias y enfrentamientos que se resumen, también, en la lucha por el poder y la influencia dentro del movimiento.



## La vida cotidiana campesina durante la revolución: el caso zapatista

---

*Felipe Ávila Espinosa*

**E**STE TRABAJO analiza las formas que adoptó la vida cotidiana campesina durante la Revolución Mexicana en las zonas dominadas por el zapatismo por tres razones. En primer lugar, porque el zapatismo, entre todos los movimientos populares que participaron dentro de la Revolución Mexicana, fue el que efectuó las más profundas transformaciones estructurales, el único en el que tuvo lugar una efectiva reforma agraria que transfirió temporalmente la propiedad agraria de sus antiguos poseedores terratenientes a los pueblos, familias e individuos que carecían de ella en una región que tuvo por límites, en el oeste, la zona caliente de Guerrero, en el este los valles poblanos de Izúcar y Atlixco, en el norte el eje volcánico entre el Nevado de Toluca y el Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, y en el sur la sierra mixteca. En esa región —caracterizada por una fuerte identidad étnica, religiosa, cultural e histórica desde la época colonial y durante el siglo XIX, cuando se le conoció como *El Sur*—, tuvo lugar durante la revolución zapatista una amplia reforma agraria, mediante la cual los pueblos recuperaron sus antiguas propiedades, tierras, aguas, bosques, pastizales, o tuvieron acceso a ellas. Entre 1914 y 1916, el zapatismo fue capaz de establecer un territorio libre, logró consolidar un poder regional autónomo, con un gobierno, una administración, un ejército, una moneda y una legislación propios, y luchó por alcanzar la hegemonía nacional en el proceso revolucionario controlando, junto con sus aliados villistas, la parte central y la mayor parte del territorio nacional a finales de 1914 y hasta mediados de 1915 antes de ser derrotados por el constitucionalismo.

El zapatismo fue el movimiento que expresó con mayor nitidez la naturaleza agraria de ese proceso y es el que justifica con mayor rigor el que se pueda caracterizar a la Revolución Mexicana como una verdadera revolución, por la masiva participación popular en ella, por el objetivo consciente de transformar las estructuras económicas y sociales existentes a través de un proyecto alternativo propio —el

Plan de Ayala y la legislación estatal zapatista—, por la práctica llevada a cabo por el Ejército Libertador del Sur —como se conoció al ejército zapatista— y por la población civil que se identificó con él y lo siguió, y por las transformaciones ocurridas en sus territorios, en donde se modificó la estructura de la propiedad y las relaciones de poder entre las clases. En la región dominada por el zapatismo fue donde se presentó el mayor desafío al poder y a las instituciones dominantes con una gran dosis de violencia popular masiva en contra de las élites, autoridades e instituciones y fue también, en contraparte, la región que sufrió una de las mayores atrocidades y exterminio por parte de sus enemigos. En el territorio morelense y zonas aledañas, sus pueblos, sus ingenios y haciendas, fueron devastados quizá más que en cualquier otra región del país durante esos años.

Las transformaciones hechas por la revolución zapatista, su persistencia y arraigo, el apoyo que encontró en una parte de la población civil de la región y el grado de violencia que produjo su desafío, provocaron una profunda alteración en las condiciones en que transcurría la vida de las familias de esa región hasta entonces. La gente común tuvo que adaptarse a las nuevas y más difíciles condiciones y reaccionó de diferente manera ante ello. La violencia, la escasez de alimentos, la destrucción de muchos pueblos y rancherías, la subordinación de la economía a las necesidades de la guerra, la presencia cotidiana de la muerte y el dolor, la irrupción continua de fuerzas destructivas venidas de fuera obligaron a las familias e individuos a establecer mecanismos de defensa y supervivencia. Algunos se incorporaron al ejército zapatista para proteger a los suyos, muchas familias emigraron a regiones más seguras, otras hicieron alianza con algunos de los bandos enfrentados. En esas difíciles condiciones impuestas por la revolución, la población tuvo que arreglarse para continuar con su vida, para buscar el sustento, para cuidar sus pertenencias, para comunicarse con los seres queridos, para curar sus enfermedades, para darse tiempo para el amor y el ocio, para educar a los hijos, en fin, para seguir viviendo en un contexto que había cambiado. Qué tanto y cómo cambió la vida cotidiana en una de las regiones que más transformaciones tuvo durante la revolución es la segunda razón de este estudio.

Finalmente, el zapatismo ofrece uno de los más ricos ejemplos para el estudio y la reconstrucción histórica de los movimientos sociales revolucionarios a través de sus propios testimonios escritos y orales. El gran problema —la mayoría de las veces insalvable para los historiadores y estudiosos del pasado— de tratar de rescatar la voz de las denominadas clases subalternas, que por lo general no dejan testimonios directos de sus pensamientos, aspiraciones, proyectos, y de los cuales sólo se conocen ecos y reminiscencias indirectas, a través de sus portavoces, intérpretes y representantes de otras clases sociales, está parcialmente superado para el estudio

del zapatismo. Existen archivos de jefes zapatistas que se han conservado, que contienen miles de comunicaciones escritas (cartas, telegramas, avisos, instrucciones, recados, consejos, proclamas) en los que abundan testimonios escritos personalmente o dictados por la gente común de las localidades, por campesinos, jornaleros, peones, comerciantes, autoridades, soldados, oficiales, curas, administradores de haciendas, profesores, mujeres, madres, padres, viudas, ancianos, en los cuales plasmaron sus preocupaciones inmediatas, sus necesidades y también sus apreciaciones sobre la situación que estaban viviendo. Hubo una verdadera obsesión por la palabra escrita por parte de la gente común de las zonas zapatistas, la cual cumplía la función de dejar constancia inalterable de sus deseos y necesidades, de darle un carácter oficial y legal a ellos y, también, de mantener y reforzar los vínculos familiares, de amor y de amistad, en una situación atípica en la que la convivencia física directa se había alterado por la guerra, al separarse los hombres jóvenes de los hogares para enrolarse a las filas zapatistas o al ser obligados a ingresar en el ejército mediante la leva, y al tener que huir pueblos y familias enteras para protegerse de la destrucción del ejército y buscar refugio temporal en los cerros o en los pueblos reconcentrados. En tales condiciones, la escritura se volvió un medio imprescindible para mantener el contacto, para sentir la presencia recíproca, para expresar sentimientos, aflicciones y esperanzas y para organizar tareas comunes. En estos testimonios se encuentra una fuente muy valiosa para el estudio de la cotidianidad.

\* \* \*

Las revoluciones sociales son fenómenos atípicos, raros, en la historia de los pueblos, que ocurren con largos intervalos y a veces nunca se presentan. Y sin embargo, su influencia en el devenir histórico ha sido reconocida siempre y hay quien las considera el verdadero motor de la historia. Asociadas a una decisión extrema, que implica abandonar la seguridad y la tranquilidad cotidianas para arrojarse a una aventura en la que se pone en riesgo la vida propia y la de los seres cercanos, y que implica siempre sacrificios, penurias, dolor y muerte, las revoluciones son fenómenos no deseados, salvo en una situación de extrema desesperación o por motivos ideológicos. Inevitables, por lo demás, cuando se presentan significan una conmoción que trastoca los valores, los papeles, los equilibrios y las relaciones de poder a través de los cuales se desarrolla la vida en condiciones normales.<sup>1</sup> Uno

---

<sup>1</sup> Aquí se entiende el concepto de revolución como un fenómeno de masas con una notable –aunque no mayoritaria ni unánime– participación popular para tratar de derrocar el poder estatal y ocuparlo,

de los aspectos que se modifican, que se subvierten en el curso de las revoluciones es el de la vida cotidiana, entendida como el conjunto de manifestaciones a través de las cuales se expresa la individualidad de las personas de una sociedad históricamente determinada, que incluyen sus actitudes, sentimientos, ideas, aspiraciones, valores, moral, identidades, a través de las cuales organizan la producción y reproducción de su vida biológica, material y espiritual, su concepción de sí mismos y su ubicación y relaciones con los demás y con el entorno.<sup>2</sup>

En el caso de la Revolución Mexicana y del zapatismo se produjo un estado social atípico. Hubo un cuestionamiento a la opresión, a la injusticia, a los papeles asignados a las clases e individuos sometidos y, con el triunfo, se abrió una etapa de transición en la que disminuyó la eficacia de los controles tradicionales y del monopolio de la violencia a través de los cuales se ejerce normalmente la dominación y, al mismo tiempo, una liberación de iniciativas y de energías sociales contenidas hasta entonces para construir nuevos vínculos, nuevas identidades, una nueva comunidad. La revolución significó la negación de una identidad perdida, deteriorada y percibida como anómala, en la que prevalecían valores negativos como la injusticia, la desigualdad, la prepotencia, el egoísmo, la maldad, y significó –independientemente de sus resultados–, el intento por superarla, por sustituirla por otra identidad con valores positivos universales: justicia, honestidad, solidaridad, altruismo, en un esfuerzo por reconstruir una comunidad donde confluyeron esperanzas, proyectos y aparecieron nuevos héroes. Las clases marginadas, los de abajo, se volvieron –al menos temporalmente–, protagonistas de su propia historia.

Este proceso, empero, creó muchos conflictos y una tensión permanente, porque se desarrolló también, paralelamente, una tendencia disruptiva, originada por la súbita eliminación de las normas y de los instrumentos de control y coacción imperantes hasta entonces, que no fueron sustituidos inmediatamente por otros nuevos y que permitieron la aparición de bandolerismo y delincuencia en contra de la población civil con una gran intensidad e, incluso, dentro de los propios grupos revolucionarios. La construcción de nuevas normas y códigos y su eficacia fue muy

---

con el objeto de implantar un proyecto alternativo en el que se plasmasen otro tipo de relaciones económicas, políticas, sociales y culturales, hegemonizadas por clases, sectores y alianzas diferentes de quienes ejercen hasta esos momentos el poder, independientemente de las transformaciones estructurales efectivas, que nunca son inmediatas, sino de largo plazo. El término campesino, a su vez, se usa en un sentido que abarca tanto un modo de ser –de las personas que trabajan y viven directa o principalmente de los productos de la tierra, con tierras propias, rentadas, o como asalariados y que no son grandes propietarios–, como un modo de conciencia y de percepción cultural –como personas que se sienten, se ubican y se identifican a sí mismas ligadas al campo y a la vida rural.

<sup>2</sup> HELLER, Agnes, *Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, Grijalbo, Barcelona, 1985, pp. 39-44.

conflictiva. Los jefes rebeldes y las nuevas autoridades locales se esforzaron por controlar y normar la conducta de sus fuerzas y de la población civil y pusieron en práctica nociones y códigos de justicia tradicional y consuetudinaria directa. No obstante, en muchas ocasiones los comportamientos que atentaban contra la nueva comunidad y que afectaban a la población civil, se salieron del control de los jefes revolucionarios e instancias creadas para la administración de la justicia y se resolvieron mediante la fuerza de los propios contendientes, sucediendo casos de venganzas y justicia por su propia mano.

Además, las condiciones impuestas por una situación de guerra provocaron una situación de aguda escasez de alimentos y medios de subsistencia que dificultaron enormemente la supervivencia. Escasez y necesidad imperiosa de sobrevivir estuvieron en el origen de muchos comportamientos que proliferaron en la revolución, en una situación extrema que redefinió las conductas y los papeles de los distintos sectores populares y de los ejércitos revolucionarios. Y, también, ante la presencia constante de la muerte y del dolor, la lucha diaria por defender la vida se convirtió en un desafío diario que tuvieron que enfrentar las familias, quienes articularon alrededor de esta necesidad sus formas y vínculos de sociabilidad e identidad.

#### EL REINO DE LA NECESIDAD

##### *Las haciendas azucareras*

La insurrección de la que surgió el zapatismo tuvo entre sus orígenes una problemática agraria de larga duración —que se remonta a la época colonial—, a través de la disputa por los ricos recursos naturales de la región entre los pueblos originalmente asentados en ella y los nuevos pobladores hispanos y criollos, que establecieron ahí una de las industrias más florecientes en términos comerciales: el cultivo y transformación de la caña de azúcar. El paisaje morelense estuvo dominado desde entonces por las haciendas e ingenios azucareros, quienes controlaron desde muy temprana época las tierras más fértiles, las principales corrientes de agua y subordinaron a las comunidades campesinas que tuvieron que sobrevivir cultivando productos tradicionales —básicamente maíz y frijol—, en las tierras que conservaron y empleándose estacionalmente como asalariados en la labores de la siembra, cosecha y transformación de la caña. La simbiosis estructural y el equilibrio —nunca exento de tensiones como lo prueban los numerosos litigios que se observan en los tribunales agrarios novohispanos y del siglo XIX— entre las haciendas y los pueblos vinculados a ellas fue alterado por la modernización que tuvo lugar durante el porfi-

riato, a través de innovaciones tecnológicas, incremento en la infraestructura de riego y el empleo del ferrocarril para comunicar las zonas productoras con los principales centros de consumo. La superficie de cañaverales se triplicó entre 1869 y 1909. El volumen producido de azúcar se duplicó en el mismo periodo.<sup>3</sup>

Las haciendas azucareras fueron la institución económica dominante en la zona y también uno de los principales instrumentos de control y poder sobre la población común. En ellas vivía una parte importante de las familias campesinas como trabajadores residentes permanentes, y eran el principal medio de sustento para los trabajadores estacionales que se empleaban en la zafra y en la molienda de la caña. Pero además de esta función económica, las haciendas proporcionaban también otros elementos y servicios indispensables para la población que dependía de ellas: educación, atención médica, medicinas, servicios religiosos, cooperación para las fiestas religiosas y ayuda en casos de necesidad como enfermedades, muerte, o bien bautizos y bodas. Eran también espacios para la convivencia y el descanso. La desaparición del Estado colonial significó la eliminación de los mecanismos de protección y ayuda patriarcal de la que gozaban los grupos de la sociedad corporativa novohispana, que no fueron remplazados por el Estado liberal, lo que dejó en la indefensión a la mayoría de los grupos rurales y urbanos marginales del país. Algunas haciendas cumplieron parcialmente ese papel paternalista y protector y establecieron con sus trabajadores una relación de mutua conveniencia, a través de la cual, mediante un contrato implícito y de valores entendidos, los grupos subordinados aceptaban y reconocían la dominación y legitimidad de la hacienda y trabajar para ella, a cambio no solamente de remuneraciones monetarias o en especie, sino también de un código de conducta y de valores en los que se expresaba la protección y el interés de los hacendados en sus trabajadores.<sup>4</sup>

Gracias a ese código no escrito, las haciendas gozaron de una legitimidad que estuvo siempre a prueba y que originó que en la revolución, aquellas en las que se había desgastado más su legitimidad, sufrieran los primeros ataques por los pueblos colindantes con ellas o por sus propios trabajadores, o bien que fueran respetadas y protegidas por los pueblos y por los grupos revolucionarios hasta muy avanzada la revolución. Uno de los principales propietarios de Morelos, Manuel Aráoz, dueño de las haciendas de Cuahuixtla, Treinta y Acamilpa, expresó: “Sí hemos dado buen trato a todos los trabajadores [...] les hemos concedido continuamente franquicias

---

<sup>3</sup> CRESPO, Horacio, “La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto”, Tesis Doctoral en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1996, pp. 100-127, 143-183, 422-475.

<sup>4</sup> NICKEL, Herbert, *Paternalismo y economía moral en las haciendas mexicanas del porfiriato*, Universidad Iberoamericana, México, 1989, pp. 15-67.

y comodidades con las que mejoran su condición, tales como: tierras para siembra, asistencia médica con medicinas [...] servicio parroquial de matrimonios, bautizos, etc., cuyos gastos cubre la finca, no olvidando al cuidado moral para los niños de las familias reales”. Romualdo Pasquel, dueño de las haciendas Acatzingo, Miacatlán y Cocoyotla señaló: “Además, se les proporciona a los operarios [...] pastos en terrenos de las mismas haciendas para sus ganados [y] sostenimiento de escuelas para niños de ambos sexos y se les auxilia en sus necesidades”.<sup>5</sup>

En términos generales, la actitud del zapatismo ante las haciendas estuvo en función de las necesidades de la guerra, de las necesidades de los pueblos —que no siempre eran las mismas que aquellas— y de la actitud de los dueños y administradores. Así, en un primer momento, durante 1911 y 1912 el zapatismo utilizó a las ricas haciendas de su región para financiar su movimiento, realizando incursiones periódicas para conseguir alimentos, forrajes, víveres y dinero. Muy pronto, en la medida en que la guerra se hizo permanente, establecieron cuotas obligatorias semanales, que tenían que ser cubiertas en dinero y víveres por cada una de ellas. Las haciendas que fueron atacadas y que sufrieron saqueos, destrucción de sus instalaciones, quema de cañaverales y pastos e incluso el asesinato de sus dueños, administradores o empleados ocurrió en los casos en que hubo una reacción defensiva por parte de sus propietarios y trabajadores en contra de las partidas de revolucionarios. Hubo destrucción de haciendas en los casos en los que había agravios fuertes cometidos por dueños y capataces contra peones y residentes que se incorporaron a la revolución y que se valieron de ésta para vengarse, o cuando había conflictos agrarios agudos y recientes por expropiaciones de las haciendas en contra de pueblos y rancherías. En la medida en que la escasez de alimentos y víveres fue aumentando, los ataques, robos y abusos en contra de las haciendas arreciaron. En los archivos, abundan los ejemplos de quejas y denuncias de hacendados y administradores ante la imposición violenta de contribuciones, robos y matanza de ganado.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Por su parte, Luis García Pimentel, dueño de las haciendas de Santa Clara, Tenango y San Ignacio agregó que proporcionaba a sus trabajadores “pensiones a los viejos, a los inválidos, a los enfermos, a los huérfanos y a las viudas”. Ver “Respuestas de los hacendados al cuestionario de la Secretaría de Fomento”, 31 de mayo de 1912, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), *Fondo Gobernación* (FG), 298/335, 298/3341 y 398/98.

<sup>6</sup> ÁVILA ESPINOSA, Felipe, *Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001, pp. 91-94, 125; KNIGHT, Alan, “Land and Society in Revolutionary Mexico: The Destruction of the Great Haciendas”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 7, no. 1, (Winter) 1991, pp. 73-104. A la hacienda de Cocoyotla se le impuso una cuota de 250 pesos semanales; para obtenerla, el coronel Sealtiel Alarcón de las fuerzas de Genovevo de la O, amenazó quemarla “y viendo que perderían todo entraron en tratos con nosotros.” En el Estado de México, las haciendas de San Alejo, Coazingo y Concepción pagaron mensualmente contribuciones entre 50 y 100 pesos. En el caso de la más

En el Morelos zapatista varias haciendas fueron respetadas y se estableció un compromiso de no atacarlas a cambio de una contribución forzosa. Los guerrilleros surianos las utilizaron para abastecer a su ejército y financiar la guerra hasta la derrota del régimen de Victoriano Huerta. Aunque la producción de azúcar, de maíz, de frijol, de hortalizas y de frutas había continuado, la extensión y radicalización del proceso revolucionario provocaron la ruptura de los procesos económicos y de los circuitos comerciales. La derrota de Huerta hizo inviable la permanencia del régimen hacendario y muchos de sus propietarios abandonaron sus posesiones. Pero fue sobre todo la capacidad del zapatismo —cuando se volvió la fuerza dominante en su región— de aplicar el Plan de Ayala —que establecía la recuperación de la tierra por los pueblos—, lo que provocó el fin del sistema de las haciendas, que en esa región desaparecieron para no volver más. El ejército zapatista ocupó y administró las haciendas y trató de que operaran para seguir financiando la guerra, pero también para satisfacer las necesidades de producción de alimentos del ejército zapatista y de la población civil.

En las zonas zapatistas periféricas de Puebla, Guerrero y el Estado de México, hubo una violencia mucho mayor contra las haciendas, desde 1911, como producto de fuertes conflictos agrarios con pueblos y localidades vecinas y porque tuvieron una menor legitimidad ante los jefes guerrilleros, que en muchas ocasiones, no eran originarios de esos lugares y se comportaron como fuerzas de ocupación. En la campaña poblana, particularmente, se dio una de las más intensas destrucciones de campos y haciendas por parte de los grupos zapatistas entre 1911 y 1913. Después, todas esas haciendas periféricas fueron también expropiadas, intervenidas y operadas por los generales y coroneles zapatistas designados por el Cuartel General del Ejército Libertador.<sup>7</sup>

---

próspera hacienda de Jalmolonga, el dueño y el administrador establecieron una relación de compromiso con De la O y sus fuerzas, cumpliendo semanalmente con la cuota monetaria, alimentos y forrajes, a cambio de que la respetaran, defendieran y que les dejaran vender sus productos en los mercados autorizados por las fuerzas zapatistas; empero, este compromiso tuvo muchas dificultades para cumplirse y a menudo se le pidieron a la hacienda recursos por encima de la cuota, por jefes no autorizados, y los dueños en muchas ocasiones vendieron productos en lugares prohibidos, sufriendo constantes decomisos de mercancías. Ver “Alarcón a De la O”, Tesipac, Guerrero, 30 de abril de 1913 en AGN, *Fondo Genovero de la O*, (en adelante FGO), caja 1, exp. 7, ff. 20-21; “Genaro Borneo a De la O”, 24 de julio de 1913, ibídem, caja 2, exp. 2, f. 23; “relación de pagos de haciendas”, ibídem, caja 2, exp. 5, f. 47; “Ángel Barrios a De la O”, 25 de julio de 1913, ibídem, caja 13, exp. 6, f. 35.

<sup>7</sup> LAFRANCE, David G., *Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1987, pp. 85-87, 92-96; ÁVILA, *Orígenes*, pp. 224-228. Entre las haciendas que sufrieron ataques estuvieron las de El Puente, Zacatepec, San Carlos, San Vicente, San Pedro, Guadalupe, Atlacomulco. Temixco, Chinameca, Xochimancas, Santa Cruz y Ahuatepec, en Morelos;

Los jefes zapatistas fueron capaces de administrar y operar las haciendas y financiaron con ellas una parte importante de los gastos de guerra. Hubo también dificultades originadas por las dificultades para vender sus productos, por la inexperiencia administrativa de los generales encargados de ellas y por la resistencia de los trabajadores y campesinos para que continuaran operando como lo habían hecho en el porfiriato. Se presentó así la misma contradicción que con las tierras recuperadas por los pueblos, con la fábrica papelera de San Rafael —situada en la falda boscosa de los volcanes—, y con los ferrocarriles, también administrados y operados por los zapatistas desde 1914: las necesidades de la guerra implicaban una lógica y una racionalidad con criterios comerciales y de eficiencia productiva que chocaba con la percepción y con las necesidades de la población común. La gente de los pueblos y las rancherías prefería sembrar maíz, frijol y productos tradicionales y aprovechar los bosques y pastizales para satisfacer sus necesidades inmediatas y no les interesaba el mercado ni las necesidades de conseguir recursos monetarios para comprar armas y equipos. Con la revolución, los pueblos privilegiaron la producción de valores de uso, lo que a menudo chocó con la decisión del Cuartel General y de los intelectuales zapatistas de adaptarse y aprovechar las ventajas de una economía mercantil que respondía mejor a una lógica de guerra.<sup>8</sup>

Un ejemplo de la actitud y la confianza que tuvieron algunos pueblos para actuar de acuerdo con lo que querían lo dio el de Tenería, cuyos habitantes se pusieron a talar los montes que les habían sido vedados, a hacer leña y venderla. El síndico del ayuntamiento se quejó que antes eso sólo lo podrían hacer con una orden escrita de la presidencia municipal, pero como “ahora dicen que estamos en revolución, se olvidan de sus deberes y se entregan al destrozo más desenfrenado”.<sup>9</sup> Y con todo,

---

fueron quemadas las de Tenango y Atencingo en el estado de México y Santa Ana, Rincón, San José Teruel y Balvanera en Puebla. Luego de tales ataques y destrucción, la mayoría aceptó colaborar y pagar la cuota de protección que impusieron los revolucionarios; de las que se tiene mayor documentación son las de Jalmolonga y Miacatlán, en la zona bajo el control de De la O, así como de Zacatepec, que luego estuvo administrada por el jefe zapatista Lorenzo Vázquez. Entre 1915 y 1916, varias de estas haciendas fueron fraccionadas y repartidas entre los pueblos aledaños, como ocurrió en el caso de El Puente, en Morelos.

<sup>8</sup> WOMACK, John, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf Inc., New York, 1970, pp. 223-251; ESPEJEL, Laura, “El costo de la guerra. La compañía papelera de San Rafael y el financiamiento zapatista”, en Laura ESPEJEL, (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 269-291; GUAJARDO, Guillermo, “Tierra y Acero”. Máquinas y obreros bajo los zapatistas (1910-1915)”, en Espejel, *Estudios*, 2000, pp. 247-268.

<sup>9</sup> “Lucío Zamorano a De la O”, 13 de julio de 1914, AGN-FGO, caja 4, exp. 1, f. 96; Trinidad Tenorio se quejó con Zapata de que los pueblos de Santiago y Chalma explotaban por su cuenta los montes, obstaculizando la madera que necesitaba el ferrocarril, ver “Tenorio a Zapata”, 18 de julio, ibídem, caja 14, exp. 8, f. 74.

tanto los guerrilleros surianos como la población civil fueron capaces de desarrollar uno de los intentos más radicales –aunque efímero– por organizar la producción y la distribución de los satisfactores para financiar su guerra y para beneficiar a la población mayoritaria, dándole otra función a la que había sido la principal agroindustria nacional hasta entonces.

### *Los pueblos*

Los pueblos fueron la organización que permitió dar cohesión social e identidad al movimiento zapatista y su principal soporte. Como ha señalado Guerra

[...] en México el pueblo tenía una importancia fundamental en la identidad de las personas y de los grupos. Célula social básica, en la tradición prehispánica del calpulli, la época colonial no menguó su cohesión interna y lo mantuvo como algo separado del exterior [...] en la época independiente conservaba fuertes vínculos internos: parentesco, santo patrono, fiestas religiosas y civiles, autoridades propias religiosas y civiles, tierras comunales. Desde luego, hay conflictos internos y estratificación. Pero hacia fuera, actúa siempre como algo homogéneo. En las revueltas y levantamientos de todo tipo que hay son actores colectivos, no individuales, los que se mueven [...].<sup>10</sup>

En la rebelión zapatista fueron los pueblos los que se incorporaron y formaron el Ejército Libertador del Sur y fueron ellos el soporte básico que proporcionó hombres –particularmente los jóvenes que todavía no eran jefes de familia, quienes constituyeron el ejército zapatista permanente, profesional, y hombres maduros, jefes de hogar, que se incorporaron en defensa de los suyos, formando parte del ejército estacional zapatista, que se juntaba para las principales acciones pero seguía atendiendo a los suyos y a sus parcelas mientras la guerra no imponía otras condiciones–, mujeres –que tuvieron una participación importante desempeñando sus labores domésticas tradicionales, proporcionando y llevando alimentos a sus esposos, hijos y parientes o sirviendo de correos y de espías para avisar a las bandas guerrilleras de los movimientos del enemigo, además de una minoría que se incorporó a las acciones militares–, y niños –muchos de los cuales se incorporaron directamente a las filas insurgentes o contribuyeron también como mensajeros y ayudaron en diversas tareas. En buena medida, la cohesión y persistencia que tuvo el zapatismo se explican por los fuertes vínculos de parentesco de sus componentes, de familias que tenían a los hombres combatiendo directamente en la

<sup>10</sup> GUERRA, François Xavier, *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, FCE, México, 1988, I, pp. 141-142.

revolución mientras el resto de sus miembros colaboraban en distintas formas con el movimiento. Desde luego, eso no significó que no hubiera conflictos y disputas en su interior, sino al contrario, las rivalidades y pleitos entre las familias fueron uno de los fenómenos más característicos e intensos en el movimiento zapatista, y explican en parte las limitaciones que tuvo para extenderse a otras regiones más allá de su zona de origen y para conformar un ejército profesional, con menos arraigo a su región y mayor efectividad militar.<sup>11</sup>

Los pueblos de la zona, todavía más que las haciendas, sostuvieron y alimentaron al ejército y a la revolución zapatistas con los productos que cosechaban, principalmente maíz, frijol y chile y, de manera menos regular, frutas, hortalizas, animales domésticos y ocasionalmente lácteos. La ayuda era directa, dando de comer a los grupos guerrilleros que entraban a las poblaciones y que iban a sus casas por alimentos, o indirectamente, a través de la organización y distribución regular de cuotas de productos y/o de dinero que fijaban los pueblos con los jefes zapatistas, recogidas y entregadas por conducto de las autoridades locales. Los archivos zapatistas están plagados de testimonios que evidencian este sostenimiento alimenticio de las localidades para las tropas zapatistas y para sus cabalgaduras. Esas contribuciones eran voluntarias, en los casos en los que había parientes y amigos cercanos dentro de las filas guerrilleras y las familias gustosamente colaboraban con lo que tenían y, también, en los casos en los que no existían lazos de parentesco o amistad, pero los pueblos reconocían que los guerrilleros los protegían y defendían del ejército o de los rurales y era una especie de pago de servicios. Por ejemplo, Catalina Ochoa, habitante de Chalmita, le escribió a De la O: “Le mando a usted unas cuantas piezas de pan por no haber más en estos momentos, pero en seguida le mando unas piécitas más”. Vecinos de Santa Mónica de Ocuilan le enviaban regularmente maíz a De la O y le dijeron “todos los vecinos de este pueblo jamás se han olvidado de usted y de todos los jefes que exponen su vida por el bien y el progreso de nuestra querida Patria”. Un veterano zapatista recordó que para conseguir comida: “llegábamos a una casa y –señora, regáleme una tortilla– sí cómo no pasen, pasen... entonces nos pasaban y nos servían una comida como en su casa...”.<sup>12</sup>

<sup>11</sup> KATZ, Friedrich, *La guerra secreta en México*, vol. 1: “Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana”, Ediciones Era, México, 1993, pp. 147-49. ESPEJEL, Laura y Salvador RUEDA, “Los ejércitos populares y la construcción de un ejército nacional”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 5, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175° Aniversario de la Independencia Nacional y 75° Aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 857-865.

<sup>12</sup> “C. Ochoa a De la O”, Chalmita, 26 de julio de 1914, AGN-FGO, caja 4, exp. 1, f. 32; “N. Ferreira y otros a De la O”, Santa Mónica, 19 de julio de 1914, ibídem, caja 4, exp. 1, f. 66. Entrevista a Lorenzo

Pero también ocurrieron infinidad de casos en que esas contribuciones fueron impuestas por la fuerza, como cuotas obligatorias que se exigían mediante amenazas, castigos corporales y abusos, ocasionando una relación muy deteriorada de temor, resentimiento, agravio y deseo de justicia por parte de las familias ofendidas en contra de los abusos y prácticas bandoleras de muchos jefes y soldados zapatistas. En este rubro, al igual que en otros, ocurrió que la respuesta de la población civil de las localidades para abastecer al ejército zapatista dependió de la cercanía familiar y de amistad, de la necesidad de protección y defensa, de las formas y actitudes con las que se pedía esa ayuda y, también, de la disposición de alimentos de las poblaciones, cuya producción —como consecuencia directa de la guerra, de la destrucción de los campos y poblados, de la cancelación de los circuitos comerciales, de la extracción de una buena parte de la fuerza de trabajo masculina, y por la incertidumbre propia de una situación como la que se vivía—, se cayó dramáticamente. Así pues, se vivió una escasez crónica y creciente de alimentos y víveres, que se agudizó conforme se prolongó la guerra y que provocó una enconada disputa por los pocos recursos disponibles en donde la población civil pacífica, en desventaja ante los distintos grupos armados, zapatistas o contrarios a éstos, llevó todas las de perder. En todo el periodo, y particularmente en los años más difíciles, de 1916 en adelante, se produjo una impresionante extracción de los recursos y del trabajo de los pueblos de la zona por las distintas fuerzas armadas contendientes, fueran federales, zapatistas o carrancistas, a los cuales se vieron obligados a alimentar con recursos cada vez más exiguos.

En la zona poblana, el jefe zapatista Jesús *el Tuerto* Morales exigía maíz, tortillas, zacate, y armas, a menudo con amenazas y malos modos; los pobladores se quejaron continuamente de ese comportamiento y denunciaron que siendo tan pobres no podían pagar lo que se les exigía; estas mismas quejas aparecen profusamente en los archivos en los que la población común se quejaba de tales abusos por generales zapatistas como Felipe Neri, Antonio Barona —cuyos excesos motivaron que fuese castigado por el Cuartel General Zapatista y fusilado por fuerzas de De la O— y Everardo González y un número muy extendido de coroneles menos conocidos. Ante esa situación, cuando pudieron, los pueblos se negaron o regatearon la ayuda, pidieron garantías a Zapata y a los jefes zapatistas que sabían que los protegían y, en el extremo, se escondieron o enfrentaron a las partidas zapatistas y se unieron a sus enemigos.

---

Vergara por Laura Espejel, 15 de julio de 1973, Programa de Historia Oral del INAH (en adelante PHO)-z/1/1. “El presidente de Miacatlán pidió a De la O que se quedaran los coroneles Ayala y Zamora custodiando el pueblo, cuyos habitantes estaban muy agradecidos porque los habían defendido, especialmente a los niños”, 6 de junio de 1914, AGN-FGO, caja 3, exp. 6, f. 37.

Los pueblos de Xochitlán, Tlacotepec y Tetela en marzo de 1913 se negaron a cooperar con la cuota de zacate y dinero que se les pedía; los auxiliares de Acatzingo dijeron que su pueblo estaba sumido en la pobreza por falta de trabajo y no tenían el dinero que les pedía, solicitando que se respetara el salvoconducto extendido por Zapata; los de San Pedro Jiutepec, San Francisco, San Miguelito, Jajalpa, San Pedro Techuchusco, San Lorenzo y Almoloya pagaban una cuota semanal en dinero y víveres al coronel Ignacio Fuentes y se quejaron con frecuencia de su trato; el coronel zapatista Marcos Pérez informó que yendo su partida por un atajo, encontraron a dos arrieros en el camino, los detuvieron y al negarles que continuaran su trayecto, los arrieros protestaron y les dijeron que estaban hartos de los préstamos forzosos y que los zapatistas actuaban como bandidos; ante ello, Pérez les inquirió si sostenían lo que acababan de decir y, al hacerlo, los pasó por las armas. El coronel Severo Vargas denunció que los coroneles Modesto Rangel y Conrado Martínez robaban el ganado de los pueblos y le pidió a De la O que le dijera “si ya se vale robar para ponerse a robar”, que estaba bien quitar ganado a las haciendas pero no el de los pobres. El auxiliar de Jiutepec informó a De la O que una viuda con seis hijos que apenas ganaba para alimentarlos cooperaba con veinte pesos para ayuda a la revolución y pidió que se le eximiera de ello.<sup>13</sup>

Una de las mayores conmociones que sufrieron los pueblos de la zona zapatista durante la revolución fue la destrucción y la quema de sus casas, corrales, campos, bosques e iglesias por parte del ejército federal, quien recurrió a una táctica de guerra sucia y de terror en su afán por derrotar al movimiento y que trató de acabar con el zapatismo destruyendo de raíz las que eran sus principales fuentes de apoyo y abastecimiento. Muchos pueblos como Santa María, Huitzilac, Nexpa, Tetela del Monte, Amatepec, Ahuatepec, Ocotepc, Tlacotepec, Santa Catarina, Cuentepec, Ocuilan, Tepoztlán, Malinalco, San Juan Atzingo, San Simón, Huautla, Ayotzingo, fueron quemados durante la revolución, tanto por el ejército federal durante los regímenes de Madero y Huerta entre 1912 y 1914, como por el ejército constitucionalista entre 1916 y 1917.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Ver “Pantaleón Guadarrama a De la O”, Tlaxipehuaco, 15 de febrero de 1912, AGN-FGO, caja 1, exp. 2, f. 4; “Atilano García a De la O”; Ocotepc, 22 de mayo, 12 y 16 de julio de 1912, ibídem, caja 1, exp. 2, f. 69; caja 1, exp. 3, ff. 1-5; caja 1, exp. 6, f. 27 y caja 1, exp. 6, f. 28; “Vecinos de Acatzingo a De la O”, 7 de febrero de 1913, ibídem, caja 1, exp. 6, f. 29; “M. Pérez a De la O”, campamento revolucionario, 25 de julio de 1913, ibídem, caja 1, exp. 5, f. 41; “S. Vargas a De la O”, campamento revolucionario, 17 de agosto de 1913, ibídem, caja 2, exp. 2, f. 41; “auxiliar de Jiutepec a De la O”, 9 de diciembre de 1913, ibídem, caja 2, exp. 3, f. 5 y caja 2, exp. 7, f. 20.

<sup>14</sup> “Francisco I. Madero a Naranjo, gobernador de Morelos”, México, 5 de febrero de 1912, AGN, Fondo Francisco I. Madero (en adelante FFM), 31/862/23900-23901; *El País*, 2, 9, 13, 16, 17, 18 y 26 de

Ángel Tenorio, niño entonces, relató testimonios de cuando quemaron su pueblo, Ayotzingo:

Me acuerdo que cuando fue la quemazón en todo el pueblo, a los federales no les costó trabajo quemarlo. Ese día mi mamacita se escondió en el pesebre de las vacas y a mí me dejó sentado en el cuarto; era todavía muy chico y me acuerdo que como el fuego consumía toda la casa al mismo tiempo, ya no pude salir, y la paja ardiendo se caía casi quemándome [...] ese día los federales se llevaron tres vacas con todo y crías, y mi papacito había ido a trabajar, o sea que estábamos solos y llorando veíamos arder un poco de maíz que teníamos en un castillo [...] La iglesia fue quemada y tomada como cuartel cuando nos fuimos al monte para que los federales no nos fueran a matar. Bajamos al pueblo hasta después y fuimos a la iglesia. Ahí encontramos a los santos desnudados; nada más un papel envuelto los cubría; uno que otro quemado; las joyas que tenía nuestra patrona Santa Catarina, se las quitaron ‘las guachas’, que eran soldaderas que traían los federales.<sup>15</sup>

Entre las estrategias de supervivencia puestas en práctica por los pueblos para impedir la quema de sus localidades, estuvo el simular la adhesión al gobierno o el rechazo a las fuerzas revolucionarias, valiéndose de intermediarios como sacerdotes y autoridades municipales. Empero, no siempre resultó efectiva porque el gobierno y el ejército tenían forma de comprobar la simpatía y el apoyo que daban a los revolucionarios mediante múltiples formas que iban desde la delación hasta la tortura y el terror. Los pobladores de San Simón escribieron a De la O que para que no quemaran su pueblo otra vez, ya que habían tenido que ir a Tenancingo a firmar que apoyaban al gobierno y que lo hicieron porque sus familias se quedaron como rehenes del ejército, pero que habían cooperado con forraje y siempre estarían con la revolución, pero por el momento tenían que engañar al gobierno. Los habitantes de Zumpahuacán le dijeron al mismo general que el gobierno con amenazas los había obligado a firmar su adhesión, pero que estaban con la revolución “para favorecer a los pobres pueblos subyugados”. En Santa Catarina, luego de que había sido quemado el pueblo los habitantes se presentaron ante Juvencio Robles, el jefe de la

---

febrero de 1912, 11 y 24 de marzo de 1912; *El Imparcial*, 1, 3, 8, 20, 21 de marzo de 1912; *El Diario del Hogar*, 4, 9, 12, 18, 24 y 28 de febrero de 1912.

<sup>15</sup> VV. AA., *Mi pueblo durante la revolución*, INAH, México, 1985, vol. 1, pp. 65-68. Las autoridades y habitantes del pueblo de San Simón, escribieron en septiembre de 1913 a De la O que su pueblo había sido quemado y que los soldados federales habían entrado “tratando de hacer cenizas las casas y devorado hasta las paredes, por lo que nos hallamos escondidos en los bosques” porque sabían que era un pueblo de revolucionarios. Ver “vecinos de San Simón a De la O”, septiembre de 1913, AGN-FGO, caja 2, exp. 4, f. 7.

campana federal contra los zapatistas diciéndole que eran partidarios del gobierno y que les diera salvoconductos.<sup>16</sup>

Poblaciones enteras, compuestas mayoritariamente por mujeres, ancianos y niños, los habitantes más permanentes de las localidades, fueron obligadas a reconcentrarse en campamentos en las ciudades y pueblos mayores controlados por el gobierno o por el constitucionalismo. La vida de la población en estos campamentos de concentración fue todavía más difícil, por la violencia del acto de destrucción del hogar y de todas sus pertenencias, por el desarraigo y el asentamiento forzoso en un lugar extraño en el que no existían vínculos de parentesco y solidaridad y en donde la manutención y los servicios no dependían de ellos mismos, sino de sus obligados vecinos y de las fuerzas de ocupación enemigas. Pascual Aguilar, de Tepalcingo, relató que

la mayoría del pueblo fue incendiado, luego reunieron a todas las mujeres y las concentraron en el pueblo, luego se las llevaron como prisioneras de guerra a Jonacatepec, a 12 kilómetros. Las maltrataron con palabras y no se compadecieron de ellas ni les ayudaron, pues iban cargando sus maletas, sus niños. Les advirtieron que a las mujeres y madres de zapatistas ya las estaba esperando el tren para llevarlas a Quintana Roo. [En Jonacatepec] estuvieron como en la cárcel. Las mujeres se fueron fugando a escondidas, unas al mes, a los dos meses [...] los pacíficos andábamos en los cerros, en pleno temporal, refugiados en las cuevas. Los hombres sabían que sus mujeres estaban en Jonacatepec y con peligro de sus vidas las iban a traer poco a poco por la noche.<sup>17</sup>

Otro recurso extremo de supervivencia que utilizó la población civil fue el irse a vivir a los cerros y esconderse en los bosques y en las cuevas, no solamente cuando se habían quemado sus poblados, sino también para prevenir las depredaciones y atrocidades del ejército y de los constitucionalistas, cuando sabían que iban a llegar, o de manera permanente, cuando la guerra de posiciones controladas por el ejército zapatista y por sus enemigos así lo exigía. La vida temporal en los montes se convirtió en los hechos en la vida dentro del ejército zapatista, pues las poblaciones se refugiaron en donde estaban sus familiares guerrilleros y compartieron con ellos las dificultades y las extremas penurias de la guerra en condiciones adversas, en climas fríos, prácticamente a la intemperie, sin los recursos que estaban acostumbrados a

---

<sup>16</sup> “Vecinos de San Simón a De la O”, septiembre de 1913, AGN-FGO, caja 2, exp. 4, f. 8; “vecinos de Zumpahuacán a De la O”, 26 de septiembre de 1913; *ibidem*, caja 2, exp. 4, f. 24.

<sup>17</sup> Entrevista a Pascual AGUILAR por Alicia OLIVERA, 2 de marzo de 1974, PHO-Z/1/31. Habitantes de Jajalpa, reconcentrados en San Juan Isla, San Lucas y Santiaguico se quejaron porque no tenían trabajo ni dinero para alimentos y que sus familias sufrían el desprecio de los dueños de las casas donde se alojaban, AGN-FGO, caja 6, exp. 9, f. 25.

obtener y teniendo qué sobrevivir con lo que les ofrecía el monte. En esos lugares, no obstante, reconstituyeron su vida y reforzaron sus vínculos de solidaridad. Las mujeres aprendieron a buscar y preparar comida, los niños a ayudar a sus padres a conseguir leña y cuidar animales, los hombres a proteger y mover a su familia según las decisiones de táctica militar decididas por sus jefes. La existencia en las cuevas y montes, empero, no garantizaba la seguridad de sus vidas ni de sus pertenencias. A menudo, la comida, ropa y los objetos de valor que ahí depositaban fueron robados no sólo por el ejército cuando los perseguía, sino también por los miembros del ejército zapatista y por sus propios vecinos.

Juliana Flores, veterana zapatista de Santo Tomás Ajusco, relató las difíciles condiciones en que vivían en los montes, donde padecían mucha hambre; su hermana y ella recolectaban ocote y lo iban a vender a Cuernavaca, con lo que compraban arroz, frijol y maíz: “teníamos que andar escondiéndonos, en donde durábamos 4 días o donde durábamos 8 días y luego ya nos iban a corretear y así andábamos por los montes... solo Dios sabe por donde anduvimos”. Juan Arellano, otro veterano de la región de Chalco, contó que “comíamos tierra mojada, zacate ese tierno, jalábamos y masticábamos la yerba o ése que le dicen Carlo Santo... pelábamos las espinas y masticábamos... en tiempos de aguas pos hay bastante qué comer... pero en tiempo de secas [...] había unos troncos ya podridos y ahí se encharcaba el agua y ahí íbamos a tomar agua y si no, llevábamos unos guajes cargando o a cabeza de silla de los caballos, colgados ahí... como animales comíamos maíz y habas y tragos de agua”.<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> Agapito Pariente, de Tepalcingo, indicó que su familia escondía sus cosas en las cuevas y que duraron escondidos en el cerro dos años. Ver entrevista a Juliana FLORES realizada por Laura ESPEJEL, 3 de noviembre de 1973; entrevista a Juan ARELLANO, realizada por Laura ESPEJEL, 7 de agosto de 1973; entrevista a Agapito PARIENTE realizada por Alicia OLIVERA, 2 de marzo de 1979, PHO-Z/1/19 y PHO-Z/1/7, PHO-Z/1/29. Maximina Granados, de Ayotizingo, contó “cuando entraban los federales al pueblo, huíamos para el monte para que no nos fueran a matar, y pasábamos a esconder algunas cosas en los tenocholes, porque todo lo que les gustaba se lo llevaban. Nosotros nos jalábamos las vacas, los borregos, para que no se los llevaran, y cuando el camino era muy largo nos sentábamos bajo la sombra de un árbol y en ocasiones la sed, el hambre y el cansancio mataban a las personas ya grandes; luego nada más por allá los pasaban a enterrar, envueltos en un miserable petate; dos varas de árbol eran la cruz y ya era todo. Como había destacamento, pues no podíamos bajar a enterrarlo como Dios manda”, en *s/a, Mi pueblo*, vol. 1, p. 67. Para que la carne no se descompusiera, la población civil y los guerrilleros la hacían cecina, por lo que la sal se volvió un artículo muy codiciado. Jesús Vides le remitió a De la O un bulto de cecina “que va bien conservada y no lleva arroz como la otra de días pasados... si la carne del otro día llegó con gusanos es por motivo de que en esta hay mucha mosca”, AGN-FGO, caja 4, exp. 2, f. 49. La preparación de alimentos también era complicada en los montes pues no podían hacer fogatas grandes que los delataran. Domitilo Ayala expresó que las familias de Palpan se alimentaban solamente de calabazas hervidas, AGN-FGO, caja 4, exp. 3, f. 41.

Los pueblos se acostumbraron a esas penurias ocasionadas por la revolución. Tal vez un relato típico de lo que fue la vida para las personas comunes en esos años lo encontramos en la carta de Gregorio Amaya a su hermano Filomeno, en San Nicolás Totolapan: en ella le describió los abusos que cometían los voluntarios –enemigos de los zapatistas–, quienes se emborrachaban a diario y quienes, junto con los federales, el día anterior habían detenido a un pobre viejo reumático y viudo que vendía frijol y chile en la plaza; lo habían encuerado, hincado y simulon fusilarlo; a otro carbonero lo torturaron ahogándolo en el río y señalaba:

se divierten, gozan materialmente ellos y las soldaderas roban que es gusto y el que dice algo lo maltratan con obra y palabras... ¡hay del que intente pronunciar una palabra en defensa!... qué triste que ningún ciudadano goce de ningunas garantías, se acabó la libertad... ayer en la mañana en la loma en una cantina estaban un sargento, un cabo y dos soldados muy borrachos, con sus soldaderas borrachas también manosiándose desonestamente sus carnes y cuabitando allí mismo... esto es lo que de casualidad ve uno”.

Encima de eso, días después habían llegado los zapatistas quienes “se llevaron sus caballos, dinero y lo que había en la tiendita, pidieron auxilio a la guarnición federal que allí estaban los zapatistas, y contestaron que no tenían orden de subir al pueblo, que estaban bailando, ni unos ni otros quisieron dar auxilio, así hacen siempre, cuando se acercan los zapatistas ni se mueben, y cuando ven que está tranquilo se lucen tirando, gastando el parque, asustando a las familias y alarmando a la población”.<sup>19</sup>

### *El ejército zapatista*

El otro actor central fue el Ejército Libertador del Sur, quien se convirtió en un protagonista principal desde 1911 y en el grupo dominante desde mediados de 1914 hasta que fue derrotado y capituló en 1919. El ejército zapatista fue un ejército peculiar, compuesto en su mayoría por hombres jóvenes, que comenzó con unas cuantas decenas de seguidores en 1911 y que en su momento de mayor poderío, entre 1914 y 1915, concentró a cerca de treinta mil hombres armados. Entre los motivos que originaron la adhesión al ejército zapatista tuvieron un papel importante la necesidad de tierras, polo de atracción para multitud de familias e individuos que reconocieron en el zapatismo el adalid de la causa agraria desde 1911. En la medida en que se consolidó y fue creciendo, el zapatismo reforzó esta imagen y con la aplicación de la reforma agraria que tuvo lugar de manera completa

<sup>19</sup> “G. Amaya a F. Amaya”, 18 de octubre de 1913, AGN-FGO, caja 2, exp. 5, f. 14.

e inédita en sus territorios, el ejército zapatista se invistió de una enorme legitimidad y prestigio por la población beneficiada y fue ese sin duda uno de los principales factores que explican su arraigo y representatividad.

Además de ello, el ejército zapatista se convirtió en muchas ocasiones en el brazo defensor de las poblaciones de su región contra los abusos, persecuciones y represión del ejército federal y del ejército constitucionalista que asolaron a la población común de manera prácticamente ininterrumpida entre 1911 y 1919. En virtud del apoyo que tenía el ejército zapatista en su región, sus enemigos trataron de vencerlo atacando a la población civil que le servía de base. Los resultados, invariablemente, fueron los contrarios: entre más sanguinaria fue la represión contra la población civil, más se reforzaron los vínculos del ejército zapatista con la gente común, porque en muchos casos los guerrilleros eran parte de las mismas familias que estaban siendo reprimidas, y porque un mecanismo de autodefensa de las comunidades fue incorporarse al ejército zapatista para tener mayor protección. En cierto sentido el ejército zapatista fue una liga de comunidades armadas de autodefensa.<sup>20</sup>

Además de estas dos causas generales de incorporación, hubo una multiplicidad de motivos individuales, entre los cuales destaca el fenómeno de identificación, notable particularmente entre los individuos más jóvenes y aún en muchos niños. Entre éstos, la presencia de sujetos armados, que se enfrentaban a los enemigos de sus pueblos y familias, que arriesgaban la vida, que gozaban de prestigio y admiración y que también infundían temor, que montaban a caballo y conquistaban o arrebatában mujeres, ejerció una gran atracción y aún fascinación por esos nuevos héroes populares que parecían estar al alcance de la mano. Sus hazañas, contadas, magnificadas, mitificadas en las conversaciones y pláticas de los mayores, de las mujeres, cantadas en los corridos que proliferaron en la zona, ejercieron un poder irresistible para muchos adolescentes y niños que en cuanto hubo oportunidad —y ésta se presentaba con mucha frecuencia—, se incorporaron a alguna de las partidas que llegaban a sus lugares.<sup>21</sup>

Hubo también muchos que se incorporaron al movimiento por imitación, porque veían que los demás lo hacían, porque no tenían una mejor alternativa, porque “la bola”, como fenómeno de masas, los jalaba y era difícil resistirse a no ser parte

---

<sup>20</sup> RUEDA, Salvador, “La dinámica interna del zapatismo, consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista”, en Horacio CRESPO (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México /UAEMOR, México, 1984, pp. 239-240.

<sup>21</sup> Gregorio Godoy relató que entre los muchachos de Xochimilco decían “¿vamos a la revolución? Pues vamos, porque uno es joven... anduvimos como 6 hermanos en la revolución”, PHO-Z/1/6; Ignacia Peña, de Huitzilac, contó que ella se metió a la revolución por seguir a sus hermanos Román y Crescencio y porque quemaron su pueblo, PHO-Z/1/18.

de ella, a quedar excluido de algo que formaba parte de una nueva comunidad y que imponía nuevos papeles y obligaciones, aunque no entendieran realmente, de qué se trataba el asunto —como muchos de ellos lo reconocieron. Una vez adentro, fueron asimilando e interiorizando la ideología, los valores, las conductas que les marcaban los jefes zapatistas, en un proceso que estuvo también preñado de problemas y contradicciones. Severiano Castillo, por ejemplo, se incorporó a los 15 años cuando se presentó una partida zapatista y lo invitaron a sumárseles, dándole un arma

no conocía yo a nadie... me fui a arrinconar ansina, entonces uno de los soldados me dice ‘oye escuince ¿porqué lloras?... ¿porqué estás triste? ¿qué todavía no acabas de mamar?’... a aquel hombre con franqueza le dije... tengo el arma, pero no se manejarla y por eso estoy triste... dice ah, otra cosa fuera eso, vente te voy a enseñar.<sup>22</sup>

En el ejército zapatista, los guerrilleros surianos formaron parte de una comunidad de intereses, vínculos, lealtades y complicidades que los identificó fuertemente entre sí horizontal y verticalmente. Compartir el peligro, los sinsabores, los miedos, las batallas, las penurias, el hambre, el peligro, la muerte, creó entre ellos fuertes solidaridades y una identidad muy sólida. Se desarrolló entre ellos una conciencia de que la función que cumplían representaba una misión, que era un ejemplo investido de valores positivos y que tenían derecho a que la población civil de las diferentes localidades cumpliera la parte que le tocaba de alimentarlos y ayudarlos, puesto que ellos hacían lo que les tocaba: la defensa del territorio y la guerra contra el enemigo. Las lealtades que se crearon en esas pequeñas estructuras guerrilleras al mando de un jefe sorprenden y se explican no solamente porque en muchas de esas unidades existían lazos de consanguinidad y amistad, sino también porque se desarrollaron fuertes vínculos de solidaridad que sólo se entienden por la extrema situación en que se constituyeron, defendiendo la vida propia y la de los suyos, ayudándose entre sí.

Esa fuerte cohesión e identificación interna alrededor de un jefe local fue, al mismo tiempo que una fortaleza, una debilidad, porque las lealtades se concentraban en los mandos directos de sus jefes inmediatos y la enorme autonomía y libertad con la que actuó el muy atomizado y disperso ejército zapatista produjo una aguda competencia por los recursos materiales cada vez más escasos en la zona y

---

<sup>22</sup> Entrevista a Severiano CASTILLO realizada por Alicia OLIVERA y Laura ESPEJEL el 28 de septiembre de 1973, PHO-Z/1/5; Clemente Peralta entró a los 14 años cuando estaba cuidando ovejas y pasó un jefe y lo invitó a unirse a la revolución y se fue. No tenía experiencia “ya hasta después que andábamos ya ahí que nos enculcaban que se peleaba el Plan de Ayala.”, PHO-Z/1/20. Margarito Gutiérrez confesó “yo francamente me fui a la revolución sin saber qué plan se peleaba”, PHO-Z/1/24. Plácido Almacende, por su parte, dijo que él había entrado porque en su pueblo decidieron entrar y su padre le dijo que se quedara cuidando a la familia, a lo que él replicó que mejor él se metía a la revolución, PHO-Z/1/30.

numerosas disputas por rivalidades, prestigio y agravios entre los jefes zapatistas que el Cuartel General nunca pudo controlar, a pesar de sus esfuerzos. Esa autonomía y descoordinación no fue sólo un obstáculo para su eficacia militar como ejército, sino también propició muchos abusos y complicidades de las bandas guerrilleras que actuaban y se defendían con energía ante los intentos por ordenarlos.

El Cuartel General zapatista definió la norma de conducta que debía seguir el Ejército Libertador, a través de multitud de órdenes, instrucciones y circulares que los jefes se empeñaron en cumplir. En ellos se expresaba un código moral de respeto a los principios de honestidad, rectitud, justicia, protección y respeto a la población civil y en particular a los más pobres. La normatividad zapatista reflejó una concepción patriarcal y protectora del poder en beneficio de los más necesitados. Estableció procedimientos e instancias de aplicación de la justicia basados en estas nociones, en el sentido común y en la tradición, promoviendo la participación directa de la gente en las instancias y en los procedimientos. Se castigaron los delitos que atentaban contra la población civil y contra la revolución y se crearon también tribunales militares para los miembros del Ejército Libertador.<sup>23</sup> Empero, la realidad en muchas ocasiones se alejó demasiado de la norma y en los archivos zapatistas se encuentran testimonios de una enorme violencia delictiva tanto en el interior de las propias tropas, como, sobre todo, contra la población civil indefensa.

Los ejemplos abundan: Pedro Santamaría y su hermano denunciaron que cuatro guerrilleros asaltaron su casa, mataron a su padre, golpearon a su madre y amenazaron a sus hermanos de matarlos si no desocupaban la casa. Leandro García denunció que tres hombres llegaron a matarlo, por órdenes de De la O e hirieron de gravedad a su esposa. Anastasio Flores, de trece años, acusó al coronel Agustín Rojas y sus soldados de haber matado a su padre, luego de darle un balazo y rematarlo a pedradas porque querían que les diera cien pesos y sólo juntó diez. Encarnación Huerta, comerciante, describió haber sufrido cuatro asaltos en cinco meses, en los cuales habían secuestrado a dos empleados de la casa para pedir rescate y a la esposa de su dependiente la habían colgado y dado de machetazos. Luis Pichardo exigió que se juzgara al soldado zapatista que había matado a su hijo sin motivo y dijo que “los de la familia de él no quedamos conformes a que quede nada más así porque no es animal el que se murió”.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> RUEDA, “Dinámica”, 1984, p. 245.

<sup>24</sup> “P. Santamaría a De la O”, Tlayacapan, 11 enero de 1911, AGN-FGO, caja 1, exp. 4, f. 6; “L. E. García a De la O”, Ocotepéc, 18 enero 1913, *ibídem*, caja 1, exp. 4, f. 9; “A. Flores a De la O”, Cuentepec, 24 de julio de 1913, *ibídem*, caja 2, exp. 2, f. 30; “E. Huerta a Fortino Ayaquica”, Tecuanipa, 22 de mayo de 1913, *ibídem*, caja 13, exp. 4, f. 1; “L. Pichardo a De la O”, Santa Ana, 26 de octubre de 1913, *ibídem*, caja 2, exp. 5, f. 6.

Ante estas prácticas delictivas la actitud de los jefes zapatistas hacia sus soldados fue muchas veces extremadamente paternal y protectora, de una gran laxitud y tolerancia e, incluso, de justificación y solapamiento contra actividades abiertamente delictivas de sus subordinados infractores, a los cuales defendieron hasta situaciones extremas, enfrentándose con otros jefes y soldados y enajenándose el apoyo civil. Empero, ante las evidencias, acabaron actuando ellos mismos o permitiendo que se aplicaran los castigos respectivos en cada caso por otros jefes zapatistas. El código de honor identificado con la defensa de la revolución tuvo un papel principal en la apreciación de las conductas y de las infracciones. Entre los peores y más comunes castigos en el interior del ejército zapatista para los individuos que cometían fechorías contra la población civil o contra sus mismos compañeros, el más frecuente fue el privarlos de sus armas. El desarme era la peor afrenta que podían sufrir los oficiales y soldados surianos. Perder las armas significaba perder el honor, haber fallado en la misión que se les había encomendado y también, quedar inerme e indefenso ante los demás, pudiendo ser objeto de la venganza y desquite de aquellos a quienes se había agraviado o siendo presa fácil de otros que tuvieran el mismo comportamiento que ellos mismos habían tenido cuando estaban armados. En los casos más extremos —que también fueron muy frecuentes—, en que habían matado con alevosía a otros compañeros, o a pacíficos, cuando habían robado o después de múltiples llamadas de atención no escuchadas, se les ejecutó. Y también ocurrió que, ante la muerte o vejación extrema de algún oficial o soldado zapatista contra familiares o compañeros de armas, se efectuaran venganzas personales por propia mano, las cuales fueron permitidas por los jefes zapatistas principales.<sup>25</sup>

Para los soldados zapatistas, con todo, la revolución significó entrar a una condición diferente y se habituaron a ella, al poder que les daban las armas y a gozar de una relativa impunidad. Quizás un ejemplo representativo de lo que constituía estar dentro del ejército zapatista fue el parte que informaron a su superior los miembros de una brigada: después de que sus jefes habían decidido que no era prudente atacar el pueblo de Ajusco, emprendieron una travesía por las montañas en la que pusieron una emboscada a una patrulla federal, exigieron contribuciones de guerra a los

---

<sup>25</sup> El coronel Margarito Marmolejo notificó a De la O que desarmó a varios soldados y oficiales porque estaban “gozando de la vida privada y si no dan la mano, pues que presten las armas”. El coronel Modesto Rangel abogó por sus soldados detenidos por haber matado a un compañero y robarle su caballo y pidió que los dejaran en libertad y regresaran sus armas. Feliciano Jiménez fue juzgado y ejecutado por matar a un soldado de otra compañía. Ver “Marmolejo a De la O”, campamento revolucionario, 19 de febrero de 1913, AGN-FGO, caja 1, exp. 5, f. 49; “Rangel a De la O”, Ocuilan, 22 de julio de 1913, ibídem, caja 1, exp. 5, f. 46; “Gregorio Jiménez a De la O”, Campamento revolucionario, 22 de julio de 1913, ibídem, caja 2, exp. 2, ff. 6-7; más ejemplos, ibídem, caja 2, exp. 2, f. 12.

ricos del Ajusco, le quitaron cuarenta piezas de pan a cuatro panaderas de La Magdalena; emboscaron y mataron a once rurales y dos gachupines y se quedaron con las armas, con las burras y yeguas que llevaban, las cuales el coronel de la brigada quería luego vender para comprar ropa a sus soldados. Esta posiblemente era una jornada típica para muchas unidades zapatistas.<sup>26</sup>

### *La economía*

La economía se convirtió después del golpe de Estado huertista en una economía de guerra y lo fue más todavía en la siguiente etapa de lucha entre las facciones revolucionarias. Los ciclos productivos agrícolas se vieron afectados por la falta de mano de obra, la cual se incorporó voluntariamente, por necesidad o por la fuerza a las distintas facciones contendientes o al ejército. En los primeros años, los hacendados y comerciantes, las clases económicamente dominantes, a pesar de los ataques, destrucciones y exacciones forzosas que les fueron impuestas, se las arreglaron para continuar con la producción y comercialización de sus mercancías. Con la agudización del conflicto, el avance de las fuerzas revolucionarias y el retroceso del gobierno central, las condiciones para que continuaran sus empresas y que fueran rentables desaparecieron. Cada día fue más difícil contar con los insumos, combustible, electricidad y transporte que se necesitaba y la inseguridad y los ataques de las partes contendientes se convirtieron en la constante desde 1913. Las fuerzas revolucionarias fueron estableciendo el control casi permanente de diferentes zonas del país y las fuerzas gubernamentales, como había ocurrido en los últimos días del porfiriato, se replegaron a las principales ciudades. En el resto de las zonas el control de las tropas revolucionarias estableció bloqueos económicos impidiendo el ingreso de productos de las zonas que dominaban. En Morelos y las demás regiones bajo la influencia zapatista, los principales productos como el azúcar, el aguardiente, carne, lácteos y carbón que se comercializaban en las principales ciudades de la región y en la ciudad de México, vieron interrumpidos sus canales normales. Los jefes zapatistas prohibieron que se vendieran en las zonas en las que estaba el ejército federal y realizaron numerosas confiscaciones cuando los administradores de los ingenios y los comerciantes quisieron eludir el mandato.<sup>27</sup>

---

<sup>26</sup> “Coronel Fernando Martínez a Ángel Barrios”, campamento revolucionario, 8 de agosto de 1913, AGN-FGO, caja 13, exp. 7, ff. 43-44.

<sup>27</sup> Ángel Barrios en varias comunicaciones a De la O, expresó la necesidad de vigilar el cumplimiento del ordenamiento del Cuartel General de no permitir el ingreso de alimentos ni demás mercancías en

Las ferias regionales, uno de los principales eventos culturales y económicos que tenía lugar en la zona desde tiempos ancestrales, también fueron interrumpidas o restringidas a un ámbito muy local y a la capacidad de las fuerzas revolucionarias para mantener la zona libre. Proliferó entonces un comercio más informal y esporádico, basado en la arriería y en un comercio ambulante, casi individual, entre las localidades que estaban más próximas entre sí y entre las rancherías y poblaciones cercanas a las principales ciudades a las que bajaban regularmente a ofrecer sus productos. El dinero circulante escaseó, los productos se encarecieron y el trueque se convirtió en un mecanismo de cambio habitual en muchas ocasiones. Cuando el zapatismo tomó el control del territorio, el Cuartel General del Ejército Libertador y los jefes militares zapatistas tomaron en sus manos la regulación del abasto de víveres y productos básicos. Ante la escasez y agotamiento agrícola de las principales zonas tradicionalmente productoras de granos, el maíz, el frijol y el arroz tuvieron que ser traídos de lugares cada vez más alejados de Puebla y Guerrero. El Cuartel General se esforzó por asegurar y regular el abasto, mediante una legislación y una vigilancia permanente que trataron de impedir la especulación, el monopolio y la carestía por parte de los comerciantes. Empero, la escasez produjo una gran inflación y el principal producto alimenticio, el maíz, llegó a venderse hasta en más de tres pesos el cuartillo, cantidad muy superior a lo que era el salario rural medio—que no llegaba a un peso diario— y el que recibían los soldados del ejército suriano —entre un peso y uno cincuenta.<sup>28</sup>

Para el intercambio de bienes y servicios, que se efectuaba de manera tradicional entre los particulares, con la presencia cada vez mayor del ejército zapatista, se comenzó a generalizar la utilización de vales, especie de recibos por las mercancías que se proporcionaban con la promesa de pago al triunfo del movimiento. Era, desde luego, un medio de pago muy incierto, que muchas veces no se cumplió y se volvió a menudo el disfraz de una confiscación. Cuando el zapatismo se hizo del poder regional, imprimió sus propios billetes y acuñó su propia moneda utilizando los metales de las zonas mineras de Huautla y de Taxco. Desde finales de 1914, en la región zapatista se usaron también los billetes del gobierno de la Soberana Convención, al igual que los billetes villistas, que circularon durante los siguientes dos años. Empero, la irrupción de las tropas constitucionalistas en 1916, implicaron la

---

las zonas ocupadas por el gobierno, ver” Barrios a De la O”, campamento revolucionario, 25 de julio de 1913, AGN-FGO, caja 2, exp. 2, f. 47.

<sup>28</sup> “Instrucciones a que deberán sujetarse los jefes y oficiales del Ejército Libertador del Sur y Centro de la República”, 4 de junio de 1913; Órdenes a las autoridades civiles con respecto a la venta y matanza de reses, 18 de noviembre de 1913, en ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, *Emiliano Zapata. Antología*, INEHRM, México, 1988, pp. 137-138 y 168.

utilización de su moneda, lo que provocó una gran confusión y desconfianza en los comerciantes y en la gente común que no tenía la seguridad de que la moneda que utilizaban tendría garantías o les ocasionaría perjuicios, pues uno y otro bando castigaban a los que usaban la moneda del adversario.<sup>29</sup> Además, el poco respaldo real que tenía, la escasez de productos y los cambios en la correlación de fuerzas beligerantes originaron una inflación galopante y agudizaron la disputa por los escasos recursos.

Los ferrocarriles y las plantas hidroeléctricas de Necaxa y Lerma, así como la papelera de San Rafael que estaban dentro del territorio zapatista fueron también ocupados, administrados y operados bajo la égida del Cuartel General suriano y su operación sirvió tanto para transportar personas civiles, bienes y tropas y financiar las necesidades de la guerra, como para abastecer de esos servicios y mercancías a la población. El Cuartel General también fue capaz, entre 1914 y 1916, de continuar la operación de esas industrias y servicios –de los más importantes y complejos de la época– gracias a que conservaron a muchos de los empleados, técnicos y jefes administrativos y respetaron su organización interna y autonomía. Empero, la derrota militar, el aislamiento, la escasez de insumos y material de repuesto, volvió cada vez más difícil su operación, que finalmente fue suspendida en 1917. El funcionamiento de estas industrias también mostró la discrepancia de intereses y objetivos, a menudo contrapuestos, entre las necesidades y deseos de la población civil y las que imponía la guerra. Los pueblos querían que los bosques y aguas proveyeran elementos para satisfacer sus requerimientos cotidianos e, incluso, se dieron casos en que usaron los durmientes del tren para construir casas, herramientas ferroviarias para fines agrícolas y combustible para cocinar e iluminar sus casas. El Cuartel General se opuso y trató de que las comunidades, sin perder el control de sus recursos, los pusieran al servicio de las necesidades de la guerra.<sup>30</sup> Con todo, el balance final de esos casi diez años de violencia revolucionaria fue dramático: se devastó prácticamente la mayoría de las actividades productivas y comerciales de la zona zapatista, la agroindustria azucarera casi desapareció, los campos fueron arrasados, el ganado también disminuyó.

---

<sup>29</sup> Decreto de Emiliano Zapata prohibiendo la circulación de moneda carrancista, 10 de octubre de 1914, *ibídem*, p. 245.

<sup>30</sup> En el caso de los ferrocarriles, cuando fue imposible seguir usando petróleo como combustible, cuyas zonas productoras quedaron en poder constitucionalista, los técnicos fueron capaces de adaptar la tecnología para moverlos con leña, lo que provocó las quejas y oposición de las comunidades de los bosques, que preferían usar la madera para sus necesidades domésticas. Ver GUAJARDO, “Tierra”, 2000, pp. 255-258; ESPEJEL, “Costo”, 2000, pp. 269-291.

## ENTRE EROS Y TANATOS

Una de las modificaciones más importantes que provocó la revolución fue la irrupción, el estallido, de sentimientos, anhelos, esperanzas y prácticas en las que se manifestó la afirmación de valores positivos que alcanzaron tanta mayor justificación e identificación con ellos en la medida que la situación de alteración extrema de las condiciones de existencia los ponía en riesgo. Durante la revolución se encuentran comportamientos solidarios, altruistas, de lealtad, de amor y de heroísmo que se alimentaban de y retroalimentaban a su vez a una comunidad que se estaba reconstituyendo a través de una nueva identidad. Pero también, la revolución implicó el desarrollo de una tendencia opuesta: la desaparición del Estado y de los mecanismos de control tradicional, así como de las autoridades e instituciones que habían funcionado hasta entonces, y su sustitución por nuevos actores y fuerzas surgidas de abajo y de sectores medios hasta entonces excluidos, provocó una disputa por el poder y por la hegemonía que en tanto no se definió, significó un vacío que no alcanzó a ser llenado plenamente por la ética, la moral y los instrumentos normativos creados por los nuevos actores. La desaparición del Estado porfiriano significó la ausencia de un nuevo Estado, de un aparato jurídico-normativo institucional que impusiera, por la fuerza y el consenso, un poder nacional indisputado. La aguda disputa por el poder a través de la guerra, la destrucción de vidas y recursos y la escasez de satisfactores, fueron el caldo de cultivo que permitió que afloraran energías, sentimientos y prácticas negativos, que atentaron, debilitaron y corroyeron la consolidación de la nueva comunidad. En la zona zapatista, quizás la región que más padeció en global la larga crudeza de la guerra, se encuentran abundantes ejemplos de los nuevos actores, los miembros del ejército zapatista, en contra de ellos mismos y en contra de las comunidades.

*La familia*

La familia, en una región como la zapatista, con fuertes identidades étnicas, religiosas, culturales, históricas, con resabios indígenas, demostró ser el soporte principal, el vínculo cohesivo que dio identidad a los habitantes y que sirvió como apoyo fundamental para el ejército zapatista. La guerra la puso a prueba y, en su curso, la familia se fortaleció y permaneció unida, si no siempre físicamente, sí en lo afectivo y espiritual. Muy pronto las familias, ante la condición que le impuso la revolución, tuvieron que responder a esas nuevas realidades. La dureza de la guerra obligó a las familias a adaptarse para sobrevivir a la represión, a la persecución, a las vejaciones

y abusos de que fueron objeto, a la escasez de alimentos y servicios, a las enfermedades producidas por la mala alimentación y la tensión y a la pérdida de esposos, hijos, padres o a la separación física. Las familias se adaptaron a esas condiciones de penuria extrema y fortalecieron sus vínculos y afectos. Los hombres que estaban en la guerra, aún en los momentos más difíciles buscaron tener tiempo para seguir al pendiente y cuidado de sus familias. Los pacíficos para tratar de protegerlas del mejor modo. Las mujeres, aunque algunas de ellas se incorporaron a la revolución directamente, en su mayoría permanecieron en sus hogares pero ayudaron a sus hombres de múltiples maneras. Y cuando sus pueblos y casas fueron destruidos y la amenaza a su familia se volvió extrema, se fueron con hijos y parientes a los bosques y campamentos revolucionarios. Los testimonios indican que en varias regiones y épocas las familias anduvieron moviéndose junto con las bandas armadas zapatistas y que en esos lugares mantuvieron y reforzaron sus vínculos y se dieron tiempo para, en medio del temor y la incertidumbre, dedicarse al cuidado y la educación de los hijos, al amor, al solaz y esparcimiento.

La proximidad de la muerte, por fusilamiento o enfermedad incurable, hizo que quienes la iban a sufrir buscaran imperiosamente estar el mayor tiempo con su familia y ante lo inevitable, se preocuparan por tratar de asegurarles el mejor destino posible. Así, encargaron a sus familiares, amigos y jefes que cuidaran a sus viudas y huérfanos. La separación por la guerra y la incertidumbre del destino de los seres queridos no disminuyeron en muchos casos el afecto y las esposas y familiares hicieron esfuerzos por saber el paradero de sus cónyuges o hijos. La revolución deslindó los campos con crudeza: quienes estaban con ella o contra ella tuvieron que pagar las consecuencias de su elección. Esto dividió y enfrentó a muchas familias: las que se identificaron con la revolución y el zapatismo, sufrieron no solamente por los enemigos externos, sino también porque las familias que no estuvieron de acuerdo se armaron y defendieron. Ocurrieron así muchas venganzas y contravenganzas en que el honor estaba en juego. Muchas familias perecieron. Ante esa situación que parecía no tener límite, muchas familias recurrieron a los jefes zapatistas para que pusieran fin al baño de sangre.<sup>31</sup>

---

<sup>31</sup> Jesús Morales escribió a su hijo que siguiera los ideales de la causa zapatista, AGN-FGO, caja 3, exp. 5, f. 22; Onécima Romero encargó a su compadre Zapata que cuidara de su ahijado, *ibídem*, caja 14, exp. 8, f. 51; José Villegas; le pidió a Rafael González que cuidara y vigilara a su esposa y que, si tenía mal comportamiento, entregara su hijo y sus bienes a su madre, *ibídem*, caja 6, exp. 9, f. 36; Trinidad Herrera buscó afanosamente a su marido, enrolado con De la O y, ante el temor de que hubiera sido fusilado, ofreció a De la O recompensarlo trabajando si vivía, *ibídem*, caja 5, exp. 10, f. 21; José Flora informó que su hijo había acuchillado a Rafael Garibay porque había insultado a los zapatistas, a quienes acusó de que se habían llevado a su hijo, *ibídem*, caja 13, exp. 9, f. 16; Vicenta González

En la revolución, los papeles en el interior de la familia no variaron: los hombres siguieron siendo los dominantes, el machismo no cambió, la mayoría de las mujeres continuó aceptando la subordinación y las tareas domésticas, en las que empleaban la mayor parte de su tiempo, moliendo maíz, haciendo tortillas, cocinando, llevando alimento, cuidando a los hijos; los niños siguieron siendo educados y formados en el respeto a los mayores; los ancianos continuaron gozando del prestigio, el respeto y la consideración que tenían en una sociedad tradicional en donde la experiencia era un factor importante en la toma de decisiones. Lo que cambió por la revolución fue el contexto, y esa modificación del entorno obligó a las familias a adaptarse a las nuevas condiciones impuestas por la presencia constante de la violencia y la escasez.

Existen testimonios de muchas mujeres que se incorporaron directamente a las milicias revolucionarias, en las que destacaron y alcanzaron rangos en la oficialidad media, como coronelas y capitanas. Algunas formaron batallones femeniles comandadas por ellas mismas, como fue el caso de una mujer tortillera apodada *La China* que organizó a las mujeres de Puente de Ixtla, o de las coronelas Rosa Bobadilla, Juanita Neri y Amelia Robles, quienes ganaron fama por su valentía y fueron respetadas y temidas. La revolución hizo que también otras mujeres, menos conocidas, encontraran su lugar como cobradoras de las cuotas que se imponían a haciendas y pueblos, como espías que informaban regularmente a los jefes zapatistas de los movimientos federales y que se hicieron respetar y se defendieron ellas mismas, al estar armadas y no permitir que los hombres se quisieran proparar con ellas. En ocasiones, estas mujeres cometieron abusos valiéndose de su poder. La revolución zapatista también atrajo a mujeres de clases medias e intelectuales de la ciudad de México que se dedicaron a labores de propaganda, difusión del movimiento y enlace logístico con el Ejército Libertador.<sup>32</sup>

---

escribió a De la O que su esposo había pagado con su vida el ayudar al gobierno, que no era justo que los hijos pagaran la culpa de los padres, *ibidem*, caja 5, exp. 10, f. 27.

<sup>32</sup> Vicente Rojas informó que dos mujeres del coronel Octaviano Muñoz iban a cobrar cada sábado la contribución y que a la más mínima objeción contestaban con groserías y abofeteaban a los quejosos, AGN-FGO, caja 14, exp. 4, f. 23; De la O informó que dos mujeres armadas habían golpeado a otra en el mercado de Cuernavaca, *ibidem*, caja 4, exp. 3, f. 99; Agustina Andrade con su carabina echó de su casa a su cuñado ebrio que se quería proparar con ella, *ibidem*, caja 5, exp. 8, f. 15; María Ocampo, cantinera de Tetecala y amiga de De la O, le informaba detalladamente de lo que hacían y platicaban los federales que iban a su local, *ibidem*, caja 1, exp. 7, f. 40. Un caso extremo, atípico, fue el de la coronela Amelia Robles, quien desató por su valentía y arrojo y llegó incluso a matar a un hombre que quiso abusar de ella. Esta coronela es el único caso conocido de una mujer que cambió su rol de género y se asumió después de la revolución como hombre, masculinizando su nombre, vistiéndose como hombre, exigiendo que lo trataran como “el coronel Robles” y teniendo una pareja femenina. Las más conocidas intelectuales urbanas zapatistas fueron Dolores Jiménez y Muro y Juana Gutiérrez

Pero con todo y lo importante de estos ejemplos, fueron actuaciones excepcionales: la mayoría de las mujeres continuó desempeñando sus roles tradicionales, aunque en condiciones diferentes, más difíciles. La revolución no alteró el machismo ancestral. La mayoría de los hombres asumía que la mujer debía permanecer en la casa y cuidar a los hijos. El hermano mayor de Zapata, Eufemio, por ejemplo, le recomendó que su tía Lorenza, quien había quedado viuda, fuera trasladada al campamento para que ayudara en las labores de molienda “con esto cumplimos un deber –dijo– y les hacemos un favor para que no tengan malos pensamientos”. Muchas mujeres fueron obligadas a entrar a las partidas guerrilleras para que hicieran la comida (“fonderas” se les llamaba), sobre todo aquellas que eran capturadas al enemigo, las viudas que recogían después de los enfrentamientos o en los pueblos contrarios a los zapatistas. Hubo casos en que al derrotar a convoyes de federales, las mujeres fueran apresadas y enroladas a esas tareas.<sup>33</sup>

Los niños, sobre todo los más pequeños, vieron alterado también el entorno en que vivían y fueron uno de los elementos más vulnerables a la violencia, al hambre y a la zozobra que permearon esos días. Las escuelas elementales, que había solamente en los pueblos más grandes, en donde por lo regular sólo ofrecían educación hasta el 4º año de primaria, con grupos separados de niñas y niños, fueron cerradas desde los primeros años de la revolución y la educación formal escolar, aunque se intentó reanudar ocasionalmente en los campamentos, no pudo ser restablecida. Las fuertes necesidades lúdicas de los niños tuvieron que adaptarse a la precariedad de las nuevas condiciones. Reprodujeron en sus juegos, por imitación y con los elementos que les daban los montes, las conductas y patrones que veían en los mayores: las batallas y persecuciones, los caballos y las armas. La violencia cotidiana, la presencia de la muerte y el sufrimiento tuvo en muchos de ellos efectos traumáticos y por la mala alimentación y la vida fuera de la casa, fueron presa de enfermedades gastrointestinales y pulmonares que en muchas ocasiones les ocasionó la muerte. En los campamentos, en los bosques y cuevas, fueron también presa de mordeduras ponzoñosas de serpientes y alacranes y muchos de ellos murieron, como fue el caso de los dos hijos legítimos de Zapata, quienes fallecieron a los cinco y tres años en sus campamentos, en medio del éxodo constante en que funcionaban esos refu-

---

de Mendoza. Ver CÁRDENAS TRUEBA, Olga, “Amelia Robles y la revolución zapatista en el estado de Guerrero”, en ESPEJEL, *Estudios*, 2000, pp. 303-319.

<sup>33</sup> “Eufemio Zapata a Emiliano Zapata”, 28 de enero de 1914, AGN-FGO, caja 14, exp. 1, f. 34; Benjamín García informó a De la O que después de fusilar a un voluntario había puesto a la mujer que lo acompañaba a hacer de comer a sus muchachos, *ibídem*, caja 3, exp. 5, f. 44; Marcos Pérez expresó que Zeferino Camilo había sacado a golpes a una señora de su casa y, bajo la amenaza de matarla, la había puesto a servir a sus soldados, *ibídem*, caja 3, exp. 4, f. 84.

gios. Muchos de ellos se incorporaron a la revolución como pequeños milicianos y todos los demás que no lo hicieron colaboraron, no obstante, en sencillas y necesarias tareas de cuidados, transmisión de mensajes y traslado de comida y cosas ligeras.

Andrés Ávila, por ejemplo, quien se incorporó a muy temprana edad a la revolución, recordó que varios de sus compañeros del pueblo al pedir su ingreso, se toparon con un coronel quien, al saber su intención les preguntó “¿con qué creen que van a tirar, con coques o con dulces?... ¿de veras nos van a acompañar? ¿no van a llorar?”. Uno de sus pasatiempos más socorridos era el jugar a la revolución: “previo volado formaban dos bandos, el del ejército revolucionario y el federal, comenzaba la batalla, se disparaban con pistolas de madera –que hacían con ramas de huizache– y se perseguían simulando tirarse balazos”. La tragedia rondaba cotidianamente y la mortalidad infantil, elevada de por sí en la época y en la región, posiblemente se incrementó como consecuencia de la guerra. A Gregorio García sus niños se le murieron en la revolución

por tanto susto... como entraron los carrancistas salimos y nos correteaban, un llano pasamos y nos seguían los carrancistas y ya nos tiraban... para matar... y como llegamos a un pueblito y como tanto ciruela y guayaba comió mi niño, comió harto la guayaba y luego tomó el agua en ayunas... y los llevaba yo otros muchachos... luego otro día ya se murieron.<sup>34</sup>

En la guerra se crearon nuevas familias. Los hombres jóvenes a menudo conocieron a muchachas en las localidades por las que transitaban y las enamoraron o convencieron de que se fueran con ellos. Muchas parejas jóvenes convivieron en los campamentos en uniones libres que, cuando se podía, eran regularizadas a través del matrimonio por los sacerdotes que atendían irregularmente las necesidades religiosas de la zona. Aunque no es posible establecer comparaciones con lo que ocurría antes, por la desaparición casi completa de los archivos parroquiales y municipales, es posible suponer que, a pesar de la acentuada religiosidad católica en la población de la región, hayan disminuido los casamientos religiosos y civiles, por la ausencia de curas y autoridades y la dificultad de efectuar misas y ceremonias. En las condiciones atípicas que se vivían, donde las mujeres –especialmente las jóvenes– eran una presa muy codiciada, era quizá más fácil que antes que las muchachas

---

<sup>34</sup> MEYER, Eugenia, “¿Dónde están los niños? Reflexiones para la historia de la infancia durante la Revolución”, en ESPEJEL, *Estudios*, 2000, pp. 439-459. Esta autora cita varios testimonios de recuerdos infantiles de veteranos zapatistas. Ver también entrevista a Gregorio García, PHO-Z/1/21.

se fueran con sus novios, fenómeno que consta en los archivos, por amor, por seguridad o por huir de los malos tratos de sus padres.<sup>35</sup>

Otro fenómeno que ocurrió con frecuencia fue la bigamia. Los jefes y soldados zapatistas, por el alejamiento del hogar, por la vida itinerante, por el prestigio y el poder que les daba la revolución quizá tuvieron mayores oportunidades de tener amantes y sostener relaciones paralelas, a las que atendieron con dedicación, al igual que se responsabilizaron de los hijos que procrearon en esos nuevos hogares. Zapata mismo y varios de los principales jefes surianos tuvieron varios hijos ilegítimos. Las amantes, gozaron de respeto y atención por la tropa, aunque a veces metieron en dificultades a sus enamorados y a sus subalternos por sus pretensiones de poder y caprichos, como la señora Félix Castro, amante de Genovevo de la O, quien hizo un escándalo y tuvo que ser internada en un hospital luego de gritar en público que se iba a casar con De la O por el civil. Hubo también, muchas mujeres que fueron engañadas y que luego de tener relaciones con ellas los hombres no cumplían sus promesas de matrimonio ni de llevarlas con ellos y, por lo mismo, numerosos hijos que no fueron reconocidos y, menos aún, en los incontables casos en que fueron un producto no deseado resultado de las múltiples violaciones a que fueron sometidas las mujeres.<sup>36</sup>

Muchas familias se desintegraron, por la muerte o alejamiento forzoso de los hombres. La vida de las numerosas viudas y huérfanos que produjo la revolución en la zona obligó a que los parientes más cercanos, las amistades y las autoridades y jefes zapatistas pusieran énfasis en socorrerlas y en hacerse cargo de los numerosos niños huérfanos. Una de las tareas que concentró más atención y recursos por parte

---

<sup>35</sup> Nicolás Chávez relató que conoció a su mujer “allá por el monte... nomás nos arrejuntamos... me vine a casar hasta aquí hasta el pueblo.” El mandó a sus padres a Tacubaya con sus compadres. Su mujer andaba con él y “cuando nos tocaba pelear las dejábamos a una distancia regular onde no las perjudicaran a ellas”. Ignacia Peña conoció a su esposo en Huitzilac “cuando hubo media pacesita... me junté con él, como se dice el dicho, como era yo señorita claro, entonces unos manoteaban a uno, para que no me desgraciaran, mejor me junté con él... me llevó p’al monte”. Ver entrevista a Irene Copado, PHO-Z/1/10; entrevista a Nicolás Chávez, PHO-Z/117; entrevista a Ignacia Peña, PHO-Z/1/18. Como no era posible hacerlo en el día, un soldado de Zapata se casó a la doce de la noche y solicitó ayuda para que fuera el sacerdote de Cuernavaca, AGN-FGO, caja 14, exp. 7, f. 9; Felipa Rojas expresó al Cuartel General que se había ido por su propia voluntad con su novio por los sufrimientos que tenía en su casa, *ibídem*, caja 14, exp. 7, f. 10; Juan González y Plácida Aguilar manifestaron testimonios semejantes, *ibídem*, caja 14, exp. 7, f. 11.

<sup>36</sup> “A. Silva a De la O”, Cuernavaca, 20 de febrero de 1916, AGN-FGO, caja 6, exp. 2, f. 24; Marcela Nieto, viuda de Leguizano, pidió a De la O que como ella era la esposa legítima, le regresaran las cosas que su marido había dejado en la casa de su querida, *ibídem*, caja 5, exp. 4, f. 51; Modesta Romero acusó a José Coloztitla de haber tenido relaciones con ella, prometiéndole casarse y que Zapata sería el padrino; la embarazó y luego huyó, *ibídem*, caja 1, exp. 7, f. 51.

del Cuartel General zapatista fue precisamente la atención a las viudas y huérfanos de la revolución, a los que consideró siempre su deuda mayor.

### *La religión*

La zona zapatista se había caracterizado desde tiempos ancestrales por su acendrada religiosidad católica. La religión había sido uno de los elementos de mayor cohesión cultural. Las misas dominicales, los rosarios diarios, la celebración de las festividades religiosas propias del santoral cristiano en el que destacaban la Cuaresma, la Semana Santa, la Navidad, los días de muertos, las procesiones y el acontecimiento más importante de cada localidad: la fiesta del santo patrono del pueblo, así como las celebraciones particulares con motivo de bautizos, bodas o defunciones, habían jugado un papel muy importante entre la población de la región. La revolución no cambió este sentimiento y estas prácticas. Son muy conocidos los ejemplos de fervor religioso por parte de los ejércitos zapatistas, que a menudo marchaban con estandartes de la Virgen de Guadalupe al frente y se sabe de muchos combatientes que llevaban una imagen de ella en sus sombreros. Empero, la revolución, con la quema de pueblos, las reconcentraciones de población y el establecimiento de zonas de control en disputa provocó la interrupción de las celebraciones normales. Varias iglesias fueron quemadas. Otras, como el santuario de Chalma, tuvieron que cerrar temporalmente ante las amenazas y molestias que ocasionaron a sus presbíteros algunos jefes militares del ejército federal o del constitucionalismo. Ante esta situación varios de los principales jefes zapatistas protegieron y recurrieron regularmente a los curas y sacerdotes de las localidades mayores de la región para que siguieran proporcionando sus servicios. Para fechas especiales como la fiesta del pueblo o conmemoraciones importantes como Semana Santa o el 12 de diciembre, a menudo los jefes zapatistas pedían que los sacerdotes acudieran a determinados poblados o, la mayoría de las veces, a sus campamentos provisionales a celebrar misas, a casar parejas o efectuar bautizos. Con dificultades, se pudieron seguir celebrando procesiones y peregrinaciones, para las cuales los jefes zapatistas dieron su permiso. Hubo partidas que, incluso, contaron con la presencia permanente de curas que se desplazaban junto con sus tropas.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> Perfecto Iriarte informó haber dado autorización al obispo de Chilapa para efectuar procesión, AGN-FGO, caja 14, exp. 5, f. 14; el general Felipe B. informó a Zapata que no podía participar en la campaña sobre Cuernavaca porque tenía procesión, *ibidem*, caja 14, exp. 8, f. 10; el ayudante municipal de Cuentepec pidió a De la O que le proporcionara al cura de Apatlaco para la fiesta de San Miguel, *ibidem*, caja 6, exp. 8, f. 31.

La relación de los jefes zapatistas con la Iglesia de la región, por lo regular, fue de respeto y tolerancia, pero no de apoyo incondicional. Exigieron a los curas que, si no apoyaban al movimiento al menos no lo combatieran y los sometieron a una continua vigilancia. Se dieron casos en que el apoyo de la jerarquía religiosa al gobierno federal provocó que algunos jefes zapatistas les exigieran que se abstuvieran de influir entre sus feligreses. La jerarquía eclesiástica, en lo general, se abstuvo también de causar conflictos en virtud de sus inclinaciones políticas. De manera marginal, empero, también hubo —como en las otras corrientes revolucionarias—, ejemplos de oficiales medios zapatistas jacobinos, liberales, que tuvieron una actitud anticlerical y que cometieron atentados y vejaciones contra sacerdotes y curas, a los que asaltaron, ofendieron, golpearon y, en un caso, mataron a un sacristán.<sup>38</sup>

### *Alcoholismo, criminalidad y delincuencia*

Siendo una de las principales regiones productoras de alcohol, una de las manifestaciones que más llama la atención en los testimonios es la magnitud que alcanzó el alcoholismo en el ejército zapatista, a pesar de los llamados y la prohibición expresa de venderlo que dictó el Cuartel General en 1914. Es impactante la abundancia de ejemplos conservados en los que los oficiales y los soldados zapatistas se emborrachaban y, bajo los efectos del alcohol, cometían toda clase de atrocidades. La mayoría de los enfrentamientos internos, de las peleas y riñas, de los asesinatos entre ellos mismos, de las venganzas y notablemente también, la mayoría de los

---

<sup>38</sup> Gustavo Fuentes informó a De la O que al gobernador de la Mitra en Cuernavaca le habían quemado sus ajuares, a pesar de ser amigo de Zapata. El capellán de Zumpahuacán, Bernardo González, muy amigo de De la O, estuvo en contacto permanente con él y recibió siempre protección y respeto de su fuerzas, salvo contadas ocasiones en las que oficiales de otras compañías lo molestaron por sospechar que ayudaba al gobierno, lo que él siempre negó; el prelado enviaba con regularidad a De la O obsequios: comida, vino, dulces, chocolates, y a menudo lo invitó a comer y se reunió con él; Lorenzo Vázquez y Ángel Barrios se quejaron de que los sacerdotes de Cuernavaca y Malinalco estaban en contra de la revolución y apoyaban al gobierno. Ver “G. Fuentes a De la O”, campamento revolucionario, 24 de enero de 1913, AGN-FGO, caja 1, exp. 4, f. 16; “B. González a De la O”, Zumpahuacán, 18 de septiembre de 1913, ibídem, caja 2, exp. 4, f. 3; “Barrios a De la O”, campamento revolucionario, 13 de septiembre de 1913, ibídem, caja 2, exp. 4, f. 24; Silvano Fuentes denunció ante De la O que el coronel Gutiérrez al cruzarse con una peregrinación amenazó al cura y le puso la pistola en el pecho diciendo que él no respetaba al clero y, al ofrecerle uno de sus soldados su caballo al cura, no lo dejó y le dijo: “déjenlo que se chingue tantito porque está muy gordo, que se decebe”, ibídem, caja 3, exp. 4, f. 57.

numerosísimos abusos, vejaciones, violaciones y asesinatos cometidos por las tropas zapatistas contra la población civil tenían su origen en la embriaguez.

La magnitud de este fenómeno y el enorme costo en sangre y vidas que ocasionó obligan a preguntarse por las causas que lo originaron. Indudablemente, la tensión y el miedo permanente de la guerra, la presencia constante de la muerte, debían originar en muchos de los soldados la necesidad –como se ha demostrado en otras guerras y ejércitos– de armarse de valor a través de los efectos estimulantes y desinhibitorios del alcohol. La escasez material, la extrema necesidad y la violencia en donde la vida estaba permanentemente en juego, debían originar también un sentimiento de inseguridad que no veía otra forma de escape. Pero también era notoria la ausencia de controles efectivos que disuadieran esos comportamientos delictivos porque en muchas ocasiones había prácticamente impunidad para hacer casi lo que se quisiera contra otros. La revolución en términos de moral y de deber ser en todos esos ejemplos no demostró ser una guía de comportamiento ético efectiva, y fue rebasada por comportamientos que en muchos casos demostraban verdaderas y agudas patologías destructivas. Muchos de los instintos más bajos y destructivos, sádicos, que implicaban el causar dolor y sufrimiento a los demás, aparentemente sin causa justificada, aparecieron desmesuradamente en las tropas zapatistas alcoholizadas, a un grado tal que lleva a preguntarse si la revolución produjo entre uno de sus fenómenos más perniciosos un incremento en la embriaguez, la criminalidad y la delincuencia por la combinación peligrosa del temor, la guerra, la violencia, la ideología, el alcohol, las armas y la insuficiencia e incapacidad de las nuevas instituciones y mecanismos de control y jefes revolucionarios para inhibir esas conductas patológicas. Paradójicamente, la lucha y la defensa de la vida –originadas y agudizadas por la revolución–, produjeron a menudo un gran desprecio y falta de valoración por la vida, a la que se podía eliminar con relativa facilidad.

Entre los muchos ejemplos que se pueden citar al respecto: el capitán Evaristo Fuentes informó a De la O que estaba tomando con Baldomero Cedillo, quien se puso a regañarlo y a contradecirlo y de repente amagó a la gente “y sin más le e dado un balaso y lo e matado y le pongo en conocimiento de Usted”; vecinos de Santiago Atzihuacán denunciaron ante Fortino Ayaquica que “Hoy a las 10:30 entraron Manuel Rodríguez y Aurelio Tello carabina en mano gritando ¡Viva Vaquero! y ¡Muera Fortino Ayaquica!, se dirigieron a la tienda del señor Silvestre Domínguez y cojieron botellas de cerveza y cognac y empezaron a embriagarse, embriagados dieron golpes y empeñones a la señora Francisca Domínguez, al panadero Irineo Tapia le dieron de cañonazos. Luego se fueron a la tienda de Nicolás Cásares, vieron pasar a una persona que agarraron a cañonazos hasta dejarlo ensangrentado y tendido en la tierra, luego fueron a amagar a su casa a la señora Desideria María...

Así siguieron y cuando se cansaron de cometer atropellos se fueron a Amecac llevándose preso al vecino Abraham Rivera”. Vecinos de San Andrés de Cal, Tepoztlán, denunciaron a Zapata que soldados del general Antonio Barona baleaban y robaban al vecindario; a una señora viuda con cinco hijos le mataron dos novillos y por reclamar la asaltaron; a otros vecinos los amarraron y azotaron, quitándoles dinero. El hermano de Zapata, Eufemio, le escribió a éste que en una borrachera el soldado Juan Sosa se había molestado porque ya no había mezcal y agarró a cintarazos a Teófilo Hernández, quien ante eso lo mató. Uno de los ejemplos más extremos, que denotaba una patología necrofilica fue el José Sánchez, quien borracho, asesinó a Antonio Sosa y huyó, pero luego regresó, cargó en su caballo el cadáver y se lo llevó a su casa, pasando un día completo a su lado sin permitir que nadie se le acercara; cuando se la bajó la borrachera huyó. Jesús Chávez denunció que tres soldados de Rafael Castilla –borrachos– asaltaron a su mamá y la injuriaron, diciéndole que como eran zapatistas nadie les podría hacer nada. Mucio Palma acusó al capitán Miguel Melitón de haber entrado a su casa ebrio, disparándole a uno de sus soldados y destruyendo a balazos el altar familiar que tenía. Sebastián Calderón informó que Juan Ángeles y otro soldado le pidieron a otro de la compañía alcohol y al negárselo, le dieron de balazos; Ángeles estaba tan borracho que él mismo se había dado en un pie.<sup>39</sup>

En esas patologías destructivas, otro factor que sin duda jugó un papel importante fue el hecho de que todos esos sujetos tenían un nuevo poder destructivo: las armas. La posesión de estos instrumentos de muerte y poder llevó a que se afirmara la individualidad y el valor de sus portadores a través de ellas. Muchas de las riñas que concluyeron en asesinatos, además de los imprudenciales por embriaguez, tenían por motivo los duelos, las peleas y las venganzas por afrentas que en muchas ocasiones, desde fuera, no parecían ser tan graves, pero que así se fueron acostumbrando a resolver. Y desde luego, el poder de los sujetos armados sobre la población civil indefensa no tenía ningún contrapeso ni inhibición que no fuera un hipotético castigo por sus superiores. Los archivos zapatistas dan un duro testimo-

---

<sup>39</sup> Ver “E. Fuentes a De la O”, San Sebastián, 26 de octubre de 1913, AGN-FGO, caja 2, exp. 5, f. 31; “Silvestre Domínguez y otros vecinos de Santiago a Ayaquica”, 29 de junio de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 5, f. 1; “vecinos de San Andrés a Zapata”, 14 de octubre de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 9 f. 33; “Eufemio a Emiliano Zapata”, campamento revolucionario en Puebla, 25 de noviembre de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 10, f. 33; “testimonio de José María Sánchez y otros soldados zapatistas interrogados por el Cuartel General”, 8 de noviembre de 1913, *ibidem*, caja 13, exp. 10, f. 47 ; “J. Chávez a De la O; Ajuchitlán”, 3 de julio de 1914, *ibidem*, caja 4, exp. 1, f. 78 ; “M. Palma a De la O”, Techuchulco, 4 de agosto de 1915, *ibidem*, caja 5, exp. 8, f. 32; “S. Calderón a De la O”, Cuentepec, 31 de agosto de 1914, *ibidem*, caja 4, exp. 2, f. 149.

nio de multitud de actos delictivos y criminales efectuados por miembros del Ejército Libertador en contra de la población civil, lo que denota con crudeza que la revolución también significó una descomposición social, una pérdida de los valores positivos y una debilidad de los vínculos y las identidades provocadas por individuos armados, violentos e irresponsables, cuyas conductas patológicas no pudieron nunca ser controladas, a pesar de sus continuos esfuerzos, por los jefes zapatistas y el Cuartel General.

### *Raptos y violaciones*

Dentro de las conductas delictivas que afloraron en la revolución, otro hecho que impresiona es la magnitud de la violencia contra las mujeres, los ataques, vejaciones, violaciones y raptos que se cometieron contra ellas tanto por parte de federales, bandoleros y enemigos zapatistas, como también por muchos oficiales y soldados surianos. Las mujeres se convirtieron en uno de los blancos preferidos y, al parecer, más fáciles de obtener por parte de las diversas partidas que asolaron la región. Eran un botín codiciado y asediado y por lo que se aprecia en las fuentes, sus agresores se acostumbraron a abusar de ellas, a pesar de los numerosos intentos del Cuartel General y de los jefes zapatistas por impedir y castigar tales prácticas. Aunque hubo varios oficiales y soldados que fueron castigados y a algunos de ellos se les fusiló, la mayoría de esos crímenes quedaron impunes.

Entre muchos ejemplos: María Loyola denunció que un soldado de Pedro Saavedra había violado a una niña y aterrorizaba a los pacíficos; José Bautista dio testimonio que en Atlixco el coronel Vidal Romero había cometido estupro con una mujer recién parida; el auxiliar de Nepopualco acusó al coronel Rafael Espinosa había violado a varias señoras y a tres niñas de diez años; Genaro Borneo denunció que zapatistas violaban a muchachas en las rancherías de Buenavista; Trinidad Zamora denunció que Isabel Balderas, capitán de las fuerzas de Amador Salazar “solo se dedica a los vicios privados, a las ebriedades y con frecuencia viola a varias mujeres de familias honorables”; Felipa Dávila denunció que Gabino Pacheco, soldado revolucionario, había raptado a una joven de San Sebastián; Josefa y Juliana Cruz acusaron a soldados del coronel Linares de que las atacaron, asaltaron, quisieron abusar de ellas y “nos dejaron bastante aporriadas que llo no esperaba tan grande mal de este partido”; el general Próculo Capistrán denunció ante Zapata que el general Mariano Cuervo “no quiere obedecer y no quiere incorporarse conmigo nomas handa pidiendo dinero y forzando mujeres”. Varias muchachas fueron raptadas por sus novios y, al denunciar el hecho los familiares, el Cuartel General había

apresado y juzgado a las parejas; en esos juicios, las muchachas reconocieron haber sido sacadas contra su voluntad y pidieron regresar con sus padres.<sup>40</sup>

Las mujeres, no solamente las más jóvenes, sino también las maduras, independientemente de si estaban solas, huérfanas o viudas o si formaban parte de una familia, fueron uno de los grupos que más sufrió este tipo de ataques y humillaciones. Aunque no perdieron la vida, la degradación y la agresión sufridas fueron uno de los mayores costos cuyas huellas quedaron en su psicología por el resto de sus vidas. Este fenómeno también evidencia los efectos perniciosos que provocó la revolución en un sector de la población masculina que dio rienda suelta a sus instintos sexuales y de poder aprovechándose de la ventaja de estar armados y de la debilidad de los marcos y controles normativos.

---

<sup>40</sup> “M. Loyola a De la O”, San Gaspar, 12 de abril de 1913, AGN-FGO, caja 1, exp. 7, f. 42; “J. Bautista a Zapata”, 15 de marzo de 1914, *ibídem*, caja 14, exp. 4, f. 10; “M. Martínez Rosalino Silva”, 29 de junio de 1914, *ibídem*, caja 14, exp. 7, f. 57; “Borneo a De la O”, 3 de mayo de 1913, *ibídem*, caja 1, exp. 8, f. 8; “T. Zamora a De la O”, Coajomulco, 2 de octubre de 1913, *ibídem*, caja 2, exp. 5, f. 32; “F. Dávila a De la O”, Tecomatlán, 9 de noviembre de 1913, *ibídem*, caja 2, exp. 6, f. 13; “Josefa y Juliana Cruz a De la O”, Tecomatlán, 5 de noviembre de 1913, *ibídem*, caja 2, exp. 6, f. 29; “Capistrán a Zapata”, campamento revolucionario en Morelos, 3 de octubre de 1913, *ibídem*, caja 13, exp. 9, f. 8; testimonios de Aurora Muñoz, Petra Zavaleta y Julia Alvarado, *ibídem*, caja 14, exp. 3, f. 36; caja 14, exp. 2, f. 21; caja 6, exp. 9, ff. 37-38.

## Mito y memoria de Zapata en Morelos

---

*Samuel F. Brunk*

COMO lo recordaba en 1974 la veterana zapatista Carmen Aldana, Zapata tenía un compadre llamado Agustín Cortés, campesino de Tepalcingo, Morelos. Cortés, como Zapata, “usaba bigotes largos, namás que era más grande y más gordo” que “mi general”.<sup>1</sup>

Según Aldana, Zapata desconfiaba del joven coronel carrancista Jesús Guajardo a quien trataba de convencer de unirse a las tropas zapatistas en una desesperada artimaña para preservar la buena suerte militar de su movimiento. La revolución estaba plagada de traiciones, y ya habían tenido lugar algunos atentados contra él. Debido a todo esto, cuando se encaminó al encuentro con Guajardo, Zapata lo hizo de manera muy cautelosa y Aldana, por su parte, estaba muy preocupada. Más aún, Zapata creía que la cerveza que Guajardo les envió ese día desde la hacienda de Chinameca —donde Zapata y sus soldados esperaban bajo los árboles— podía estar envenenada y se negó a beberla a pesar del calor. Según la opinión de Aldana, no había ninguna versión sobre lo que los desvergonzados carrancistas se rebajarían a hacer, y esa fue la razón por la cual Zapata no entró a la hacienda, y en su lugar envió a Cortés.

Aldana supo esto porque la gente había examinado cuidadosamente el cuerpo después del tiroteo. Buscaron el dedo, y cuando vieron que allí estaba, se dieron cuenta de que no era Zapata. Ellos fingieron frente a los soldados carrancistas que los observaban. “Ora si cabrones” gritaban éstos a los lugareños, “ya se quedaron huérfanos, ya a su padre se lo llevó la chingada, despídanse de su jefe”. Otros formaban fila para poder revisar el cuerpo por sí mismos, y todos decían: “adiós mi general”, porque de otra manera los habrían golpeado. Pero más tarde, “corría la voz” que Zapata tenía otro compadre que era árabe, cuyo nombre Aldana ha olvidado. Este árabe viajaba siempre con él, ese día ambos desaparecieron. El árabe se

---

Samuel F. BRUNK. Universidad de Texas, El Paso.  
Traducción del inglés de Graciela OLIVA.

<sup>1</sup> Entrevista con Carmen ALDANA, realizada por Laura ESPEJEL, como parte del Programa de Historia Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia (en adelante INAH) y el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, PHO-z/1/32, Tepalcingo, Morelos, 2 y 30 de marzo, 1974.

llevó a Zapata a su tierra, y un niño se llevó su caballo cuando terminó el tiroteo. Después, ese caballo fue regalado al presidente de México. Desde entonces nadie ha vuelto a ver a Zapata, y “hasta ahora no sabemos donde está”. Debido a que no se ha tenido ninguna noticia por tan largo tiempo, Aldana piensa que es muy poco probable que Zapata vuelva.

El relato de Aldana sobre la supervivencia de Zapata al atentado de Chinameca es una muestra de las diferentes reacciones de los morelenses ante la desaparición del caudillo que lideraba la alternativa regional de la Revolución Mexicana. Si bien esta historia contiene elementos que están presentes en otros cultos del héroe, ni ésta ni tampoco otras conjeturas sobre la aparente muerte de Zapata se dieron de manera automática. Más bien fueron condicionadas por una serie de contingencias históricas, incluyendo la manipulación del cuerpo, la intervención mediática, las ambiciones personales, el fraccionalismo revolucionario y, más que nada, la forma en que Zapata supuestamente murió. Las actitudes respecto a su muerte así como las preconcepciones religiosas también fueron importantes en la construcción de la forma en la que Zapata fue analizado y recordado.

Mientras que los recuerdos de Aldana dispusieron de décadas para perfeccionarse antes de ser registrados, muchos comenzaron a lidiar con los hechos de Chinameca inmediatamente después de ocurridos el 10 de abril de 1919. “Más alevosa, más cobarde, más villana” —el cuerpo aún no se había enfriado, podemos suponer—, cuando el secretario zapatista Salvador Reyes Avilés, que fue testigo, comenzaba a buscar palabras que pudieran expresar con profundo significado la muerte de Zapata. “Así mueren los valientes” y continuaba “los hombres de pundonor, cuando los enemigos para enfrentarse con ellos, recurren a la traición y al crimen”.<sup>2</sup>

Los carrancistas tenían la ventaja de poseer el cuerpo. Mientras los zapatistas huían de Chinameca en medio de un gran desorden, el cuerpo de Zapata fue arrojado sobre el lomo de un caballo y Guajardo comenzó su marcha victoriosa hacia el norte. Su comitiva atravesó Villa de Ayala y Anenecuilco llegando a Cuautla poco después de las nueve de la noche del mismo día. El general Pablo González, comandante de Guajardo, y también conspirador, tenía testigos esperando para identificar el cuerpo ante un juez, y mientras esto se realizaba telegrafió a Venustiano Carranza para felicitarlo. Sus “planes especiales”, informaba, habían forzado a Zapata a combatir con Guajardo, Zapata había sido “muerto en la lucha”. González afirmaba que esa muerte era un importante paso en la pacificación de la región, y

---

<sup>2</sup> “Reyes Avilés a Magaña”, 10 de abril de 1919, en FABELA, Isidro y Josefina E. de FABELA (eds.), *Emiliano Zapata, el Plan de Ayala, y su política agraria*, Documentos Históricos de la Revolución Mexicana, núm. 21, Editorial Jus, México, 1970, pp. 313-316.

con la esperanza de acrecentar su efecto ordenaba que el cuerpo fuera “inyectado” para que se tomaran las fotografías al día siguiente. De esta forma, “cuantos lo deseen o pudieran dudar” podrían ver “que es un hecho efectivo que sucumbió el famoso jefe de la rebelión suriana”.

González ordenó que la población de Cuautla fuera informada del fallecimiento de Zapata, y las bandas de la guarnición carrancista marcharon a través de las calles tocando diana. La gente, entonces, comenzó a reunirse en la plaza. En las primeras horas del 11 de abril, se concluyó la inyección del cuerpo, y fue presentado al público en la estación de policía. Permaneció en exhibición por casi veinticuatro horas, y miles acudieron a verlo.<sup>3</sup>

El día 11 de abril, los periódicos *Excelsior* y *El Demócrata*, de la ciudad de México, solicitaron que el cuerpo de Zapata fuera expuesto en la capital, puesto que “en muchas ocasiones se ha aseverado que Zapata murió y mas tarde aparecía en otros lugares”.<sup>4</sup> Carranza dejó pasar esta oportunidad de calmar los miedos metropolitanos causados por el *Atila del Sur*, argumentando que enviar el cuerpo de Zapata a la ciudad de México honraría su memoria. A cambio, González envió las fotografías. También serían enviadas las ropas manchadas de sangre que vestía Zapata. Más tarde fueron exhibidas por un tiempo en la vidriera del frente del edificio de un periódico mirando hacia la Alameda Central, un parque del centro de la ciudad. En Cuautla, una vez concluida la exposición del cuerpo, inmediatamente después de las cinco de la tarde del 12 de abril, los restos de Zapata fueron “colocados en una caja de madera de ocote, sin pintar” y llevados al panteón mientras una cámara de filmación registraba la escena. González presidió el funeral, acompañado de otros oficiales carrancistas, presumiblemente para mantener el orden. Los portadores del féretro eran hombres que habían estado presos por ser zapatistas, algunos de los cuales ayudaron a identificar el cuerpo. Había cientos de personas de las cercanías de Cuautla, y tres mujeres pertenecientes a la familia. Probablemente hermanas, y una prima, pero que han sido identificadas de manera diferente; una de ellas ha sido nombrada como su madre, aunque ésta hacía un largo tiempo que había muerto. El cuerpo de Zapata fue colocado en una tumba simple, marcada con una cruz de

---

<sup>3</sup> Ver “González a Carranza”, Cuautla, 10 de abril de 1919, en *El ejército campesino del sur (ideología, organización y programa)*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México / Federación Editorial Mexicana, México, 1982, p. 218. Ver también LÓPEZ GONZÁLEZ, Valentín, *La muerte del General Emiliano Zapata*, Cuadernos Zapatistas, Comité Coordinador para la Celebración del Primer Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata Salazar, Cuernavaca, México, 1979; y *Excelsior*, 11 y 12 de abril de 1919.

<sup>4</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1919; ver GIMÉNEZ, Catalina H. de, *Así cantaban la revolución*, CONACULTA / Grijalbo, México, 1990, pp. 312-315 para un corrido de 1913 que recogía el rumor del fallecimiento de Zapata.

madera con su nombre y la fecha de su muerte. González ordenó al sepulturero que enterrara el cuerpo a mucha profundidad para que los “fanáticos zapatistas” no trataran de removerlo.<sup>5</sup>

La muerte de Zapata desató un voraz frenesí en los periódicos. El 11 de abril, *Excélsior*, un periódico ligado a Carranza, afirmaba en su encabezado que esta muerte significaba el fin del zapatismo.<sup>6</sup> *El Demócrata*, que generalmente apoyaba las ambiciones políticas de Álvaro Obregón (quien se preparaba para la elección presidencial de 1920) publicó algo de la historia de Zapata, describiéndolo como “errante merodeador” y haciendo referencia a su “idiosincrática cobardía personal”. Al día siguiente ambas publicaciones pudieron ofrecer a sus más escépticos lectores las fotografías del cuerpo. *El Demócrata* las desplegó en un montaje. La más sorprendente de esas imágenes es la que muestra a excitados jóvenes soldados jalando hacia arriba la cabeza ya hinchada, de manera que la cámara no dejara ninguna duda.<sup>7</sup>

En los días siguientes, la prensa mostró fascinación por los detalles de la muerte de Zapata —vista desde una perspectiva carrancista— resaltando la valentía y habilidad de Guajardo. El día 12 de Abril, el corresponsal de *Excélsior* informaba que en Chinameca, Guajardo y sus hombres habían sido superados en cantidad y que Zapata, teniendo un “presentimiento instantáneo”, fue el primero que buscó su arma. Pero Guajardo reaccionó “con asombrosa velocidad” y una vez que comenzó el tiroteo los zapatistas simplemente trataron de escapar. Al día siguiente, varios periódicos daban otra versión, informando que una mujer había advertido a Zapata sobre el complot carrancista y que éste, entonces, había invitado a Guajardo a una cena donde planeaba matarlo. En esta versión, el presentimiento era de Guajardo, quien dándose cuenta de lo que ocurría fingió estar enfermo y evitó la siniestra cena.<sup>8</sup> Esta historia puede ser cierta, aunque también fue un recurso desde la perspectiva carrancista para atemperar cualquier escándalo sobre la forma en que Zapata había muerto, sugiriendo que Guajardo estaba en una situación donde tenía

---

<sup>5</sup> SÁNCHEZ ESCOBAR, Rafael, *El ocaso de los héroes. Cómo murieron algunos connotados revolucionarios*, prólogo del Coronel Ruben García, Talleres Tipográficos de la Casa de Orientación para Varones, Tlalpan, México, 1934, pp. 54, 152; DIEZ, Domingo, *Bosquejo geográfico histórico de Morelos*, 3ª ed., Summa Morelense, Cuernavaca, 1982, p. 201; CASASOLA, Gustavo, *Hechos y hombres de México: biografía ilustrada del general Emiliano Zapata*, Editorial Gustavo Casasola, México, 1994; PALACIOS, Porfirio, *Emiliano Zapata (datos biográficos e históricos)*, 2ª Edición, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1982, p. 194; *Excélsior*, 31 de marzo de 1965, 13 de abril de 1919; SILVA HERZOG, Jesús, *Una vida en la vida de México*, 2ª Edición, Siglo Veintiuno Editores, México, 1975, p. 71; *El Nacional*, 10 de abril de 1953.

<sup>6</sup> *Excélsior*, 11 de abril de 1919.

<sup>7</sup> *El Demócrata*, 11 y 12 de abril de 1919; *Excélsior*, 12 de abril de 1919.

<sup>8</sup> *Excélsior*, 13 de abril de 1919.

que matar o ser muerto. *El Demócrata* agregaba que el ascenso a brigadier general y el premio de cincuenta mil pesos era “escasa recompensa para el inmenso servicio que ha prestado a la causa de la civilización. Hoy los pueblos de Morelos, Guerrero, Puebla y México deberían levantarle arcos de triunfo y declararlo su benefactor”.<sup>9</sup> La historia relatada por *Excelsior* el día 14 de abril, hablaba de un Zapata que montando su caballo se dirigía a una emboscada cuyo tiroteo comenzó cuando se dio la señal previamente acordada: el sonido de un clarín. Guajardo, quien adentro de la hacienda bebía con tres jefes zapatistas, les disparó a quemarropa. Esta versión de los hechos fue ampliamente corroborada en el informe oficial que Guajardo entregó a González el día 15 de abril, en el que afirmaba que en lugar de la emboscada se encontraban más de tres mil zapatistas.<sup>10</sup>

Mientras tanto, los temas referidos a los restos de Zapata así como también los relativos al zapatismo continuaban siendo centrales para periodistas y carrancistas. “Respecto al cuerpo de Emiliano” informaba *Excelsior* el 12 de abril, los zapatistas presos por los carrancistas “decían que no recordaban haber visto aquel hombre antes”. Al principio “nadie se imaginaba que aquel cadáver ensangrentado y aún caliente” fuera el de Zapata, pero luego, “con el terror pintado en el rostro” un zapatista que había ayudado a organizar el encuentro entre Zapata y Guajardo —un hombre llamado Eusebio Jáuregui— lo identificó. Mientras Guajardo y su comitiva llevaban el cuerpo de Zapata hacia el norte, continúa el relato, “de las humildes chozas de la tierra caliente salían hombres, mujeres y niños” para mirar la procesión. “Todos los que contemplaban el cuerpo de Emiliano, aseguraban ser el del propio jefe suriano [...] y principiaban a recordar los atropellos que habían sufrido por orden de Zapata”.<sup>11</sup>

El siguiente día, *Excelsior* afirmaba que los campesinos que habían visto el cuerpo de Zapata mostraban el miedo que le tenían temblando “de pies a cabeza”. En otro artículo, aunque en la misma edición, se destacaba que los lugareños estaban “consternados y desmoralizados” por la muerte de Zapata, y añadía que “muchos, antes de verlo [el cuerpo], dudaban que el hombre que juzgaban invencible hubiera muerto”.

Curiosamente, el día 14 de abril, *Excelsior* hacía notar que los carrancistas en Cuautla habían tenido dudas similares. Habiendo oído que el cuerpo estaba en camino se tomaron precauciones, “dada la posibilidad que había que Guajardo hubiera caído en poder de Zapata [...] y fuera el cabecilla suriano el que se acercara

<sup>9</sup> *El Demócrata*, 13 de abril de 1919.

<sup>10</sup> *Excelsior*, 12, 13, 14, y 16 abril 1919; *El Demócrata*, 12 abril 1919.

<sup>11</sup> *Excelsior*, 12 abril 1919.

con fuerza a Cuautla”. El autor de este artículo rápidamente aclaraba que cuando Guajardo y sus soldados arribaron “todas las dudas quedaron desvanecidas”. Por su parte *El Demócrata*, en su edición del 13 de abril, argumentaba que el zapatismo básicamente estaba terminado, pero luego, en un giro de perspectiva, resaltaba que Zapata “había tomado en la conciencia de los indígenas las proporciones de un mito”. Por consiguiente era necesario “acabar con la leyenda” poniendo en marcha la reforma en la tenencia de la tierra, de acuerdo con la ley carrancista.

El mismo González alegaba claramente que puesto que los zapatistas peleaban no por principios, sino por una “fe ciega” en Zapata, el movimiento ahora estaba terminado. Él mismo y sus soldados habían notado una gran depresión en la gente de Cuautla, una depresión que pronto causaría la rendición de los zapatistas.<sup>12</sup>

En suma, los relatos sobre la muerte de Zapata, elaborados por carrancistas con la colaboración de periodistas de la ciudad de México, fueron retocados de manera evidente exagerando proezas de guerra, motivos personales y políticos de González o simplemente fallas en la comunicación, todo esto con el objeto de justificar los medios empleados para matarlo. Las contradicciones sobre la cuestión de la reacción local ante el asesinato de Zapata, fueron generadas en parte por la esperanza de que la lucha contra el zapatismo hubiera concluido. Seguramente fue muy importante el deseo, tanto de oficiales carrancistas como de los periodistas que les informaban, de hacer lo que se pudiera para convertir esa esperanza en realidad, convenciendo a los seguidores de Zapata de que la lucha no podría continuar.

Una tercera explicación parcial para tales incoherencias se relaciona con el modo en que la muerte afecta a los vivos. Para la mayoría de las personas, la muerte y lo considerado sacro han estado íntimamente relacionados. En la vida de un individuo la muerte se ubica entre los momentos de transición, y está fuertemente marcada con un ritual. Probablemente es sagrada, porque se entiende como el momento de encuentro entre los cielos y la tierra, que ocurre mientras el difunto transita entre ellos. Algunos académicos han expuesto esto de manera muy convincente. Yo pienso que es el más importante de esos momentos, más aún, el origen mismo del sentimiento religioso debido al temor que genera y por ser un misterio que reclama una explicación.<sup>13</sup>

---

<sup>12</sup> *Excelsior*, 13 y 14 abril 1919; *El Demócrata*, 13 y 14 abril 1919.

<sup>13</sup> BURKERT, Walter, *Creation of the Sacred: Tracks of Biology in Early Religions*, Harvard University Press, Cambridge, 1996, pp. 31-32; EADE, John and Michael J. SALLNOW, “Introduction”, en John EADE and Michael J. SALLNOW (eds.), *Contesting the Sacred: The Anthropology of Christian Pilgrimage*, Routledge, London, 1991, p. 6; DURKHEIM, Émile, *The Elementary Forms of the Religious Life*, traducción de Joseph WARD SWAIN, Free Press, New York, 1965, pp. 56-57.

Hay que destacar que la muerte ha sido un elemento central de la cultura mexicana en particular. Octavio Paz escribió que la muerte ilumina la vida de los mexicanos. “Dime como mueres”, escribe, “y te diré quien eres”.<sup>14</sup> La forma como muere Cristo, Cuauhtémoc, y también el líder de la Independencia, el Padre Miguel Hidalgo, ha sido absolutamente decisiva en la hechura de su estatura heroica. Lo mismo comenzaba a ocurrir con prominentes revolucionarios como Madero, quien precedió a Zapata en la muerte. La muerte entonces, es capaz de realizar poderosas invocaciones de memoria, lo cual requiere obviamente que una vida sea redondeada.

El prolongado fracaso militar del zapatismo después de 1915, había desgastado gradualmente la confianza en Zapata, pero habiéndose enterado de su muerte muchos morelenses cansados de las penurias de la guerra deben haber recordado, en un contexto de profunda emoción, la promesa y los triunfos de años anteriores, la determinación en lograr su objetivo y la sinceridad del esfuerzo en la implementación de la reforma de la tenencia de la tierra. Pareciera que en los primeros días que siguieron a su muerte comenzó una subterránea revalorización de Zapata, lo que complicaba aún los más honestos esfuerzos para leer las consecuencias de esa muerte.<sup>15</sup>

Demostrar esta revalorización es delicado puesto que es muy difícil adentrarse en la mente de los actores históricos de ese momento, los cuales no dejaron constancia de sus impresiones sobre la circunstancia en cuestión. No obstante, existen indicios dispersos acerca de esta readaptación de los recuerdos de Zapata, en fuentes tales como el relato de la vida de Pedro Martínez en la historia oral de Oscar Lewis. Habitante de Tepoztlán, Morelos, Martínez abandona en 1916 el debilitado movimiento y elige la relativa seguridad de Guerrero. Pero cuando se entera de la muerte de Zapata, nos dice, “me dolió como si hubiera muerto mi padre. Porque yo fui zapatista de tuétano y hueso. Tenía mucha fe en la promesa de Zapata, mucha, como no. Eso sí, fui zapatista de los meros zapatistas”.<sup>16</sup>

Verdadero zapatista o no, Martínez había decidido abandonarlos, y cuando Lewis lo entrevistó a comienzos de 1943 continuaba alimentando resentimiento sobre el movimiento. “Y como tengo ese carácter, no sirvo yo para la revolución”, se quejaba. “Ahí no servía porque no soy vil”.<sup>17</sup> Nunca sabremos cuando sus recuerdos del zapatismo y de Zapata se endurecieron de esa forma, tampoco si fue la muerte de Zapata, el advenimiento de la paz en 1920 o la posterior apropiación

<sup>14</sup> PAZ, Octavio, *El laberinto de la soledad y otras obras*, Penguin Books, New York, 1997, p. 76.

<sup>15</sup> La popularidad de los bandidos aumentó en muchos de los casos, después de muertos. Ver VANDERWOOD, Paul J., *Disorder and Progress: Bandits, Police, and Mexican Development*, Scholarly Resources, Wilmington, 1992, p. 95.

<sup>16</sup> LEWIS, Oscar, *Pedro Martínez: un campesino mexicano y su familia*, Joaquín Mortiz, México, 1966, p. 98.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 94.

de Zapata por parte del Estado mexicano lo que motivó su retorno al redil zapatista. La descripción de Zapata como figura paterna pudo ser mera hipocresía, si tomamos en cuenta que identificarse como zapatista fue crucial para su carrera de político local. O tal vez, recordaba a Zapata positivamente como una forma de lidiar con la culpa de haber abandonado la causa por la cual Zapata había muerto. Es posible también que siempre lo hubiera admirado y que nunca lo culpara de manera personal por la violencia y el hambre que lo obligaron a huir a Guerrero. Poniendo de lado las emociones manifestadas por el deceso de Zapata, el argumento de que fue justamente la muerte de Zapata lo que llevó a Martínez a la reconsideración puede fundamentarse en las actitudes de los políticos venales perfeccionadas a lo largo de una prolongada experiencia. Para los campesinos de Tepoztlán estaba escrito que la única prueba de la improbable posibilidad de que un político fuera honesto era precisamente el sacrificio por una causa.<sup>18</sup> Quizás sólo la muerte pudo limpiar a Zapata del papel político que aceptó con gran recelo.

En el relato de Luz Jiménez, también encontramos llamativas incoherencias. Ella fue testigo de la revolución desde la frontera norte del territorio zapatista, en la villa de Milpa Alta en el Distrito Federal. Los recuerdos más precisos de Jiménez sobre los zapatistas se concentraron en los asesinatos, violaciones y destrucción que perpetraron. “Cuando los hombres de Zapata entraron en la ciudad”, decía ella, “vinieron a matar”.<sup>19</sup> No obstante los sórdidos detalles, cuando relataba la llegada de las tropas carrancistas, Jiménez aseguró que los pobladores de Milpa Alta “nunca lo perdonarían [a Zapata] por haberlos dejado en manos del enemigo”.<sup>20</sup> A pesar de todo, en un cierto nivel existía el perdón.

Fernando Horcasitas, editor de este relato, advierte que Jiménez identificaba a Zapata como uno de sus tres héroes, puesto que fue “el único hombre que peleó por los pobres”.<sup>21</sup> La capacidad de Jiménez para identificarse con Zapata y sus seguidores a pesar de haber expuesto sólo unos pocos recuerdos positivos sugiere que ella pudo haber concretado su opinión después de la muerte de Zapata. Cuándo pudo haber ocurrido, como en el caso de Pedro Martínez, es una pregunta pendiente. En los años veinte trabajó como modelo del muralista Diego Rivera, quien a menudo pintaba a Zapata, hecho que pudo ser significativo, aunque también cabe

---

<sup>18</sup> LOMNITZ-ADLER, Claudio, *Deep Mexico, Silent Mexico: An Anthropology of Nationalism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2001, p. 280. En una entrevista que le hice el 4 de junio de 1996, Marcos González de Oaxaca argumentó que el modo en que Zapata murió prueba “que él estaba en lo correcto”.

<sup>19</sup> JIMÉNEZ, Luz, *Life and Death in Milpa Alta: A Nahuatl Chronicle of Díaz and Zapata*, traducido y editado por Fernando HORCASITAS, University of Oklahoma Press, Norman, 1972, pp. 133, 135, 139.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 143.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. XVII.

destacar que cuando ella hablaba de la muerte de Zapata, lo dotaba de gran nobleza. “Aunque él sabía que iba a perder” observaba, “su ánimo no le falló”.<sup>22</sup>

Los recuerdos de Pedro Martínez y de Luz Jiménez, aunque de alguna manera son divergentes, juntos pueden sustentar la idea de que la muerte de Zapata inspiró una rápida reconstrucción de los sentimientos regionales hacia él; y con certeza podemos decir que nos advierten que las variaciones locales y regionales del culto del héroe no tuvieron un comienzo sencillo o automático.

Cualquiera que fuera el grado de devoción a Zapata profesado en su tierra natal en el momento de su muerte, los líderes del zapatismo que quedaban, creyeron necesario apelar a los recuerdos de él para salvar al moribundo movimiento y también que era necesario ayudar en la elaboración de los mismos. El 15 de abril escribieron un manifiesto en cuyo primer párrafo se refieren a Zapata como el “ardoroso apóstol del agrarismo”; el “abnegado redentor de la raza indígena [...] enérgicamente representativo del alma mexicana; pletórica de virilidad y de rebeldía”; un “glorioso predestinado e incommovible, inmaculado, inquebrantable”.

Al mismo tiempo que se destacaba que los ideales de Zapata no morirían con él, los autores afirmaban que lejos de desalentar a la gente de la región en la cual él actuó, su muerte ha “provocado indignaciones viriles” entre ellos. El manifiesto comparaba a Zapata con otros héroes, como Hidalgo y Morelos, quienes habían sido traicionados, y aseguraban que la causa pronto triunfaría porque “el jefe ha muerto, pues, cuando ya podía morir, cuando estaba consumada su benemérita obra de difusión de ideales”. Él ahora podía “vivir tranquilo su vida inmortal”.<sup>23</sup>

De todos modos, estaba muy lejos de ser evidente que el zapatismo pudiera continuar sin Zapata ya que la unidad zapatista seguía siendo problemática. Antes de la muerte de Zapata, los conflictos internos y las crecientes deserciones habían convertido al movimiento en inepto para la pelea. Estos problemas estaban ahora exacerbados por las disputas acerca de quien estaría al mando. Bajo tales circunstancias no es sorprendente que los líderes del zapatismo –aunque compitieran entre ellos por el lugar de Zapata– descubrieran que apelar a su memoria era muy útil para instar a la unidad y a un esfuerzo mayor. Recalcando cuánto odiaba Zapata a los intrigantes y traidores, una circular que probablemente venía del jefe Genovevo de la O decía que “el murió víctima de la más infame de las traiciones y nosotros

---

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 173; KARITUNEN, Frances, “The Linguistic Career of Doña Luz Jiménez”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 30, 1999, p. 267.

<sup>23</sup> MENDOZA, Francisco y *et al.*, “Al Pueblo Mexicano”, abril 15, 1919, en ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA, *Emiliano Zapata. Antología*, INEHRM, México, 1988, pp. 447-451.

por deber, por amor a la causa y por respeto a su memoria, debemos morir antes de merecer el epíteto de traidores”.<sup>24</sup>

En el otoño, un comunicado que informaba de la votación que convirtió al ciudadano Gildardo Magaña en el nuevo líder de la rebelión, exhortaba a los zapatistas a continuar con “el glorioso camino que nos dejó trazado el ya inmortal Emiliano Zapata”.<sup>25</sup>

Muchos importantes jefes zapatistas, incluyendo a De la O, estuvieron ausentes en la votación, por lo tanto el reclamo de Magaña a la jefatura del movimiento unificado fue muy endeble. Más tarde, en noviembre de 1919, abruptamente se rindió ante los carrancistas e instó a los demás a hacer lo mismo. De la O, quien se encontraba entre los muchos zapatistas que se negaban a seguir el ejemplo de Magaña, criticó en un manifiesto publicado en diciembre a aquéllos que se habían rendido, haciendo notar que algunos “han sentido desaliento por creer que estos malos ciudadanos REPRESENTAN GENUINAMENTE al General Zapata”.<sup>26</sup> De la O continuaba diciendo que, lejos de representarlo, sus nombres serían ubicados con aquéllos de los judas, por causa de los cuales México había sufrido tanto. En enero de 1920 Magaña volvió a unirse a los zapatistas en la sierra, pero el daño ya estaba hecho. De la O rechazó su liderazgo, y en esa primavera ambos hicieron acuerdos por separado para unirse a la rebelión de Álvaro Obregón, quien derrocó a Carranza en un corto levantamiento que terminó con la violenta década revolucionaria.<sup>27</sup>

Los corridos también ayudaron a dar importancia a la muerte de Zapata. El bardo más famoso del zapatismo, Marciano Silva, escribió “Historia de la muerte del Gran General Emiliano Zapata” muy poco tiempo después de Chinameca.<sup>28</sup> Después de abrir el corrido con una visión de la historia revolucionaria en la que describe a Zapata como “un redentor del mundo”, Silva relata los hechos que llevaron a su muerte mediante una elaborada semblanza de Pablo González:

---

<sup>24</sup> [¿Genovevo de la O?], circular del 25 de mayo de 1919, en ESPEJEL, OLIVERA y RUEDA, *Emiliano*, 1988, pp. 452-453.

<sup>25</sup> “A los Revolucionarios del Sur”, 5 de septiembre de 1919, en *Ibíd.*, pp. 454-455.

<sup>26</sup> Para la cita ver De la O, “Manifiesto a la Nación Mexicana”, diciembre 1919, en *Ibíd.*, pp. 458-459. Ver también “De la O a Gabriel Mariaca”, diciembre 1919, Archivo General de la Nación (en adelante AGN), Fondo Genovevo de la O (en adelante FGO), caja, 9, exp. 13, f. 17; y la circular de Magaña, 30 de noviembre de 1919, Archivo Histórico de la Defensa Nacional (en adelante AHDN), XI/III/1-105; AHDN, *Archivo de Cancelados*, “Magaña”, p. 65.

<sup>27</sup> AGN-FGO, “Magaña a De la O”, fragmento sin fecha, 10:3:43; “Magaña a De la O, Sierra de Puebla, 31 de enero de 1920”, 9:15:8.

<sup>28</sup> SILVA, Marciano, “Historia de la Muerte del Gran General Emiliano Zapata”, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1990, pp. 378-382.

Por eso es que Carranza le dio a Pablo González  
 el mando de las fuerzas del sur sin vacilar,  
 para que de Zapata murieran los ideales,  
 pues vio que ese Esparta solo podría salvarle,  
 por tener mas astucia que valor militar.

Silva destaca el honorable comportamiento de Zapata, en oposición a la artería de González y Guajardo que sólo eran bárbaros “piratas”. Uno de sus actos de barbarie fue la muerte de 59 soldados bajo el mando de Victoriano Bárcenas, lo cuales abandonaron a los zapatistas en 1918 para unirse a los carrancistas y a quienes habían sitiado desde entonces. Zapata había solicitado que estos soldados fueran entregados a la justicia como una prueba, y cuando se enteró de la masacre cayó “al fondo de la credulidad”. Silva, detalla otros pasos que llevaron a Zapata a Chinameca. Asegura que Zapata sólo tenía 150 hombres con él (contrariando lo afirmado por los carrancistas), comparados con los 600 al mando de Guajardo. Al final, canta el corrido, Zapata entró en la hacienda “pues siempre los valientes no temen al menguado, / porque su escudo de armas es el pundonor”. En este relato, después de matar a Zapata, Guajardo se sintió “un Alejandro” y llevó el cuerpo a Cuautla como si fuera “un trofeo”. La respuesta de los morelenses al “triste fin / del hombre que luchaba por un bien nacional” fue de lágrimas y angustia, mientras los “altaneros” carrancistas vagaban por las calles de Cuautla, ridiculizando a la gente del lugar e invitándolos a ir a identificar el cuerpo de “su padre”. En otra pieza similar sobre el mismo tema, Silva sigue muy de cerca el informe de Reyes Avilés sobre la forma en que mataron a Zapata. Aquí agrega que Zapata “como Cristo llegó al fin de su jornada / por libertar de la opresión a nuestra raza”. En general, Zapata como individuo, diferenciado del movimiento comenzó a despertar el interés de los corridistas, algunos de los cuales por supuesto sentían la necesidad de honrar su memoria de un modo distinto a como habían honrado su presencia.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> SILVA, Marciano, “Duelo del Gral. Emiliano Zapata”, en BARRETO MARK, Carlos (ed.), *Los corridos de Marciano Silva*, Gobierno del Estado de Morelos, Cuernavaca, México, 1983, p. 25. GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1990, p. 55, argumenta que Silva no elogió a Zapata como persona hasta después de su muerte y que los corridos que sí lo hicieron, al servicio del gobierno posrevolucionario, estaban interesados en apropiarse de su memoria. Esto es cierto en algunos de los corridos, pero no necesariamente el énfasis en la figura de Zapata, una vez muerto, significó la existencia de motivos ulteriores. En los tempranos corridos zapatistas, la exaltación del heroísmo, en particular de aquellos que murieron en batalla, de ninguna manera significaba servir a un proyecto de estado, ver “Duelo de Ignacio Maya”, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1990, pp. 323-326. Ver también REDFIELD, Robert, *Tepeoztlán: A Mexican Village. A Study of Folk Life*, University of Chicago Press, Chicago, 1930, p. 190, y SIMMONS, Merle E.,

A pesar de las exhortaciones de sus líderes, algunos zapatistas estaban de acuerdo con la insistencia carrancista de que el movimiento, con la muerte de Zapata, había terminado. “Se nos cayeron las alas del corazón” recordaba uno de ellos, y muchos de los jóvenes –o niños– bajo el mando de Zapata destacaban más tarde, como lo hacía Pedro Martínez, que era como si se hubieran muerto sus propios padres.<sup>30</sup> Constancio Quintero, también veterano zapatista, recuerda que él estaba en las montañas cuando llegó la noticia de que “ya [se] chingaron al jefe”. El coronel de Quintero “lloraba como un niño”, mientras otros miembros del grupo “les quitaban la silla a los caballos y los echaban, así era su desesperación”.<sup>31</sup> Fue un golpe duro para aquéllos que habían permanecido junto a Zapata a lo largo de todas las dificultades, y que aún esperaban que la revolución cumpliera sus ideales.

Obviamente estos observadores aceptaron que el cuerpo era el de Zapata. “Él fue muerto” aseguraba otro veterano, “nadie mas muerto que él”.<sup>32</sup> Pero ésta no fue la única forma de reaccionar por parte de los simpatizantes zapatistas ante la noticia de Chinameca. Todas las molestias que se tomó Pablo González al inyectar, exhibir y fotografiar el cuerpo, así como la orden de que debía ser enterrado a mucha profundidad y la mención de la posibilidad de que existieran dudas sobre el fallecimiento de Zapata, insinúan que no todos aceptaban las versiones sobre su muerte. Si las opiniones sobre Zapata, después de la emboscada de Chinameca, realmente cambiaban constantemente, no debería sorprender entonces que la idea de que no había muerto en esa emboscada adquiriera forma rápidamente.

En efecto, un corrido titulado, “Importantísimas revelaciones de la familia del extinto Emiliano Zapata”, indica que tales rumores ya estaban en el aire cuando se publicó por primera vez en 1919.<sup>33</sup> Este corrido, urbano en su origen y de postura anti-zapatista, señala que “alguien reveló en secreto / que le faltaba un lunar / sobre del bigote al muerto”. Más tarde, en una publicación del año 1928, Carlos Reyes Avilés, hermano de Salvador, escribió que a finales de 1919 había conocido a un

---

*The Mexican Corrido as a Source for Interpretive Study of Modern Mexico (1870-1950)*, Indiana University Press, Bloomington, 1957, p. 289 para la importancia del tema de la trágica muerte del héroe.

<sup>30</sup> ROSOFF, Rosalind y Anita AGUILAR, *Así firmaron el Plan de Ayala*, Secretaría de Educación Pública, Colección SepSetentas núm. 241, México, 1976, p. 91; entrevista con José LORA MIRASOL, conducida por Laura ESPEJEL, México, 2 y 4 de octubre de 1973, PHO-Z/1/14, pp. 46-47.

<sup>31</sup> BISSIO, Beatriz, “Bienvenidos a la tierra de Zapata”, en *Cuadernos del Tercer Mundo*, México, 1977, p. 112.

<sup>32</sup> RUEDA, Salvador y Laura ESPEJEL, “El siglo XX: bajo el signo de Emiliano Zapata”, en *Morelos. El estado*, Gobierno del Estado de Morelos, Cuernavaca, 1993, p. 80.

<sup>33</sup> “Importantísimas revelaciones de la familia del extinto Emiliano Zapata”, en GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1990, pp. 383-385, 195.

hombre mayor que no aceptaba que Zapata hubiera muerto.<sup>34</sup> En 1930 el antropólogo Robert Redfield publica un trabajo más pormenorizado sobre esta línea de pensamiento, fundamentado en un trabajo de campo hecho en Tepoztlán, entre 1926 y 1927. “Se desconoce si Zapata aún vive, o si lo mataron como se ha dicho”. “Algunos dicen que está en Arabia y regresará cuando se lo necesite. Yo creo que él vive todavía”,<sup>35</sup> le dijo uno de sus informantes. Redfield, también advierte que este argumento, que él cree se ha ido desarrollando gradualmente desde la muerte de Zapata, fue recogido en un corrido de esa época. “Han publicado, los cantadores”, afirma el corrido, “una mentira fenomenal / y todos dicen que ya Zapata / descansa en paz en la eternidad”. Pero ésta no era la situación, sino que “como Zapata es tan veterano / Sagaz y listo para pensar / Ya había pensado de antemano / Mandar otro hombre en su lugar”.<sup>36</sup>

En Morelos estaba construyéndose una tradición oral que continuaría en las décadas siguientes como lo demuestran las periódicas referencias a historias sobre la supervivencia de Zapata registradas en las fuentes escritas.<sup>37</sup> Desafortunadamente, nuestro acceso a la tradición del mito es a través de los escritores de la ciudad, muchos de los cuales viajaron a Morelos en búsqueda de campesinos, a quienes creían simples y pintorescos. Estos escritores, frecuentemente idealizaban los relatos que escuchaban y pueden haber impulsado algunos, o por lo menos haberlos filtrado a través de su mirada urbana. Afortunadamente los investigadores de los años setenta del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) pusieron en marcha un minucioso y metódico proyecto de historia oral que recogió una gran cantidad de conjeturas acerca de cómo Zapata eludió a Guajardo y que pasó con él a partir de ese momento.

En esta tradición oral y como lo sugiere el corrido, la exhibición del cuerpo, planeada por Pablo González, fue un evento clave. “Yo sé que el tenía una cicatriz en la mejilla”, dice el informante de Redfield, “y el cuerpo que trajeron a Chinameca

---

<sup>34</sup> REYES AVILÉS, Carlos, *Cartones zapatistas*, Dirección General de Investigaciones Históricas y Asuntos Culturales del Gobierno del Estado de Morelos, Biblioteca Morelense, Serie Testimonios núm. 1, México, 1928, pp. 51-52. El mito de que Zapata no había muerto ejerció una contención más fuerte entre gente de las áreas más aisladas, ver *El Universal Gráfico*, 10 de abril de 1934.

<sup>35</sup> REDFIELD, *Tepoztlán*, 1930, p. 204.

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 202-203.

<sup>37</sup> Ver referencias del mito en *El Universal Gráfico*, 10 de abril de 1934 y 13 de abril de 1938; *Novedades*, 20 de octubre de 1949, recorte de periódico en Hemeroteca Nacional (en adelante HN), Fondo Silvano González (en adelante FSG), México; SIMMONS, *Mexican*, 1957, p. 559; GILL, Mario, “Zapata: su pueblo y sus hijos”, en *Historia Mexicana*, vol. II, núm. 2, octubre-diciembre 1952, pp. 294-295; *Nosotros*, 25 de enero de 1958; *Últimas Noticias*, 26 de enero de 1960; *Excelsior*, 6 de febrero de 1960.

no tenía cicatriz. Yo mismo lo vi”.<sup>38</sup> Un artículo periodístico publicado en 1938 con motivo del aniversario de la muerte de Zapata, hablaba sobre una conversación que había tenido lugar en Yautepec entre un médico local y un indígena llamado Pancho.

Pancho aseguraba que él sabía que Zapata no había muerto, porque había visto el cuerpo; el médico respondía con un razonamiento racionalista: las personas que habían examinado el cuerpo alegaban que Zapata tenía una verruga en la mejilla izquierda que no se veía en éste, porque la misma había sido extirpada por una bala.<sup>39</sup> En 1952, otro informante explicaba que los lugareños que vieron el cuerpo dijeron que le faltaba “una marca parecida a una manita”, aparentemente una marca de nacimiento, que Zapata tenía en su pecho”.<sup>40</sup> En 1968, un periodista habló con un grupo de veteranos zapatistas quienes especulaban sobre este asunto. El informe explicaba que las dudas sobre el fallecimiento de Zapata se debían a que el más renombrado reconocedor del cuerpo, Eusebio Jáuregui, había asegurado inmediatamente que *no era* Zapata, “basando su dicho en señas particulares que él conocía perfectamente”. Esto explicaría porque Jáuregui fue ejecutado al día siguiente.<sup>41</sup>

Existen otras versiones focalizadas en las características físicas. En una entrevista realizada por el INAH en los mismos años, uno de los veteranos remarcaba que mientras que a Zapata le faltaba un dedo de la mano, el cuerpo presentado “tenía sus dedos completos”.<sup>42</sup> Otro viejo zapatista añadía a la mencionada cuestión del dedo, su afirmación de que Zapata tenía un lunar que faltaba en el cuerpo, así como también una cicatriz en la pantorrilla, donde un toro lo había cornearado.<sup>43</sup> Otros simplemente dijeron que el cuerpo era muy gordo. Algunos, como Carmen Aldana, afirmaron que los simpatizantes zapatistas habían dicho a los carrancistas que el cuerpo era el de Zapata sólo para evitar que los golpearan o mataran.<sup>44</sup>

Los relatos sobre las reacciones ante el cuerpo se mantienen hasta el presente. En 1996, *Excélsior* informaba sobre el anciano zapatista Emeterio Pantaleón, quien afirmaba “todos nos reíamos cuando veíamos el cadáver. Nos codeábamos, porque

<sup>38</sup> REDFIELD, *Tepoztlán*, 1930, p. 204.

<sup>39</sup> *El Universal Gráfico*, 13 de abril de 1938.

<sup>40</sup> GILL, “Zapata”, 1952, pp. 294-295.

<sup>41</sup> *El Campesino*, 31 de mayo de 1968.

<sup>42</sup> OLIVERA, Alicia, “¿Ha muerto Emiliano Zapata? Mitos y leyendas en torno del caudillo”, en *Boletín del INAH*, núm. 13, México, 1975, p. 45; entrevista con Carmen Aldana, PHO-Z/1/32.

<sup>43</sup> Entrevista con Serafín PLASENCIA GUTIÉRREZ, realizada por Laura ESPEJEL y Salvador RUEDA, 13 de septiembre de 1974, México, PHO-Z/1/59. Ver también la entrevista con Prospero GARCÍA AGUIRRE, realizada por Laura ESPEJEL y Salvador RUEDA, Tlatenchi, Jotutla, Morelos, 16 de agosto de 1975, PHO-Z/1/17, pp. 11-18.

<sup>44</sup> Entrevista con Carmen Aldana, PHO-Z/1/32, p. 73; OLIVERA, “¿Ha Muerto?”, 1975, p. 44.

el jefe fue más listo que el gobierno”. Pantaleón aportaba un material que para entonces ya era tradicional: el que se refiere al dedo, el lunar, la cicatriz.<sup>45</sup> Aunque su avanzada edad demostraba que era posible que hubiera visto el cuerpo, no había peligro alguno de que las historias sobre la trampa de Zapata en Chinameca fueran a morir con Pantaleón o con cualquiera de los últimos representantes de su generación. De hecho, también en 1996, un residente de Morelos, mucho más joven y bien educado me explicaba que Zapata podría ciertamente haber eludido la trampa.

Entonces, ¿cómo lo hizo? Ya sea porque Zapata realmente conocía las intenciones de Guajardo, o por los periódicos que desarrollaron la historia de que había sido prevenido, se estimuló la imaginación local, y la tradición oral constantemente incluyó la idea de que había sobrevivido gracias a una advertencia o premonición.

Al parecer, debido a que los seguidores de tan encumbrados personajes como Zapata comúnmente creen que sus líderes son demasiado inteligentes como para ser atrapados, esto constituye un elemento común en el mito del héroe.<sup>46</sup> El resultado, entonces, fue que Zapata envió a otro hombre en su lugar. El corrido de Redfield identifica a Jesús Delgado como ese hombre, más tarde los informantes enriquecieron esta historia. Próspero García Aguirre, uno de los entrevistados por el INAH, explicaba que una mujer llorando advirtió a Zapata sobre la trampa minutos antes de que entrara a la hacienda. Ella se había enterado por su marido, quien era mayor de Guajardo. García Aguirre añadió que uno de los más importantes jefes zapatistas llamado Francisco Mendoza, le había asegurado a uno de sus informantes que no habían matado a Zapata. Mendoza le había explicado que Delgado, quien de hecho era un doble, había viajado con Zapata con el propósito de morir por él si era necesario. Para García Aguirre la prueba que confirma la suplantación de Zapata por Delgado es que “vino la unificación [con Obregón] y no apareció Jesús Delgado”.<sup>47</sup>

Otros relatos identifican al doble de Zapata como Agustín Cortés o Joaquín Cortés, un compadre de Tepoztlán, o como Jesús Capistrán, un miembro del Estado Mayor de Zapata, también compadre, o simplemente con un primo. Nicolás, el hijo de Zapata, estuvo menos interesado en los detalles, solamente reveló que la persona que realmente murió fue “algún pendejo de Tepoztlán”.<sup>48</sup> Algunos

<sup>45</sup> *Excelsior*, 10 de abril de 1996.

<sup>46</sup> PAREDES, Américo (ed.), *Folktales of Mexico*, University of Chicago Press, Chicago, 1970, p. XLVIII.

<sup>47</sup> REDFIELD, *Tepoztlán*, 1930, pp. 202-203; entrevista con Próspero García Aguirre, PHO-Z/1/17, pp. 11-18.

<sup>48</sup> Para la cita ver O'MALLEY, Ilene V., *The Myth of the Revolution: Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State, 1920-1940*, Greenwood Press, New York, 1986, p. 44. Ver también la entrevista con Carmen Aldana, PHO-Z/1/32, pp. 70, 73; la entrevista con Agapito PARIENTE A., realizada por Alicia OLIVERA, Tepalcingo, Morelos, 2 de marzo de 1974, PHO-Z/1/29, pp. 16-19; la entrevista con Andrés

entrevistados inclusive, proporcionaron las conversaciones con las que el doble había convencido a Zapata de efectuar el cambio. Uno de ellos lo reconstruía de esta forma: “Yo solamente a mi familia le puedo hacer falta”, “pero tu, compadre, le haces falta a todo el país”.<sup>49</sup> Otro, poseía una versión diferente y de gran nobleza: “Compadre, vengo a morir por ti; nomás te encargo a mi mujer. Me haces favor de darme tu traje, tu sombrero, tus espuelas y el caballo”.<sup>50</sup>

Si Zapata no murió ¿Adónde se fue? Durante las primeras décadas después de Chinameca, los informes habitualmente manifestaban que, o bien se escondía o se había ido a Arabia con el compadre de un árabe o descendiente del Medio Oriente. Donde estuviera, estaba a salvo de “las emboscadas de sus enemigos”.<sup>51</sup> Las entrevistas de los años setenta, ofrecieron mayores detalles. Una de las historias más elaboradas sobre el viaje póstumo de Zapata fue presentada por Serafín Plasencia Gutiérrez, quien aseguró que su hermana, que era espiritista, sabía que Zapata no había muerto en Chinameca.<sup>52</sup> Por ella descubrió que un compadre, húngaro o árabe, lo había llevado a Hungría o Arabia, fue impreciso con la geografía. En ese lugar, Zapata aprendió “ciertos lenguajes y estaba muy bien allí. Lo querían como a un dios”. Mas tarde, regresó a Morelos, tuvo una novia en Cocoyoc y se vestía como rancharo para ir a visitarla.<sup>53</sup> Últimamente, él dejó de visitar su estado natal. “Ya no lo dejaron venir los de Arabia”, explicaba Plasencia, “porque tenía muchos enemigos: todos los hacendados, todos los políticos, todos aquí en Cuautla eran contra él”. Él había muerto unos veinte o treinta años antes de esta entrevista, “en su cama, allí en Arabia”.

García Aguirre obtuvo la información sobre este asunto de diferentes fuentes. Tenía una tía que cosía para una mujer de Cuautla de ascendencia árabe, y esa mujer después de un largo viaje por Medio Oriente había afirmado que Zapata estaba en Arabia. Ella decía que el gobierno lo había cuidado muy bien y que tenía “una casa mejor que la del presidente de la República”. García Aguirre acotaba que él mismo se había encontrado con un anciano que decía ser el suegro de Zapata, probable-

ÁVILA BERRERA, realizada por Laura ESPEJEL, Atlatlahucan, Morelos, 15 de mayo de 1973, PHO/1/53, p. 36; ARIAS, María Eugenia, “Algunos cuadernos históricos sobre Emiliano Zapata y el Zapatismo”, en Martha RODRÍGUEZ GARCÍA *et al.*, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*, Secretaría de Educación Pública / INAH, México, 1980, p. 271.

<sup>49</sup> OLIVERA, “¿Ha Muerto?”, 1975, p. 50.

<sup>50</sup> RUEDA y ESPEJEL LÓPEZ, “Siglo”, 1993, p. 80.

<sup>51</sup> *El Universal Gráfico*, 13 de abril de 1938; REDFIELD, *Tepoztlán*, 1930, p. 204; *Novedades*, 20 de octubre de 1949.

<sup>52</sup> Entrevista con Serafín PLASENCIA GUTIÉRREZ, PHO-Z/1/59, pp. 87-89.

<sup>53</sup> Un rancharo es el pequeño propietario de tierra, precariamente situado en la clase media. Vestirse como un rancharo significaría vestirse como charro, especialmente en los días festivos.

mente se refería al padre de la novia, Gregoria Zúñiga, y que estaba viviendo en la casa de Zapata en Quilamula. Este anciano sostenía que en su casa tenía la prueba de que Zapata aún vivía, pero García Aguirre no pudo ver dicha prueba inmediatamente y pronto el anciano murió. García Aguirre concluye que Zapata finalmente murió unos veinte años antes de esta entrevista de 1975, en Arabia.<sup>54</sup> La versión de Emeterio Pantaleón afirmaba que Zapata vivió durante un año en una cueva cerca del volcán. Luego se fue a Tepoztlán donde tenía una novia. Más tarde, con su esposa Josefa Espejo, y un compadre, fueron a Acapulco donde abordó un barco de guerra con destino a Arabia. Murió allí en 1967.<sup>55</sup>

Para algunos de los informantes del INAH, no resultó tan fácil conciliar Arabia con las apariciones locales. Uno de ellos hacía saber que le habían dicho que Zapata se había ido al Valle Nacional, en Oaxaca, y no a Arabia como muchos decían. Había vivido ahí bajo el alias de Miguel Coria, hasta que murió, cinco años antes.<sup>56</sup> Existía aún otra versión, la de Miguel Cabrera Rojas. Ésta procedía de un amigo, quien habría provisto de ropas a Zapata y su compadre y decía que ellos simplemente se fueron al sur “ya lejos de Chinameca”.<sup>57</sup>

Es interesante que este cuerpo de mitos no aborde directamente la cuestión central que es por qué Zapata habría elegido partir.

Es cierto que la guerra iba mal, pero si partió solamente por su propia seguridad difícilmente entonces estaba ascendiendo a la categoría de héroe. Pero para aquéllos que se contaban entre sus más antiguos partidarios, quienes simplemente deseaban que la violencia cesara —y había muchos en esta categoría—, Zapata era un obstáculo para la paz. Desde esta perspectiva, su partida fue un acto de sacrificio que solamente podía mejorar su reputación. Para quienes pensaban que era una parte oculta de la historia de la supervivencia de Zapata, podemos suponer que asumir la desaparición de Zapata como una partida en lugar de una muerte fue la forma de apaciguar la culpa por haber deseado que todo terminara —quizás haciendo un trato con los carrancistas— y enterarse más tarde de lo acontecido en Chinameca.

Otra posible explicación para la salida de Zapata fue que lo había hecho para esperar el tiempo propicio. Ya sea que se quedara en México o se convirtiera en un viajero mundial, la idea de que Zapata podría regresar impregnó todas las conjeturas. El historiador estadounidense Frank Tannenbaum a finales de 1920 escribía que los “indios” del sur de México “dirán al extranjero que el espíritu de Zapata

---

<sup>54</sup> Entrevista con Prospero GARCÍA AGUIRRE, PHO-Z/1/17, pp. 12-14.

<sup>55</sup> *Excelsior*, 10 de abril de 1996.

<sup>56</sup> OLIVERA, “¿Ha Muerto?”, 1975, p. 50.

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 45.

vaga por la montaña en la noche y vela por los indios y que regresará si ellos son maltratados”.<sup>58</sup> El escéptico médico entrevistado en 1938 sostenía que los campesinos creían que Zapata “vigila que se haga justicia a los humildes y que se prosiga su obra redentora. El día en que vuelva la opresión, regresará a libertarlos”. En 1949 un periodista registraba una visión levemente más complicada: “Zapata vive oculto velando por nosotros; pero ha prometido venir cuando se hayan cumplido todos sus ideales a compartir con nosotros el fruto de sus luchas o cuando se trate de arrebatarnos nuestros derechos”.<sup>59</sup> Décadas más tarde un sujeto del proyecto del INAH revelaba que Zapata estaba estudiando, y que regresaría cuando hubiera recibido su título de licenciatura.<sup>60</sup> Otro informaba que alrededor de 1927 un campesino había visto a Zapata, y que le dijo “oye buen hombre, ¿no me conoces?” El campesino lo había conocido antes de 1919, pero era difícil reconocerlo ahora: “él ya se había tumbado el bigote” y tenía un lunar, pero era rojo. Pero sobre todo, estaba medio calvo y usaba huaraches y holgados calzones de manta, un atuendo de campesino con el cual Zapata jamás se mostraba, al menos no para la foto.<sup>61</sup> Finalmente, un grupo de veteranos zapatistas se reunían anualmente el 10 de abril, con la expectativa de que Zapata regresara ese día para guiar nuevamente a su pueblo en la búsqueda de justicia.<sup>62</sup>

A medida que pasaron los años, la esperanza en una acción decisiva por parte de Zapata fue difícil de mantener. En 1979 la hija de Francisco Franco, el hombre que Zapata había designado para proteger los documentos que sustentaban los reclamos por la tierra de su pueblo natal, Anenecuilco, afirmó que Zapata había regresado, pero que ya era muy viejo para continuar la lucha.<sup>63</sup> Otros, simplemente recibían sus esporádicas visitas nocturnas, o veían su caballo blanco en las montañas, como si estuviera vigilando.<sup>64</sup> En efecto, la historia posterior a Chinameca del caballo de Zapata es una faceta muy interesante del mito, tan íntimamente asociado a ese animal era su poder. Para muchos el caballo sobreviviente era sólo un recuerdo de Zapata, un sustituto, no una expresión de futuras posibilidades. Constancio Quintero indicaba que el caballo, aunque “herido de la cruz, y cerca de la cola”, sobrevivió a Chinameca, pero Zapata no. Domingo Yedra Islas declaró, “lo mataron a Zapata,

---

<sup>58</sup> TANNENBAUM, Frank, *The Mexican Agrarian Revolution*, Brookings Institute, Washington, D.C., 1929, p. 161.

<sup>59</sup> *Novedades*, 20 de octubre de 1949.

<sup>60</sup> RUEDA y ESPEJEL LÓPEZ, “Siglo”, 1993, p. 80.

<sup>61</sup> OLIVERA, “¿Ha Muerto?”, 1975, pp. 46-47.

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>63</sup> ARIAS, “Algunos”, 1980, p. 271.

<sup>64</sup> OLIVERA, “¿Ha Muerto?”, 1975, p. 48.

pero su caballo se escapó, se escapó pero el cayó muerto”. Y como ya hemos visto, Carmen Aldana afirmaba que un muchacho se lo llevó y se lo regaló al presidente.<sup>65</sup>

Lo que surgió entonces fue un complicado drama mesiánico. La noción de que Zapata pudiera reaparecer para continuar con su cruzada de justicia social lo colocó en compañía de Jesucristo, del Imán Oculto del Islam chiíta, del Rey Arturo y de Quetzalcóatl, quien supuestamente había prometido regresar del oriente para recobrar su trono de México Central. También la comparación con “el rey oculto” Sebastião de Portugal, es muy instructiva. Sebastião fue muerto de manera evidente en la batalla de Alcazarquivir en 1578, pero existieron dificultades para identificar el cuerpo y muchos confiaban en que “regresaría trayendo renovada gloria a Portugal”.<sup>66</sup>

Las expectativas del regreso por sí solas no lo convertían en un ser excepcional o divino, puesto que la cultura popular mexicana reconoce el retorno de todos los difuntos el Día de Muertos. Pero Zapata fue asociado de manera explícita a varias figuras religiosas. En 1970 Agapito Pariente, veterano zapatista, declaraba que Zapata “como el profeta Moisés” se había retirado y vivía una vida privada. Probablemente Pariente comparaba la desaparición de Zapata con el tiempo que Moisés pasó con los medianitas, antes de que fuera llamado nuevamente a Egipto para liberar a los hebreos, como una forma de enfatizar que no había abandonado a sus seguidores y que regresaría.<sup>67</sup> Los corridos de Marciano Silva también comparaban a Zapata con Moisés —aún en vida—, como libertador de su pueblo. Poco tiempo después de la muerte de Zapata, Silva indicaba que “como Cristo llegó al fin de su jornada / por libertar de la opresión a nuestra raza”.<sup>68</sup> Otro entrevistado lo comparaba con el santo patrón de su pueblo, Santiago, por su papel protegiendo a la comunidad de los ataques carrancistas.<sup>69</sup> Tales comparaciones por supuesto convierten a Zapata en un ser extraordinario, y el conjunto de ideas mesiánicas sobre él fueron decisivas en la construcción de un poder mítico duradero.

Resulta casi imposible reconstruir con precisión cómo se desarrolló el mito de Zapata a lo largo de décadas en la escena local después de su muerte, o cómo una

---

<sup>65</sup> Para Quintero, ver BISSIO, “Bienvenidos”, 1977, p. 112. Ver también la entrevista con Domingo YEDRA ISLAS, realizada por Laura ESPEJEL, Milpa Alta, D.F., 3 y 21 de octubre de 1973, pp. 74-75.

<sup>66</sup> MYSCOFSKI, Carole A., “Messianic Themes in Portuguese and Brazilian Literature in the Sixteenth and Seventeenth Centuries”, en *Luso-Brazilian Review*, vol. 28, no. 1, (Summer) 1991, pp. 79-80; OLIVERA, “¿Ha Muerto?”, 1975, pp. 48, 51; PAREDES, *Folktales*, 1970, p. XLIX; SCOTT, James C., *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990, pp. 96-98, 101.

<sup>67</sup> Entrevista con Agapito PARIENTE A., PHO-Z/1/29.

<sup>68</sup> “El Exterminio de Morelos”, y “Duelo del Gral. Emiliano Zapata”, en BARRETO MARK, *Corridos*, 1983, pp. 13, 25. Ver también GIMÉNEZ, *Así cantaban*, 1990, p. 82.

<sup>69</sup> OLIVERA, “¿Ha Muerto?”, 1975, p. 49.

historia llevó a la siguiente. Evidentemente algunos se tomaron la libertad de componer el relato adecuando los elementos para que encajaran mejor; las variaciones, entonces, son muchas. En algunos casos la adaptación de la narración básica parece ser en gran medida el resultado de la confusión. Un veterano, por ejemplo, decía que fue Jesús Delgado quien murió, y que a éste como a Zapata le faltaba un dedo. Este relato hace una referencia específica al cuerpo —el cual tradicionalmente probaba que no era el de Zapata— como parte de la razón por la cual Delgado pudo haber muerto por él.<sup>70</sup>

Una forma, aparentemente más intencional, de readaptar la historia, provino de aquéllos que pensaban que Zapata no habría sobrevivido en Chinameca, pero que se apropiaron de partes de los relatos de otros que sí lo creían. A través de décadas de narrar repetidamente la historia, varios hechos previos a Chinameca se convirtieron en las estaciones del *vía crucis* que llevaban al calvario de Zapata, por ejemplo, las cartas que intercambió con Guajardo, la toma de Joncatepec por parte de Guajardo para probar su lealtad, el siguiente encuentro entre los dos hombres en Tepalcingo el 9 de abril. Uno de los actos de la tragedia de Zapata evocado con frecuencia es la captura y masacre de las fuerzas de Victoriano Bárcenas realizada por Guajardo. La mayoría de las autoridades zapatistas han manifestado que Guajardo supervisó la matanza de estas tropas, con la esperanza de ganarse la confianza de Zapata. Otras, en cambio, han alegado que fue Zapata el que presidió ésta, incluyendo a Constancio Quintero, quien informó que uno de los hombres que iba a ser ejecutado le gritó a Zapata, “no me mate, general. Le voy a decir lo que le van a hacer mañana”, pero luego sonó el disparo.

Quintero agrega, que aún así los jefes de Zapata le advirtieron que no confiara en Guajardo. Más tarde, cuando Zapata obstinadamente emprendió la marcha hacia la entrada de la hacienda fue interceptado por una soldadera que le insistió en que lo iban a matar.<sup>71</sup> Zapata se puso furioso y supuestamente exclamó “viejas chismosas”, “andan metiendo chismes lejos de agradecerle a Guajardo”. Ignorando todas las advertencias se encaminó a su muerte.<sup>72</sup> Una leve variación asienta que la soldadera pertenecía a las fuerzas de Guajardo y que las palabras de Zapata fueron: “Te agradezco mucho tu aviso, pero te aconsejo que te vayas a hacer tortillas o guisar

---

<sup>70</sup> Entrevista con Leopoldo ALQUICIRA FUENTES, realizada por Alicia OLIVERA, Tepepan, D.F., 21 y 31 de julio de 1973, PHO-Z/1/3, pp. 42-43.

<sup>71</sup> La palabra *soldadera* se utiliza para designar tanto para las mujeres que acompañan a los soldados como para aquellas mujeres que eran ellas mismas combatientes. En esta cita pareciera que el término es utilizado en el primer sentido.

<sup>72</sup> BISSIO, “Bienvenidos”, 1977, pp. 110-112.

frijoles y no me traigas chismes”.<sup>73</sup> Un informante declara que él mismo le había hecho las advertencias que fueron rechazadas, asegurando que a pesar de las pruebas de lealtad de Guajardo, “todavía le decíamos a Zapata, es una traición”.<sup>74</sup>

Ángel Abúndez, entrevistado por el INAH, trazó otra posible interpretación. “Los hombres que son hombres”, razonaba “deben morir para demostrar la hombradía. Entonces, para mí es muerto, porque demostró que el murió como Jesucristo; el murió para defender a la gente, y Jesucristo así lo hizo, y es que designó su vida para que los demás se salvaran [...] Si no hubiera muerto, la cosa no valdría”.<sup>75</sup> Para Abúndez los sucesos de Chinameca continúan siendo trascendentales, pero el hecho de la muerte de Zapata y de su martirio fue más importante que la idea de supervivencia, la cual era, en todo caso, una deslucida forma de resurrección; nadie estaba sugiriendo que Zapata literalmente hubiera resucitado de entre los muertos. Lo que Zapata hizo, según el punto de vista de Abúndez, al encaminarse a sabiendas a su muerte en un acto de sacrificio, fue imitar a Cristo.<sup>76</sup> Algunos creían que este largo avance hacia la muerte venía de lejos. Pedro Martínez sostuvo que en la promulgación del Plan de Ayala en 1911, Zapata había declarado que sabía que ésto significaba su muerte.<sup>77</sup> Esta disposición para la muerte como auto sacrificio no solamente evoca la historia cristiana sino también la de muchos héroes, incluyendo la de los Niños Héroes de México, quienes de acuerdo con su leyenda, en 1847 se sacrificaron en una defensa desesperanzada del castillo de Chapultepec de la ciudad de México en contra de las fuerzas invasoras estadounidenses.

Merece ser destacado que el mito regional de Zapata no se ha limitado a cavilar sobre su supuesta muerte. Existen distintos relatos sobre riquezas que él habría escondido en cuevas, en lo alto de las montañas, la clase de relatos que pueden ser contados de cualquier forajido.<sup>78</sup> Probablemente son más importantes las historias que demuestran que él estaba predestinado a la grandeza. En 1934, un periodista afirmaba que en Morelos dicen que “cuando Zapata nació, una lluvia de estrellas llenó de admiración a los lugareños de Anenecuilco. Los ancianos que sabían del

---

<sup>73</sup> *Novedades*, 12 de mayo de 1951.

<sup>74</sup> Entrevista con José Lora Mirasol, PHO-Z/1/14, p. 46.

<sup>75</sup> Citado en RUEDA y ESPEJEL, “Siglo”, 1993, p. 80.

<sup>76</sup> Para la discusión de martirio y prefiguración de la muerte, ver INGHAM, John M., *Mary, Michael, and Lucifer: Folk Catholicism in Central Mexico*, University of Texas Press, Austin, 1986; GRUZINSKI, Serge, *Man-Gods in the Mexican Highlands: Indian Power and Colonial Society, 1520-1800*, traducción de Eileen CORRIGAN, Stanford University Press, Stanford, California, 1989, pp. 23, 56-57, 102-103.

<sup>77</sup> LEWIS, *Pedro*, 1966, p. 82.

<sup>78</sup> Entrevista con Jesús Chávez, realizada por María Alba Pastor, Cuautla, 31 de agosto de 1973, PHO/1/99, pp. 39-41.

nacimiento de Emiliano, explicaron que cuando eso ocurre, el nuevo varón que viene a la tierra así propiciado será notable en la vida”.<sup>79</sup> Otra de las primeras señales, se hizo manifiesta en la pila bautismal cuando una señora que dijo ser la madrina de Zapata, observó que “cuando el sacerdote de Cuautla le puso la sal, el nene se la tragó sin hacer sobrecejos de llanto. De ahí es que el señor cura anunció que sería corajudo”.<sup>80</sup> Probablemente se trata de establecer la idea de que un poco de irritabilidad es necesaria para producir un revolucionario.

¿Cómo se puede, entonces, generalizar sobre el mito campesino que surgió alrededor de Zapata y su muerte? Primero, a pesar de sus numerosas diferencias, demuestra una continuidad sustancial en sus elementos básicos. Se podría sugerir también que hay continuidad en el tipo de lógica presente, por ejemplo en el convencimiento de García Aguirre que afirma que Jesús Delgado debe haber muerto en lugar de Zapata porque éste desapareció.<sup>81</sup> Un pensamiento similar aparece en dos discusiones acerca de la supervivencia de Zapata que tuvieron lugar en 1938: si Zapata realmente murió, entonces por qué su hijo Nicolás no asistió a las ceremonias que anualmente se celebraban el día de su muerte, y porqué las hermanas de Zapata “nunca se vistieron de luto”.<sup>82</sup> De igual manera, la hija de Zapata, Ana María, declaraba en los años noventa que ciertamente su padre había muerto porque nunca hubiera abandonado a su familia.<sup>83</sup>

La lógica que subyace en estas afirmaciones contiene distintas expectativas sobre las relaciones interpersonales y también nos muestra cómo las personas que viven en una comunidad relativamente pequeña, pueden inspeccionar las acciones de otros miembros de la comunidad. Es una lógica que existe generada por la experiencia, por vidas que existen arraigadas en la geografía que produjo los relatos que se cuentan, de manera tal que el narrador puede acotar, cuando está relatando una historia, datos tales como que Zapata durmió allí, su caballo pasó por aquí, Chinameca está carretera abajo. Complementando la inmediatez de la presencia de Zapata en esta geografía, encontramos sus imágenes en los altares de los hogares de la región y su evocación en ritos de iniciación tales como bodas, bautizos, graduaciones.<sup>84</sup> Mas aún, el zapatismo permanece como una fuerza viva en More-

<sup>79</sup> HN-FSG, *Universal Gráfico*, 10 de abril de 1934.

<sup>80</sup> CALDERÓN RAMÍREZ, Salvador, “‘La Bachillera’ Madrina de Zapata”, en *Todo*, 20 de junio de 1940.

<sup>81</sup> Entrevista con Próspero GARCÍA AGUIRRE, PHO-Z/1/17.

<sup>82</sup> *Ibidem*.

<sup>83</sup> Entrevista con Ana María ZAPATA, realizada por el autor, Cuautla, 29 de junio de 1996.

<sup>84</sup> RUEDA, Salvador, “Emiliano Zapata, los signos de un caudillo, biografía de un símbolo”, en Carlos MARTÍNEZ ASSAD (ed.), *Estadistas, caciques y caudillos*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 1988, pp. 134, 138.

los, encarnada no sólo por los ancianos veteranos que todavía se mantienen sino también por los descendientes de Zapata quienes, de acuerdo con los rumores, pareciera que son más numerosos de lo reconocido oficialmente.

Por más inciertos que sean estos rumores, en cualquier caso constituyen una provocativa continuación de los días en los cuales los lugareños tenían la esperanza de que Zapata escogiera una mujer del lugar. Esperanzas que gradualmente fueron transferidas a hipotéticos hijos y nietos.<sup>85</sup> En otras palabras, los vínculos personales y la geografía local infundieron el mito en Morelos de tal manera que no puede repetirse en ningún otro lado; el mito campesino proviene de comunidades no solamente imaginadas, sino también suficientemente pequeñas como para ser observadas de forma significativa y convincente.<sup>86</sup>

La continuidad de los elementos míticos sugiere que la tradición oral ha sido fuerte e importante para los lugareños. Dicha fuerza puede provenir, en parte, simplemente del valor de entretener que posee el contar historias en un mundo rural no completamente “moderno”. Pero los recuerdos de Zapata han sido mucho más que una forma de pasar el tiempo. En los años setenta, un viejo zapatista contaba que había gente que se había matado en peleas sobre si Zapata había muerto en Chinameca o no.<sup>87</sup>

En cualquier caso, no es seguro que Zapata hubiera conseguido una estatura heroica duradera durante su vida, ni siquiera en su pueblo natal. Fue la naturaleza y el momento de su muerte, junto con otra serie de contingencias históricas, lo que lo permitió. La mirada regional de Zapata fue crucial al convertirlo en un ícono en la escena nacional, y finalmente un componente central en la identidad nacional de México durante el siglo XX.

---

<sup>85</sup> BISSIO, “Bienvenidos”, 1977, p. 106.

<sup>86</sup> LOMNITZ-ADLER, *Deep*, 2001, p. 7.

<sup>87</sup> Entrevista con José LORA MIRASOL, PHO-Z/1/14, pp. 46-47.



## La batalla por los símbolos El uso oficial de Zapata

---

*Felipe Ávila Espinosa*

**E**L ZAPATISMO ha sido uno de los movimientos sociales, políticos y culturales de mayor significación en la historia de México durante los casi cien años transcurridos desde su surgimiento en 1911. Al frente de un pequeño grupo de seguidores, Emiliano Zapata se sumó a la rebelión nacional organizada por Francisco I. Madero para derrocar al régimen de Porfirio Díaz. La rebelión zapatista arraigó profundamente en el campo morelense y de ahí se extendió a Puebla, Guerrero y partes del Estado de México, Distrito Federal y Oaxaca. Esa rebelión se convirtió en el movimiento social y político más radical dentro de la Revolución Mexicana. El zapatismo fue el único que logró una profunda reforma agraria, al destruir el régimen de las haciendas y repartir la tierra entre los pueblos y comunidades campesinas, los cuales pudieron trabajarla con libertad en lo que ha sido quizás la experiencia más importante de autogobierno y autoorganización popular en la historia del país, entre 1914 y 1916. Su dirigente, Emiliano Zapata, se convirtió en uno de los líderes revolucionarios más importantes y, luego de su asesinato, el 10 de abril de 1919 en la hacienda de Chinameca, su figura se convirtió en un símbolo y en una leyenda que ha permanecido hasta la fecha y que ha trascendido las fronteras nacionales para ser reconocido en el mundo, como el héroe popular que mejor representa la lucha por la tierra y por la justicia campesina. Zapata se convirtió a lo largo del siglo XX, en un personaje universal, y probablemente es el héroe mexicano con mayor reconocimiento y prestigio a nivel internacional.

En el cenit de su fuerza, el zapatismo logró establecer, entre fines de 1914 y hasta la mitad de 1916, un poder regional autónomo —un Estado regional, en sentido estricto— en el territorio morelense y en algunas zonas aledañas de Puebla, Guerrero, Estado de México y el sur del Distrito Federal, en el que los distintos poderes locales —gobernadores, presidentes municipales y jueces— estuvieron subordinados a los jefes militares zapatistas o fueron puestos directamente por ellos.

Al mismo tiempo, el Cuartel General del Sur, la instancia encabezada por Zapata que concentraba el poder político y militar del movimiento suriano, estableció un nuevo orden jurídico, a través de la legislación que los jefes zapatistas aplicaron en sus dominios. Los jefes militares zapatistas tuvieron en sus manos el factor decisivo para hacer valer su poder en la región que dominaron: el monopolio de la violencia, ejercido por las diferentes partidas del Ejército Libertador del Sur, que fueron el brazo armado del movimiento. En las condiciones impuestas por la guerra que los zapatistas libraron durante nueve años sin descanso contra Díaz, Madero, Huerta y Carranza, sucesivamente, el Cuartel General suriano ejerció el poder real en la zona. Fue el Cuartel General el que definió y llevó a cabo la estrategia militar del movimiento, el que estableció las alianzas políticas, el que supervisó a las distintas autoridades civiles y militares y el que administró la justicia en su zona. De igual modo, el Cuartel General y los jefes militares zapatistas controlaron centralmente la economía de la región, intervinieron y manejaron las haciendas azucareras, las utilizaron para financiar la guerra y regularon la producción, el abasto y el comercio de productos.

Así pues, el dominio indiscutido –aunque temporal– sobre un territorio y una población, con un gobierno, una legislación y un orden jurídico propios y un ejército garante del orden público fueron los elementos que permiten afirmar que el zapatismo fue capaz de crear un Estado regional. Ese Estado zapatista fue la plataforma a partir de la cual lucharon por imponer su hegemonía a nivel nacional contra los otros poderes y estados regionales que se constituyeron entre 1914 y 1916, cuando el proceso revolucionario quebró el aparato estatal del régimen porfirista y se fragmentó el poder soberano nacional en, al menos tres poderes regionales soberanos emergentes, el villismo, el constitucionalismo y el zapatismo. Esos tres poderes regionales soberanos, como toda situación revolucionaria en condiciones semejantes, a pesar de su autonomía, tuvieron las limitaciones propias de un poder inestable y en lucha contra otros poderes por reconstituir al único poder soberano real, el del Estado nacional y lucharon entre ellos hasta que finalmente uno se impuso.

La violencia de la guerra desestructuró la vida cotidiana de la gente común del área zapatista. La guerra significó pérdida de vidas y de patrimonio, separación de familias, penurias, escasez extrema, temor e incertidumbre. La población civil de la región suriana vivió y reaccionó de diferente manera a esas nuevas condiciones y creó mecanismos y estrategias de adaptación y supervivencia para proteger a sus familias y comunidades. Entre ellas, destacó la compleja relación que estableció con el Ejército Libertador del Sur. Una parte de la población civil se incorporó a las filas del Ejército Libertador para proteger a los suyos; otra parte participó activamente con los alzados, porque les ofrecían protección ante la represión del ejército federal y porque muchos pueblos y comunidades tenían familiares o amigos en las filas

insurgentes y colaboraron con ellos. Algunos más ofrecieron un apoyo condicionado a los rebeldes, en una especie de contrato moral de reconocimiento, lealtad y apoyo material por parte de la población civil a cambio de seguridad, protección y favores de los jefes surianos. Otros sectores no se comprometieron con la lucha rebelde ni con sus rivales y trataron de permanecer neutrales. Y hubo también, como en todo movimiento social y revolucionario, sectores e individuos que no se sintieron identificados ni con los ideales que defendían los zapatistas ni con el comportamiento de muchos de los jefes y soldados surianos, que tuvieron una conducta que los agredió y ofendió. El zapatismo, así, fue un movimiento complejo y vasto que, gracias a su tenacidad, persistencia y radicalidad, y a la profundidad de la revolución social, económica y política que llevó a cabo en sus dominios, tuvo un enorme impacto que trascendió a su derrota ante el constitucionalismo. La influencia del zapatismo permeó no solamente a muchas de las luchas populares que se desarrollaron en México a lo largo del siglo pasado y en lo que va de éste, sino que también tuvo una notable influencia en la ideología y en el discurso de los regímenes que los vencieron, los cuales trataron de apropiarse y de utilizar la figura de su líder, Emiliano Zapata y de incautarse su legitimidad.

#### EL MITO DE LA REVOLUCIÓN

“A semejanza de los individuos, las naciones se alimentan de mitos, y los sistemas políticos que nacen de las revoluciones —como ha sucedido en Estados Unidos, en Francia, en Rusia— dependen particularmente de la creación y el mantenimiento de mitos para sostener su legitimidad”, ha expresado una historiadora al estudiar los mitos de la Revolución Rusa.<sup>1</sup> En el caso de la Revolución Mexicana, después del triunfo de la fracción constitucionalista y, dentro de ésta, del grupo sonorenses encabezado por Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles, el régimen constituido por los ganadores se dio a la tarea de forjar, a lo largo de los años, la historia oficial de la revolución. Esa versión oficial de la revolución fue hecha con el fin de consolidar el poder del nuevo Estado posrevolucionario, de darle legitimidad y garantizar un mejor ejercicio de su dominación a través de la construcción de una visión unificada y compartida por la sociedad mexicana moderna, que tendría en la revolución su momento fundacional. En esa visión, cuya construcción comenzó en la década de

---

<sup>1</sup> TUMARKIN, Nina, *The Living and the Dead: Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia*, Basic Books, New York, 1994, citado en BENJAMIN, Thomas, *La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, Taurus, México, 2003, p. 39.

los años veinte mediante la literatura, la pintura, el periodismo, los discursos y celebraciones cívicas así como por la labor pedagógica de construcción de una identidad nacional por medio de los libros de texto de historia, las distintas facciones e individuos que en ella participaron fueron presentados como parte de la misma familia revolucionaria en el que sus diferencias fueron borradas o atenuadas, a pesar de que varios de los líderes y corrientes más importantes fueron enemigos entre ellos y se enfrentaron entre sí, como fue el caso de Zapata contra Madero, Carranza y Obregón, de Villa contra Carranza y Obregón o de Obregón contra Carranza.

El objetivo de los gobiernos posrevolucionarios fue lograr un consenso ideológico sobre la revolución, a partir de la asimilación y aceptación de la historia oficial. A través de ella, se interiorizarían valores y creencias que fortalecerían la cohesión social y le darían legitimidad a las instituciones. Se creó así el mito de la Revolución Mexicana, como uno de los tres grandes momentos fundadores de la Nación Mexicana, junto con la Independencia y la Reforma, con un gran panteón de héroes que habrían luchado por la misma causa, a saber, la construcción de una sociedad moderna y libre, más justa, con instituciones sólidas y orgullosa de su pasado. En ese panteón de héroes de la revolución estarían desde los precursores, los hermanos Flores Magón, hasta los grandes personajes como Madero, Villa, Zapata, Carranza, Obregón, Calles y Lázaro Cárdenas, quienes encarnarían con su vida y su obra los míticos ideales revolucionarios.

#### LA APROPIACIÓN DE ZAPATA POR LOS GOBIERNOS POSREVOLUCIONARIOS

Emiliano Zapata fue asesinado a traición el 10 de abril de 1919 en la hacienda de Chinameca, Morelos, luego de que Jesús Guajardo —oficial a las órdenes de Pablo González, uno de los generales más cercanos a Venustiano Carranza— simulara un distanciamiento con el carrancismo y un acercamiento con Zapata. La muerte del caudillo suriano fue festejada por la prensa oficialista la cual, desde 1911, había elaborado la leyenda negra de Zapata, el *Atila del Sur*. A su asesino se le rindieron honores de héroe y se le ascendió. Hasta entonces, ante la opinión pública nacional se había presentado a Zapata y a sus seguidores como una horda de delincuentes, robavacas y criminales. Sus enemigos políticos y las élites económicas los habían denigrado y estigmatizado, con un discurso cargado de prejuicios raciales y culturales, intolerantes y agresivos.

Con Zapata los diarios de la época se dieron gusto caricaturizándolo como alacrán, toro, salvaje, como Atila. Los ridiculizó no sólo la prensa porfirista, sino también la maderista. De él, el diario *Nueva Era*, órgano oficial del partido de Madero, dijo:

Lo más probable es que Zapata no abrigue verdaderos ideales, ni tenga siquiera los más indispensables conocimientos, la buena fe y la abnegación necesaria para ello. Es un hombre completamente rudo, salido entre los campesinos más humildes [...] sin instrucción de aulas, sin libros, sin trato de gentes [...].

Y el propio Madero, en su primer informe de gobierno como presidente del país declaró: “por fortuna ese amorfo socialismo agrario, que para las rudas inteligencias de los campesinos de Morelos sólo puede tomar la forma de vandalismo siniestro, no ha encontrado eco en las demás regiones del país”.

Luego de la muerte de Zapata, a mediados de 1919 los líderes sobrevivientes del movimiento, si bien continuaron en armas contra Carranza, tendieron puentes con Obregón. Algunos de ellos, como Gildardo Magaña y Genovevo de la O, establecieron una alianza con él, quien por esos días estaba organizando su rebelión contra Carranza, con el objetivo de alcanzar la Presidencia de la República que don Venustiano se había empeñado en impedirle. Cuando estalló la rebelión de Agua Prieta, encabezada por Plutarco Elías Calles y Adolfo de la Huerta, sus partidarios sonorenses, Obregón se refugió en Morelos y, cuando triunfó la rebelión y Carranza fue asesinado, Obregón hizo su entrada triunfal acompañado por algunos de los dirigentes zapatistas más importantes.

Una vez en el poder, los líderes sonorenses, los verdaderos triunfadores de la revolución, muy pronto se abocaron a construir su propia legitimidad revolucionaria, presentándose como quienes continuaron y profundizaron el proyecto de Madero y quienes le dieron contenido social a la revolución. La figura de Zapata les era particularmente útil para ello. Por lo tanto, la imagen negativa de Zapata prevaliente hasta entonces se fue transformando y adquiriendo valores positivos. De bandolero intransigente se convirtió en el “apóstol del agrarismo”, y no sólo eso, sino que fue adquiriendo el estatus de uno de los padres fundadores del México moderno y de los regímenes posrevolucionarios. No fue fácil hacer esa conversión y esa revaloración de Zapata, puesto que en vida había combatido a Madero y al constitucionalismo y había sido asesinado por enviados de Carranza. No obstante, ningún otro personaje de la revolución encarnaba mejor que él el contenido social de ésta. A través de una revaloración de la figura de Zapata, a su modo, destacando los aspectos que les convenían y ocultando otros, los sonorenses buscaron el apoyo de los grupos campesinos y populares que habían ido convirtiendo a Zapata en un símbolo de su lucha.

La muerte trágica de Zapata a traición, facilitó esa conversión. Desde su muerte, fue creciendo el mito de Zapata y su imagen como mártir, sacrificado por sus ideales agrarios y justicieros. El culto cívico de Zapata comenzó a ser utilizado por el

gobierno obregonista, y luego por el de Calles, como uno de los pilares de la nueva ideología de la revolución y ésta, fue empleada para ir fortaleciendo la identidad nacional surgida luego de la lucha armada. La identidad nacional fue presentada como sinónimo del Estado surgido de la revolución. El apoyo campesino era indispensable para esos fines.

Los gobiernos posrevolucionarios construyeron su legitimidad a través de un discurso y una ideología preñados de contenidos relacionados con la revolución, así como con políticas públicas que pretendían cumplir con esos objetivos. Pero sobre todo, basaron su legitimidad en el control político de los grupos sociales, en la cooptación de algunos de sus líderes y en el manejo ideológico de los héroes de la familia revolucionaria. La apropiación del Estado mexicano de los principales caudillos y la construcción de una figura de ellos moldeada a su conveniencia fue una etapa importante de ese proceso.

Por ello, los aniversarios luctuosos de Zapata, cuyos restos enterrados en el cementerio de Cuautla a partir de 1920 congregaban a sus partidarios y admiradores más fieles, pronto tuvieron la visita de funcionarios del gobierno obregonista. El propio Obregón en marzo de 1923, en Cuernavaca, hizo un elogio de los zapatistas y se refirió a ellos como “los mejores representantes de uno de los ideales surgidos del corazón de la revolución y ése es el ideal agrario”.<sup>2</sup> Además de esa reivindicación ideológica, Obregón buscó consolidar el apoyo de los grupos campesinos y le dio mucha mayor importancia a la reforma agraria que lo que había hecho su predecesor Carranza. Paralelamente, ofreció puestos políticos y militares a algunos de los principales líderes zapatistas sobrevivientes y obtuvo el apoyo del Partido Nacional Agrarista (PNA), fundado por el antiguo militante zapatista Antonio Díaz Soto y Gama. Ese partido se convirtió en uno de los principales sostenes y legitimadores de la presidencia de Obregón. Entre los veteranos zapatistas esa conversión agrarista del obregonismo fue bien recibida. En Morelos se hizo efectiva antes que en otros lugares la reforma agraria y los ex zapatistas, así como los familiares del caudillo suriano, fueron objeto de reconocimientos y homenajes.<sup>3</sup> Los ex zapatistas aliados a Obregón justificaron esa alianza presentando a Obregón como continuador de los ideales de Zapata.

No obstante, durante el obregonismo el gobierno federal como tal no promovió la celebración oficial de las principales efemérides de los héroes de la gesta revolucionaria, las cuales fueron hechas por las fuerzas políticas, asociaciones civiles y

---

<sup>2</sup> BENJAMIN, *Revolución*, 2003, p. 102.

<sup>3</sup> BRUNK, Samuel F., “Remembering Emiliano Zapata: Three Moments in the Posthumous Career of the Martyr of Chinameca”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 78, no. 3, August 1998, p. 466.

partidarios de los distintos personajes. En el caso de Zapata, sus conmemoraciones luctuosas fueron organizadas por la Confederación Nacional Agraria (CNA) y el PNA, encabezados por los antiguos zapatistas Gildardo Magaña, Antonio Díaz Soto y Gama y Manuel Mendoza López, así como por el gobernador de Morelos, José N. Parrés. Entre los asistentes a las ceremonias estuvieron generales, diputados y funcionarios miembros de la clase política de la época más identificada con los ideales agrarios. No obstante, ni Obregón, ni los miembros de su gabinete ni los gobernadores de los demás estados asistieron personalmente, sino que nombraron a representantes. Los eventos incluían un desfile militar y un acto cívico en la plaza principal de Cuautla, así como veladas literarias.<sup>4</sup>

Sin embargo, más allá de los intentos oficiales por forjar el mito de la revolución como el pilar de la identidad nacional, los mayores resultados para este propósito fueron los realizados por los grandes muralistas mexicanos, que durante los años veinte utilizaron los muros de varios de los principales edificios públicos y escuelas para pintar el gran fresco de la Revolución Mexicana. Los murales de Diego Rivera, en primer lugar, seguido de José Clemente Orozco y David Alfaro Siqueiros, apoyados por la cruzada educativa de Vasconcelos desde la Secretaría de Educación Pública (SEP), crearon y extendieron ampliamente la visión de la revolución como una gran epopeya romántica, en la que los campesinos y trabajadores se lanzaron a conquistar su propio destino para construir una sociedad más justa y alcanzar su libertad. De manera singular, Zapata fue utilizado por los tres grandes muralistas, y particularmente por Rivera, para ilustrar esa lucha heroica de los campesinos mexicanos por la tierra, la libertad y la justicia.

Calles continuó la ruta abierta por Obregón en cuanto a la reivindicación y uso de la figura de Zapata y fue todavía más allá: ante su tumba, en el aniversario luctuoso del caudillo suriano en 1924, como candidato a la Presidencia de la República, afirmó:

Es necesario que la reacción sepa que yo estaré con los principios más avanzados de la humanidad. Que sepa una vez más que el programa revolucionario de Zapata, es programa agrarista, es mío [...] quiero decirles que el héroe descansa en paz, que su obra está concluida, y de hoy en adelante las generaciones campesinas presentes y futuras pasarán por la brecha que él abrió en el corazón de la humanidad.<sup>5</sup>

---

<sup>4</sup> *El Universal*, 8 y 9 de abril de 1921; 10 de abril de 1922; 9 y 11 de abril de 1923.

<sup>5</sup> *El Universal*, 11 de abril de 1924.

En consonancia con esa declaración de Calles haciendo suyo el ideario de Zapata, durante el gobierno callista hubo mayor atención oficial a las efemérides de Zapata, más declaraciones en esa tónica y una retórica preñada de agrarismo, a pesar de que con Calles el PNA, que había sido el principal instrumento político de Obregón, cedió su lugar al Partido Laborista encabezado por Luis N. Morones. En ese contexto, en el aniversario luctuoso del Caudillo del Sur en Cuautla, en 1925, Aurelio Manrique, entonces gobernador de San Luis Potosí, enfatizó: “El ideal agrario de Zapata sigue siendo el nuestro. En materia agrarista debemos tomar a Zapata como modelo”. Durante el callismo, el Partido Laborista y la Confederación Revolucionaria de Obreros de México (CROM), tuvieron una mayor participación en las ceremonias conmemorativas de Zapata y fueron apropiándose de los homenajes y desplazando a los políticos agraristas y ex zapatistas.<sup>6</sup>

En 1929, después de la convulsión ocasionada por la fallida rebelión militar de Serrano y otros generales del ejército contra la reelección de Obregón y luego del asesinato de éste, ya como presidente electo, la clase política revolucionaria cerró filas en torno a la figura de Calles, quien se convirtió en Jefe Máximo de la Revolución y convocó a formar el Partido Nacional Revolucionario (PNR), en el que entrarían todos los líderes y fuerzas políticas que formaban parte de la familia revolucionaria y que se convertiría en el partido de Estado del régimen posrevolucionario. En ese año, en el décimo aniversario luctuoso de Zapata se organizó una magna ceremonia en Cuautla, a la que acudieron líderes políticos nacionales, los gobernadores de Morelos y Puebla, representantes de la Suprema Corte de Justicia y del Congreso federal, así como dos hermanas de Zapata. No obstante, durante el llamado Maximato de 1929 a 1933, la participación del gobierno federal en relación a la figura de Zapata disminuyó, aunque siguieron enviando representantes, así como los otros poderes de la Unión y los gobiernos estatales a las ceremonias luctuosas. En 1930 se agregó a la conmemoración oficial una más, en el Distrito Federal, donde se develó una placa en el hotel donde se alojó Zapata cuando al frente de sus tropas ocupó la capital del país y se le dio su nombre a la calle, en el centro de la ciudad. A los organizadores tradicionales se sumó la Liga de Comunidades Agrarias de la República. Para el décimo tercer aniversario luctuoso del líder suriano, sus restos fueron inhumados y trasladados a un monumento que se erigió en la Plaza de la Revolución, construida especialmente en Cuautla para ese propósito.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> *El Universal*, 12 de abril de 1925 y 14 de abril de 1927.

<sup>7</sup> *El Universal*, 12 de abril de 1929 y 14 de abril de 1930, abril de 1931, abril de 1932.

En 1934 la llegada al poder de Lázaro Cárdenas significó un viraje en el rumbo que habían tomado los anteriores gobiernos posrevolucionarios, que se habían ido alejando de los principios y de los compromisos de la revolución. El cardenismo fue un gobierno orientado a la izquierda, que impulsó la organización y la lucha de los trabajadores y de los campesinos y estableció un fuerte vínculo con sus organismos e instituciones, lo que reforzó la legitimidad del Estado mexicano con los sectores populares. Cárdenas se asumió como un presidente comprometido con la revolución y usó los símbolos y significados de ella para consolidar su proyecto. En el terreno agrario, realizó la más amplia reforma que se hubiera hecho hasta entonces y promovió la unificación de todas las organizaciones campesinas en una sola central, la Confederación Nacional Campesina (CNC). El lema de esta gran central, que jugó un papel clave para impulsar la política agraria de Cárdenas fue, de manera significativa, *Tierra y Libertad*, el lema zapatista por antonomasia, junto con el más internacionalista *Campesinos de América uníos*. El cardenismo representó una vuelta a la tradición agrarista y popular de la revolución y los personajes centrales y sus ideales fueron evocados para apuntalar el poder presidencial y cimentar la ideología del cardenismo asentada en la revolución. Zapata era uno de los héroes que mejor servía para esos propósitos.

Durante 1934 y 1935, el gobierno federal siguió apoyando la ceremonia conmemorativa en Cuautla y, paralelamente, comenzaron a proliferar otros eventos en el Distrito Federal, organizados por la SEP y Bellas Artes, y en muchas escuelas públicas se fue haciendo costumbre disponer conferencias y actividades culturales vinculadas con la figura de Zapata. En 1936, el poder presidencial de Lázaro Cárdenas fue desafiado por Calles, quien hasta entonces había sido el principal líder político del país. El joven presidente, con un golpe de audacia y haciendo uso del considerable poder presidencial, maniobró para neutralizar al Jefe Máximo, quien por coincidencia salió del país el 10 de abril de 1936, la fecha del aniversario luctuoso de Zapata. Ese año, justamente, el gobierno federal se involucró más en la conmemoración y exaltación de Zapata. En esa ocasión, el Departamento del Distrito Federal, el Departamento Agrario, la Confederación Campesina Mexicana, la Liga de Comunidades Agrarias y la Organización de Comisarios Ejidales de la República se abocaron a la realización de múltiples eventos conmemorativos a la memoria del Caudillo del Sur. En el evento central celebrado en el Distrito Federal, el principal orador fue el presidente del PNR, Emilio Portes Gil, quien en su discurso se refirió a la unificación de todas las centrales campesinas, impulsada por Cárdenas en esos días y señaló que esa unidad se había dado siguiendo las instrucciones de la política presidencial, la cual había correspondido a los esfuerzos de los campesinos. La mayor parte de su discurso fue aprovechado para respaldar al

presidente Cárdenas en su enfrentamiento con el Jefe Máximo y, al referirse a Zapata, señaló que “Homenajeamos a Zapata, el símbolo más mexicano y más puro de nuestra revolución social; homenajeamos a los hombres que con él fueron a los campos de Morelos, de Guerrero y de Puebla a implantar con el rifle en la mano el principio revolucionario del agrarismo [...] el ideal libertario de Zapata palpita en todos los corazones campesinos”.<sup>8</sup>

El cardenismo se valió de la figura de Zapata para legitimar su política agraria, la más intensa hasta entonces, y para agrupar y dar cohesión a una gran central campesina, la CNC, que tuvo en el caudillo suriano a uno de sus principales emblemas. Para 1937 todas las escuelas primarias y jardines de niños del Distrito Federal conmemoraban el aniversario de la muerte de Zapata con diversos actos cívicos. En 1938, pocos días después de la histórica expropiación de la industria petrolera realizada por el Presidente Cárdenas, en el que fue el acto de mayor radicalidad de su sexenio, la celebración del aniversario de la muerte de Zapata fue organizada por la entonces pujante CNC, cuyo primer dirigente, Graciano Sánchez, fue el principal orador en el evento tradicional de Cuautla. En 1939 la ceremonia en memoria de Zapata se efectuaba ya en todas las escuelas oficiales del país y se había uniformado la ceremonia: cada director de escuela disertaba sobre los orígenes de la reforma agraria, sobre los principales postulados del Plan de Ayala y sobre las conquistas de los campesinos; un alumno escogido disertaba también sobre ese tema. Cabe mencionar que a muchísimas escuelas a lo largo y ancho del país, así como en la entidad morelense, les fueron puestos los nombres de los principales líderes zapatistas: Zapata, en primer término, pero también Otilio Montaño, Francisco Pacheco o Gabriel Tepepa. En el evento de Cuautla de ese año, el orador principal fue Vicente Lombardo Toledano, el artífice de la política obrera del cardenismo y entonces secretario general de la otra gran central de masas creada por Cárdenas, la Confederación de Trabajadores de México (CTM). En su alocución, Lombardo Toledano aprovechó para hacer una defensa del gobierno de Cárdenas y de la necesidad de continuar su obra, buscando contrarrestar las presiones que querían dar marcha atrás a las reformas cardenistas. En esa defensa del cardenismo, en la que se refirió a la entrega de tierras a los campesinos, al aumento en los salarios de los trabajadores agrícolas, a las nacionalizaciones del petróleo y de los ingenios, a la colectivización de las tierras, Lombardo subrayó que estaban en sintonía con la memoria de Zapata y con los ideales de la revolución. Y concluyó su discurso diciendo:

---

<sup>8</sup> *El Universal*, 12 de abril de 1929 y 14 de abril de 1930, abril de 1931, 11 de abril de 1937.

En nombre del proletariado de México venimos a honrar la memoria de Zapata [...] ¡viejos revolucionarios del Sur! ¡Viejos comandantes zapatistas! En nombre del proletariado de México gracias por estar presentes en este momento bajo la sombra de Zapata, porque esto quiere decir que no habrá posibilidad de división entre los sectores del pueblo.

En 1940, en el ocaso del gobierno cardenista, los oradores del evento central en Cuautla fueron Miguel Alemán, entonces jefe de la campaña presidencial de Manuel Ávila Camacho, y nuevamente Lombardo Toledano y Graciano Sánchez. En ese evento, luego de un desfile militar y escolar, en su discurso Miguel Alemán se refirió a Zapata como “el apóstol de la libertad y del derecho a la tierra del pueblo mexicano”.<sup>9</sup>

El cardenismo, con su orientación radical y sus reformas, había provocado múltiples tensiones. Ante la polarización social y el temor ante la situación de preguerra mundial que se vivía en esos años, Cárdenas frenó su política reformista y adquirió un tinte más conciliador luego de la expropiación petrolera. En ese contexto, Cárdenas decidió que su sucesor fuera un político conservador, vinculado al ejército, buscando con ello garantizar la unidad nacional. El nuevo presidente, Ávila Camacho, en efecto, dio un notable giro hacia la derecha, abandonó las reformas, reconcilió al régimen con los industriales y terratenientes afectados por la política cardenista y, aprovechando las circunstancias internacionales originadas por la Segunda Guerra Mundial, dio inicio a la etapa de crecimiento económico conocido como desarrollo estabilizador. La Revolución Mexicana y particularmente las aristas más radicales y populares de ésta comenzaban a resultar incómodas para los gobiernos emanados de la revolución, los cuales, salvo el paréntesis cardenista, habían ido alejándose paulatinamente de los postulados revolucionarios que, al menos en el discurso, les habían dado origen. La figura de Zapata resultaba también incómoda para la familia revolucionaria que se había enriquecido en el ejercicio del poder y que había creado vínculos estrechos con las élites económicas, a las que había patrocinado o incluso había sido ella misma la beneficiaria de las políticas que habían creado y fortalecido a la nueva clase propietaria.

El viraje conservador del gobierno de Ávila Camacho, empero, ante la amenaza de la Guerra Mundial necesitaba legitimarse con los símbolos y con el discurso de la revolución para consolidar su llamado a la unidad nacional. Por ello, por primera vez un presidente en funciones asistió personalmente a la conmemoración de la muerte de Zapata en Cuautla el 10 de abril de 1941. El discurso de Ávila Camacho tuvo un fuerte contenido agrarista. El fraccionamiento de los latifundios, dijo, haba

---

<sup>9</sup> *El Universal*, 10 de abril de 1937; 7, 8, 12 de abril de 1939; 11 de abril de 1940.

sido necesario porque “significaba un privilegio que estorbaba a la libertad y la justa distribución de la riqueza”. Y aprovechó la ocasión para hacer un llamado a los campesinos para solidarizarse con su gobierno, cuya labor debía orientarse “al beneficio de la colectividad”. Y, refiriéndose al Caudillo del Sur señaló:

Mi presencia en este acto dedicado a Emiliano Zapata, símbolo de la reivindicación de la tierra, tiene una doble significación. Por una parte es el homenaje merecido a un representativo de esta grande causa nacional y por otra es una ocasión para derivar de su vida y de su obra las grandes enseñanzas que debemos aprovechar.

Y utilizó el momento para señalar lo que, desde su punto de vista, tenían que hacer los campesinos para cumplir con el ideal zapatista, dándole un giro productivista que al caudillo suriano, al menos, le habría resultado un tanto ajeno:

para honrar a Zapata no bastan estas fiestas conmemorativas. Es necesario honrarlo haciendo florecer y fructificar la tierra por cuya reivindicación luchó. Hay que honrarlo en el surco, en la buena cosecha. La tierra abandonada, indebidamente improductiva, es una negación, no sólo de Zapata, sino de todos los héroes que lucharon abriendo un camino a la justicia.

Al año siguiente, la ceremonia en Cuautla fue encabezada por el subsecretario de Gobernación, Fernando Casas Alemán y, en la ciudad de México, por el secretario de la Economía Nacional. En la entidad morelense participó la viuda de Zapata, Josefa Espejo, ante quien Casas Alemán dijo que Zapata representaba “el alma, la esencia, el espíritu de lo genuinamente mexicano” y que “[...] cuando fue asesinado en Chinameca murió el cuerpo, pero el espíritu nació para servir de guía a los campesinos mexicanos”. Asimismo, con el propósito de llamar a la unidad de los campesinos con el gobierno –algo que Zapata había estado lejos de representar en vida–, destacó que la lucha de Zapata no había sido estéril “porque ha fructificado a tal punto que ya es posible realizar la cooperación de todos los grupos sociales”. Y remató: “Hoy más que nunca tiene México un gobierno que vela por esos ideales, por esos principios, a fin de que los sacrificios de los hombres como Zapata no sean estériles y exige de sus hijos todos cordura, patriotismo y armonía”.

En 1943, en plena Guerra Mundial, la figura de Zapata sirvió para exaltar el patriotismo de los mexicanos y un llamado a los campesinos para que laboraran con ahínco sus tierras para sacar adelante al país. Ese año, el homenaje en Cuautla estuvo encabezado por Miguel Alemán, entonces Secretario de Gobernación, y por el gobernador de Morelos, Jesús Castillo López, quien en su discurso exaltó el patriotismo del pueblo mexicano y señaló:

Zapata es más grande muerto que en vida, ya que sus ideales se han cristalizado por los gobiernos, haciendo verdad su frase de tierra libre para el hombre libre [...]. Para nadie es un secreto que estamos pasando momentos de peligro y que sólo imitando a Zapata, luchando como lo hizo él ayer por la nacionalidad, [los campesinos] salvarán a la Patria y honrarán efectivamente la memoria del Caudillo del Sur.<sup>10</sup>

El discurso era curioso. Zapata, quien se había opuesto a todos los gobiernos que quisieron aniquilar su causa y quien en vida había encabezado el movimiento campesino más radical, independiente y autogestivo y menos institucional, resultaba en el discurso oficial el inspirador de una política conservadora cada vez más alejada en los hechos de los postulados revolucionarios y de la práctica radical zapatista. Pero el régimen posrevolucionario se había apropiado del símbolo zapatista y las centrales oficiales campesinas lo usaron como estandarte para justificar sus peticiones y también su colaboración con el gobierno. En los años finales del gobierno de Ávila Camacho los homenajes luctuosos a Zapata continuaron siendo organizados por el gobierno de Morelos, por la CNC y por los veteranos agrupados en el Frente Zapatista, pero ya no contaron con la presencia de funcionarios de primer nivel del gobierno federal.

En el gobierno de Miguel Alemán, un gobierno todavía más conservador y orientado hacia los sectores empresariales que el de Ávila Camacho, las conmemoraciones de la muerte de Zapata dejaron de ser de interés en sus primeros años para el gobierno federal y siguieron siendo organizadas por las organizaciones campesinas nacionales, particularmente la CNC y por los veteranos zapatistas y adquirieron un carácter más local y sectorial, realizándose en lugares como Tlaxcala, Guerrero, el Distrito Federal y, desde luego, en varios pueblos de Morelos. No obstante, en 1950 Miguel Alemán decidió encabezar la ceremonia conmemorativa del líder suriano en Morelos y asistió al festejo en Cuautla donde el principal orador fue el senador Melitón de la Mora, quien en su discurso a nombre del Congreso de la Unión dijo:

los anhelos e ideales de Zapata tienen su mejor justificación en la obra agraria ejecutada por los gobiernos revolucionarios y, en especial, por el que encabeza el Presidente Alemán y la mejor forma de honrar al Caudillo del Sur es apoyar el programa gubernamental en marcha [...].”

Ese evento, además, tuvo un notable significado simbólico, pues la ceremonia, encabezada el Presidente Miguel Alemán y por su secretario de Gobernación,

---

<sup>10</sup> *El Universal*, 11 de abril de 1941, 11 de abril de 1942; 13 de abril de 1943.

Adolfo Ruiz Cortines, contó con la participación de algunos destacados revolucionarios que habían militado en las principales corrientes revolucionarias y quienes habían permanecido distanciados desde entonces. En el presidium estuvieron Cándido Aguilar y Juan Barragán, destacados colaboradores de Venustiano Carranza, así como Raúl Madero, hermano del apóstol de la democracia y destacado general villista junto con los líderes del Frente Zapatista. Ese hecho le sirvió al régimen alemanista para declarar que “quedaron sepultadas para siempre las diferencias que tradicionalmente habían existido entre carrancistas, villistas y zapatistas”.

En el mismo tenor, Adolfo Ruiz Cortines, al terminar el evento ofreció una entrevista a los medios de comunicación en la que señaló que tanto la lucha de Zapata como la de Carranza habían convergido “en ese mar de libertades y reivindicaciones que es la Revolución Mexicana” y que el régimen emanado de la revolución había continuado con la recuperación del campo mexicano y que seguiría pugnando porque los anhelos zapatistas y constitucionalistas se realizaran.<sup>11</sup>

En la forma en que el gobierno alemanista retomaba la figura de Zapata se concretaba la falsificación de la historia. La historia real no importaba. Reivindicar a Zapata significaba apoyar a Miguel Alemán, aunque ambos representaran, en los hechos, proyectos no solo divergentes sino contrapuestos. De un plumazo, por decisión de la “familia revolucionaria”, las diferencias históricas habían sido suprimidas. Que Zapata y Carranza hubieran luchado desde 1914, que se hubieran enfrentado y que los zapatistas y los pueblos de Morelos hubieran sufrido una guerra sin cuartel, con fusilamientos, quemas de pueblos y de campos a manos de las tropas carrancistas y que el mismo Zapata hubiera sido asesinado a traición por los enviados de Carranza no importaba. En el discurso lineal, unificador y simplificador de los gobiernos emanados de la revolución esas diferencias no existían. Zapata y Carranza habían luchado por lo mismo, sus movimientos habían sido convergentes y ambos habían contribuido a construir al nuevo Estado mexicano del cual los beneficiarios de la revolución, en esos momentos del alemanismo, se congratulaban.

Durante los dos últimos años del alemanismo la utilización de Zapata continuó por el mismo sendero. La CNC se había apropiado de la ceremonia oficial, que le servía para manifestar su adhesión al gobierno alemanista y su apoyo al nuevo elegido por la familia revolucionaria para gobernar al país. Adolfo Ruiz Cortines, el candidato presidencial del Partido Revolucionario Institucional (PRI), envió un representante en 1952 a la conmemoración zapatista de Cuautla, que se celebró mientras él estaba en campaña.

---

<sup>11</sup> *El Nacional*, 10 y 11 de abril de 1950.

Ruiz Cortines, viejo zorro de la política, no dejó pasar la oportunidad de usar a Zapata como parte de la legitimación de su política agraria. En 1953, su primer año de gobierno, asistió personalmente a la ceremonia luctuosa en Cuautla, y presenció desde el balcón del Palacio Municipal de la ciudad el desfile de miles de campesinos y ejidatarios organizado, como se había hecho tradición, por el PRI, la CNC y por las agrupaciones agrarias y zapatistas, así como por el ejército. La ceremonia conmemorativa del deceso de Zapata se había convertido, con el paso de los años, en un fastuoso desfile en el que las organizaciones campesinas y ejidales demostraban su capacidad de movilización para mostrar su fuerza al presidente en turno.

Desde años atrás, ese día se realizaban celebraciones en muchas de las principales ciudades del país, en eventos organizados por los gobiernos estatales y las centrales campesinas. En el Distrito Federal, la sencilla ceremonia en la calle de Emiliano Zapata se había trasladado al monumento a la Revolución Mexicana donde se efectuaba un magno acto organizado por el Departamento del Distrito Federal. Ese año de 1953, en Cuautla, Emilio Portes Gil, en representación del PRI, destacó la dimensión continental de Zapata, al afirmar:

Zapata es para los campesinos del Continente, no sólo el hombre, el caudillo, el luchador incansable, sino el símbolo generador del plan revolucionario agrario más importante de la Revolución Mexicana.

Baltasar Dromundo, uno de los intelectuales formados en la tradición oficial zapatista, por su parte, realizó, una vez más, la apología del presidente en turno que habían hecho los líderes zapatistas cooptados desde 1919 al afirmar:

La noble bandera de Emiliano Zapata, que cuajó en el Plan de Ayala, fue una esperanza que alumbró la lucha de los campesinos y del pueblo de México. Hoy Ruiz Cortines es una bandera y una esperanza que ilumina el camino del progreso de México.

El 10 de abril se había ido convirtiendo con el tiempo, no sólo en la demostración de la alianza entre el gobierno y las organizaciones campesinas, sino también en un foro nacional y regional para resaltar los avances de la política agraria y agrícola de los regímenes que seguían alimentando el mito de la revolución, pese a que había disminuido considerablemente el reparto agrario, a que no existía independencia en las organizaciones campesinas y a que las políticas implementadas para el agro mexicano tenían un enfoque productivista. En 1954, en el 35° aniversario de la muerte del caudillo, además de los diferentes eventos celebrados en varias ciudades del país, el programa radiofónico de la Hora Nacional estuvo dedicado enteramente a la memoria de Zapata. En los años siguientes del periodo de Ruiz

Cortines el ritual oficial de conmemoración al líder suriano continuó bajo esa tónica: desfile campesino, cívico y escolar en Cuautla, ceremonia cívica en el Distrito Federal —no ya en el monumento a la revolución, sino en Xochimilco—, discursos de legisladores, funcionarios, dirigentes priístas y líderes agrarios, así como de intelectuales cercanos al régimen, organizados todos por la maquinaria oficial, en la que participaban lo mismo las secretarías de Educación Pública, Gobernación, Defensa Nacional, el Departamento del Distrito Federal y el Departamento Agrario, así como las centrales campesinas y obreras del PRI, al igual que varios gobiernos estatales. En 1958 se inauguró una estatua ecuestre de Emiliano Zapata en Huípulco, en el sur de la ciudad de México, lugar en el que se celebraron los actos conmemorativos a Zapata de los años subsecuentes.<sup>12</sup>

El ritual conmemorativo zapatista, del que se habían apropiado el Estado mexicano y el partido oficial, continuó bajo el gobierno de Adolfo López Mateos. En 1960, como se había hecho tradición para los presidentes de la República, el mandatario encabezó la ceremonia oficial en Cuernavaca el 10 de abril. En la ceremonia de ese día, se aprovechó para hacer un llamado a cerrar filas en torno al presidente de la República, a quien se dio el título de “el Presidente agrarista de México”. A nombre del Frente Zapatista, Ramón Díaz declaró que los campesinos tenían fe absoluta en López Mateos, quien conducía el país “en un ambiente irreprochable de justicia”. En el evento, López Mateos, quien estuvo acompañado de la plana mayor del PRI y de los secretarios de Obras Públicas y Salubridad, y donde recibió de manos del gobernador de la entidad el título de *Hijo Predilecto de Morelos*, entregó títulos de propiedad a 896 campesinos y, en su alocución, señaló que “mientras haya ignorancia, insalubridad, miseria e injusticia, los ideales de Emiliano Zapata, Morelos, Hidalgo y Juárez no habrán cristalizado”. En una sesión solemne en el Congreso local, López Mateos expresó

Hemos escogido esta fecha del 10 de abril para hacer una jornada en el estado de Morelos porque en ella la República llora la muerte del Caudillo del Sur; porque ella representa en la historia de México la inquebrantable lucha de los humildes por reivindicar su derecho.<sup>13</sup>

Hacia finales de los años cincuenta y en los primeros de década de los sesenta, el 10 de abril se había convertido en la fecha agraria más significativa para los regímenes priístas. La conmemoración de la muerte de Zapata se había transformado en

<sup>12</sup> *El Nacional*, 11 de abril de 1953, 1954, 1955, 1956, 1957, 1958.

<sup>13</sup> *El Nacional*, 11 de abril de 1960.

un magno evento en el que el Presidente en turno y toda la maquinaria oficial convocaban a miles de campesinos para celebrar los logros en materia agraria y, sobre todo, para hacer patente la subordinación y el apoyo de las centrales campesinas al Presidente de la República, al que invariablemente, al margen de sus acciones y de su compromiso, se presentaba como continuador de los ideales zapatistas. Las noticias del 10 de abril ocupaban amplios espacios en los diarios nacionales y, a menudo, sobre todo cuando asistía al evento principal el Presidente de la República, las 8 columnas de las primeras planas. En esos años, el aniversario luctuoso de Zapata se convirtió en la principal fecha cívica campesina y en el más importante evento agrario del régimen en el que se movilizaba toda la maquinaria oficial, tanto del Estado como de las organizaciones corporativas afiliadas al PRI. Era notable, también, el contraste entre el discurso agrarista y la reivindicación de Zapata de la ideología de la Revolución Mexicana, y el alejamiento que, en los hechos y en las políticas públicas, habían tenido los gobiernos posrevolucionarios con los principios de justicia y reivindicación campesina del zapatismo original. Por ello, era curiosa la contradicción evidente entre la reiteración de símbolos y contenidos asociados a la revolución que parecerían resultar cada vez más incómodos con una práctica política y con la defensa de intereses contrapuestos al ideal revolucionario presente de manera reiterativa en el discurso de los gobiernos priístas de la época.

La explicación estaba en que justamente en la medida en que las políticas de los gobiernos posrevolucionarios se alejaban más de los postulados de reforma social, de igualdad y de justicia asociados a la gesta revolucionaria, en esa medida necesitaban legitimarse con actos simbólicos, con un discurso y una ideología forjadora de una identidad idealizada y con un control político férreo. La Revolución Mexicana y sus figuras señeras servían a este propósito, tanto al gobierno federal como a los distintos gobiernos locales y a las centrales y organizaciones campesinas y populares.

La colaboración de los dirigentes campesinos y de algunos de los líderes fundadores del zapatismo, así como de los familiares sobrevivientes del Caudillo del Sur fue un factor que contribuyó a dar legitimidad al discurso agrarista del régimen. En el evento conmemorativo de 1961, el orador principal fue Antonio Díaz Soto y Gama, uno de los principales ideólogos de Zapata y fundador del Partido Nacional Agrarista y de la alianza con Álvaro Obregón, quien en su mensaje exhortó a los campesinos a la unidad en torno al presidente López Mateos “a fin de aplicar en forma cabal y efectiva los gloriosos postulados de la Revolución”. En 1964, el último año del sexenio de López Mateos, el 10 de abril fue un magno evento oficial, organizado por la CNC en Apatzingán, que contó con la presencia del Presidente de la República. El lugar y el simbolismo de la ceremonia era lo que menos importaba. De lo que se trataba era de organizar un acto político de apoyo al presidente en

turno y fijar su posición ante la coyuntura política del momento. De ese modo, la CNC aprovechó la ocasión para pedir a López Mateos que las tierras que había expropiado días atrás a un latifundista michoacano les fueran entregadas a la propia CNC, que también hizo un llamado ante la estatua de Zapata para cerrar filas en torno al presidente, repudiar a quienes querían dividirlos y pedir la anulación del latifundismo simulado.<sup>14</sup>

En el gobierno de Gustavo Díaz Ordaz el involucramiento del gobierno federal en la conmemoración del aniversario luctuoso de Zapata disminuyó considerablemente. A diferencia de los presidentes anteriores, que en los primeros años de sus administraciones habían encabezado los homenajes y en los que secretarios de estado, gobernadores y líderes nacionales participaron en los actos oficiales, con Díaz Ordaz la conmemoración de Zapata se vio relegada a la organización de actos mucho más pequeños y sólo en algunos lugares del país, con funcionarios de segundo y tercer nivel. La primera ocasión en la que asistió personalmente Díaz Ordaz a la ceremonia conmemorativa de Zapata fue en el 50° aniversario del asesinato del caudillo, en un evento en el que no hubo desfile ni discursos y solamente un homenaje silencioso que duró quince minutos en la glorieta de Huipulco en el sur del Distrito Federal. Para un gobierno autoritario y represivo como el de Díaz Ordaz, la figura de Zapata resultaba particularmente incómoda. Ese mismo día, en Cuautla, las organizaciones campesinas le rindieron homenaje al Caudillo del Sur. Augusto Gómez Villanueva, entonces líder de la CNC, mencionó en su discurso que “Zapata enseñó a los hombres que la guerra del pueblo es invencible [...] un campesino en armas nada tiene que temer frente a quienes contra él se han ensañado [...]”.

En 1970, al finalizar el sexenio diazordacista, el entonces líder de la CNC, Augusto Gómez Villanueva, al conmemorar junto al gobernador de Morelos el 51° aniversario de la muerte de Zapata, comparó a Lázaro Cárdenas con Díaz Ordaz quienes, según él, eran “los dos más grandes agraristas que han tenido en sus manos los destinos del país”. Díaz Ordaz –afirmó– había dado “una nueva dimensión a la reforma agraria” al convertir la producción rural de autoconsumo a “la gran empresa agrícola” y destacó que en ese sexenio se habían repartido más de veinte millones de hectáreas de tierras.<sup>15</sup>

Un año después, con Luis Echeverría en el poder, Gómez Villanueva volvió a dar un discurso ante la tumba de Zapata el 10 de abril de 1971, como Jefe del Departamento de Asuntos Agrarios y Colonización. En esa ocasión, rememoró lo que Luis Echeverría había dicho un año antes como candidato a la presidencia de la

<sup>14</sup> *El Nacional*, 11 de abril de 1961; *Excelsior*, 11 y 12 de abril de 1964.

<sup>15</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1969 y de 1970; *El Día*, 11 de abril de 1969.

República: “Zapata entendió que la Revolución era una lucha de los desheredados contra los poderosos y por ello, su recuerdo es una advertencia para quienes defraudan al campesino”. Para Gómez Villanueva –sin dar pruebas históricas de su afirmación–, Zapata había transitado “de un promotor de la violencia a un constructor de la paz. De un destructor de la oligarquía a un forjador de la democracia”. Así pues, todo se valía dentro del discurso priísta de la revolución. Los héroes, los personajes, los acontecimientos y los postulados se habían vuelto absolutamente moldeables y podían ser interpretados y acomodados a voluntad, según las necesidades y las preferencias de cada presidente en turno y de acuerdo a la coyuntura política de que se tratara. Ahí mismo, a nombre de los campesinos del país, Gómez Villanueva pidió a Luis Echeverría que los restos de Zapata fueran trasladados al Monumento a la Revolución en la ciudad de México. En 1972, Leandro Roviroso Wade, con la representación de Luis Echeverría, sostuvo durante la ceremonia del 10 de abril que la reforma agraria no había concluido y que su vigencia no tenía límite de tiempo. Un año después, en el homenaje a Zapata realizado en la ciudad de México, ceremonia encabezada por el entonces regente capitalino Octavio Sentíes, el director de Guanos y Fertilizantes, a tono con el discurso echeverrista de la época, le dio una dimensión internacional a Zapata calificándolo como “representante del Tercer Mundo y héroe de los desposeídos”. En 1974, al cumplirse el LV° aniversario de la muerte del caudillo suriano, la ceremonia la encabezó Mario Moya Palencia, secretario de Gobernación, quien señaló en su discurso que “producción es sinónimo de revolución” e hizo un recuento de los apoyos y recursos destinados por el gobierno de Echeverría a los productores del campo mexicano.

Echeverría encabezó el homenaje a Zapata en 1975. Ese día, estuvo presente en el acto celebrado en la glorieta de Huipulco y más tarde se trasladó a Cuautla. Ambos actos tuvieron un marcado tinte político definido por la coyuntura de aquellos momentos. Gómez Villanueva, secretario de la Reforma Agraria, subrayó en su discurso en la entidad morelense el sentido nacionalista del gobierno de Echeverría y destacó su lucha por “destruir el latifundismo financiero cuyos beneficios principales son en su mayor parte para las empresas trasnacionales”. Echeverría había convocado a los campesinos del país –dijo Gómez Villanueva– a crear “una nueva etapa histórica y pacífica pero no por ello menos revolucionaria” dentro de las leyes. Por su parte, Celestino Salcedo, líder de la CNC, criticó a quienes dentro y fuera de México querían “impedir la obra patriótica de Luis Echeverría”. Al finalizar su mandato, Echeverría, en medio de una severa crisis política luego de su enfrentamiento con importantes sectores del empresariado y de los terratenientes del país, nuevamente

encabezó el acto del 10 de abril de 1976, en Chinameca, donde entregó certificados de derechos agrarios a 300 campesinos, varios de ellos veteranos de la revolución.<sup>16</sup>

José López Portillo sucedió a su amigo Luis Echeverría en la conducción de los destinos del país e inició su mandato inmerso en una aguda crisis económica como no se había presentado en décadas y con una sociedad polarizada por el protagonismo y los excesos del gobierno echeverrista. En su discurso de toma de posesión, López Portillo hizo un acto de contrición y pidió perdón a los pobres. En el estilo del nuevo presidente, con semejanzas evidentes con el protagonismo echeverrista y mayor histrionismo, las referencias a la historia patria y a los héroes nacionales, que siempre habían sido una constante en el discurso presidencial priísta, continuaron. Así, prosiguió el ritual cívico del Estado mexicano alrededor de la figura de Zapata. En 1979, López Portillo encabezó la ceremonia del 10 de abril en la Hacienda de Chinameca, donde cayó asesinado Zapata sesenta años atrás. Ahí, anunció la terminación del rezago agrario en la entidad morelense y Antonio Toledo Corro, titular de la Secretaría de la Reforma Agraria, se comprometió que ese año concluiría la segunda fase del rezago en cuatro entidades más.

Ese año se cumplieron cien años del nacimiento de Zapata. Por tal motivo, el Estado mexicano no dejó la oportunidad de celebrar con bombos y platillos el aniversario de uno de los héroes que le había sido más funcional y organizó una serie de grandes eventos campesinos, encabezados por el Jefe del Ejecutivo, con la presencia de miles de ejidatarios, comuneros y campesinos de diversas regiones del país, además de prácticamente todo el gabinete y varios de los gobernadores de la época. El régimen de López Portillo intentó que el evento de mayor significación fuera el traslado de los restos de Zapata, desde Cuautla, al Monumento a la Revolución. Sin embargo, ese intento se frustró porque poner los restos de Zapata junto a los de Venustiano Carranza encontró un fuerte rechazo de los descendientes de Zapata y de las organizaciones campesinas independientes, que se opusieron vehementemente a lo que consideraban una falta de respeto al caudillo suriano y una tergiversación flagrante de la historia. Por ello, el presidente López Portillo tuvo que conformarse con inaugurar una estatua ecuestre de Zapata en Cuernavaca, con la presencia de todo su gabinete, de los 31 gobernadores y los 35 jefes de las zonas militares del país. El orador principal del acto fue el gobernador de Morelos, Armando León Bejarano, quien al agradecer a López Portillo la entrega de la estatua, señaló que “el Plan de Ayala y el grito de Tierra y Libertad cobran vigencia en nuestra patria gracias a su sentido de justicia ampliamente comprobado”. Posteriormente, López Portillo se trasladó a Anenecuilco, el pueblo morelense donde

---

<sup>16</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1971, 1972, 1973, 1974, 1975, 1976; *El Nacional*, 11 de abril de 1975.

Zapata había nacido cien años atrás donde el orador principal fue Gastón García Cantú, entonces director del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Sin embargo, en otro de los eventos centrales del festejo a Zapata, la clausura del Primer Congreso Extraordinario del Movimiento Nacional Plan de Ayala, organizado por la CNC y las demás organizaciones campesinas oficialistas, Mateo Zapata, uno de los hijos sobrevivientes del Caudillo del Sur, les aguó la fiesta con una dura crítica a la utilización de la memoria de su padre y manifestó que no permitirían que sus restos yacieran junto a los de Carranza. Delante de López Portillo, el hijo de Zapata expresó:

Si en nuestras caras hay tristeza, se debe a nuestra miseria, a nuestras dificultades de todos los días, a nuestros enfermos, a nuestros presos [...] estamos decididos a no dejar morir a Zapata. A nuestros compañeros campesinos les decimos: no lo maten con la indiferencia o la resignación; manténgase en pie de lucha; defiendan sus derechos; conquisten sus legítimas aspiraciones [...]. A usted señor Presidente, con todo respeto le decimos: que su gobierno no lo mate; que funcionarios corruptos y desleales no traicionen las banderas campesinas de la Revolución Mexicana, que los caciques y terratenientes no encuentren en una oficina gubernamental el apoyo que les permite perseguir y explotar a los campesinos.

Ese discurso encendió los ánimos del auditorio. Varios grupos empezaron a gritar consignas a favor de Zapata y el Plan de Ayala y por la libertad de los presos políticos campesinos. El momento más anticlimático de la frustrada conmemoración del régimen a los cien años del nacimiento de Zapata se produjo cuando Antonio Toledo Corro, secretario de la Reforma Agraria, tomó la palabra para hacer un balance de la política agraria del sexenio y los abucheos y chiflidos no lo dejaron hablar. Ante los gritos que lo acusaban de latifundista los miembros del gabinete se miraban incrédulos ante un López Portillo igualmente azorado.<sup>17</sup>

Un año después, en 1980, Toledo Corro anunció que al finalizar el gobierno de López Portillo concluiría el rezago agrario, cumpliendo así con “una vieja demanda de Zapata”. En 1981 el acto oficial del 10 de abril tuvo un contenido marcadamente político. Poco antes el régimen había emitido una Ley de Fomento Agropecuario en consonancia con la propuesta del Sistema Alimentario Mexicano (SAM) con el que el gobierno lopezportillista trataba de resolver los problemas ancestrales del campo mexicano y alcanzar la autosuficiencia de alimentos. La nueva ley había generado protestas en varios sectores, por lo cual Gustavo Carbajal, entonces recién nombrado secretario de la Reforma Agraria, aprovechó la presencia de López Portillo en

---

<sup>17</sup> *Excelsior*, 11 de abril, 7, 8, 9 de agosto de 1979.

la ceremonia luctuosa conmemorativa de la muerte de Zapata, para calificar de reaccionarios a quienes se oponían a la ley. “Son los reaccionarios que no murieron en las haciendas porfiristas quienes califican como un retroceso a esta ley [...]. Ningún revolucionario auténtico puede calificar como un retroceso una ley que es fórmula de alianza entre los trabajadores del campo”, acotó. Y remató: “sólo pueden oponerse al nuevo curso de la Revolución los prevaricadores que han hecho fortuna de la confusión agraria”. El SAM y la nueva Ley de Fomento Agropecuario eran “la respuesta de la Revolución” para hacer justicia a los desvalidos del campo, señaló.<sup>18</sup>

Miguel de la Madrid asumió la presidencia de la República en medio de otra grave crisis económica y política de grandes proporciones, como había sucedido al finalizar los dos sexenios anteriores. Su gobierno aplicó un severo plan de ajuste económico, siguiendo los dictados impuestos por el Fondo Monetario Internacional, organismo al que había recurrido su gobierno para obtener un crédito para paliar la crisis, y con el que había firmado una carta de intención similar a la que había firmado López Portillo en su sexenio. El gobierno de De la Madrid fue un sexenio en el que se dio un viraje notable respecto a los gobiernos anteriores, en el que se abandonó la retórica de la Revolución Mexicana y, sobre todo, en el se implantó un nuevo modelo económico. El gobierno de Miguel de la Madrid, siguiendo el canon neoliberal en boga en esos años, comenzó el desmantelamiento del Estado social que había creado la Revolución Mexicana, considerando que era un obstáculo que había frenado el desarrollo de México, redujo drásticamente el gasto público, inició la venta de las empresas públicas a la iniciativa privada y estableció topos salariales para los trabajadores.

Ese alejamiento de lo que había sido el paradigma de los gobiernos posrevolucionarios desde Álvaro Obregón se expresó también en materia agraria pues la entrega de tierras a los campesinos solicitantes, aunque había disminuido ya desde finales de los años sesenta, había continuado a un ritmo menor en los años posteriores. Así, en el aniversario luctuoso de Zapata, el 10 de abril de 1983, Salvador Robles Quintero, subsecretario de la Reforma Agraria, con la representación presidencial, anunció el fin de la Reforma Agraria, argumentando que “ya no había tierras afectables”. En un balance del reparto agrario hecho desde 1916, señaló que se habían repartido cerca de cien millones de hectáreas a 2.7 millones de campesinos de 27 mil ejidos y comunidades. La lucha campesina ya no debía ser por la tenencia de la tierra sino por un desarrollo rural integral. A falta de tierras, el reto era crear empleos en el campo, señaló.

---

<sup>18</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1980, 1981.

El nuevo modelo económico y la rígida política de austeridad impuesta por el gobierno delamadridista, provocaron numerosas protestas y la conformación de grandes organizaciones sociales independientes. En el campo, la cancelación de la Reforma Agraria, entre otros efectos, alentó la formación de la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), que organizó multitudinarias marchas de campesinos independientes a la ciudad de México. Al cumplirse sesenta y cinco años de la muerte de Zapata, el gobierno de De la Madrid, a pesar de su giro neoliberal, continuó con el ritual cívico de conmemorar la memoria del jefe del Sur. En esa ocasión el turno de encabezar la ceremonia de Cuautla correspondió a Francisco Labastida Ochoa, titular de la Secretaría de Energía, Minas e Industria Paraestatal (SEMIP). La apropiación de la figura de Zapata continuó siendo necesaria para mantener algo de la legitimidad perdida por la política de austeridad y de fin del reparto agrario. Al hacer uso de la palabra, además de manifestar que en ese sexenio se terminaría de regularizar la tierra que aún quedara, Labastida señaló:

El Plan de Ayala no es solo el plan de una revolución de campesinos, el Plan de Ayala es un Plan de México [...]. Los ideales por los que luchó el Caudillo del Sur siguen vigentes. Sigue vigente la lucha por la justicia social, sigue vigente el compromiso social de la nación con los campesinos [...] La Revolución de 1910 no se detiene, es una revolución dinámica, que cambia con la realidad, se adapta, se transforma y se renueva día con día en favor de las mayorías.

Por lo que el Plan Nacional de Desarrollo de ese gobierno, acotó Labastida, contemplaba promover un desarrollo rural integral, a través de obras de infraestructura, educación y apoyos para los campesinos. Mientras tanto, una marcha de diez mil campesinos de veintiún entidades del país, organizada por la CNPA, tomó las calles de la ciudad de México protestando contra el “antiagrarismo gubernamental” y demandando solución a sus demandas de tierras y libertad a sus presos políticos. En respuesta, el secretario de la Reforma Agraria, Luis Martínez Villicaña, declaró que las manifestaciones no eran la solución a los problemas del campo. En Chiapas, por su parte, el gobernador Absalón Castellanos encabezó la ceremonia conmemorativa de Zapata en la que dijo que el gobierno de Miguel de la Madrid estaba con los campesinos.<sup>19</sup>

Al año siguiente el homenaje a Zapata lo encabezó Rafael Rodríguez Barrera, subsecretario de la Reforma Agraria quien, a contrapelo de la política agraria del sexenio, señaló que “bajo ningún pretexto se podrá apartar al gobierno de la Repú-

---

<sup>19</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1980, 1983, 1984.

blica de su vocación agrarista, apegada a la vocación de Zapata [...] aún están vivos los ideales del Caudillo del Sur y esos son la parte fundamental de la política agraria del régimen de Miguel de la Madrid”. Éste, se proponía “afectar a todos los latifundios abiertos o simulados y otorgar seguridad jurídica a los campesinos”. Entretanto, más de cincuenta mil campesinos convocados por la CNPA marcharon en la ciudad de México exigiendo la continuación del reparto agrario y una nueva ley en la materia. Había todavía treinta millones de hectáreas susceptibles de ser repartidas, dijeron. Y Martínez Villicaña, otra vez, descalificó la marcha campesina señalando que no era la vía para resolver los problemas agrarios y dijo que no aceptaría ese tipo de presiones.

El gobierno federal y algunos de los gobiernos estatales no tenían pudor para seguir usando a Zapata como un símbolo que justificaba políticas que no tenían nada que ver con la lucha que había encabezado el líder campesino y que, antes bien, la negaban. Pero seguían necesitando del apoyo campesino y trataban de mantener la fuerza y el control de las centrales campesinas oficialistas, las cuales estaban siendo rebasadas por la movilización campesina independiente que se había consolidado en esos años. El gobierno federal tuvo que abandonar los homenajes a Zapata en el Distrito Federal, plaza que fue ganada por las organizaciones campesinas independientes que por miles marchaban desde sus lugares de origen y tomaban las calles de la capital del país. No obstante, el Estado mexicano siguió intentando ganar la batalla por los símbolos, los valores y la identidad construida por más de sesenta años de gobiernos posrevolucionarios.

Así, el 10 de abril de 1986 Manuel Camacho Solís, secretario de Desarrollo Urbano y Ecología y ya desde entonces uno de los operadores políticos de De la Madrid y del poderoso secretario de Programación y Presupuesto de éste, Carlos Salinas de Gortari, encabezó la ceremonia luctuosa a Zapata en Cuautla. Ahí, como era costumbre, le dio a Zapata el perfil que le convenía al régimen en ese momento: Zapata nunca había claudicado y había tenido la claridad de aceptar alianzas y negociar en los momentos decisivos, “ahí está la sutil diferencia entre la conciliación que paraliza y la conciliación que permite el avance político” dijo crípticamente Manuel Camacho, sin mucho más conocimientos históricos sobre el zapatismo original que los muchos políticos priistas que habían desfilado por esa tribuna desde los años veinte. Paralelamente, las organizaciones campesinas independientes Coordinadora Nacional Plan de Ayala (CNPA), Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos (CIOAC), Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), Central Campesina Independiente (CCI) y los partidos de izquierda, volvieron a marchar multitudinariamente por la ciudad de México protestando contra la política agraria del gobierno, mientras que la CNC se refugiaba en Chiapas donde

el gobernador Absalón Castellanos había organizado nuevamente una semana de homenajes a Zapata que culminaron el 10 de abril con una nutrida marcha cenecista en Tuxtla Gutiérrez.

Para 1987 Miguel de la Madrid decidió que el acto oficial principal a la memoria de Zapata fuera uno más modesto, sin la presencia de contingentes incómodos. La ceremonia se efectuó en las instalaciones de la CNC, en la colonia Santa María la Ribera del Distrito Federal, donde el secretario de la Reforma Agraria, Rafael Rodríguez Barrera, insistió en defender la vocación agrarista del gobierno, pese a que un día antes la Unión General Obrera Campesina y Popular (UGOCP) había denunciado que en ese sexenio se habían entregado quince veces más certificados de inafectabilidad agraria a los grandes propietarios que en toda la historia agraria desde 1917. Por la tarde de ese 10 de abril, nuevamente tomaron el Zócalo capitalino las organizaciones campesinas independientes.<sup>20</sup>

Carlos Salinas de Gortari tenía una admiración personal por Zapata desde su juventud, la que se había fortalecido cuando estudió en Harvard, donde inició una cercana amistad con John Womack Jr., hasta entonces el principal estudioso de Zapata y autor de un libro clásico que había formado a generaciones de estudiantes mexicanos, *Zapata y la Revolución Mexicana*. Inteligente y astuto como pocos, Salinas logró ganar la candidatura del Partido Revolucionario Institucional (PRI) a la presidencia de la República y, sabedor de que en la contienda el voto verde sería decisivo, se dio a la tarea de presentarse como el adalid de las demandas campesinas y, ante el desafío de las organizaciones campesinas independientes que había tenido lugar en el gobierno de Miguel de la Madrid, se propuso recuperar el control y la hegemonía del PRI y del gobierno sobre los campesinos y utilizar para ello a la figura de Zapata.

De ese modo, como candidato, encabezó la conmemoración del 10 de abril en 1988 en Anenecuilco, el pueblo donde había nacido el caudillo suriano. Sintiendo ganador de unas elecciones que se celebrarían tres meses después, manifestó que en su gobierno no administraría la miseria, al proponer una alianza entre el Estado y los campesinos como punto de arranque de una nueva reforma agraria. En la tierra de Zapata se comprometió a retomar los ideales de líder suriano y concluir con el reparto agrario. El campo “no sería la gran reserva de mano de obra barata ni páramo de desolación y miseria”, afirmó. En ese evento, prometió fortalecer el ejido y a mantenerlo fuera del mercado “para evitar especulaciones”, promesa que cinco años después haría añicos con la reforma al artículo 27 constitucional que permitiría la privatización y la venta de las tierras ejidales. En esa ocasión señaló: “Mi pro-

---

<sup>20</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1985, 1986, 1987.

puesta es fortalecer el ejido y a la comunidad indígena como órganos de representación campesina, y convertirlos en verdaderas unidades complejas de gestión económica”.

Salinas aprovechó el 10 de abril para hacer una amplia exposición de lo que sería su política agraria. Señaló que el paternalismo hacia el campo era uno de los principales obstáculos que impedía su desarrollo y que pondría especial atención al combate a la pobreza y la desigualdad mediante la modernización del agro.

Para dejar constancia de su admiración y compromiso con los ideales de Zapata, Salinas expresó: “Pensando en el futuro uno de mis hijos lleva el nombre de Emiliano, pensando en ese futuro recuerdo hoy el testamento político y las palabras de Emiliano Zapata” y, de manera significativa y novedosa, hizo profesión de su identificación con Zapata como no lo había hecho antes ninguno de los presidentes ni políticos de la familia revolucionaria, “año con año, decenas de miles de campesinos y de quienes nos identificamos con el movimiento agrario, nos congregamos en torno a un símbolo, al estandarte que simboliza los valores propios del campesinado mexicano [...]”.

Citando el famoso aforismo del libro de su maestro John Womack, Salinas expresó:

La historia del zapatismo es la historia de un pueblo que hizo la Revolución porque no quería cambiar. Esta afirmación ha tenido diversas interpretaciones [...] la que yo suscribo, afirma que el único cambio que los campesinos no quieren es el de dejar la vida comunitaria, de respeto y de esfuerzo que significa ser campesino. Por eso hicieron la Revolución. El zapatismo nos heredó dos lecciones: la primera que los campesinos se opondrán a cualquier transformación estructural en el campo que pretenda realizarse sin ellos. La segunda, que el cambio que los campesinos quieren va por el camino del reforzamiento de su identidad comunitaria.

La ambiciosa modernización del campo que emprendería Salinas buscaría responder a la pregunta: “¿Qué significado tendrá ser campesino a principios del siglo XXI?” el cual tendría que combinar identidad colectiva y capacidad productiva. Para Salinas, ese ambicioso proyecto tenía que anclarse en la historia: “Recurrimos a la historia y recordamos a nuestros héroes buscando inspiración en ellos para las tareas que nos aguardan en el futuro [...]”.

Así pues, el Zapata que Salinas necesitaba y utilizaría para llevar a cabo su proyecto modernizador era uno que combinaba tradición y modernidad. Para tener éxito en ello, Salinas necesitaría de la CNC, a la que exhortó a estar a la altura del desafío que emprendería. Héctor Hugo Olivares Ventura, entonces líder de la CNC, hizo también un panegírico de Zapata (“guía y luz de nuestras filas” le llamó y añadió: “bajo el espíritu y la lección de Emiliano Zapata nació hace 50 años la CNC”), y

resaltó las leyes agrarias promulgadas por el zapatismo. El dirigente cenecista, igual que Salinas, se comprometió a fortalecer el ejido y a la comunidad “no por una fijación en el pasado, sino porque estas instituciones cristalizan los anhelos históricos del campesino”. Y, desde luego, aprovechó para fustigar a Cuauhtémoc Cárdenas, quien había roto con el PRI y estaba llevando a cabo una campaña política que comenzaba a ser vista con preocupación en el cuartel salinista. Lo calificó de oportunista y de ser una simple caricatura de caudillos. “Resulta lamentable que un hijo de quien fue el padre de nuestra organización pretenda ahora dividir lo que creó Lázaro Cárdenas del Río”. Y, de manera enfática, advirtió que Zapata y los héroes de la revolución eran propiedad del PRI: “los héroes de México no son patrimonio de una familia; son patrimonio del pueblo y dentro de esa categoría los campesinos tenemos clasificados héroes exclusivos que no le vamos a prestar a nadie: Lázaro Cárdenas y Emiliano Zapata”.

En la batalla por los símbolos, las organizaciones campesinas independientes tampoco dejaron pasar el 69° aniversario de la muerte de Zapata y, con la participación de veinte mil campesinos y la presencia de Cuauhtémoc Cárdenas, se constituyó ese día en Xochimilco la Junta Organizadora de la Central Campesina Cardenista. En el evento, el ingeniero Cárdenas señaló que Zapata constituía “un ejemplo para proseguir con la lucha agraria en el país [...] la sangre de Zapata fertilizó la tierra de México y su lucha y ejemplo constituyen el compromiso que tenemos para profundizar la reforma agraria hasta sus últimas consecuencias [...]”. Sin embargo, las organizaciones campesinas independientes estaban divididas y a ese encuentro no acudieron sino el Movimiento de los 400 Pueblos y la Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas (UNTA).<sup>21</sup>

Luego de ser declarado ganador en unas elecciones sumamente competidas, cuyo resultado aún se sigue cuestionando y debatiendo, Salinas asumió la presidencia de la República y comenzó a aplicar la política de modernización neoliberal que significaba dismantelar al Estado social construido por la revolución, la venta de la mayoría de las empresas paraestatales y el fin de los subsidios y de la economía cerrada, incorporando al país a los flujos del libre comercio internacional. En el campo, inició la anunciada modernización agropecuaria. Para ello, uno de los instrumentos que utilizó fue la reapropiación de la figura de Zapata. Así, volvió a encabezar el 70° aniversario luctuoso del líder morelense en Cuautla, donde inauguró obras de varios miles de millones de pesos y firmó convenios de concertación con 12 centrales campesinas, varias de ellas independientes y lanzó con ellos la convocatoria para constituir al Congreso Agrario Permanente. Ahí continuó con su

---

<sup>21</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1988.

discurso de modernización del campo. La Revolución Mexicana, dijo, se había hecho para modernizar al país en beneficio de la mayoría de los mexicanos. Volvió a hacer un llamado para realizar una nueva reforma agraria, pues la que se había hecho en los años treinta estaba ya agotada. Un año después, en 1990, presidió la ceremonia luctuosa de Zapata en Tlatizapán, el pueblo donde había estado localizado el Cuartel General Zapatista, donde se realizó la asamblea del Congreso Agrario Permanente, organización a la que reconoció su pluralidad y compromiso con los campesinos. De nuevo, acompañado por Diego Zapata, uno de los hijos del caudillo, enfatizó que su política para el campo combinaba programas sociales con nuevas formas productivas. Paralelamente, aunque con una fuerza menguada, las organizaciones campesinas independientes volvieron a marchar al Zócalo de la ciudad de México, como ya se había hecho tradición ese día.

Un año después, en 1991, el gobierno de Salinas estaba empeñado en lo que sería su proyecto más importante: la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) con Estados Unidos y Canadá y no asistió a la celebración zapatista. Víctor Cervera Pacheco, en su representación, hizo en Cuautla una defensa del TLCAN, mientras en la ciudad de México marchaban miles de campesinos exigiendo tierras y libertad. Pero un año más tarde, Salinas tenía lista ya y negociada la que sería su mayor reforma al campo mexicano, la anunciada modernización agropecuaria que liquidaba el modelo definido por la Constitución de 1917. Las reformas al artículo 27 constitucional terminaban con la inalienabilidad del ejido y abrían las puertas para que el capital privado comprara sus tierras o se asociara con los ejidatarios. Ese artículo había sido el baluarte del modelo de desarrollo del campo mexicano y había sido duramente criticado por ineficiente e improductivo. Los modernizadores salinistas se propusieron eliminar esos obstáculos y permitir que las leyes del mercado, el capital privado y la competencia sacaran de su postración al campo mexicano. Sacar adelante esa reforma, que significaba darle la espalda al agrarismo en que habían basado su legitimidad los gobiernos emanados de la revolución y que había sido la razón de ser de las centrales campesinas oficialistas, implicó un intenso trabajo de negociación, presiones, prebendas y cooptación de los líderes campesinos y de sus organizaciones.

Y de nuevo, Salinas recurrió entre sus instrumentos al uso de Zapata, en la manera en que él lo entendía y reivindicaba. El 10 de abril de 1992, en Cuautla, definió el nuevo modelo agrario de su administración. Se titularían todas las tierras, se abtiría el rezago agrario y se aumentarían los recursos al campo. El Estado no se retiraría del campo, afirmó, y la nueva modalidad sería “el liberalismo social”, que en el campo entendía como “la propiedad privada social”. Una vez más, invocó a Zapata al señalar: “ratificamos las enseñanzas del general Zapata, pero cambiamos

las formas de organización y de trabajo para hacerlas realidad”. Más tarde, en Oaxtepec, en una reunión con organizaciones campesinas, afirmó los cambios al 27 constitucional y a la ley agraria “eran la única forma de permanecer fieles a los principios zapatistas”. Haciéndole segunda, los hijos sobrevivientes de Zapata, Anita y Diego, quienes lo acompañaban, afirmaron que si su padre viviera apoyaría las reformas al artículo 27.

De esa forma, con el gobierno de Salinas, el Estado mexicano, sin recato, usaba a Zapata para justificar una reforma constitucional absolutamente contraria a lo que había sido el ideal agrario y la lucha del Caudillo del Sur. Cualquier observador medianamente enterado de lo que había sido el zapatismo original se habría sorprendido con esa deformación y utilización sin fundamentos del significado histórico del zapatismo. Y así lo entendieron los campesinos y las organizaciones independientes, que mantuvieron su lucha y su resistencia a las reformas salinistas. Cuauhtémoc Cárdenas, entonces presidente del Partido de la Revolución Democrática, constituido en 1989, calificó las reformas al artículo 27 constitucional como un retroceso que provocaría “más injusticia, marginación y pobreza para los campesinos mexicanos”.<sup>22</sup>

Y así lo entendieron también los indígenas chiapanecos que bajo la bandera de Zapata modificaron el escenario político de México con una insurrección contra el gobierno federal el 1º de enero de 1994 con la que arruinaron la celebración del gobierno de Salinas ante la entrada en vigor del TLCAN. Salinas quizás haya sido el presidente mexicano que intentó llevar a cabo la mayor transformación de las bases económicas y políticas sobre las que se había construido el Estado mexicano posrevolucionario y quien impuso el proyecto neoliberal más modernizador y alejado de los principios y de la ideología de la Revolución Mexicana. También, al mismo tiempo, siendo el presidente que cambió las bases de desarrollo del campo mexicano, fue el que más había utilizado la figura de Zapata para legitimar esas transformaciones. Y, paradójicamente, cuando se encontraba en el pináculo de su poder, cuando había logrado la aprobación del TLCAN, recuperado el control político del PRI en la mayoría del país, y debilitado fuertemente a los grupos opositores a su política, vio cómo esos triunfos personales y sus sueños de gloria se convertían en un espejismo y en una tragedia detonada, significativamente, por un movimiento campesino que enarbolaban la figura de Zapata, el héroe preferido de Salinas, pero con un significado totalmente diferente al que él le había tratado de dar. La *némesis* de Salinas comenzó con un movimiento indígena que se denominaba a sí mismo como zapatista y fueron ellos quienes iniciaron el fin de los sueños de grandeza de

---

<sup>22</sup> *Excelsior*, 11 de abril de 1989, 1990, 1991, 1992.

Salinas y quienes comenzaron el año cataclísmico de 1994 que modificó el escenario político del país y colocó a Salinas en un lugar de la historia muy diferente al que estaba seguro de ocupar.

Así, el 75° aniversario de la muerte de Zapata, el 10 de abril de 1994 se llevó a cabo en un contexto totalmente distinto, que nadie habría pensado un año atrás. Un Salinas muy disminuido y preocupado por el asesinato de Colosio, acaecido dos semanas atrás, encabezó la celebración a Zapata en Cuernavaca acompañado de quienes habían operado las reformas al 27 constitucional: Carlos Hank González, secretario de Agricultura, Víctor Cervera Pacheco, de la Reforma Agraria, Arturo Warman, Procurador Agrario y Hugo Andrés Araujo, líder de la CNC. No fue un evento apoteósico como los años anteriores, sino mucho más austero. Salinas hizo una férrea defensa de las modificaciones al 27 constitucional y dijo que no desaparecería el ejido. En Puebla, el Estado de México y Oaxaca, los gobernadores Manuel Bartlett, Emilio Chuayffet y Diódoro Carrasco encabezaron los actos conmemorativos en sus estados en los que ellos y las centrales campesinas oficialistas reiteraron su defensa del gobierno de Salinas. Paralelamente, en Chiapas el Subcomandante Marcos encabezó el acto en que los indígenas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) reivindicaban con fuerza al Zapata original, en tanto que en la ciudad de México una marcha de setenta mil personas convocada por ochenta organizaciones independientes recordaba también al héroe suriano, que había recobrado súbitamente una gran actualidad.<sup>23</sup>

Ernesto Zedillo llegó la presidencia del país de manera circunstancial, luego del asesinato de Colosio y de la crisis política provocada por la insurrección neozapatista y el asesinato del secretario de Gobernación Ruiz Massieu. A los pocos días de haber asumido el poder estalló la más grave crisis económica por la que hubiera pasado México hasta entonces, producto de los problemas estructurales originados por la política económica seguida desde 1982 y la falta de coordinación entre el gobierno saliente de Salinas y el entrante de Zedillo ante el déficit en la cuenta corriente de las finanzas públicas y el tipo de cambio, lo que provocó una catastrófica devaluación. En plena crisis económica se llevó a cabo la ceremonia de conmemoración de la muerte de Zapata el 10 de abril de 1995. Zedillo, además de continuar la política económica de su predecesor, también hizo de Zapata uno de sus héroes preferidos y trató también de utilizar su memoria para legitimar su proyecto para el campo mexicano. Así, se trasladó a Chinameca para encabezar los festejos del 10 de abril y, como había ocurrido con Salinas, estuvo acompañado por los 3 hijos sobre-

---

<sup>23</sup> *Excélsior*, 11 de abril de 1994.

vivientes de Zapata. Ese día, señaló que el legado de Zapata seguía vivo y que su obra debía continuarse, en un nuevo marco:

Aquí en Chinameca rendimos hoy homenaje a Emiliano Zapata; aquí en Chinameca afirmamos hoy que los principios, ideales y el legado de Zapata siguen vigentes; aquí en Chinameca ratificamos hoy el compromiso de mantener viva la reforma agraria. Hoy honramos la memoria de Zapata avanzando a una nueva etapa de la reforma agraria, una etapa que ya no se limita al reparto de tierra sino a construir, con esfuerzo y unidad, las condiciones para que cada campesino, cada pueblo, cada comunidad, trabajen la tierra apoyados firmemente por nuestras instituciones [...]. Hoy debemos honrar los ideales de Zapata cumpliendo los objetivos del Artículo 27 y dándole una nueva dimensión a la reforma agraria.

Sin embargo, la irrupción del EZLN le dio una nueva dimensión al significado y a la vigencia de Zapata y del zapatismo. A partir de su insurrección hubo un reavivamiento del movimiento campesino independiente y, sobre todo, una reactivación del tema indígena que el neozapatismo chiapaneco y los comunicados del subcomandante Marcos habían tenido la capacidad de despertar y colocar en la agenda política nacional. Durante el gobierno de Zedillo la conmemoración del 10 de abril fue rescatada por el movimiento campesino y popular independiente, y estuvo dominado por la reivindicación de los derechos indígenas, que aprovecharon esa fecha como un día de lucha para manifestarse y expresar sus reivindicaciones y propuestas.

En el otro lado de la mesa, para Zedillo, Zapata siguió siendo un héroe funcional, máxime cuando el surgimiento del EZLN y la intensificación de las protestas campesinas ante los efectos de la apertura comercial y el abandono del campo habían colocado otra vez al viejo Emiliano en la palestra, disputándose el gobierno y las organizaciones campesinas independientes su reivindicación.

En 1996, Zedillo encabezó nuevamente la ceremonia de Zapata, en el Palacio Legislativo de Cuernavaca, donde en un discurso lleno de contenido histórico, destacó la importancia de Zapata y su movimiento:

Fue Emiliano Zapata, con las Fuerzas Revolucionarias del Sur, quien dio a la Revolución Mexicana su profunda identidad con las causas populares [...]. Así como Francisco I. Madero dio a la Revolución su sentido libertario y democrático, el reclamo agrario de Zapata le dio su más honda dimensión social [...] Zapata se levantó contra la arbitrariedad y la injusticia, contra la falta de oportunidades y la opresión, contra el atropello de derechos y la desigualdad. Su lucha representa un legado para el campo mexicano y su compromiso con la justicia social se convirtió en el mandato constitucional que define la raíz y la razón del estado que surgió del movimiento revolucionario [...].

Según Zedillo, los ideales de Zapata habían inspirado las leyes y las instituciones del país y se habían conseguido importantes logros. Para Zedillo, esos logros, incluso, habían superado los planteamientos de Zapata:

La demanda de justicia agraria expresada en el Plan de Ayala se superó ampliamente por la Reforma Agraria Mexicana, una de las más extensas y profundas del mundo. A partir del reparto agrario, la transformación social y política del país ha estado marcada por la celeridad y profundidad con que se ha transformado la estructura de la propiedad rural. A lo largo de ese proceso de transformación el Estado mexicano ha mantenido su compromiso con la justicia social.

Ante las carencias y rezagos, empero, el legado de Zapata seguía siendo importante y eran fuente de inspiración de su gobierno:

Por eso, los ideales de justicia social de Zapata están vigentes y su lucha sigue siendo ejemplo para enfrentar los retos de hoy [...]. Por eso, los ideales de Zapata y las legítimas aspiraciones de una sociedad más compleja y plural orientan la política social del gobierno [...] [no obstante] requiere de nuevos enunciados, de nuevos enfoques, de nuevos proyectos; pero exige el mismo compromiso por el que Zapata entregó su vida.

Así pues, a pesar de la cancelación en los hechos de la reforma agraria, del espíritu anticomunitario y pro-empresarial de las reformas al 27 constitucional, del alejamiento de los campesinos y productores rurales por parte del Estado mexicano, del desmantelamiento de los apoyos que a través de los precios de garantía y de los subsidios agrícolas habían permitido la sobrevivencia del sector social rural, y del impacto negativo que estaba teniendo sobre el campo nacional la apertura comercial pactada en el TLCAN, el gobierno federal seguía recurriendo a la vieja retórica y al uso de los símbolos y de los héroes que les habían dado legitimidad décadas atrás, combinando un discurso y una práctica esquizofrénicas.

Por su parte, las organizaciones campesinas independientes, entre las que se encontraban la Coalición de Organizaciones Democráticas Urbanas y Campesinas, Central Campesina Cardenista, Central Independiente de Obreros Agrícolas y Campesinos, Coordinadora Nacional Plan de Ayala, Unión Campesina Democrática, Unión Nacional de Organizaciones Regionales Campesinas Autónomas, Unión Nacional de Trabajadores Agrícolas, Unión General Obrero Campesina Popular, Coordinadora Nacional Santa Cruz y Confederación Agrarista Mexicana, organizaron una magna movilización ese año en la ciudad de México y publicaron un parte de guerra al general Zapata en el que concentraban sus demandas y críticas al gobierno zedillista. En muchas ciudades del país se llevaron a cabo marchas

campesinas e indígenas que mostraban como el 10 de abril se había convertido en una de los más importantes jornadas de lucha campesina e indígena en el país, con un fuerte contenido de crítica hacia la política de los distintos gobiernos, tanto federal como estatales. El EZLN, a su vez, se había adueñado de la escena nacional y aprovechó ese día para reivindicar sus posturas y sus críticas al neoliberalismo, convirtiéndose en el principal aglutinador de las protestas populares en esos años y, con la realización de los Acuerdos de San Andrés Larrainzar, en los que el EZLN logró plasmar algunos de sus planteamientos principales sobre la defensa y respeto de los derechos indígenas, logró concentrar la atención y la movilización en torno al cumplimiento por el gobierno federal de esos acuerdos.

Por tercer año consecutivo, Zedillo encabezó la conmemoración a la memoria de Zapata el 10 de abril de 1997. Y, una vez más, hizo profesión de la fe zapatista de su gobierno:

El lema con el que se suscribió el Plan de Ayala, fue el de Reforma, Libertad, Justicia y Ley. Este lema sigue vigente, este lema lo enarbolamos los mexicanos de hoy y lo enarbola el Gobierno de la República.

Y, como se había vuelto costumbre para los gobiernos priístas, esa afirmación era sólo la base declaratoria, convertida sólo en retórica para legitimar sus propias propuestas para el campo y los campesinos, propuestas que poco o nada tenían que ver con Emiliano Zapata y con el zapatismo original.

Ese año, Zedillo detalló su programa para sacar adelante al campo mexicano, que constaba de 4 frentes: el agrario, el productivo, el de desarrollo social y el de un desarrollo sustentable. Para Zedillo, el conflicto entre las formas de propiedad ya no existía pues no había ya latifundios, por lo que había que concentrarse en dar certeza jurídica a la tenencia de la tierra, alentar la producción y la capitalización y combatir la pobreza en el campo.

Hoy, la lucha por la justicia es la lucha por la seguridad de la tierra, por la producción que deja ingresos dignos para las familias, por los servicios que lleven bienestar y oportunidades de progreso a las personas y a las comunidades y por un desarrollo que nos permita conservar los recursos naturales para las generaciones futuras.

Y, de nueva cuenta, la arenga a los campesinos era a sumarse a los esfuerzos del gobierno federal para trabajar juntos para realizar el ideal zapatista, desde a óptica de los tecnócratas neoliberales que gobernaban al país:

Con ustedes vamos a construir ese campo justo productivo y próspero que todos queremos, para que las familias campesinas no tengan que separarse, para que encuentren oportunidades de progreso en sus lugares de origen. Así honraremos a Zapata; así honraremos a quienes lo siguieron; así honraremos a todos quienes han luchado y siguen luchando por la justicia en el campo; así construiremos un futuro mejor para nuestros hijos.

Ante la ruptura de las negociaciones entre el EZLN y el gobierno federal y el rechazo de éste a cumplir con los Acuerdos de San Andrés, el movimiento indígena independiente siguió haciendo del 10 de abril una jornada de lucha testimonial en todos los lugares en donde tenía influencia.

En 1998, Arturo Warman, secretario de la Reforma Agraria, en Chinameca, con la representación de Zedillo reiteró el mismo mensaje: el legado zapatista seguía vigente, se había avanzado mucho en esos años, ya no existían los latifundios y en el Congreso federal se estaba discutiendo la iniciativa de ley para garantizar los derechos de los pueblos indígenas.

El 80° aniversario de la muerte de Zapata, en 1999, sirvió para que las organizaciones indígenas y campesinas recordaran al caudillo suriano con sus particulares puntos de vista. Para el movimiento indígena y popular Zapata servía de bandera para oponerse a las políticas neoliberales, al abandono del campo y a la marginación de los indígenas del país. El gobierno de Zedillo, por su parte, ante el incumplimiento de los Acuerdos de San Andrés, abandonó la plaza y le bajó al perfil protagonista que había tenido durante la primera parte de su administración. Luego de perder la mayoría legislativa en 1997, Zedillo y su partido prefirieron hacerse a un lado y no siguieron tratando de convertir a Zapata en una justificación para sus políticas públicas. El alejamiento de la retórica de la revolución, por los gobiernos priístas, que había comenzado en 1982, siguió siendo la pauta, pero la figura de Zapata, que había conservado junto con la de Madero su vigencia para el régimen, dejó de tener sentido ante una reforma agraria cancelada en los hechos y la imposibilidad de cumplir con los compromisos pactados con los indígenas del país. Más valía dejar en paz a Zapata.<sup>24</sup>

Y si para los gobiernos priístas neoliberales había dejado de tener sentido mantener la esquizofrenia entre la retórica de la Revolución Mexicana y la utilización de sus héroes, menos sentido tenía aún para el gobierno panista encabezado por Vicente Fox, ganador de las elecciones del año 2000. Por naturaleza, por historia y por ideología, el Partido Acción Nacional (PAN) era adversario de la Revolución Mexicana. Había sido fundado por Manuel Gómez Morín al finalizar el gobierno de

---

<sup>24</sup> *La Jornada*, 10 y 11 de abril de 1995, 1996, 1997, 1998, 1999, 2000; [<http://zedillo.presidencia.gob.mx>].

Lázaro Cárdenas como una organización opuesta a las reformas cardenistas. Durante todas las décadas en que estuvo en la oposición, el PAN se había opuesto a la ideología y a las políticas de los gobiernos priístas y nunca se había sentido cómodo con la revolución ni con la mayoría de sus grandes personajes. Para el PAN, el único personaje reivindicable de la revolución era Madero y, después, los líderes de la Cristiada.

Por ello, Vicente Fox, que no terminó de entender la diferencia entre sus convicciones, opiniones y actitudes personales con las que exigía la investidura presidencial que representaba, no supo ni quiso entender el significado de la historia de México ni de los valores que habían constituido la identidad nacional por décadas. Y si la revolución le era incómoda, más lo era Zapata, que encarnaba su ala más radical y quien se había convertido en el personaje histórico más reivindicado por las luchas populares. No fue extraño, por lo tanto, que las conmemoraciones de las fechas históricas más importantes, —con excepción del 16 de septiembre y del 20 de noviembre, así como el aniversario de la muerte de Madero—, fueran asociadas por el gobierno de Fox con acontecimientos vinculados al PRI, y por lo tanto, resultaron ignoradas por un gobierno en el que el estilo personal del presidente Fox tenía, además, visos de un cierto antiintelectualismo y desinterés por la cultura y por la historia.

Así pues, el 10 de abril fue ignorado por Vicente Fox, sobre todo después de su intento fallido de que el Congreso federal aceptara los Acuerdos de San Andrés, con los que se había comprometido como candidato. Ese fracaso y la distancia ideológica con la revolución y sus personajes, marcaron la ausencia de Fox del santoral revolucionario. El 10 de abril oficial fue atendido por funcionarios de segundo nivel del gobierno foxista, como María Teresa Herrera, secretaria de la Reforma Agraria, quien convirtió el acto en un evento burocrático de esa dependencia y luego ya ni siquiera eso.<sup>25</sup>

Esa misma tónica ha seguido con el gobierno del presidente Felipe Calderón, un personaje formado e identificado con la doctrina del panismo histórico tradicional, quien aunque ha recuperado el respeto para la investidura presidencial, no ha mostrado interés por recuperar el legado revolucionario. La Revolución Mexicana sigue causando escozor al gobierno de Felipe Calderón y a los gobernadores panistas de los estados y eso se ha manifestado en la manera en que han abordado la próxima celebración del centenario de la revolución, y el bicentenario de la Independencia. Para la ideología del PAN está claro que es mucho más reivindicable ésta última, sin que tampoco haya habido mucho interés en general por la historia patria.

El repliegue del EZLN y la disminución de su influencia política y mediática, le restaron la importancia temática que había tenido la cuestión indígena durante los

---

<sup>25</sup> *La Jornada*, 10 y 11 de abril de 2001, 2002, 2003, 2004, 2005 y 2006.

últimos años. De ese modo, los 10 de abril volvieron a ser dominados por las protestas campesinas independientes ante la política agraria y agropecuaria de los gobiernos panistas y por la celebración más simbólica y testimonial por parte del EZLN y sus seguidores.

Al final del camino, luego de noventa años de la muerte de Zapata, la batalla por apropiarse de su significado y de su uso entre el gobierno y los movimientos campesinos e indígenas, parece haber sido ganada por estos últimos.



Francisco Franco Salazar (1869-1947), en el portal de la iglesia de San Miguel Anenecuilco, depositario de los títulos y documentos del pueblo, primo de Zapata y principal informante de Jesús Sotelo Inclán.

Fotografía digitalizada por Diala y Brianda Sánchez Aragón, del original proporcionado por Esperanza Franco Sánchez, hija de Francisco Franco Salazar.



Portada de la primera edición de *Raíz y razón de Zapata*, 1943.



Jesús Sotelo Inclán (1913-1989)  
Archivo General de la Nación, México.  
Fondo Hermanos Mayo.



Gabriel Tepepa Herrera  
(1841-1911)

Archivo Valentín López González (AVLG)



Pablo Torres Burgos  
(1878-1911)

AVLG



Amador Salazar Jiménez  
(1868-1916)

AVLG



Fortino Ayaquica  
(1874-1960)



Emignio Marmolejo León  
(1878-1939)

AVLG



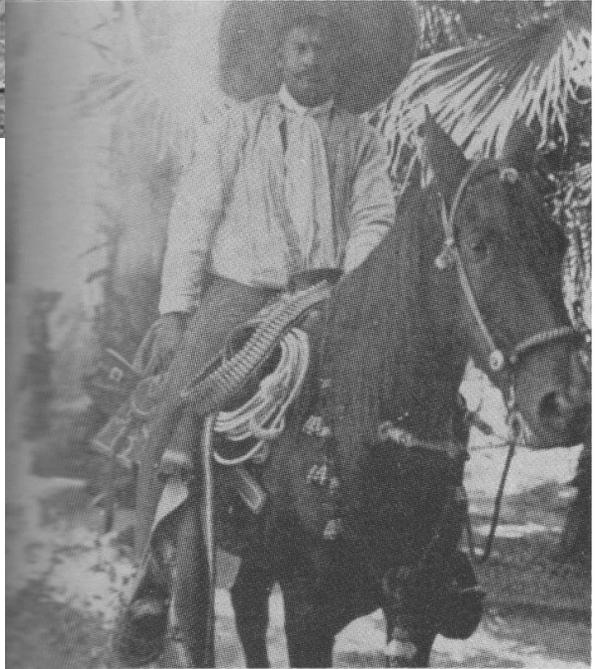
Genovevo de la O (1876-1952)  
Fotografía propiedad de la nieta del general, Martha de la O Heredia.



Felipe Neri Jiménez (1884-1914)  
AVLG



Jesús *El Tuerto* Morales (18??-1914)  
AVLG



Próculo Capistrán (18??-1914)  
AVLG



El general Pacheco y su escolta.  
Hemeroteca Nacional, IESU-UNAM, Fondo Gildardo Magaña (FGM).



Fuerzas del general Pacheco.

FGM



Jenaro Amezcua (1889-1947)  
AVLG



Francisco Mendoza Palma  
(1870-1956)  
AVLG



Francisco V. Pacheco (1888-1916)



Otilio Montañó (1877-1917)

Fototeca Nacional del INAH



Marte R. Gómez (1896-1973)  
Integrante de los equipos de agrimensura de la  
reforma agraria zapatista y autor de *Las  
Comisiones Agrarias del Sur*.



Manuel Palafox (1886-1959)  
AVLG



Agrimensores trabajando en la reforma agraria en el Morelos zapatista

FGM

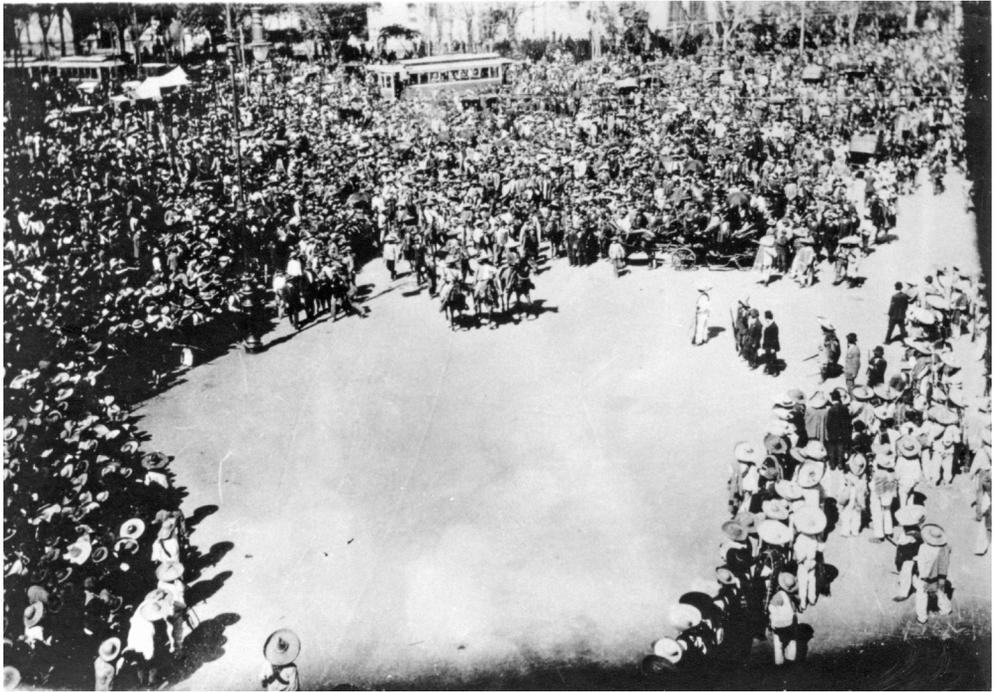


FGM



FGM

Dos escenas de la toma de Cuautla por las fuerzas zapatistas en mayo de 1911.



Entrada de las tropas de Eufemio Zapata a la ciudad de México, diciembre de 1914

FGM



Soldados zapatistas de las fuerzas del general Fortino Ayaquica en formación de combate

FGM



Soldados zapatistas

FGM



Tropas zapatistas con civiles

FGM

Ataque zapatista: tren descarrillado entre las estaciones de Atlihuayán y Ticumán.



FGM

División del general zapatista Fortino Ayaquica en Tlaxcala.

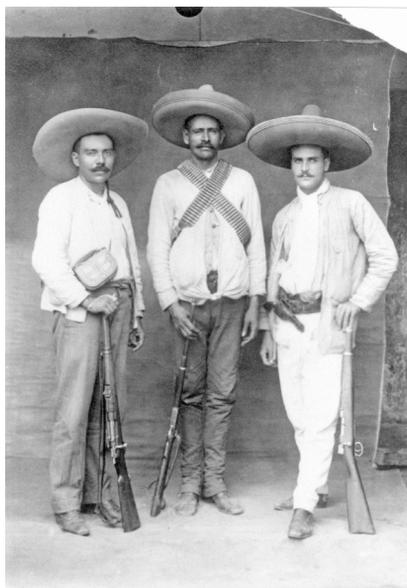


FGM



Soldados zapatistas y villistas durante la ocupación de la Ciudad de México en diciembre de 1914

FGM



FGM

El coronel zapatista Rafael Cal y Mayor  
(tercero de izquierda a derecha) con dos compañeros de armas en 1914



FGM

El coronel zapatista Bernardo Cobos acompañado por integrantes de su estado mayor.



FGM

El coronel zapatista Refugio Sánchez acompañado de su estado mayor



FGM

Confiscación de un automóvil por fuerzas zapatistas para uso militar



Joven zapatista FGM



Mujer zapatista con rango de oficial FGM



Vida cotidiana en un campamento zapatista

FGM



Pueblo zapatista

FGM



Jóvenes zapatistas en formación

FGM



Niño de la zona zapatista.  
FGM



Marciano Silva (1849-1944)  
El más importante de los  
corridistas del zapatismo.

AVLG



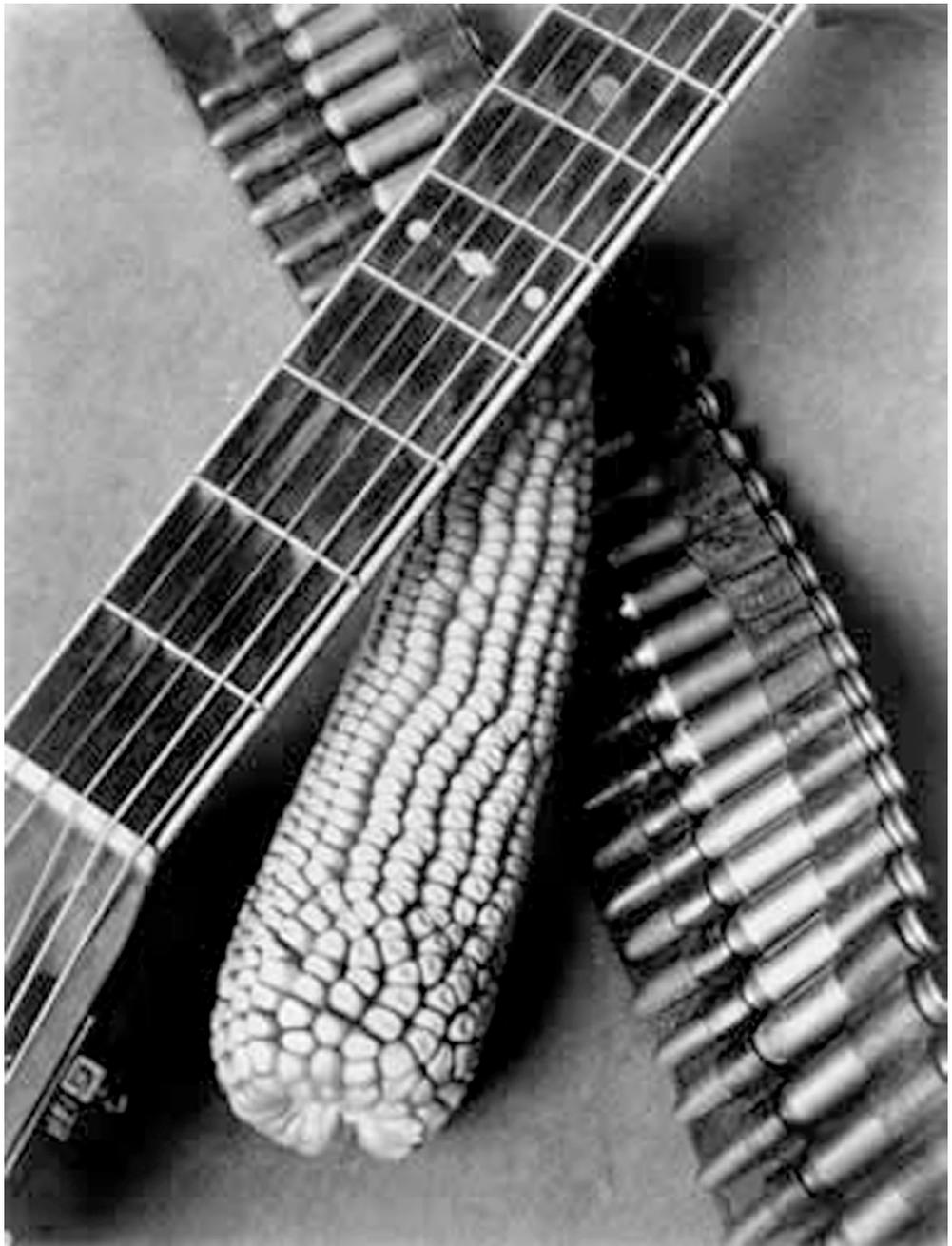
El cadáver de Emiliano Zapata exhibido en Cuautla.

Fototeca Nacional del INAH





Fototeca Nacional del INAH.



Tina Modotti

Composición: mazorca, guitarra y canana  
México (1928)

# Archivos y fuentes hemerográficas

---

## ARCHIVOS

AGN	ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN, MÉXICO <i>Alfredo Robles Domínguez</i> [FARD] <i>Emiliano Zapata</i> [FEZ] <i>Francisco I. Madero</i> [FFM] <i>Genovevo de la O</i> [FGO] <i>Gildardo Magaña</i> [FGM] <i>Gobernación</i> [FG] <i>Tierras</i>
AHDN	ARCHIVO HISTÓRICO DE LA DEFENSA NACIONAL, MÉXICO
HN	HEMEROTECA NACIONAL, MÉXICO <i>Silvino González</i> [FSG]
AHIESU	ARCHIVO HISTÓRICO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD <i>Gildardo Magaña</i> [FGM]
AJA	CENTRO DE ESTUDIOS DE HISTORIA DE MÉXICO, CONDUMEX <i>Archivo de Jenaro Amezcua</i>
ALB	<i>Archivo de León de la Barra</i>
APG	BIBLIOTECA “DANIEL COSÍO VILLEGAS”, EL COLEGIO DE MÉXICO <i>Archivo Pablo González</i>
AHCCJ	ARCHIVO HISTÓRICO DE LA CASA DE LA CULTURA JURÍDICA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA DE LA NACIÓN, MÉXICO
AHCERMLC	ARCHIVO HISTÓRICO DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA “LÁZARO CÁRDENAS”, A.C., JIQUILPAN, MICHOACÁN <i>Elena Vázquez Gómez</i>
PHO	PROGRAMA DE HISTORIA ORAL, INAH / INSTITUTO MORA, MÉXICO
CBM	ARCHIVO PARTICULAR DE CARLOS BARRETO MARK

- ACRA ARCHIVO REYES AVILÉS, ENSENADA, BAJA CALIFORNIA
- ARCHIVO PARTICULAR DE ARSACIO VANEGAS ARROYO
- NARA NATIONAL ARCHIVES AND RECORDS ADMINISTRATION, EE.UU.  
*Records of the War Department, General and Special Staffs, Military Intelligence Division Files*
- AHDE ARCHIVO HISTÓRICO DEL DEPARTAMENTO DE ESTADO, EE.UU.  
*Foreign Relations of the United States*
- AFVG ARCHIVO FRANCISCO VÁZQUEZ GÓMEZ, SOUTHERN ILLINOIS, UNIVERSITY  
AT CARBONDALE, MORRIS LIBRARY, SPECIAL COLLECTIONS
- PRINCETON UNIVERSITY LIBRARY, DEPARTAMENT OF RARE BOOKS AND  
SPECIAL COLLECTIONS, SEELEY G. MUDD MANUSCRIPT LIBRARY, NEW JERSEY  
*Robert Lansing Papers, 1882-1829 (bulk 1905-1928)*

#### PERIÓDICOS Y REVISTAS

##### México

<i>Diario del Hogar</i>	<i>Gráfico</i>
<i>El Campesino</i>	<i>Excelsior</i>
<i>El Demócrata</i>	<i>La Convención</i>
<i>El Día</i>	<i>La Jornada</i>
<i>El Imparcial</i>	<i>Nosotros</i>
<i>El Monitor</i>	<i>Novedades</i>
<i>El Nacional</i>	<i>Nueva Era</i>
<i>El País</i>	<i>Regeneración</i>
<i>El Universal</i>	<i>Últimas Noticias</i>

Estados Unidos	Cuba
<i>The New York Times</i>	<i>El Mundo</i>



# Bibliografía

---

## Abreviaturas

CIESAS	Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social
CONACULTA	Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
ENAH	Escuela Nacional de Antropología e Historia
FCE	Fondo de Cultura Económica
INAH	Instituto Nacional de Antropología e Historia
INEHRM*	Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana
UAEMor	Universidad Autónoma del Estado de Morelos
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México

\* Desde mayo de 2006: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ACOSTA, José,

*Historia natural y moral de Indias*, Editorial Aznar, Madrid, 1792.

ALAMÁN, Lucas,

*Historia de México*, Editorial Jus, México, 1942.

ALARCÓN MENCHACA, Laura,

*José María Maytorena: una biografía política*, El Colegio de Jalisco, México, 2008.

ALPEROVICH, M.S., y B.T. RUDENKO,

*La revolución mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1976.

ALTAMIRANO, Ignacio Manuel,

*Navidad en las montañas*, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1871 [Edición de Editorial Porrúa, México, 2000].

AMAYA, Luis Fernando,

*La Soberana Convención Revolucionaria*, Editorial Trillas, México, 1966.

AMEZCUA, Jenaro,

(comp.), *México revolucionario: a los pueblos de Europa y América 1910-1918*, Imprenta Espinosa, Ferré & Co., La Habana, 1918.

- ANNINO, Antonio,  
“Pueblos, liberalismo y nación en México”, en Antonio ANNINO y François-Xavier GUERRA, *Inventando la Nación. Iberoamérica siglo XIX*, FCE, México, 2003.
- ARCHIVO DEL GENERAL PORFIRIO DÍAZ. *Memorias y documentos*, 30 ts., Prólogo y notas de Alberto María Carreño, Editorial Elede, México, 1947-1961.
- ARGÜELLES, Luis Ángel,  
“Los refugiados mexicanos en Cuba (1910-1927)”, en *Revista de la Universidad Veracruzana*, núm. 70, abril-junio, Xalapa, Veracruz, México, 1989.
- ARIAS, María Eugenia,  
“El proceso historiográfico en torno a Emiliano Zapata (1911-1940)”, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1979.  
“Algunos cuadernos históricos sobre Emiliano Zapata y el Zapatismo”, en Martha RODRÍGUEZ GARCÍA *et al.*, *Emiliano Zapata y el movimiento zapatista*, Secretaría de Educación Pública / INAH, México, 1980.
- ÁVILA ESPINOSA, Felipe,  
“El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes”, Tesis de Licenciatura en Sociología, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM, México, 1988 [1ª Edición, *El pensamiento económico, político y social de la Convención de Aguascalientes*, INEHRM / Instituto de Cultura de Aguascalientes, México, 1991].  
“La ciudad de México ante la ocupación de las fuerzas villistas y zapatistas. Diciembre de 1914-junio de 1915”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XIV, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1991, pp. 107-128.  
“El Consejo Ejecutivo de la República y el proyecto de legislación estatal zapatista”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. XVI, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1993, pp. 53-77.  
“La revolución zapatista en el Estado de México”, en Milada BAZANT (coord.), *175 años del Estado de México y perspectivas para el tercer milenio*, El Colegio Mexiquense, México, 1999, pp. 219-240.  
“La historiografía del zapatismo después de John Womack”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 31-55.

- “El zapatismo durante el gobierno de Huerta”, en Josefina Zoraida VÁZQUEZ (coord.), *Gran Historia de México Ilustrada*, vol. IV, Editorial Planeta de Agostini / CONACULTA / INAH, México, 2001, pp. 380-386.
- “La rebelión zapatista contra Díaz”, en Josefina Zoraida VÁZQUEZ (coord.), *Gran Historia de México Ilustrada*, vol. IV, Editorial Planeta de Agostini / CONACULTA / INAH, México, 2001, pp. 356-360.
- Los orígenes del zapatismo*, El Colegio de México / UNAM, México, 2001.
- “La vida campesina durante la revolución: el caso zapatista”, en Pilar GONZALBO AIZPURU (dir.), *Historia de la vida cotidiana en México*, vol. V: “Siglo XX: campo y ciudad”, coordinado por Aurelio DE LOS REYES, El Colegio de México / FCE, México, 2006.
- “Felipe Ángeles y la Convención de Aguascalientes”, en Adolfo GILLY (comp.), *Felipe Ángeles en la Revolución*, Ediciones Era / CONACULTA, México, 2008, pp. 69-80.
- ÁVILA PALAFOX, Ricardo,  
*¿Revolución en el Estado de México?*, INAH / Gobierno del Estado de México, México, 1988.
- AVITIA HERNÁNDEZ, Antonio,  
*Corrido histórico mexicano. Voy a cantarles la historia*, 5 ts., Editorial Porrúa, México, 1997.
- BARRAGÁN RODRÍGUEZ, Juan,  
*Historia del ejército y de la revolución constitucionalista*, 2 vols., Editorial Stylo, México, 1946 [INEHRM, México, 1985].
- BARRERA BASSOLS, Jacinto,  
 (comp.), *Archivo electrónico Ricardo Flores Magón*, [www.archivomagon.net].
- BARRETO MARK, Carlos,  
 (ed.), *Los corridos de Marciano Silva*, Gobierno del Estado de Morelos, Cuernavaca, México, 1983.
- BARRETO ZAMUDIO, Carlos,  
*El zapatismo como apología del delito*, Suprema Corte de Justicia de la Nación, México, 2009, (en prensa).
- BARRETT, Ward,  
*La hacienda azucarera de los marqueses del Valle (1533-1910)*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1977.

- BENJAMIN, Thomas,  
*La Revolución Mexicana. Memoria, mito e historia*, Taurus, México, 2003.
- BISSIO, Beatriz,  
 “Bienvenidos a la tierra de Zapata”, en *Cuadernos del Tercer Mundo*, México, 1977.
- BRUNK, Samuel F.,  
 “Zapata and the City Boys: In Search of a Piece of the Revolution”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 73, núm. 1, February 1993, pp. 33-65.  
*Emiliano Zapata! Revolution and Betrayal in Mexico*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1995.  
 “‘The Sad Situation of Civilians and Soldiers’: The Banditry of Zapatismo in the Mexican Revolution”, en *The American Historical Review*, vol. 101, no. 2, April 1996, pp. 331-353.  
 “Remembering Emiliano Zapata: Three Moments in the Posthumous Career of the Martyr of Chinameca”, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 78, no. 3, August 1998, pp. 457-490.  
 “La muerte de Emiliano Zapata y la institucionalización de la Revolución Mexicana (1919-19140)”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 361-386.
- BURKERT, Walter,  
*Creation of the Sacred: Tracks of Biology in Early Religions*, Harvard University Press, Cambridge, 1996.
- CABRERA, Olga,  
*Los que viven por sus manos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- CÁRDENAS TRUEBA, Olga,  
 “Amelia Robles y la revolución zapatista en el estado de Guerrero”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 303-319.
- CASASOLA, Gustavo,  
*Hechos y hombres de México: biografía ilustrada del general Emiliano Zapata*, Editorial Gustavo Casasola, México, 1994.
- CASTRO, Pedro,  
*Soto y Gama. Genio y figura*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2002.

- CHÁVEZ OROZCO, Luis,  
 “Instituciones democráticas de los indígenas mexicanos en la época colonial”, en *América Indígena*, vol. III, México, 1943.
- CHAVIRA OLIVOS, Francisco,  
*Historia de Milpa Alta*, mimeógrafo, México, 1973.
- CHEVALIER, François,  
 “La formación de los grandes latifundios en México. Tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII”, en *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. VIII, núm. 1, enero-febrero-marzo de 1956.
- COLLIER, Ellen C.,  
 “Instances of Use of United States Forces Abroad, 1798-1993”, en *Foreign Affairs and National Defense Division*, Congressional Research Service, Library of Congress, Washington, October 1993 [www.fas.org/man/crs/crs\_931007.htm].
- CORTÉS, Hernán,  
*Cartas de relación*, Col. “Sepan cuantos...”, núm. 7, Editorial Porrúa, México, 1973.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel,  
 (coord.), *Historia Moderna de México*, 7 vols., Editorial Hermes, México, 1955-1972.
- CRESPO, Horacio y Herbert FREY,  
 “La diferenciación social del campesinado como problema de la teoría y de la historia, hipótesis generales para el caso de Morelos”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, vol. XLIV, núm. 1, enero-marzo 1982, pp. 285-313.
- CRESPO, Horacio,  
 “La diferenciación social del campesinado. Una perspectiva teórica”, Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1982.
- “El azúcar en el mercado de la Ciudad de México, 1885-1910”, en Horacio CRESPO (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México /UAEMor, México, 1984, pp. 165-222.
- (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México /UAEMor, México, 1984.
- Tierra y propiedad en el fin del Porfiriato*, 2 vols., Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México /UAEMor, México, 1986.

- (dir.) *et al.*, *Historia del azúcar en México*, 2 vols., FCE / Azúcar S. A., México, 1988-1990.
- “Los pueblos de Morelos. La comunidad agraria, la desamortización liberal en Morelos y una fuente para el estudio de la diferenciación social campesina”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 57-120.
- “La hacienda azucarera del estado de Morelos: modernización y conflicto”, Tesis Doctoral en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, México, 1996 [1ª Edición, *Modernización y conflicto social. La hacienda azucarera en el estado de Morelos, 1880-1913*, INEHRM, México, 2009].
- CUMBERLAND, Charles,  
*La Revolución Mexicana. Los años constitucionalistas*, FCE, México, 1975.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal,  
*Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Col. “Sepan cuantos...”, núm. 5, Editorial Porrúa, México, 1974.
- DÍAZ SOTO Y GAMA, Antonio,  
*La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata, su caudillo*, Edición del autor, México, 1960 [Edición del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1987].
- Historia del agrarismo en México*, rescate, prólogo y estudio biográfico de Pedro CASTRO, Universidad Autónoma Metropolitana / Ediciones Era, México, 2002.
- DICCIONARIO histórico y biográfico de la Revolución Mexicana*, 8 vols., INEHRM, México, 1991.
- DIEZ, Domingo,  
*Bosquejo geográfico histórico de Morelos*, México, 1933 [3ª Edición, Summa Morelense, Cuernavaca, 1982].
- DUCEY, Michael T.  
“Indios liberales y liberales indigenistas: ideología y poder en los municipios rurales de Veracruz, 1821-1890”, en Antonio ESCOBAR OHMSTEDE y Luz CARREGHA LAMADRID (coords.), *El siglo XIX en las Huastecas*, CIESAS / El Colegio de San Luis, México, 2002.
- A Nation of Villages: Riot and Rebellion in the Mexican Huasteca, 1750-1850*, The University of Arizona Press, Tucson, 2004.
- DURÁN, Fray Diego,  
*Historia de Indias de Nueva España y Tierra Firme*, Editorial Porrúa, México, 1967.

- DURKHEIM, Émile,  
*The Elementary Forms of the Religious Life*, traducción de Joseph WARD SWAIN,  
Free Press, New York, 1965.
- EADE, John y Michael J. SALLNOW,  
“Introduction”, en John EADE and Michael J. SALLNOW (eds.), *Contesting the Sacred: The Anthropology of Christian Pilgrimage*, Routledge, London, 1991.
- Ejército Libertador del Sur (1911-1923)*, nota de presentación de Guillermina PALACIOS SUÁREZ, Cuadernos del Archivo Histórico de la UNAM, núm. 9, UNAM, México, 1988.
- El ejército campesino del sur (ideología, organización y programa)*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México / Federación Editorial Mexicana, México, 1982.
- Encyclopaedia of the First World War*, [www.spartacus.schoolnet.co.uk].
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio,  
“Los ayuntamientos y los pueblos indios en la sierra Huasteca: conflictos entre nuevos y viejos actores, 1812-1840”, en Leticia REINA (coord.), *La reindianización de América, siglo XIX*, Siglo Veintiuno Editores / CIESAS, México, 1997.
- “El discurso de la ‘inteligencia’ india en los primeros años posindependientes”, en Brian CONNAUGHTON, Carlos ILLADES y Sonia PÉREZ TOLEDO (coords.), *Construcción de la legitimidad política en México*, El Colegio de Michoacán / UAM / UNAM / El Colegio de México, México, 1999.
- “Los pueblos indios huastecos frente a las tendencias modernizadoras decimonónicas”, en Antonio ESCOBAR OHMSTEDE, Romana FALCÓN y Raymond BUVE (comps.), *Pueblos, comunidades y municipios frente a los proyectos modernizadores en América Latina, siglo XIX*, Centro de Estudios y Documentos Latinoamericanos / El Colegio de San Luis, México, 2002.
- ESPEJEL, Laura, Alicia OLIVERA y Salvador RUEDA,  
“El programa político zapatista”, en *IV Jornadas de Historia de Occidente*, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A. C., Jiquilpan, Michoacán, 1984, pp. 57-78.
- Emiliano Zapata. Antología*, INEHRM, México, 1988.

ESPEJEL, Laura y Salvador RUEDA,

“El Plan de Ayala y la autonomía zapatista (1911-1912)”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 3, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175° Aniversario de la Independencia Nacional y 75° Aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 347-357.

“El zapatismo continúa en lucha”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 4, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175° Aniversario de la Independencia Nacional y 75° Aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 531-537.

“El zapatismo estrecha el cerco”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 4, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175° Aniversario de la Independencia Nacional y 75° Aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 711-715.

“El zapatismo se extiende”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 4, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175° Aniversario de la Independencia Nacional y 75° Aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 581-587.

“La génesis del zapatismo”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 2, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175° Aniversario de la Independencia Nacional y 75° Aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 291-303.

“Los ejércitos populares y la construcción de un ejército nacional”, en *Así fue la Revolución Mexicana*, vol. 5, Comisión Nacional para las Celebraciones del 175° Aniversario de la Independencia Nacional y 75° Aniversario de la Revolución Mexicana, Senado de la República / Secretaría de Educación Pública / Consejo Nacional Educativo, México, 1985, pp. 857-865.

“El siglo XX: bajo el signo de Emiliano Zapata”, en *Morelos. El estado*, Gobierno del Estado de Morelos, Cuernavaca, 1993.

“El desencanto porfiriano, las elecciones de 1909 en Morelos”, en *Desde el Diez*, Boletín del Centro de Estudios de la Revolución Mexicana “Lázaro Cárdenas”, A. C., Jiquilpan, Michoacán, noviembre de 1994, pp. 5-27.

ESPEJEL, Laura,

“El movimiento campesino en el oriente del Estado de México: el caso de Juchitepec”, en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, núm. 3, ENAH, México, 1981, pp. 33-37.

“El cuartel general, órgano rector de la revolución zapatista”, Tesis de Licenciatura en Historia, Facultad de Filosofía y Letras- UNAM, México, 1985.

*El cuartel general zapatista, 1914-1915: documentos del Fondo Emiliano Zapata del Archivo General de la Nación*, 2 vols., INAH, México, 1995.

“El costo de la guerra. La compañía papelera de San Rafael y el financiamiento zapatista”, en Laura ESPEJEL, (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 269-302.

(coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000.

FABELA, Isidro y Josefina E. de FABELA,

(dir.), *Documentos Históricos de la Revolución Mexicana*, 28 vols., Comisión de Investigaciones Históricas de la Revolución Mexicana / FCE / Editorial Jus, México, 1960-1976.

(eds.), *Emiliano Zapata, el Plan de Ayala, y su política agraria*, Documentos Históricos de la Revolución Mexicana, núm. 21, Editorial Jus, México, 1970.

FIGUEROA DOMENECH, J.,

*Guía general descriptiva de la República Mexicana*, Ramón de S. N. Araluce, México-Barcelona, 1899.

FIGUEROA URIZA, Arturo,

*Ciudadanos en armas: antecedencia y datos para la historia de la Revolución Mexicana*, 2 vols. B. Costa-Amic, México, 1960.

GARCÍA CANTÚ, Gastón,

*Las invasiones norteamericanas en México*, Ediciones Era, México, 1980.

GARCÍA MARTÍNEZ, Bernardo,

*El Marquesado del Valle. Tres siglos de régimen señorial en Nueva España*, El Colegio de México, México, 1969.

- GILL, Mario,  
“Zapata: su pueblo y sus hijos”, en *Historia Mexicana*, vol. II, núm. 2, octubre-diciembre 1952, pp. 294-312.
- GILLY, Adolfo,  
“La guerra de clases en la Revolución Mexicana (Revolución permanente y autoorganización de las masas)”, en Adolfo GILLY *et al.*, *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, UNAM / Nueva Imagen, México, 1971.  
*La revolución interrumpida*, Ediciones El Caballito, México, 1971 [Ediciones Era, México, 1994].
- GIMÉNEZ, Catalina H. de,  
*Así cantaban la revolución*, CONACULTA / Grijalbo, México, 1990 [1991].
- GÓMEZ, Marte R.,  
*La cuestión agraria en los primeros congresos constituyentes del México independiente*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1955.  
*Las Comisiones agrarias del Sur*, Librería de Manuel Porrúa, México, 1961 [Ediciones Conmemorativas del Centro de Estudios del Agrarismo en México, México, 1982].
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel,  
(dir.), *Planes políticos y otros documentos*, Col. Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana, vol. I, FCE, México, 1954.  
*La revolución social de México*, 3 vols., FCE, México, 1966.
- GONZÁLEZ, Pablo,  
*El centinela fiel del constitucionalismo*, Textos de Cultura Historiográfica, Saltillo, 1971.
- GORTARI RABIELA, Hira de y Regina HERNÁNDEZ FRANYUTI,  
(comps.), *Memoria y encuentros: la ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, 3 ts., Instituto Mora / Departamento del Distrito Federal, México, 1988.
- GROVE, David C.,  
“Localización de sitios arqueológicos en el centro y este del estado de Morelos”, en *Boletín del INAH*, núm. 29, México, 1987, pp. 31-34.
- GRUZINSKI, Serge,  
*Man-Gods in the Mexican Highlands: Indian Power and Colonial Society, 1520-1800*, traducción de Eileen CORRIGAN, Stanford University Press, Stanford, California, 1989.

- GUAJARDO, Guillermo,  
“‘Tierra y Acero’. Máquinas y obreros bajo los zapatistas (1910-1915)”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 247-268.
- GUARDINO, Peter,  
*Peasants, Politics and the Formation of Mexico National State: Guerrero 1780-1840*, Stanford University Press, Stanford, 1996.  
  
*The Time of Liberty: Popular Political Culture en Oaxaca, 1750-1850*, Duke University Press, Durham, 2005.
- GUERRA, François Xavier,  
*México: del Antiguo Régimen a la Revolución*, 2 ts., FCE, México, 1988.
- GUTIÉRREZ DE LIÉVANA, Juan,  
“Descripción de Guastepeque (1580)”, en *Huaxtepec y sus reliquias arqueológicas*, Apéndice de la Guía de Ruinas Arqueológicas del Estado de Morelos, Secretaría de Educación Pública, México, 1930.
- HART, John M.,  
*El México revolucionario. Gestación y proceso de la Revolución Mexicana*, Alianza Editorial Mexicana, México, 1990.
- HÉAU, Catherine,  
“La tradición autonomista y legalista de los pueblos en territorio zapatista”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 121-140.
- HELLER, Agnes,  
*Historia y vida cotidiana. Aportación a la sociología socialista*, Grijalbo, Barcelona, 1985.
- HERNÁNDEZ CHÁVEZ, Alicia,  
*Anenecuilco, memoria y vida de un pueblo*, El Colegio de México / FCE, México, 1993.
- HOBSBAWM, Eric,  
*La era del imperio, 1875-1914*, Crítica, Buenos Aires, 2001.
- INGHAM, John M.,  
*Mary, Michael, and Lucifer: Folk Catholicism in Central Mexico*, University of Texas Press, Austin, 1986.
- JACOBS, Ian,  
*Rancho Revolt: the Mexican Revolution in Guerrero*, University of Texas Press, Austin, 1982.

- “Rancheros de Guerrero: los hermanos Figueroa y la Revolución”, en BRADING, David (comp.), *Caudillos y campesinos en la Revolución Mexicana*, FCE, México, 1985.
- La Revolución Mexicana en Guerrero: una revuelta de los rancheros*, Ediciones Era, México, 1990.
- JIMÉNEZ, Luz,  
*Life and Death in Milpa Alta: A Nahuatl Chronicle of Díaz and Zapata*, traducido y editado por Fernando HORCASITAS, University of Oklahoma Press, Norman, 1972.
- JIMÉNEZ, Teófanos,  
*Memorándum de la administración del Sr. Teófanos Jiménez como presidente municipal de Cautla durante los años de 1911 a 1912*, Tipografía Económica, México, 1912.
- KARTTUNEN, Frances,  
 “The Linguistic Career of Doña Luz Jiménez”, *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 30, 1999, pp. 267-274.
- KATZ, Friedrich,  
*La guerra secreta en México*, vol. 1: “Europa, Estados Unidos y la revolución mexicana”, Ediciones Era, México, 1982 [1993].
- KNIGHT, Alan,  
 “Land and Society in Revolutionary Mexico: The Destruction of the Great Haciendas”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 7, no. 1, (Winter) 1991, pp. 73-104.
- “Peasants into Patriots: Thoughts on the Making of the Mexican Nation”, en *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*, vol. 10, no. 1, (Winter) 1994, pp. 135-161.
- LAFRANCE, David G.,  
*Madero y la Revolución Mexicana en Puebla*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla, México, 1987.
- The Mexican Revolution in Puebla. The Maderista Movement and the Failure of Liberal Reform*, Scholarly Resources Imprint, Wilmington, Delaware, 1989.
- LANDSBERGER, Henry,  
*Rebelión campesina y cambio social*, Editorial Crítica, Barcelona, 1978.
- LENIN, V. I.,  
*Obras Completas*, Ediciones Salvador Allende, México, 1978.

- LEWIS, Oscar,  
*Pedro Martínez: un campesino mexicano y su familia*, Joaquín Mortiz, México, 1966.
- LOMNITZ-ADLER, Claudio,  
*Deep Mexico, Silent Mexico: An Anthropology of Nationalism*, University of Minnesota Press, Minneapolis, 2001.
- LÓPEZ GONZÁLEZ, Valentín,  
*La muerte del General Emiliano Zapata*, Cuadernos Zapatistas, Comité Coordinador para la Celebración del Primer Centenario del Natalicio del General Emiliano Zapata Salazar, Cuernavaca, México, 1979.  
*Los compañeros de Zapata*, Ediciones del Gobierno de Morelos, Cuernavaca, México, 1980.
- MADERO, Francisco I.,  
*La sucesión presidencial*, INEHRM, México, 1999.
- MAGAÑA, Gildardo,  
*Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, t. I, s.e., México, 1934; t. II, Secretaría de Educación Pública, México, 1937; t. III, Secretaría de Prensa y Propaganda del Partido Nacional Revolucionario, México, 1941 [2ª Edición, 5 vols., Editorial Rura, México, 1951-1952; Edición facsimilar, 5 vols., INEHRM, México, 1985].
- MALLON, Florencia E.,  
*Campesinos y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*, El Colegio de Michoacán / El Colegio de San Luis / CIESAS, México, 2003.
- MARÍA Y CAMPOS, Armando de,  
*La Revolución Mexicana a través de los corridos populares*, 2 ts., Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, México, 1962.
- MARTIN, Cheryl E.,  
*Rural Society in Colonial Morelos*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1985.
- MARX, Karl,  
 “La nacionalización de la tierra”, en *International Herald*, núm. 11, 15 de junio de 1872. [Marxists Internet Archive, [www.marx.org/espanol](http://www.marx.org/espanol)].  
 “Der Achtzehnte Brumaire des Louis Bonaparte”, *Die Revolution*, New York, 1852 [Edición en español, “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en Karl MARX y Friedrich ENGELS, *Obras escogidas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, t. I, pp. 404-498].

- MATUTE, Álvaro,  
 (comp.), *Documentos relativos al general Felipe Ángeles*, Editorial Domés, México, 1982.
- MAURER, Maurer,  
 (comp.), *The US Air Service in the World War I*, The Office of Air Force History,  
 Headquarters of United States Air Force, Washington, 1978.
- MCCAA, Robert,  
*Missing Millions: The Human Cost of the Mexican Revolution*, University of Minnesota  
 Population Center, 2001, [www.hist.umn.edu/~rmccaa/missmill/mxrev.htm].
- MESSNER, Johannes,  
*Social Ethics: Natural Law in the Western World*, Herder Book Co., St. Louis /  
 London, 1952.
- MEYER, Eugenia,  
 “¿Dónde están los niños? Reflexiones para la historia de la infancia durante la  
 Revolución”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH,  
 México, 2000, pp. 439-459.
- MOLINA ENRÍQUEZ, Andrés,  
*Los grandes problemas nacionales*, Imprenta de A. Carranza e Hijos, México, 1909.
- MOORE, Barrington,  
*La injusticia. Bases sociales de la obediencia y la rebelión*, UNAM, México, 1989.
- MORA, José María Luis,  
*México y sus revoluciones*, Editorial Porrúa, México, 1965.
- MORALES, Salvador,  
*Relaciones interferidas: México y el Caribe, 1813-1982*, Archivo Histórico  
 Diplomático Mexicano-Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 2003.
- MÜLLER, Florencia,  
 “Chimalacatlán, Morelos”, en *Acta Antropológica*, vol. III, núm. 1, México, 1948.  
*Historia antigua del valle de Morelos*, Serie Acta Anthropologica, México, 1949.
- MUSACCHIO, Humberto,  
*Diccionario enciclopédico de México ilustrado*, Andrés León, México, 1989.
- MYSOFSKI, Carole A.,  
 “Messianic Themes in Portuguese and Brazilian Literature in the Sixteenth and  
 Seventeenth Centuries”, en *Luso-Brazilian Review*, vol. 28, no. 1, (Summer) 1991,  
 pp. 77-94.

- NICKEL, Herbert,  
*Paternalismo y economía moral en las haciendas mexicanas del porfiriato*, Universidad Iberoamericana, México, 1989.
- O'MALLEY, Ilene V.,  
*The Myth of the Revolution: Hero Cults and the Institutionalization of the Mexican State, 1920-1940*, Greenwood Press, New York, 1986.
- OBREGÓN, Álvaro,  
*Ocho mil kilómetros en campaña*, FCE, México, 1973.
- OLIVERA, Alicia,  
 “¿Ha muerto Emiliano Zapata? Mitos y leyendas en torno del caudillo”, en *Boletín del INAH*, núm. 13, México, 1975, pp. 43-52.
- OROZCO Y BERRA, J. Manuel,  
 “Códice Mendocino, ensayo de descifración jeroglífica”, en *Anales del Museo Nacional de México*, t. II, Imprenta de Ignacio Escalante, México, 1882, pp. 47-82.
- PALACIOS, Porfirio,  
*Emiliano Zapata (datos biográficos e históricos)*, 2ª Edición, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México, México, 1982.
- PAREDES, Américo,  
 (ed.), *Folktales of Mexico*, University of Chicago Press, Chicago, 1970.
- PAZ SOLÓRZANO, Octavio,  
*Zapata*, Editorial Offset, México, 1936 [1986].  
*Hoguera que fue*, compilación de Felipe GÁLVEZ, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1986.
- PAZ, Octavio,  
*El laberinto de la soledad y otras obras*, Penguin Books, New York, 1997.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo,  
*Guía del Archivo Jenaro Amézcuca*, CONDUMEX, México, 1982.  
 “Imágenes del zapatismo entre 1911 y 1913”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 163-208.
- PÉREZ TAYLOR, Rafael,  
*El Socialismo en México*, s.e., México, 1913 [Edición facsimilar del Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, México, 1976].

- PIÑA CHAN, Román,  
*Una visión del México prehispánico*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1967.
- PINEDA, Francisco,  
*La irrupción zapatista, 1911*, Ediciones Era, México, 1997.  
 “Guerra y cultura: el antizapatismo en el gobierno de Madero”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 209-233.  
 “El zapatismo y el discurso de la guerra”, Tesis Doctoral en Antropología, ENAH, México, 2002.  
*La revolución del sur, 1912-1914*, Ediciones Era, México, 2005.
- PIÑEIRO, Manuel,  
 “A través de la Isla”, en *¡Tierra!*, núm. 537, Archivo del Instituto de Historia de Cuba, La Habana, 22 de enero de 1914.
- PLANES políticos y otros documentos. *Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana I*, prólogo de Manuel GONZÁLEZ RAMÍREZ, FCE, México, 1954.
- POPOCA y PALACIOS, Lamberto,  
*Historia del bandalismo en el estado de Morelos: ¡Ayer como ahora! ¡1860! “Plateados” ¡1911! “Zapatistas”*, Tipografía Guadalupana, Puebla, México, 1912.
- QUIRK, Robert E.,  
*La Revolución Mexicana, 1914-1915. La Convención de Aguascalientes*, Editorial Azteca, México, 1962 [1ª Edición en inglés, *The Mexican Revolution, 1914-1915: The Convention of Aguascalientes*, The Citadel Press, New York, 1963].
- RAMÍREZ RANCAÑO, Mario,  
*La Revolución en los volcanes*, UNAM, México, 1984.
- RAVELO LECUONA, Renato,  
*La revolución zapatista en Guerrero*, t. I: “De la insurrección a la toma de Chilpancingo, 1910-1914”, Universidad Autónoma de Guerrero, Chilpancingo, 1990.
- REDFIELD, Robert,  
*Tepoztlán: A Mexican Village. A Study of Folk Life*, University of Chicago Press, Chicago, 1930.

- REVISTA *Azucarera. The Hacendado Mexicano's Yearly Sugar Report, 1913-1914*, reproducida en Horacio CRESPO y Enrique VEGA VILLANUEVA, *Estadísticas históricas del azúcar en México*, Azúcar S. A., México, 1988.
- REYES AVILÉS, Carlos,  
*Cartones zapatistas*, Dirección General de Investigaciones Históricas y Asuntos Culturales del Gobierno del Estado de Morelos, Biblioteca Morelense, Serie Testimonios núm. 1, México, 1928.
- REYES HEROLE, Jesús,  
*El liberalismo mexicano*, Facultad de Derecho-UNAM, México, 1957.
- ROLDFF Y MIALOFSKY, Carlos,  
*Índice alfabético del Ejército Libertador de Cuba*, Archivo Nacional de Cuba, Estado Mayor General, Sección Información, La Habana, 1901.
- ROSOFF, Rosalind y Anita AGUILAR,  
*Así firmaron el Plan de Ayala*, Secretaría de Educación Pública, Colección SepSetentas núm. 241, México, 1976.
- RUEDA, Salvador y Jane DALE LLOYD,  
 “El discurso legal campesino y el orden político revolucionario: el caso zapatista”, en *Historias*, núms. 8 y 9, enero-junio, INAH, México, 1985, pp. 51-59.
- RUEDA, Salvador,  
 “La zona armada de Genovevo de la O”, en *Cuicuilco*, vol. 1, año 2, núm. 3, ENAH, México, 1981, pp. 38-43.  
*Guía del Fondo Genovevo de la O*, Archivo General de la Nación, México, 1982.  
 “Oposición y subversión: testimonios zapatistas”, en *Historias*, núm. 3, enero-marzo, INAH, México, 1983, pp. 3-32.  
 “La dinámica interna del zapatismo, consideraciones para el estudio de la cotidianidad campesina en el área zapatista”, en Horacio CRESPO (coord.), *Morelos: cinco siglos de historia regional*, Centro de Estudios Históricos del Agrarismo en México /UAEMor, México, 1984, pp. 225-249.  
 “Administración política y utopía hacendaria: la lucha por el poder en el estado de Morelos (1869-1913)”, en *Historias*, núm. 13, abril-junio, INAH, México, 1986, pp. 95-103.

- “Las causas del movimiento zapatista en Morelos. Desniveles históricos en el origen de un conflicto agrario”, en *Memoria. La Revolución en las regiones*, Universidad de Guadalajara, México, abril-junio de 1986, pp. 361-388.
- “Emiliano Zapata, los signos de un caudillo, biografía de un símbolo”, en Carlos MARTÍNEZ ASSAD (ed.), *Estadistas, caciques y caudillos*, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, México, 1988.
- El paraíso de la caña, historia de una construcción imaginaria*, INAH, México, 1998.
- SAHAGÚN, Fray Bernardino de,  
*Historia General de la Nueva España*, Col. “Sepan cuántos...”, núm. 300, Editorial Porrúa, México, 1975.
- SALINAS, Miguel,  
*Historias y paisajes morelenses*, Imprenta de Patricio Sáenz, México, 1924.
- SÁNCHEZ ESCOBAR, Rafael,  
*El ocaso de los héroes. Cómo murieron algunos connotados revolucionarios*, prólogo del Coronel Ruben García, Talleres Tipográficos de la Casa de Orientación para Varones, Tlalpan, México, 1934.
- SCOTT, Beth F., James C. RAINEY y Andrew W. HUNT,  
“The Logistics of War: A Historical Perspective”, en *Air Force Journal of Logistics*, Maxwell, Alabama, August, 2000.
- SCOTT, James C.,  
*Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*, Yale University Press, New Haven, 1990 [1a Edición en español: *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, Ediciones Era, México, 2000].
- SILVA HERZOG, Jesús,  
*El agrarismo mexicano y la reforma agraria. Exposición crítica*, FCE, México, 1959 [2ª Edición, *El agrarismo mexicano y la reforma agraria*, FCE, México, 1964].  
*Una vida en la vida de México*, 2ª Edición, Siglo Veintiuno Editores, México, 1975.
- SIMMONS, Merle E.,  
*The Mexican Corrido as a Source for Interpretive Study of Modern Mexico (1870-1950)*, Indiana University Press, Bloomington, 1957.
- SOTELO INCLÁN, Jesús,  
*Raíz y razón de Zapata*, Editorial Etnos, México, 1943 [2ª Edición, Comisión Federal de Electricidad, México, 1970, 588 pp. ilustr.].

- TANNENBAUM, Frank,  
*The Mexican Agrarian Revolution*, Brookings Institute, Washington, D.C., 1929,  
[Reimpresión: Archon Books, New York, 1968].
- THOMSON, Guy P. C. y David G. LAFRANCE,  
*Patriotism, Politics and Popular Liberalism in the Nineteenth Century Mexico: Juan Francisco Lucas and the Puebla Sierra*, Scholarly Resources Books, Wilmington, 1999.
- THOMSON, Guy P. C.,  
“Popular Aspects of Liberalism in Mexico, 1848-1888”, en *Bulletin of Latin American Research*, vol. 10, no. 3, United Kingdom, 1991, pp. 265-292.
- Tiempo de México*, Edición facsimilar de la Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas-Secretaría de Educación Pública, México, 1982.
- TUMARKIN, Nina,  
*The Living and the Dead: Rise and Fall of the Cult of World War II in Russia*, Basic Books, New York, 1994.
- U.S. CONGRESS, SENATE, Committee on Foreign Relations,  
*Senate Document, Investigation of Mexican Affairs, Preliminary Report and Hearing of the Committee of Foreign Relations, United States Senate pursuant to S. Res. 106 directing the Committee of Foreign Relations to investigate the matter of outrages on citizens of United States in Mexico*, 66th Congress, 2d session, December 1, 1919-June 5, 1920, Government Printing Office, Washington, D.C., 1920.
- URZÚA, Martín,  
(comp.), *Cuaderno*, [compilación de corridos y bolas], Edición del autor, Jonacatepec, Morelos, México, 1909-1912.
- US Army Air Defense Artillery Center and Fort Bliss Website*, [www.bliss.army.mil].
- VALLES, Patricia,  
“El cristianismo primitivo en el pensamiento socialista de Manuel Mendoza López Schwerdtfeger”, en Revista *Palabra*, año 1, núm. 4, Guadalajara, México, 1987, pp. 61-64.
- VANDERWOOD, Paul J.,  
*Disorder and Progress: Bandits, Police, and Mexican Development*, University of Nebraska Press, Lincoln, 1981 [Edición revisada: Scholarly Resources, Wilmington, 1992; 1a Edición en español: *Desorden y progreso. Bandidos policías y desarrollo mexicano*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1986].

- VÁSQUEZ REYES, René,  
“El movimiento zapatista y el problema agrario en Milpa Alta, 1910-1919”,  
Tesis de Licenciatura en Historia, ENAH, 2000.
- VÁZQUEZ GÓMEZ, Francisco,  
*Memorias políticas*, Universidad Iberoamericana / Ediciones El Caballito, México, 1982.
- VV. AA.,  
*Mi pueblo durante la revolución*, 2 vols., INAH, México, 1985.
- WARMAN, Arturo,  
...*Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el Estado nacional*, Centro de Investigaciones Superiores del INAH / Ediciones de la Casa Chata, núm. 2, México, 1975 [1ª Edición: Ediciones de la Casa Chata-CIESAS, México, 1976; 2ª Ed. 1978].  
“La plataforma política del zapatismo”, en KATZ, Friedrich (comp.), *Revolución, rebelión y revolución. La lucha rural en el México del siglo XVI al XX*, Ediciones Era, México, 1990, pp. 289-305.
- WOLF, Eric,  
*Las luchas campesinas del siglo XX*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1972.
- WOMACK, John, Jr.,  
*Zapata and the Mexican Revolution*, Alfred A. Knopf Inc., New York, 1968 [1970]  
[1ª Edición en español, *Zapata y la Revolución Mexicana*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1969; 7ª Edición, 1984].  
“Los estudios del zapatismo. Lo que se ha hecho y lo que hay que hacer”, en Laura ESPEJEL (coord.), *Estudios sobre el zapatismo*, INAH, México, 2000, pp. 23-30.
- ZAVALA, Lorenzo de,  
*Ensayo histórico sobre las revoluciones de México, desde 1808 hasta 1830*, Oficina Impresora de Hacienda, 2 vols., 3ª edición, México, 1918.
- ZAVALA, Silvio y María CASTELO,  
(comps.), *Fuentes para la historia del trabajo en Nueva España, 1575 1805*, 8 vols., FCE, México, 1939-1946.
- ZAVALA, Silvio,  
*De encomiendas y propiedad territorial en algunas regiones de la América Española*, Antigua Librería Robredo, México, 1940.
- ZORITA, Alonso de,  
“Breve relación de los señores de la Nueva España”, en *Relaciones de Texcoco y de la Nueva España*, Salvador Chávez Hayhoe, México, 1941.

# Índice de mapas

---

5 La guerra zapatista, 1910-1915, *Francisco Pineda*

MAPA 1

Ejército Libertador

Campaña de Guerrero, 1914

180

MAPA 2

Ejército Libertador

Campaña de Morelos, abril de 1914

182

MAPA 3

Ejército Libertador

Zona de Operaciones, 1911-1915

193

MAPA 4

Ejército Libertador

Combates, 28 enero – 10 marzo, 1915

194







Este  
tomo 7,  
“El zapatismo”  
coordinado por Felipe  
Ávila Espinosa, de la *Historia  
de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*,  
bajo la dirección de Horacio Crespo, se terminó  
de editar en el mes de diciembre de 2018, en la  
ciudad de Cuernavaca, en la Jefatura de  
Producción Editorial del CICSER. En su  
composición se usaron las tipografías  
Garamond de 8, 9, 10, 11, 12, 14  
y 18 puntos. Esta edición es digital.  
[www.libros.uaem.mx](http://www.libros.uaem.mx)



